



LA SENDA DEL DESTINO II

# ADALID

RAYCO CRUZ

*Rayco Cruz*



Lectulandia

La Tierra Negra continúa su implacable avance por el continente de Kisea, arrancando la vida a su paso. La Orden Kariteas se ha hecho aún más fuerte, anexando nuevos reinos a sus filas bajo la amenaza de un poder que pocos alcanzan a comprender.

Preas Mor, convertido en ejemplo e inspiración tras los acontecimientos de la batalla de Talderan, responde a la petición de ayuda lanzada por el vecino reino de Marder. Allí se unirá al Abrigo de Gan, la gran coalición de reinos forjada para hacer frente a la sombra, a tiempo de librar la última y definitiva gran batalla que decida el futuro de todos.

Mientras, Árgoht Grandël se encuentra retirado en lejano Desierto de Sal, ajeno a todo cuanto acontece más al norte. Pero su presencia allí no es casual y pronto descubrirá que nada en su vida carece de sentido y hasta la más pequeña gota puede formar un río que lo arrase todo. El Destino lo llama de nuevo a ponerse en marcha, esta vez con una compañía inesperada.

Sin saberlo, sus pasos están a punto de cambiar el curso de la Historia.

**Lectulandia**

Rayco Cruz

**Adalid**

**La senda del destino-2**

ePub r1.0

Titivillus 19.01.18

Rayco Cruz, 2016  
Ilustraciones: José Gabriel Espinosa

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

«Era imposible predecir el devenir de los acontecimientos en el momento en el que el Adalid asumió su rol en aquellos días oscuros. A partir de aquel instante, todo eran sombras sobre la Humanidad. De los pasos y el fuerte brazo de un solo hombre dependía el destino de todos».

*Crónicas del Adalid de la Luz*, Edgor Mundensen, capítulo XII.



## PRÓLOGO



«Kares tiene sus propios agentes, personas especiales que sirven a sus propósitos aun sin ellos saberlo. Estos son especialmente valiosos a sus ojos».  
*Po'karatan*. Capítulo diez. Anónimo.

Ella era una superviviente, una mujer acostumbrada a salirse con la suya. Ya desde antes de ingresar en la Orden Kariteas, con apenas doce años, había tenido que demostrarlo.

Solo llevaba dos días en la ciudadela de Arkame cuando habían intentado violarla por primera vez. Había llegado allí tras deambular por las ciudades más pequeñas, conformándose con cualquier mendrugo de pan que echarse a la boca, migajas que le daban los mercaderes que se encontraban con ella en el camino o los bardos que se dirigían a la capital. Y es que Arkame se había convertido en su objetivo prioritario. Confiaba en que allí encontraría un futuro mejor, dado que sus padres la habían dejado desvalida en su pueblo natal, Oritoi, vendiéndola por cuatro míseras monedas. Escapar de aquello no había sido fácil, pero lo que había venido después, tampoco.

Fue en una noche en la que se perdió en la zona portuaria. Le habían dicho que por allí había una orden religiosa que alimentaba a los desamparados, que les ayudaba en lo que podía. La oscuridad se le había echado encima sin dar con el lugar que le habían indicado. Solo encontraba callejones cada vez más lóbregos que apestaban a pescado podrido. En ese momento topó con un joven que pasaba por allí con una pesada túnica negra. De hecho, casi chocó contra él.

Lo siguiente que recordaba era que se encontraba tumbada en el suelo, con la cabeza ladeada apoyada contra un charco de lodo maloliente que estaba ensuciando su ensortijado pelo negro. Mientras se retorció, tratando de zafarse de unos brazos

mucho más fuertes que los suyos, sus manos encontraron una piedra de puntas afiladas. Sin pensarlo, la agarró y golpeó con todas sus fuerzas la sien del hombre que trataba de forzarla.

Un único golpe. Los ojos del chico se enturbiaron y cayó desvanecido sobre ella mientras un reguero de sangre manaba de su nariz. Aunque era una niña pequeña ya había visto en su vida muchos muertos, por lo que supo enseguida que aquel era uno de ellos.

Con un empujón se quitó el cuerpo de encima y se puso de pie, aún con la piedra en la mano. En ese momento escuchó unos pasos apagados. Un hombre, atraído por el ruido, apareció tras una esquina y la vio allí, jadeando por el esfuerzo, la cara salpicada de sangre y el pelo revuelto. No hizo ninguna pregunta. Ver al muchacho caído con los pantalones bajados le dio todas las respuestas que necesitaba.

Era un hombre adulto, pero no mayor, al que la pequeña no conocía. Al verlo acercarse apretó la piedra con fuerza, dispuesta a defenderse de un nuevo ataque.

—Tranquila, niña. No voy a hacerte daño.

A pesar de aquellas palabras y de la postura relajada del hombre, Shera no se confió. Al verla, él comenzó a reír mostrando unos dientes perfectos. Las sombras le impedían apreciar los detalles de su rostro, pero parecía muy apuesto. Para su sorpresa, se sentó en el suelo a varios metros de ella y cruzó las piernas.

—No temas nada, pequeña. ¿Cómo te llamas?

La niña tardó un poco en responder, aún dudosa.

—Shera.

El hombre la observó con intensidad, como si estuviera buscando algo en su alma. La niña bajó la piedra. No parecía que tuviera nada que temer.

—Desde el más poderoso rey hasta el más infame de los asesinos, todos tenemos un apellido. El mío es Bester, ¿cuál es el tuyo?

Shera odiaba el nombre de su familia, el nombre de aquellos que, agobiados por tener demasiadas bocas que alimentar, habían optado por quitarse de encima a la única niña, su hija menor, la única que, enclenque y menuda, no servía para trabajar la tierra. Los odiaba por su cobardía y por dejarla en manos de hombres oscuros y desconocidos.

—Ante'i. Me llamo Shera Ante'i.

La maestra sabía cómo negociar con un hombre, sobre todo si ocupaba un puesto de poder, como era el caso. Estaban reunidos en una pequeña sala de ambiente opresivo cuyas paredes, cargadas de tapices, parecían querer caer encima de las dos personas sentadas en ella.

—Sabes que tu pueblo no resistirá mucho —dijo Shera Ante'i mientras se llevaba a los labios una copa de vino que ya iba por la mitad.

El rey Arthur Clem guardó silencio unos instantes. Miraba a Shera y ella sabía que no podría negarse a su ofrecimiento. Obviaba a propósito el tratamiento de cortesía, sabedora de su posición superior respecto a él. El reino de Derties solo había



empezado a notar los efectos de la Tierra Negra, pero sabía que pronto viviría lo que otros antes que él: el hambre, la desesperación, la duda... la guerra.

—No estoy seguro de que recibiros haya sido tan buena idea, Maestra —dijo el rey.

Solo trataba de ganar tiempo. Shera estaba segura de que ya había tomado una decisión.

—El Daño avanza cada vez más deprisa, lo sabes. En el último año lo ha hecho más que nunca hacia el norte. Horias y Ferrakis ya han entendido que su única salida es unirse a nosotros en la búsqueda de mejores tierras. Lucharemos por lo que es justo. Los reinos del norte siguen cerrándonos las puertas. Nuestra mirada está puesta más allá de las montañas.

—Os repetís, mi señora, pero reconozco la verdad en vuestras palabras. —Se puso en pie con la turbación plantada en el rostro—. La situación puede descontrolarse en cualquier momento y no hemos recibido noticias de los mensajeros enviados a buscar ayuda. Empiezo a temer que nunca volverán.

Shera sonrió mientras Arthur le daba la espalda. Muchos de esos mensajeros habían sido interceptados por la Orden para generar esa incertidumbre.

El rey se apostó en una pequeña ventana desde la cual podía ver la ciudad a sus pies, las aún verdes llanuras que la rodeaban y el río Mar-Eranor, que venía a morir al TarAmnir tras recorrer muchos kilómetros desde las lejanas montañas Oron-oth. El aire cálido del verano agitó sus cabellos. Shera no pudo resistirse a observar sus anchas espaldas y sus brazos fornidos, apenas ocultos por la túnica elegante que vestía, promesa de emociones íntimas en cualquier dormitorio. A pesar de ser un hombre maduro, su porte era el de un guerrero y su cabello aun no había encanecido. La barba, perfectamente recortada, reforzaba esa sensación.

Shera Ante'i reprimió el impulso de ofrecer en sacrificio a aquel hombre a su dios Kares y se contuvo de lanzarlo por la ventana mientras estaba desprevenido. No sería un buen elemento de persuasión si quería que Derties se uniera a su ejército. Se guardó para sí la sonrisa que amenazaba con subir a sus labios. En cambio, guardó silencio mientras Arthur le daba vueltas al estado de las cosas y llegaba por sí mismo a la conclusión de que no tenía mejor alternativa que la que la Orden le ofrecía: unirse a su ejército y luchar por nuevas tierras y pastos. Más allá de las montañas las cosas aún estaban en orden, según todos los indicios y noticias que recibían de sus informadores allí instalados.

—¿No tiene remedio? —preguntó Arthur.

—Supongo que te refieres al Daño...

—En efecto. ¿No se puede deshacer? ¿No hay nada que podamos hacer para defendernos de ese mal?

—Solo Kares tiene la respuesta a esa pregunta. Es nuestro deber acatar su voluntad y aceptar sus designios sin cuestionarlos. —Abrió los brazos en un amplio gesto, como si quisiera abarcar toda Thera con ellos—. Esta es su forma de



comunicarse con nosotros, de decirnos que ha llegado su hora, el tiempo en que los hombres nos postremos ante Él y lo aceptemos como el único dios verdadero. Es su palabra.

Arthur se giró.

—Si hago esto es por mi pueblo, no por adorar a ningún tipo de dios, Maestra.

Shera se puso en pie muy despacio. El resplandor de la gran chimenea encendida en el centro de la sala se reflejó en sus ojos negros, incapaz de iluminar su profunda oscuridad. Su piel morena, típica de los orientales, brillaba con un candor dorado en aquellas pocas zonas en las que la larga túnica negra que vestía la dejaba a la vista.

—No tiene sentido seguir discutiendo, Arthur Clem. He expuesto mis argumentos con claridad. Vuestra es la palabra ahora.

Y sin más, le dio la espalda al rey y se dirigió a la puerta con paso decidido sabiendo que había dejado a su interlocutor con la palabra en la boca.

—Maldita seas, mujer oscura. —Shera se detuvo—. Me uniré a ti, mas que ninguno de vosotros se atreva a pedirme que reniegue de mis creencias. Nunca adoraré a vuestro falso dios.

Shera reanudó su marcha sin dignarse a despedirse de Arthur mientras sus negros ropajes ondeaban tras ella. El rey nunca vio la tenue sonrisa que brotó de los labios de la Maestra mientras murmuraba para sí:

—Eso ya lo veremos.



 1 

«La Verdad solo está al alcance de las personas buenas».  
*El libro de Gan*, capítulo seis. Varios autores.

El rey Preas Mor tiró de las riendas de su caballo y lo detuvo con suavidad. No quería ver más de aquello. Solo deseaba perder aquel grotesco espectáculo de vista y regresar a la ciudad, a la fortaleza D’Gor donde su reina le esperaba. Solo deseaba posar su mano sobre su ya abultado vientre y sentir el calor de la vida que crecía en su interior sin pensar en nada más, sin tener que recordar cuanto acontecía a su alrededor.

Pero esa era su tierra; aquel, su reino y quienes se mostraban ante él, su pueblo. A sus pies, más allá de la pequeña colina sobre la que se había detenido, el Daño se hacía sentir. Aquella región, apenas a dos días de distancia de Angôr’an, que hasta ahora se había mostrado fértil, aparecía ennegrecida y los cultivos se habían tornado amarillentos, como si a las raíces de las plantas les faltase sustento.

—Empezó hace cosa de un mes, majestad —dijo Hamsed, el señor protector de aquellas tierras—. Hemos aprovechado cuanto hemos podido, pero ya nada se puede extraer de ella. Todo lo que plantamos nace podrido o ni siquiera llega a brotar. Los animales empiezan a desfallecer. Los que consiguen mordisquear los escasos brotes que logran ver la luz mueren presas de terribles cólicos y dolores. Hemos tenido que sacrificar cientos de ellos.

Preas guardó silencio. Su largo pelo negro ondeaba alrededor de su rostro y solo la gruesa capa que cubría sus hombros evitaba que temblara con el frío del amanecer recién estrenado. La temperatura, sin embargo, subiría pronto. Un profundo suspiro vació sus pulmones por un momento mientras asimilaba las palabras de su vasallo. Se había enfrentado en combate con hombres y bestias, había atravesado la selva y la

llanura, la montaña y el mar, pero nunca se había enfrentado a un rival como el que ahora se le mostraba. Su padre, que tan bien le había preparado para ser un buen rey, nunca le había dicho nada sobre aquello. No comprendía cómo podía luchar contra la misma tierra que se alzaba contra los hombres.

Al final, hizo lo único que podía hacer frente a tan poderosa fuerza.

—Has hecho bien en llamarme, Hamsed. Haremos lo mismo que en Hires y en Balh. Reúne a tu gente y que se dirijan al norte. Los acogeremos en Angôr'an o los enviaremos a las aldeas de las montañas.

—Majestad, no sé si querrán abandonar sus hogares.

Preas miró a Hamsed a los ojos.

—Diles que solo la muerte les queda aquí. Si aun así desean quedarse, no voy a impedirlo. Que cada uno se sienta libre de hacer lo que le plazca.

Y sin más, picó espuelas e hizo girar a su montura. Quería perder de vista aquella tierra cuanto antes, incapaz de asimilar que la podredumbre tardaría muy poco en llegar a las puertas de la capital. ¿Cuánto tiempo le quedaba? ¿Un mes, dos meses, un año? Nadie podía saberlo. Había reunido a los mejores sabios del reino y, tras muchos días de deliberaciones y consultas, no habían dado con una respuesta. En este asunto eran tan ignorantes como el más pobre de los campesinos. Se preguntaba, de nuevo en camino, si tantas batallas ganadas contra los flissanos y la Orden Kariteas no habían servido para nada. Si su afán por defender su reino había sido un esfuerzo inútil. Si al final la Tierra Negra iba a ganar.

El verano había llegado con fiereza y los senderos estaban cubiertos de polvo y la tierra estaba reseca y pedregosa, por lo que el avance de la comitiva estaba resultando lento y aburrido. Cuando llevaban varias horas de marcha en dirección noroeste, un movimiento a su derecha le sacó de sus cavilaciones. Era Tizo, su inseparable capitán de la guardia. Había envejecido mucho en el último año. Sus rasgos juveniles habían dejado paso a una tenue barba y su mirada se había endurecido. Había demostrado su valía en combate y que merecía un puesto más alto dentro de la jerarquía militar. Desde que lo había nombrado capitán de su guardia personal no se había separado de su lado.

—Majestad —dijo cuando se hubo situado a su altura. Montaba un joven caballo, nervioso y veloz como su jinete—, ha llegado un mensajero. Hay problemas en el norte.

Preas lanzó un sonoro suspiro. Se sentía cansado. El último año, desde que había recuperado el control de Angôr'an tras la invasión por parte de la Orden Kariteas y había ocupado el trono que había pertenecido a su padre, su actividad había sido frenética. Reforzar las defensas, reconstruir la ciudad, reactivar el comercio... Y como si todo eso fuera poco, las tribus norteñas habían creído ver debilidad en ellos y no perdían la ocasión de atacar las aldeas fronterizas entre Angôr y las mal llamadas Tierras sin Dueño.

—¿Qué han hecho esos bárbaros ahora?

—Se han hecho con las ciudades de Brefa y Keis.

—¿Qué quieres decir con que se han hecho con ellas? Las habrán saqueado de nuevo...

—No, majestad. Han tomado el control, han matado a los señores y las han reclamado para sí. Herta de Gres se ha proclamado Señora de las Tribus.

Eso era toda una novedad. Las tribus solían limitarse a atacar, robar y volver a marcharse, incapaces de organizarse hasta el punto de formar un verdadero ejército. Que hubieran hecho algo como aquello era muy preocupante. Bastante tenía Preas con el Daño que crecía desde el sur como para ahora tener que dedicar su tiempo a defender la frontera norte.

—Herta siempre ha sido una bruja presuntuosa. No esperaba menos de ella.

Preas sintió como si le hubieran puesto un saco lleno de piedras sobre los hombros que no hacía sino sumar peso a la carga que ya llevaba.

—Dejaremos ese problema para más adelante. Ahora solo quiero regresar a casa.

Tizo asintió y continuó avanzando en completo silencio.



«El Desierto de Sal es uno de esos lugares peculiares que ningún estudioso ha llegado a comprender del todo. Así como sus maravillas».

*Geografía de Thera. Compendio*, capítulo cuarenta y uno. Gleres de Tir.

Un año era mucho tiempo. Desde que, siendo poco más que un niño, el hechicero Árgoht Grandël había sentido la llamada del Destino, nunca había pasado tanto tiempo en un mismo lugar. Trataba de no detenerse en ello, de no darle importancia y dedicar sus pensamientos a otras cosas, temiendo que al hacerlo la llamada se despertara de nuevo en él y tuviera que ponerse en marcha a regañadientes.

Pensaba en todo ello mientras descansaba en la celda que le había sido asignada. Era un pequeño habitáculo cuyo único mobiliario estaba formado por un catre y un escritorio. Un estante anclado a la pared le servía para depositar su escasa ropa y sus aún más escasas pertenencias.

Como tantas otras veces en las que se había sentido inquieto por algo, tenía ante él, asomando entre los pliegues de tela del que tiempo atrás había sido su petate de viaje, los restos de la bola de cristal que le había salvado la vida. Había recogido lo que había podido, pero muchos pedazos ya estaban enterrados o el viento los había desplazado cuando el chico le había llevado por fin al lugar en el que lo había encontrado, varios días después de su confusa llegada allí.

Un año después, de lo que había sido una brillante esfera de oscuro cristal solo quedaban unos pocos fragmentos, fríos y apagados, que no aportaban ninguna respuesta al hechicero. Nunca, en todo el tiempo que le había pertenecido, había logrado comprenderla, extraer de ella sus secretos. Ahora, destruida, seguía siendo

para él un misterio ignoto. Lo único que podía saber con certeza era que la bola le había transportado allí, a aquel lugar en mitad del Desierto de Sal, y le había salvado de su propio hechizo. De no haber sido desplazado, y aún no lograba entender cómo había sido posible, estaría tan muerto como lo estaba, o eso esperaba, el talhom que había estado a punto de destruir Talder'an.

Conservaba escasos recuerdos de aquel día y el propio sortilegio se había borrado de su mente, como si nunca hubiera existido. Daba gracias a la Madre por ello, pues de esa forma nunca más se expondría a la muerte de aquella manera.

Unos discretos golpes en la puerta le sacaron de sus cavilaciones. Aunque no la guardaba en secreto ni mucho menos, envolvió de nuevo los restos de la bola entre los jirones de tela y la colocó debajo del catre. No podía saber cuán peligrosa era incluso en aquel estado, así que prefería mantenerla lo más alejada posible de los demás.

—Adelante —dijo, sabiendo quién estaba al otro lado de la puerta.

El joven Lavell abrió la puerta y asomó la nariz.

—Buenos días, Árgoht, el maestre os manda llamar.

El hechicero miró por la ventana. El sol aún estaba muy bajo y se preguntó qué querría el viejo tan temprano. Se pasó la mano por la cabeza. Ya no se extrañaba de no encontrar el largo cabello negro que le había acompañado durante casi toda su vida. En el Desierto de Sal el agua era un bien tan escaso que tener que lavar una melena, por muy esporádicamente que se hiciera, era un despilfarro inadmisibile. Nada más abrir los ojos allí había tenido que cortárselo. Dejar al descubierto la marca de su cuello había sido muy incómodo al principio, pero había terminado por acostumbrarse.

Eso sí, evitaba cualquier superficie reflectante, pues su imagen sin pelo aún le causaba una sorpresa.

—Hola, Lavell. Dile que bajo enseguida.

Lavell era un muchacho menudo y flaco, tan pelado como él, de piel muy morena después de años morando en aquel lugar. Él le había encontrado tirado en el desierto tras su enfrentamiento con el talhom en Talder'an y solo gracias a él, que lo había arrastrado con su escasa fuerza hasta allí, había sobrevivido a las duras condiciones del exterior. Le debía la vida a un mocoso que había salido a explorar sin permiso y desde ese día habían desarrollado algo parecido a una amistad, pues de alguna forma que no alcanzaba a comprender, el chico se sentía responsable de él y se había dedicado a enseñarle el lerteneo, presentarle a todos los hermanos internos y llevarlo a explorar los alrededores enseñándole, de paso, algunos trucos de supervivencia en el desierto.

Cuando estaba con él, Árgoht recordaba al joven Cheen, que tanto tiempo atrás le había acompañado al valle de Pranthas, en lo que parecía haber sido otra vida. De hecho, hacía tanto tiempo ya que apenas era capaz de recordar su rostro. De aquel muchacho poco debía quedar ya. Después de tanto tiempo debía de haberse

convertido en un hombre y, si el rumbo de los acontecimientos no se había desviado demasiado, en rey consorte del reino de Ereth.

Se ajustó la pesada túnica marrón que usaban allí todos los hermanos y salió al frívolo pasillo del lerteneo de Ärgufal. Varias puertas más se abrían a izquierda y derecha, todas ellas pertenecientes a celdas de ganetorei, tan sobrias y escasas como la suya. Sus pies, vestidos con unas ligeras zapatillas de caña de torjal apenas hacían ruido al rozar con la piedra clara del suelo, contribuyendo a mantener el sepulcral silencio que reinaba en el lugar, muy al contrario del ajeteo constante en el que se había visto envuelto el lerteneo de Lotrain mientras había estado allí debido a la llegada de los refugiados de la invasión del reino de Angôr.

Un pequeño alboroto rompió el esmerado silencio cuando hubo llegado a la planta inferior. Reconoció el sonido de las voces y cambió de rumbo para dirigirse allí, esperando que el maestro Orges no se impacientara por el retraso. Sentía un gran respeto por él y no tenía ninguna intención de incomodarle.

Como sospechaba, en el refectorio del lerteneo se había congregado un pequeño número de hermanos en torno a un hombre sucio de polvo que parecía llevar varias semanas de viaje. Las alforjas a su espalda dejaban claro su cometido allí. La llegada de un mensajero siempre era recibida con un jovial revuelo que hacía que los hermanos parecieran muchachos recién salidos a conocer el mundo, más que ancianos dedicados a la oración y el estudio. Esos momentos eran pequeños ratos de asueto tolerados por sus superiores. Recibir noticias del exterior siempre era un acontecimiento. Pero ese día había algo más. Junto al mensajero, en el centro del revuelo, había otro hombre. Era un viejo, larguirucho y arrugado, al que debía haberle costado un buen esfuerzo llegar allí a través del desierto. Árgoht estuvo a punto de soltar una carcajada al verlo. Como si lo hubiera llamado con el pensamiento, el viejo lo miró a él y sus ojos se abrieron tanto que parecían querer salirse de sus órbitas. Saliendo del círculo de alterados hermanos que lo rodeaban, se acercó hasta él.

El laúd que colgaba en su funda, bien amarrado a su espalda, despejó las pocas dudas que Árgoht pudiera albergar sobre su identidad.

Fue el viejo el que habló primero.

—¡Que Gan nos asista! ¿Me engañan mis ojos cansados, o esta maldita sal me ha nublado la vista?

Árgoht rio por lo bajo. En verdad era un encuentro sorprendente.

—¿Me habéis reconocido?

—Tenéis menos pelo, hechicero, y muchas penurias en los ojos, pero el rostro de Árgoht Grandël es difícil de olvidar.

—Os saludo, Janias. ¿Qué hace un juglar tan lejos de la ciudad, de sus tabernas y sus borrachos a los que entretener?

—Me temo que eso ya terminó para mí. El tiempo no ha sido clemente conmigo y el laúd a la espalda empieza a ser una carga demasiado pesada para mis hombros encorvados.



En verdad, Janias se veía derrotado, cansado y mucho más viejo que cuando lo había conocido, y ya entonces era un hombre mayor.

—He venido a terminar mis días aquí, al único hogar que conocí alguna vez.

Árgoht se sorprendió.

—¿Erais un hermano?

Janias se envaró y enderezó la espalda cuanto pudo, que no era demasiado.

—¡Aún lo soy! La llamada de Gan no se olvida jamás. Era un ganetorei y lo seguiré siendo hasta que mis pasos me lleven al claro al final del camino, algo que ocurrirá más pronto que tarde, me temo. Pero lo sorprendente sois vos, no yo. ¿Qué os ha traído aquí?

—Es largo de explicar, me temo, y ahora me esperan. Debemos dejar las preguntas para otra ocasión.

Árgoht no tenía ninguna intención de narrar cuanto le había sucedido desde que había conocido al bardo en el Paso de Artün hasta ese día aunque tuviera toda la vida por delante para hacerlo, pero no quería ser brusco con el viejo.

—Pues no os quito más tiempo, que nada bueno debéis traeros entre manos. Sin embargo, vuestra presencia puede significar que aún tendré material para escribir una última canción.

Janias esbozó una gran sonrisa medio desdentada y con un saludo se retiró de nuevo hacia el grupo que rodeaba al mensajero.

—¡Bardo! —Le retuvo Árgoht. El viejo se giró hacia él—. ¿Me contaréis qué está ocurriendo allá fuera?

En el año que llevaba en Ärgufal apenas había recibido noticias del exterior. Tenía interés por saber qué estaba ocurriendo con la Tierra Negra más allá del Desierto de Sal. Aunque no había querido involucrarse en la guerra, quería saber cómo se estaban desarrollando los acontecimientos y la suerte que había corrido el príncipe, ahora rey, Preas Mor.

—Hay mucho y poco que contar al mismo tiempo, me temo. Cuando queráis, mandadme a buscar y charlaremos un rato.

Árgoht asintió y retomó su camino hacia su cita con el maestro Orges.



«Quien vive en las sombras es candidato al amor de Kares».  
*Po'karatan*, capítulo ocho. Anónimo.

Kendar Olst observaba el amanecer brumoso mientras disfrutaba de la sensación que le aportaba el aire fresco en los pulmones. Había llegado a la mina de los primeros, como siempre, y se calentaba las manos ante un pequeño fuego en torno al cual su cuadrilla se iba reuniendo a medida que iban incorporándose sus componentes. Cada uno daba los buenos días y empezaba a frotarse las manos sobre las cálidas llamas a fin de quitarse de encima el frío que en los últimos días bajaba de las montañas afilado como una cuchilla a pesar de estar aún en lo más duro del verano.

—Ayer desapareció otro —dijo uno de ellos de pronto con voz grave, casi atragantada.

Sus compañeros miraron hacia él.

—¿De qué grupo?

—De la cuadrilla de Magnos Pices.

De nuevo se instaló el silencio entre los mineros. Kendar los miró uno a uno. Aún no había aparecido el miedo entre ellos, pero sus rostros empezaban a denotar preocupación. En las últimas semanas habían desaparecido varios compañeros en los túneles.

—Siguen sin encontrar los cuerpos de Fertios, Hio y Caster. Es como si se los hubiera tragado la tierra.

—Seguro que hay una explicación —intervino Kendar—. La gente no desaparece sin más, ni siquiera en las minas. Las cosas están mal por aquí, tal vez se han ido y han preferido no decir nada.

Los demás lo miraron mientras terminaba de hablar. Se había ganado el cargo de

jefe de cuadrilla tras muchos años de duro trabajo y buena mano izquierda con sus compañeros, quienes ahora lo miraban esperando una explicación, las palabras adecuadas que extrajeran de ellos la aprensión que estaban generando las desapariciones.

—Este es un trabajo peligroso, los sabemos bien. Es posible que los haya atrapado un derrumbe o que se hayan perdido en algún túnel secundario. Muere gente a diario ahí abajo. —Señaló a su espalda, a la entrada de la galería—. ¿Qué diferencia veis ahora?

—Dicen que se escuchan murmullos y risas.

A Kendar se le escapó una sonrisa burlona.

—¡Tonterías! La tierra es muy juguetona y el encierro engaña a nuestros sentidos. ¿Quién no ha creído escuchar cosas en el túnel? Vamos, amigos, dejémonos de supersticiones estúpidas y comencemos nuestro trabajo.

Sin más palabras, se puso en pie, tomó sus herramientas y se dirigió a la entrada del túnel.

El trabajo en las minas no era fácil. Kendar lo sabía desde hacía mucho tiempo. Mientras recorría el angosto corredor que le llevaría hasta el más reciente punto de extracción, el agua fluía bajo sus pies fruto de las filtraciones, pero había aprendido a ignorarla. Sabía que no podía beber de ella, que su paso a través de la piedra podría haberla corrompido.

Llevaba casi toda su vida alrededor de las minas. Aunque había trabajos de extracción más sencillos en el exterior, él prefería penetrar en la tierra, experimentar cada vez la sensación de tener el mundo sobre sus hombros, a pesar del peligro que esto entrañaba. Pasó junto a una bifurcación y tuvo que ponerse de rodillas para sortear varios picos rocosos que amenazaban con abrirle la cabeza si no iba con cuidado. Tras él, tres compañeros hicieron lo mismo de forma mecánica, acostumbrados a ello por la práctica diaria.

Al llegar al punto concreto en el que trabajaría ese día, marcó con un cincel los cinco lugares en los que deberían hincarse las picas, repartió las tareas entre los tres mineros y regresó por donde había llegado con intención de dirigirse hacia el lugar de trabajo de otra de sus cuadrillas.

Ser encargado no era su mayor pasión. Él disfrutaba picando, hurgando en la roca, extrayendo de ella sus secretos, y el cargo que ahora ostentaba le restaba tiempo para trabajar al tener que asegurarse de que todo su equipo hacía las cosas correctamente, que no perdía el tiempo y que usaba la técnica adecuada. Pensaba en esto sin reparar en la casi total oscuridad que lo rodeaba. Tan habituado estaba a ella que con el pequeño punto de luz de una antorcha agonizante le bastaba para trabajar y moverse por la mina. El silencio era ensordecedor. Kendar se detuvo ante el saliente que le obligaría a agacharse de nuevo, al igual que al llegar. Podía escuchar el eco de los golpes que los hombres que acababa de dejar atrás producían al clavar las picas, pero nada más. Cuando ellos paraban por cualquier razón, solo el sonido de la tierra le

rodeaba. La mina le hablaba con palabras propias, con ruidos que podían sobrecoger el corazón de los novatos e inexpertos. Él sabía que las piedras se agitaban, se movían y cambiaban, y que estos movimientos provocaban quejidos extraños y maravillosos. En esa zona, además, se sumaba el sonido del goteo del agua al rezumar por las paredes y correr hacia el interior de la mina para perderse por cualquier resquicio invisible. Casi podían parecer quejidos humanos, si uno se paraba a escucharlos.

Kendar prestó más atención. Casi parecían voces humanas de verdad. Miró hacia atrás, tratando de forzar el oído, pero ningún sonido procedía del fondo del corredor. De nuevo volvió a escucharlo. Era como un grito lejano, llevado hasta él por los ecos que generaban las piedras. No era la primera vez que le pasaba. Se estaba sugestionando por los comentarios de sus compañeros ante el fuego un rato antes. Sacudió la cabeza y siguió adelante.

«Dicen que se escuchan murmullos y risas». Con un gesto trató de ahuyentar esos pensamientos.

El sonido volvió a llegar hasta él, ahora con más claridad. Trató de centrarse. Parecía un grito humano entrecortado. Pasó de rodillas bajo el saliente y ante la bifurcación que antes había dejado atrás. Ahí se detuvo de nuevo. Estaba casi seguro de que el sonido procedía de ese túnel. Introdujo la antorcha, mortecina por la escasez de aire fresco, pero nada pudo ver más allá de la entrada. El sonido de una voz humana le llegó esta vez nítido, sin que hubiera lugar para la duda. Kendar miró a su alrededor y comprobó que no había nadie cerca para acompañarle. Lo que iba a hacer era una temeridad y una falta que iba en contra de las normas, pero alguien gritaba al final del túnel, estaba seguro.

Con un suspiro quedo, entró en la galería.



«El Daño llegó también a Angôr».  
*Historia viva de Angôr*, capítulo veintidós. Markus de Lárgan

Desde el momento en el que los muros de Angôr'an aparecieron ante sus ojos, Preas empezó a relajarse. Saber que le quedaban apenas un par de kilómetros para volver a abrazar a Ulea, acariciar su ya prominente barriga y sentarse a degustar una copa de vino, le daba fuerzas para espolpear a su caballo. Tuvo que reprimir las ganas de lanzarse al galope, dejar atrás a su comitiva y llegar solo a las puertas.

En cambio, envió un mensajero que anticipara su llegada, como debía ser, para que tuvieran las puertas abiertas, ahora casi siempre cerradas. La misma ciudad que hubiera permanecido abierta a todos los viajeros, acogiendo a quienes lo necesitaran con una sonrisa, había tenido que cerrarse para poder sobrevivir. Preas sentía que estaba traicionando todo aquello por lo que su familia había luchado durante generaciones.

«No soy yo» —se decía siempre que esos pensamientos lo abrumaban—, «es el Daño el que nos ha llevado a esto».

Cuando por fin hubo dejado atrás las murallas, algo más tarde, y la Gran Puerta del Este se hubo cerrado tras él, sintió como si dejara fuera todo el polvo del camino, todas las preocupaciones y la angustia vivida en las semanas que había estado de viaje por el reino. La armadura se convirtió de pronto en un peso insoportable. Picó espuelas y se lanzó a la carrera hacia la fortaleza D'Gor, ansioso por llegar a sus dormitorios. No se detuvo a deleitarse con las ovaciones de quienes le veían pasar por el Barrio del Mercado, a pesar de estar atestado. No se detuvo tampoco en el Barrio Viejo a supervisar las labores de reconstrucción, que aún no estaban del todo concluidas después de la invasión kariteas. Siguió ascendiendo la suave pendiente,

atravesando los distintos niveles de la ciudad, haciendo resonar los cascos de su montura en los adoquines que, ya cerca de la fortaleza, sustituían la tierra del suelo.

Por fin, se detuvo ante la gran entrada de madera, se bajó de un salto y, sin mediar palabra, le pasó las riendas del caballo al primer guardia que encontró. La puerta estaba abierta para él e, ignorando a los consejeros que habían salido a recibirle, se lanzó hacia la escalera que le llevaría a su dormitorio, aquel que un día había sido de su padre y que había sido invadido por Tarkon Anan.

De la presencia del Oscuro nada quedaba ya. Los antiguos muebles y tapices habían sido recolocados en su sitio y nada de lo que la Orden había traído consigo permanecía en el interior de la fortaleza. Tras la recuperación de la capital, todo cuanto les representara, incluidos sus cadáveres, había sido quemado en una gran hoguera. Preas aun recordaba la satisfacción que eso le supuso.

Se detuvo ante la puerta del dormitorio a coger aire antes de abrir con suavidad. Le recibió el aire cálido y reconfortante de la habitación, caldeada por la gran chimenea, a la que tanto había echado de menos. Ante ella, de pie a pesar de su cansancio evidente, estaba su reina. Con las manos apoyadas sobre la barriga, una deliciosa costumbre que había adquirido recientemente, Ulea le esperaba con una gran sonrisa en sus delicados labios.

Preas casi corrió hasta ella y la abrazó, abarcándola por completo a pesar de su volumen. Sintió el aroma delicado de sus cabellos y supo que estaba de nuevo en casa. Ulea le correspondió con tanta fuerza que sintió sus manos incluso con la armadura puesta.

—Apesta —le dijo la joven sin perder la sonrisa—. Ve a lavarte, que tienes el baño listo.

Preas se demoró un instante más para acariciar la barriga de su reina y sintió al pequeño moverse en su interior. Su corazón dio un vuelco de emoción. Supo entonces que nada importaba, que su reino, su ejército, incluso la Tierra Negra, dejaban de tener importancia al lado de aquella sensación que acababa de experimentar.

—Hola, amor mío —dijo por fin al tiempo que estampaba un beso en los labios de Ulea.

Después se giró para que ella le ayudara a quitarse la coraza ligera que usaba para montar. Necesitaba ese baño caliente.

Una hora después, tras un buen descanso junto a Ulea, de una copa de vino que tanto ansiaba y de sentir a su hijo creciendo fuerte, Preas se sentía con ánimo para cualquier cosa. Se había vestido con una holgada camisa y pantalones ligeros, harto de la ropa del camino, del cuero y el metal. Vestir así le daba una exquisita sensación de libertad que solo podía disfrutar en la soledad de su dormitorio.

Esta tranquilidad vino a romperse poco después. Unos suaves golpes en la puerta interrumpieron su descanso. Con un suspiro, dio permiso para entrar sabiendo que solo podía ser Kirian, su mayordomo. Tenía una forma muy particular de tocar.

—Majestad —dijo una vez hubo entrado en la sala.

Era un hombre maduro, pero no anciano, con una prominente barriga que denotaba una vida dedicada a la instrucción más que a lo físico. Preas lo había sacado de la biblioteca y lo había puesto a su servicio como mayordomo y consejero personal.

—Ha llegado su señoría Ofestes Feder, que requiere hablar con vos. Dice que trae noticias muy preocupantes.

—¿Por qué no ha anunciado su llegada?

—Dice que envió un mensajero hace varios días, mi señor.

Preas suspiró. El mensajero podía haber sido capturado, haber muerto y, lo que le parecía casi peor, podía haber huido hacia el norte.

—Reúne al Consejo. Bajaré en unos minutos. Lleva a Ofestes a la biblioteca.

Cuando Kirian hubo abandonado el dormitorio, Preas aún guardó silencio durante unos instantes.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Ulea—. Frunces el ceño, ¿qué te preocupa?

Preas se giró hacia su esposa. De la muchacha de la que se había enamorado poco quedaba ya. Sus manos se habían recuperado del trabajo forzado en el campo y su piel se había aclarado tras un año en la Fortaleza D’Gor, pero sus cambios iban más allá. Su expresión, su postura, su mirada... Había madurado mucho y se había convertido en una mujer hermosa y valiente que había aceptado su nuevo papel como reina con estoicismo y sin una sola queja.

—Seguimos perdiendo mensajeros. Nuestras propias rutas ya no son seguras. Las tribus cada vez son más osadas... —Preas comenzó a pasearse, nervioso, de un lado para otro hasta que se detuvo frente a la pequeña ventana del dormitorio. Ulea esperó.

—Temo estar perdiendo el control del reino. Y lo peor es que no tengo claro qué debo hacer para solucionarlo. No hay enemigo al que combatir, no hay armas que puedan contra el Daño.

Ulea giró a su marido y le dio un abrazo cálido y tenue como una caricia.

—Si Árgoht estuviera aquí...

La reina se separó unos centímetros para mirar a Preas a los ojos.

—Árgoht no está, Preas. Y aunque estuviera te dejó muy claro que nada de todo esto tenía que ver con él. —Aun así, nos salvó.

—No lo sabes.

—Lo vieron. Los soldados de la muralla dicen que fue él y yo les creo.

—No podemos estar seguros y, aunque así fuera, si en verdad era él, murió junto con la criatura. No le des más vueltas.

Preas lanzó un suspiro.

—Ahora —continuó Ulea— baja a recibir a Ofestes y escucha lo que tenga que decir. Seguro que no son buenas noticias si ha venido él en persona.

Preas añadió a su atuendo una capa de color ocre con el escudo de su familia y salió al pasillo en dirección a la biblioteca. Era una de las pocas salas en las que la Orden no había metido las zarpas y se encontraba casi intacta tras la invasión. El



recuento que se hizo en ella había dado como resultado que no faltaba ningún volumen, cosa que Preas agradeció a pesar de no ser un usuario asiduo de sus cómodos sillones y su generosa chimenea.

En ese momento se encontraba encendida para ahuyentar el aire frío procedente de las montañas Artenim-oth que, aun en verano, en ocasiones descendía para barrer toda la llanura de Talder y colarse por las ventanas más occidentales como si de cuchillas de hielo se tratase. En uno de los sillones, arrebujado en una pesada capa de lana, se encontraba Ofestes, gobernador de Talder'an. Era un hombre fornido de pelo blanco a pesar de contar apenas con diez años más que Preas. Su barba espesa enmarcaba una barbilla prominente y bajo sus cejas se escondían unos ojos verdes de mirada despierta. Era un buen gobernador y un buen hombre.

Al percibir la entrada del rey se puso en pie e hizo una reverencia.

—Majestad. —Su tono de voz, grave y rotundo, encajaba a la perfección con su aspecto.

—Mi querido Ofestes, me alegro mucho de verte. Hacía ya mucho tiempo.

—Desde la batalla, mi señor.

—Así es. Me alegro de que en esta ocasión sean circunstancias menos aciagas las que no permiten tomar juntos una copa de vino.

Como si el rey hubiera dado una señal, un sirviente entró en la sala con una jarra y dos copas que procedió a llenar. El rey levantó la copa en un brindis silencioso antes de llevársela a los labios y sentarse en un sillón ante su invitado.

—Siéntate, amigo. El Consejo está reunido abajo, pero quiero escuchar primero tus noticias con tranquilidad y sosiego. Lo necesito.

—Lamento no traer buenas noticias, majestad. Vengo a manifestaros mi más profunda preocupación por diferentes acontecimientos que se han ido sucediendo en los últimos meses.

Ofestes se detuvo a dar un trago de la copa, como si buscara fuerzas para seguir hablando.

—Continúa —le instó Preas con un nudo que comenzaba a apretársele en el estómago.

—Como bien sabéis, solo el comercio de los minerales de las minas de Emh nos está permitiendo capear el mal que nos acucia.

—Lo sé.

—Pues bien, mis hombres empiezan a temer bajar a las minas. Están desapareciendo mineros muy experimentados, se oyen gritos y algunos afirman haber visto sombras terroríficas bailando en las paredes de las grutas. Al principio no di crédito alguno a estas palabras, pero poco a poco he ido escuchando más y más testimonios en este sentido y esta misma semana han desaparecido dos hombres.

Ofestes guardó silencio y observó a Preas, sin duda ansioso por hallar una reacción en él.

—No me toméis por loco como yo hice con mis hombres, Majestad.

—No lo hago, continúa.

—Esta situación, los rumores que están surgiendo, empieza a calar entre el pueblo y el miedo se despierta entre ellos. Empiezan a hablar de demonios, maldiciones y demás. Es algo preocupante. Por otro lado, nuestras rutas comerciales con el norte y el oeste son cada vez más inseguras. Este mes han sido atacados dos envíos y, aunque hemos salvado la mercancía, hemos perdido más hombres de los que nos podemos permitir. Pronto tendré que empezar a contratar mercenarios. Cada vez llegan más a nuestras posadas buscando trabajo, sabedores de cómo están las cosas.

—¿No serán ellos mismos los que atacan para encontrar empleo en defendernos?

Ofestes se quedó de piedra. Su rostro demostraba que no había valorado aquella opción. Bajó la mirada hacia la copa que aún tenía en la mano.

—No había pensado en ello.

—No te preocupes, tienes muchas cosas en qué pensar y lo más probable es que no hayan sido ellos sino las tribus o cualquier otro grupo. Debemos reforzar la seguridad con nuestras tropas. De momento no recurras a los mercenarios. Ahora bajemos a comentar todo esto con el Consejo.

Preas y Ofestes salieron de la biblioteca y dos guardias con armadura de gala se situaron a su lado. Se dirigieron a la planta baja, donde se encontraba el Salón de Audiencias, el más empleado por el Consejo de Angôr'an para sus reuniones. Preas había pertenecido a él mientras su padre, Jainör Mor, había sido rey y ocupaba la cabecera de la larga mesa que usaban para esas reuniones. Ahora era él quien calentaba aquella silla. Empezaba a entender muchas actitudes de su padre y decisiones que le había visto tomar que en su momento no había compartido. Era muy diferente estar fuera, ser un elemento consultivo, que tener la última palabra en cada cuestión que se trate de resolver. A veces le podía la presión y sentía que no estaba preparado para un cargo como ese, que le cedería la corona a cualquiera que pasara por la calle con tal de no sentir aquella carga sobre su cabeza.

Afortunadamente, el sentido común solía imponerse en aquellos casos.

Sentados a la mesa esperaban ya los tres miembros del Consejo: Tizo, como representante del brazo armado; Pigreas, cuya presencia allí había sorprendido incluso al propio cocinero y Calder Pik, encargado de las cuentas del reino y de gestionar los cada vez más exiguos recursos de los que disponían. Era un hombre que rozaba la ancianidad y Preas lo había traído desde Talder'an gracias a las buenas referencias que Ofestes había dado de él en la gestión de los beneficios que aportaban las minas a las arcas de la corona.

Todos ellos se pusieron en pie cuando Preas y Ofestes hubieron entrado en la sala. Las dos chimeneas de las que disponía el gran salón estaban encendidas, lo que le daba al ambiente una agradable calidez y un aroma nada sutil a madera quemada.

—Sentaos, por favor.

Preas llegó a su sitio y ocupó su asiento mientras que Ofestes hizo lo propio junto a Tizo, a la izquierda del rey. Dos coperos entraron, tan silenciosos que parecían

haber salido de la nada, y sirvieron vino caliente a todos los presentes. Después, se retiraron a las sombras de nuevo.

—Nuestro querido Ofestes ha venido desde Talder'an con noticias inquietantes que debemos valorar.

Ofestes tomó la palabra y, como ya había hecho con el rey, les contó a los demás las noticias que traía de la ciudad de las minas.

Cuando hubo terminado de hablar, el silencio invadió el Salón de Audiencias.

—Calder —dijo Preas al fin—, quiero saber cómo puede llegar a afectar esta situación a nuestras arcas. ¿Cuánto estamos perdiendo en cada cargamento saqueado? Tizo, envía mensajeros para que cada aldea y ciudad haga recuento de nuevo. Si tenemos que reforzar nuestras defensas debemos reclutar más hombres. Que hagan un esfuerzo en pos de la paz del rey.

—Como ordenéis. ¿Qué haremos en relación con las aldeas del norte?

—El norte comienza a ser un problema. Las Tribus sin Rey han invadido tres aldeas a los pies de las montañas. No se han limitado a saquearlas, sino que las han atacado, han matado a cada hombre que pudiera portar un arma y han asumido su gobierno como pueblos libres de la corona. La situación no es nada halagüeña. Nuestro explorador vio picas con cabezas cortadas a la entrada de una de ellas. Una clara señal hacia nosotros, una declaración de independencia.

—Que se queden con las aldeas —dijo Pig—, ahora tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos.

Preas lo miró con fiereza.

—Una de esas cabezas era la de Archibold Mor, primo mío y, por tanto, parte de la familia real. Mi padre le otorgó el control de la ciudadela de Arthas como ejercicio por si debía gobernar algún día. ¿Debemos tolerarlo?

Pig bajó la mirada, algo abochornado.

—Además, es nuestro pueblo. Son nuestros hermanos y vecinos los que han muerto allí y cuyas cabezas se pudren separadas de sus cuerpos sin sepultura. No lo voy a permitir.

—Pero no podemos prescindir de más hombres, Majestad —intervino Tizo—. Si queremos escoltar a los comerciantes no podremos además enviar tropas a recuperar y conservar las aldeas.

Preas se puso en pie. Trataba de pensar con claridad, de encontrar la solución adecuada, pero sentía que se le escapaba de entre los dedos como la arcilla reseca. Tan cerca y tan lejos al mismo tiempo.

—Romped el cerco de Mügero —dijo por fin—. Traed de vuelta a todos esos hombres.

Pig y Tizo se miraron, escandalizados.

—Majestad, ¿estáis seguro? —preguntó el cocinero.

—¿Qué otra opción nos queda? Allí hay quinientos hombres sin hacer nada más que jugar a los naipes y engordar. Hace meses que nadie entra ni sale de Mügero.

Empiezo a sospechar que no hay nadie allí, ninguno de los Maestros, al menos. Dejad una dotación de vigilancia y que vuelvan los demás. Son más necesarios aquí. Tizo, ve tú en persona y lleva contigo solo lo necesario. Necesito que vayas y vengas lo más rápido posible.

Después de eso se trataron algunos temas menores más. Ofestes repitió las noticias sobre las minas de Emh, pero los pensamientos de todos estaban en otro lugar. Tras decidir reforzar los envíos comerciales en la medida de lo posible, Preas levantó la sesión y les dio permiso a todos para retirarse.

Cuando se hubo quedado solo en el gran salón sintió el peso del reino sobre sus hombros y lanzó un suspiro a la inmensidad vacía. Levantó la mirada y observó los gigantescos tapices que cubrían las paredes. Después de la reconquista de la ciudad los había encontrado apilados y llenos de polvo en un rincón a la espera, con toda probabilidad, de ser quemados. Había mandado limpiarlos a fondo y devolverlos a su situación original y ahora los tenía ante él más hermosos que nunca. Las escenas en ellos representadas le hablaban de prosperidad, crecimiento y grandes batallas llenas de caballeros y esplendor. Ninguno de ellos le daba pista alguna sobre los tiempos que estaba viviendo, en los que sentía que el reino se rompía entre sus manos.

—Padre, te necesito —dijo en voz alta. Necesitaba consejo, pero no había nadie a su alrededor que pudiera asesorarle—. Quiero saber cuál es el siguiente paso.

El rey guardó silencio, pero solo el eco del salón vacío le respondió.



«Las minas dan por igual vida y muerte».  
*Dicho popular.*

El túnel era angosto y muy húmedo, uno de los más recientes. Aún estaba sin terminar y no debía haber nadie trabajando allí, por lo que la procedencia de las voces se hacía aún más extraña. No era raro que los trabajadores se escondieran para beber o descansar cuando no les correspondía en túneles poco usados, y más de una vez había entrado precisamente en aquel a llamar la atención a algunos de ellos. Pero nunca había oído gritos. En un momento determinado dejó de oír nada aparte del sereno crepitar de la exigua antorcha. Se detuvo y aguzó el oído. No veía nada más allá de unos metros frente a él y se había hecho el silencio. Empezaba a sospechar que todo había sido producto de su imaginación. Las minas eran el lugar perfecto para que los miedos propios encontraran objetos en los que manifestarse y Kendar lo sabía. Había visto a compañeros salir corriendo sin causa aparente y no atreverse a regresar jamás, y a otros acurrucados como niños, asustados de la oscuridad y las paredes que, en ocasiones, parecían querer devorarlos y dejarlos enterrados para siempre.

Cuando hubo decidido que todo aquello era producto de su imaginación y se disponía a darse la vuelta, un nuevo sonido llegó hasta sus oídos. Por un momento no fue capaz de identificarlo. Parecían chasquidos y ronquidos, sorbidos y borboteos sin ningún sentido. Se le erizó el vello de los brazos y la nuca. No tenía miedo, pero una vocecilla en su cabeza le decía que saliera de allí, que abandonara el túnel para no regresar jamás. En cambio, dio un paso al frente. El sonido se intensificaba a cada instante. Dio otro paso, y otro más, estirando la antorcha cuanto podía, pero estaba al límite de sus fuerzas y ya daba muy poca luz.

Entonces lo vio. Estaba a un metro escaso de él, sentado contra la pared como si estuviera descansando. Pero incluso bajo la poca luz de la antorcha pudo apreciar que la posición de la cabeza no era natural. Además, estaba bañada de un líquido oscuro que no podía ser sino sangre. El sonido borboteante ocupaba ya toda la cueva. Con el siguiente paso apareció ante su vista un par de botas con sus respectivos pies. Más allá, tres pequeñas personas se cernían sobre otro individuo, como si estuvieran examinándolo muy de cerca. De ellos procedían los sonidos extraños. Cuando alzaron la cabeza, incómodas por la repentina luz, Kendar sintió que perdía el control de su cuerpo. Lo que le parecieron personas eran seres grotescos de grandes orejas, ojos inmensos de negras pupilas y bocas aún más grandes. Sus dientes. Kendar no aguantó más. Sus dientes afilados e irregulares estaban empapados en sangre y mostraban aún restos de una sustancia correosa que no podía ser sino carne del desgraciado que yacía a sus pies. Las criaturas se lo estaban comiendo.

Incapaz de controlarse, Kendar se dio la vuelta y echó a correr por la galería. Escuchó tras él cómo las criaturas se movían y siseaban, como si estuvieran hablando entre ellas justo un instante antes de sentir una presión en el tobillo que a punto estuvo de hacerle caer. Por instinto, lanzó un golpe con la antorcha a su espalda con todas sus fuerzas y notó que topaba con algo. La presión sobre su pie desapareció, pero la antorcha se le cayó de la mano.

Sin detenerse a recogerla, siguió corriendo, tropezando y golpeándose contra las paredes del estrecho túnel. En varias ocasiones creyó sentir una respiración tras él y esperaba que una de aquellas manos de largos dedos terminados en garras le atrapara y le tirara al suelo, pero eso no ocurrió. Se cruzó con varios compañeros en su carrera, pero no se detuvo a dar explicaciones.

Estaba por completo fuera de sí. Solo quería ver de nuevo la luz del sol.



## 6



«El Desierto de Sal sigue siendo un lugar habitado por misterios».  
*Geografía de Thera. Compendio*, capítulo cincuenta. Gleres de Tir.

La puerta de la celda del maestro Orges no se diferenciaba en nada de la de cualquier otra del lerteneo. No tenía cerradura, pero a nadie se le ocurriría entrar sin tocar antes, así que Árgoht lo hizo suavemente con los nudillos. Un instante después la puerta se abrió y ante él apareció el maestro, superior de la Orden Ganetorei en el lerteneo de Ärgufal. Era un hombre menudo y siempre sonriente. Su pelo había desaparecido mucho tiempo atrás y tenía la piel oscura y rasposa propia de quien lleva mucho tiempo soportando las inclemencias de la vida en el Desierto de Sal. Vestía con una túnica también, aunque de color pardo rojizo. Como cada vez que se reunía con él, iba descalzo.

—¿Querréis acompañarme a pasear, Árgoht? —Será un placer.

Desde que había llegado allí y se había restablecido de su convalecencia, el maestro le pedía que saliera con él a pasear. En ocasiones lo hacían dentro del propio edificio, pero otras veces salían al exterior a caminar por el desierto, si bien nunca se alejaban demasiado del lerteneo. Parecía que esta era la intención del maestro ese día, pues se dirigió directamente al pasillo que les conduciría a la puerta norte. Sus pies descalzos recorrían la piedra del suelo como si no estuviera allí. A su lado, las suelas de esparto de las sandalias del hechicero parecían hacer un ruido ensordecedor.

Como tantas otras veces, caminaron un rato en silencio, recorriendo pasillos y doblando recodos acompañados solo por el sonido del viento. Antes de llegar a la salida se encontraron con varios acólitos que saludaron al maestro con una



inclinación de cabeza. Por fin llegaron a la puerta norte, una de las más batidas por el aire del desierto. Nada más salir al exterior el cambio de temperatura casi dejó a Árgoht sin aliento. Aunque no era mediodía aún, la diferencia entre el exterior y el interior, resguardado y siempre fresco tras los gruesos muros del edificio, era brutal. Ambos se subieron las capuchas de la túnica y se cubrieron los ojos con las manos hasta que sus pupilas se hubieron adaptado a la feroz claridad del desierto.

Cuando por fin pudo mirar, Árgoht se encontró ante el ya familiar paisaje que rodeaba a Ärgufal. Estaba situado sobre una chata colina de piedra blanca y todo a su alrededor era planicie, rota únicamente por algunas floraciones rocosas situadas en dirección este, cerca de donde le habían encontrado según la versión de Lavell. Cerca ya del horizonte en dirección norte se alzaba una pequeña cordillera de picos redondeados por el viento. Al este pudo distinguir el discreto camino que unía el lerteneo con el resto del mundo y que llevaba al viajero hasta la frontera del reino de Elriss, con quienes los ganetorei comerciaban para suplir sus necesidades básicas.

Ese día el maestro parecía tener ganas de caminar, pues se dirigió hacia el norte y comenzó a descender la colina. Árgoht le siguió en silencio, pero el paseo duró poco. A mitad del descenso, un sutil sendero se abrió ante ellos, rodeando la colina en dirección oeste. Nunca antes había estado en aquella zona, y el hechicero sintió curiosidad por saber a dónde llevaba. Como casi siempre, Orges no hizo ningún comentario hasta que llegó a una puerta chata y casi redonda enclavada en la blanca piedra de la colina.

—Hoy toca cuidar a los muertos —dijo sin perder su enorme sonrisa mientras sacaba una llave de su túnica y abría con ella la puerta.

Desde fuera solo se veían sombras al otro lado. Orges entró y se detuvo a esperar a su invitado. Una corriente de aire frío, aunque viciado y con olor a cuerpos en descomposición, le llegó desde la penumbra. Árgoht tuvo que agachar un poco la cabeza para franquear la puerta.

Tuvo que esperar unos instantes de nuevo para que su vista se adaptara a las sombras, un proceso casi doloroso, pues pasaron de la claridad más brutal a la oscuridad más absoluta. Con un chasquido de pedernal, el maestro le proporcionó cierto alivio al encender una antorcha que esperaba colgada de la pared.

Ante ellos se abrió una pequeña gruta de techos bajos en cuyas paredes se abrían decenas de nichos sumidos en sombras de los que asomaban algunos huesos viejos y desvaídos. Árgoht sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Era un lugar sombrío, pero de una calidez y serenidad difíciles de explicar.

La muerte siempre había despertado en él sensaciones oscuras asociadas a la magia negra y el dolor, y no pudo evitar recordar la escena vista en las entrañas de la torre de Mügero tiempo atrás. Allí todo era sufrimiento alrededor de la muerte, pero en esa catacumba no había sombras en la oscuridad, sino paz. El silencio era sobrecogedor. Cuando Orges habló parecía hacerlo desde todas partes al mismo tiempo.

—Recemos.

Orges se arrodilló sobre una vieja y polvorienta alfombra dispuesta en el centro de lo que parecía ser la sala principal. Varios pasillos se abrían en direcciones opuestas, pero la antorcha que el maestro depositó en el suelo a su lado no llegaba apenas a iluminarlos. Árgoht se sentó junto a él. Aunque no rezaba, le gustaba disfrutar de aquellos momentos de introspección y acompañaba a los hermanos en los rezos siempre que podía. Él no necesitaba hablar con la Madre de aquella manera, sabedor de que podía, a través del gehvaal, llegar a ella en cualquier momento.

Árgoht cerró los ojos y, aunque aún podía sentir el resplandor de la antorcha y el calor tenue que generaba, pensó que bien podía estar muerto como todos aquellos que reposaban en sus tumbas.

Por fin, un buen rato después, Orges le habló, dando por concluida la oración.

—Esta catacumba es casi más antigua que el edificio. Los primeros hermanos la encontraron y la usaron para enterrar a uno de los suyos que había fallecido por un tonto traspies que, en este desierto inclemente, se cobró un alto precio. Sobre él y para rendirle homenaje se construyó un pequeño altar que, con el paso de los siglos, ha acabado por convertirse en el lerteneo de Ärgufal.

Orges se acercó a los nichos y comenzó a colocar algunos huesos que se habían desplazado de su sitio.

—Como casi todas las grandes cosas, este edificio creció desde algo muy pequeño. Como todos los caminos comienzan con un único paso.

Árgoht acompañó en silencio al maestro mientras seguía colocando huesos.

—Es la montaña la que los descoloca —dijo, aunque nadie le había preguntado, mientras se agachaba a recoger un pequeño hueso que había caído al suelo. Pertenecía a un cuerpo en descomposición cuya muerte debía ser aún reciente. La piel no había desaparecido del todo y cubría el esqueleto, asomando allí donde la ligera mortaja lo dejaba a la vista.

—Este ha sido uno de los últimos en reunirse con Gan. Fue uno de nuestros líderes más queridos.

Árgoht se acercó, pero solo era un cadáver más. En cambio, Orges trataba de colocar el hueso en su sitio con una delicadeza reverencial que demostraba que el difunto había sido alguien importante y querido.

—Gurceas hizo de nuestra orden un grupo hermanado, una familia.

Árgoht sintió que la mención de ese nombre hacía saltar un resorte en su cabeza. Por un momento se le escapó el aliento.

Orges percibió la manifiesta reacción del meledino.

—¿Estás bien? ¿Os he incomodado?

—¿Habéis dicho que se llamaba Gurceas?

Orges entrecerró un poco los ojos, como si tratara de buscar un doble sentido a la pregunta, como si quisiera leer entre líneas.

—No puede ser...

Árgoht retrocedió varios pasos hasta dar con la espalda contra el nicho que se encontraba tras él, haciendo caer varios huesos anónimos.

—¿Reconoces ese nombre?

—¿Él era uno de vosotros? ¿Tan solo uno más?

—No entiendo. ¿Por qué queréis saber...?

Árgoht se abalanzó sobre Orges y lo aferró por la túnica con las dos manos hasta casi levantarlo del suelo.

—¡Decídmelo!

La mirada del ganetorei se endureció y Árgoht se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Soltó a Orges y se alejó un paso con la respiración acelerada.

El hombrecillo se recolocó la escasa ropa y volvió a mirar a Árgoht. La fiereza había desaparecido de sus ojos.

—Él era especial —dijo por fin—. Podía hacer cosas asombrosas. Se parecía mucho a ti.

Árgoht no había hecho alarde de sus habilidades en el tiempo que llevaba en Ärgufal de forma que nadie sabía lo que era capaz de hacer. Sin embargo, no se sorprendió de que Orges lo supiera. De alguna manera, como ya había hecho la superiora Estëas un año atrás, era capaz de identificar su conexión con la Madre, su especial comunicación con ella.

—¿Qué sabéis de mí? ¿Qué sabíais de él?

Orges dirigió de nuevo la mirada hacia el cadáver.

—No decía mucho de sí mismo, pero a veces hablaba con las nubes y lograba que lloviera tras una sequía más larga de lo normal, o sanaba heridas que parecían incurables. Gan hablaba a través de él mejor que a través de cualquiera de nosotros. Un día, se ausentó para hablar con Él y nunca regresó. No murió, simplemente se fue. —¿No murió?

—No en ese momento. Cuidamos de él lo mejor que pudimos. Si le ofrecíamos alimento lo aceptaba, si lo aseábamos se dejaba hacer, pero no hacía nada por sí mismo. Era como si estuviera perdido. Aquello ocurrió cuando yo era aún un joven acólito. Su cuerpo se rindió por fin y un día dejó de respirar.

—¿Cuánto hace de eso?

—Mucho, Árgoht, mucho. Su cuerpo no se ha deteriorado al mismo ritmo que los otros. Así como en vida duró mucho más que cualquier otro, en la muerte tampoco Gan parece tener prisa por devolverlo a la tierra.

De pronto Árgoht sintió que le faltaba la respiración, como si las paredes de la cripta se cerraran en torno a él.

—¿Podemos salir ya?

Orges lo miró como si estuviera ante un muchacho impresionable y esbozó una gran sonrisa.

—Por supuesto, amigo. Basta de sombras por hoy.

Salir a la luz del sol fue para Árgoht como regresar a la vida. Se sentía confuso y

agitado, como si necesitase gritar. Orges, a pesar de su estado, no le hizo pregunta alguna mientras regresaban al lerteneo.

Árgoht recordaba muy bien a Gurceas. Lo había conocido en el lugar extraño al que el *gehvaal* le había llevado cuando había estado perdido, quince años atrás. Le habían llamado *el primer perdido*, y no se había detenido a pensar en él desde entonces. Allí, en la gruta en la que él mismo había estado a punto de quedarse para siempre, Gurceas lo había reconocido, le había llamado por su nombre y le había dicho que el equilibrio estaba roto. Ahora lo recordaba con total claridad, como si hubiera ocurrido el día anterior. Después de tantos años ya conocía el sentido de sus palabras, pero saber que su cuerpo estaba allí, que había aguantado con vida hasta que su alma se hubo rendido en el *gehvaal* le hizo pensar en sí mismo y en lo que podría ocurrirle si algún día le ocurría algo similar.

Casi no se percató de que no se dirigían de nuevo al lerteneo, sino que Orges lo llevaba hacia el desierto, bajo el despiadado sol, aún con ganas de pasear. Pensar en Gurceas había despertado en él un ansia extraña, como si necesitara salir de allí cuanto antes.

—¿Qué te ha perturbado tanto, amigo?

Orges se detuvo sobre un saliente rocoso desde el que se tenía una maravillosa vista de la gran explanada del desierto llamada Mar Eterno. Al fondo, casi en el horizonte y hacia el oeste, se adivinaban lejanos picos en los que pocos habían llegado a poner pie. Se decía que el Mar Eterno había ahogado a más viajeros estando seco que cualquier otro mar de Thera. Atravesarlo era casi imposible. Mirarlo en un día soleado como aquel hacía doler los ojos, pues reflejaba los rayos de sol como una espada bien pulida. Por un momento recordó uno similar en las cercanías de Meledel, algunos kilómetros al este de Bastión de la Joya Entera. Aún más llano que este, Árgoht recordaba haber pasado allí muchas horas en completa soledad, tratando de reconocerse a sí mismo, de comprender los cambios que se estaban forjando en él.

Al mirarlo, al observar aquel enorme espacio abierto, sintió ganas de echarse a caminar sin mirar atrás, de retomar de nuevo su sendero. Sabía que era la llamada del destino que llegaba otra vez a él para ponerle en marcha. Era un picor en la nuca, una incomodidad apenas perceptible que iba creciendo si era ignorado durante mucho tiempo. Árgoht conocía bien la sensación y le extrañaba que hubiera tardado tanto en despertar durante todo aquel año.

—Veo la despedida en tus ojos —dijo Orges con su habitual tono neutro, como si constatará una verdad largo tiempo predicha.

—Es hora de partir.

Orges no dijo nada y se limitó a observar el horizonte. En la base de las montañas, un revuelo neblinoso distorsionaba los contornos de todo cuanto veían.

—Sabía que llegaría este momento. Este no es tu sitio. ¿A dónde irás?

Árgoht pensó durante unos instantes. Ir hacia el este sería meterse en medio de los Tres Grandes Reinos, los más afectados por la Tierra Negra. Al sur solo estaba el

puerto de Argën, pero había mucha distancia que recorrer atravesando el desierto. La salida más sensata sería el norte, llegar al reino de Lahmna y una vez allí decidir su siguiente paso.

—Iré al norte.

Orges miró en esa dirección, como si desde allí pudiera ver el destino del hechicero.

—Es un largo camino.

—No tengo elección. El Daño está muy presente en el este. Nada hay allí para mí.

En ese momento Árgoht recordó que sí podía haber algo un poco más al sur, en los hielos más allá de la Costa Helada. En algún lugar de aquellas frías aguas se encontraba la entrada al reino secreto de Krahedia, hogar de las zágheras. Como si de una molesta mosca se tratara, descartó ese pensamiento de un plumazo.

—El norte es la opción más sensata —concluyó.

Ante sus ojos, la neblina que había nacido en la base de las montañas amenazaba con cubrir incluso los más altos picos.

—Una tormenta —dijo Orges—. De las grandes.

Árgoht observó durante un momento. Crecía a gran velocidad. En pocos minutos habían pasado de ver con claridad los picos lejanos a no diferenciarlos porque habían quedado cubiertos por un manto amarronado. Era rápida. A pesar de la distancia que aún los separaba, pronto cubriría Ärgufal con su poder.

—Me gustaría pedirte un favor antes de que te marches.

Árgoht miró al pequeño ganetorei, algo encorvado ya por el peso de los años. Por su tono de voz al pronunciar esa frase supo que no le iba a gustar. Al mismo tiempo, tras haber vivido un año de su amabilidad, sabía que no iba a poder negarse.

—Os escucho.

Orges se dio la vuelta y dirigió sus pasos de nuevo hacia el lerteneo. La tormenta no tardaría ni una hora en echárseles encima. Árgoht lo siguió.

—Es el chico.

—¿Lavell?

—Sí. Es un muchacho despierto e inteligente. Ärgufal no es lugar para él. Aquí solo tendrá piedras y sal durante el resto de su vida. Lo aceptaremos como ganetorei si es lo que desea, pero el desierto no es lugar para un muchacho como él. Veo grandes cosas en sus ojos. Sé que es más de lo que parece, que va a ser alguien importante en este mundo. Nosotros no podemos darle lo que necesita.

Orges guardó silencio un instante mientras enfilaban una empinada escalera de piedra que les llevaría hasta la entrada del edificio.

—¿Qué queréis que haga, maestro?

Árgoht empezaba a temer lo que Orges iba a pedirle.

—Quiero que te lo lleves. Hay un lerteneo al norte, en el reino de Glimaris, llamado Hipesen D'an, que es más apropiado para él. Es un lugar en el que convivirá con otros jóvenes acólitos y no con viejos decrepitos como nosotros. Podrán

enseñarle y estará más en contacto con el mundo que en este mísero desierto al que la gente viene a morir. Él tiene que vivir, no solo envejecer.

Aquello hizo pensar a Árgoht. Era cierto que no había otros muchachos allí, pero nunca se había detenido a pensar en ello.

—¿Por qué está aquí? ¿Quién lo trajo?

—Lo trajo Gan.

Árgoht lo miró muy serio. No era la respuesta que esperaba. Orges le respondió con una sonrisa.

—Un día apareció en nuestra puerta, así de sencillo. Él nunca ha sido capaz de decirnos de dónde vino, aunque estaba agotado y sucio, como si llevara varios días de marcha. No me preguntes más porque no hemos obtenido en todos estos años más respuestas que esta: un día no estaba y al día siguiente sí, al igual que tú. Así son los designios de Gan. ¿Lo harás?

Árgoht supo que no tenía opción. Había vivido un año allí sin que nadie le pidiera nada a cambio. Había sido recibido sin más preguntas, sin cuestionar su presencia, y acogido como uno más. Negarse habría sido una grave descortesía, por mucho que le irritara cargar con el niño en su viaje. Cuando hubieron llegado a la puerta del lerteneo de Ärgufal, una ligera brisa refrescaba ya la reseca piel del hechicero. La tormenta avanzaba a una velocidad inusitada. Pronto se haría la noche sobre ellos. Lo había visto en otras ocasiones y no era una experiencia nada agradable. Cuando eso ocurría, la misma piedra del edificio parecía retorcerse con cada embate del viento huracanado. La pequeña puerta de madera se abrió y Árgoht atisbó el comfortable frescor de la sombra que le esperaba más allá. Orges se detuvo y lo miró, esperando una respuesta.

—Sea —respondió el hechicero con un suspiro.



«El necio escucha y discute. El sabio escucha y aprende».  
*Dicho popular.*

Kendar miraba hacia la entrada del túnel con una aprensión que no había sentido nunca desde que, siendo apenas un niño, había comenzado a trabajar en una mina de mano de su padre. A pesar de que había pasado todo un día, aún escuchaba en su mente el sonido que producían aquellas criaturas al masticar, al comerse el cuerpo de un hombre al que ni siquiera había podido reconocer. Saber que había otro esperando a ser devorado apoyado en la pared, como si solo fuera un cerdo recién degollado le había quitado el sueño la noche anterior y a duras penas lograba dejar de temblar.

También le seguía doliendo el corte que se había hecho en la frente en su carrera alocada y que no había sido consciente de haberse hecho hasta mucho después haber salido, cuando la sangre comenzó a calentar su mejilla.

Esperaba sin dejar de moverse a que llegara Fes Arniö, el supervisor de zona, su superior directo, a escuchar sus explicaciones sobre por qué había abandonado la mina cuando acababa de comenzar la jornada y no se había dejado ver más en todo el día. Un mensajero lo había encontrado en casa, con las puertas y las ventanas cerradas, y le había informado de que el supervisor le esperaba al día siguiente a primera hora.

Así que allí estaba. Fes Arniö apareció tras un saliente rocoso con su túnica escarlata, su eterna tablilla debajo del brazo y sus andares infantiles. Parecía levitar sobre el suelo en vez de pisar sobre él. Era completamente calvo, y el sol de la mañana ya lanzaba reflejos sobre su piel aceitada.

—Buenos días —dijo cuando hubo llegado hasta él. Su voz tenía un tono algo chillón que irritaba mucho a Kendar, acostumbrado a hablar siempre en susurros bajo

tierra.

—Buenos días, Fes.

Fes Arniö miró a Kendar de arriba abajo, como si no se vieran cada semana, como si no llevaran juntos en las minas muchos años ya. Su mirada lo recorrió como tratando de encontrar qué había cambiado en él para que hubiera abandonado su puesto como lo había hecho.

Cuando llegó a sus ojos, arqueó una ceja.

—¿Y bien?

Kendar sintió una ira repentina. Sabía que aquella conversación no iba a terminar bien.

—Y bien, ¿qué?

—Cuéntame. Dime qué te pasó ayer. Porque supongo que tendrás una explicación...

Kendar cogió aire tratando de controlarse.

—Vi cómo mataban a dos hombres. —Comenzó a temblar de nuevo al recordarlo. Aun así, sacó fuerzas para relatar todo lo que había visto. Tardó apenas unos minutos.

—¿Criaturas? —interrumpió Fes cuando Kendar hubo llegado a esa parte. No pudo evitar que se le escapase una sonrisa burlona.

—Sí, menudas y horrendas, con las orejas largas y los dientes puntiagudos. No debían levantarse más de un metro y medio del suelo.

Fes se detuvo de nuevo a observar a su interlocutor en completo silencio, como si estuviera tratando de tomar alguna decisión sesuda. O como si estuviera decidiendo si merecía la pena llevar aquella conversación más lejos.

—¡No estoy loco! —saltó Kendar, ante el evidente y molesto escepticismo de Fes—. ¡Sé lo que vi! Me conoces, Fes, sabes cómo trabajo y que nunca he tenido el mal de la sombra, nunca he temido a la penumbra ni he abandonado mi puesto sin razón. ¡Sé lo que vi! Había mucha sangre y dos cadáveres, estoy seguro. Yo mismo sería uno de ellos si no hubiera llegado a correr como nunca lo he hecho.

Fes guardó silencio aun unos instantes más. Cuando Kendar ya iba a dar por concluida la charla y marcharse, su supervisor volvió a hablar.

—Vete a casa, Kendar. Te veo agotado. Hoy descansarás y regresarás mañana con las fuerzas renovadas.

—¿Qué vas a hacer al respecto? Temo que las minas dejen de ser seguras. Bastante tenemos con la oscuridad, los derrumbes y la falta de aire como para tener que preocuparnos por pequeñas bestias asesinas. Deberías enviar una dotación de soldados a matarlas.

—Eso no está en mi mano, Kendar, pero lo consultaré.

Kendar no sabía cómo tomarse aquellas palabras.

—¿Me crees, pues?

—Si esta historia me la hubiera contado cualquier otro, me habría reído en su cara. ¿Me he reído en la tuya?



«Casi» —pensó Kendar.

—No.

—Pues ya ves. Me parece difícil de creer, pero tomaré tu palabra por fiable en la medida de lo posible y la haré llegar a los oídos oportunos, pero no te puedo prometer nada.

Los ánimos de Kendar se apaciguaron.

—Es más de lo que esperaba, Fes. Gracias.

Arniö sonrió y puso la mano sobre el hombro de uno de sus empleados más veteranos y experimentados.

—Ahora vete a casa. Tienes un aspecto horrible.

Y sin más, se dio la vuelta y se fue por donde había llegado.

Kendar se quedó solo de nuevo. Su mirada se posó en la entrada del túnel, de la que varios compañeros entraban y salían sin descanso. No pudo evitar escuchar de nuevo en su mente los chasquidos que producían aquellos seres mientras se comían al hombre.

Se le erizó el vello de todo el cuerpo. Alegre por abandonar la visión de la galería por un rato, se dirigió a su casa. Iba a tomarse un día libre por primera vez en veinticinco años.

Su tranquilidad, sin embargo, no duró mucho. Aunque esa noche había dormido más de lo que acostumbraba, las pesadillas invadieron su descanso. La visión de las horribles criaturas lo acosaba y los remordimientos por haber salido corriendo sin tan siquiera comprobar si alguno de los hombres estaba vivo le atormentaban. Se decía a sí mismo una y otra vez que era imposible que lo estuvieran, pero no podía quitarse de la cabeza la sensación de que debía haber hecho algo más que huir como un perro con el rabo entre las patas. Su mujer, que dormía plácidamente a su lado, no había percibido su angustia y él no había querido ponerla nerviosa contándole los detalles de lo que había visto. Aún no estaba preparado.

Cuando tocaron a su puerta el sol acababa de despuntar en el cielo. Ya levantados los dos, Kendar miró a la que había sido su mujer durante más años de los que recordaba preguntándole con la mirada si esperaba a alguien y ella le dijo que no con la cabeza. En la puerta le esperaba un hombre vestido con una delicada túnica de color ámbar, bien peinado y oloroso.

—Kendar Olst, debéis venir conmigo.

Kendar miró al hombre de arriba abajo. Su aspecto delicado y amanerado era por completo opuesto al suyo, rudo y fornido tras tanto tiempo de trabajo físico de alta exigencia.

—¿Quién sois y a dónde debo ir con vos?

—Me envía Fes Arniö.

Eso solo podía significar que su convocatoria tenía que ver con lo acontecido en la mina, así que no tendría día de descanso después de todo.

Kendar se vistió y salió en pos del mensajero, que pronto dirigió sus pasos hacia

el Caserón de la Toga, el achaparrado edificio desde el que una delegación real gobernaba el pueblo de Emh. Se encontraba apenas a una jornada de Talder'an y su población estaba formada casi en exclusiva por mineros y sus familias. Tuvo que atravesar el Puente Roto, sobre el río Man-Orön, para cruzar al lado oeste del pueblo. El sol rielaba sobre su superficie tranquila a pesar de la cercanía de las montañas en las que nacía. Pero Kendar no se detuvo a disfrutar de las vistas y cruzó al otro lado con la mente llena de recuerdos y especulaciones.

Al llegar al Caserón, una pareja de guardias les dio el alto con sus exquisitas armaduras argénteas y sus largas capas carmesí. El emblema del reino de Angôr lucía en sus pechos acorazados. Era un viejo edificio de dos plantas construido en madera y adobe, feo y funcional como solo puede serlo uno construido con una función concreta, sin ánimo de ornamento.

—¿Llevas armas?

La pregunta hizo que Kendar regresara con brusquedad de la neblina de sus pensamientos a la realidad.

—Te pregunto que si llevas armas —insistió el mensajero—. No puedes llevarlas a partir de este punto.

—No, no llevo armas.

Después de un somero escrutinio por parte de los guardias, les franquearon el paso. Ascendieron por una ancha escalera de madera hacia la planta superior. Los ligeros pasos del hombrecillo apenas creaban ecos entre el murmullo de gente trabajando, que les rodeaba por todas partes. Arriba, otro guardia les dio el alto de nuevo. El mensajero se identificó y pudieron continuar.

—¿Es siempre así?

—¿A qué os referís?

—A los controles, a tanta presencia de guardias.

El mensajero miró de nuevo al soldado apostado en la parte alta de la escalera.

—Así es. Es el precio que hay que pagar por vivir seguros aquí dentro.

Kendar no dijo nada más, pero supo para sus adentros que nunca querría vivir así, en un sitio en el que era cuestionado a cada paso y todos sus movimientos eran supervisados y valorados. Además, ¿de qué les iban a proteger? Emh era un pueblo minero y toda la población trabajaba de una forma u otra. ¿Qué podía pasar en un lugar como aquel, alejado de las intrigas de la capital?

Fes Arniö le esperaba sentado ante un pequeño escritorio, rodeado de papeles y libros manoseados. En las paredes del habitáculo que ocupaba, más libros colocados de cualquier manera amenazaban con sepultar al incauto que pasara ante ellos.

—Kendar, siéntate.

El minero obedeció mientras observaba al hombrecillo sentado ante él con cierta condescendencia, aunque toda su actitud revelaba la debida humildad y respeto. Comparado con él, recio y de marcados músculos, el funcionario era un ser enclenque y débil, un hombre escuchimizado y sudoroso de piel clara que se perdía entre sus

propios papeles. A pesar de ello, sabía que no debía minusvalorarlo ni despreciar los contactos de los que disponía.

—He llevado tu... caso un poco más arriba. —Fes señaló con el dedo hacia el techo, y Kendar entendió a la primera.

—¿Y bien?

—Verás, Kendar. Las cosas están complicadas por aquí últimamente. Deserciones, rebeldes en el norte, ataques a las caravanas... Tenemos muchos frentes abiertos.

Kendar se hundió en su silla. Sabía que todo aquel preámbulo llevaría a un único sitio.

—Nuestro señor Ofestes ha ordenado reforzar los caminos para proteger a los mercaderes y enviar hombres a Angôr'an para reforzar las defensas de la frontera norte. Me temo que no disponemos de efectivos que enviar a buscar a esas criaturas tuyas.

A Kendar no le pasó por alto el tono despectivo y burlón que a Fes se le había escapado al decir *criaturas*. Se esperaba algo así.

—Seguirá muriendo gente —dijo, muy serio.

—Vamos, no dramáticos. Mueren mineros todos los días. Es un trabajo duro y peligroso. Al bajar allí, saben a lo que se arriesgan.

Kendar supo entonces que no había nada más que decir. Estaba acostumbrado a ser tratado con esa desidia, como si su trabajo no fuera gran parte del sustento de la economía del reino de Angôr. A nadie le importaba cuántos hombres murieran a la sombra de las montañas, siempre que los preciados metales siguieran llenando los carromatos de los comerciantes. Sintió cómo la ira iba inflamando sus venas poco a poco, pero era muy consciente de a quién tenía delante y no abrió más la boca.

Se levantó y se marchó sin despedirse.



## 8



«Las dificultades por todo el reino pusieron a prueba las aptitudes de todos en aquellos años complejos». *Historia viva de Angôr*, capítulo veintitrés. Markus de Lárganan.

Ofestes se ciñó la pesada capa de lana todo cuanto pudo y se cubrió la cabeza con la capucha. Los flecos que bordeaban la tela, un poco raída tras muchos años de viajes por todo el reino, bailaban al son del viento que recorría la llanura de Talder.

Volvió a casa junto a un convoy con mercancías básicas con las que afrontar el próximo invierno. Quesos, encurtidos, carnes y pescados en salazón, pan y harina, cereales... Ofestes miró hacia atrás, a la decena de carromatos que le seguían tirados por bueyes y caballos. Ver a todos aquellos hombres y animales le hizo pensar en el papel que su ciudad representaba en el panorama del reino de Angôr. Aunque Talder'an era una ciudad capaz de autoabastecerse si tenía necesidad de ello, sus campos no podían competir con los de Angôr'an. Su ciudad se había volcado en las minas y había dejado la labranza y el mercado bajo el control de la capital. Ofestes sabía que, si alguien necesitaba armas, escudos o metales, acudiría a Talder'an. Ese era su orgullo y su gran pasión.

Ante ellos, a escasos kilómetros, podían verse ya las colinas que circundaban la ciudad. Deseaba llegar cuanto antes, cambiarse de ropa y acomodarse en su estudio, ante la chimenea y junto a un buen vaso de vino, cálido y espeso como solo sus maestros vineros sabían hacer. Al pensar en ello, sintió el peso de los años sobre sus hombros. La espada, que apenas sabía usar, le pareció un objeto ajeno a él. La cota de malla que llevaba bajo la camisa, un corsé que no le dejaba respirar. Esas cosas solo le parecían un peso muerto.

En ese momento, uno de los miembros de su guardia situado a su derecha cayó del caballo como un fardo. Su cuerpo levantó una pequeña nube de polvo, de tierra a la que el calor había arrebatado todo su verdor.

Una flecha asomaba de su cuello.

—¡Alarma! —gritó alguien—. ¡Nos atacan!

Como si de una única persona se tratara, sus guardias se situaron a su alrededor, formando una barrera defensiva con los escudos en alto. Los caballos corcoveaban mientras sus jinetes trataban de determinar la dirección desde la que se produciría el ataque. Varias flechas más surgieron de un promontorio rocoso situado a su izquierda, pero los guardias estaban ya prevenidos y alzaron sus escudos a tiempo de evitar más bajas. Los comerciantes se aprestaron a esconderse tras los carromatos, temblando de pies a cabeza. El camino bajo sus pies no daba mucho margen para guarecerse hasta un poco más adelante que empezaban las colinas, por lo que no era el lugar más apropiado para una emboscada. A su alrededor, a excepción de aquellas escasas rocas que los atacantes usaban como parapeto improvisado, solo había hierba reseca y charcos de barro.

Uno de los guardias tomó las riendas del caballo de Ofestes y lo alejó de la zona algunos metros al tiempo que lo protegía con su escudo. Poco después, un numeroso grupo de hombres abandonó la protección de las piedras para lanzarse al ataque contra ellos gritando y haciendo aspavientos. Los guardias se afianzaron en posición defensiva.

Ofestes tuvo tiempo de observar a sus atacantes.

—Son norteños —dijo el hombre situado junto a él. En efecto, eran hombres de las tribus del norte. Sus cuerpos, apenas cubiertos con algunas piezas de cuero, robustos como viejos árboles y con la piel salpicada de marcas y tatuajes, no dejaban lugar a dudas sobre su procedencia.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó el guardia de nuevo, más para sí mismo que esperando una respuesta.

—Se están volviendo osados a pesar de su escasa formación militar. En más de una ocasión hemos recorrido las tribus reclutándolos, pero pocos han logrado dar la talla en combate. Son buenos artesanos, buenos leñadores y herreros, pero no están hechos para la guerra. La elección del lugar para la emboscada y la forma de llevarla a cabo lo confirman.

El guardia asentía con la cabeza, observando cómo los dos grupos chocaban. Los norteños superaban a los talderanos en proporción de tres a uno, pero atacaban desordenados y sin disciplina. Sus cadáveres pronto empezaron a teñir de rojo el camino bajo sus pies.

Ofestes contenía la respiración. Eran angoranos, protegidos por la ley del rey de Angôr, a pesar de sus actuales fechorías. Soltó aire con un largo suspiro. Aquello no debería estar pasando.

La batalla duró poco. Cuando el número de norteños se hubo reducido

drásticamente, los supervivientes echaron a correr, huyendo en todas direcciones, gritando y maldiciendo. Cuando los guardias iniciaron la persecución, Ofestes les dio el alto.

—Dejadlos ir.

—Pero, señor, volverán otro día.

Ofestes suspiró de nuevo. No quería romper la formación y deseaba llegar a casa. Dejarlos ir ahora podía suponer más muertes mañana, pero no quería alargar aquella situación ni un minuto más.

—Sí, volverán.

Unas horas después, Ofestes descansaba su cuerpo agotado por el viaje dentro de un baño que empezaba a quedarse frío. Hacía un buen rato que el vapor había dejado de acariciar su piel, pero él, absorto en los recuerdos de los acontecimientos recientes, apenas se había percatado de ello. Su mirada se perdía en el espléndido mosaico que vestía el techo de la estancia desde hacía generaciones. Ni la humedad ni el paso del tiempo habían deteriorado en lo más mínimo su rico aspecto. El calor de la chimenea, que chisporroteaba con elegancia en el dormitorio contiguo, llegaba hasta allí evitando que tiritara de frío.

—Parecéis preocupado, mi señor.

Ofestes no había sentido la llegada de Getsa, que estaba sentada a su lado. Lo había hecho en completo silencio, como casi siempre. Ensimismado como estaba, ni siquiera había sentido su presencia. Cada día se preguntaba qué había hecho toda su vida sin ella. En los dos años que llevaba a su servicio se había vuelto imprescindible para él. Al llegar del viaje le tenía preparado el baño y ahora le esperaba con las telas sobre el regazo para secar su cuerpo al salir y la ropa con la que vestirse.

—Me lees el pensamiento —dijo Ofestes con una sonrisa. Y no se refería solo al hecho de que hubiera detectado su preocupación.

—He oído cosas en los pasillos. ¿Estáis bien?

Ofestes miró a la joven y sintió la presión de sus hermosos ojos azules. El sol que penetraba por la única ventana de la estancia clareaba sus cabellos castaños, ya bastante claros de por sí. No vio en su mirada curiosidad ni ansia por saber, sino la más sincera preocupación. Su rostro parecía tallado en mármol, delicado y duro al mismo tiempo. Si hubiera sido capaz de experimentar deseos carnales la habría convertido en su concubina tiempo atrás. Pero no era así. Él lo sabía y ella también. Aun así, en ocasiones le pedía que compartiera su lecho, aunque solo fuera para sentir el calor de un cuerpo junto al suyo.

—Los nortños han atacado a la comitiva —respondió mientras daba por terminado el baño.

—¿Otra vez?

Getsa se puso en pie para extender las telas y cubrir con ellas el cuerpo desnudo de su señor sin que le inspirara pudor alguno.

—Me temo que vamos a peor. Lo han hecho a pesar de que era evidente que no

éramos simples comerciantes. Mi guardia iba armada y protegida y aun así se han abalanzado sobre nosotros. Solo su propia ineptitud ha hecho que no supongan un peligro más grave.

—¿Qué os preocupa, pues?

Ofestes empezó a vestirse.

—El hecho en sí. La paz del rey ya no significa nada para ellos. El rey Preas me ha informado de más ataques por todo el reino y de que varias tribus han manifestado la intención de abandonar la protección real y regir sus propios destinos.

—La gente está asustada.

—Es más que eso. Empiezan a perder la fe en nosotros. No estamos sabiendo resolver sus problemas y creen que ellos lo harán mejor, aunque esos pensamientos casi siempre llevan a la sangre y la guerra.

Getsa no hizo ningún comentario mientras Ofestes terminaba de vestirse, perdido de nuevo en sus pensamientos.

—¿El Consejo está ya reunido? —preguntó cuando hubo terminado.

—Sí, mi señor.

Ofestes se cubrió con una elegante capa decorada con el escudo del reino. Su aspecto era formal, aunque sin excesos. Su larga cabellera cana recogida en una cola rejuvenecía un rostro que había dejado atrás la juventud tiempo atrás.

Cogió algunos papeles de una mesita situada junto a la puerta y salió para, al instante siguiente, volver a asomarse por el quicio, como si se hubiera acordado de algo importante. Se dirigió de nuevo hacia la muchacha con el rostro serio y la mirada triste.

—La guerra es cosa de Preas, Getsa. Yo solo quiero que me dejen gestionar mis minas.

La Sala Regia se abría ante él una vez más. El eco de sus pisadas en aquella estancia inmensa no pudo ocultar el sonido de las sillas al rodarse cuando los miembros del Consejo de Talder se pusieron en pie para recibirle.

El salón estaba bien caldeado gracias a dos grandes chimeneas que crepitaban en los extremos más alejados y que ayudaban al mismo tiempo a esquivar las sombras de los rincones. La escasa luz que entraba por los pequeños ventanales había perdido la batalla tiempo atrás. Su consejo privado se reducía a tres personas: Fes Arniö, responsable de la gestión de recursos y trabajos dentro de la ciudad y siempre a caballo entre Emh y Talder'an; Artor Mirto, un hombre inmenso e iracundo, jefe de la guardia y miembro de los Piqueros de Fairard; y Cledas de Targ, una mujer adorable de pelo cano y ojos sabios, encargada de las cuentas de la ciudad. Ofestes les indicó que se sentaran con un gesto de la mano mientras ocupaba su sitio en la cabecera de la mesa, que disponía aún de seis sillas más que nunca se usaban. Ofestes disimuló como pudo su turbación y dio comienzo al Consejo explicando lo ocurrido en su viaje a Angôr'an, su reunión con el rey y su accidentado viaje de regreso.

El semblante de todos los presentes se oscureció al saber que habían sufrido tres

bajas en el ataque.

—Tenemos que hacer algo al respecto —dijo Artor tras algunos segundos de reflexión en los que el silencio cayó sobre ellos como una pesada manta de lana.

—Si perdemos el comercio, si los reinos del norte pierden la confianza en sus envíos temiendo algún ataque, estamos perdidos. El Daño nos destruirá —añadió Cledas.

—Reforcemos la seguridad. Si incorporamos una patrulla de cinco hombres a cada caravana los montañeses se lo pensarán un poco más antes de atacarnos.

—Hoy eso no les ha importado...

—Pero les importará cuando sea la costumbre. Si cada envío está bien defendido tendrán que pensarse mejor lo que hacen. Que vean que nos lo tomamos en serio.

—Esa misma decisión ha tomado el rey. Eso haremos también nosotros, pues. Artor, encárgate tú, por favor.

El hombretón asintió con la cabeza. Mientras Fes Arniö tomaba la palabra.

—Señor, ha ocurrido algo en las minas...

—Espero que no sean más rumores, Fes. El rey Preas fue muy paciente conmigo en relación con este tema, pero solo le conté historias de viejas. Si no hay nada consistente y los hombres siguen protestando porque sí, prefiero que no me lo cuentes.

Fes guardó silencio unos instantes, dudando de si debía contarle lo que Kendar le había transmitido.

—Creo que esta vez no, señor —dijo por fin—. La información proviene de uno de los hombres más serios y confiables del equipo de mineros. Asegura haber visto algún tipo de criatura matando a dos hombres en los pozos.

—¿Criatura?

—Sé que suena extraño, señor, pero tiendo a creer en su palabra. No puedo asegurar que no tuviera el mal de la penumbra y se lo haya inventado todo, pero lo dudo mucho. Este hombre lleva toda su vida bajo tierra y nunca ha mostrado síntomas.

—Conozco hombres que los han manifestado muy tarde, Fes —intervino Artor.

—Y yo. En fin, no lo sé. Me limito a contároslo, mi señor. Kendar cree que debemos incluir guardias en las minas por si se suceden los ataques.

Ofestes sacudió la cabeza inmediatamente.

—Es imposible.

—Lo entiendo, señor —contestó Fes. Esperaba una respuesta como esa, dadas las circunstancias.

—Nuestra prioridad son las caravanas. Bastantes hombres vamos a tener que asignar a ellas como para usar más enterrándolos en las minas. Jamás he oído nada sobre criaturas en las montañas salvo en los cuentos de mi abuela, que hablaba de trasgos y argontes. No prestaremos oído a esas tonterías. De hecho, me arrepiento de haberle contado nada a Preas sobre este asunto. Sea lo que sea, si hay algo que



resolver, lo haremos nosotros solos.

—Sí, mi señor.

El Consejo siguió adelante, pero Fes no terminó de quedarse tranquilo. Las palabras de Kendar se le habían quedado grabadas. «Menudas y horrendas, con las orejas largas y los dientes puntiagudos».



«Lo importante no es tener las mejores cartas sino saber jugar bien las malas».  
*Refrán muy común en Angôr.*

Tizo siempre sentía escalofríos en presencia de la maldita torre de Mügero. Allí estaba, encastrada en la roca de la montaña, siempre a la sombra con la piedra negra que le daba forma como una declaración de intenciones sobre la oscuridad en el corazón de sus habitantes. La observaba tratando de percibir actividad más allá de la muralla, pero nada parecía moverse. Ninguna columna de humo se elevaba hacia el cielo, ningún sonido rompía el silencio.

Se encontraba a escasos trescientos metros del perímetro del muro, sobre una pequeña elevación rocosa, escoltado por el capitán al mando del cerco y un puñado de hombres más. Era una distancia apropiada para observar, pero no parecía haber nada que ver. Una ráfaga de aire frío procedente de la montaña le hizo tiritar y se cerró la pesada capa de lana en torno al cuerpo para protegerse.

—Las chimeneas deberían estar encendidas —dijo a nadie en particular.

El sargento Holis se puso a su lado.

—Señor, ¿cómo decís?

Tizo, varios años más joven que Holis, aún se sorprendía cuando algún compañero, mayor y más veterano que él, lo llamaba *señor*.

—¿Cuánto hace que no ves una columna de humo salir de la ciudadela?

—Ahora que lo decís, bastante. No había reparado en eso.

—Se han ido.

Holis miró hacia la muralla, como tratando de entender qué había visto su superior para llegar a esa conclusión.

—Es imposible. No nos hemos movido de aquí.

—Y, sin embargo, se han marchado.

—Es imposible.

—Eso ya lo has dicho, Holis, pero me apuesto la mano izquierda a que, si queda alguien ahí dentro, no será ninguno de los maestros. Se han largado delante de nuestras narices.

Y sin más palabras se echó a andar en dirección a la ciudadela.

—Capitán, ¡no!

—Seguidme.

Holis comenzó a gritar órdenes y una docena de soldados se apresuró a rodear a Tizo, quien mantenía el paso firme como si lo que tenía delante no fuera una ciudad sitiada, como si no llevaran meses asentados ante su muro infranqueable esperando una rendición que no había llegado, como si no pudiera recibir una flecha en cualquier momento.

Tizo señaló algún punto elevado de la muralla.

—La última vez que vine había cuatro soldados en aquella torre. —Señaló hacia otro punto—. Y cuatro más en aquella otra. Había soldados patrullando entre las almenas. Ahora no hay nadie.

En efecto, la muralla aparecía en silencio y más sombría de lo habitual. El viento barría su parte alta sin que nadie asomara la cabeza o diera una señal de alarma ante la presencia de intrusos acercándose.

Cuando hubieron llegado ante el rastrillo que protegía el acceso a la ciudad, Tizo sintió que el corazón podría salirse del pecho en cualquier momento. Estaba seguro de que no había nadie allí que pudiera hacerles frente, pero no podía asegurar que un soldado rezagado, un buen arquero, no le clavara una flecha en el corazón. Llegó a la sombra de la muralla y sostuvo el aire que había retenido sin darse cuenta.

Necesitaron varios hombres para levantar el rastrillo lo suficiente como para que uno de ellos se colara por debajo arrastrándose por el suelo. No estaba asegurado y, una vez dentro, pudo hacer uso de la polea para alzarlo de forma que pudieran acceder los demás. Nadie les salió al paso cuando lo hubieron franqueado y llegado a un patio interior. El viento hacía gemir las paredes de roca que, sobre sus cabezas, parecían titanes de piedra ansiosos por tocar el cielo.

El patio estaba plagado de objetos tirados de cualquier manera: cubos, algunas piezas de ropa, una escalera, una silla de montar...

—Se han ido precipitadamente. Hay que buscar el túnel.

—¿Qué túnel? —preguntó Holis.

Tizo lo miró como si, a pesar de la diferencia de edad, fuera estúpido.

—No han pasado ante vosotros ni han podido salir volando. De algún modo, han cavado un túnel en la montaña y han salido por él.

Holis asintió con la cabeza.

—Tiene sentido —confirmó.

—No os despistéis, no quiero sorpresas. Los ojos bien abiertos, las armas bien sujetas y todos juntos.

Casi al mismo tiempo, desenvainaron sus armas, prestos a defenderse de cualquier ataque imprevisto. El eco de los metales resonó en las calles desiertas.

De esta forma comenzaron a avanzar por los estrechos callejones que conformaban la pequeña ciudadela de Mügero en dirección a la Torre Sombría. Tizo nunca había estado allí, pero la torre quedaba a la vista desde cualquier punto, así que fue fácil seguir esa dirección. Durante todo el trayecto sintió una opresión en la nuca, como si alguien les observara. Aunque en varias ocasiones miró hacia atrás y no dejaba de mirar hacia los lados, no vio a nadie que justificara esa sensación. El vello de los brazos se le erizaba cada vez que doblaban una esquina.

Tizo observaba a su alrededor sin entender muy bien a qué se debía todo aquello. La intención del asedio a Mügero no era conquistar la plaza, pues apenas tenía interés estratégico y no valía las vidas que iba a costar. La intención era controlar los movimientos de la Orden Kariteas de forma que no pudiera volver a hacer daño. A pesar de la tentación que Preas había tenido de destruirla y acabar con la mala hierba de raíz, no se había decidido a dar el golpe definitivo. Aun así, haber encontrado que se les habían escapado de entre los dedos y delante de sus narices empezaba a ponerle de muy mal humor.

Por fin llegaron a la entrada de la torre. Tras ascender una escalinata de anchos escalones llegaron a la puerta de madera de dos batientes. La torre se alzaba sobre ellos casi tan alta, o eso parecía, como la propia montaña. La base nacía directamente de la roca y se iba separando de ella a medida que se estrechaba varios pisos más arriba.

La puerta estaba abierta de par en par, como invitándoles a pasar. Una vocecilla en su cabeza le decía al capitán que debía retroceder, que todo aquello no era normal, que el silencio que le rodeaba era más propio de una tumba que de una ciudad. Por doquier podían verse artículos tirados de cualquier manera, prueba de que se había desarrollado una huida descuidada.

—Silencio —dijo mientras cruzaba el umbral. Dentro le recibió la oscuridad y más silencio.

Accedió a un gran recibidor del que partía una escalera en espiral ascendente adosada a la pared. A ambos lados se abrían diversas puertas de sombríos contenidos.

Tizo señaló a varios hombres.

—Vosotros, subid y peinaid planta por planta. Si encontráis problemas, gritad e iremos enseguida. No os confiéis. Esto me da muy mala espina.

—Deberíamos irnos y prender fuego a toda esta maldita torre —dijo Holis haciendo una señal para ahuyentar el mal de ojo.

—Tenemos que saber a dónde han ido. No han podido desaparecer sin más.

—Ojalá hayan desaparecido sin más —murmuró Holis, casi para sí, sin dejar de mirar a su alrededor.

El resto del grupo se distribuyó por la planta baja para registrarla por completo. Tizo y Holis, junto con cinco hombres más, se dispusieron a investigar las puertas que quedaban a su izquierda. Los demás tomaron la dirección contraria.

Avanzaban por la torre como si estuvieran en la selva, con pies de plomo y atentos a cualquier sonido que pudiera significar la presencia de personas cerca de ellos. Pero solo el silencio les acompañaba.

La primera puerta que abrieron daba a un gran almacén del que parecían haberse llevado gran cantidad de artículos de forma apresurada. Había cajas tiradas por todas partes y restos de comida caídos por el suelo.

Dejaron el almacén atrás y se dirigieron a la siguiente puerta. También estaba abierta y daba a un pequeño salón repleto de estanterías con libros de todos los tamaños. No parecía que de aquel lugar hubieran cargado nada. Todo estaba intacto, como si la sala llevara años sin ser utilizada.

Cuando ya estaban a punto de darse la vuelta y salir para registrar lo que había más allá de la siguiente puerta, el sonido de unos pasos apresurados llegó hasta ellos desde el distribuidor.

—¡Atención!

Tizo alzó su arma y los demás se situaron a su alrededor en posición defensiva, esperando un posible ataque por sorpresa.

Pero quien apareció bajo el marco de la puerta, sudoroso, era uno de los soldados más jóvenes del grupo.

—Capitán, debe venir a ver esto.

—¿Qué ocurre?

—Hemos encontrado a alguien.

Tizo no se lo pensó dos veces y se lanzó hacia la puerta a toda prisa en pos del muchacho, que ya corría de regreso a una de las salas situadas a la derecha de la puerta principal. Era un gran salón. Quizás fuera un comedor, aunque en aquel momento estaba destrozado, con restos de muebles de madera apilados en un rincón de cualquier manera. Pero lo importante no estaba en los rincones, sino ante ellos, a primera vista.

Un enorme agujero se habría directamente contra la roca de la montaña. Estaba apuntalado de mala manera con bastos tablones clavados de cualquier forma. Más allá solo las sombras se mostraban pero, como Tizo había sospechado, parecía haber un túnel que se internaba en la piedra. Una precaria estructura de madera parecía sostener todo el túnel y parte del techo de la sala, como si la estabilidad del conjunto hubiera sido perjudicada durante la perforación.

Pero lo más sorprendente no estaba en el agujero ni más allá. Un hombre, delgado y sucio, de pie ante ellos, les observaba con una sonrisa bobalicona. Tizó se adelantó.

—¿Quién eres? ¿Dónde está todo el mundo?

El hombre se pasó la lengua, reseca y agrietada, por los labios. Tenía el aspecto de alguien que lleva mucho tiempo sin beber ni comer, presa de la fatiga y a punto de

desvanecerse. Una raída túnica negra le cubría el cuerpo delgado.

Tizo sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

—Tengo un recado para vosotros —dijo con voz ronca y rasposa, como si le costara mucho emitir sonidos.

El hombre parecía a punto de desmayarse. Durante unos segundos no dijo nada.

—¡Habla, maldito seas!

Tizo amenazó al hombre con la punta de su espada. En ese momento se percató de que estaba amarrado a una especie de entramado de madera de aspecto delicado que se imbricaba con el armazón construido para sostener el túnel y el techo de la sala.

El corazón de Tizo empezó a martillar en su pecho ante la sospecha que iba abriéndose paso en su interior.

—El Ser Supremo os manda saludos.

Los ojos del hombre se pusieron en blanco de repente y su cuerpo sufrió una convulsión. Un líquido de color marrón comenzó a escurrir por las comisuras de sus labios.

—¡Veneno! —dijo Holis, junto a Tizo. Su voz parecía provenir de muy lejos.

—Kares vive —dijo el hombre antes de perder el sentido.

Tizo se giró hacia los demás.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Es una trampa! ¡Corred!

Sus hombres tardaron aún unos segundos en obedecer mientras el cuerpo del extraño se desmadejaba y caía al suelo, arrastrando con él la parte del entramado de madera al que estaba amarrado.

Por fin, los soldados se pusieron en marcha a la carrera en dirección a la puerta. Tizo esperó a que todos hubieran salido y se detuvo a mirar atrás. El sonido de maderas al quebrarse empezó a invadir todo el espacio. La estructura que sostenía el túnel y el techo del salón cedía ante lo que parecía ser un esquema bien planificado de destrucción. Cada madero que caía arrastraba a otro que, a su vez, arrastraba al siguiente. Pronto, empezaron a ceder las partes del techo que los tablones estaban sujetando. El túnel ya empezaba a derrumbarse cuando Tizo decidió que había visto más que suficiente. En el momento en que se giraba para salir, un temblor le hizo perder pie por un instante. Las piedras llovían a su alrededor cada vez con más frecuencia. Las oía quebrarse contra el suelo. Aunque sabía que estaba muerto, casi creyó escuchar la risa del hombre al ver cómo habían caído en aquella trampa tan burda e inteligente al mismo tiempo.

En el momento en que se ponía en pie, un cascote impactó en su cabeza haciéndole perder el equilibrio de nuevo y provocando que su visión se nublara por un momento. A su alrededor, la sala se derrumbaba. Cuando quiso avanzar de nuevo no supo hacia dónde tenía que ir. Se había desorientado y la bruma que se había instalado ante sus ojos le impedía pensar con claridad. El polvo empezaba a entrar en su nariz, dificultándole la respiración.

Entonces, sintió una presión en su brazo izquierdo y un brusco tirón. Alguien había regresado en su auxilio. Se dejó llevar, tropezando y sin saber hacia dónde iba. El ruido de piedras cayendo se hizo cada vez más atronador, ocultando cualquier otro sonido. Se limitó a correr cuanto pudo hasta que sintió el aire del exterior en sus pulmones. Aun entonces no dejó de avanzar. Trastabilló al llegar a la escalinata y bajó los escalones rodando sobre ellos. El polvo del derrumbe lo rodeó por completo. Se puso en pie como pudo y corrió de nuevo. La bruma de sus ojos se despejaba solo para dar paso a otra más oscura y densa. El sonido que le engullía era como si toda la Torre Sombría se estuviera derrumbando tras él.

Poco a poco, el ruido se fue reduciendo, pero él no dejó de correr hasta que hubo dejado atrás el rastrillo por el que habían accedido a la ciudadela. Pudo ver a sus hombres corriendo junto a él, igual de aterrados. Tropezó de nuevo y cayó, esta vez sobre la tierra del camino, más allá de las murallas. El sonido casi se había extinguido y se supo a salvo, por lo que se quedó en el suelo tratando de recuperar el aliento. Varios minutos más tarde reunió valor y fuerza para levantar la cabeza. Un acceso de tos le impidió ponerse en pie y de nuevo alguien acudió en su ayuda.

—Arriba, capitán. —Era la voz de Holis.

Tizo cogió aire profundamente y, por fin, se giró para mirar a su espalda, donde una negra nube de polvo se posaba lentamente sobre la ciudadela.

De la Torre Sombría no quedaba piedra sobre piedra.



«Para algunos, la llamada del camino es más poderosa que el hambre.

No hay cadenas que aten a estos hombres».

*El libro de Gan*, capítulo dieciocho. Varios autores.

Dos días más tarde, Árgoht aún le daba vueltas a la conversación que había tenido con Orges. Tenía su petate preparado para partir y se había despojado de su túnica para vestir de nuevo su vieja capa. La ropa con la que había llegado al lerteneo estaba destrozada, por lo que tuvo que hacerse con unos nuevos pantalones negros y una camisa blanca sobre la que se puso la capa, lo único que había sobrevivido con algo de dignidad. Estuvo tentado de quitársela para salir al desierto, pero sabía que era mejor pasar calor con el cuerpo cubierto que arriesgarse a las quemaduras solares y la deshidratación de la piel. Además, había elegido el atardecer para emprender la marcha y la temperatura empezaba a caer con rapidez.

Con parsimonia, casi como si se tratara de un ritual, se colocó de nuevo las armas encima: Êralin, la Cazadora, que llevaba un año guardada y cuyo filo solo había visto la luz en las sesiones de entrenamiento que se había permitido para no perder su tacto entre las manos, y una pequeña daga que guardaba escondida en la pernera del pantalón. El peso de la espada en la cintura le resultó extraño y antinatural después de tanto tiempo. Toda la ropa le parecía inapropiada y pesada por la falta de costumbre.

Con exquisito cuidado, sacó los fragmentos de la bola de cristal. Como siempre, su color era frío e inerte, como si algo hubiera muerto en su interior. Cargar con ella no tenía sentido y sería un peso innecesario a cargar, así que seleccionó un trozo, lo envolvió de nuevo en telas y volvió a empaquetar lo demás. El trozo lo introdujo en su petate y el resto lo sostuvo bajo el brazo.



Encontró al prior durante la cena en el refectorio. Como era costumbre en él, estaba un poco apartado de los demás, pensando en sus cosas mientras masticaba muy despacio pedazos de pan aún humeantes.

—Maestre, ¿puedo molestaros un momento? —No podía irse de allí sin preguntar una cosa, un asunto que había mantenido a la espera sin saber muy bien por qué.

Orges levantó la vista hacia él.

—Claro. ¿Quieres comer?

Árgoht asintió y Orges hizo una seña a uno de los acólitos que paseaban por la sala limpiando las mesas. El hombre asintió con la cabeza y se perdió por la puerta que llevaba a las cocinas.

Ya habían hablado en otras ocasiones al respecto de los acontecimientos vividos por el hechicero en Talder'an y, un poco antes, en el lerteneo de Lotrain, pero nunca le había mencionado la conversación que había tenido allí con Estëas con respecto al Equilibrio. En la biblioteca de Ärgufal, bastante pobre de títulos y contenidos, no había encontrado nada que explicara la existencia de los Guardianes. Había buscado durante días, mirando cada tomo, sin éxito.

Pero no podía abandonar el lerteneo sin preguntar, sin obtener cuanta información le fuera posible.

Poco después, Árgoht tuvo ante él un pedazo de queso, un pan recién hecho y un plato de caldo caliente.

—Pregunta sin miedo, amigo Árgoht. Sé que no has encontrado las respuestas que buscabas. Dime en qué te puedo ayudar.

—Quiero que me habléis de los Guardianes y el Equilibrio.

Orges se llevó un pedazo de pan a la boca al tiempo que esbozaba una sonrisa con sus labios reseco y agrietados.

—No hay mucho que decir sobre ellos. Son un mito, una leyenda anterior a la comprensión de la palabra de Gan.

Árgoht se quedó de piedra por un momento, tratando de entender si Orges estaba bromeando.

—La creencia en más de un dios, más de una entidad que nos guarde, o una distinta de Gan, no tiene razón de ser a la luz de nuestros actuales conocimientos. — El maestre bajó la cabeza para sorber un poco de caldo directamente del tazón—. No pienses en ello, pues nada vas a conseguir. El único guardián que nos protege es Gan, con su sabiduría y calor. No vayas más allá.

Árgoht tragó también un sorbo de caldo para tratar de asimilar lo que estaba oyendo. En Lotrain había aprendido que existían cinco Guardianes: el guardián de la Luz, el de la Sombra, el del Tiempo, el de la Tierra y el enigmático guardián de Todo y Nada. Incluso había hojeado un libro en el que pudo ver sus representaciones en imágenes. Estëas le había dicho que poca gente conocía aquella información. Árgoht había dado por sentado que otros ganetorei compartirían ese conocimiento pero, o bien Orges le estaba mintiendo, o bien desconocía de verdad lo que Estëas le había

explicado.

Incapaz de comprender, siguió desayunando en silencio.

Al poco, recordó lo que llevaba en las manos y lo depositó en la mesa para luego empujarlo hasta ponerlo al alcance del maestro.

—Me gustaría que guardarais esto por mí.

Orges estiró el brazo y acercó el paquete de telas.

—¿Qué es? —preguntó mientras deshacía los nudos con sus viejas manos nudosas.

Cuando el cristal estuvo a la vista, volvió a taparlo como si solo fueran trozos de loza vieja.

—Su mera existencia es peligrosa, Árgoht. No debería estar aquí.

—Por eso debéis guardarla. Temo que caiga en manos menos responsables durante mi viaje. Aquí estará segura.

—La enterraré en la sal. No quiero que esté entre estos muros.

El hechicero se sorprendió ante esta actitud tan temerosa de Orges. Siempre había sabido que la bola era poderosa, pero nunca la consideró un peligro.

—Haced lo que creáis oportuno —concluyó.

Un poco más tarde, Orges y Lavell le esperaban en la planta baja del Ierteneo. El chico vestía ropa parecida a la del hechicero, prestada a todas luces, pues le quedaba grande y mostraba varios remiendos en codos y rodillas. Árgoht estaba ansioso por partir. Ese año había sido un periodo de descanso y estudio que le había repuesto física y mentalmente, por lo que se sentía fuerte y renovado, más descansado de lo que era capaz de recordar.

—Buenas tardes —dijo dirigiéndose a los dos. Anciano y niño le devolvieron el saludo con una sonrisa.

—Una tarde excelente para viajar —puntualizó Orges.

—Sí, eso parece.

Árgoht se había contagiado de una alegría impropia de él ante la perspectiva de la partida. El corazón se le aceleraba y solo deseaba terminar la despedida para sentir que estaba de nuevo en camino, que el Destino que le esperaba estaba cada vez un poco más cerca.

—Lavell lleva una nota firmada por mí para el maestro de Hipesen D'an, que deberá recibir de tu propia mano. Sin intermediarios ni mensajeros. Es de vital importancia que sea así.

Árgoht se sorprendió. El gesto de Orges se había vuelto rígido y serio.

—Así lo haré.

—¿Tengo tu palabra?

—No acostumbro a prometer ni jurar, maestro. Mi palabra vale por sí misma. Entregaré la nota en mano al superior de Hipesen D'an.

El gesto del anciano se suavizó y casi estuvo a punto de regresar la sonrisa, pero no llegó a hacerlo.

—Te lo agradezco. No pretendía ofenderte.

Árgoht dejó correr el asunto dirigiéndose al chico.

—¿Estás preparado?

Lavell asintió con la cabeza, pero no se le veía del todo convencido. Orges lo sostuvo por los hombros y se encaró con él.

—He puesto una docena de bollos recién hechos en tu petate. Sé que te gustan mucho, así que no te los comas todos de una vez. Raciónalos e invita a Árgoht de vez en cuando.

—Así lo haré. Todavía no entiendo por qué debo marcharme...

—Te gustará el viaje, Lavell. Disfrutarás junto a Árgoht y verás el mundo que hay más allá de estos viejos muros. A mí también me apena que te marches, pero te aseguro que en muy poco tiempo te habrás olvidado de nosotros.

Lavell se lanzó a los brazos de Orges. Estaba a punto de llorar.

—¡Nunca me olvidaré de vosotros!

Orges abrazó al muchacho con fuerza. La despedida estaba siendo dura para el ganetorei, se le notaba en el gesto, también cercano a las lágrimas. Árgoht esperaba impaciente que terminara el intercambio de abrazos.

—Vuelve a visitarnos cuando quieras, ¿vale?

Árgoht supo que eso no ocurriría jamás, que Lavell nunca volvería a poner un pie en aquel lugar. Por alguna razón, supo que su destino estaba muy lejos de allí.

—No llores, tienes que ser fuerte. ¿Lo harás por el viejo Orges?

Lavell se separó y se secó los ojos con la manga de la camisa. Después asintió con la cabeza. Árgoht vio en ese momento una oportunidad y dio un paso al frente.

—Vamos.

Se dirigió a la puerta y, unos instantes después, Lavell lo siguió. Ya en el exterior, se detuvo un momento para ajustarse la capucha a fin de proteger su cabeza de los rayos solares que aún apretaban en el cielo a pesar de la hora tardía. Se ajustó el petate y se puso en marcha mientras un amago de sonrisa subía a sus labios. No miró hacia atrás mientras enfilaba el sendero que le conduciría en dirección este. A pesar de que su idea inicial había sido cruzar el desierto en dirección norte, pronto se dio cuenta de que esa ruta entrañaba demasiado peligro, sobre todo cargando con un niño. Decidió pues salir del desierto hacia el este y, una vez abandonada la sal, seguir rumbo norte bordeándolo hasta llegar a Lahmna, evitando en lo posible entrar en el reino de Elriss. Si todo marchaba según lo previsto podría llegar en seis días. No tenía ningún tipo de prisa, pero sentía ganas de salir de aquella inmensidad blanca que lo había rodeado durante tanto tiempo.

Lavell, a su lado, se detuvo para mirar atrás. Orges aún esperaba en la puerta, viéndolos marchar.

—No mires atrás, chico, pues nada hay ahí para ti. Céntrate en encontrar un buen lugar donde pisar, levanta la mirada y decide el mejor camino. Del pasado solo recuperarás dolor.

Lavell lo miró como si no entendiera nada de lo que le decía, pero fijó su vista al frente, se ajustó también la capucha de su ligera capa de color crema y siguió caminando hacia su incierto destino.



«Las minas de Emh fueron el motor económico del reino, pero  
Angôr'an fue su corazón».  
*Historia viva de Angôr, capítulo ocho. Merkus de Lárganan.*

Al día siguiente de su conversación con Fes Arniö, Kendar regresó a su puesto. Había dedicado la tarde anterior a reunir a sus hombres y contarles lo que había visto y lo que había planeado. Eran cuatro mineros curtidos y conocedores de las tripas de la montaña. Tenían aspecto rudo y modales rudimentarios, pero eran casi parte de su familia tras muchos años jugándose la vida a su lado en las galerías.

—No pienso volver a bajar ahí sin saber qué está pasando —les había dicho Kendar el día anterior—. Mañana nos incorporaremos como cualquier otro día, pero no bajaremos a las galerías. Entraremos por el túnel de la bifurcación.

—¿Estás seguro, Kendar? —preguntó uno de los más jóvenes—. Todo este asunto da bastante miedo.

—Pasamos miedo cada día, Hewes. Me da más miedo entrar a diario en la montaña sin saber si voy a salir de allí.

—No es lo mismo y lo sabes.

—Es cierto. Un derrumbe es voluntad de Gan. Estoy preparado para algo así. Pero no estoy dispuesto a dejarme comer por esas criaturas.

Le había costado un poco, a pesar de que eran sus hombres de confianza, conseguir que creyeran su historia, que no había visto visiones en la mina.

—¿Estáis conmigo o no?

Todos asintieron con la cabeza, algunos con más vehemencia que otros, los que aún dudaban sobre la necesidad de aquella incursión.

—Pues vamos.

Al día siguiente la cuadrilla se internó en la mina a la hora que le correspondía, como cualquier otro día. Si alguien se hubiera fijado en ellos con detenimiento, quizás hubiera percibido que no entraban riendo y gastando bromas, como era habitual, que en sus miradas había miedo y aprensión, en vez de seguridad y confianza. Si alguien se hubiera fijado un poco habría visto que portaban dagas, chuchillos y palos en vez de martillos, cinceles y picos.

Todos ellos conocían aquellos túneles como si fueran su propia casa, con la seguridad de quien ha dado esos mismos pasos cientos de veces. Su confianza disminuyó cuando llegaron a la bifurcación y entraron en las galerías más nuevas, en las que se estaban haciendo trabajos de ampliación en la búsqueda de nuevas vetas de minerales. Era un trabajo lento y peligroso, asignado siempre a los más veteranos, pues picar en un sitio u otro dependía mucho del instinto, de las minúsculas señales que podían indicar la presencia de una veta y que era fácil pasar por alto.

Los pasos del grupo resonaban en los techos, generando ecos que hacían que parecían veinte en vez de cinco. En un punto del camino, tuvieron que aplastarse contra las paredes para poder pasar. Después, tuvieron que agacharse hasta casi quedar en cuclillas.

Kendar se detuvo de pronto, alumbrando a su alrededor con una antorcha.

—Esto no es cosa nuestra.

Todos los demás hicieron lo mismo. El túnel aparecía cincelado en bruto, con cientos de estrías, púas y salientes. Además, estaba sin apuntalar.

—Un túnel natural —dijo alguien, más atrás.

Todos se pusieron en tensión. Sabían perfectamente lo que aquello significaba. Un túnel natural podía llevarles a cualquier parte o terminarse de repente; podía derrumbarse en cualquier momento o llenarse de agua sin previo aviso. Estaba prohibido entrar en galerías como aquellas sin las oportunas medidas de seguridad.

Kendar miró los rostros de los demás. Los tres le correspondieron con sendas miradas de duda y aprensión. Sabían muy bien dónde se estaban metiendo. ¿Tres? Volvió a levantar la antorcha.

—¿Dónde está Hewes?

Los demás se giraron de pronto, buscando al compañero que iba en retaguardia. No había rastro de él.

—¡Será cabrón! —exclamó Bauscas—. ¡Se ha largado!

—Baja la voz —le recriminó Kendar.

—Se ha largado sin hacer ruido. Yo estaba justo delante de él y no lo he sentido. Juraría que en la bifurcación seguía a mi espalda. ¡Cuando salga lo estrangulo!

—Olvidémonos de él. Sigamos adelante.

La humedad aumentaba con cada paso que daban, así como la sensación de opresión causada por la escasez de aire. Todos sudaban a mares. Entonces la montaña comenzó a susurrar. Todos se detuvieron a escuchar. En algún lugar ante ellos corría agua y el sonido retumbaba en los túneles creando efectos extraños.

—Escuchad —dijo Bauscas, que siempre había presumido de tener un oído muy fino—. ¿Lo oís?

Los demás se quedaron inmóviles escuchando.

—Es el agua —dijo Kendar.

—Hay algo más.

Kendar tuvo que hacer un gran esfuerzo, pero en efecto parecía haber otro sonido superpuesto al rumor del agua. Era una especie de chirrido, agudo y áspero, como si alguien estuviera presionando un pico contra la piedra y luego arrastrándolo por ella. Al veterano minero se le puso la piel de gallina cuando creyó distinguir, además, el sonido de pasos. Se giró hacia Bauscas. Su mirada atemorizada le daba a entender que él también lo había oído.

Entonces, un brillo metálico se alzó a espaldas de Bauscas seguido de un gorjeo mientras su sangre brotaba de entre sus labios. Los demás gritaron, incapaces de entender lo que estaba ocurriendo. Algo se movía entre las sombras. La antorcha de Bauscas cayó al suelo y todos pudieron ver a su atacante. Mejor dicho, sus atacantes. El túnel estaba atestado de pequeños seres de ojos amarillos, achaparrados como niños pero con la piel arrugada y oscura. Caminaban patizambos y encorvados. Sus cabezas estaban coronadas por largas melenas desgredadas y orejas puntiagudas, extrañamente grandes, al igual que los ojos.

«Para ver y oír en la sombra», llegó a pensar Kendar antes de que el pánico se apoderara de sus piernas y echara a correr hacia adelante.

Hacia la oscuridad más absoluta y desconocida.



«Kares vive en todos nosotros. Forma parte del aire que respiramos».  
*Exhortaciones*, capítulo dos. Dermainas Thor.

La maestra Shera Ante'i tuvo que reprimir una carcajada mientras leía el mensaje que llevaba días esperando. La sorpresa que había dejado tras de sí en Mügero había sido un rotundo éxito, si bien había albergado la pobre esperanza de matar con ella al mismísimo Preas Mor. Doce bajas era una cantidad más que digna, después de todo.

Podía imaginarse a aquellos desgraciados, confiados pensando que habían vencido, con la suficiencia del conquistador, llegar hasta el túnel y encontrar allí la muerte. Habría disfrutado de haber podido verlo.

Destruir la Torre no había sido fácil. Los maestros habían deliberado sobre ello durante semanas, una vez que habían decidido que era inútil luchar contra los angoranos y que Mügero, en cualquier caso, ya se les había quedado pequeño. Llevaban años queriendo desplazar la sede de la Orden, hasta el punto de que tenían elegido el nuevo emplazamiento. El insignificante asedio al que se habían visto sometidos solo logró acelerar el proceso.

El Ser Supremo fue el primero en abandonar la torre y le siguieron los maestros de manera escalonada. Shera había pasado más de tres semanas recorriendo los reinos vecinos en busca de más aliados mientras se dirigía a la nueva sede de la Orden Kariteas.

Targ había sido el último reino en unirse a ellos y Ferrakis, Horias y Ond lo habían hecho antes. El poder de esos cuatro reinos sería suficiente para doblegar a sus vecinos y, con el tiempo, al resto del continente. Había estado tentada de cruzar las Dender-oth y visitar los Tres Grandes Reinos, pero las noticias que llegaban desde



allí hablaban de una devastación total, por lo que poco podrían hacer por ellos en esas circunstancias. Siendo los primeros afectados por el Daño, no habían sido capaces de reaccionar y habían sucumbido a las hambrunas y las pestes, a pesar de la escasa ayuda que habían recibido de los reinos colindantes. Los Tres Grandes, cuna de la civilización tal y como se la conocía en Thera, habían quedado destruidos. Ya tendría ocasión de ir a reclamar los escombros para más gloria de su Señor.

¿Qué mejor manera tenía Kares de poner de manifiesto su poder que destruyendo el hogar de los primeros hombres?

La Costa Helada estaba prácticamente desierta, si podía prestar oídos a los rumores que le llegaban de más allá de las montañas. Aunque ahora estaba más lejos, sus informadores y espías seguían siendo leales y firmes.

Sumida ella en estos pensamientos, la tarde cayó a su alrededor. La luz a través de la ventana de su dormitorio languidecía con rapidez. Se levantó del escritorio en el que llevaba un buen rato redactando cartas y estiró los músculos agarrotados de su espalda. Se acercó a la ventana y dejó que el aire fresco del ocaso acariciase su piel morena. Le gustaba aquella nueva sede, más cálida que Mügero. Aunque había considerado la Torre Sombría como su hogar durante casi toda su vida, era una mujer del verano y el calor le daba vida y energía. Disfrutaba con las sombras como cualquier hijo de Kares, pero el calor era algo muy distinto. Había llegado a odiar la humedad que siempre la acompañaba en Mügero, a la sombra de la montaña. Cada vez que pensaba en ello, se reprendía a sí misma y se arrodillaba para pedir perdón a Kares, a quien debía la presencia de esas sombras en las que Él se manifestaba. Aun así, en Ferrakis estaba mejor. Su posición dentro de la orden había mejorado desde la liberación de Jerkal'im, a pesar de que las cosas no habían salido como esperaban. Recordar a Árgoht Grandël aún le provocaba escozor y la muerte del Hijo de Kares había caído como un jarro de agua fría sobre todos los maestros, que tuvieron que dar muchas y muy convincentes explicaciones al Ser Supremo sobre la batalla de Talder'an y por qué no habían salido victoriosos de ella.

Cuando el ejército, derrotado y sin Tarkon a la cabeza, había aparecido ante los muros de Mügero, el maestro Gio Lahnoir había sugerido que los mataran a todos por su cobardía e indignidad; pero Otrex, más veterano y experimentado, había intercedido para que recapacitase, aduciendo que necesitaban a todos y cada uno de los hombres que pudieran luchar para afrontar futuras batallas una vez que Talder'an estuviera fuera de su alcance. A pesar de haber pasado ya un año, podía recordar aquella conversación a la perfección.

—La batalla de Talder'an se ha perdido, pero aún nos queda mucho por hacer —argumentó Otrex.

—Esos hombres debían haber muerto para mayor gloria de Kares —replicó Gio. Los demás miraron al maestro. Fue Shera la que respondió.

—Es cierto, pero también lo es que no podemos permitirnos perder a tantos hombres. Kares tendrá su sacrificio cuando llegue el momento. Estos soldados deben

volver a casa para combatir otro día.

Gio no pudo argumentar nada más y guardó silencio con el ceño fruncido, como un chaval al que se le lleva la contraria.

Desde entonces habían pasado muchas cosas y las circunstancias le habían dado la razón. Los supervivientes de Talder'an fueron quienes defendieron las murallas de Mügero cuando Preas Mor llegó con intención de vengarse. Si pudieron aguantar fue porque tenían hombres suficientes para colocar un arquero cada pocos metros sobre la muralla. La segunda vez que lo intentaron entendieron que no valía la pena. El ejército flissano, en cambio, había sido aniquilado casi por completo. No había vuelto a ver al rey Juls de Fliss y no tenía interés en hacerlo. Aunque las cosas en Angôr no habían salido como esperaban, tenían otros frentes abiertos que reclamaban su atención más inmediata. A pesar de ello, su alianza con la Orden permanecía intacta. Como vecino de Angôr, su posición era muy ventajosa para ellos.

La maestra se vistió con una túnica de color gris con ribetes negros y se soltó la larga cabellera oscura. Almina, su nueva sirvienta, la esperaba en la puerta para acompañarla a la Sala de Guerra. Era una muchacha joven, de largo pelo negro que siempre estaba a su servicio.

La nueva sede de la orden era muy diferente de Mügero. El gobernador de Ferris les había asignado un viejo edificio, una antigua atalaya fuera de los muros de la ciudad, medio destartada y con una urgente necesidad de reparaciones. De anchos pasillos y paredes de piedra clara, distaba mucho de parecerse a la negra piedra que había sido la torre. Llevaba mucho abandonada antes de que ellos llegaran, pero no les había costado adaptarla a sus necesidades. Shera disfrutaba paseando por el edificio, más grande y espacioso que la Torre Sombría, mientras se dirigía a la reunión. En una de las ventanas se detuvo. Miraba hacia el oeste y a través de ella pudo ver el ajetreo que se desarrollaba más allá de las murallas. El ejército de la Orden, combinado con el de su nuevo anfitrión, se preparaba para partir. Ver aquellos hombres dispuestos a sacrificarse por su señor Kares le producía tal satisfacción que le erizaba el vello de los brazos y le despertaba un cosquilleo entre las piernas.

Se separó de la ventana y se puso de nuevo en marcha.

—Esta noche te quiero en mi dormitorio —le dijo a Almina sin tan siquiera mirarla.

—Como deseéis, mi señora.

Aún tardaron unos minutos más en llegar a la Sala de Guerra. El nombre lo tenía ya de antes de la llegada de la Orden y esta no tenía interés en cambiarlo. Era una gran sala poblada de tapices marrones muy gastados, con dos grandes chimeneas en los extremos, que sus anteriores propietarios habían empleado para planear estrategias y batallas. Las altas columnas labradas le daban el aspecto de un lugar antiguo y venerable en el que el eco de las conversaciones se elevaba con facilidad, obligando a los presentes a hablar en voz baja si no querían que sus propias palabras se pisaran entre ellas.

Cuando Shera accedió a la Sala, los demás Maestros ya se encontraban en ella, charlando animadamente, como si todos estuvieran de buen humor. Ella compartía ese estado de ánimo, pero se ensombreció un poco al notar algo en una de las esquinas del salón, una sombra entre las sombras, un susurro apenas. El Ser Supremo estaba allí, presenciando esa reunión. Aunque era apenas una formalidad en la que se iban a dilucidar algunos aspectos generales de la campaña contra Lahmna, ¿era tan importante como para que el Ser quisiera estar al tanto directamente? Un enorme mapa del continente de Kisea se encontraba desplegado sobre la gran mesa redonda que ocupaba el centro de la sala. Marcados en negro podían verse los reinos afectados por la Tierra Negra, y eran muchos. El sur estaba devastado. Shera se sorprendió al ver que había nuevas marcas al este. La enfermedad se extendía cada vez más rápido.

—Bienvenidos, maestros —dijo Gio Lahnoir, portavoz del consejo—. Como podéis ver, Kares sigue extendiendo su bendita influencia sobre Thera. En los últimos meses el Daño se ha manifestado con rapidez hacia el este. Las ciudades están siendo abandonadas y su gente huye hacia el norte o se embarcan hacia Tesea, confiando en que allí todo irá bien.

Una sonrisa irónica y cruel subió a los labios del karitei. La sonrisa de alguien que sabe más de lo que dice.

—Los pocos bastiones que sobreviven —continuó— lo hacen o bien porque miran al mar, que extrañamente no parece sufrir de la misma manera las penurias del Daño, o bien porque han acumulado suficientes reservas como para aguantar encerrados durante un tiempo.

Shera estaba segura de que aquella no era una opción. Sus reservas se agotarían y la Tierra Negra seguiría allí, pudriendo sus campos, matando a sus animales y extirpando toda esperanza. Kares había vuelto para quedarse y el Daño era la huella de sus pies sobre Thera.

—Lahmna está ya prácticamente vacío —continuó Gio—. Sus habitantes han huido paulatinamente y no nos costará conquistar la capital, si mis cálculos son correctos. El ataque comenzará pronto, desde que el ejército esté bien situado y abastecido. No tenemos necesidad de precipitarnos. ¡No van a ir a ningún sitio!

Esto provocó una oleada de risitas entre los presentes, como si estuvieran ya saboreando las mieles del éxito. Shera pudo entender su excitación. Tras tantos años de ostracismo, por fin la Orden estaba reclamando su lugar en el mundo.

—¿Qué tal van los trabajos en Kinar'on? —interrumpió Shera, aburrída de los preparativos de la guerra.

Los demás la miraron poniéndose serios, como mirarían a una hija díscola que ha vuelto a hacer de las suyas. Shera tenía la sensación de que últimamente el Consejo Kariteas hablaba más de lo que actuaba y eso era algo que la desesperaba.

El que habló fue Otrex. Su rostro, arrugado por su longevidad, se mostró contrariado y serio.

—Ahora íbamos a pasar a ese asunto, maestra. Pero os puedo adelantar que

hemos encontrado lo que buscábamos por fin.

El rostro del anciano cambió para mostrar una sonrisa desdentada. Shera supo que estaba esperando el momento adecuado para decirlo de forma que causara el mayor impacto posible. A pesar de su edad, aún quería un poco de notoriedad.

Todos quedaron en silencio durante unos segundos asimilando las palabras de Otrex.

—¿Está confirmado? —preguntó Shera ansiosa, a punto de levantarse de la silla.

—En efecto.

Un revoloteo se despertó entre los presentes. La guerra pasó por un momento a un segundo plano y todos comenzaron a hablar al mismo tiempo. Otrex no podía disimular su orgullo por haber sido el portador de tan importante noticia.

Shera se puso en pie y su túnica negra bailó a su alrededor. Sin una palabra, se dio la vuelta y se dirigió a la puerta de la Sala de Guerra.

—¿A dónde vas, Maestra? El Consejo no ha terminado —le espetó Gio.

—Voy a verlo con mis propios ojos.

Y sin más palabras abandonó la estancia, dejando a los demás mirando hacia su silla vacía.



«Gerkatan ente a anator».  
*Muletilla muy frecuente entre los argumios del Desierto de Sal  
cuyo significado más cercano al común sería: «Gerkatan nos  
cuida».*

Árgoht sintió la tenue brisa del desierto y agradeció el respiro que le daba a su piel caliente. Había ascendido a un pequeño saliente rocoso tratando de encontrar algo de altura y poder observar el camino que aún tenía por delante. Como no podía ser de otra manera, solo vio sal y más sal ante él. El día anterior había estado nublado y le había costado mantener el rumbo, por lo que temía haberse desviado de su ruta. Ahora que el cielo le había dado un respiro pudo comprobar que, en efecto, sus pasos se habían torcido hacia el norte. No creía haber perdido demasiado tiempo en ello, pero le provocaba fastidio de igual forma.

Se permitió disfrutar de la sensación de estar de nuevo en marcha, en el camino. Abandonar Argüfal había sido quitarse de encima un peso que ya empezaba a agobiar su corazón. Siempre le pasaba igual cuando permanecía mucho tiempo en un mismo sitio: al principio disfrutaba del descanso y el reposo, pero no tardaba en aparecer aquella sensación de apremio, de que su sitio no estaba allí, de que su Destino le esperaba. Si no se ponía en marcha en ese momento su inquietud iría en aumento hasta rozar el delirio.

Ahora, con todo aquel espacio vacío a sus pies, por el que parecía que ningún humano había caminado nunca, se sentía vivo de nuevo.

Un ligero gemido a su espalda le hizo darse la vuelta. Lavell estaba sentado en una roca buscando un poco de sombra. El sol empezaba a declinar y había decidido montar allí campamento para pasar la noche. No tenía ninguna prisa, a pesar de que

deseaba salir del desierto cuanto antes, por lo que quería dosificar las fuerzas del chico todo lo posible. Con un suspiro, descendió hacia él y se sentó a su lado mientras sacaba una manta de su petate.

—No me encuentro bien —dijo Lavell de pronto. Se miraba las manos como si estuviera confesando el peor de los pecados.

—¿Qué te ocurre?

—No lo sé.

Árgoht alargó la mano y se la puso al muchacho en la frente. Estaba caliente.

—Estás enfermo o a punto de estarlo.

Haberse desviado de la ruta prevista era un fastidio, pero esto era un verdadero problema. A pesar de que había aprendido algo de sanación con el paso de los años, sobre todo durante el tiempo que había permanecido en Lotrain, seguía siendo un territorio vetado para él. Cada vez que enfermaba recordaba el padecimiento que había supuesto su aventura junto a Kleria y un escalofrío le recorría la columna vertebral. La herida, el dolor, la sensación de depender de otra persona para salvar la vida... habían sido extrañas para él. Ahora, se veía en mitad del desierto sin nada con lo que ayudar a Lavell. Sacó la manta del chico y se la puso por encima. —Recuéstate. Debes descansar.

Obediente, Lavell lo hizo. Se apartó un poco para encontrar un hueco a la sombra de unas rocas achaparradas y se acostó allí, con la cabeza apoyada sobre la cálida sal.

Árgoht lanzó un suspiro mirando hacia el este, hacia el camino que aún les quedaba por recorrer.

Era un serio contratiempo.

La noche cayó con rapidez sobre ellos. Árgoht había sacado algo de comida para preparar una cena frugal con la esperanza de que el alimento repusiera un poco a Lavell y le ayudara a combatir la fiebre. En los dos días que llevaban de marcha había sido muy cuidadoso con las comidas, incapaz de vaticinar cuánto podía durar el viaje.

Lavell comió sin muchas ganas.

—No tienes elección. Debes ayudar a tu cuerpo a vencer la enfermedad —le dijo al ver su reticencia—. Estar enfermo no es bueno, pero en este lugar puede ser mortal. Debes curarte.

El muchacho lo miró sin terminar de entender, pero se echó a la boca un pedazo de pan.

—He estado enfermo otras veces —dijo Lavell desde su improvisado refugio. Su voz delataba que estaba a punto de dormirse—. Me pondré bien.

Árgoht no tuvo tiempo de responder antes de que cayera dormido presa del cansancio. El sol aún tardaría un poco en ponerse. Árgoht respiró profundamente, apoyó la espalda contra una roca y cerró también los ojos.

Desde que las imágenes comenzaron a invadir su sueño supo que había cometido un error. Vio el rostro de un anciano llorando lágrimas de sangre, una niña en la orilla de una playa con los pies lamidos por las olas, vio una ciudad humeando, con altas

torres de piedra marrón a cuyos pies se desarrollaba lo que parecía una violenta batalla. Pudo oler el aroma del humo y la sangre, escuchar el tronar del hierro y los gritos de los hombres.

De pronto, despertó y se encontró mirando la luna y las estrellas, brillantes sin una nube que las velara. El aire cálido llenaba sus pulmones mientras Lavell, a su lado, dormía el sueño inquieto de la fiebre.

Odiaba aquellos sueños. Y esa ciudad... Llevaba mucho tiempo sin recordar Meledel, sin pensar en ella siquiera, pero no había duda de que aquellas torres pertenecían a su ciudad natal. Había salido de ella muy joven, arrastrado por su madre, cuando sus poderes habían empezado a manifestarse, cuando la Madre había empezado a abrazarlo con su sabiduría. Incapaz de entender los problemas que esto podía causarle, en la ignorancia de su juventud les había dado rienda suelta, provocando no pocos problemas entre los vecinos.

Ensimismado en sus recuerdos, apenas percibió el susurro de unas voces que se acercaban. Eran varias personas que casi no hacían ruido al caminar sobre la sal endurecida. El aire no le traía ningún olor y solo sus excelentes sentidos le habían permitido oírles. Cualquiera otra persona los habría pasado por alto hasta tenerlos encima. Eran muchos. Miró al muchacho. No podía enfrascarse en un enfrentamiento abierto con él enfermo. Decidió adoptar una postura más defensiva, una táctica disuasoria.

Entre sus labios comenzó a pronunciar un hechizo. Mientras, los pasos seguían acercándose. Árgoht no se movió hasta que los tuvo casi encima. Susurros y pasos por todas partes.

De pronto, se puso en pie con el puño en alto. De él brotó un torrente de luz que iluminó todo en muchos metros a la redonda. Pudo escuchar el grito colectivo de asombro que brotó de sus inesperados invitados. En efecto, eran muchos. Ahora podía verlos con claridad. Menudos y de cuerpo nervudo, cubrían su piel con anchas prendas de color claro, perfectas para mimetizarse con el entorno. La cabeza también la llevaban cubierta, dejando solo a la vista los ojos, pequeños y manchados de amarillo por culpa de la permanente exposición a la extrema claridad del desierto. Eran argumios, los habitantes del desierto. En el lerteneo había oído hablar de ellos en ocasiones: hombres esquivos y humildes que vivían de lo que podían cultivar entre las sombras de las piedras, expertos en extraer agua de donde no parecía haberla y ladrones de poca monta que aprovechaban su excelente conocimiento del lugar para atacar las escasas caravanas que cruzaban el desierto.

De entre el grupo surgieron voces en un idioma extraño y de una sonoridad exquisita, como si sus gargantas también se hubieran acostumbrado al silencio del desierto, a la serenidad de la permanente soledad, y no quisieran romperlo con sonidos estridentes.

Al contrario de lo que había esperado, ninguno huyó del lugar. En cambio, alzaron contra él decenas de toscas lanzas de madera y piedra de aspecto robusto y

peligroso. El efecto de la sorpresa pasó pronto, así como el del hechizo, lo que hizo caer de nuevo las sombras sobre ellos. Los argumios formaban un círculo a su alrededor. No tenía forma de romperlo si no era por la fuerza. Uno de ellos dio un paso hacia él señalándolo con la lanza y hablándole con palabras cortas y directas. Le estaba dando algún tipo de orden que Árgoht no era capaz de entender. Se limitó a levantar las manos. No quería provocar una carnicería.

—No entiendo lo que me dices —dijo también él en voz baja.

El nativo insistió. Señaló con su arma el petate que descansaba en el suelo a sus pies. Entre aquellas pieles, Êralin esperaba con paciencia su oportunidad. Se preguntó cómo se habrían desarrollado aquellos acontecimientos si la hubiera llevado colgada a la cintura. Su llamada habría sido poderosa y contundente. A su alrededor, la sal estaría ya regada de sangre.

Un movimiento a su derecha llamó su atención. Dos de ellos se acercaban al cuerpo tendido de Lavell, que no se había despertado. Uno extendió su mano y palpó la frente del muchacho, levantando la vista hacia su compañero, sobresaltado. Como si necesitara más libertad de movimientos, se quitó la tela que cubría su cabeza. Era una mujer madura, de aspecto recio como un viejo árbol. Se agachó sobre Lavell.

—¡No! —gritó Árgoht.

Todas las lanzas se acercaron medio metro más a él. El hechicero comenzó a preparar un hechizo que terminaría con aquella situación al menor contratiempo o movimiento en falso.

La mujer siguió con lo que estaba haciendo y llevó sus labios a la frente del chico, como una madre que quiere dar un beso a su hijo pequeño. Tras unos segundos en aquella posición, se retiró con gran pesar en su mirada. Habló en voz baja con la otra persona. Después, levantó un poco la voz para dirigirse al hombre que había hablado con Árgoht. Este respondió sin quitarle la vista de encima al hechicero.

Se habían dado cuenta de que Lavell estaba enfermo.

«¿Y ahora qué?» —pensó Árgoht.

Como respondiendo a esa pregunta silenciosa, varios hombres se acercaron al muchacho y lo alzaron en vilo, como si no pesara. Lavell seguía sin despertar, cosa que preocupó a Árgoht. Los argumios comenzaron a andar hacia la oscuridad. Tal vez querían matarlo y comerse su carne, o tal vez querían curarlo. No podía saberlo. La mujer se había puesto en pie y se acercó al hechicero con la preocupación pintada en sus rasgos crispados.

Le habló suavemente pero con urgencia, muy deprisa. Árgoht trató de hacer ver con gestos con no entendía una palabra. Por fin, con un suspiro, la mujer se hizo a un lado y le indicó con la mano que le siguiera. Como si aquello hubiera sido una orden para los demás, las lanzas volvieron a apuntar al cielo y la sensación de peligro que Árgoht tenía entre los ojos desapareció. Deshizo el hechizo que tenía preparado, sintiendo cómo la energía recorría sus venas con un cosquilleo antes de desaparecer, y sopesó sus opciones. Él no podría curar al chico y someterlo en ese estado al largo



viaje que les quedaba por delante podría significar su muerte. Llevarlo con ellos le daba una esperanza incierta. Si tenía que luchar, igual podía hacerlo más adelante. Ahora, tenía que confiar.

Muy despacio se agachó para coger sus pertenencias y, con un suspiro, echó a andar en la dirección que le había indicado la mujer.



«La aldea de Kinar'on desapareció bajo las fauces del Timarlin.  
De ella solo quedó el lejano recuerdo de lo que un día fue».  
*Pueblos perdidos*, capítulo diecinueve. Arthor Erih.

Shera tuvo que cubrirse los ojos para evitar que el sol la deslumbrara. Había salido de Ferris al alba del día anterior y a mediodía del siguiente ya se divisaban las colinas que rodeaban el antiguo lugar. Habían avanzado tan rápido como habían podido, todo el grupo contagiado por su ansiedad. Los animales sudaban y echaban espuma por la boca. Cuando estuvieron en el punto más alto de ellas, dio orden de parar al viejo que llevaba el carromato. Se apeó y se situó en la pequeña cima. Almina llegó a su lado.

—¿Qué hay aquí tan importante, mi señora? —preguntó la joven.

Shera señaló un grupo de hombres que trabajaban en el fondo del valle. Habían establecido un pequeño campamento a escasos metros de una estructura de piedra que parecía brotar de la misma tierra. Apenas se percibían algunas columnas y fragmentos con los que era imposible determinar su verdadero tamaño y forma. Alrededor, pequeñas estructuras también de piedra. Cuadradas, rectangulares... Vestigios nada más.

—Eso que asoma son los restos de la aldea de Kinar'on. Shera miró alrededor, pero sus ojos solo encontraron tierra estéril y gris en un radio de varios centenares de metros. La vida parecía haber abandonado aquel lugar, en el que ninguna planta había echado raíces. Más allá, en cambio, la pradera era frondosa, llena de vida y rebosante de color.

—La aldea fue uno de los primeros asentamientos de la Orden —continuó la maestra, encantada de poder impartir aquella lección de historia— y en ella se levantó un templo gigantesco en honor a Kares que dejaba pequeñas todas las casas

de alrededor. Su poder sobre los pueblos vecinos, incluida la ciudad de Ferris, todavía apenas un poblado, era total y el pavor que le tenían sus habitantes era más que manifiesto. El templo fue conocido como Turkaisim, el Templo Negro, debido a la piedra con la que fue erigido, negra como la noche más oscura. Los rumores acerca de ella se despertaron aun durante su construcción, pues la piedra de los alrededores era gris y ocre, arcillosa y poco apta para levantar un edificio de esas dimensiones.

»Pero el templo se terminó y su sombra, tan negra como las piedras que lo formaban, empezó a extenderse como una bendición —Shera miró hacia el norte y señaló una montaña con el dedo—. De repente, un día, el volcán de Timarlin hizo erupción casi sin avisar. Durante varios días expulsó cenizas y fuego, y enterró la aldea y el templo con ellas. No quedó nada. Los más escépticos lo consideraron un castigo divino y, con los años, Kinar'on se fue convirtiendo en un lugar maldito por el que nadie pasaba y sobre el que se contaban todo tipo de historias para asustar a los niños.

—¿Y esas columnas?...

Shera Ante'i miró a la muchacha con orgullo. Un hombre se había separado del grupo y comenzaba a subir hacia ellas.

—Exacto. Lo hemos encontrado. Llevamos muchos años excavando en distintos lugares, pero hemos dado con él. El Templo Negro, Turkaisim, se alzarán de nuevo para mayor gloria de Kares. La elección de Ferris para instalar la nueva sede no ha sido casual...

En ese momento, el hombre llegó hasta ellas. Vestía ropa de trabajo, basta y estropeada, y sudaba copiosamente, no solo por el ascenso a la colina sino por el esfuerzo previo que había estado realizando bajo el sol inclemente.

Al llegar hasta su posición, se inclinó sobre una rodilla.

—Maestra, es un honor recibirlos, como siempre.

Desde la comitiva, varios sirvientes se apresuraron a disponer un pequeño toldo para proteger a Shera del sol. Cuando la maestra comenzó a descender la colina hacia el lugar de los trabajos, ellos se movieron a su vez. Por detrás, los caballos se pusieron también en marcha.

—He dedicado muchos años a analizar los antiguos textos y he buscado sin éxito, pero esta vez es la definitiva —dijo Shera, dirigiéndose a Almina—. ¿Me equivoco, Cledus?

El encargado de la excavación se apresuró a responder. Caminaba como si la mera presencia de la mujer fuera un peso insoportable sobre sus hombros.

—No, mi señora.

—Eso espero, Cledus. Se acerca la hora de nuestra victoria. Lo presiento.

Cerca del lugar donde se estaban desarrollando los trabajos, Cledus le preparó una tienda a Shera Ante'i. En ella pudo refrescarse y quitarse el polvo del camino ayudada por Almina.

—Os noto inquieta, mi señora. ¿Estáis bien? —le preguntó la muchacha.

La Maestra no dejaba de moverse y agitar las manos, algo impropio de ella, siempre flemática y serena.

—Estamos ante un momento histórico, niña. Si encontramos en el templo lo que sospechamos, nada podrá detenernos. La Orden estará en posición de gobernar sobre toda Thera y el poder de Kares se revelará por fin en toda su magnitud.

—Entiendo, mi señora. Era una pregunta estúpida.

Shera miró a Almina muy seria.

—Pues no vuelvas a hacer preguntas estúpidas. Jamás.

Se puso en pie y se dirigió a la claridad del mediodía. Se había cubierto con un pequeño tocado. La túnica, como siempre, negra como la noche, a juego con el color oscuro de su piel.

—Quédate aquí y ve preparándome un baño.

Shera salió de la tienda disfrutando de la certeza de que a la joven le sería imposible cumplir esa orden, pues no tenía forma de conseguir agua ni, mucho menos, calentarla. Cledus, que la esperaba fuera, no le preguntó por la enigmática sonrisa que mostraba al salir y Shera se apresuró a borrarla de su rostro.

—Seguidme, mi señora —le dijo Cledus con una nueva reverencia.

El encargado la llevó hasta un pequeño montículo de piedra arenosa. Tras él, una suave pendiente les llevaba hasta la excavación. Shera sintió un escalofrío a pesar del calor. Aunque solo había sido descubierta una pequeña parte, ya podía verse la magnificencia del edificio. Una gigantesca duna de ceniza apelmazada cubría casi por completo su estructura, pero el equipo había revelado parte de una torre de piedra negra y una gran puerta. Para poder acceder a ella habían tenido que excavar muchos metros de tierra, por lo que se había creado un pequeño pasillo que habían apuntalado con gruesos pilares y vigas de madera para evitar que se derrumbara. A medida que se fueron acercando a ella, Shera sintió que estaba ante uno de los descubrimientos más importantes de la historia de la Orden. Tal vez de la historia de toda Thera. Aquella aldea llevaba siglos sepultada y olvidada. Ahora se alzaba ante el más valeroso vestigio del poder de los kariteas.

Alrededor de la puerta, aún sucia de arena y cenizas, varios hombres se afanaban en terminar de despejar el camino para dejar paso a la Maestra.

—Hemos tenido que romper la cerradura, mi señora. Estaba en muy mal estado y las cenizas habían deteriorado su mecanismo. Fue imposible abrirla sin romperla.

Shera estuvo a punto de decir que no le importaba en absoluto, que por ella como si derribaban la puerta a cabezazos y la hacían mil añicos, pero se contuvo.

—Has hecho bien. ¿Es accesible?

—Aún no hemos entrado, mi señora. Hemos reservado ese honor para vos, pero el interior parece intacto y seguro.

A Shera Ante'i le costaba creer la ocasión que se le brindaba y tuvo que contener su emoción ante sus esbirros para no delatar que su corazón palpitaba con ferocidad, que el sudor amenazaba con perlar su frente y para no soltar la carcajada de

impaciencia que tenía albergada en la garganta. Tuvo que tragar saliva y respirar hondo mientras Cledus empujaba con el hombro la inmensa puerta negra. La Maestra sintió que tardaba una eternidad, que aquel pedazo de madera que la separaba de la historia no quería revelar su secreto mejor guardado.

Por fin, tres hombres lograron moverla y abrir el espacio justo para que pasara una persona. El interior estaba completamente oscuro y una vaharada de aire denso y viciado les llegó como una amenaza, un aviso de lo que se podían encontrar en el interior.

—Debéis tener mucho cuidado, mi señora. Parece seguro, pero no debemos confiarnos. Tras tantos años, cualquier cosa es posible. Una viga podrida, una pared desestabilizada...

—Calla —le interrumpió Shera.

Era su momento, su gran día, y ningún charlatán se lo iba a estropear. Nadie había pisado ese lugar en siglos y ella estaba a punto de hacerlo. Se le erizó el vello de los brazos al dar un paso e internarse en las antiguas sombras de Turkaisim, el Templo Negro, hogar de la Orden Kariteas y guardián de sus más oscuros secretos.



«La profecía se apresta a tantas interpretaciones como traductores ha tenido a lo largo de los siglos». *Crónicas del Adalid de la Luz*, capítulo treinta. Edgor Mundensen

El amanecer llegó al desierto de sal despejado y luminoso, con la promesa de otro día más de calor y aire seco. El sol asomando tras las montañas Dender-oth, aún en la lejanía, le indicó a Árgoht que estaban desandando el camino recorrido hasta el momento, aunque en dirección noroeste, por lo que no volverían a Ärgufal, sino a algún punto más al norte, aún más internados en la planicie.

Lavell despertaba a ratos y en pocos minutos volvía a caer en un sueño febril e inquieto. La mujer argumia no se había despegado de su lado y aplicaba a su frente trapos impregnados de algún brebaje maloliente que parecía relajar su ceño. Poco después de partir del promontorio en el que se habían encontrado, se habían detenido a construir una rudimentaria trailla con el fin de hacer más cómodo el traslado del chico. Los hombres se iban turnando para arrastrarla, con cuidado de no tropezar con las piedras que asomaban del suelo del desierto.

Árgoht empezaba a impacientarse por la pérdida de tiempo que aquel retroceso implicaba para su viaje, pero entendía también que, si aquella gente tenía la opción de curar a Lavell, tal vez valiera la pena. Llegar a su destino y entregar a un chico muerto no le serviría para nada y estaría faltando a la palabra dada a Orges.

Por fin, un murmullo empezó a extenderse por el grupo mientras se acercaban a una estructura rocosa natural de varios metros de altura. Allí, en mitad de la nada, parecía el caparazón de una tortuga muerta tiempo atrás y reseca por el sol. Formaba una bóveda natural a cuya sombra la temperatura se hacía más agradable,

pues a medida que el sol iba ganando terreno en el cielo iba ascendiendo con rapidez. Árgoht sintió incluso una ligera brisa.

A medida que todos iban quedando a la sombra se iban desprendiendo de los tocados que cubrían sus cabezas, como si buscaran refrescar su piel y liberarse de la prisión de aquellas telas. El grupo dio prioridad al hombre que llevaba la traílla, que se adelantó hasta casi llegar al muro rocoso. De pronto, como si se hubiera materializado de la nada, un hombre salió a recibirlos. Era un anciano con la espalda encorvada que se apoyaba en un bastón rudimentario. La sonrisa de bienvenida que había mostrado desapareció pronto de sus labios cuando vio a Árgoht y a Lavell. Pronto empezaron las preguntas. El anciano no parecía muy contento con la presencia de los extraños. La mujer se acercó a hablar con él, señalando con frecuencia al chico postrado. El hechicero dedujo que estaba explicándole la situación y tratando de convencerlo de la necesidad de atender al herido.

Por fin, tras un buen rato de charla, el gesto del anciano cambió y se apartó para darles paso.

La entrada se encontraba tan bien oculta en la piedra que Árgoht apenas la distinguió hasta que no hubo pasado por ella. Tuvo que agachar la cabeza, pues era más alto que todos los argumios y el hueco parecía hecho expresamente para ellos. Mientras lo atravesaba se preguntó si sería un hueco natural o excavado por sus anfitriones. Todo aquel lugar le recordó de pronto al tiempo que había permanecido perdido en el gehvaal, tanto tiempo atrás. El desierto, las piedras, el anciano... Todo era asombrosamente similar en los detalles, si bien era imposible que tuvieran ningún tipo de relación. De hecho, cualquier parecido desapareció cuando hubieron avanzado un poco más y el estrecho túnel que recorrían desembocó en una amplia caverna con multitud de ramificaciones al fondo. El lugar estaba bañado por la luz del sol gracias a diversos agujeros practicados en la roca que hacían innecesaria la presencia de antorchas. El lugar olía a madera quemada y hierbas, un olor agradable, cálido. El olor del hogar. Al contrario que el lugar de los perdidos, que en su mente aparecía, después de tanto tiempo, como un lugar pérfido, frío y oscuro.

La actividad en la caverna era frenética, con hombres y mujeres yendo de un lado para otro como si de un pequeño hormiguero se tratara. No parecía haber nadie ocioso. El anciano alzó la voz para llamar a alguien y pronto apareció ante ellos un grupo de dos mujeres y un hombre que se dispusieron alrededor del enfermo. No vestían las telas holgadas que les había visto hasta ahora, sino prendas de cuero bien ajustadas al cuerpo. Árgoht se sintió un poco perdido cuando los demás exploradores se dispersaron por la cueva, entre saludos y agasajos de sus compañeros y él se quedó solo. La mujer que había atendido inicialmente a Lavell fue la única que se quedó allí, observando mientras los que debían ser los sanadores de la tribu valoraban el estado del chico. De pronto fue como si recordara que el hechicero estaba allí y se dirigió a él en su extraño idioma.

—Lo siento, pero no comprendo nada —dijo Árgoht, acompañando con gestos

sus palabras a fin de hacerse entender.

La mujer pareció frustrarse y bajó la cabeza. Por último, indicó con gestos que la siguiera mientras las sanadoras y ella alzaban la traílla y se llevaban a Lavell en dirección al fondo de la cueva. Árgoht hizo lo que le pedían y recorrió con ellas uno de los laterales hasta llegar un ancho túnel abierto en uno de los extremos, tratando de ignorar las miradas curiosas de todos aquellos argumios que se encontraban por el camino. Todo en su aspecto y sus formas delataba que era extranjero.

El túnel al que accedieron, iluminado, este sí, por antorchas cada pocos metros cuyo humo abandonaba la cueva por pequeños agujeros situados en el techo de la gruta, era inmenso en su longitud y en los laterales se abrían incontables aberturas con sencillas cortinas a modo de puerta. Allí la actividad tampoco cesaba y había gente de un lado para otro, entrando y saliendo de ellas sin descanso. Árgoht se sorprendió al comprobar el tamaño de aquel lugar que desde fuera parecía una simple agrupación de rocas como tantas otras que era posible encontrar a lo largo y ancho del desierto. Se preguntó cuántas cavernas como aquella, cuántas tribus o grupos de argumios podía haber a lo largo del Desierto de Sal si allí había tantos. Las preguntas empezaron a dispararse en su cabeza. ¿Qué jerarquía los gobernaba? ¿Cómo alimentaban tantas bocas? ¿Cómo podían medrar en un lugar como aquel, árido, inclemente y complejo? Esperaba tener ocasión de aprender todo aquello pues, a pesar de haber pasado un año en el lerteneo de Ärgufal, los ganetorei no parecían adaptados al desierto sino que trataban de someterlo e imponerse a él. Los argumios no pretendían que la sal cumpliera sus normas, sino que habían acatado ellos las que el entorno les imponía. Una actitud mucho más inteligente.

Por fin, atravesaron una de las múltiples puertas que agujijoneaban los laterales del túnel y llegaron a una pequeña sala con varios catres. Estaba bien iluminada y caldeada gracias a un pequeño brasero situado en una esquina. En uno de los catres, un argumio joven dormía sereno. Los demás estaban vacíos y en uno de ellos dispusieron a Lavell. De inmediato, una de las sanadoras salió de la sala y regresó con una jofaina rudimentaria con un poco de agua y algunos trozos de tela que procedió a empapar y a aplicar en la frente del chico quien, al contacto con el líquido, emitió un leve quejido, aunque no se despertó. Árgoht empezaba a preocuparse de que su estado fuera peor de lo que le había parecido.

De pronto, fue como si el hechicero no estuviera allí. Toda la atención se centró en Lavell durante varios minutos, hasta que la argumia que se había dirigido a él por primera vez se acercó y le dijo algunas palabras. De nuevo, Árgoht tuvo que hacer ver que no entendía nada y la mujer, con un aspaviento de contrariedad, salió de la sala a toda prisa. Algunos minutos después regresó acompañada de una joven de piel muy morena. Tras hablar con ella algunos instantes, fue ella la que se dirigió a él.

—Dinda querer tú comer —le dijo, casi a trompicones.

Por fin, unas palabras que podía entender. Hablaba el mismo idioma que en Ärgufal, un dialecto derivado del común muy extendido entre los Tres Grandes



Reinos del Sur, aunque con un acento completamente diferente.

—Dile que sí, gracias.

La joven se dirigió de nuevo a Dinda y se cruzaron tres o cuatro frases hasta que, con un gesto, le indicó que abandonara la sala. Árgoht obedeció y salió seguido de la muchacha. Dinda cerró la cortina tras ellos. Volvieron a la sala principal y Árgoht agradeció abandonar aquella zona. Los túneles empezaban a agobiarle.

—Aquí.

La joven le indicó un hueco al fondo de lo que parecía ser la sala común a la que habían llegado en un principio. De nuevo, todas las miradas se centraron en él. Árgoht las ignoró y se sentó en una roca que sobresalía. Sus piernas y su espalda agradecieron el descanso. La muchacha se alejó sin decir nada y el hechicero supuso que iba a buscarle algo de comer.

La caverna olía a sudor, comida y madera quemada. El desierto era estéril y apenas olía a nada que no fuera piedra y sal. En comparación, aquel lugar era un vergel.

Poco después llegó la joven con un trapo en el que llevaba envueltos algunos trozos pequeños de carne muy cocida, raíces secas y algo que a simple vista parecían piedras. Árgoht aceptó con una gran sonrisa, aunque el aspecto de la comida dejaba mucho que desear. La chica se sentó a su lado, como una madre se sienta junto a su hijo mientras come para asegurarse de que no deja nada.

En el momento en que Árgoht estaba a punto de apartar aquellos alimentos y sacar los suyos del petate, el estómago le rugió de hambre. No había probado bocado desde la noche anterior y era consciente de que debía administrar bien sus reservas, pues le quedaba aún un largo viaje por delante hasta Glimaris antes de dejar al chico en Hipesen D'an.

«Si sobrevive, claro» —pensó con amargura. Mientras sacaba fuerzas para probar los alimentos de los argumios pensó en qué haría si Lavell no sobrevivía a la fiebre. El encargo de Orges le había dado un objetivo, algo en lo que ocuparse hasta que el Destino le diera una nueva pista sobre lo que debía hacer. Sabía que el centro del continente estaba cada vez más invadido por el Daño y que la población lo estaba pasando mal, pero no terminaba de entender dónde encajaba él en aquel panorama. Por lo que él sabía, podía haber afectado incluso al imperio.

No había vuelto a saber nada de la Madre desde los acontecimientos de Angôr y era algo que le inquietaba, si bien la experiencia le decía que lo sabría cuando llegara el momento. Hasta entonces solo podía limitarse a vagar siguiendo el mandato de la llamada del Destino. Caminar y caminar sin rumbo hasta que diera con el sendero que le hiciera avanzar en la dirección correcta.

Lo primero que probó fueron las extrañas piedras, que resultaron ser trozos de alguna especie de pan muy especiado. Estaba delicioso. La carne, a pesar de estar muy cocida, era sabrosa y fácil de comer. Se preguntó de qué animal podía ser, pues era imposible que tuvieran cabezas de ganado en aquel lugar. Las raíces secas, duras

y correosas, fueron lo más difícil de masticar.

—Energía —dijo la chica de pronto.

Árgoht salió de pronto de sus cavilaciones.

—¿Qué?

La argumia señaló las raíces.

—Energía, mucha energía para ti.

Árgoht miró de nuevo lo que se estaba llevando a la boca. Tenía sentido que fueran muy energéticas, pues con algo se tenía que mantener aquella gente, pero eso no explicaba su procedencia.

—¿Cómo te llamas?

—Glisa.

—Gracias, Glisa. —Árgoht alzó un poco la raíz a medio comer que tenía en la mano—. ¿Cómo se llama esto?

—Tirca'ja.

La palabra sonó hermosa en boca de Glisa, pero cuando él la repitió sonó ruda y afilada. Su lengua no estaba preparada todavía para aquel idioma. Aún tendría que escucharlo un poco más.

En pocos minutos entendió lo que quería decirle la joven cuando hablaba de energía para él. El cansancio que sentía, así como el hambre, desaparecieron suavemente, como si el efecto de la raíz se estuviera expandiendo por su organismo. Se sintió pletórico de fuerzas en pocos minutos, recuperado por completo. Hasta la preocupación por Lavell había disminuido.

—Muy profundo —dijo de nuevo Glisa—. Solo *gerkatan* nos da.

Aquella frase, a pesar de estar dicha en su idioma, no tenía ningún sentido para Árgoht. Se limitó a asentir como si hubiera entendido y siguió comiendo en silencio.



«En el silencio de las sombras el hombre se descubre a sí mismo. La luz es distracción para el espíritu».  
*Exhortaciones, Dermainas Thor*

Al principio todo era oscuridad. A su alrededor se había hecho el más absoluto silencio. Shera Ante'i cerró los ojos para disfrutar de la sensación, del olor a cerrado, a secretos guardados, a polvo e historia que desprendía aquel lugar grandioso. Casi pudo sentir la presencia de Kares a su lado, abrazándola y acunándola en su infinita sabiduría.

A su espalda un resplandor inundó la sala y rompió el encanto del momento. Tuvo ganas de gritar, de echar a Cledus de allí a patadas, pero sabía que necesitaba la antorcha que traía consigo si quería ver algo dentro del templo, cuyas ventanas aún quedaban sepultadas bajo las cenizas fosilizadas. El polvo levantado por sus pisadas bailó ante ellos. El eco les devolvía extraños sonidos, apagados por el tiempo y la sombra.

Cledus sudaba a su lado, nervioso.

—No temas nada, Cledus. Este lugar pertenece a Kares. Nada te ocurrirá en su seno.

—Sí, maestra —respondió el hombre, poco convencido.

Shera cogió la antorcha y avanzó algunos metros más tratando de vislumbrar algo, pero la oscuridad era tan densa, tan antigua, que apenas podía ver nada. Aun así, percibió los contornos de algunos muebles caídos, los huecos abiertos de varias puertas y una gran escalera alfombrada.

—No es seguro permanecer aquí, maestra —dijo Cledus a sus espaldas—. Debemos seguir excavando, asegurar la zona e iluminar correctamente la sala.

Shera supo que era cierto, que nada podría hacer allí en esas condiciones. De todas formas, disfrutó del momento algunos minutos más antes de decidirse, a regañadientes, a volver a la luz del día.

Se dirigió de nuevo a Cledus.

—Quiero este lugar despejado cuanto antes, aunque tengas que trabajar día y noche hasta desfallecer. Quiero esas torres elevadas hacia el cielo y las ventanas despejadas. Volveré dentro de tres días y quiero ver progresos. Por supuesto, todo lo que guarde este edificio en su interior pertenece a la Orden. Si cuando vuelva echo algo en falta, un hueco entre el polvo, un libro fuera de su lugar o un mueble rodado, será tu sangre la que sirva de sacrificio a Kares.

—Sí, maestra —respondió el encargado tragando saliva.

—Ah —añadió Shera antes de retirarse—, cuando el acceso sea seguro me avisarás a mí directamente. Yo informaré al Consejo.

El regreso a Ferris se hizo eterno para Shera Ante'i. Estaba deseando llegar a sus aposentos y disfrutar de un buen baño. Sabía que tenía que compartir lo que había descubierto con los demás Maestros, aunque una parte de sí misma quería quedarse la información, ser la única poseedora de esos secretos, que aquel lugar fuera suyo para desenterrar cada centímetro de su historia. Pero sabía que eso era imposible. Tenía que rendir cuentas de la visita ante el Consejo de Maestros y ante el Ser Supremo, el único con derecho a sentir aquel lugar como propio. Shera lo envidiaba por ello. Mataría por sentir el contacto directo con Kares que Él tenía, por poder considerar cada bien de los kariteas como propio, por poder ser la máxima autoridad en toda Thera.

Con estos pensamientos en la cabeza apareció ante ella la ciudad de Ferris. Estaba situada a espaldas de las montañas Timar-oth, en cuyas estribaciones más orientales, alzándose como un lobo solitario, como si del mismísimo Ser Supremo se tratara, estaba el volcán Timarlin, responsable de la destrucción de Kinar'on. Era una cadena irregular y poco elegante, como la propia Ferris. Construida al son de los caprichos del gobernador de turno, parecía un batiburrillo informe de casas mezcladas, como si Kares las hubiera dejado caer de cualquier manera dentro de las frágiles murallas que conformaban su perímetro. Era sucia y maloliente, y solo el río Manjar-on conseguía limpiar un poco su imagen. De no haber sido por su cercanía a Kinar'on y a la casi total certeza de que el Templo estaba allí sepultado, la Orden nunca habría elegido aquella ciudad para instalarse tras el abandono de Mügero. Sin embargo, era perfecta para ello, pues estaba lejos de las rutas comerciales más importantes y era un reino menor a todos los efectos, tanto estratégica como políticamente. Convencer a su gobernador, Hicol Duntas, uno de los pocos en toda Thera que no se autodenominaba rey, para que se aliara con los kariteas había sido muy fácil.

Aprovechando una elevación del terreno, Shera se asomó desde el carromato y miró hacia el suroeste, donde un par de pequeñas columnas de humo delataban la posición de Ka't, la aldea más cercana a la capital. Más al sur, ya fuera de su vista,

estaba Olies y hacia el este, Pen'ka.

Poco tiempo después llegaron por fin a la ciudad, cuando ya la noche estaba a punto de caer sobre ellos. Los trabajos de mejora de la muralla iban más despacio de lo que la Orden hubiera deseado. Shera, viendo a aquellos vagos trabajar con manos torpes, no pudo evitar pensar en que Ferrakis no podía ser un reino más ridículo. Solo la ausencia de recursos naturales había evitado que fuera invadido por alguno de los reinos vecinos. Al fin y al cabo, ¿qué podía ofrecer Ferris? Solo la piedra extraída con ahínco de las montañas. Una piedra que, demostrando una ignorancia ancestral, no habían sabido usar para mejorar unas murallas débiles y poco aptas para aguantar un asedio. Solo la llegada de la Orden y sus ingenieros, los mismos que habían diseñado y levantado las murallas de Mügero, les había hecho ver que había que intervenir allí. El Consejo había aportado recursos por su propio interés pues, aunque mantenían su nueva ubicación tan en secreto como podían, pronto el mundo sabría que estaban allí y alguno de los muchos enemigos de Kares podría atreverse a atacarles. Llegado el caso, la ciudad, su nuevo hogar, debía estar bien defendida.

Sin embargo, su destino no era el interior de Ferris, sino el viejo y medio destartado edificio que Duntas les había asignado. Se encontraba situado a las afueras de la ciudad, a poco menos de un kilómetro de sus muros en reparación, y era una vieja atalaya con vistas al río. Lejos de miradas indiscretas, era un edificio achaparrado y feo, con una torre en su extremo más septentrional. Un pequeño bosquecillo lo cobijaba por el flanco este. A pesar de que no estaba en las mejores condiciones, el Consejo lo había considerado apto y habían empezado a realizar mejoras desde el mismo instante en que hubieron puesto un pie allí. Suficientemente grande como para albergar a todos los kariteas llegados desde Mügero y suficientemente discreto como para no llamar demasiado la atención.

Por un momento, Shera fantaseó con la posibilidad de instalar la sede de la Orden en Turkaisim, el hogar primigenio de los Kariteas, pero no sabía si los demás Maestros estarían dispuestos a embarcarse en otro traslado.

En la entrada del edificio, con mirada impaciente y el nervio que le era característico, le esperaba Gio Lahnoir. Las cicatrices que le marcaban el rostro le daban un aspecto lastimoso que nada tenía que ver con su carácter, cruel y sibilino.

—Bienvenida, maestra —le dijo mientras le ofrecía la mano para ayudarla a bajar del carromato. Shera aceptó, estremeciéndose por el contacto con la piel, fría y desagradable, del maestro. No le gustaba Gio, siempre beligerante y con un rostro difícil de interpretar debido a las cicatrices.

—Gracias.

Almina bajó tras ellos. Varios sirvientes alumbraban con candiles de aceite cada paso que daban, pues la noche ya se había cerrado a su alrededor.

Shera y Gio entraron juntos al edificio, junto a cuya entrada había dos guardias vestidos de negro que les dieron las buenas noches y les franquearon el paso.

—¿Ha ido todo bien, maestra? —preguntó Gio.

Shera sabía que a la mañana siguiente tendría que dar explicaciones de su visita ante el Consejo, así que Gio estaba tan ansioso como ella por descubrir los secretos de Kinar'on.

—Sí. Creo que esta vez es la definitiva. Por fin hemos encontrado el templo.

Shera pudo notar el escalofrío de satisfacción que recorrió al maestro.

—Después de tanto tiempo...

—Sí. Nuestro momento está más cerca.

—¿Pudiste entrar?

Dejaron atrás un sencillo recibidor que daba acceso a las cocinas y otras dependencias del servicio e iniciaron el ascenso por la esbelta escalera que les llevaría a los dormitorios.

—Sí, pero el lugar es aún inestable. Apenas pude pasar de la entrada.

—¿Cuándo podremos?

«¿Podremos?» —pensó Ante'i. Sabía que el hallazgo del templo era mérito de la Orden, pero si alguien había tenido fe en el proyecto, si alguien había puesto empeño en él había sido ella. No iba a permitir que nadie se adjudicara parte del mérito o del placer del descubrimiento.

—Cledus está en ello. Desde que sea posible acceder nos avisará.

Gio murmuró su aprobación con un gemido entre dientes, satisfecho con la respuesta y Shera tuvo que reprimir una sonrisa.

«Me avisará a mí».



«Poco se sabe de él durante aquellos días oscuros. Pero cuando por fin regresó lo hizo para cambiarlo todo».  
*Crónicas del Adalid de la Luz*, capítulo veinte. Edgor Mundensen

La de los argumios resultó ser una sociedad simple, con una organización básica y muy poco jerarquizada. A simple vista podía parecer caótica, con tanta gente moviéndose de un lado para otro en la caverna, pero tras dos días con ellos había empezado a entender ciertos patrones de conducta.

Lavell había despertado de su sueño febril algunas horas después de haber empezado a recibir los cuidados de las sanadoras. Aunque se había sentido confuso, no había tenido fuerzas para protestar ni preguntar dónde se encontraba. La fiebre había terminado de remitir al día siguiente. Durante toda la convalecencia le habían dado a beber una infusión de olor exquisito que resultó estar hecha a partir de las mismas raíces que la tribu comía a todas horas.

Cuando por fin, bien entrada la tarde del día siguiente a su llegada, le permitieron pasar a ver al chico, Árgoht lo encontró sentado en el catre sorbiendo muy despacio uno de aquellos brebajes cuyo olor, suave y agrio, llenaba toda la enfermería. Se sentó a su lado.

—¿Cómo te encuentras?

Lavell levantó la vista, alegre de recibir la visita del hechicero.

—¡Árgoht! Pensaba que no estabais...

—No me han dejado entrar hasta ahora. Te veo mejor.

—Estoy bien, aunque no sé qué ha pasado ni dónde estoy. —Enfermaste y la fiebre te ha tenido un poco... estropeado. Pero ya estás mejor. ¿Puedes caminar?

—Sí, aunque estoy muy cansado.

Lavell terminó de beber la infusión y un argumio se acercó a coger la taza de arcilla de sus manos.

—Tranquilo, mañana estarás bien. Cuando hayas recuperado fuerzas seguiremos nuestro viaje.

El argumio se acercó de nuevo y, mediante señas, le indicó a Lavell que se acostara. El chico se dejó hacer y unos minutos después estaba dormido de nuevo, aunque esta vez con el sueño limpio y reparador que deja tras de sí la enfermedad ya superada.

Árgoht abandonó la enfermería con una sonrisa, contento de verlo despierto y, sobre todo, por saber que pronto podría retomar su camino.

Aún tuvieron que pasar dos días para que Lavell acumulara energías suficientes como para que el hechicero pudiera decidir seguir el camino. Durante ese tiempo, el muchacho daba pequeños paseos por la cueva, haciendo mil preguntas sobre el lugar y sus moradores. A las pocas horas de haberse levantado por primera vez, parecía que la tribu entera le había cogido cariño. Árgoht lo observaba tratando de entender si era su carácter, abierto y risueño, o si había algo más que los atraía a todos hacia él, pero lo cierto era que por dónde él pasaba parecía que los rayos de sol entraran con más fuerza y la estancia se iluminara un poco más.

Todo el que se cruzaba con él se quedaba con una sonrisa. Lavell no parecía darse cuenta de este curioso efecto que causaba entre los argumios y trataba de hacerse entender con ellos con ayuda de Glisa, que no se separaba de él, hasta el punto de que en pocas horas ya conocía las palabras básicas de su idioma, como los saludos y los agradecimientos.

Al día siguiente ambos pudieron salir a dar un paseo por el exterior de la caverna y tomar un poco de aire, cosa que Lavell agradeció enormemente. Glisa se disculpó con ellos dando a entender que tenía cosas que hacer y los dejó solos por primera vez desde que habían llegado allí. Caminaron un buen rato alrededor de la afloración rocosa que contenía la caverna y que desde fuera apenas parecía un cúmulo de piedras más en mitad de la nada. Lo hacían bien protegidos contra el sol, en círculos y sin alejarse demasiado para no perderse. Comparado con el batiburrillo de olores que era el interior, la superficie del desierto de sal le pareció a Árgoht triste y estéril, como si de repente el sentido del olfato se le hubiera muerto.

Lavell no dejaba de preguntar a Árgoht sobre los días que había estado convaleciente, como si temiera haberse perdido algo importante.

En un momento determinado, su humor se ensombreció, como si hubiera recordado algo desagradable. Su rostro, normalmente alegre y ufano, se puso serio.

—He tenido sueños —dijo de pronto.

—Es normal en tu estado. Has delirado por culpa de la fiebre.

Lavell guardó silencio durante unos instantes en los que levantó la cabeza hacia el cielo, como si quisiera observar los detalles del inclemente sol que viajaba sobre sus cabezas. Solo alguna nube, blanca y seca, les daba un pequeño respiro de cuando en



cuando.

—No me gustaban. Vi cosas horribles.

Árgoht sabía muy bien lo que era aquello, soñar con escenas que no quería ver. Los sueños premonitorios eran muy habituales para él.

—Este desierto, por ejemplo, que ahora es blanco y brillante —el chico extendió la mano derecha, como si quisiera abarcarlo entero—, se había vuelto negro y gris, como si en vez de sal estuviera cubierto de cenizas. El cielo también se había apagado.

Aquello despertó la curiosidad del hechicero. De nuevo, recordó el tiempo que había estado perdido en el gehvaal, en cómo había pasado tiempo en lo que parecía un desierto de cenizas.

—Tenía mucho frío. Sentía que alguien me perseguía, pero cuando miraba hacia atrás no había nadie. Solo una vez creí ver dos puntos brillantes en la oscuridad, como si fueran ojos espíandome. Tuve miedo y eché a correr, pero no sabía a dónde ir. Todo eran cenizas bajo mis pies y no conseguía librarme de la sensación de que me observaban.

De nuevo el silencio, cabizbajo.

—Tuve mucho miedo —dijo por fin, mirando al hechicero.

Árgoht, poco acostumbrado a dar consejos, supo que el chico necesitaba consuelo, que se encontraba perdido. Por lo que él sabía, había pasado casi toda su vida entre los muros de Ärgufal. Era normal que estuviera algo desconcertado.

—Todo ha pasado ya —le dijo Árgoht poco convencido. Si su sueño tenía que ver con la Tierra Negra, el Daño que lo iba arrasando todo, tal vez no hubiera hecho más que empezar—. Ahora estás despierto y conmigo. Nada te pasará.

En ese momento, Lavell hizo algo que casi hizo dar un respingo a Árgoht, algo que nadie había hecho nunca y que le pilló por completo desprevenido.

Lavell le cogió de la mano.

Árgoht estuvo a punto de retirarla de un tirón, sorprendido por el cálido gesto del chico, del todo inesperado, pero se controló a tiempo y le dejó hacer. Cuando Lavell le miró Árgoht rehuyó su mirada temiendo que percibiera la incomodidad pintada en su rostro.

Y así, bajo el intenso sol de la mañana que discurría hacia el mediodía, ambos regresaron a la caverna.

Al día siguiente, Árgoht estaba listo para partir. Lavell estaba recuperado de sus fiebres, aunque un poco cansado aún, y no quería perder más tiempo del necesario. Dinda trató de convencerles de que se quedaran un poco más, pero Árgoht fue inflexible a ese respecto. Si el chico estaba listo para partir, era el momento de hacerlo. Dinda no tuvo más remedio que aceptar a regañadientes pero, por mediación de Glisa, les explicó que ese día saldría una expedición de caza y recolección y que les invitaba a ir con ellos durante un tiempo, pues llegaría casi hasta el extremo del desierto, y así no viajarían solos de nuevo, con todos los riesgos que ello conllevaba.

En esto el hechicero sí tuvo que aceptar, pues cuando insinuó que no hacía falta, que iban mejor solos, la mujer empezó a parlotear y a hacer aspavientos. Por temor a incurrir en una grave falta de respeto, el hechicero se vio obligado a aceptar la compañía. Después, cuando lo pensó un poco mejor, se dio cuenta de que podía ser beneficioso para ellos, pues evitaría que se salieran de la ruta de nuevo y, quizás, incluso avanzarían más deprisa.

Partieron al amanecer del siguiente día. El grupo de exploradores se preparaba a su alrededor, cubriéndose el cuerpo con una gran tela ceñida en varios puntos, que los protegería del sol directo. Era el mismo atuendo que llevaban el día que se habían encontrado por primera vez y Árgoht se detuvo a observar cómo lo hacían. El proceso era lento y metódico, como si fuera un ritual en vez de un preparativo. En ese momento entendió que el desierto era para ellos mucho más que un escenario, que un lugar donde les había tocado vivir. En los ojos amarillentos de los argumios vio devoción y respeto cuando alzaban la mirada como si quisieran atravesar la pared de piedra de la caverna y ver más allá, hacia el horizonte blanco que les esperaba fuera. Daba la sensación de que hablaban con el desierto, pues sus labios se movían como si estuvieran orando para sí.

Toda la tribu se reunió a su alrededor para despedirles, aunque enseguida Árgoht se dio cuenta de que era a Lavell a quien decían adiós, algunos incluso con lágrimas en los ojos. El chico se atrevió a decirles algunas palabras en su propio idioma, sorprendiendo a sus anfitriones, que acabaron lanzando gritos al aire y golpeando el suelo con los pies en señal de despedida.

El propio Lavell, cuando ya se habían alejado un poco de la cueva y la algarabía había empezado a remitir, dejó escapar alguna lágrima. Árgoht quiso pensar que había recordado el consejo que le había dado al salir del lerteneo, pues no miró atrás ni una vez a pesar de la evidente pena que le daba irse. Alzó la cabeza y miró al frente, hacia la sal que amenazaba con tragárselos una vez más.



«Quien aprende del pasado se convierte en dueño del futuro».  
*Dicho popular.*

Preas había tenido unas semanas muy agitadas. Desde que había regresado de su expedición había tenido que hacer muchos preparativos. Las noticias que Tizo había traído desde Mügero eran malas, pero no del todo inesperadas.

Mientras pasaba revista a su ejército, recordaba la conversación como si hubiera sido esa misma mañana.

—Era una trampa —le había dicho el militar—. Nos estaban esperando.

Tizo le había contado al detalle lo que había sucedido y Preas no había podido más que callar, sorprendido por el afán y la maldad de la Orden. En vez de marcharse sin más, habían tratado de hacer todo el daño posible.

«Es la guerra» —se había recordado a sí mismo—. «Así son las cosas».

—¿Cómo pudieron salir y sortear nuestro cerco?

—Tenían un túnel que desembocaba un kilómetro más al este, en una salida oculta en las estribaciones de las montañas. Cuando lo encontramos ya lo habían derrumbado también. He dejado una pequeña dotación por si alguien vuelve, pero les he ordenado que, si en una semana no hay movimiento, regresen aquí.

—Tenemos que averiguar a dónde han ido los Maestros. Donde ellos estén, estará también el Ser Supremo. Donde esté él, estará toda la Orden.

—Nuestros espías llevan meses informando de movimientos extraños en el norte, en reinos como Derties o Ferrakis.

—Envía más informadores —había concluido Preas—. Quiero saber cada cosa que ocurra en ellos. Quiero también un mapa detallado del avance del Daño.

De eso habían pasado varias semanas ya y algunos de los mensajeros habían

regresado con noticias nefastas sobre la Tierra Negra. Preas intuía que cada uno de los reinos afectados era un posible aliado para la Orden, como lo había sido Fliss. Pensar en el reino vecino aun hería su corazón. Había sido un territorio hermoso y floreciente. Ahora, tras el paso de la Orden, apenas quedaban cenizas. Después de la guerra, los kariteas los habían abandonado a su suerte, sin recursos ni aliados, y el reino agonizaba. Preas les había tendido la mano, pero era demasiado tarde. La mayoría de hombres válidos habían ido a combatir y habían caído en la batalla de Talder. En las antaño fértiles tierras del sur solo quedaban ancianos, niños y mujeres, que eran las únicas que estaban siendo capaces de hacer algo por extraer la escasa vida que le quedaba a la tierra muerta. Aunque había abierto las puertas de Angôr a los refugiados flissanos, muchos de ellos habían preferido quedarse en sus hogares maltrechos.

Pensaba en Fliss mientras caminaba junto a Ulea en dirección a la biblioteca, donde se reuniría con Pig y Tizo, quienes se habían hecho responsables del mapa de la Tierra Negra. La fortaleza D'Gor bullía de vida a su alrededor. A medida que la enfermedad avanzaba por el sur, más y más desplazados llegaban a las murallas de Angôr'an. Al pasar junto a una pequeña ventana, se detuvo un instante a observar el enorme campamento que se había formado, casi de forma espontánea, más allá de las murallas. Hasta allí le llegaba el olor de las fogatas, pero sabía que a medida que uno se acercaba al lugar, el aroma de la madera quemada y el humo era sustituido por el hedor que genera una gran multitud hacinada. No había llegado solo gente de Fliss. Le constaba la llegada de refugiados de Lahmna, Turham, Dergos e incluso algunos supervivientes de los Tres Grandes.

Cuando hubo llegado a la biblioteca ya le esperaban allí Pig y Tizo, que se pusieron en pie al verlo llegar. Un sirviente se apresuró a llenar una copa de vino para cada uno, excepto para la reina Ulea, a quien el maestre le había recomendado no beber.

—¿Qué me traéis? —dijo Preas para iniciar la reunión. Estaba ansioso por ver los resultados.

—Nada halagüeño, majestad. —Fue Pigreas quien respondió.

Tizo extendió sobre la mesa un ajado pergamino que representaba todo el continente de Kisea. A Ulea se le escapó una exclamación de sorpresa. Preas dedicó unos instantes a observarlo en completo silencio. Su rostro se fue ensombreciendo poco a poco.

—Es peor de lo que esperaba —dijo por fin con un largo suspiro.

El mapa tenía resaltados con tinta roja los reinos que estaban invadidos por la enfermedad. Todo el sur del continente y una gran parte del este estaban en rojo. Solo el norte y el oeste parecían de momento libres de la Tierra Negra. El reino de Fliss, frontera sur de Angôr marcaba el límite. Más al norte, el Imperio Meledino aparecía impoluto, aparentemente ajeno tanto a la guerra como al Daño.

Angôr sería el siguiente en ver su nombre escrito en rojo.

—¿Qué podemos hacer? —dijo, casi en un susurro.

En ese momento, alguien tocó en la puerta con suavidad. Dado que no era una reunión del Consejo, no había dado orden de que no se les molestara. Con un gesto de la cabeza, Preas indicó a uno de los sirvientes que abriera la puerta. Ante ella apareció Elha, una de las jóvenes más recientemente incorporadas al servicio de la reina Ulea. Desde hacía varios meses, también ejercía labores de mensajera. Después de la invasión, hasta los sirvientes habían tenido que ser renovados para intentar evitar a los espías y traidores.

—Majestad —dijo con una reverencia—. Lamento mucho molestar. Traigo un mensaje y me han insistido en que es urgente.

—Entra, Elha —le indicó Ulea.

Era una joven elegante y bonita que llevaba poco tiempo en el servicio de la fortaleza D’Gor. Por ello, su frente se había perlado de sudor en presencia del rey. Su desparpajo y su buen hacer le habían hecho ganarse el favor de Ulea, que pronto la había ascendido a su servicio personal. Nerviosa, jugueteaba con un sencillo colgante que llevaba al cuello mientras ofrecía la nota a la reina con la otra mano.

La reina leyó el mensaje y dejó escapar un suspiro antes de dárselo a Preas.

—¿Más malas noticias?

—Me temo que sí.

Preas leyó las seis líneas escritas de manera apresurada. La nota llevaba el sello de la familia Hosvas, regente del reino vecino de Marder. Después la leyó en voz alta para que se enteraran Tizo y Pig. Se saltó las presentaciones y fue directo al asunto importante.

—«Los reinos de Horias y Ferrakis se han alineado con el Mal» —rezaba la nota—. «Nuestros informadores han visto un gran ejército comandado por hombres oscuros dirigirse hacia nuestras fronteras. A día de hoy pueden haber entrado ya en el reino. Dicen que con ellos viajan cientos de bestias antinaturales. Temo que, de no recibir ayuda por vuestra parte, sea nuestro fin».

Preas obvió los saludos y la despedida.

—Esto es lo que nos faltaba... —dijo Pig, abatido.

Preas comenzó a dar vueltas por la sala, pensando. Elha se apartó y se quedó esperando entre las sombras de los rincones.

—No podemos permitirnos prescindir de nuestro ejército en estos momentos —añadió Tizo.

Preas seguía guardando silencio.

—Además —continuó—, Marder tiene un ejército poderoso y unas murallas que han aguantado siglos de intentos de conquista. Resistirán.

Preas se detuvo. La preocupación se había instalado en su ceño.

—¿Es eso lo que debemos decirles? ¿Debemos responder a esta carta —levantó la nota ante sus ojos— recordándoles que sus murallas son fuertes y que ellos solos van a poder defenderse de los gorgs?

Tizo bajó la cabeza, sintiéndose aludido.

Preas miró a Ulea, buscando algún tipo de aprobación que no llegó. Ella sentía las mismas dudas que el rey.

—Mi padre recibió una carta parecida tiempo atrás en la que el rey Clos de Fliss solicitaba ayuda. No le dimos importancia y se nos echó encima la guerra. ¿Y si ahora ocurre algo parecido?

Todos en la biblioteca guardaron silencio. Solo el crepitar del fuego en la chimenea rompía la densa atmósfera que las malas noticias habían generado entre los presentes.

—Esta petición nos llega en el peor momento posible, pero no debemos ignorarla ni rechazarla a la ligera. Si no apoyamos a Marder y estos deciden unirse a la Orden, tendremos la frontera norte a su merced. A día de hoy las tribus nos han hecho mucho daño allí. Perder el apoyo de Marder podría ser catastrófico.

De nuevo, se instaló el silencio.

—Tizo, haz un recuento de las tropas disponibles. Dentro de dos días quiero saber con cuántos hombres contamos para enviar al norte. Recluta a cuantos podamos de las ciudades del sur. Deja una dotación suficiente aquí, en la capital y otra para proteger las caravanas, como le prometimos a Ofestes. Todos los demás, partiremos al alba del quinto día.

Ulea, ya preocupada por las malas noticias que estaba escuchando, se hundió un poco más en el sillón que ocupaba. El rey dio por concluida la reunión y recogió el mapa, enrollándolo con cuidado.

A la reina se le habían grabado las palabras de Preas. Su esposo se iba de nuevo a la guerra.



«Las labores de los lerteneos consagrados a Gan fueron fundamentales durante el ascenso de la Orden Kariteas. Por eso todos fueron destruidos».

*Historia viva de Angôr*, capítulo doce. Markus de Lárganan.

La caverna que servía de hogar para la tribu de argumios, aquella que les había acogido durante los últimos días, pronto quedó muy lejos de la vista de la expedición. La única vez que Árgoht miró hacia atrás, con el único interés de orientarse y marcar lugares de referencia por si en alguna ocasión tenía que volver, solo había visto rocas y sal. Era imposible que lo hubiera perdido de vista ya, pero no era capaz de distinguir la caverna de entre todas las demás áreas rocosas que sobresalían del blanco suelo.

A pesar de que habían salido con el alba, el sol ya empezaba a dar duro y todo el grupo se había cubierto la cabeza y los ojos. Árgoht y Lavell habían recibido un atuendo argumio como obsequio y les habían enseñado cómo utilizarlo. El hechicero pronto descubrió que, liberado de las prendas de cuero, que habían pasado a viajar en el petate, las telas que lo cubrían dando varias vueltas a su cuerpo y a las que Glisa había llamado *corgo*, permitían circular el aire fresco protegido del sol, por lo que su piel se mantenía a una temperatura razonable a pesar del calor exterior. No eran muy aptas para el combate cuerpo a cuerpo, y tal vez por ello las armas que más usaban los argumios eran lanzas rudimentarias, porque les permitían una mejor movilidad que las armas de corto alcance.

Viendo cómo aquellos hombres y mujeres se habían adaptado a su entorno, cómo habían entendido el desierto como parte de ellos y no al revés, cómo habían aceptado sus particularidades en vez de tratar de cambiarlas o dominarlas, Árgoht se sintió

fuera de lugar, como un árbol marchito en mitad de un bosque en primavera.

—¿A dónde vamos? —le preguntó de pronto Lavell, sacándolo de sus cavilaciones.

Árgoht miró hacia adelante y al cielo. Habían partido rumbo noreste, en vez de rumbo este como había tomado él en un principio. No sabía adónde irían a parar con exactitud, pero prefirió seguir a los argumios, que parecían tener muy claro el rumbo. Al fin y al cabo, su primer objetivo era salir del desierto y llegar a Lahmna. Si con la expedición podía hacerlo más rápido por aquel camino, los seguiría mientras fueran dirección norte o este.

Llegó la primera noche y por fin se detuvieron a descansar. Habían caminado casi todo el día a buen ritmo, con las paradas estrictamente necesarias para reponer fuerzas y comer algo. La segunda vez que lo habían hecho, casi entrada la tarde, Árgoht había observado al chico. El sudor recorría su frente.

—¿Estás bien? ¿Necesitas descansar?

—Estoy bien.

—Llevas enfermo varios días, es normal que tengas que recuperar la forma y la caminata está siendo dura. Si quieres parar un rato más, dímelo, que se lo haré saber a ellos. Si no nos quieren esperar, seguiremos tú y yo solos.

—No pasa nada, de verdad. Estoy bien.

Al caer la tarde los argumios levantaron un somero campamento, poco más que algunas mantas y una fogata. Al parecer, iban a dormir al raso. Lavell devoró con ansia un trozo de pan y un pedazo de las famosas raíces de los argumios.

—Las llaman *éritas*, o algo así —dijo mirándolas con detenimiento—. Lo dicen tan rápido que me cuesta entenderlo. Por lo que me han explicado, vendría a significar «vida seca». Creo que lo dicen porque revitaliza el cuerpo.

Árgoht observó un trozo antes de darle un mordisco. Era suave y sabrosa, no tan seca y ruda como le había parecido la primera vez. Miró a su alrededor tratando de encontrar algún arbusto o planta de donde poder extraer algo como aquello, pero no vio nada. ¿Las cultivaban en algún lugar concreto que ellos no habían visto? Recordó entonces que Dinda le había dicho que la expedición iba de caza y *recolección*.

—¿Te han dicho dónde las cultivan? —preguntó Árgoht al chico.

Lavell negó con la cabeza mientras seguía comiendo. El hechicero levantó de nuevo la mirada, pero la noche ya se había cerrado sobre ellos y la miríada de estrellas sobre sus cabezas solo le permitió ver a algunos metros de distancia.

Casi todos los miembros de la expedición dormían ya cuando Árgoht aún observaba el cielo sentado con la cabeza apoyada contra una roca, dejando que el frío de la noche lamiera su cabeza rapada. Se sentía descansado y pletórico. Llevaba casi un año sin tener apenas necesidad de usar su magia y la notaba dentro de sí, haciéndole cosquillas bajo la piel, como si estuviera ansiosa por brotar de sus manos y lanzarse al mundo. Hacía también mucho tiempo que la Madre no se ponía en contacto con él, ni a través de sueños ni del gehvaal, lo que le había dado a su vida



una placidez que empezaba a atenazarle los nervios. Sabía que la senda del destino estaba ante él, en algún lugar, sin que fuera capaz de adivinar si la estaba recorriendo correctamente.

*El Equilibrio se ha roto. La piedra debe ser protegida.*

Ahora que por fin había encontrado sentido a aquella mística frase que durante tantos años le había perseguido, se encontraba en el extremo del mundo, donde nada podía hacer al respecto. U'rkoan, la piedra del destino, podía estar cada día más cerca del guardián de la sombra, potenciando aún más el desequilibrio que, según parecía, estaba provocando la Tierra Negra con todas sus consecuencias. De pronto se sintió frustrado, como si todo ese año pasado hubiera sido una gran pérdida de tiempo. Quiso levantarse y echar a correr, salir de aquel desierto que ahora le parecía una cárcel blanca, y enfrentarse a su destino, fuera cual fuese.

Árgoht reconoció aquella ansia y sintió un escalofrío. Era la llamada del Destino que volvía a invadir su cuerpo, cada gota de su ser. Aunque aún no sabía qué papel tenía que jugar él, sabía que tenía que ver con los Guardianes y con el desequilibrio que entre ellos se había puesto de manifiesto.

Miró a Lavell, que dormía a su lado con la placidez propia de los niños, y Árgoht se preguntó si de alguna forma él estaría relacionado con ese Destino suyo o si era un intrascendente paso más en su camino solitario.

Casi sin darse cuenta, cerró los ojos y se quedó dormido.

Supo enseguida que estaba soñando y, aún en el sueño, se arrepintió de haberse dejado dormir.

Caminaba por un sendero embarrado y sentía que la lluvia empapaba sus ropas. Frente a él, difuminadas por el gris opaco del aguacero, reconoció de nuevo las torres de Meledel. Se detuvo a observar la muralla, muy cercana, de la que había tenido que huir tantos años atrás. A pesar del tiempo pasado desde entonces y de que nunca había tenido la necesidad de regresar, las recordaba con total nitidez: la piedra parduzca que le daba un aspecto permanentemente sucio, las torres, recias y las almenas tan apretadas que apenas un arquero cabía entre ellas. Hacia el este y el oeste, los muros se extendían hasta casi perderse de vista. Árgoht sabía muy bien lo que había más allá en ambas direcciones: hacia el oeste, a media jornada de distancia, las primeras estribaciones de las Artor-oth, la cadena montañosa más importante del norte del continente. Hacia el este, un poco más cerca, la pequeña zona montañosa que daba paso al pequeño desierto de Harg. Aún en el sueño, no pudo evitar relacionar Harg con el desierto de sal en el que su cuerpo dormido descansaba y aquel otro, hecho de cenizas y sombras, en el que había estado perdido tanto tiempo atrás. Era como si de alguna forma absurda e ilógica se sintiera atraído por ellos.

De pronto, un ruido le hizo mirar de nuevo a las murallas, olvidándose del desierto de Harg. Un pequeño trozo de piedra descansaba ante él, sin duda desprendido de lo más alto. Un ruido llenó el ambiente junto con una ligera vibración que fue subiendo de intensidad con rapidez. La muralla empezó a desmoronarse ante

sus ojos. Una lluvia de rocas amenazaba con aplastarle, pero estaba clavado al suelo. No podía hacer otra cosa más que mirar cómo la ciudad que le había visto nacer se derrumbaba. El aire empezaba a llenarse de un polvo en suspensión que le impedía respirar y le escocía los ojos.

Una sombra se cernió sobre él. Al alzar la vista pudo ver espantado que un enorme trozo de piedra volaba por los aires y, superando todas las leyes que conocía sobre el mundo, se dirigía hacia él, haciéndole sombra con su gran tamaño. No podía moverse para esquivar lo que iba a ser una muerte segura. Cada vez más grande, cada vez más cerca...

Árgoht despertó con un sobresalto. Miró a su alrededor y tardó algunos segundos en situarse de nuevo en la realidad, a pesar de ser consciente de que estaba soñando. El aire era limpio y frío en la noche del desierto de sal y ninguna roca amenazaba con aplastarlo. La sensación de que tenía las fosas nasales y los ojos llenos de polvo tardó unos segundos en desaparecer del todo, pero la inquietud por presentir su propia muerte le duró mucho más. Rara vez soñaba cosas así y, conociendo la cualidad premonitrice de sus sueños, presenciar su muerte le generaba un gran malestar.

Por supuesto, él sabía que rara vez los sueños se cumplían al pie de letra tal cual los había visto, pero sí le daban una pista de lo que estaba por venir.

Hacía muchos años que no visitaba su ciudad natal, a pesar de haber vagado por toda Thera persiguiendo su esquivo Destino. Siempre había evitado Meledel como si de un cenagal apestoso se tratara. No guardaba buenos recuerdos de ella ni del resto del Imperio, pues cuando sus habilidades habían comenzado a despertarse había sufrido un importante rechazo por parte de aquellos a los que conocía y por muchos a los que había considerado amigos. La persecución llegó a ser tan acuciante que su madre había optado por viajar hasta el otro extremo del continente, a Narmanthia, para huir de todo aquello. Allí, en aquel pequeño pueblo de montaña en el que nadie les conocía, había crecido y se había convertido en lo que era ahora. O algo parecido. Solo años más tarde supo que esa persecución era debida a un creciente rechazo que el Imperio empezaba a sentir hacia cualquier cosa que oliera a hechicería o magia. Árgoht desechó aquellos recuerdos pueriles y se dispuso a descansar un poco. La jornada siguiente, aunque él aún no lo sabía, iba a ser una de las más sorprendentes de su ya larga vida.

La expedición se puso en pie al alba, antes incluso de que los primeros rayos de sol hincaran su luz contra el cielo nocturno. Cuando apenas un rubor rosáceo asomaba por el horizonte, todo el grupo estaba ya preparado para partir.

Lavell se mostró animado y descansado, cosa que congratuló a todos. Se encontraba cada día más fuerte. La enfermedad había quedado atrás definitivamente.

Un par de horas después, llegaron a una pequeña elevación de suelo duro parecida a una colina. Ante ellos se extendía una gran llanura de sal impoluta y perfecta, sin apenas rocas que perforaran su blanca superficie. Por la actitud de los argumios y alguna palabra suelta que logró comprender, Árgoht supo que habían llegado a su

destino. Allí tendría lugar la recolección. De nuevo, el hechicero miró hacia todas partes y no logró encontrar ningún arbusto o planta de los que se pudiera extraer la raíz. Su curiosidad crecía por momentos. Sospechaba que podía haber interpretado mal la palabra *recolección* o que Glisa la hubiera dicho mal, queriendo decir alguna otra cosa en su idioma rudimentario.

Todos soltaron los petates y comenzaron a moverse afanosamente alrededor de uno de los argumios. Árgoht lo había visto en varias ocasiones en la caverna pero, siempre cubierto con las telas, no lo había identificado en la expedición. Era casi un anciano de piel cenicienta que a simple vista no parecía capaz de aguantar un viaje de varios días por el desierto. Pero allí estaba, sin una queja ni un lamento. Los demás se situaron a su alrededor formando un círculo y comenzaron a recitar lo que parecía una letanía entre dientes. Muy despacio, el anciano comenzó a quitarse la ropa. Los rayos de sol, ya altos en la cúpula azul del cielo, atacaron su piel sin darle tregua. Lo único que se dejó puesto fue un sencillo taparrabos y un báculo que empleaba para caminar. Tras coger aire varias veces, dio un par de golpes con él en el suelo de sal, casi bajo sus pies. Árgoht se retiró un par de pasos arrastrando con él a Lavell, temeroso de interrumpir con su mera presencia. No entendía nada, pero empezaba a sentirse fascinado.

—¿Entiendes algo? —le preguntó al chico.

Lavell negó con la cabeza sin quitar ojo de los labios de los argumios, de cada gesto y cada rasgo de sus rostros, como si estuviera fijándolo todo en su memoria.

—Solo palabras sueltas. Hablan raro.

Era cierto que no pronunciaban las palabras de manera normal, sino aturulladas, como si hablaran muy deprisa.

El anciano continuaba dando golpes con el báculo, primero despacio, a intervalos largos, y cada vez más deprisa, acelerando el ritmo paulatinamente a medida que el cántico aumentaba de tono.

De pronto, Árgoht creyó ver un movimiento por el rabillo del ojo, más allá del anciano, en la llanura de sal. Lo achacó a un destello del sol y volvió a fijarse en el extraño ritual que presenciaba. Unos instantes después, volvió a verlo. Esta vez estaba seguro de que algo se había movido más allá, como si un trozo del desierto se hubiera hundido ligeramente. Con la claridad del sol era imposible percibirlo con seguridad, pero fijó allí la vista a fin de confirmarlo.

Entonces ocurrió de nuevo. Un trozo del suelo, aparentemente sólido, se onduló como si tuviera delante una laguna de aguas mansas y no una dura extensión de sal. Fue muy lejos de su posición, pero aun así estaba seguro de que su vista no le había engañado. Con un gesto, le dijo a Lavell que mirara en aquella dirección. Los ojos del muchacho se abrieron por la sorpresa cuando, un minuto después, volvió a ocurrir, esta vez un poco más cerca. El golpeteo del cayado iba en aumento.

Árgoht lo supo con toda seguridad: algo estaba ocurriendo como réplica al cántico de los argumios. Abandonó la observación del ritual y fijó su vista en el

desierto más allá, ansioso y muerto de curiosidad por saber qué estaba provocando aquellas perturbaciones en el suelo. Parecían pequeños movimientos de tierra. Se preguntó si aquellos sencillos golpes podían estar provocando algo así a tanta distancia. Parecía imposible.

La respuesta le llegó algunos minutos más tarde. El cántico siguió subiendo de tono hasta alcanzar un punto estable en el que las voces de los argumios se acoplaron al golpeteo del bastón, convirtiéndolo en un coro perfecto en el que todos los sonidos y las voces encajaban como una rueda en su eje. De pronto, para estupefacción del meledino, se produjo una explosión a muy poca distancia de su posición. Fue como si un ariete hubiera empujado desde abajo, lanzando al cielo una inmensa cantidad de sal.

—¡Por Gan! ¿Qué han hecho? —musitó Árgoht, fascinado.

Una nube de polvo de sal envolvía la zona de la explosión, pero había una sombra moviéndose en su interior. La sombra de algo enorme.

Árgoht se sentía incapaz de cerrar los párpados. Sintió, como si se encontrara a muchos mundos de distancia, cómo Lavell se aferraba a su ropa, algo asustado, pero lo ignoró mientras trataba de vislumbrar qué podía estar moviéndose allá abajo.

El cántico se detuvo de pronto y los argumios dirigieron la mirada hacia el mismo punto que Árgoht en completo silencio.

Pocos minutos después, por fin la nube de sal se disolvió, posándose de nuevo en el suelo del que había surgido. En medio de un gran agujero asomaba una criatura gigantesca, con forma tubular y de color casi tan blanco como la sal que la rodeaba. Parecía que gran parte de su cuerpo aún permanecía bajo el suelo y aun así asomaba muchos metros hacia el cielo azul. Se agitaba de un lado para otro, barriendo una zona a su alrededor con el extremo superior de su cuerpo fragmentado. Estaba formado por rígidas placas que se acoplaban entre ellas a la perfección como si de una armadura se tratara. Tan grandes que era posible apreciar sus detalles aún desde aquella distancia.

Árgoht trató de imaginarse allí y supo que habría muerto en la explosión de sal. De no haber sido así, ya lo habría hecho con los barridos que la criatura estaba haciendo, como si tratara de detectar el origen del sonido que la había molestado, quizás sacándola de un largo reposo.

Uno de los argumios se giró hacia ellos con una gran sonrisa en los labios.

—*Gerkatan* —dijo, señalando hacia la criatura.

Árgoht recordó de pronto las palabras de Glisa en la caverna.

«Muy profundo. Solo *gerkatan* nos da».

De alguna forma, aquel ritual y la aparición de aquel inmenso ser tenían que ver con las raíces que comían continuamente los argumios y que parecían la base de su alimentación.

El grupo recogió todas sus cosas, el anciano volvió a cubrirse, y empezaron a descender la pequeña elevación en dirección a la criatura *gerkatan*.

—¿Vamos a ir allí? —dijo Lavell, asustado.

—Si ellos van, es que es seguro. Tranquilo. Sigámoslos.

Pero tampoco Árgoht las tenía todas consigo. Se sentía abrumado por el tamaño de la criatura, más grande aún que el talhom Jerkal'im. Y eso era lo que asomaba. ¿Cuánto más habría quedado por debajo de la superficie? Mientras ellos se ponían en marcha, el gerkatan seguía haciendo barridos con su enorme cuerpo, levantando nubes de sal cada vez que rozaba el suelo. A pesar de ello, los argumios se dirigían hacia allí con total tranquilidad, sin mostrar ningún tipo de nerviosismo o ansiedad.

—¿Qué es lo que quieren? —volvió a preguntar Lavell, en voz muy baja—. ¿La han llamado ellos?

—Eso parece. Y no lo sé.

Árgoht no conseguía entender qué finalidad podía tener el convocar a aquella bestia, aunque una sospecha empezaba a crecer en su interior. En cualquier caso, la curiosidad podía más que la discreción y avanzaba tras el grupo controlando sus ansias de adelantarlos y acercarse cuanto antes a la criatura, verla en detalle.

A medida que se acercaban pudo ver la verdadera dimensión del animal. Era monstruoso. Lo que parecían escamas desde la distancia eran en verdad placas del tamaño de un adulto, gruesas como el brazo de un hombre. Mientras reducían la distancia que los separaba, Árgoht trató de imaginarse un combate contra ella y supo que a veces la naturaleza le demostraba que había cosas más allá del poder de los simples mortales. Aquella criatura estaba lejos de su capacidad de comprensión. Pensó en los legendarios dragones que describían los libros de historia y se preguntó si no estarían emparentados de alguna manera. Desde luego, la magnificencia de este ser bien lo merecería.

A medida que se iban acercando, el movimiento del gerkatan iba siendo cada vez menos violento hasta que por fin, con un susurro como el que hace la marea al arrastrar las piedras de la orilla, volvió a desaparecer por el agujero que él mismo había generado y que se cubrió de nuevo con rapidez. De su presencia solo quedó sal removida en un radio de varias decenas de metros. La expedición siguió avanzando hacia ese punto y, cuando Árgoht iba a preguntar por fin, lo entendió todo. En las inmediaciones del agujero empezaron a aparecer lo que parecían pequeñas ramitas secas y arrugadas. Sin perder tiempo, los argumios sacaron varios sacos y empezaron a recogerlas, afanosos como pequeñas hormigas. Árgoht se agachó y cogió una entre sus dedos. Eran raíces de tircaj'ha. Y estaban por todas partes. El gerkatan debía haberlas arrastrado consigo desde las profundidades.

Los argumios estaban recolectando.

Uno de ellos se acercó y le dio un saco a Árgoht mientras le decía algo de forma precipitada, como instándole a darle prisa.

El hechicero miró a Lavell.

—Dicen que hay que darse prisa. Que a veces gerkatan vuelve.

Árgoht se imaginó lo que podría suceder si la criatura volvía a asomar estando

ellos allí y, con esa imagen en la cabeza, se apresuró participar en la recolección.



«Kares es todo».  
*Triforetau Go'laghan*, prólogo. Anónimo.

Shera Ante'i apenas era capaz de concentrarse en los papeles que estaba leyendo: un informe pormenorizado de la situación del asedio a Quindarst. No podía dejar de pensar en Kinar'on.

Llevaba dos semanas sin recibir noticias de Cledus y empezaba a ponerse nerviosa. Imaginaba decenas de situaciones horribles que le ponían los pelos de punta: un derrumbe, un ataque... cualquier imprevisto que estuviera retrasando la excavación más de lo esperado. Había tenido que controlar en varias ocasiones el impulso de montar en un caballo y presentarse allí por sorpresa, pues sus obligaciones se lo desaconsejaban si no tenía la seguridad de que su viaje fuera a ser provechoso.

Así pues, trataba de concentrarse en la lectura mientras repiqueteaba las uñas contra la mesa de madera oscura de sus aposentos. Vestía una ligera túnica vaporosa que marcaba sus curvas esbeltas. Una corriente de aire fresco entraba desde la ventana y le erizaba la piel, pero no le importaba. Al contrario, disfrutaba de esa sensación.

Durante un rato, logró centrarse en lo que estaba leyendo. Quindarst estaba a punto de caer. El reino estaba desolado, por lo que parte de su ejército, apostado en las inmediaciones desde hacía algún tiempo, no había tenido problemas en cruzarlo para llegar hasta la capital. Clemthan era una sombra desde que Marsila había muerto, por lo que no debían esperar ninguna sorpresa procedente de la ciudad de las minas. Solo los muros de Quindarst se interponían entre ella y un control total de las tierras más allá de Angôr. Si todo iba bien, la situación se resolvería en las próximas

semanas.

Shera apartó los papeles de un manotazo, aburrida de todo aquello, y se levantó del escritorio con un suspiro de frustración. Almina llegó desde la sala contigua al dormitorio, donde esperaba instrucciones, sorprendida por el ruido.

—¿Mi señora?...

—Sírvenme una copa de vino.

Almina no preguntó más y se dirigió a la repisa en la que una jarra y varias copas esperaban a ser usadas. Shera se aproximó a la ventana que daba al este, desde la cual podía observar el perfil brumoso de Timar-oth, a cuya sombra se encontraba Kinar'on. Era consciente de la importancia que tenía todo lo que acababa de leer. Asegurar su dominio sobre una buena parte del continente era vital para la Orden, de forma que tuvieran una zona segura a partir de la cual avanzar hacia el norte en su afán de conquista para mayor gloria de Kares. Hasta que no llegaran a Ferris, en cualquier caso, y eso significaba borrar del mapa Angôr'an y al presuntuoso de Preas Mor, no estarían del todo tranquilos, pero los pasos había que darlos uno a uno.

Cuando el sur estuviera asegurado, empezarán a mirar al norte, hacia el orgulloso Imperio Meledino más allá de las montañas.

Shera cogió la copa que su sirvienta le ofrecía sin dejar de observar por la ventana, a pesar del aire frío que entraba por ella y que agitaba las telas de su escaso camisón. Almina quedó a su lado, esperando más instrucciones, pero la maestra ni se percató, absorta en sus pensamientos.

«Falta poco» —se dijo a sí misma—. «Lo presiento».

En ese momento, alguien tocó con suavidad en su puerta. Una mirada fue suficiente para que Almina fuera a abrir. La muchacha desapareció en la sala contigua y Shera escuchó un murmullo de voces, aunque no pudo entender lo que decían. Almina regresó rauda.

—Mi señora, un mensajero para vos. Trae noticias de Kinar'on.

Shera sintió de pronto la mano de Kares sobre su hombro, dándole la razón y apoyando su empresa. Era como si hubiera llamado a aquel mensajero con el pensamiento.

—¡Que entre! —casi gritó, tratando de que su voz no delatara su ansiedad.

Un hombre joven, menudo y sucio, sin duda procedente de la excavación, se arrodilló ante ella sin atreverse a mirarla a la cara.

—¡Habla, muchacho!

—Maestra, me envía el jefe Cledus para informar de que la excavación ha sido asegurada, por si deseara concederle el gran honor de hacerle una visita.

Shera guardó silencio unos instantes, como si estuviera pensando una respuesta, aunque la ansiedad la devoraba por dentro.

—Gracias, chico. Puedes retirarte.

Shera no podía estar más satisfecha y tuvo que hacer un esfuerzo para no dar saltos de alegría ante su sirvienta.



—Almina, prepárame equipaje como para dos semanas. Partimos al alba.

Esa noche fue dura para Shera Ante'i. Envió una breve nota a Gio informando de que se ausentaría durante unos días para visitar la excavación, pero no dio muchas explicaciones. Sabía que el maestro deduciría que había pasado algo importante, pero cuando quisiera acudir a interrogarla al respecto, ella ya estaría en camino. Sentarse ante el viejo karitei la habría retrasado varias horas, tiempo que no estaba dispuesta a perder con charlas inútiles solo para que el resto de maestros tuvieran la falsa sensación de que formaban parte de aquel descubrimiento. Si bien era cierto que la Orden llevaba mucho tiempo tras la pista de Kinar'on, solo en los últimos años se había hecho un verdadero esfuerzo por encontrar su localización exacta, y había sido gracias a la perseverancia de Shera, convencida de que, si el libro había sobrevivido al paso del tiempo, estaría depositado allí. De ser cierta esa intuición, podrían estar ante el hito más importante de la Orden Kariteas desde hacía siglos. Con él, recuperarían definitivamente el poder que les habían arrebatado.

«Gobernaremos sobre toda Thera», se regocijaba la maestra, tendida en la cama incapaz de dormir ante la perspectiva que se abría ante ella. Por un lado, entendía que debía compartir sus avances con el Consejo, pero por otro quería que aquel descubrimiento fuera mérito suyo exclusivamente.

El alba la encontró dispuesta y a punto de salir camino a Kinar'on. Almina estaba sentada a su lado en el carromato y trataba de servirle una copa de vino. Ella tampoco había dormido apenas, atareada con los preparativos que la maestra le había ido ordenando durante toda la noche. Llevaba varios baúles con equipaje y cinco soldados a modo de escolta.

Shera apenas podía contener su emoción mientras la puerta del patio del este se abría para dejarles paso. La Historia la esperaba a un día y medio de distancia. Una ligera llovizna empezaba a mojar el cobertor del carromato.

Llegaron a la excavación a mediodía, un poco antes de lo previsto. Seguía lloviendo y toda la comitiva estaba calada hasta los huesos. Shera, a pesar de estar bien arropada por varias piezas de ropa y una pesada capa de viaje, negra como su sombra, no había podido evitar el agua que se filtraba por la tela del cobertor. Aburrida, pidió un caballo y siguió el viaje montada, bajo la lluvia, con la mirada fija al frente, como si las inclemencias del tiempo no fueran obstáculo para ella.

—Cubríos, mi señora —le pidió Almina—. Os lo ruego. Podéis enfermar.

Shera miró a la joven desde la altura de su montura. Estaba empapada también, con los pies embarrados y temblaba de frío. Ella, en cambio, sentía calor a pesar de las circunstancias.

—Nunca he enfermado y no va a ser esta la primera vez. Kares me cubre con su manto. Esta agua es purificadora, no dañina. No la temas.

Almina no dijo nada más, pues Shera clavó la mirada al frente y la ignoró por completo el resto del viaje. Sabía que la maestra odiaba la debilidad, por lo que se lamentó por sus palabras y se acurrucó lo mejor que pudo en el carromato con la

intención de pasar desapercibida un rato. Un rato largo, a ser posible. Estaba helada.

Tras una pequeña colina cubierta de fango apareció por fin la excavación. Shera estaba ansiosa y transmitía esa ansiedad a su montura, que no dejaba de piafar y corcovear. Ante ella se alzaba una buena parte del Templo Negro, rescatado de la prisión de cenizas y barro que lo había mantenido oculto durante siglos. El equipo de trabajo había descubierto ya parte de la fachada y uno de los laterales, incluida una de las torres de planta cuadrada. Cledus había avanzado mucho. Cientos de estacas y puntales de madera afianzaban los taludes que rodeaban el edificio por todas partes para evitar que se desmoronaran al paso de los trabajadores. Aun desde aquella distancia, Shera pudo ver el gran puzle que suponía toda la zona y no quiso ni imaginarse los estragos que podía causar un derrumbe.

Sin embargo, su mirada se clavó en la torre y la porción del edificio ya descubierta. Era fantástica. La estructura de piedra negra era robusta, sin adornos ni florituras, como le gustaban las cosas a su señor Kares.

Como la vez anterior, Cledus acudió a toda prisa a recibirla. Resbalaba continuamente sobre el barro y estaba empapado por la lluvia que, aunque había amainado, seguía cayendo de forma pausada y regular. Shera tuvo una revelación: así es como estaba regresando Kares al mundo. De manera lenta y serena, ocupando el espacio que le correspondía sin aspavientos ni sobresaltos. La Tierra Negra, con su lento avance sobre la superficie de Thera, era la mejor prueba de ello.

—Maestra —saludó Cledus entre jadeos, sacándola de sus reflexiones—. Es un honor recibirlos tan pronto. Hemos dispuesto un pabellón en el que espero que os encontréis cómoda tanto tiempo como deseéis.

Se pusieron en marcha colina abajo hacia una zona un poco apartada del edificio, lejos del terreno excavado, en la que varios pabellones y casetas se habían levantado y cuyas telas negras parecían lunares.

—Has avanzado mucho, Cledus. Estoy satisfecha. El hombre esgrimió una sonrisa orgullosa. Shera sabía que no esperaba un halago y casi se echó a reír al ver su expresión.

—Gracias, mi señora. Es un honor para mí colaborar en la mayor gloria de Kares.

El descenso hacia el campamento, aunque corto, fue tortuoso. Tuvieron que apearse de los caballos para evitar caídas y resbalaban continuamente. Los trabajadores tuvieron que ayudar a que el carromato no patinara y acabara estrellado contra el campamento. Al llegar por fin abajo, todos estaban manchados de barro hasta las cejas. Todos menos la maestra Shera, por supuesto.

Cledus indicó a la kariteas cuál era su tienda. Era un enorme pabellón con dos estancias decorado con sobriedad, aunque de aspecto confortable. A pesar de que no le molestaba, agradeció guarecerse de la lluvia y poder sacudirse el pelo.

—He ordenado calentar agua para que podáis daros un baño, mi señora.

—Quiero entrar.

Cledus no supo a qué se refería Shera.

—En el templo, Cledus. El baño puede esperar. La Orden lleva mucho esperando este momento. Quiero entrar ahora.

—Como deseéis, maestra. Acompañadme, por favor.

Cledus siguió a la Maestra hasta el exterior, donde la esperaba Almina con un parasol reconvertido para que pudiera protegerla de la lluvia. Los bajos de su túnica estaban embarrados, así como sus zapatos, pero Shera estaba tan ansiosa por llegar al templo que ignoró todas esas incomodidades, a pesar de que agradeció en silencio el resguardo que le ofrecía su asistente.

—Métete debajo, Almina. No quiero que enfermes. Te necesito en condiciones.

Almina asintió y se metió bajo el parasol, casi rozando la piel de la maestra. Shera tuvo que reprimir un respingo al sentir lo fría que estaba la chica.

—Cledus, lleva tú el parasol. Almina, regresa a la tienda, sécate y cámbiate. Si enfermas no me sirves para nada.

—Pero, mi señora, podéis necesitarme...

—No. Hazlo.

Almina obedeció a regañadientes.

Shera centró toda su atención en el objeto de su visita a Kinar'on. Turkaisim se alzaba ante ella, vestigio de una época pasada y mejor. Tuvieron que entrar en una zanja apuntalada para llegar a la puerta, como la otra vez, aunque mucho más ancha y de aspecto más firme a pesar de que el barro se escurría por todas partes. Shera alzó la vista hasta la parte de la fachada ya descubierta. Retiró el parasol de un manotazo para poder verla bien y la lluvia comenzó a lamer de nuevo su rostro.

La torre era aún más impresionante de cerca. Las piedras negras parecían encajar a la perfección unas con otras y no había mácula en ellas, como si no hubieran pasado siglos desde que la habían construido y no hubiera pasado tantos años enterrada. El agua acariciaba su superficie rugosa y en su mente Shera imaginó a Kares acariciando el edificio como si fuera un objeto por largo tiempo perdido y encontrado al fin. Tuvo una revelación en aquel momento: aquello era lo correcto, lo que debía hacerse. Y no solo pensaba en Kinar'on, sino en toda la cruzada que la Orden había iniciado para purificar Thera. Kares estaba destinado a gobernar, a ser el eje alrededor del que rodaba la vida. Era necesario que llevara a buen puerto su misión. Y, si sus sospechas eran correctas, la clave podía estar ante ella. Allí, tras las enormes puertas de Turkaisim, el Templo Negro, podía radicar el arma definitiva.

Cledus ya había llegado ante las puertas y se encargaba de abrirlas con ayuda de varios trabajadores, pero les estaba costando un poco más de lo esperado.

—Los goznes aún está rígidos, mi señora —dijo, algo azorado para justificar la tardanza.

Por fin consiguieron abrir una rendija y en la mano del encargado aparecieron dos antorchas.

—¿Ha entrado alguien?

Cledus palideció y se sonrojó al mismo tiempo, si es que aquello era posible.

—Sí, maestra. Tuve que acceder con una cuadrilla para asegurar los muros que pudieran estar más dañados.

Shera miró al hombrecillo tratando de leer en su mirada gacha hasta dónde había llegado su curiosidad. ¿Habría encontrado la biblioteca? Esperaba que no. Se reservaba ese placer para sí.

Sin más palabras, Shera accedió al edificio. Aunque el aire no estaba tan enrarecido como en la ocasión anterior, aún apestaba a cerrado. Sus pies dejaron nuevas huellas sobre el suelo cubierto de polvo y cenizas. Cientos de ellas, pertenecientes a los trabajadores de la excavación, se perdían en todas direcciones. Shera se indignó de pronto.

«Nadie debía haber entrado aquí salvo yo» —pensó, a sabiendas de lo ilógico de su pensamiento.

Tres hombres entraron tras ella también con antorchas. Shera arrancó una de ellas de la mano de su portador y comenzó a avanzar entre la penumbra, solo rota por un pequeño ventanal que se abría en la fachada y cuyo cristal, sucio aún, apenas permitía el paso de los rayos solares. La luz iba horadando las sombras como si fueran mantequilla, como algo palpable que pudiera romperse.

«Este es su feudo. Gobiernan aquí desde hace mucho tiempo. Cuidado».

Tuvo que esquivar varios muebles caídos y desvencijados mientras se dirigía al centro de lo que parecía ser un gran vestíbulo. A su izquierda se adivinaba una ancha escalera. A su derecha, una pared en la que se abrían varias puertas. El suelo estaba cubierto por una gruesa alfombra que levantaba motas de polvo a cada paso que la maestra daba sobre ella.

Se giró y se dirigió a Cledus.

—Quiero más luz —señaló varios puntos del salón— en toda esta zona.

Si quería explorar el edificio necesitaba espantar a las sombras. Tendría que ir por partes, avanzando poco a poco para que nada quedara ajeno a su supervisión.

Un rato después, el salón estaba iluminado por cinco candiles ubicados en sus extremos. Shera admiró la estancia. Era casi rectangular, con varias pequeñas ventanas aún cubiertas de tierra y cenizas. Dos chimeneas coronaban los lados más alejados. Los restos desvencijados y apolillados de diversos muebles festoneaban el suelo sin ton ni son. Shera trató de imaginarse aquel salón en su apogeo. Debió de haber sido muy hermoso. Un escalofrío le recorrió la columna al recordar que estaba viviendo un momento histórico para la Orden Kariteas.

Miró hacia la escalera y escrutó las puertas que se abrían a otras estancias, tratando de decidir a dónde dirigirse primero. Cledus, a su lado, esperaba indicaciones lámpara en mano.

—¿Qué buscamos exactamente, maestra? —se atrevió a preguntar el hombre, en vista de que Shera llevaba varios minutos quieta en el mismo sitio, dudando.

Shera se hizo la misma pregunta, pero la respuesta fue instantánea. Si había algún sitio en el que pudiera estar lo que buscaba era en...

—La biblioteca, Cledus. Tenemos que encontrar la biblioteca.



«El despertar de la Orden Kariteas no fue casual ni espontáneo. Fue el resultado de largos años de planes y maquinaciones». *Historia viva de Angôr*, capítulo doce. Merkus de Lárganan.

La actividad durante los días posteriores a la reunión en la biblioteca fue frenética en la fortaleza D’Gor. Preas sentía que debía dejar todo bien atado antes de irse, sabiendo que dejaba la capital de su reino en una situación precaria en unos días oscuros.

«Pero ¿qué otra cosa puedo hacer?» —se preguntaba continuamente.

Había tratado de encontrar otra salida, una opción que no le granjeara la animadversión de Hostar Hosvas, regente de Marder y último eslabón de una familia cuya antigüedad se remontaba al principio de los tiempos, cuando los primeros moradores habían llegado al continente. El reino de Marder había sido un duro rival para los tres Grandes del Sur durante siglos, y habían controlado entre ellos todo el comercio al sur de las montañas con una rivalidad que rayaba la obsesión. Preas suponía que Hostar no debía estar llorando mucho la caída de los Grandes frente al inexorable avance del Daño. A la vista de los acontecimientos, Preas no podía permitirse perder aliados tan importantes como Hostar Hosvas. No quería ni imaginarse qué podía ocurrir si Marder se aliaba con la Orden Kariteas.

Había mandado una carta a Ofestes explicándole la situación y reclamando la presencia en Angôr’an de una buena dotación para unirse a la expedición, sobre todo de piqueros de Fairard. Si iba a ir a la guerra, no podía dejar a uno de sus brazos más fuertes en casa.

La noche antes de la partida, un inmenso campamento se había formado a los pies de la muralla. Cientos de pequeñas fogatas y antorchas delimitaban la gran superficie

que ocupaban de la llanura.

—Es igual que entonces...

Ulea observaba por una de las ventanas del dormitorio mientras Preas se quitaba la ropa del día y se ponía prendas más holgadas para descansar. El día siguiente sería duro y complicado, y la noche llevaba mucho instalada sobre ellos. Quedaba poco para que el amanecer le hiciera ponerse de nuevo en marcha. Acaba de terminar una reunión con el Consejo en la que Tizo le había comunicado que había conseguido reclutar a casi mil hombres de las ciudades menores. Ofestes había enviado otros mil, entre ellos trescientos piqueros y doscientos caballeros. Estos últimos, unidos a los suyos propios, le hacían poseer una caballería nada despreciable de quinientos hombres. Esperaba poder marcar la diferencia con ellos.

—¿A qué te refieres?

Ulea tardó unos instantes en responder, sumida en sus recuerdos. Distráida, se acariciaba la barriga con delicadeza.

—Hace un año tuvimos un campamento similar a las puertas de la muralla. A la luz de la luna y las hogueras tiene el mismo aspecto.

—No es lo mismo, ni mucho menos.

Ulea se giró hacia su marido, al que le empezaban a salir chispas por los ojos.

—Ya lo sé, no pretendía comparar.

Pero en el fondo de su ser, Ulea sí estaba comparando. A excepción de la presencia de los gorgs, no parecía haber diferencia alguna entre una imagen y otra para una mirada profana.

«Un ejército es un ejército y una guerra es una guerra. Se pinten del color que se pinten» —pensó, si bien se abstuvo de compartir sus pensamientos con Preas. Ya bastantes preocupaciones tenía por sí mismo.

—¿Es imprescindible que vayas? —soltó Ulea por fin, lo que también le trajo recuerdos de un año atrás.

Preas se detuvo y miró a su mujer.

—Sabes que sí.

Ulea lo sabía, pero albergaba la estúpida esperanza de que por una vez Preas se comportara como un marido y no como un rey.

—Te necesitamos aquí. Yo te necesito aquí.

Una lágrima solitaria se escapó del ojo izquierdo de la reina y comenzó a resbalar por su mejilla. Ulea se la limpió con la manga.

Preas se acercó y abrazó a su mujer. Por un momento todo dejó de existir. La guerra, la Tierra Negra, las tribus del norte... Nada tenía importancia. Ulea no lloró más, pero se encogió entre los brazos de Preas y se aferró a él como si fuera la última vez que lo fuera a ver.

Unos minutos después, el rey se soltó con delicadeza y se agachó para quedar de frente a la ya prominente barriga en la que se gestaba su bebé. La acarició con suavidad.

—Te prometo que volveré. Lo haré por ti y por él, nada más me importa en este momento.

—Dirás que lo harás por *ella*.

Preas levantó la mirada, confuso. De pronto entendió lo que su mujer insinuaba. Ulea tenía una gran sonrisa en los labios.

—¿¿Es una niña?? —dijo casi gritando.

La reina asintió con la cabeza. Incapaz esta vez de contenerse, comenzó a llorar de alegría. La sorpresa de Preas fue demasiado para ella.

—¿Cómo lo...? ¿Desde cuándo lo...?

—La matrona me lo dijo ayer. No es seguro del todo, ya lo sabes, pero dice que las señales son claras. Está convencida.

Preas abrazó a Ulea con más fuerza de la que debería.

—¡No me lo puedo creer! ¡Una princesa!

Ulea rio y se dio cuenta de que llevaba mucho tiempo sin hacerlo. Los dos se quedaron allí, abrazados, riendo y llorando hasta que el sol anunció la llegada del nuevo día.

Y el día de la partida llegó. Al ver el sol despuntar más allá del horizonte, toda la dicha que Preas había sentido en aquellas horas de calor y emoción se esfumaron para dar paso a la determinación y la responsabilidad que la corona le imponía. Kirian entró en los aposentos con un abundante desayuno para ambos. Ulea y él comieron en silencio, disfrutando de la mutua compañía. La escasa luz solar que entraba por la ventana no era suficiente para calentarles, por lo que la chimenea permanecía encendida. Pero ni las llamas podían calentar sus corazones ante la perspectiva de la despedida.

Kirian ayudó a Preas a vestirse. El rey eligió una sobrevesta con los colores de la familia Mor, sobre ella se puso la armadura ligera y completó el atuendo con el jubón dorado que tan buena suerte le había traído en la batalla de Talder. Ulea lo observó un momento y supo por qué su gente lo seguía. El aura de autoridad y confianza que desprendía era absorbente. Si Kirian no hubiera estado presente, se habría abalanzado sobre su marido para cubrirlo de besos.

—Kirian —dijo Preas—, tú te quedarás aquí con la reina. —Como ordenéis, majestad.

—Preas, ¡no! —interrumpió Ulea—. No debes ir sin él.

Puede serte útil.

—Su experiencia me será más valiosa aquí, contigo. Si te quedas más tranquila, puedo llevarme a Elha.

—No sé, Preas, es tan joven...

—Su trabajo contigo ha sido muy bueno así que, si tú le has dado el visto bueno, yo también lo haré. Además, esto la endurecerá. Le vendrá bien. Kirian, ve a buscarla. Que prepare sus cosas y esté lista en diez minutos. En cuanto a ti, mi fiel amigo —Preas puso sus enormes manos sobre los hombros del mayordomo—, ayuda



a Ulea en todo lo que puedas. Sé que lo harás bien.

—Sí, majestad. Lo haré lo mejor posible.

—Estoy seguro.

Kirian salió de la sala y Preas se quedó a solas con Ulea.

Se abrazaron una última vez y el rey besó a su mujer, pero el beso le supo a cenizas y soledad. Una extraña premonición se instaló en su pecho. Algo no iba bien.

Preas se acercó de nuevo a la ventana. Su ejército aguardaba su orden para partir.

Solo deseaba que la muerte, escondida entre ellos, no le esperara también.



«Los argumios resultaron ser un pueblo más esquivo de lo previsto. Sus costumbres, aún más ignotas».  
*Pueblos perdidos*, capítulo nueve. Arthor Erih.

La recolección de la érita duro casi todo el resto del día. Tal era la cantidad que el gerkatan había dejado tras de sí en su ascenso hacia la superficie. Árgoht tenía cientos de preguntas que hacer a los argumios al respecto de lo que acababa de presenciar y nunca antes la incapacidad para comunicarse le había producido tanta frustración.

—¿Llegaste a entender el ritual? —le preguntó a Lavell en un momento determinado. Él había llegado a comprender mejor el idioma argumio.

El chico hizo una mueca de inseguridad.

—No lo sé. Entendí algunas cosas, aunque creo que sabría recitarlo.

Árgoht lo miró de arriba abajo como si lo viera por primera vez.

—¿De veras? ¿Lo recuerdas completo?

—Sí, eso creo.

Árgoht dudaba mucho de que aquello fuera cierto, pero no quería dejar en mal lugar a Lavell, por lo que no insistió más en el asunto y se limitó a seguir recogiendo raíces. Varios argumios se habían quedado de vigilancia, atentos a la más mínima señal que pudiera indicar que el gerkatan pudiera regresar. Los demás recogían las éritas en un palpable ambiente de júbilo contagioso.

Cuando por fin hubieron dado por concluida la recolección, era casi de noche y montaron allí mismo el campamento. Sin temor, o imbuidos de cierta emoción temeraria, encendieron un fuego y prepararon una buena cena para festejar el éxito de la expedición. Según lograron explicarles, no siempre conseguían que gerkatan acudiera a su llamada. En esas ocasiones, debían regresar con las manos vacías, lo

que significaba algo más que una derrota para ellos. Además, esa recolección había sido especialmente generosa, pues habían recogido éritas suficientes para varios meses. Comieron sin reparo y masticaron cuantas raíces quisieron.

Cuando los ánimos se hubieron calmado y los argumios se retiraron a dormir, el sol estaba a punto de salir. Lavell llevaba un buen rato durmiendo, pero Árgoht no se veía capaz de conciliar el sueño. No podía dejar de pensar en gerkatan, en su majestuosidad y tamaño. En todos sus años de viaje nunca había oído hablar de algo como aquello, lo que a su vez le llevó a preguntarse cuántos prodigios escondía aquel desierto y lo ignotos que eran para quienes no se aventuraban hasta su corazón. Ni siquiera en Meledel, que se erigía a escasos kilómetros del desierto de Harg, había oído hablar de bestias semejantes. Aunque también era cierto que no había pasado allí el tiempo suficiente como para indagar en las leyendas locales. Si algún día regresaba tendría que averiguarlo. ¿Habría algún gerkatan en todos los desiertos de Thera o eran particulares de aquella región? Esa duda mantuvo al hechicero desvelado.

De pronto, el anciano que había evocado el ritual se acercó hasta él y, sin preguntar, se sentó a su lado. Llevaba el corgo mal puesto y sin protegerse la cabeza, pues el sol aún no era molesto.

—¿Sorprendido? —preguntó el anciano. Árgoht se sobresaltó. No esperaba escuchar palabras en kinda, el idioma más extendido en el sur del continente. Tenía los ojos amarillentos y a la sonrisa le faltaban varios dientes.

—Ahora sí —respondió el hechicero—. ¿Hablas kinda?

—Poco.

El acento del argumio era duro y seco, pero se le entendía.

—Buena cosa hoy —dijo aún con su gran sonrisa.

—Ya lo veo.

Árgoht se preguntaba qué pasaría ahora con ellos. Si la expedición tenía como fin esa recolección, daba por sentado que regresarían cuanto antes, cosa que a él no le interesaba en absoluto. No podían regresar a la caverna. Debían seguir su camino hacia el norte, pero no sabía en qué punto se encontraban del desierto y hacerlo por su cuenta podía resultar complicado sin una ruta clara que seguir. Estaba pensando en esas cosas cuando el anciano volvió a hablar.

—Nosotros guiar a frontera.

Parecía que le hubiera leído el pensamiento. El argumio siguió hablando en su idioma, como si de pronto hubiera olvidado que Árgoht no entendía ni una palabra, pero su tono era jovial y amistoso. Estaba de muy buen humor. Cuando hubo terminado la perorata, le dio una palmada amistosa en el hombro que hizo que el hechicero diera un respingo, poco acostumbrado a esas muestras de afecto. Después, se puso en pie y regresó con sus compañeros, dejando a Árgoht solo de nuevo y con más preguntas que respuestas.

Poco después todo el grupo estaba en marcha de nuevo. Nadie parecía protestar por la falta de sueño que había supuesto la celebración del éxito de la recolección,

quizás imbuidos de la energía extra que les aportaba la érita. Con su silencio habitual, se habían limitado a ponerse en pie y recoger el campamento sin la más mínima queja. Lavell, en cambio, había remoloneado bastante. Árgoht tuvo que insistirle para que se levantara y, cuando por fin lo hizo, tenía mala cara y un aspecto demacrado por el cansancio y la falta de sueño.

Solo cuando hubo tomado algunos sorbos de la infusión de éritas que los argumios habían preparado pareció terminar de abrir los ojos.

Resultó que lo que el anciano le había explicado en su propio idioma y que Árgoht no había entendido, era que la expedición se iba a separar. Tres hombres les acompañarían a él y a Lavell hasta la linde del desierto mientras que los demás regresarían a casa, pues iban cargados con sacos llenos de éritas de un peso considerable. Alargar su camino sería innecesario y hasta peligroso.

La despedida fue corta y discreta. Todo el grupo se reunió en torno a Árgoht y Lavell y por turnos fueron estrechando sus manos con un seco apretón. Alguno, además, revolvió el pelo del muchacho con una gran sonrisa, como si se despidieran de un viejo amigo y no de alguien a quien habían conocido apenas unos días atrás.

Tardaron aun varios días de marcha tranquila antes de atisbar las primeras estribaciones de las montañas Mirtaes-oth que marcaban el límite sur del reino de Lahmna. A Árgoht le costó un poco situarse, pues no esperaba encontrarse tan al norte.

Los exploradores se detuvieron en una elevación rocosa que les permitía tener una visión clara de lo que les quedaba por delante. Ante ellos se extendía un buen trozo de desierto aún. Uno de los argumios señaló un punto ligeramente hacia el este en el que parecía que la altura de las montañas se reducía un poco.

—En esa zona hay un paso —le tradujo Lavell, que seguía aprendiendo el idioma a un ritmo sorprendente—. Es bastante seguro y cómodo. Rodear las montañas nos retrasaría dos días más.

Árgoht miró hacia el este y el oeste haciéndose sombra con la mano. El argumio tenía razón. Hacia el oeste tendrían que llegar casi hasta la costa, a la ciudad de Trehn, para sortear las montañas. Hacia el este, más o menos lo mismo. Aunque no tenía prisa, estaba deseando salir ya del desierto. La monotonía del paisaje y el calor empezaban a hacer mella en su ánimo.

—Dicen que se despiden aquí.

Los argumios les entregaron algo de comida y una bolsa con éritas y se despidieron de ellos con una serie de saludos rápidos y muchas sonrisas. Árgoht les habló a través de Lavell.

—Decidle a Dinda que le debemos mucho. Nuestro agradecimiento siempre estará con ella y con todos vosotros.

Lavell tradujo, ellos asintieron con la cabeza y se pusieron de nuevo en marcha desandando sus pasos. Pronto se quedaron los dos solos con el desierto de sal como única compañía.

Más allá, las montañas les esperaban con la promesa de un poco de sombra y tierras más verdes.



«Hiom se convirtió en el primer baluarte de la Orden Kariteas, si bien con el tiempo quedó abandonada y maldita, tanto como el propio Kares».

*Geografía de Thera. Compendio, capítulo veintidós. Gleres de Tir.*

Recorrer Turkaisim resultó ser una experiencia vital para Shera Ante'i. Sabía que estaba escribiendo la historia en aquel mismo instante, con cada paso que daba, con cada huella que dejaba en el polvo de un suelo que llevaba siglos sin ser pisado por nada ni nadie. Cada habitación que descubría era un anhelo, cada vaharada de aire viciado y denso, oscuro y pútrido, le parecía aire puro para sus pulmones. Kares estaba allí, en cada esquina, tras cada puerta. Lo sentía a su lado. Cada vez estaba más segura de que todos sus esfuerzos y la ingente cantidad de recursos que la Orden había empleado para encontrar aquel lugar habían valido la pena.

Antes, cuando las pesquisas se organizaban desde Mügero, la búsqueda resultaba más compleja. Ahora, estando más cerca, parecía que todo se había acelerado.

Cledus recomendó ir despacio, habitación por habitación, para asegurarse de que no hubiera ningún sector derrumbado ni peligro alguno para la seguridad de la maestra y el equipo. Shera comenzaba a impacientarse con el celo que mostraba el hombre, pero comprendía su intranquilidad. Si algo le pasara a ella sería responsabilidad suya. Él era consciente y no dejaba de sudar de pura ansiedad.

Cada estancia que descubrían era iluminada y revisada por la cuadrilla antes de que Shera entrara. Habían recorrido ya toda la planta baja, encontrando el comedor, la cocina y varias salas que parecían dedicadas al retiro o el estudio. Los muebles estaban casi deshechos y, aunque a simple vista parecían encontrarse en buen estado,

desde que se los tocaba se deshacían en virutas de madera y polvo. De otros solo quedaba una pequeña montaña de serrín y pedazos informes, como los huesos de un animal muerto mucho tiempo atrás.

La excitación de Shera había disminuido a medida que la exploración se iba haciendo más mecánica, pero seguía emocionada por estar allí, en aquel lugar y aquel momento precisos.

Cuando hubieron dado por concluida la revisión de la planta baja accedieron a la siguiente a través de la ancha escalera ubicada en el distribuidor. Sus pasos resonaban en la piedra negra de la escalera, levantando ecos sobrenaturales que hacían parecer que el templo estaba habitado por cientos de personas y no la media docena que subía con paso tembloroso.

La primera planta de Turkaisim era muy similar en forma y dimensiones a la planta baja, con un gran distribuidor central en el que se abrían diversas puertas sumidas en sombras. Estas puertas resultaron pertenecer a celdas y dormitorios de todo tipo y tamaño, con viejos catres enmohecidos y pequeñas mesas sobre las que reposaban velas consumidas mucho tiempo atrás. Algunas de las ventanas de aquella planta habían estallado y grandes montículos de tierra y cenizas invadían algunas zonas. Una sola mirada a Cledus bastó para que ordenara a una cuadrilla comenzar a trabajar en ello de inmediato.

A pesar de la excitación que experimentaba Shera con cada paso que daba dentro de Turkaisim, empezaba a impacientarse.

—Separémonos en dos grupos, Cledus. Tú y dos hombres más os quedáis conmigo. Los demás, subid a la siguiente planta. Si encontráis la biblioteca, que a nadie se le ocurra entrar. Eso es cosa mía. ¿Entendido?

Todos los presentes asintieron con la cabeza, sin atreverse a decir una palabra, pero con pinta de no tenerlas todas consigo. Al momento, desaparecieron entre las sombras.

Por fin dejaron atrás las celdas y Shera encontró la sala de reuniones. Era un gran salón de alto techo decorado en madera. En el centro sobrevivía casi entera una mesa enorme. Shera la acarició con un dedo mientras caminaba, dejando un surco limpio en la capa de polvo, al tiempo que se imaginaba a los grandes Maestros del pasado reunidos a su alrededor. Le habría gustado estar allí, vivir aquella época gloriosa de la Orden, cuando no eran perseguidos ni proscritos.

Un grito estremecedor la sacó de sus cavilaciones. Shera miró a Cledus buscando una explicación, pero no la encontró en sus ojos. El hombre estaba aterrado, aferrando la lámpara como si fuera un tablón en un naufragio. Salió de la sala a toda prisa tratando de identificar el origen del grito. De la planta de arriba comenzaron a llegar sonidos de voces agitadas y nerviosas.

Shera se lanzó a la escalera que ascendía a la planta superior. Los bajos de su túnica se agitaban a su alrededor. Cledus la seguía a toda prisa tratando de iluminar sus pasos lo mejor posible. Al llegar al final de la escalera encontró un ancho pasillo

que terminaba en una gran puerta de madera oscura de dos hojas. Shera tuvo la certeza de que aquello era lo que buscaba como si lo hubiera sabido desde siempre. Un hombre estaba caído ante ella y el resto del grupo daba vueltas a su alrededor, visiblemente alterados como si no supieran qué hacer.

Cledus corrió hacia ellos.

—¿Qué ha pasado?

Uno de los hombres se giró hacia su jefe.

—No lo sabemos. Solo trató de abrirla y mira lo que le ha pasado.

Shera llegó también hasta ellos. El hombre mostraba varias heridas en todo el cuerpo, como marcas de latigazos, que sangraban profusamente. Una de ellas le había surcado el rostro, casi arrancándoselo de la cabeza y matándolo en el acto.

—¡Mierda! —exclamó Cledus, arrodillándose junto al trabajador.

—Se abrieron solas —siguió diciendo el hombre, casi gritando—. Nadie las tocó. Puso la mano sobre la puerta y empezaron a salir. ¡Fue horrible!

Shera miró las puertas. A pesar de su tamaño, completamente anormal respecto al resto del edificio, parecían de madera corriente, aunque muy oscura. El tirador era una intrincada filigrana de hierro de tres palmos de longitud. No parecía haber nada que pudiera provocar aquellos estragos. Entonces Shera cayó en la cuenta de que no tenía cerradura. Eso, unido a que se encontraban en la segunda planta, le hizo pensar que aquella sala no era de acceso libre. Que no estuviera en la planta baja, donde sería más accesible a los acólitos, sino por encima de ellos, le hizo pensar que su uso estaba restringido. Si era así, no era de extrañar que tuviera algún tipo de guarda mágica.

No se esperaba algo así, desde luego. Cledus se afanaba en alejar el cadáver de la puerta y Shera se apresuró a ocupar el sitio, dejando huellas en el charco de sangre que se había formado ante ella, para observar con más detalle. El tirador parecía estar grabado con algún tipo de runa y ella no sabía interpretarla. Tendría que enviar un mensaje a Ferris para que enviaran algún Arcano que pudiera hacerlo. Aquello le supuso una contrariedad. Conocía al Consejo: primero se reunirían, la criticarían por haber acudido sola, después harían algún tipo de votación y, cuando la decisión estuviera tomada, aun tardarían dos días en ponerse en marcha. Shera se lamentó de no vivir en la época a la que pertenecía el templo. En aquellos días, casi todos los Maestros controlaban la magia en mayor o menor medida, pero poco a poco la Orden había ido relegando aquellos conocimientos por considerarlos poco prácticos, y fueron cediendo esas artes a la Guarda Arcana. Solo el pensar en ellos le puso la piel de gallina.

Ese pensamiento le recordó a Árgoht Grandël. Ella le había tentado con la magia negra, pero él había rechazado su oferta. ¿Y si hubiera aceptado? La Guarda estaba ocupada en asuntos de vital importancia para la Orden en todo el continente, aislados de sus asuntos cotidianos. Shera sospechaba que ni el Ser Supremo lograba ejercer verdadero control sobre ellos, a pesar de que su labor era de gran utilidad. Infiltrados



como estaban en todos los estamentos de Thera, su labor les había permitido anticipar algunos movimientos estratégicos importantes. En aquel momento le habría gustado tener a uno de ellos a su lado.

Shera observó la puerta durante un buen rato. No tenía cerradura, por lo que empujarla debería ser suficiente para abrirla, pero un vistazo al muerto la hizo dudar. No entendía por qué iban los maestros a poner una defensa mágica a una estancia como aquella, dentro de su propio bastión. No creía que se debiera al miedo a recibir visitas indeseadas, pues el hermetismo natural de la Orden era poco propenso a aceptar extraños en su seno. Entonces, solo quedaban los acólitos, pero ¿por qué iban a evitar la entrada a la biblioteca, si en verdad lo era, a los estudiantes? Quizás la intención era que nunca accedieran solos y pudieran toparse con conocimientos que estaban fuera de su alcance o, simplemente, evitar que los jóvenes, impulsivos e irreflexivos aún, pudieran cometer alguna estupidez en aquel lugar sagrado. Shera borró todas aquellas cavilaciones de su cabeza. Era una Maestra de la Orden Kariteas.

—Kares guía mis pasos —susurró.

Cledus levantó la cabeza hacia ella, asustado.

—Maestra, ¡no!

Shera dio un paso adelante y se situó ante la imponente puerta. Un nuevo vistazo descubrió nuevas runas en la madera oscura.

—Nada me dañará. Él me conoce. Él me protegerá. «Él me protegerá».

Repitiendo este pensamiento como un mantra, acercó la mano a la puerta. Voces y susurros llenaron de pronto su cabeza, como ecos del pasado, fuegos fatuos arrastrándose por un cementerio. Se sintió acogida por aquellas voces, como si le dieran la bienvenida a casa. Y así se sintió de pronto, en su hogar.

Aferró el tirador de la puerta y empujó.



«La Orden Kariteas se limitó a recoger los despojos que fue dejando tras de sí la Tierra Negra. Negarse no tenía sentido para aquellos pueblos. No tenían nada más que perder».  
*Pueblos perdidos*, capítulo nueve. Arthor Erih.

A pesar de que Árgoht tenía grandes expectativas respecto a qué se iba a encontrar una vez traspasadas las montañas, no fueron verdes y fértiles pastos lo que encontraron más allá de las Mirtaes-oth. Tardaron dos días en cruzar por el paso que les había indicado el argumio, estrecho y de difícil acceso. Al amanecer del tercer día ya habían atravesado las montañas y accedido a las últimas estribaciones, siempre siguiendo un viejo sendero del que no se separaron en ningún momento. No se habían cruzado con viajero alguno durante ese tiempo.

Cuando la ligera bruma que se había instalado durante la noche se hubo despejado por fin, lo que vieron los dejó a ambos sin aliento. La tierra bajo sus pies estaba reseca y oscurecida, cuarteada como si llevara años sin recibir una gota de agua. No había vestigios de flora ni se escuchaba sonido de animal alguno en una zona que debería estar plagada de ellos. El aire les traía un aroma denso y dulzón, desagradable, que recordaba al olor de un cuerpo en descomposición. Comparado con la asepsia del desierto, aquello era como una explosión sensorial.

Lavell frunció la nariz. Árgoht reconoció el olor. Ya lo había experimentado una vez, aunque no con tanta intensidad.

—¿Por qué huele tan mal?

—Es la Tierra Negra.

Lavell asintió como si entendiera, pero Árgoht sabía que no había respondido a la pregunta del chico. El joven llevaba tanto tiempo en Ärgufal que lo más probable

fuera que, aunque hubiera oído hablar de ello, no hubiera presenciado nunca los devastadores efectos del Daño.

—Vamos, no debemos detenernos más.

Recogieron el fugaz campamento que habían montado para pasar la noche y se pusieron en marcha hacia el norte, hacia la ciudad de Lehar. Mientras caminaba, Árgoht trataba de comparar lo que veía con lo que recordaba de la ocasión anterior en la que había estado por allí, en compañía de Kleria algunos años atrás. Entonces aquella región era aún verde y estaba llena de vida. Solo los Tres Grandes, más allá de las Dender-oth, estaban dañados. El resto del continente aún no sospechaba lo que se le venía encima.

Ahora, la zona se había convertido en un cenagal que alternaba zonas extremadamente secas con pantanos lodosos y hediondos. Árgoht, que había visto muchas cosas en su larga vida, no podía dejar de sorprenderse por el grado de decrepitud que había alcanzado allí la tierra. Nada verde asomaba hacia el cielo y sabía que donde no hay vegetación no hay animales, por lo que ni se molestó en buscarlos.

Aquella zona estaba muerta. Mirara donde mirara, no veía más que desolación. Había salido del Desierto de Sal para adentrarse en otro desierto mucho más peligroso, deprimente y desolador.

Tardaron otro día en llegar a Lehar y, cuando lo hicieron, estaban sucios y agotados. Caminar por aquellas tierras lodosas y quebradizas por igual había sido todo un ejercicio para sus ya castigadas piernas.

La pequeña ciudad de Lehar les recibió oscura y silenciosa, como el resto de la región. La humilde muralla que la rodeaba estaba medio desmoronada por la falta de mantenimiento. Las puertas estaban abiertas y nadie apareció para preguntarles a dónde se dirigían. Una vez dentro, la ciudad tenía el aspecto de haber sufrido un asedio prolongado. Casas vacías, calles enlodadas y un silencio total les dieron la bienvenida. Parecía estar abandonada. El hedor a descomposición era allí aún más presente que en el exterior.

No tardaron en encontrar una pequeña posada. Tenía el cartel desvencijado y a punto de caerse. El nombre escrito en él era ya ilegible y estaba cerrada a cal y canto. Árgoht tocó en la puerta con los nudillos. Tras unos minutos de silencio y cuando estaba a punto de marcharse, convencido de que aquel edificio estaba tan abandonado como el resto de la ciudad, una voz habló desde el otro lado.

—¿Quién va?

—Deseamos comida y alojamiento.

Árgoht oyó como se descorrían varios cerrojos y un sonido más, apenas perceptible, que sus finos sentidos captaron y reconocieron: el de una ballesta que se tensa y se apresta a disparar.

Al instante siguiente, la puerta se abrió y apareció ante ellos un hombre delgado y macilento que les apuntaba directamente con el arma en cuestión. Lavell dio un

gritito de sorpresa.

—Quiero ver vuestro dinero, señor.

Árgoht cogió su bolsa con movimientos lentos, tratando de no dar una impresión equivocada que pudiera acabar con un virote clavado en su frente. Por si acaso, bajo la lengua tenía un hechizo sencillo que esperaba no tener que utilizar. Sacó varias monedas y se las enseñó al hombre, que debía ser el dueño del establecimiento.

—Está bien —dijo, mirando alternativamente a Árgoht, al dinero y al chico—. Pasen.

Se apartó sin soltar la ballesta y cerró tras ellos, no sin antes asomarse y mirar en todas direcciones, como si temiera algún peligro inminente. El interior de la taberna estaba oscuro y cubierto de polvo. La chimenea permanecía apagada, por lo que el salón estaba frío y desolado. Las mesas estaban amontonadas en una esquina con las sillas recogidas sobre ellas. Olía a cerrado y a humedad.

—No tengo mucho que ofreceros, me temo —les dijo mientras bajaba la ballesta y la apoyaba contra la barra de madera que separaba la cocina del comedor. Árgoht se dio cuenta de que tuvo la precaución de dejarla a mano—. Ya no viene gente por aquí.

El hombre tenía un aspecto horrible. Ojeroso y delgado, tenía la imagen de alguien que ha perdido demasiado peso muy rápidamente.

—Llevamos muchos días de viaje y necesitamos una cama y un plato de comida caliente —respondió el meledino mientras se sentaba en un taburete. Lavell hizo lo propio.

El hombre los miró a los dos desde el otro lado de la barra, como si tratara de decidir cómo actuar con aquellos inesperados clientes. Finalmente, asomó a su rostro una sonrisa cansada y relajó los hombros.

—Comida caliente temo que no podrá ser y no será barato. La cama no será problema. Como veis —dijo haciendo un gesto con la mano que pretendía abarcar todo el salón—, tengo sitio de sobra.

Como si estuviera respondiendo a aquellas palabras, una mujer salió de la cocina. Era menuda y fibrosa, con la mirada despierta y altiva, una energía que ya había desaparecido de los ojos del hombre. A él parecía haberlo derrotado la vida, mientras que ella parecía querer comerse el mundo, a pesar de las circunstancias.

—Grisea, ¿puedes preparar una habitación para los señores?

La mujer miró a Árgoht y Lavell de arriba abajo con más intensidad que el posadero, y asintió con la cabeza.

—Será un placer. —Hizo una ligera reverencia con la cabeza—. Bienvenidos a El asno azul.

—Gracias, mi señora —respondió Árgoht mientras ella se perdía por una escalera situada al fondo del comedor.

El posadero la siguió con la mirada hasta que se hubo perdido en la planta superior, donde debían estar los dormitorios.

—Ella no pierde la fe —dijo el hombre con tono cansado mientras les servía dos copas de vino a los huéspedes—. Si seguimos aquí es gracias a ella. Voy a por vuestra cena.

Árgoht se alegró de ver al posadero perderse tras la puerta de la cocina, pues le evitó tener que responderle. El vino estaba avinagrado y rebajado con agua, pero tras tantos días de viaje, su garganta lo agradeció. Lavell se limitó a mojarse los labios con él. Estaba demasiado suave como para que le hiciera daño, pero Árgoht no insistió en que se lo bebiera.

Después de tantos días en el desierto, el meledino apenas podía creer que estuviera bajo techo y sentado en una silla. Notó, en parte gracias al efecto del vino y al aroma que, a pesar de todo, invadía la posada, que se iba relajando un poco. Lavell miraba a todas partes con curiosidad.

—¿Nunca habías estado en una posada? —le preguntó.

El chico negó con la cabeza mientras bebía un pequeño sorbo y arrugaba el ceño.

—¿En verdad has pasado toda tu vida en Ärgufal?

—Sí.

—Me dijo Orges que llegaste allí un día, sin más. ¿De dónde venías?

—No lo sé.

—¿No lo sabes o no lo recuerdas?

El chico miró al hechicero como si le acabara de hacer una pregunta estúpida.

—No lo recuerdo, supongo.

Árgoht entendió de pronto lo difícil que podía estar resultando aquel viaje para Lavell. Si de verdad había pasado toda su corta vida en el lerteneo, salir y enfrentarse al mundo no debía estar resultándole tarea fácil. A pesar de ello, no se había quejado ni una vez de ello. Al contrario, parecía estar disfrutando.

Perdido en esas reflexiones casi no se dio cuenta de que el posadero había regresado hasta que tuvo el plato de comida delante. Constaba de tocino seco y un queso con aspecto de llevar más tiempo del aconsejable en la despensa. Aun así, olía mejor que nada que Árgoht hubiera comido en mucho tiempo. Añadió algunas raíces de érita al menú y los dos empezaron a comer en silencio. El posadero les observaba sin moverse.

—¿Qué os ha traído hasta Lehar, si no es indiscreción? Árgoht levantó la mirada de su plato.

—Estamos de paso. Mañana seguiremos nuestro camino. —Esta región está muerta. Solo los tontos o los que no tienen otra opción mejor nos hemos quedado. Mala época para viajar...

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó el meledino en vez de responder a la insinuación del posadero, aunque conocía bien la respuesta.

El hombre miró hacia el infinito, con la mirada perdida al fondo del salón, como si tratara de buscar entre sus recuerdos las imágenes con las que describir el mal que le rodeaba.

—Comenzó como una mala cosecha, como si los cultivos no se hubieran alimentado bien. Después enfermaron los animales. Fue poco a poco, nadie relacionó las dos cosas, pero después se estropeó el agua de los pozos. La gente empezó a morir por ello de forma muy dolorosa. ¿Ha visto a alguien morir por culpa del aguerón, mi señor?

—¿El aguerón?

—Básicamente, se te escapa el agua del cuerpo a través del... ya sabéis.

El gesto del hombre, señalando sus posaderas, fue lo bastante explícito.

—No he tenido ocasión.

—Es una muerte horrible. Lenta y agónica. Muchos cayeron por ello. Podemos aguantar con poca comida, pero sin agua... Fue en ese momento cuando algunos empezaron a sospechar que algo terrible estaba ocurriendo y tuvieron la precaución de marcharse. Fueron llegando rumores de que el sur ya estaba así, de que la tierra se estaba muriendo. Los Tres cayeron mucho antes que nosotros. Parece ser que nada queda más allá de las montañas salvo desolación y muerte.

Árgoht recordó las primeras noticias que había tenido al respecto de la Tierra Negra de boca del bardo Janias en el paso de Artün. Creía recordar que había usado esas mismas palabras: «La tierra se está muriendo». De aquello parecía hacer una eternidad, pero seguía presente en su memoria.

—Además, empiezan a sonar tambores de guerra por todas partes. Marder está a punto de entrar en guerra, quizás ya asediada, Angôr se atrinchera... Los demás parecen más interesados en alinearse con el enemigo.

Árgoht levantó la cabeza para mirar al posadero.

—Parecéis bien informado sobre estos asuntos...

—Ya casi nadie para en nuestra casa, pero la posada siempre ha sido buen sitio para estar al día de lo que ocurre en el mundo.

Como si eso lo explicara todo, siguieron comiendo en silencio un buen rato más. El posadero se dedicó a limpiar la barra, que ya estaba limpia, y Árgoht supo que lo hacía para no perderles de vista. Lo entendía perfectamente.

—Aquí no queda nada salvo la muerte —dijo, como si hablara para sí mismo.



«A pesar de que el sobrenombre de Estrella de la Mañana nunca fue del agrado del rey, lo cierto es que le precedió allá donde iba».

*Historia viva de Angôr*, capítulo quince. Merkus de Lárgan.

Preas Mor era un hombre de acción. Siempre había sentido que su lugar estaba en el campo de batalla, en la trinchera, junto a los hombres bajo su mando. Su padre, el difunto Jäinor Mor, había tratado de hacer de él un hombre instruido, un buen rey, sabio, prudente y sereno. En cambio, Preas se había mostrado siempre impulsivo, temerario y altivo. Su sabiduría no provenía de los libros que había leído, ni de las charlas interminables que a veces le dedicaba su padre, sino que le salía de las entrañas, de la experiencia, del trato con la gente que le rodeaba.

La primera consecuencia de aquella actitud vital era que odiaba la política. Detestaba las reuniones eternas en las que varias personas se dedicaban a especular, apostar y jugar con el destino de sus respectivos pueblos a cambio de concesiones, títulos o favores. Por esta razón el rey esperaba, impaciente, a que llegara la representante de las tribus del norte para una reunión de urgencia.

Se había instalado una gran tienda con el fin de recibirla. Aunque no había tenido intención de detenerse allí, Herta de Gres, autoproclamada Señora de las Tribus, había avistado al ejército que se dirigía a las montañas y había solicitado audiencia, amenazando con una cruenta batalla si no se atendía su petición. Preas no quería perder hombres antes de salir de su propio reino y, aunque el asunto de la rebelión del norte le preocupaba y sabía que iba a tener que atenderla, había esperado cruzar las Artenim-oth sin tener que enfrentarse a Herta. Era un retraso que no le apetecía sufrir y temía una reunión tensa y agria que llevaba ya un tiempo postergando, siempre con

asuntos más urgentes que atender.

Llevaban más de una semana de viaje, sin forzar la marcha y descansando siempre que era necesario, por lo que Preas estaba ya cubierto con el polvo del camino y con los músculos doloridos. Aún quedaba un largo camino por delante hasta llegar a Alasân, capital del reino de Marder, por lo que aquella parada no les convenía en absoluto.

—Esto es una pérdida de tiempo —dijo Tizo, de pie a su lado. Estaba de muy mal humor. Llevaban todo el día esperando la llegada de Herta.

—Lo sé, pero una batalla a los pies de la montaña sería una pérdida aún mayor. Pasemos este trago y sigamos adelante.

—Esa mujer ni siquiera es angorana. No deberíais siquiera concederle audiencia. Solo escucharéis necedades.

—Hablas sin saber. Las tribus siempre han sido amables y generosas con los extranjeros, así que no es de extrañar que haya llegado a gobernarles una de ellos. Herta no es ninguna estúpida, así que no te confíes. No vamos a encontrarnos con una bárbara pueblerina. Escuché a mi padre decir que procedía de la corte de alguno de los reinos colindantes con el Imperio y que si sus pasos habían terminado en estas aldeas había sido por decisión propia. No es ninguna ignorante.

Preas empezaba a perder la paciencia cuando Elha accedió al pabellón haciendo una reverencia.

—Majestad, la señora Herta de Gres espera vuestro permiso para entrar.

—Por fin. Que pase.

Preas lanzó un suspiro y estuvo tentado de ponerse en pie para recibir a la mujer, pero se contuvo y permaneció sentado. Tizo se envaró y cruzó los brazos ante su pecho.

Elha levantó la lona que servía de puerta a la tienda e hizo un gesto con la mano. Al instante, una mujer, grande como un hombre e igual de corpulenta, hizo acto de presencia. Preas echó un rápido vistazo a su aspecto. Vestía un peto de cuero tachonado bajo una pesada capa de piel. Debajo, más pieles asomaban hasta medio muslo, dejando al descubierto unas piernas recias como troncos de árbol cubiertas por unas pesadas botas hasta la rodilla. Llevaba el largo pelo marrón recogido en una trenza desordenada que a duras penas afeminaba un rostro plagado de pecas. Su aspecto denotaba su procedencia más septentrional.

Preas la observó detenidamente aun a riesgo de resultar ofensivo. Herta había cambiado mucho desde la última vez que la había visto.

—Bienvenida, Herta.

—¿Así que ahora sois la Estrella de la Mañana, Majestad? —dijo ella, con una sonrisa burlona.

—Soy Preas Mor, rey de Angôr. Eso incluye las aldeas y tierras sobre las que te has alzado como gobernadora. ¿Me darás una explicación antes de que te acuse de traición?



—¿Me vais a mandar retener siendo vuestra invitada?

—Sabes que la ley me lo impide, de lo contrario no estarías aquí. Así que dime, ¿a qué has venido?

—He venido a declararos oficialmente la independencia del norte. Ya no pertenecemos al reino de Angôr.

—Esa decisión no puedes tomarla tú, Herta. No la aceptaré.

—Creo que sí lo haréis, Majestad.

—¿Y eso por qué?

En ese momento, Elha entró en el pabellón, con los mofletes colorados y la respiración agitada.

—¡Majestad! —dijo, casi gritando—. ¡Debéis venir! ¡Una rebelión!

Preas sintió cómo perdía de pronto el color de su rostro. Miró a la mujer, que no se mostraba sorprendida por la noticia.

—¡Herta! ¿Qué has hecho?

Preas se levantó y salió a la luz del sol en pos de su asistenta. Sin ocultar su sonrisa, Herta salió tras ellos. Tizo hizo lo propio sin soltar la empuñadura de su espada.

Elha dirigió a Preas hasta una pequeña colina cercana. Desde ella tenía una visión completa del campamento. A su izquierda, a pocos kilómetros, se alzaban las impresionantes Artenim-oth, una ruptura de la tierra como una dentadura vieja y desgastada en cuyos picos se atascaban cúmulos de nubes grises y amenazadoras.

A sus pies se había congregado una multitud de soldados que formaban en filas de a cuatro. Preas sintió que un escalofrío recorría su espalda cuando se dio cuenta de que todos ellos habían arrancado en emblema de Angôr de sus ropas. Allí debía de haber mil hombres. Al llegar a la cima, todos ellos se arrodillaron casi a la vez.

El frío se adueñó de Preas, haciéndole temblar. Tuvo ganas de arrancarse uno a uno los pelos de su larga barba.

Herta, a su lado, sonreía con satisfacción.

—No se han arrodillado por vos.

Preas prefirió no responder. Lo sabía. Si hablaba en ese momento denotaría la rabia que sentía, y no le iba a dar a Herta aquella pequeña pero importante victoria.

—Llevamos años infiltrándonos, esperando el momento adecuado. Estamos en todos los destacamentos. —La enorme mujer alzó un dedo enguantado—. Allí tenemos arqueros, infantes, ingenieros...

Preas vio cómo movía el dedo hasta un pequeño grupo que se distinguía de los demás por su porte y sus ropas, completamente blancas. Tuvo que parpadear para asegurarse de que estaba viendo bien.

—Piqueros. ¿Has pervertido a los piqueros de Fairard?

—No hemos pervertido a nada ni a nadie, Preas. Ellos han decidido ser libres en el norte antes que seguir sometidos. Ha sido su elección.

Preas se giró con tanta brusquedad que la parte baja de su capa golpeó las rodillas

de Herta. Regresó al pabellón sin esperar a ver si le seguían. Elha corrió a su lado.

Nada más entrar en la tienda, la joven sirvió una copa de vino que el rey bebió de un trago antes de pedir otra.

Tizo y Herta entraron a continuación.

—Están esperando mis órdenes —dijo Herta como si nada hubiera pasado.

—¿Órdenes en qué sentido?

—Eso depende de vos.

—¿Qué quieres, Herta? Déjate de rodeos.

—Quiero una declaración formal de independencia de las aldeas al norte del Man-Orön. Nosotros decidiremos si formamos un nuevo reino y qué nombre llevará. Garantizaréis nuestra libertad con un tratado comercial y nos respetaréis como a un igual.

El corazón de Preas parecía querer salirse de su pecho. Con cada palabra que escuchaba crecía más su indignación. En la región al norte del río vivían miles de personas. De su trabajo en las montañas y los campos de sus estribaciones recibía el reino de Angôr buenos productos básicos e impuestos anuales. Perdería la soberanía de casi un cuarto de su reino.

—Si os negáis, todos esos hombres que habéis visto ahí fuera se vendrán a casa conmigo.

Preas detuvo su caminar inquieto para mirar a Herta.

—Estamos a las puertas de una batalla que puede decidir nuestro destino, ¿y te atreves a amenazarme?

—No es una amenaza, Majestad, es una negociación. Si no aceptáis y firmáis este documento —Herta sacó un papel de entre los pliegues de su capa—, esos hombres libres abandonarán sus puestos y volverán a sus casas. A no ser, por supuesto, que preferáis declararlos traidores y tratar de detenerlos. Os aseguro que lucharán para defenderse. ¿Cuántas bajas os podéis permitir antes de haber salido de vuestras propias tierras?

El tono burlón de Herta estaba sacando a Preas de sus casillas, pero lo peor era que sabía que tenía razón. Si se enfrentaba a ellos perdería, no solo a esos mil hombres, sino a otros tantos más.

—Por el contrario, si firmáis, seremos vuestros aliados, ahora y siempre, para luchar a vuestro lado si nos necesitáis. Mis hombres se reincorporarán a sus puestos y cruzaremos las montañas en paz.

Preas guardó silencio durante unos minutos mientras reflexionaba. Tizo le miraba sin saber muy bien cómo ponerse. Cambiaba el peso del cuerpo de un pie a otro continuamente.

—Déjanos a solas, Herta.

—Estaré fuera, Majestad, esperando vuestra respuesta.

La mujer salió y ambos hombres la siguieron con la mirada hasta que se hubo perdido de vista.

Preas esbozó una sonrisa cansada.

—Nos tiene cogidos por los huevos.

—Me temo que sí, Majestad. Pero debéis analizar...

—No tengo tiempo de análisis, Tizo. Cada día, cada minuto que pasamos aquí, Marder está un minuto más cerca de unirse a la Orden y nosotros un minuto más tarde de regresar a casa. Quiero ponerme en marcha ya. ¿Podemos prescindir de los hombres de Herta, de esos traidores despreciables?

Tizo no necesitó hacer un cálculo mental para responder.

—No, majestad, no podemos. Sobre todo si cuenta entre ellos con arqueros y piqueros. Tan lejos de casa, los necesitamos a todos.

Preas dejó escapar un suspiro.

—Lo suponía... Haz entrar a Herta.

—¿Vais a firmar?

—¿Qué otra opción tengo? Esa mujer ha elegido el mejor momento para hacer su reclamación. Sabe que estamos muy lejos como para traer mil hombres de fresco y que no podemos seguir sin ellos. Estamos atados de manos.

Tizo asomó la cabeza al exterior y murmuró algo. Acto seguido, Herta de Gres entraba de nuevo en el pabellón. En su cara se mostraba una gran sonrisa satisfecha.

Preas la miró con cara de pocos amigos.

—Maldita zorra sibilina. Dame ese papel.



«Gan designa. Nosotros nos limitamos a escuchar y cumplir su voluntad».

*El libro de Gan*, capítulo once. Varios autores.

Haber dormido en El asno azul resultó una experiencia casi monástica, como si hubieran regresado al lerteneo de Ärgufal. En sus muchos años de viaje, Árgoht nunca había pasado una noche tan tranquila y silenciosa en una posada. Dadas las circunstancias actuales, esto le resultó deprimente. En vez del habitual bullicio de risas, voces y música, allí solo había silencio y angustia.

La habitación era acogedora y Grisea se había encargado de limpiarla a fondo, por lo que las sábanas de las dos camas estaban sacudidas y la chimenea encendida cuando entraron en ella. Lavell cayó dormido casi en el mismo momento en que hubo apoyado la cabeza en la mullida almohada de plumas. Árgoht, en cambio, permaneció un tiempo mirando por la ventana, observando el atardecer con la cabeza llena de pensamientos extraños. Sentía el fresco de la noche en los huesos, como si la Tierra Negra también se hubiera llevado el calor del mundo. Sin saber cómo había llegado hasta allí, vio que tenía el trozo de cristal de la bola en la mano y le daba vueltas, como si tratara de encontrar en él algún tipo de respuesta. Desde que la bola se había hecho añicos, siempre llevaba un pedazo, ese en concreto, consigo. De alguna forma extraña, le aportaba serenidad en los momentos de tensión o cuando tenía que pensar.

Sintió una pequeña puntada en la nuca y se rascó la zona, donde el pequeño tatuaje redondo que representaba agua, tierra, aire y fuego definía su relación de poder. Aún le resultaba extraño tenerlo a la vista, acostumbrado a llevarlo cubierto por su pelo, ahora inexistente. Aquello le recordó cuánto tiempo llevaba sin entrar en el gehvaal. Se apartó de la ventana. Se quitó la camisa y el peto de cuero, guardó el

trozo de la bola, y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas mientras relajaba la respiración con aspiraciones lentas y profundas. Pasados unos minutos un débil resplandor le llegó a los ojos a través de los párpados. Los abrió y observó con curiosidad que Lavell había abierto los suyos y le observaba, aunque un momento antes dormía profundamente. El fulgor procedía de sus pupilas dilatadas y se fue extendiendo hasta cubrir los ojos por completo.

Árgoht sintió una punzada de preocupación. Sabía que aquella era la entrada al gehvaal, pero nunca lo había experimentado de esa manera. De pronto, el resplandor se hizo tan intenso que tuvo la tentación de cubrirse los ojos con las manos, a pesar de saber que todo era una ilusión.

Al instante siguiente todo cesó. Se encontraba en un bosque umbrío. Sentía la humedad en la piel y que algunas gotas de rocío se descolgaban de las hojas, muchos metros sobre su cabeza, como si de una lluvia en miniatura se tratara. Árgoht levantó la mirada y vio el cielo azul brillante entre las ramas. Hizo una aspiración profunda y disfrutó del aire limpio y fresco que le rodeaba, impregnado del olor a hierba húmeda y corteza de árbol. Cuando bajó la mirada había un niño frente a él. Dio un respingo y casi se cayó de espaldas de la sorpresa. Era Lavell.

Un escalofrío recorrió la columna del hechicero. Allí no debería haber nadie.

Lavell no hacía nada, sino estar ahí, de pie y quieto mirando hacia él. Durante varios minutos nada pasó. Árgoht se quedó esperando igual de inmóvil todo ese tiempo. Entonces, el chico levantó una mano, como invitándole a tomársela. Intrigado, el meledino hizo lo que le pedía y Lavell se dio la vuelta y comenzó a andar, como si solo quisiera dar un paseo. Seguía sin comprender cómo podía estar pasando algo como aquello, pero a lo largo de los años había aprendido que el gehvaal era un lugar extraño e intrigante que aún no comprendía por completo. La Madre era caprichosa.

Mientras caminaban en silencio, el paisaje fue cambiando ante ellos. Del bosque pasaron al desierto, uno muy parecido al que acababan de abandonar, de ahí a la montaña y de nuevo al bosque. Era algo muy peculiar que nunca antes le había pasado. Siempre que entraba en gehvaal, la madre le situaba en un escenario distinto, pero no lo cambiaba. Por alguna razón, sentía que aquella ocasión era diferente, que algo no era correcto. De pronto el paisaje se estabilizó y se encontraron ante una enorme puerta de madera que daba acceso a un gran edificio de piedra blanca. Era el lerteneo de Ärgufal. Árgoht experimentó ansiedad y confusión por el hecho de estar allí, de pie, esperando algo, y supo que aquellas sensaciones no le pertenecían. Miró hacia su izquierda y vio a Lavell, con la angustia pintada en el rostro. Era él quien se sentía así. Árgoht solo estaba empatizando con su estado de ánimo.

Miró a su alrededor. Seguía percibiendo algo extraño allí, como si estuviera fuera de lugar, como un invitado inesperado en una cena familiar. No debería experimentar aquello en su propio gehvaal, donde siempre había estado cómodo, donde siempre se había sentido como en casa. El escenario cambió de nuevo y se encontraron en un

pueblo, apenas una aldea de suelo de tierra, formada por un puñado de casas colocadas de cualquier manera. Árgoht se sintió desplazado, como si le hubieran dado un empujón, y se encontró dentro de una de las casuchas. El desorden y las sombras reinaban por doquier. El olor a polvo y humedad era muy intenso. Sobre una cama, una mujer gritaba y sollozaba con el pelo sudoroso aplastado contra la frente. A su lado, otra mujer le cogía de la mano y le murmuraba palabras de aliento. De espaldas a ellos, una niña observaba la escena en completo silencio. La mujer que gritaba estaba dando a luz. Lavell tiró de él para que se acercara a la cama y Árgoht lo siguió sin comprender quién era aquella gente y por qué estaban todos en su gehvaal. Su desconcierto no hacía sino aumentar.

Como era de esperar, ninguna de las tres personas dio muestras de percatarse de su presencia, lo que demostraba que no estaban allí en realidad. Lavell observaba la escena con la serenidad de quien ya sabe lo que va a presenciar, como si hubiera estado allí infinitas veces. Árgoht no tuvo más remedio que presenciar el alumbramiento. La mujer sentada junto a la parturienta parecía saber lo que hacía y había dispuesto trapos y jofainas con agua a su alrededor de forma que las tuviera siempre a mano.

En un parpadeo, la escena pareció dar un salto hacia adelante. El niño ya había nacido y se encontraba en brazos de la comadrona. La mujer en la cama respiraba con dificultad, pero tenía una gran sonrisa en el rostro. Una tercera persona, un hombre, entró en la habitación. Dijo algo, pero Árgoht no pudo entenderlo. Cogió al bebé y lo envolvió en trapos con suma delicadeza. La comadrona se centró de nuevo en la madre, que no dejaba de sangrar. De hecho, sangraba demasiado. Había perdido el sentido. Minutos después, a pesar de los esfuerzos de la comadrona por cortar la pérdida de sangre, había muerto. La niña, situada junto a la cama, lo observaba todo con suma atención, pero no parecía alarmada por la escena que estaba viendo. Árgoht no podía verle la cara, pero de pronto su silueta le resultó familiar. Dio un respingo involuntario. Era imposible.

La niña, como si hubiera sentido su presencia, se giró hacia él. Lo hizo despacio, con la lentitud con la que ocurren las cosas importantes en los sueños. Entonces le vio la cara y su corazón a punto estuvo de dejar de latir.

De pronto, estaba de vuelta en la habitación. El sobresalto había sido tan severo que había salido del trance sin recitar el Sher-Arak. Había *escapado* de su propio gehvaal.

Lavell dormía plácidamente en el catre. En cambio, sentía su corazón como si quisiera escapar de su pecho y le costaba respirar con normalidad. ¡La niña! ¿Cómo era posible?

«¡Era ella!».

Árgoht no podía dejar de repetir ese pensamiento.

«¡Era ella!», «¡era ella!»...

Regresó sudando y jadeando, como si hubiera estado corriendo a través del

bosque en vez de en lo que tenía que haber sido un suave y reparador trance. Tuvo que mirar a su alrededor para convencerse de que había vuelto, de que estaba en la habitación de la posada y no en aquella otra en la que *ella* no debía estar. Sintió que las paredes se le venían encima y salió despavorido del dormitorio, bajó al salón y salió a la calle abriendo el cerrojo de la posada, cuya gran llave de hierro estaba puesta en la cerradura.

La noche estaba ya muy avanzada y la luna había desaparecido del cielo. La respiración se condensó ante sus labios formando pequeñas nubecillas blancas en el aire nocturno.

Tardó aún un buen rato en serenar sus pensamientos lo suficiente como para pensar con claridad. Hacía mucho que la Madre no se le aparecía en el gehvaal y lo había hecho en apenas dos o tres ocasiones cuando el mensaje que tenía que darle era de especial trascendencia. Pero esta vez estaba allí y no había sido por él. ¿Podría haber sido otra niña y su cerebro ansioso había creído ver a la Madre en ella? Se lo preguntaba, para en el mismo momento responderse que era imposible olvidar aquel rostro infantil en el que tanto había pensado en los últimos tiempos.

Comenzó a pasear de un lado para otro. Sus pies descalzos se embarraron enseguida. Si mucho no se equivocaba, Lavell había entrado en contacto con su gehvaal y le había guiado a través de su propio pasado. Esto ya de por sí era tan asombroso que Árgoht no sabía qué pensar al respecto. Trató de recordar si aquello le había pasado alguna vez y no encontró ninguna ocasión anterior en todos sus años de vida. Lavell se había colado en su gehvaal. De pronto se detuvo, como si hubiera tenido una revelación. ¿Y si había sido al revés? Parecía imposible, pero ¿no era más fácil que Árgoht hubiera entrado en la mente del chico dormido que al revés, estando él plenamente consciente y despierto? ¿Cómo era aquello posible?

Preguntas, preguntas y más preguntas sin respuesta.

Y la niña estaba allí. Aquel era el gran misterio. La Madre estaba allí, presenciando lo que debía ser el nacimiento del chico. ¿Sería una imagen simbólica que pretendía representar la omnipresencia de Gan, como lo llamaban los ganetorei? Árgoht casi prefería pensar en esta última opción porque, de lo contrario, ¿qué tenía Lavell de especial para que *ella* hubiera decidido estar presente en su llegada al mundo? No quería ni plantearse las opciones.

El hechicero levantó la vista de forma inconsciente hacia la ventana que debía ser la de su dormitorio, donde el joven dormía, y se preguntó hasta qué punto, si eso era cierto, él sabía o intuía el interés que despertaba en las fuerzas que lo rodeaban.

Árgoht se sintió abrumado de pronto y un cansancio correoso se albergó en sus hombros. Decidió dejar de pensar en preguntas cuyas respuestas desconocía. La experiencia le decía que la Madre le daría las que necesitaba si era merecedor de ellas.

Con un suspiro, entró de nuevo en la posada oscura y fría, cerró la puerta con llave y regresó a su habitación.



«Nada podrá derribarnos».  
*Exhortaciones*, capítulo tres. Dermainas Thor.

Shera Ante'i tardó algunos segundos en darse cuenta de que estaba conteniendo el aliento. En el momento en el que tocaba el frío metal labrado del tirador de la puerta recordó al trabajador muerto un poco antes y casi pudo ver la piel morena de sus brazos abrirse en llagas y cortes que empezaban a sangrar con profusión.

Pero nada de eso pasó. Demoró el contacto unos instantes con el corazón golpeando su pecho con violencia. Cuando comprobó que seguía intacta y sana, casi lanzó una carcajada de júbilo. Ejerció un poco de presión, pero la puerta no cedió ni un milímetro. Apoyó la otra mano en el tirador de la otra ala y empujó con todo el cuerpo, segura de sí misma y de que nada le ocurriría. Estaba tan concentrada en la puerta que no se detuvo a pensar en lo que podía encontrar más allá.

Una vaharada de aire denso y con olor a cerrado le hizo retirar la cabeza, hiriendo sus fosas nasales. Le dio un acceso de tos. A su alrededor nadie hacía el más mínimo ruido. Distinguió un leve resplandor por el rabillo del ojo y se quedó estupefacta al dirigirse hacia su fuente. Escuchó, a su espalda, cómo los hombres que la acompañaban murmuraban aterrados y huían del lugar, dejando atrás el cadáver de su compañero.

Ante ella se alzaba una figura de aspecto humano, resplandeciente entre las impenetrables sombras de la sala, cuyos contornos apenas se vislumbraban gracias a las antorchas caídas que los cobardes habían dejado en el suelo. Shera tardó en darse cuenta de lo que tenía ante ella, incapaz de asimilarlo correctamente. No pudo evitar fijarse en que en la parte inferior de la túnica que vestía no había pies que la sostuvieran y parecía mantenerse en el aire como una hoja de otoño mecida por la



brisa. Su imagen parecía parpadear, como si los ojos de Shera la estuvieran engañando y presenciara un espejismo en vez de algo real.

—Hola, Maestra —dijo la figura con una profunda voz que parecía proceder de todas partes y de ninguna. Su boca no se había movido, pero esbozaba una sonrisa indescifrable—. Bienvenida a Turkaisim.

El espectro abrió los brazos, como si con ese gesto quisiera abarcar todo el edificio a su alrededor.

Por un momento, Shera no fue capaz de responder, atónita ante lo que estaba viendo. ¿Qué se decía en una situación como aquella?

—¿Quién eres? —preguntó. Trataba de recuperar el aplomo, pero a duras penas conseguía controlar el temblor de sus rodillas.

—Mi nombre es... era Dermainas. Era el responsable del cuidado de este santo espacio.

¡Dermainas! Shera había leído decenas de libros escritos por él: biografías, libros de historia, mapas, genealogías... Era el escribano más reconocido de la Orden y sus libros se conservaban como tesoros en cualquier biblioteca.

Shera se agachó y recogió una de las antorchas. La figura pareció transparentarse ante la luz. Tras ella se distinguían los contornos de algunas estanterías y pudo ver algunos libros tirados por el suelo de cualquier manera. Ahora estaba segura. Había encontrado la biblioteca de Turkaisim. Por fin.

—¿Qué haces aquí, Dermainas? —preguntó Shera tragando saliva.

—Proteger y servir. Servir y proteger. Incautos, infieles, blasfemos, impuros... Nadie entra. Solo vos y ellos. Elegidos. Santos. Protectores de Kares.

Shera tardó un segundo en entender.

—¿Te refieres a los Maestros?

—Servidores puros como Dermainas, sí. Nadie más. Ahora es vuestra carga. Kares me llama y me acogerá entre sus calurosos brazos. Me espera desde hace mucho.

Shera se detuvo un instante a pensar en ello. La desaparición del templo, ahogado por las cenizas de Timarlin había ocurrido, según los anales, casi cuatrocientos años atrás.

—Así es, hermano. Yo me encargaré a partir de ahora. Ve sereno y en paz.

El espectro de Dermainas sonrió una última vez y se esfumó en el aire, dejando tras de sí una leve estela vaporosa que desapareció en unos segundos.

Shera necesitó unos instantes para serenarse y asimilar lo que acababa de presenciar. Si no hubiera sido devota de Kares, una Maestra, estaría muerta y su cuerpo mutilado, tirado a las puertas de la biblioteca. Había hecho una apuesta muy alta y había ganado por pura suerte. Sintió cómo le temblaban las rodillas, pero entonces recordó dónde se encontraba y recobró la compostura. Se alegró de que los demás se hubieran ido. Aquel momento era solo para ella. Tenía la biblioteca a su entera disposición. Su sueño se había hecho realidad. Si en algún sitio tenía que estar

lo que buscaba, era allí. Y lo tenía al alcance de la mano.

Nada quedaba de Dermainas en aquella sala salvo el eco de sus palabras que hacían de coro al que levantaron los pasos de Shera cuando empezó a andar directamente hacia el centro de la biblioteca. La pequeña antorcha apenas llegaba a iluminar un pequeño radio a su alrededor. Tuvo que esquivar varios volúmenes desperdigados por el suelo y a punto estuvo de tropezar con un enorme atril que había sobrevivido en pie a los temblores. Shera pasó sus manos sobre él, deteniéndose en sus bajorrelieves saturados de polvo. Allí estaba parte de la historia de la Orden, una parte importante, quizás solo superada por la sombría y legendaria ciudad de Hiom.

Encontró un candelero y depositó allí la antorcha. Sintió unos pasos tras ella y percibió el titilante resplandor que se acercaba a la puerta.

—¿Maestra? —era la voz temblorosa de Cledus, susurrante como un niño en mitad de una pesadilla.

—Estoy aquí, Cledus. Trae antorchas. Quiero ver bien este lugar.

Cledus no dijo nada y regresó al cabo de un par de minutos con varias antorchas entre los brazos y acompañado de varios hombres. Shera se alegró de que la oscuridad le impidiera ver su rostro asustado y vulgar. Ninguno de ellos accedió a la estancia.

Poco tiempo después toda la biblioteca estaba iluminada por el tremor de las bailarinas llamas de las antorchas. Aun así, el techo se vislumbraba apenas, casi fuera del alcance de su vista, alto como un templo, abovedado y con lo que parecía ser un artesonado de madera de intrincada estructura.

El olor a papel, madera y polvo lo impregnaba todo y Shera lo aspiraba como si fuera el mejor aroma que hubiera percibido jamás.

—Quiero que centres tus esfuerzos en despejar los exteriores —le dijo Shera a un Cledus un poco más relajado y señalando hacia las altas ventanas aún bloqueadas—. Quiero luz.

—Sí, Maestra.

Los trabajos de excavación y desescombro se reanudaron con celeridad. Eso liberó a Shera de la presencia de los operarios a su alrededor. Sabía que tenía que investigar el resto del templo, pero estaba ansiosa por comprobar si el libro estaba allí o no. Mandó llamar a Almina para que atendiera sus necesidades mientras ella dedicaba todo su tiempo a mirar lomo por lomo. Se sentía como una niña pequeña descubriendo un gran secreto largo tiempo guardado.

Lo hizo despacio, deleitándose con cada libro que caía en sus manos, con cada volumen que ojeaba distraídamente, con cada estantería caída que tenía que poner de nuevo en pie. Encontró varias cajas con pergaminos que se deshicieron al tocarlos. Era un fastidio. A saber qué enseñanzas, ahora perdidas para siempre, habían albergado aquellos viejos papeles.

Cuando ya llevaba casi un día recorriendo las maravillas de aquellas estanterías, Shera tropezó con algo y a punto estuvo de caer de espaldas. Ensimismada mirando

los libros no se percató del extraño madero que estaba tirado en el suelo. Tratando de no caer, lo pisó y se quebró en mil astillas. Pero percibió algo extraño en la manera de romperse. Le acercó una antorcha y descubrió que lo que había pisado era un fémur humano. Había un cuerpo allí, con la espalda apoyada contra la pared y la mandíbula grotescamente caída contra el pecho. Aún vestía una túnica que debía haber sido negra en algún momento y que se deshizo cuando Shera trató de tocarla. Alrededor del esqueleto había docenas de libros caídos de cualquier manera y casi enterrados en polvo. Shera dedujo que debía tratarse de Dermainas. ¿Quién si no habría decidido morir abrazado a un libro? Entre los huesos de sus brazos, cruzados sobre el pecho, un pesado volumen acompañaba al bibliotecario en su lecho de muerte.

Shera se puso en pie y dejó el cuerpo como estaba. Ya tendría tiempo de retirarlo más adelante. Almina, a su lado, contenía la respiración. Había tenido que vencer su reticencia a entrar tras lo vivido ante las puertas, pero Shera la había arrastrado. Nada le había ocurrido. Quizás el permiso expreso de la maestra había vencido el sortilegio que protegía la biblioteca.

—¿Es la primera vez? —le preguntó, casi divertida por la expresión de desconcierto de la muchacha.

Almina asintió con la cabeza y sus cabellos revolotearon alrededor de su rostro.

—Pues más te vale acostumbrarte. En poco tiempo verás más. Muchos más.

La joven no estaba segura de entender aquellas palabras, pero guardó silencio sin dejar de mirar el esqueleto mientras Shera reanudaba la búsqueda en las estanterías.

Tres días después, la frustración de Shera Ante'i empezaba a ser notable. A pesar de que había encontrado verdaderas reliquias en la biblioteca de Turkaisim, libros de historia hasta ahora desconocidos para la Orden, actas de reuniones, diarios de experimentos, libros de cuentas..., seguía sin dar con el libro más importante para ella, aquel que había puesto en marcha su búsqueda. ¿Tendría que irse con las manos vacías?

Prácticamente había revisado cada estantería, libro por libro, resistiendo la tentación de coger muchos de ellos para sentarse a leer. Aquellos que le parecían más interesantes los depositaba en una mesa junto a la chimenea que, encendida, caldeaba la biblioteca y le daba una calidez que Shera casi no esperaba encontrar.

Había dejado de llover y los trabajos en el exterior habían avanzado mucho en los tres días que la Maestra llevaba encerrada en la biblioteca. Una ventana había quedado por fin despejada. Por ella entraba la luz del día, penetrando en las sombras como un cuchillo. No era suficiente para iluminar toda la biblioteca, pero sí como para apreciar detalles de su estructura que hasta ahora habían pasado desapercibidos, como el techo abovedado y el artesonado de madera que ayudaba a su sustentación, o el exquisito detalle en los bajorrelieves tallados en las columnas que mostraban confusas escenas de batallas y sacrificios. Cuando el sol se ocultaba, su luz era sustituida por la de docenas de candiles que habían sido cuidadosamente situados por toda la estancia. Verlos erizaba el vello de los brazos de Shera al pensar en un

incendio, pero no tenía otra forma de seguir trabajando una vez caída la noche.

El olor de la madera quemada de la chimenea fue poco a poco sustituyendo el del polvo y la humedad, por lo que la biblioteca empezaba a ser un lugar agradable en el que estar. Almina se había encargado de limpiar varias mesas y sillas para que la Maestra tuviera donde sentarse a consultar los libros que le llamaban la atención o comer, cuando conseguía que se llevara algo a la boca.

Al cuarto día, la irritación de Shera por la búsqueda infructuosa llegaba ya a límites insoportables. Había revisado toda la biblioteca ya, libro por libro, sin encontrar lo que buscaba. Sin pensarlo, se situó junto a la puerta de entrada. Desde allí tenía una visión completa de la estancia, con todas sus estanterías situadas en perpendicular a ella formando estrechos pasillos. Al fondo, la chimenea seguía lanzando contra las paredes su baile de sombras.

Almina se situó a su lado, tan solícita como siempre.

—¡Tiene que estar aquí!

—Puede habérsenos pasado por alto, mi señora. Shera asintió con la cabeza, distraída. Trataba de decidir en qué sección era más probable que estuviera, dispuesta a empezar de nuevo. Por fin, se decidió.

—No dejaremos un libro sin revisar. Esta vez seremos más exhaustivas.

Y, sin más, se dirigió a la pared situada más a su izquierda, seguida de cerca por los pasos vaporosos de Almina. Cuando embocaron el pasillo de nuevo, vio al fondo el esqueleto de Dermainas con todos aquellos libros tirados a su alrededor. Shera lo ignoró y comenzó de nuevo la lectura de los títulos, uno por uno, con exquisita atención.

Diez minutos más tarde, sus pies tropezaron de nuevo con los huesos. Aquello encendió una chispa que llevaba días aplacada en el pecho de Shera. Se giró de pronto hacia la calavera, como si esta le hubiera lanzado una ofensa.

—¿Dónde está? —le gritó—. ¡Dímelo, maldito seas!

Shera lanzó un pie contra el esqueleto.

—¡Tienes que saberlo! ¡Dímelo! ¡Estoy en mi derecho!

El golpe impactó contra el hombro derecho y los restos de Dermainas saltaron por los aires, desperdigándose por todo el pasillo. Las telas que lo cubrían se deshicieron en nubes de polvo, como muchos de los huesos más pequeños, cuya precaria situación los hacía especialmente delicados.

Shera miró lo que acababa de hacer con la respiración agitada. El corazón le latía en el pecho. Durante unos instantes casi esperó ver aparecer de nuevo el fantasma del bibliotecario, pero nada se movió salvo las motas de polvo que se habían levantado por doquier y que bailaban su hermosa danza iluminadas por el sol que entraba por la alta ventana, que alumbraba aquella zona.

Algo llamó la atención de la maestra. Un haz de luz iluminaba un punto en concreto entre la nube de polvo. Shera la disipó con las manos. Lo que alumbraba era el enorme libro que el esqueleto de Dermainas sostenía aún entre los brazos. A pesar

de que el resto del cuerpo se había diseminado por todas partes, su mano izquierda seguía aferrada al volumen. Shera tuvo una revelación.

Con muy poco cuidado, se agachó y arrancó el libro de un tirón, desperdigando lo poco que quedaba entero del esqueleto. La cubierta estaba tan manoseada y cubierta de polvo que apenas se podía leer el título. Shera pasó una mano para eliminar parte de la capa que lo cubría y sus ojos a punto estuvieron de llenarse de lágrimas. Lo había encontrado.

Entre sus manos tenía el *Triforetau Go'laghan*. Su búsqueda por fin había terminado. Entre sus manos podía estar la clave para que la Orden pudiera dominar Thera para siempre.



«La guerra no nos cogió de improviso, pero eso no importó. Cuando llegó a nuestras puertas éramos un esqueleto, una sombra de lo que habíamos sido. Nada quedaba ya que se pudiera salvar».

*Historia y memoria del reino de Lahmna*, Capítulo veinte.  
Fitzerald Clem.

Árgoht ya había visto terrenos dañados por la Tierra Negra muchos años atrás, durante su regreso de Krahedia junto a las zágheras Kleria y Ondriva. En aquellos días no había prestado mucha atención a los detalles, pero estaba seguro de que no era comparable con lo que estaba viendo en aquel momento. Quizás fuera porque el Daño era más profundo, pero el panorama que tenía delante era algo que no había visto jamás.

Lavell, a su lado, miraba sin entender. Habían ascendido una pequeña colina cubierta de matorrales desde la que podían ver la llanura que albergaba la ciudad de Deis a escasa distancia y, en la lejanía, insinuada la silueta de la capital del reino de Lahmna: Quindarst. Por el camino habían encontrado cadáveres de animales tirados de cualquier manera, cubiertos de insectos, que desprendían un olor nauseabundo. El bosque Tir-Ergonian, a su derecha, ofrecía un aspecto ennegrecido y marchito, como si la tierra que lo sustentara hubiera perdido todos sus nutrientes.

—Cuando Orges me hablaba de los bosques los imaginaba de otra manera —dijo Lavell con pesar.

El bosque se mostraba oscuro y decrepito aun desde la distancia. Había perdido el verdor y el brillo natural de las plantas para sumirse en la lóbreguez y la decadencia.

—No debería ser así. Está ocurriendo algo terrible. El bosque era verde y brillante, no oscuro como está ahora.

Lavell lanzó un suspiro, decepcionado.

—Tranquilo, verás bosques hermosos más al norte.

«Si es que queda alguno».

Aquello pareció apaciguar un poco al muchacho, pero su expresión no cambió demasiado. Se habían llevado provisiones suficientes de Lehar como para no tener que preocuparse de momento por los animales muertos y los bosques marchitos, pero era una visión desasosegante, sobre todo porque ante ellos la escena no mejoraba. En la llanura podían verse cientos de cadáveres más, y no solo de animales. Lavell los miraba sin encontrar palabras para expresar la desazón que le embargaba. Árgoht lo miraba con disimulo, observando las múltiples sensaciones que se manifestaban en su rostro, pero no le dijo nada al respecto.

Al seguir avanzando, sin embargo, encontraron algo lo peor. Deis estaba en llamas. Aunque no podían ver el fuego desde la distancia a la que se encontraban, la gran columna de humo que se alzaba contra el cielo despejado era prueba suficiente. Alrededor de la ciudad, una sombra negra delataba la presencia de un gran ejército.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lavell siguiendo la mirada de Árgoht.

—Es un ataque.

—¿Por qué?

Árgoht abrió la boca para explicarle lo que era la guerra, qué significaba y qué la había provocado. La pregunta era tan sencilla y al mismo tiempo tan compleja que solo pudo limitarse a responder:

—No lo sé. —Y supo que era la verdad.

—¿Por qué atacar esa ciudad? ¿Esa gente le ha hecho algo a alguien?

El hechicero bajó la mirada. Aunque Lavell tenía al menos doce años, era inocente como un bebé.

—No, pero están de paso hacia un objetivo mayor.

Árgoht levantó la mirada. Al fondo se distinguía apenas la silueta de la capital, como una promesa en tiempos aciagos y se preguntó si eran conscientes de lo que se les venía encima.

—Quindarst, la capital del reino. Ese es el verdadero objetivo y no pueden dejar cabos sueltos tras ellos. Por eso arrasarán cada ciudad o aldea que vean hasta llegar allí.

Un sonido a su espalda llamó la atención del meledino por un momento. Aunque la colina sobre la que se encontraban no era de vegetación frondosa, agarró a Lavell por el cuello y lo obligó a tenderse en el suelo, entre los matorrales. A poca distancia en el llano, una patrulla avanzaba por el mismo camino que habían seguido ellos un rato antes.

—¿Qué pasa? —preguntó el chico, sorprendido.

—Silencio.

Árgoht se preguntó qué probabilidades tenía de que no les hubieran visto. La respuesta llegó un segundo después, cuando una flecha teñida por completo de negro

se clavó con un silbido a pocos centímetros de sus pies. A pesar de que su posición más elevada les daba cierta ventaja, Árgoht supo que tenía todas las de perder y no solo por su inferioridad numérica.

Una nueva flecha silbó hacia ellos, pasando muy cerca de Lavell.

Árgoht percibió algo duro en su mano derecha y al mirar, vio que tenía a Êralin desenvainada, aunque no recordaba haberlo hecho. La espada casi se sacudía, ansiosa por entrar en combate. Su filo, casi completamente negro, apenas reflejaba la luz.

El hechicero analizó sus posibilidades y supo que tenía que tomar la iniciativa. La patrulla ya se había situado alrededor de la colina y varios hombres empezaban el ascenso. Eran seis en total, todos ellos protegidos con cuero negro y armados con espadas cortas y arcos. Al instante siguiente, casi sin percatarse de ello, estaba corriendo colina abajo con Êralin ante él.

Árgoht se regodeó en las miradas de sorpresa de los soldados, que no esperaban un ataque frontal.

Qué sensación tan maravillosa era aquella que provocaba la energía de la espada al recorrer su cuerpo, cada uno de sus músculos, aportándole una fuerza y velocidad extrañas, placenteras. Se sentía capaz de cualquier cosa, invencible, mientras analizaba quién sería su primer contrincante. En su mente ya los imaginaba a todos muertos, mutilados y ensangrentados, a sus pies. Aunque sabía que era Êralin la que hablaba, no la hizo callar.

Árgoht arremetió contra el grupo de sorprendidos soldados antes de que tuvieran tiempo de asimilar lo que estaba ocurriendo. Con un rápido movimiento abrió un tajo en el torso del primer hombre a su alcance y, con un sencillo giro, ensartó al siguiente. Êralin probó la sangre tras mucho tiempo sin hacerlo. Su ansiedad aumentó aún más.

Pero la sorpresa de sus rivales duró poco. Tras acabar con aquellos dos hombres, los cuatro restantes ya le esperaban en formación defensiva. Árgoht escupió unas palabras, tan sencillas que extrajo la energía de su propio ser, sin necesidad de recurrir a la Madre. Un arco de fuego se abrió a sus pies, dividiendo el grupo en dos. Uno de ellos vio cómo prendía su ropa y soltó sus armas mientras corría tratando de apagarlas.

El hechicero plantó bien los pies en el suelo mientras usaba aquellas mismas llamas para lanzar un chorro de fuego hacia el soldado que le quedaba más a la izquierda, envolviéndolo con ellas y convirtiéndolo en una gigantesca antorcha. Sus gritos debían de oírse a kilómetros a la redonda.

Aquello fue demasiado para los demás. Una mirada entre ellos fue suficiente para entender que todos habían tomado la misma decisión. Se dieron la vuelta y echaron a correr por el mismo camino por el que habían llegado. El hechicero no tuvo más remedio que dejarlos marchar. Perseguirlos habría significado dejar a Lavell solo.

La furia de Árgoht se fue enfriando poco a poco mientras observaba el resultado de sus actos. Los uniformes de los caídos eran negros de arriba abajo, lo que



demostraba que eran soldados de la Orden Kariteas.

En frío, solo veía muerte a su alrededor y supo que Êralin le había manipulado de nuevo. Asqueado, la introdujo de nuevo en su vaina y corrió colina arriba en busca de Lavell. Cuando hubo llegado a él, el muchacho lo miró con una mezcla de sorpresa, admiración y miedo. Sin apenas detenerse, lo agarró por el brazo y tiró de él para descender la colina por el lado contrario.

—¡Eh! ¿Qué ocurre? —preguntó Lavell, sorprendido, mientras trataba de seguir el ritmo del hechicero.

—Tenemos que darnos prisa.

—¿Por qué? Les has derrotado.

Árgoht se detuvo un único momento y miró al chico a los ojos.

—Se han rendido con demasiada facilidad. Eso significa que era un grupo de exploración, que tras ellos vienen más, probablemente algún batallón importante. Ahora saben que estamos aquí y empezarán a buscarnos. Nos cazarán.

Árgoht hizo una pausa para asegurarse de que Lavell estaba entendiendo sus palabras. Sus ojos, muy abiertos, le dieron a entender que sí.

—Nuestra única esperanza es llegar a Quindarst y esperar que nos den cobijo.

—Aún está muy lejos. —Lavell miró hacia la ciudad, en la distancia.

Árgoht también alzó la mirada.

—Entonces tendremos que correr.

Y sin más palabras volvió a ponerse en marcha arrastrando al chico tras de sí.



«Loena Taren logró mantener alto el pabellón alzado por su padre, cuya alargada sombra nunca fue impedimento para ella. Muy al contrario, siempre se esforzó en imitar su forma de gobernar, amable y muy cercana al pueblo».

*Historia y memoria del reino de Lahmna, capítulo treinta y uno.*  
Fitzgerald Clem.

Árgoht tardó muy poco en darse cuenta de la verdadera dimensión de la decisión que había tomado. La llanura se extendía aún varios kilómetros ante ellos y estaba infestada de patrullas enemigas. Debían andar con pies de plomo para evitar que los detectaran. Lavell, que no estaba acostumbrado a todo aquello, lo seguía como un alma en pena, sin comprender del todo en qué estaban metidos. Resoplaba cada vez que tenían que echar a correr y suspirando cada vez que tenían que ocultarse tras algunas rocas o arbustos para evitar enfrentamientos que no les llevarían a ninguna parte.

El hechicero aprovechó una pausa para comer, escondidos entre un grupo de altos arbustos espinosos, para intentar tranquilizarle. No prepararon fuego alguno, así que se limitaron a comer un poco de pan y queso. Lavell bebió tanta agua que amenazaba con vaciar un odre entero. Sudaba copiosamente debido al esfuerzo, la tensión y el calor.

—Intenta dar sorbos cortos y raciona el agua, Lavell —le dijo el hechicero mientras repartía los alimentos.

El chico le miró sin comprender.

—Aún nos queda un trecho para llegar a la ciudad y, cuando lleguemos allí, no sabemos lo que nos vamos a encontrar. Si está sitiada o conquistada y tenemos que seguir de largo, echarás en falta ese líquido que ahora derrochas sin pensar.

—Lo siento. —Lavell guardó el odre y empezó a comer en silencio.

Árgoht hizo lo propio sin dejar de mirar alrededor. Toda aquella región, el reino de Lahmna, le recordaba inevitablemente a todo lo vivido junto a Kleria Hurgol. En más de una ocasión se había sorprendido a sí mismo rememorando aquella aventura vivida a su lado y se había preguntado qué habría sido de ella, cómo se habría desarrollado su regreso a Krahedia y en qué mujer se habría convertido con el paso de los años. Seguía guardando su recuerdo muy dentro, usándolo como ancla para regresar del gehvaal si sentía que podía llegar a perderse en él.

Le distrajo la presencia de una nueva columna de humo que se alzó hacia el cielo un poco más al este. Los recuerdos se desvanecieron para dejar paso a la dura realidad en la que se encontraban inmersos.

—Estamos en mitad de una guerra —dijo, pensando en voz alta.

Lavell lo miró, con la inocencia y la incomprensión plantadas en los ojos.

—Pero nosotros no hemos hecho daño a nadie. ¿Por qué nos atacan?

—Ellos no saben quiénes somos y no se pueden arriesgar a nada. Si nos ven, o nos capturan, querrán saber qué hacemos aquí y por qué. Si no les gustan nuestras respuestas, nos matarán o nos torturarán.

Lavell se estremeció ante esta posibilidad mientras masticaba un pedazo de pan duro. Por un momento, Árgoht se arrepintió de haber sido tan franco.

—Pero vos sois poderoso, podríais defendernos.

—Hasta mi poder tiene límites. No puedo enfrentarme a todo un ejército.

Lavell puso cara de no entender nada, pero no preguntó más.

—La guerra no puede explicarse, Lavell. Si te ves envuelto en una, solo tendrás una opción: elegir bando y esperar que sea el ganador. Lo contrario significa la muerte.

De pronto le vino a la mente la imagen de los cuerpos de la patrulla tirados a su alrededor mientras Êralin goteaba su sangre sobre la hierba. Era una sensación maravillosa, con todo aquel poder recorriendo su organismo. A pesar de su tendencia natural a evitar la muerte si no era imprescindible, con la espada en la mano entendía que no tenía otra opción. Con La Cazadora la sangre no parecía tan brillante, los gritos no parecían tan agónicos y el olor de la muerte no le daba ganas de vomitar. Con ella se sentía invencible.

Con el paso de los años había aprendido a no sentirse culpable después.

Se pusieron en marcha de nuevo tras descansar un poco. El grueso del ejército debía seguir estando a su derecha, pues las columnas de humo se sucedían al este. Avanzaba muy despacio, por lo que era poco probable que llegara antes que ellos a Quindarst, pero no debían de relajarse. Si alcanzaban las murallas cuando el asedio hubiera comenzado, no tendrían ninguna opción de entrar en la ciudad.

Lavell no emitía queja alguna por el ritmo impuesto por el hechicero. Árgoht suponía que las palabras habían calado en él y que, de alguna forma, lo había comprendido todo. Al menos, había captado lo esencial: era primordial llegar a la

ciudad. Apenas paraban para descansar y, a pesar de los rodeos que tuvieron que dar para evitar a las patrullas o las aldeas, poco a poco fueron dejando las columnas de humo atrás. Aun así, avanzaban muy despacio pero, cuanto más se adelantaran, menos probabilidad tendrían de toparse con exploradores. No podían permitirse ningún error.

Al caer la noche, a punto de ya de detenerse a descansar a la sombra de un gran peñasco, Lavell le preguntó algo a lo que venía dando vueltas durante horas.

—¿Cómo sabéis que os recibirán, Árgoht?

Lo preguntó con un tono despreocupado, natural, sin saber que estaba hurgando en una herida que llevaba un buen rato supurando en la mente del hechicero.

—No lo sé.

No podía saberlo. Solo podía esperar que Loena Taren, la reina, se acordara de él y le abriera las puertas para darle asilo. Pero era una esperanza muy efímera. No tenía forma de saber si ella seguía en el trono, ni siquiera si seguía viva o no ni si, aun siendo así, tendría algún interés en recibirles.

—Es nuestra única oportunidad. Si no nos reciben tendremos que ir al oeste, al mar, y buscar un barco que nos aleje de aquí todo lo posible hacia el norte. Tal vez más allá las cosas estén un poco más tranquilas.

Aún tardaron todo un día más en tener las murallas al alcance, más lejanas de lo que les habían parecido el día anterior y avanzando a un ritmo lento al tener que evitar que los descubrieran. El sol empezaba a declinar, otorgando al cielo del oeste el mismo color que el de las aldeas en llamas, como si el mismo cielo quisiera participar de la guerra.

Árgoht y Lavell llevaban un par de horas avanzando a buen ritmo, convencidos de que habían dejado a las patrullas atrás. Tan cerca de Quindarst no había aún presencia del ejército, pero llegarían en un día o dos, a más tardar.

«La Madre ha sido misericordiosa hoy» —pensó Árgoht mientras los muros de la capital de Lahmna crecían ante sus ojos sin nadie que los persiguiera. Llegar un día más tarde habría sido catastrófico. A su izquierda, en el mar bañado de escarlata, se podía apreciar un gran ajeteo de barcos esperando para entrar en el puerto. Desde galeras de guerra a pequeños esquifes, todos parecían en movimiento.

A medida que se acercaban, Árgoht apreció otra cosa: los campos a su alrededor estaban completamente abandonados. El Daño los había devastado, como en toda la región, pero además las casas decaían, vacías de vida y sin ningún tipo de cuidado. La última vez que había estado allí, Quindarst bullía de vida y los alrededores de la ciudad estaban atestados de ciudadanos esperando para entrar y presenciar el funeral del rey Kreón Taren. Ahora, aquel lugar parecía un cementerio.

Un silbido familiar le sacó de sus cavilaciones.

—¡Al suelo!

Lavell reaccionó y se tiró sobre la tierra de cualquier manera. Una flecha se clavó junto a ellos, a escaso metro y medio de distancia.

—¡Quién va! —gritó una voz desde lo alto de la muralla.

Árgoht calculó que aún debían de estar a más de ciento veinte pasos de distancia, pero la voz llegó diáfana en el silencio reinante.

—Somos viajeros —gritó Árgoht en respuesta—. No deseamos ningún mal al reino de Lahmna ni a sus habitantes. Solicitamos asilo.

—No deis un paso más.

Árgoht obedeció, pero vocalizó un hechizo por si las cosas se ponían feas. Si tenían que huir, tendría que hacer mucho ruido antes. Lavell se puso en pie a su lado. Esperaron durante un buen rato, sentados en el suelo terroso. El hechicero no dejaba de mirar en todas direcciones, temiendo la aparición de alguna patrulla enemiga.

—¿No nos van a dejar entrar? —preguntó el chico, aburrido, mientras jugueteaba con una piedra.

Tenía un aspecto horrible tras el viaje. Ojeroso y sucio, Árgoht lo había exprimido hasta el límite de sus fuerzas, aunque él no se había quejado en ningún momento.

Por fin, una pequeña puerta situada a la izquierda del portón se abrió y dio paso a un grupo de cinco hombres, bien pertrechados, que se detuvo a cinco metros de la muralla. Uno de ellos les hizo señas para que se acercaran mientras miraba en todas direcciones, quizás temiendo una trampa. Árgoht y Lavell avanzaron muy despacio. El hechicero no dejaba de mirar a las almenas de piedra marrón, desde las que varios arqueros les apuntaban con los arcos tensos y dispuestos a acabar con ellos a la menor vacilación o paso en falso.

Cuando estuvieron suficientemente cerca, uno de los soldados dio un paso al frente. El sol del ocaso provocaba destellos anaranjados sobre el yelmo que cubría su cabeza. Su aspecto distaba mucho de ser impresionante. Al contrario, parecía alguien acostumbrado a pasar hambre, con la armadura de cuero marrón tachonado sucia y con falta de cuidados. Una capa le cubría los hombros.

—¿Qué hacen un hombre y un niño en estas tierras?

—Solo estamos de paso. Nos dirigimos al norte y nos hemos encontrado con el ejército de la Orden a una jornada de aquí. Hemos tenido que correr.

El hombre miró hacia atrás, a sus compañeros. Aquella mirada decía muchas cosas y Árgoht entendió que el aspecto de los dos les ayudaba. Desde luego, no parecían soldados ni espías.

—Ese ejército... ¿Sabríais de cuántos hombres se componía?

—Solo lo hemos visto desde la distancia, pero son muchos. Muchísimos. Solicito audiencia con la reina Loena.

Aquellas palabras fueron un error. La mirada del hombre cambió de pronto, endureciéndose.

—¡Prendedlos!

Tres hombres se adelantaron hasta ellos.

—Soltad las armas y venid con nosotros por las buenas. Si no lo hacéis, no pasaréis de este punto.

Árgoht miró de nuevo a los arqueros y supó que no era una amenaza vana. Soltó el petate y el cinto de la espada al tiempo que deshacía el hechizo que tenía entre los labios. Quería entrar en la ciudad, aunque fuera como prisionero. Una vez dentro ya tendría ocasión de negociar o explicar su situación. Lo contrario significaría quedarse al aire libre en terreno hostil con una batalla a punto de comenzar. Un hombre se situó tras él y otro tras Lavell y les cogieron los brazos a la espalda. Después les hicieron avanzar hacia la puerta.

El niño miró a Árgoht, preguntándole con la mirada qué debía hacer.

—Tranquilo, chico —le dijo el soldado que le ataba las manos—, no te haremos daño.

El hechicero asintió levemente con la cabeza y Lavell relajó los hombros.

Dos minutos después, estaban dentro de la ciudad.

El sonido de la puerta cerrándose tras ellos le sonó a Árgoht a música celestial.



«El reino de Marder, por su situación estratégica, ha jugado desde siempre un papel crucial en la historia bélica del continente».

*Batallas e historia militar*, capítulo dieciocho.

Ectora'Ditaris.

Preas Mor llevaba muchos años sin cruzar la frontera norte del reino. Siendo más joven, durante su formación, había recorrido aquella región palmo a palmo, conociendo cada aldea y ciudad, cada arrollo y cada colina. Había tenido que viajar a Marder en varias ocasiones como embajador de la familia Mor, pero era la primera vez que lo hacía como rey. Conocía a Hostar Hosvas de una de aquellas visitas. Era un hombre recio y firme, de convicciones tradicionales y muy religioso, lo cual explicaba su oposición frontal a la Orden Kariteas. Preas pensaba, sentado en el caballo sin prestar atención a sus pasos, en lo que podría pasar si Hostar se rendía ante las Sombras y se alineaba con ellos. Marder era por el momento su único canal de salida seguro en el caso de que el Daño siguiera ascendiendo. Hasta donde él sabía, tanto Horias, como Ferrakis como Derties estaban ya sometidos, por lo que, si Marder caía, Angôr quedaría aislado del resto de Thera. Sacudió la cabeza para tratar de alejar de sí aquellos pensamientos nefastos.

El norte de Angôr siempre le había parecido inhóspito y frío. El terreno estaba quebrado en las cercanías de las Artenim-oth, abrupto y de difícil paso para los caballos, así que mover por allí las carretas era todo un acontecimiento. Pequeñas aldeas se diseminaban por todas partes aprovechando las llanuras o el abrigo de las montañas, habitadas por hombres y mujeres curtidos y rudos, acostumbrados a una vida incómoda y feroz.

Según palabras de Herta, todas ellas se habían unido a su causa por lo que, según el acuerdo firmado con ella, ya no eran habitantes de Angôr. ¿En qué situación dejaba a toda esa gente? El invierno era duro allí, si la capital cerraba las rutas comerciales no tendrían forma de sobrevivir.

«Pueden aliarse con la Orden». El pensamiento se coló en sus divagaciones como un relámpago. Ahora, siempre existía esa opción. No solo debía cuidar el trato que dispensaba a Herta y sus nuevos territorios, sino que debía vivir con el miedo constante de que le traicionara y cediera la frontera norte a aquellos cerdos. De hecho, nada le aseguraba de que eso no hubiera ocurrido ya.

Un escalofrío le recorrió al pensar en ello. Muchas cosas empezaban a escaparse de su control.

Cruzar las montañas no fue cómodo para un grupo tan grande como el suyo, pero lo hicieron a buen ritmo por el Paso del Tordo, lo que les obligó a desviarse un poco más al oeste. Era el único paso transitable para los carromatos y aun así perdieron uno de ellos, así como dos caballos y un soldado. Las montañas, a su alrededor, les atosigaban a cada paso con su pétreo defensa. Preas enviaba exploradores para que se adelantaran a inspeccionar el terreno, temeroso de una emboscada.

Cuando, dos días después, por fin abandonaron el paso, el rey sintió como si respirara aire fresco tras muchos días encerrado. Miró hacia atrás y allí estaban las Artenimoth, como si le dijeran adiós con una sonrisa sardónica. Al mirar al frente, recordó que todo cambiaba a partir de ese punto. Ya no estaban en Angôr. Ya no había vuelta atrás.

Preas llamó con la mano a Elha, que caminaba tras él.

—Ve a llamar a Tizo.

La muchacha se apresuró a cumplir la orden y se perdió entre la caravana. Diez minutos después regresó junto al soldado, sudando para seguir su paso, pues él iba montado y ella a pie.

—Majestad, ¿me habéis llamado?

—Tizo, alza los estandartes de Angôr. Quiero que se vean desde muy lejos. No me gustaría que nos atacara algún grupo confundiéndonos con lo que no somos.

—Inmediatamente, Majestad.

Instantes después, los pendones y banderas de Angôr ondeaban al viento frío que descendía de las montañas. El día estaba fresco y todos se abrigaban como podían entre sus capas mientras los caballos exhalaban vaho por los ijares. Cuando dejaron atrás las últimas estribaciones de las montañas se abrió ante ellos una pequeña llanura salpicada de colinas y pequeños bosquecillos teñidos de verde. Una manada de ciervos cruzó ante ellos antes de perderse en una de las arboledas.

—El Daño aún no es patente aquí —dijo Tizo, a su lado, observando todo a su alrededor con detenimiento.

—Eso parece...

En efecto, allí donde el calor del verano aún daba un respiro a la vegetación, esta



se mostraba lustrosa y espesa, demostrando que durante la primavera había estado verde y frondosa.

—Que salgan los exploradores. Quiero saber lo que nos vamos a encontrar más adelante. Todavía nos queda mucho camino antes de llegar a Alasân y no sabemos cuán cerca está la Orden.

Varias horas después, los exploradores regresaron casi al mismo tiempo, a pesar de que habían partido en direcciones diferentes. Los que se habían dirigido al norte y el oeste llegaron sin noticias de movimientos de tropas. En aquella región todo parecía estar en calma aún. Fue el que había partido hacia oriente el que trajo las noticias más importantes.

—Un gran ejército se mueve hacia el noroeste.

El mensajero regresó agitado y el rey Preas le ofreció una copa de vino en su pabellón. Estaba ansioso por saber más, después de que los demás le hubieron hablado de la extraña calma que se vivía un poco más al norte.

—¿Con quién se alinean?

—No pude acercarme lo suficiente, Majestad —respondió el explorador, un joven atlético y de lengua rápida llamado Kler—. Temí que si me veían pudieran alertar de nuestra presencia aquí. Sin embargo, no vi pabellones ni banderas negras.

—Hostar puede haber pedido ayuda a otros reinos vecinos —intervino Tizo—. Quizás no seamos los únicos que han respondido a la llamada de auxilio.

—Eso sería una gran noticia, pero no debemos confiarnos.

—La Orden Kariteas, si nuestros informadores están en lo cierto, atacará desde el noroeste, pues el este no está bajo su control. Derties, Ferrakis, Horias... Ellos sí se han alineado en nuestra contra, así que es de prever un ataque desde esa dirección.

—Tienes razón... —Preas se atusó la barba mientras reflexionaba—. Kler, tendrás que regresar a la posición de ese ejército, pero llevarás un mensaje contigo. Tizo, que lleve una escolta de tres hombres. Tenemos que saber cuanto antes si son amigos o enemigos. Kler, nosotros seguiremos avanzando hacia el norte. Espero tu regreso dentro de doce horas. Si no has regresado para entonces, daré por sentado que son enemigos y me desviaré hacia el este para encontrarme con ellos.

—Así se hará, Majestad.

Tizo y Preas observaron al explorador abandonar el pabellón a toda prisa.

—Iré con él —dijo Tizo.

—No es seguro. Tal vez no sea buena idea.

—Soy aún mejor explorador que él y, si hay problemas, yo estaré más preparado para solventarlos.

—De acuerdo, pero nada de ropas de gala. Que nadie sepa que estás tan cerca de mí. Para ellos, que seas un soldado más. Solo te darás a conocer en el caso de que sean amigos y puedas entregar el mensaje.

—Sí, Majestad. ¿Qué debo decir?

—Concierta una reunión en el Vado del Enebro con quien quiera que esté al

mando. Aún tardaremos dos días en llegar allí, así que hay tiempo de sobra para que ellos envíen a alguien. Si aceptan, ven con ellos. Si no, regresa cuanto antes para planear nuestra estrategia.

—Un rival al norte y otro al oeste es más de lo que podemos afrontar.

Preas miró a Tizo con sus grandes ojos almendrados. La preocupación se había instalado entre ellos, frunciendo su ceño hasta casi unirle las cejas. Preas le respondió con una sonrisa cansada.

—Pues reza a Gan todo lo que sepas para que sean amigos.



«Los últimos conatos de resistencia fueron inútiles. La Orden  
había ganado».

*Historia y memoria del reino de Lahmna*, capítulo cuarenta.

Fitzerald Clem.

La ciudad de Quindarst no había cambiado mucho desde la última vez que Árgoht había estado en ella pero, si bien en aquella ocasión, tantos años atrás, la recorría un maremágnum de gente, con gritos por doquier y un permanente olor a muchedumbre, en esta ocasión solo el viento recorría las calles. Mientras caminaban observó que la suciedad se había apoderado de las casas y muchas de ellas aparecían vacías, con las puertas desvencijadas como si llevaran mucho tiempo abandonadas.

—¿Qué ha pasado aquí?

Árgoht hizo la pregunta sin pensar y casi sin esperar respuesta. Para su sorpresa, el soldado que le guiaba a punta de espada, situado a su derecha, le respondió.

—Ha sido el Daño. La gente se ha cansado de esperar a que las cosas mejoren. Muchos se han ido.

Árgoht se dio cuenta de que ese *muchos* abarcaba a una enorme cantidad de gente y el tono con el que lo decía el hombre le dio a entender que él mismo estaba deseando largarse.

—¿Por qué no te has ido también?

El soldado miró a Árgoht, como si estuviera tratando de decidir hasta qué punto debía darle conversación al prisionero. Por fin, con un leve encogimiento de hombros, siguió hablando.

—Mi deber está aquí. No quiero deshonorar a mi familia. He mandado a mi gente al norte, a Derties. Parece que allí las cosas todavía no están tan mal, aunque es

posible que tengan que seguir hasta Ereth.

Árgoht no respondió.

—Espero reunirme pronto con ellos —dijo, con un suspiro.

«En el fondo está deseando desertar» —pensó Árgoht. Levantó la cabeza y miró a su alrededor. Solo había casas abandonadas, ratas y mugre por todos lados.

«¿Y quién no?».

El acuartelamiento de la ciudad no tenía mejor aspecto que el resto, aunque se veía algo más de movimiento de personas a su alrededor. Dos soldados acorazados les abrieron paso saludando con la cabeza. El edificio era una recia y anodina estructura de piedra de base rectangular coronada por una cúpula chata. Las viviendas que lo rodeaban sí parecían conservar vida en su interior.

Árgoht y Lavell fueron conducidos a los calabozos, dos niveles por debajo del suelo y alumbrados solo por esporádicas antorchas anodinas. Árgoht, aun consciente de que podía escapar en cualquier momento, prefirió dejarse llevar. Tendría otra ocasión de hacer una salida espectacular, pero de llegar a ver a la reina podía tener solo una.

La celda era pequeña y estaba sucia, pero disponía de dos catres anclados a la piedra de las paredes y un agujero en el suelo que debía servir de desagüe. Había estado en alguno como aquel en otras ocasiones. El olor a orines rancios y heces estaba impregnado en todas partes.

—Esperareis aquí —se dirigió a ellos el primer hombre que los había abordado a su llegada. Su aspecto cansado quedaba refrendado por una incipiente barba que no podía tener más de cuatro o cinco días—. ¿Debo esperar algún problema por vuestra parte?

Árgoht negó con la cabeza.

—¿El chico necesita algo especial?

Aquello sorprendió al hechicero. ¿Estaba aquella gente tan hastiada que no querían ni atosigar a unos prisioneros? ¿Es que todo les daba igual o realmente era costumbre el ser amables?

—No necesito nada, gracias —se adelantó a responder Lavell.

—Muy bien.

El soldado se dio la vuelta dispuesto a marcharse.

—¡Agua! —exclamó el chico de pronto, como si acabara de acordarse.

El soldado volvió a mirarlo y Árgoht habría jurado que hizo un esfuerzo por contener una sonrisa. Aunque no respondió nada y dirigió de nuevo sus pasos escalera arriba, minutos después apareció un sirviente con una jarra de agua, dos copas melladas y sucias y dos pedazos de queso no muy mohosos.

El calabozo, excepto por ellos dos, estaba vacío. Con un suspiro, Árgoht se sentó en el catre con intención de esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

—¿Por qué nos han traído aquí? —preguntó Lavell, terminando de mordisquear distraído un pedazo de queso—. ¿Hemos hecho algo malo?

—No, pero tienen miedo. No saben nada de nosotros y son días convulsos y peligrosos. Estaremos aquí hasta que les demos que nada tienen que temer.

«Si es que puedo convencerlos», quiso añadir. No tenía por qué asustar al chico.

Lavell guardó silencio y se dedicó, sentado en su catre, a mirar a su alrededor, a pesar de lo poco que había para observar.

—¿Tienes miedo? —le preguntó Árgoht, al comprobar que su rostro estaba sereno, sin el menor rastro de ansiedad.

—¿Miedo de qué?

«Es una buena pregunta» —pensó el hechicero. Por un momento estuvo tentado de enumerar las barbaridades que tradicionalmente se cometían con los prisioneros, pero se contuvo.

—Estás en una celda, privado de libertad y no sabes qué va a ser de ti. ¿Eso no te preocupa?

Lavell tardó unos segundos en responder y lanzó otra mirada a la celda.

—Se parece mucho a Ärgufal.

Árgoht, que siempre tenía respuesta para todo, no supo qué responder a aquello. Recordó entonces que Lavell no había vivido, o no la recordaba, otra vida que no fuera dentro de los muros del lerteneo, donde su celda podía ser similar a aquella. Nunca habría considerado el sencillo lerteneo, con su silencio y su serenidad, como una cárcel, pero para Lavell bien podía haberlo sido. Los ganetorei ingresaban por voluntad propia, pero él había aparecido allí y no había vuelto a salir.

—¿Qué sabes del mundo que te rodea, Lavell?

El chico pensó la respuesta durante unos instantes.

—Los comerciantes que traían comida y ropa nueva a Ärgufal me contaban historias de los reinos más allá del desierto. Grandes batallas, caballeros y preciosas princesas. Tenía muchas ganas de ver ese mundo fantástico.

«Toda una sarta de mentiras y cuentos para entretener a un niño ávido de conocimientos reales, de conocer la vida tal como es».

—No creo que veas algo así.

—¿Por qué?

Árgoht se preguntó por un momento quién era él para romper la ilusión en la que vivía el chico. Con esperar a llegar a su destino tenía más que suficiente. Vería el mundo real con sus propios ojos y lo que no, que sería mucho, lo aprendería de los ganetorei.

—El mundo es duro y cruel. Los cuentos de princesas son solo eso, cuentos. Esos comerciantes trataban de entretenerte, de sacarte una sonrisa, pero no te contaban la verdad. —Lavell lo miraba con los ojos muy abiertos, pero ya no había vuelta atrás—. Si no tienes cuidado, el mundo te pisoteará, te pasará por encima y no se molestará en mirar una segunda vez a ver en qué estado queda tu cadáver.

Árgoht calló, un poco arrepentido de la dureza de sus palabras. Lavell siguió mirándolo, como si tratara de hallar la verdad en el pozo de sus ojos violeta.

—A lo mejor eso es otro cuento —dijo por fin, con una sonrisa—. ¿Por qué vuestra verdad es más cierta que la de los comerciantes?

De nuevo, algo irritado, Árgoht se quedó sin respuesta, por lo menos sin una que fuera razonable para un niño. Lavell entendió su silencio y dio por concluida la conversación.

Era de noche ya cuando el eco de unos pasos resonó en el calabozo. Varias personas bajaban por la escalera acompañados por el resplandor de una antorcha. Ante la reja de la celda apareció un hombre pequeño y nervudo, con el pelo blanco bien peinado y de porte orgulloso. Vestía ropa elegante, aunque con algunos años ya sobre sus costuras. Tras él, dos soldados le cubrían las espaldas. Uno de ellos sostenía una antorcha cerca de la puerta a fin de que pudieran observar bien a los reos.

Escrutó a los dos presos con gran detenimiento antes de empezar a hablar. Se detuvo en Lavell, como si tratara de adivinar qué podía hacer un muchacho allí.

—Habéis solicitado audiencia con la reina. ¿Quiénes sois y qué hacéis en Lahmna?

Árgoht se puso en pie. Reconoció al hombre de su visita anterior, pero no recordaba su nombre, aunque lo tenía en la punta de la lengua. Era el asistente de la reina. Había envejecido mucho y su rostro se había llenado de arrugas, del tipo que aparecía más por las preocupaciones que por la edad.

—Mi nombre es Árgoht Grandël y él es Lavell.

La mirada del hombre cambió, abriendo un poco más los ojos. Lo había reconocido y estaba haciendo un esfuerzo porque no se le trasluciera la sorpresa. Él mismo había cambiado mucho y entendía que le costara reconocerlo.

—Venimos del lerteneo de Ärgufal y nos dirigimos al norte, a Glimaris. Mi destino es Hipesen D'an.

—¿Habéis cruzado el Desierto de Sal?

—En efecto.

El hombre se giró hacia uno de los soldados que lo acompañaban.

—Abrid. A partir de este momento me hago responsable de ellos.

El soldado sacó un manajo de llaves y abrió sin dilación la reja de la celda con un chirrido de hierros en desuso.

El hombre no esperó apenas a que la puerta hubiera terminado de abrirse y ya se puso en marcha hacia la escalera. Árgoht salió detrás de Lavell, que se apresuró a seguir los pasos del asistente, que caminaba como si no tuviera a nadie tras él.

—¿A dónde vamos? —preguntó Lavell a Árgoht, quien solo pudo encogerse de hombros y seguir andando.

Su guía los condujo al exterior del acuartelamiento y se introdujo en la ciudad con paso firme y seguro del camino que tomaba, como si lo hiciera cada día. La noche los bañó de luz blanca y se sumergieron entre las sombras. Los escasos ciudadanos que se cruzaban con ellos ignoraban su presencia, incapaces de reconocerlos. Sus pasos se dirigieron hacia las tres grandes torres que formaban la fortaleza de la familia real y

que Árgoht reconoció. Si bien la vez anterior la había encontrado luminosa y orgullosa, hoy la veía apagada y sombría, como si la piedra que la formaba se hubiera marchitado como las tierras a su alrededor. Tal vez era solo una impresión causada por la decadencia generalizada.

—Llegáis en buena hora —dijo de pronto el hombre en voz baja, como si estuviera haciendo una confesión—. La reina estará encantada de veros.

—Me alegra oírlo, Argueldes. —Su nombre le vino de pronto, como si no lo hubiera olvidado nunca.

A medida que se aproximaban a su destino el aspecto de la ciudad mejoraba ligeramente, como si las zonas más alejadas fueran las más abandonadas y la población se hubiera desplazado hacia el centro. Los ciudadanos tenían aspecto triste y decaído, pero al menos había movimiento. Se encontraron con varias patrullas que se movían de un lado a otro como si hubiera alguna urgencia.

«Y tanto que la hay» —pensó Árgoht.

Argueldes observó cómo el hechicero miraba a los soldados.

—La guerra se nos viene encima —dijo con un suspiro.

Por fin llegaron a la gran escalinata que daba acceso a la fortaleza. La recordó llena de gente que pasaba a dar el último adiós al rey Kreón durante su funeral. Ahora estaba vacía y sucia, con algunas piedras quebradas y cubiertas de malas hierbas. Dos guardias reales, ataviados con su uniforme de gala, tan extraños en aquel entorno decadente como dos brillantes estrellas en el cielo, les abrieron la gran puerta y, al cruzarla, fue como si dejaran toda la miseria y podredumbre tras ellos. El olor a suciedad y descomposición se atenuó al acceder al patio sobre el que se alzaban las tres grandes torres, en completo silencio ya en plena noche e iluminado por antorchas en varios puntos. Argueldes se dirigió directamente a la Torre del Rey, donde tuvieron que sortear a dos nuevos guardias.

El interior estaba en sombras y el mayordomo cogió una antorcha prendida de la pared para dirigirles a una sala situada a la derecha de una gran escalera que ascendía hacia los pisos superiores. Era la biblioteca.

—Enseguida vuelvo —dijo Argueldes, y salió de la sala, dejándolos a solas.

Árgoht se dejó caer en un sillón y Lavell hizo lo mismo. Diez minutos después, el chico estaba dormido, presa del agotamiento, en la misma posición en la que se había sentado. El hechicero también se sentía al límite de sus fuerzas, pues el viaje por la llanura, sumado a la tensión que había supuesto el tratar de pasar inadvertidos, había sido agotador. Sintió la tentación de pronunciar el *Ther-Arak* allí mismo e ir al encuentro con la Madre, pero se contuvo temiendo que volviera Argueldes en el momento más inoportuno.

Cuando se aburrió de esperar sentado, Árgoht se entretuvo analizando los volúmenes contenidos en los viejos anaqueles. Casi de manera inconsciente, iba buscando cualquier libro que pudiera aportarle alguna pista sobre los Guardianes y el Equilibrio.

El mayordomo llegó un buen rato más tarde sin que hubiera encontrado ninguno que llamara su atención.

—Venid conmigo —dijo desde la puerta con un gesto de la mano.

Árgoht se puso en pie con un suspiro y sacudió a Lavell con suavidad, que se despertó con un sobresalto y un poco desorientado.

—Vamos —le dijo—, nos esperan. Pronto podrás dormir.

Pidió a la Madre para sus adentros no haber dicho una mentira.

Argueldes les guio a la primera planta a través de la gran escalera de la entrada y accedieron a una pequeña sala casi vacía, con apenas una mesa, varias sillas y algunos tapices decorando las paredes. Dos puertas se abrían en una pared lateral y en la del fondo, un pequeño ventanal dejaba entrar la luz de la luna, aunque algo ensombrecido por la presencia de dos guardias en posición de firmes y armados con lanzas cortas, muy prácticas para lugares cerrados y estrechos como aquel.

El mayordomo cerró la puerta tras de sí y, casi al mismo tiempo, se abrió aquella situada a la izquierda, entre la mesa y los guardias. Por ella apareció un hombre joven y de anchos hombros, rubio y de ojos claros enmarcados en profundas ojeras, fruto de largas jornadas con escaso descanso.

—Su majestad el rey Kleinan de Clem —dijo uno de los guardias—, regente de Lahmna.

Árgoht tuvo que hacer un esfuerzo por reconocer en aquel hombre al pequeño Kleinan que, vestido con ropa que apenas sabía llevar, se había casado con la princesa Loena dieciséis años atrás. Parecían recuerdos traídos desde otra vida, muy lejana ya. El rey se sentó detrás de la mesa, pero no les invitó a ellos a sentarse.

—Que quede claro —dijo mirando a Argueldes— que esto es muy poco apropiado y no son horas de recibir solicitantes. Sed precisos en lo que tengáis que decir antes de que agotéis mi paciencia. A pesar de lo imposible que pueda parecer, mi mayordomo dice que sois el hechicero Árgoht Grandël, si bien vuestro aspecto dista mucho de ser el que recuerdo.

—El vuestro también —respondió Árgoht. El gesto de Kleinan se torció en una mueca—. Habéis mejorado mucho. Ya no sois el niño que conocí, escondido en las faldas de Marsila de Clem.

El rey no supo si aquello era un elogio o una crítica.

—¿Qué queréis? ¿Y quién es este niño?

—No quiero nada salvo algo de protección mientras recobramos fuerzas para seguir nuestro camino. Nada os voy a pedir salvo vuestra hospitalidad. Estamos de paso hacia el norte, hacia Glimaris y, tan pronto hayamos descansado y comido retomaremos nuestro camino.

—Tenemos una guerra a las puertas. Podrías ser un espía.

Aquello irritó a Árgoht, aunque no supo reconocer el motivo exacto. Tal vez fuera porque odiaba que dudaran de su palabra.

—¿Tenéis forma de demostrar que no venís aquí a espiarnos o incluso a matarme?



Árgoht miró fijamente al rey.

—*Kertene'en flams* —dijo, a modo de respuesta al tiempo que alzaba la mano con la palma hacia arriba y una pequeña bola de fuego aparecía en ella.

Los guardias se pusieron en movimiento, alzando las lanzas que tenían en la mano, temiendo por la integridad de su regente.

El hechicero acercó la boca a las llamas y sopló como haría con un poco de sal que hubiera quedado adherida a su piel. La bola salió despedida a toda velocidad hacia la cabeza de Kleinan, cuya mirada desorbitada entendió de pronto que estaba a punto de morir. Un instante antes de que impactara contra su rostro, el fuego se esfumó, dejando tras de sí un suave aroma a madera quemada. El rey se levantó tan deprisa que tiró la silla.

Durante un segundo, nadie reaccionó. La respiración del rey se agitó y su frente se perló de sudor. Uno de los guardias lo agarró por el brazo y tiró de él hacia atrás mientras apuntaba la lanza corta contra Árgoht. Su compañero lo imitó.

—No es vuestra muerte lo que deseo. Si así fuera, ya no estaríamos hablando. Tenedlo presente.

Kleinan hizo un esfuerzo por recobrar la compostura.

—¡Cómo osáis! ¡Habéis cometido un grave error! Árgoht estaba a punto de arrepentirse de su acto impulsivo cuando la puerta de la izquierda se abrió de nuevo. Por ella apareció una mujer de pelo castaño y piel clara. El paso del tiempo había añadido algunas pecas que solo conseguían resaltar su belleza. Entró con paso decidido, sin duda tras escuchar el ajetreo que se había desatado en la sala. Loena estaba aún más hermosa que como Árgoht la recordaba. De aquella niña inocente y perdida que había encontrado, acompañado de Kleria, en el camino hacia Quindarst, ya no quedaba nada. En su lugar había crecido una reina.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó al ver la escena. Su mirada se clavó en Árgoht.

Vestía un sencillo vestido de diario apenas ajustado, como si se lo hubiera puesto a toda prisa. Ambos se miraron durante unos instantes.

—Así que es cierto —dijo, mirando a Kleinan y a Arguedes. Árgoht dedujo de aquellas miradas que no había sido informada directamente de su llegada.

De pronto, Loena se abalanzó sobre Árgoht y se fundió con él en un abrazo. El hechicero tardó unos segundos en reaccionar y responder al gesto. Al otro lado de la mesa, el rey pareció relajarse y los guardias bajaron las lanzas.

Cuando se hubo retirado de sus hombros, la reina tenía los ojos anegados en lágrimas, aunque no permitió que rodaran por sus mejillas.

—¡Ese hombre ha querido matarme! —refunfuñó Kleinan.

—Lo dudo mucho —replicó Loena—. Si así fuera poco quedaría de ti, mi rey. Ha pasado mucho tiempo, pero estoy segura de que aún podemos confiar en él.

Esto último lo dijo mirando al meledino a los ojos, como si con esa mirada le estuviera desafiando a llevarle la contraria.

—Solo estoy aquí de paso, majestad. Me dirijo al norte. Ha sido la casualidad la que me ha situado aquí en este preciso momento.

Loena lo miró un segundo más a los ojos.

—Ha sido el destino.

Árgoht se tensó como si hubiera recibido una bofetada. Cada vez que la palabra *destino* se mencionaba a su alrededor, una chispa se encendía dentro de él y se planteaba una de las preguntas más importantes de su existencia. ¿Estaba allí por obra del Destino? ¿Iba camino de vivir otra Clave?

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral mientras Loena se enganchaba de su brazo con toda confianza, como si no hubiera pasado el tiempo, como si las pequeñas arrugas que empezaban a enmarcar sus hermosos labios fueran una broma o un chiste.

—Pero ahora lo importante es que descanséis. Los dos. Hueles a perro muerto. ¿Y tú quién eres? —le preguntó a Lavell con una gran sonrisa, como si hubiera descubierto en aquel momento que se encontraba en la habitación.

El chico estaba azorado.

—Lavell, Majestad.

Loena se agachó hasta ponerse a la altura de sus ojos.

—¿Y qué hace un muchacho tan guapo como tú con un hombre como este?

Lavell dudó y miró a Árgoht, sin saber muy bien si la reina bromeaba o no.

—Árgoht me acompaña.

—En Ärgufal me pidieron que acompañara al chico hasta Glimaris, al lerteneo de Hipesen D'an. No pude negarme.

—Y habéis hecho bien. No solemos tener invitados tan distinguidos en Quindarst últimamente.

Lavell sonrió de oreja a oreja y por un momento todo el cansancio y la tensión del viaje desaparecieron de sus ojos y sus hombros para convertirlo de nuevo en el niño que era. Loena lo cogió de la mano y se dirigió a la puerta principal, que Argueldes se apresuró a abrir.

—Lo primero es lo primero. Argueldes, adelántate y manda a preparar un baño caliente para nuestros dos invitados. Después, comerán algo. —De pronto recordó que el rey estaba presente y se giró hacia él—. Si vuestra majestad da su consentimiento, por supuesto.

Kleinan pareció recuperar un poco la compostura.

—Si tú lo consideras amigo, Loena, confiaré en tu buen criterio. Pero sigo sin fiarme. Cualquier movimiento en falso, hechicero, y os haré detener. ¿He hablado claro?

—Sí, Majestad —respondió Árgoht, de forma mecánica. Solo podía pensar en las palabras de la reina.

Y es que pensar en comida había hecho rugir su estómago. De repente fue como si el cansancio que había desaparecido de Lavell hubiera recaído sobre sus hombros.

Se sintió abatido y agotado.

Necesitaba tanto aquel baño como aquella cena.



«El mar, siempre misterioso e insondable, escapó de las miserables garras de la Tierra Negra. Solo Gan sabe cómo fue posible». *Historia y memoria del reino de Lahmna*, capítulo veintidós.  
Fitzgerald Clem.

El baño y la cena fueron, en efecto, balsámicos para Árgoht. Aunque en Árgufal llevaba un año comiendo de forma muy humilde, no pudo evitar sorprenderse cuando le sirvieron una bandeja de pescado asado acompañado de patatas ennegrecidas y vino aguado. No esperaba una gran cena y la devoró con exquisito gusto, pero sabía cómo eran las comidas en ciudades como Quindarst, sobre todo para los invitados.

«Sabía cómo eran antes del Daño» —reflexionó Árgoht.

—Pescado es lo mejor que podemos ofrecer —dijo de pronto Loena, que había aparecido junto a ellos de repente. Vestía ropa aún más informal que antes, con el pelo recogido en un alto tocado del que se escapan varios mechones, lo que le daba un aspecto desenfadado y sencillo que contrastaba mucho con su posición.

En el salón estaban solo ellos y dos sirvientes. Una chimenea caldeaba el ambiente y lo impregnaba de suaves aromas. Lavell, que había comido muy poco, dormitaba en un sofá.

—Por alguna razón que no alcanzo a comprender —continuó la reina—, el mar no se ha visto afectado por el mal de la tierra y sigue proveyendo a nuestra flota de pesca. Es lo que nos ha mantenido los últimos años.

—¿Dónde está la gente? —preguntó Árgoht, aun con un pedazo de pan en la boca.

Loena desvió la mirada hacia una ventana, como si buscara las respuestas entre las estrellas.

—Muchos se han ido. El reino está desolado. Los pocos que se han atrevido a quedarse son los que están aquí, en Quindarst. Las aldeas que no han sido saqueadas están abandonadas. El pueblo se ha ido marchando hacia el norte, de forma paulatina al principio, y masivamente en los últimos tiempos. Desde que se extendió la noticia de que el ejército de la Orden se dirigía a Lahmna, ha sido mucho peor. Enormes caravanas han cruzado las Inmerit-oth para buscar fortuna más al norte, donde dicen que las cosas aún no están tan mal.

Árgoht terminó de cenar y se acercó a calentarse las manos junto a la chimenea. Un destello llamó su atención más allá de la ventana que daba al oeste, al puerto. En la bahía, cientos de pequeñas luces iluminaban el mar.

Loena se situó a su lado.

—Estamos preparando la flota —dijo, conteniendo las lágrimas—. Nosotros también nos vamos.

Aquello fue todo un impacto para Árgoht, que se giró para buscar la verdad en los ojos de la reina, temiendo que le estuviera gastando una extraña broma. No encontró humor en ellos. Estaba a punto de llorar. Solo el orgullo lo evitaba.

—¿Todos?

—Todos los que quieran venir con nosotros. Nos dirigiremos al norte. Hemos enviado emisarios a Derties, Ereth y algunos reinos más solicitando asilo.

—¿Alguno ha respondido?

Loena bajó la mirada y se miró las manos, que se apretaba con tanta fuerza que se le blanqueaban los nudillos.

—Aún no.

Árgoht entendió y no preguntó más. Iban a embarcar a los supervivientes en un viaje a ciegas sin saber si iban a ser recibidos en algún sitio. Era una apuesta muy elevada.

—La alternativa —continuó— es quedarnos aquí, luchar en una guerra que sabemos perdida y morir por una tierra que ya no nos quiere en ella. Del reino de Lahmna solo quedan escombros, una sombra de lo que un día fue.

—¿Por qué no pides ayuda a Marsila? Clemthan debería ayudaros.

—Marsila murió hace unos años. Leicar y Theronar reinaron demasiado jóvenes, pero algo ha pasado en las minas y nadie quiere trabajar allí. Empezaron a llegar rumores de voces extrañas desde las profundidades y desaparecieron varios trabajadores. La población se negó a trabajar más en ellas y hubo que clausurarlas. Clemthan es una ciudad fantasma. Todos cuantos quisieron han sido acogidos aquí y los demás han huido también. Si la Orden no la controla ya, lo hará dentro de muy poco.

Árgoht terminó de comer. El gusto del vino se fue disolviendo en su boca al mismo tiempo que las últimas palabras de Loena iban calando en su mente. La reina conservaba su belleza, pero las preocupaciones habían dejado huella en forma de pequeñas arrugas alrededor de los ojos y la boca. Aunque él nunca había tenido un

lugar al que llamar hogar, podía imaginarse lo que debía haber sido para ella y Kleinan decidir abandonarlo todo, dejar su casa atrás y lanzarse al mar sin saber siquiera si alguien les daría asilo. Miró hacia la ventana, tratando de encontrar palabras de consuelo, pero dudaba mucho de que las hubiera. Nada de lo que él dijera podría aliviar la carga del corazón de Loena. Mientras miraba hacia la oscuridad, un relámpago restalló en la noche. Instantes después, el trueno completó el dueto.

—Es hora de irnos a dormir —dijo Loena, como si el relámpago hubiera puesto fin a la conversación—. Mañana hay mucho que hacer.

Los dos se miraron y la reina se abrazó a él con toda naturalidad. Árgoht le correspondió. Olía a lavanda y canela.

—He rezado mucho a Gan por este momento —dijo, con el rostro apretado contra su pecho—. Sabía que vendrías a mí en estos días aciagos. Estoy perdida. Te necesitamos.

Árgoht temía que pusieran ese peso sobre sus hombros y, sin poder evitarlo, miró a Lavell, otra carga que ya portaba. Su intención había sido seguir hacia el norte lo antes posible para poder dejar al chico en Glimaris cuanto antes, pero no podía negarse y abandonar a Loena en un momento como aquel.

Sus siguientes palabras le sorprendieron incluso a él.

—Haré lo que pueda por ayudar.

La tormenta arreció durante la noche. La reina asignó un dormitorio para Árgoht y Lavell, a quien hubo que llevar a cuestas, pues estaba completamente agotado. El hechicero no podía dormir, por lo que se sentó en el suelo y recitó el *Ther-Arak*. Se ausentó durante un par de horas para sumergirse en el acogedor seno de la Madre, lo que le devolvió las fuerzas perdidas y le levantó el ánimo. Cuando regresó aún era de noche y la chimenea se había apagado. Podía escuchar la respiración serena de Lavell en la cama. No parecía haberse movido siquiera.

Se levantó y se acercó a la ventana. También esta daba al oeste, a la bahía, donde un centenar de barcos esperaban, zarandeados por la tormenta. El viento azotaba la ciudad con furia, como si quisiera derribar las antiguas torres. Mientras observaba, las primeras claridades del alba empezaron a teñir de rosado el cielo, aunque la luz a duras penas lograba imponerse a la negrura provocada por la tempestad. Se imaginó a todos aquellos barcos, atestados de gente, buscando un puerto en el que resguardarse. Podía imaginarse la desesperación de todos cuando fueran rechazados una y otra vez mientras las escasas provisiones fueran menguando sin remedio. Se preguntó qué pasaría si nadie les recibía a tiempo. La flota sería presa de las tormentas o las enfermedades. Un nuevo relámpago le sobresaltó y se alejó de la ventana para meterse en la cama, sin ninguna intención de dormir, mientras esperaba la llegada del día.

Dejó volar a sus pensamientos mientras escuchaba el sonido del viento en el exterior, sumido en las sombras, y su mirada cayó en el bulto que formaba el cuerpo de Lavell. Recordó la imagen de su nacimiento, con la niña que representaba a la

Madre junto a su cama. Hacía mucho tiempo que había dejado de creer en las casualidades, por lo que trató de adivinar qué relación podía tener aquel viaje, el tener que llevar al chico hasta Hipesen D'an, con su Destino. No era más que un niño pequeño, inocente y despistado como cualquier otro. Era posible que no tuviera relación alguna con su propia búsqueda, pero la experiencia le había enseñado que, de una forma o de otra, casi todo en su vida tenía que ver con ella.

«La Madre me lo hará saber» —acabó concluyendo, como siempre—. «De una forma o de otra».

Pasó todavía un buen rato antes de que Lavell despertara y lo hizo sobresaltado, incapaz de reconocer el lugar en el que se encontraba. Árgoht, que estaba ya en pie, se acercó a su lado.

—Tranquilo, chico. Todo está bien.

Lavell miró a su alrededor y de pronto fue como si algo encajara en su cabeza. Sus hombros se relajaron y lanzó un suspiro.

—¿Estás bien?

Lavell, aún abrumado por el sueño, asintió con la cabeza. Tenía el pelo alborotado y todavía mostraba ojeras. Necesitaría más horas de descanso para recuperarse del todo.

—No me gusta que me llaméis *chico* —dijo mientras se bajaba de la cama.

Árgoht estuvo a punto de soltar una carcajada, pero se contuvo a tiempo.

—Lo tendré en cuenta.

Unos golpes en la puerta se sobrepusieron al sonido de la lluvia, que seguía cayendo en el exterior con terrible fuerza. Árgoht abrió y se encontró con una joven de piel oscura y pelo muy corto.

—Buen día, mi señor. Sus majestades os esperan para desayunar.

Árgoht asintió y la muchacha esperó a que ambos se hubieron vestido antes de guiarles hasta un pequeño refectorio situado en esa misma planta, aunque en el ala este. La actividad en la fortaleza era frenética, como si el alba hubiera traído consigo algo terrible. El hechicero podía imaginarse bien qué podía ser.

El rey Kleinan y la reina Loena les esperaban cuando la sirvienta tocó con los nudillos y anunció su llegada. Ambos estaban serios, como si acabaran de tener una discusión. El refectorio tenía las paredes cubiertas de tapices y por la única ventana entraba la escasa luz del sol que conseguía vencer el espeso manto de nubes que los rodeaba.

Loena los recibió con una gran sonrisa, pero el rey permaneció serio.

—Buenos días —dijo—. Sentaos, por favor.

Varios sirvientes trajeron el desayuno, consistente en pescado en salazón, pan recién hecho y vino, de nuevo aguada.

—¿Habéis dormido bien? —preguntó Loena.

—Muy bien —respondió Lavell con naturalidad sin dejar de masticar un pedazo de pan, antes de que Árgoht pudiera abrir la boca.

Todos le miraron con una sonrisa.

—Me alegro mucho, jovencito. Tienes mejor aspecto.

El desayuno duró poco y enseguida entraron en temas menos agradables. Árgoht estaba preparado y no se sorprendió cuando el rey anunció:

—El ejército de la Orden se encuentra ya a nuestras puertas. Llegará al finalizar este día.

Árgoht se puso en pie y se dirigió a la ventana. En efecto, una sombra oscura se apreciaba ya en lontananza, entre los jirones de lluvia. Debían haber avanzado sin descanso.

—Esperamos un ataque inmediato, no un asedio. Ahora vamos a reunirnos con el Consejo, que ya nos espera, para trazar el plan de acción. Nos gustaría que estuvieras presente como asesor.

Así que eso era lo que los reyes habían estado discutiendo. Por el gesto de ambos, Árgoht dedujo que había sido idea de Loena y había tenido que convencer a Kleinan, reacio a aceptar a alguien de quien no se fiaba del todo en el seno del Consejo.

—Haré lo que pueda por ayudar.

«¿Qué otra cosa puedo hacer?» —pensó Árgoht. Viendo lo que se cernía sobre la ciudad, no tendría opción segura de salir de ella para continuar su viaje. Tropezaría continuamente con patrullas que le supondrían un desgaste del que no sabía si se recuperaría.

Argueldes apareció de la nada, como casi siempre, y franqueó el paso a los reyes, a quienes se les unió una escolta de tres hombres armados. Árgoht y Lavell se situaron tras ellos, caminando en silencio hasta que llegaron al salón de reuniones, donde ya esperaban los miembros del Consejo.

Todos los presentes, que esperaban de pie la llegada del rey, hicieron una pequeña reverencia cuando cruzaron la puerta, que Argueldes cerró tras ellos.

—Buenos días, amigos. Le presento a Árgoht Grandël. Muchos lo recordaréis, por lo que me ahorraré las presentaciones. Le he traído como asesor, con voz pero sin voto, en los preparativos que hagamos hoy aquí.

Árgoht miró a los seis hombres que le escudriñaban y solo identificó a dos. De los ancianos no quedaba ninguno. Todos ellos inclinaron levemente la cabeza a modo de saludo, pero sus miradas no le daban la bienvenida, precisamente.

Por fin, todos se sentaron en torno a una gran mesa de madera. Árgoht echó un vistazo al gran salón, en el que los ecos de las voces amenazaban con tragarse la conversación.

—Hambrik, necesito saber cómo están las cosas —comenzó el rey sin titubeos.

Árgoht observó a Kleinan. No debía tener ni treinta años, pero había asumido a la perfección su posición y su tono era el de alguien a quien se ha enseñado a mandar desde la cuna. Loena, sentada a su lado, observaba en silencio, pero él sabía que intervendría a la menor ocasión.

El que habló era el más anciano del Consejo, encorvado ya sobre sí mismo,



aunque con la mirada orgullosa de quien ha sido militar durante toda su vida.

—El ejército de la Orden se encuentra a menos de un día de distancia. Si se esmeran, pueden atacarnos con la llegada de la noche. Como muy tarde, al amanecer de mañana.

—¿Qué posibilidades tenemos?

Hambrik reflexionó unos instantes. Un silencio que no auguraba buenas noticias.

—Ninguna, Majestad —dijo por fin—. Los hombres más valiosos han abandonado el reino. Entre nuestras filas quedan unos pocos hombres leales y mucha chusma que, sin manera o lugar al que huir, han preferido quedarse y morir peleando. Hace años que muchos de ellos olvidaron cómo alzar un arma.

Un silencio pesado se abatió sobre el salón. Aunque todos lo sabían, oírlo decir en voz alta había dotado de realidad a aquellas noticias. Ya no había vuelta atrás.

—Luchar será un suicidio —concluyó el viejo, con un suspiro cansado.

—Entiendo —dijo el rey—. Lurs, necesito saber en qué estado está la flota.

El aludido era un hombre cuyo rostro recordaba Árgoht, por lo que estaba presente desde hacía años en aquel Consejo. Había engordado y había perdido bastante pelo, pero seguía siendo él.

—Todavía no está lista, majestad. Hacemos los preparativos a toda prisa, pero la tormenta nos está retrasando. La gran mayoría de barcos está ya lista para zarpar, pero necesitaremos al menos un día más para estar listos.

—Tienes seis horas.

Todos alzaron la mirada para observar al rey. Sabían lo que aquello significaba y, aunque llevaban tiempo organizándolo, no estaban mentalmente preparados para hacerlo.

—¿Estamos seguros de esto? —intervino Loena, cogiendo la mano de Kleinan con suavidad.

—¿Tenemos alternativa? —Kleinan miró a todos los presentes, uno por uno, deseando que alguien le llevara la contraria, que le diera otra opción—. ¿Quedarnos y caer todos? ¿Dejar morir aquí a nuestros hijos, amigos y vecinos? En el mar tendremos una alternativa. Aquí no. Y que nadie sugiera rendir la ciudad. No pienso servir a esos engendros malnacidos de la Orden Kariteas. Antes prefiero la muerte. Huir hoy nos permitirá volver a luchar mañana, mejor preparados y con más hombres. Si morimos, nadie vendrá a expulsarlos de nuestras tierras.

Kleinan terminó de hablar y el silencio se apoderó de nuevo de todos ellos.

—¿Ha llegado ya mi hermana, Lurs? —preguntó la reina.

—Está a dos horas de aquí, junto con un nutrido grupo de clemithas que han aceptado también embarcarse.

Por el tono de voz, Árgoht dedujo que aquella debía haber sido una disputa importante del Consejo. Algo comprensible, sin embargo. Si tenían poco espacio en los barcos para su propia gente, tener que aceptar a los vecinos de Clemthan, por mucho que los pueblos estuvieran hermanados, no debía ser plato de buen gusto para

todos.

—Desde que lleguen házmelo saber y que se dirijan a mí de inmediato.

—Sí, Majestad.

Durante otra hora el Consejo siguió organizando la huida. Árgoht se limitaba a observar, satisfecho de no tener que intervenir en algo que nada tenía que ver con él. Le apenaba la situación en la que estaba inmerso el reino, pero no podía hacer nada por ellos.

De pronto, notó que estaban diciendo su nombre. Regresó de sus cavilaciones para ver que todos le miraban.

—Árgoht —estaba diciendo Loena—. Te diriges al norte, ¿no es cierto?

—Así es.

—Te ofrezco venir con nosotros, si es tu deseo. Atravesar estas tierras no es seguro y menos con un niño sobre tus hombros.

Árgoht lo pensó durante unos instantes y enseguida concluyó que la oferta era buena para él. Le esperaba aún un largo camino hasta llegar a Glimaris. Si podía acortar un poco, bienvenido fuera.

—Os lo agradezco, Majestad.

—Reconozco que no nos vendrá mal tenerte entre nosotros, dadas tus...

En ese momento, unos suaves golpes en la puerta interrumpieron las palabras de la reina. Todos miraron en aquella dirección, sorprendidos de que alguien osara molestar al Consejo durante una reunión. Los reyes se miraron. Sabían que solo podía significar una cosa: malas noticias.

Kleinan miró a Argueldes y le hizo un gesto para que abriera. Este, a su vez, le hizo otro a uno de los guardias apostados junto a la puerta, quien abrió una pequeña rendija y habló en voz baja con alguien durante unos momentos. Después, cerró y se dirigió raudo hacia la mesa. Se cuadró ante los reyes.

—Majestades, con vuestro permiso.

—Habla, Gertes, por favor.

—Ha llegado un explorador.

El guardia bajó la mirada, como si temiera transmitir malas noticias.

—La comitiva del rey Theronar y la reina Leicar ha sido atacada.



«El Abrigo de Gan intentó aportar algo de luz en aquellos días oscuros».

*Historia viva de Angôr*, capítulo treinta y uno. Merkus de Lârganan.

Preas estaba cansado de viajar. Tenía ganas de regresar a casa, sentarse con Ulea junto a la chimenea y ver crecer a la pequeña Mor que se gestaba en sus entrañas. Toda su vida la había pasado recorriendo el reino de Angôr y sus vecinos, tanto por cuestiones oficiales como por gusto. Con el Vado del Enebro ya a la vista y una guerra inminente ante él, se prometió que aquella era la última vez. Una vez que hubiera regresado a casa tras aquella campaña, volvería junto a Ulea y no se separaría de ella nunca más. Delegaría todas las responsabilidades que exigieran traslados y viajes en sus consejeros.

Aquel pensamiento despertó una breve sonrisa en sus labios, rodeados de la espesa barba negra, desaliñada y rebelde tras tantos días de viaje.

El Vado del Enebro era un gigantesco valle, aun fértil y exuberante, situado entre las montañas Kilnan-oth y Oregar-oth, dos cordilleras de escasa altura. El Vado era un inmenso meandro que formaba el río Man-Alash, regando las tierras de agua fresca y vida. Era el paso tradicional para los viajeros que llegaban a Marder desde el sur, pues más adelante era imposible cruzar el río debido a su caudal.

Desde su posición, sobre una colina que le daba visión de todo el valle, podía ver hasta la cercana ciudad de Cale, nacida alrededor de una vieja taberna que una pareja de visionarios había instalado allí mucho tiempo atrás para descanso de los viajeros. Una torre maciza vigilaba el paso por el Vado, y era ahí donde Preas tenía centrada toda su atención. La estructura había sido ampliada desde la última vez que había

estado allí: la habían dotado de una pequeña muralla y de varios edificios anexos. Preas analizaba los cambios en silencio, pensando que la dotación de soldados en ella debía de haber aumentado en aquellos tiempos difíciles. Conquistar la torre no sería difícil para un ejército bien preparado como el suyo, pero tendrían muchas bajas y los defensores tendrían tiempo de enviar mensajeros a la capital para avisar del peligro.

Ordenó detener la marcha varios kilómetros antes a fin de no delatar su posición antes de tener noticias de Tizo. Si volvía con aliados, quería anunciar su llegada conjunta. Si eran enemigos, alertaría a Hostar desde allí.

En cualquier caso, el descanso le vendría bien. Se sentía agotado física y mentalmente y no dejaba de pensar en Ulea y en cómo estarían las cosas en Angôr'an. Solo esperaba llegar a tiempo de ver nacer a su primera hija.

La espera se hizo interminable para Preas. Aguardar allí empezaba a afectar a sus nervios cuando, al alba del día siguiente, un vigía anunció la llegada de varios hombres a caballo desde el este. El rey, que apenas había dormido en toda la noche, se apresuró a salir a recibirlos, ansioso por tener noticias, ya fuera en un sentido o en otro.

Varios guardias le escoltaron hasta el límite del campamento. En efecto, cuatro hombres se dirigían hacia allí a todo galope. A esas alturas, supuso Preas, los vigilantes de la torre ya debían saber de su presencia, así que no se preocupó por la polvareda que levantaban al avanzar por la llanura. Cuando por fin hubieron llegado ante él, Tizo se apeó de un salto. Estaba sucio y visiblemente cansado. Tras él, se detuvieron dos hombres más, vestidos con armaduras ligeras y espadas largas que colgaban de sus cinturas. Las gruesas capas de viaje ondeaban tras ellos. Ambos hicieron una reverencia ante Preas. Kler fue el último en saltar de su montura.

Tizo fue el primero en hablar.

—Majestad, os presento a Fertenand Polsh —dijo, señalando a uno de los hombres. De cabello rubio y brillantes ojos verdes, su porte delataba su alta cuna, así como los ricos adornos de sus ropas, en contraste con las prendas, elegantes pero sencillas, que vestía su escolta. Llevaba el pelo largo recogido en una cola que le caía por la espalda.

—Os traigo saludos de mi tío Auler Polsh, rey de Tilkas y representante de la Coalición Abrigo de Gan.

Preas desvió la mirada un segundo hacia Tizo, pero no halló respuesta en sus ojos.

—Es un placer recibirlos, Fertenand, en estos días aciagos. No había oído hablar hasta ahora de esa Coalición...

—Os lo contaré al abrigo de una copa de vino, Majestad, si lo tenéis a bien. Además, así nos alejaremos de oídos indiscretos.

Fertenand sonrió y su sonrisa pareció iluminar todo el campamento. Preas no habría podido adivinar si era real o postiza. El grupo recorrió de nuevo el campamento hasta el pabellón del rey. Kler y el acompañante de Fertenand se quedaron fuera. Una vez a la sombra y con una copa en la mano, Preas regresó a la

cuestión.

Fertenand aceptó el asiento que se le ofreció y comenzó a hablar.

—Es un honor conocerlos, Preas. vuestras hazañas no pasan desapercibidas en el este. Esperábamos encontrarlos en los alrededores. Si no hubiera sido así, habríamos enviado mensajeros para invitarlos a uniros a nosotros.

—¿Nosotros? —Preas también se sentó frente a Fertenand. Tizo permaneció en pie a su lado, a pesar de su evidente cansancio.

—Cuando en Tilkas supimos que la Orden Kariteas estaba haciéndose fuerte de nuevo, empezamos a preocuparnos. Mientras estaban anclados en Mügero no vimos peligro en ella, aunque tratamos de mantenerlos vigilados. A pesar de ello, el ataque a Angôr fue imprevisto para todos. Aún no sabemos cómo pudieron vadear nuestra vigilancia.

—Porque el ataque no partió de la Torre Sombría —explicó Preas con gesto abatido—. Reunieron a su ejército más al sur para no levantar sospechas, cruzaron el Tar-Enon y comenzaron la invasión por Kreas, Likta y las demás aldeas del sur. No dejaron nada de ellas, ningún superviviente que pudiera hacernos llegar el aviso. A día de hoy siguen deshabitadas.

—Eso lo explica todo, Majestad. Las noticias que nos llegaban desde el sur nos parecieron suficientemente preocupantes como para mantener un ojo puesto en ella. La Orden seguía medrando y poco a poco otros reinos se iban sumando a su depravada causa. Además, el Daño seguía avanzando también... Mi rey envió mensajeros a todos los reinos del este tratando de establecer una alianza lo más sólida posible que evitara intromisiones de los kariteas. Y lo hizo justo a tiempo, pues, meses después de haber firmado el tratado con Gert, Lorna y Änteras, empezaron a llegar emisarios de la Orden que fueron ejecutados sin demora.

—Gert, Lorna y Änteras... —reflexionó Preas. Trató de imaginar de cuántos hombres podría disponer un ejército así y las cuentas se le dispararon. Estaba representado casi todo el este del continente. A pesar de su nombre, los famosos Tres Grandes Reinos no eran ni mucho menos los más extensos del continente. El territorio abarcado por Gert podía albergarlos a los tres, si bien gran parte de ese espacio estaba deshabitado.

—Marder no quiso unirse al Abrigo, pues no vieron el peligro con tanta claridad como nosotros, pero aun así hemos respondido a su petición de ayuda. Además, sabiendo que la Estrella de la Mañana iba a estar presente, no dudamos ni un instante.

Preas tardó unos momentos en darse cuenta de que Fertenand estaba hablando de él. Levantó la mirada hacia su invitado, dudando de si hablaba en serio. El hombre sonreía al tiempo que se llevaba la copa a los labios.

—Vuestras hazañas no han pasado desapercibidas, Majestad. Si mi rey se ha decidido a venir es en parte por vos. vuestra presencia aquí estimula a los hombres. Los rumores que corren sobre la batalla de Talder hablan maravillas de vuestras tácticas de guerra y vuestra habilidad en combate. —No creáis todo cuanto dicen los

rumores.

—Eso le digo yo a su Majestad, pero él es un hombre de poca acción y saber de vos estimula su imaginación. No le voy a contradecir en esto.

Fertenand sonrió y Preas vio en aquella sonrisa cierto cansancio. No era un hombre joven, pero tampoco tan mayor como para estar de vuelta de la vida. Su cansancio debía ser mental más que físico. Ambos rieron durante unos instantes. Preas casi no podía creer lo que estaba oyendo.

—Aparte de los infundados rumores sobre mí, es una gran alegría saber que tenemos aliados en el este. Sabía que la Orden aún no había hincado allí sus dientes, pero no que estuvieran tan bien organizados para enfrentarse a ella.

—Pues así es. El Abrigo de Gan acogerá a cualquiera dispuesto a enfrentarse al paganismo de Kares.

—¿De cuántos hombres consta vuestro contingente?

—Somos diez mil aproximadamente, entre infantes, caballeros y arqueros.

Preas no pudo menos que abrir los ojos como platos, sorprendido. Él comandaba dos mil hombres y pensaba que iba a salvar Marder de la invasión. El Abrigo dejaba a su ejército diminuto en comparación, casi ridículo.

—Si la Orden se hubiera quedado en Mügero —continuó Polsh— nos habría sido más difícil acercarnos a ellos, enterarnos de sus movimientos. Su traslado a Ferrakis les ha vuelto más visibles, más accesibles.

«Así que ahí están». Preas se sintió un poco avergonzado por no haber sido capaz de descubrirlo él. Trató de que no se le notara en la expresión y dejó que su invitado siguiera hablando.

—No sabemos cómo han conseguido que Hicol Duntas se una a ellos, pero dada la fama de mojigato que tiene, no es del todo extraño. Si nuestros informadores no están muy desencaminados, casi todo el oeste y todo el sur les pertenecen ya. Solo Ereth parece que no ha sucumbido, al menos hasta la última vez que supimos de ellos.

—Tal vez esa nueva visibilidad sea fruto de la confianza. A medida que más regiones se alineen con ellos, más seguridad sentirán. Al mismo tiempo, a los pueblos que no se han decantado, al verlos ahí, al alcance y no escondidos en la falda de la montaña, les brindará la falsa garantía de que esa alianza puede ser beneficiosa, de que no es algo prohibido ni secreto.

—Cuando muestren su verdadero rostro ya será tarde...

—Para eso estamos aquí, Fertenand. No quiero que ese futuro se cristalice. Mi hija no crecerá en un mundo en el que la Orden Kariteas posea la verdad absoluta. No podemos permitir que se salgan con la suya. No podemos permitir que sean ellos quienes escriban la Historia.

—Bien dicho, majestad —Fertenand alzó la copa de vino y Preas le imitó.

Por ese día no podían hacer otra cosa que brindar por el Abrigo y por el éxito de aquella campaña. No conseguirlo podría suponer el final de todo.



«El que a la batalla se apresta, a la muerte se presenta».  
*Dicho popular muy común entre militares.*

Las palabras del mensajero aún resonaban en la sala cuando la reina Loena se levantó de su asiento, haciendo que su silla cayera hacia atrás sin prestarle la más mínima atención.

El capitán que había transmitido el mensaje se sobresaltó por el ímpetu de la reacción de Loena.

—¡Continúa!

Gertes balbuceó un instante, sorprendido por aquella vehemencia, antes de continuar. Era un hombre grande y, aunque joven, mostraba la serenidad de alguien curtido que ha tenido que madurar antes de tiempo. Aunque el bigote y la barba aún no se habían espesado del todo, parecía alguien a quien era mejor tener al lado en la batalla. Su ascenso en la jerarquía militar había sido meteórico, en parte por las múltiples deserciones que habían sufrido en los últimos meses.

—Se han refugiado en las ruinas de Antorqu'ia —continuó por fin—, tratando de resistir. Nos solicitan ayuda inmediata.

—Que venga el mensajero. ¡Ya!

La reina Loena apenas era capaz de contener su ansiedad. Un minuto después, un joven delgado, sucio y de aspecto cansado se inclinaba ante ellos. Los dos reyes estaban en pie, interrumpida la reunión del Consejo.

—Nos descubrieron por casualidad. No esperábamos espías ni exploradores tan al norte. Ha sido un error. Nos hemos internado en el bosque para apostarnos en las ruinas de Antorqu'ia, pero no aguantaremos allí mucho más. Creemos que han ido a buscar refuerzos.

Loena, nerviosa, comenzó a pasearse de un lado para otro. El rey despidió al mensajero y se dirigió a Gertes.

—Reúne un batallón a caballo y parte de inmediato.

—Pero majestad —intervino Hambrik—, no podemos prescindir de hombres en este momento...

—¡No me importa! —exclamó Loena, al borde del llanto.

Kleinan le puso una mano en el hombro y la reina se tranquilizó un poco. La mirada que cruzaron fue significativa y Árgoht leyó en ella los silencios afines, las penas, la responsabilidad de gobernar, los disgustos y alegrías iguales. Lo que había empezado siendo un matrimonio de conveniencia se había transformado en auténtico amor.

—Hambrik —intervino el rey, más moderado—, no podemos abandonarles a su suerte. También ellos son nuestra responsabilidad. Esperemos que todos puedan estar de vuelta antes de que comience el ataque a nuestros muros.

El rey se dirigió de nuevo a Gertes para darle las últimas instrucciones. Árgoht se percató de que Loena había clavado su mirada en él. En sus ojos encontró, sin palabras de por medio, súplica y una petición velada. Ya se había imaginado algo así.

—Yo también voy —dijo Árgoht, casi sin pensar.

Todos se giraron hacia él, sorprendidos. Gertes miró al rey, buscando su aprobación con la mirada. Loena le dedicó una sonrisa agradecida.

—De acuerdo. Gertes, Árgoht os acompañará. Puede seros útil.

Gertes respondió, pero el hechicero supo que lo aceptaba en contra de su voluntad, a regañadientes, sin entender qué podía aportar a la expedición.

—Sí, Majestad.

Una hora después, Árgoht se encontraba a caballo ante la Puerta Soberana. Seguía lloviendo y ya estaba calado hasta los huesos a pesar de que se cubría con la capucha. Aún le resultaba extraño sentir el agua sobre la cabeza y no verla gotear desde su vieja melena negra. Le costaba acostumbrarse a llevar el pelo tan corto, aunque ya le había crecido un poco desde que habían salido de Argüfal. Se había puesto un pesado peto de cuero y se había colgado a Êralin de la cintura, dejando el petate en su habitación junto a Lavell. A pesar del velo que el agua suponía, en la lejanía podían verse los tímidos fuegos que el ejército de la Orden traía consigo.

De pronto recordó algo que había escuchado en el lerteneo de Lotrain un año antes: «Han sumado a sus filas unas criaturas horribles que parecen salidas de las más terribles pesadillas. Apenas derraman sangre y se necesitan cincuenta hombres para hacer caer a una de ellas». ¿La Orden habría traído consigo a los temidos gorgs? Sí, suponía que sí.

«No volveremos a tiempo» —pensó de forma repentina. Y deseó de verdad estar equivocado. No le habría gustado regresar y encontrar Quindarst en llamas. Una punzada en la nuca le hizo girar la cabeza al pensar en Lavell. Se había quedado al cuidado de Argueldes y de la reina, pero ¿qué sería de él si comenzaba la batalla? Se



desataría el caos y él era un niño inexperto que se sentiría perdido.

«Madre, cuídale hasta que vuelva». Aquel pensamiento le sorprendió incluso a él.

Un movimiento a su izquierda le hizo girar la cabeza. Gertes se había situado a su lado y miraba en su misma dirección. Se había quitado el casco y su larga melena castaña, recogida en una trenza, goteaba agua como un trapo mojado colgando sobre su hombro derecho.

—No llegaremos a tiempo —dijo malhumorado.

Sus hombres, tras ellos, terminaban de ajustar sus correas antes de emprender la marcha.

—Me has leído el pensamiento.

—¿Eres guerrero?

Árgoht lo miró. Entendió de pronto que se había sumado a un batallón que no lo conocía de nada.

—Necesito saber qué puedes aportar a la batalla que se avecina. Yo estoy al mando y conozco a cada uno de mis hombres, sus capacidades y sus límites. De ti no sé nada en absoluto.

Árgoht obvió el hecho de que le tuteaba sin conocerle, pero era joven en tiempos difíciles y no era algo que le quitara el sueño.

—Puedo ayudar, te lo aseguro.

Gertes se quedó esperando alguna explicación más, pero Árgoht dirigió de nuevo la mirada hacia adelante, esta vez hacia el bosque que se extendía ante ellos.

—De acuerdo. Al menos no estorbes. —Se giró hacia atrás para dirigirse a sus hombres—. ¡En marcha!

Árgoht tuvo que contener una sonrisa para no ofender al capitán.

El grupo se puso en movimiento con un chapoteo de cascos sobre el camino enfangado. Varios soldados y guardias les franquearon el paso y cerraron la gran puerta tras ellos. El olor a tierra húmeda lo impregnaba todo, barriendo aquel otro más desagradable que Árgoht había sentido al llegar fruto de la poca limpieza y el abandono.

Le habían entregado un caballo grande de color muy oscuro, casi negro. A pesar de que no era joven, no era tan mayor como lo era Karzan cuando se lo habían entregado. Su musculatura se tensaba y destensaba a impulsos, como si estuviera deseando lanzarse a galopar. A Árgoht le gustaba aquella actitud porque él mismo se sentía así cuando pasaba mucho tiempo en un mismo lugar.

Gertes puso su animal al trote y los demás hicieron lo mismo hasta llegar al bosque Tir-Ergonian, que Árgoht recordaba bien, sobre todo el claro que llamaban el Cuerno de Gan, en el que se había celebrado la fatídica boda entre Loena y Kleinan. Recordarlo hizo que le subiera un escalofrío por la espalda.

Cuando entraron en él, el aguacero sobre sus cabezas amainó gracias a la cobertura vegetal y tuvieron que aflojar el ritmo de la marcha. A sus pies se extendía el camino principal que unía Quindarst con Clemthan.

Gertes detuvo su montura y todos hicieron lo mismo tras él. Con un gesto, llamó a Olidas, uno de los exploradores.

—Si seguimos por aquí quedaremos expuestos y podrán interceptarnos. ¿Tenemos otras opciones?

—Podríamos dar un rodeo por el viejo camino de Sombras, pero está en desuso y nos llevaría casi medio día de marcha. También podemos ir campo a través.

Gertes miró hacia el bosque profundo y torció el gesto.

—Es demasiado arriesgado. No quiero perder ningún animal por una estúpida raíz y tendríamos que ir a pie. Demasiado lentos.

—Sí, señor.

Gertes reflexionó en silencio por unos instantes. Árgoht veía la determinación y la duda en sus ojos. Una combinación peligrosa que podía llevarle a tomar decisiones equivocadas.

—Seguiremos por aquí, pues. Sacrificaremos el sigilo a cambio de llegar cuanto antes. Ahora mismo podría ser ya demasiado tarde. ¡Sigamos!

El grupo se puso en marcha al trote. El camino estaba encharcado pero seguía siendo practicable para los caballos, que avanzaban a buen ritmo. Árgoht pensó en lo llamativo que estaba siendo su avance y se preparó mentalmente para un ataque. Como si respondiera a sus pensamientos, Êralin vibró en su vaina, anticipando la confrontación. Al pensar en ella, se dio cuenta de cuánto la odiaba, a pesar de todo. Detestaba la sed de sangre, aquella especie de entidad propia que no había sabido explicar incluso tras tantos años, que mostraba la espada. Bajó la mirada hacia ella, hacia las dos aves con las garras en alto que formaban su guarda y casi le pareció ver cómo se movían, tratando de arañarse mutuamente. Por otro lado, la sensación de poder, la energía que recorría su cuerpo cada vez que la empuñaba, le recordaba por qué la había mantenido consigo todo aquel tiempo en vez de enterrarla en cualquier lugar y olvidar su existencia.

Aparte de la lluvia que tamborileaba a su alrededor, ningún sonido llegaba hasta sus oídos a pesar de que avanzaban con todo el sigilo que la prisa les permitía. Árgoht prestó atención, pero no escuchó el sonido de ningún animal en absoluto. Encontraba el bosque mucho más lóbrego que la última vez que había estado allí, pero no podía saber si se debía al Daño o a la tormenta.

Tras una hora de marcha a buen ritmo por el Tir-Ergonian, Gertes detuvo al grupo.

—Olidas —llamó—, ¿cuánto falta para llegar a las ruinas?

El explorador, un chico joven y menudo de manos inquietas, se situó a su lado de nuevo. Miró a su alrededor, como si estuviera tratando de establecer su situación exacta.

—Menos de una hora, señor.

—Deja el caballo aquí y adelántate. Quiero saber qué nos espera.

Mientras Olidas se adelantaba y se perdía de vista entre la lluvia, Gertes se giró

para dirigirse al resto del grupo.

—Dejaremos los caballos aquí y nos internaremos en el bosque. Daremos un rodeo para llegar a Antorqu'ia desde el norte, presuponiendo que el ataque se ha producido desde el sur, pues es la ruta más directa desde el camino. Tardaremos un poco, pero contaremos con el factor sorpresa.

Dicho esto, el grupo se internó en la arboleda hasta que encontró un espacio amplio en el que dejar las monturas. Tras amarrarlas holgadamente, se sentaron a su alrededor y comieron algo mientras esperaban el regreso de Olidas con las noticias.

Árgoht se sentó en una piedra cubierta de musgo y se acarició el muslo izquierdo por costumbre. La vieja cicatriz seguía allí. Observó al grupo que le rodeaba. Eran treinta hombres divididos en arqueros e infantes. Todos parecían saber lo que tenían que hacer y sus gestos delataban experiencia y naturalidad, a pesar de que muchos de ellos eran apenas adolescentes aún.

«La Tierra Negra está haciendo madurar a los niños antes de tiempo». Pensó en lo duros que debían de haber sido los últimos años para aquellos hombres mientras veían cómo todo su mundo se desmoronaba a su alrededor, sus familiares y amigos abandonaban el reino y ellos se quedaban para hacer honor a su juramento de lealtad. ¿Cuántos de ellos estarían dispuestos a desertar al menor despiste? Por su actitud, no parecía que ninguno de los presentes estuviera tentado de hacerlo. Tal vez no tuvieran ningún lugar mejor al que ir.

A pesar del descanso, nadie pareció relajarse. Se palpaba en el aire enrarecido la tensión previa al combate, la flema de quien sabe que puede no llegar a ver el siguiente amanecer. No había risas ni bromas.

Olidas llegó dos horas después a la carrera.

—¡Debemos darnos prisa, señor! —gritó desde que entró en el claro.

Gertes se puso en pie para interceptarlo.

—¡Olidas! Cálmate. ¿Qué has visto?

—El grupo de la reina Leicar está rodeado por más de cincuenta hombres. Las viejas murallas de Antorqu'ia pueden protegerles un rato, pero no aguantarán mucho. No he podido ver bien, pero allí no debe de haber más que viejos y niños. Los pocos hombres que quedan se aprestan a defender el muro.

Gertes se giró hacia los demás.

—¡Es la hora! ¡En marcha!

El grupo tardó apenas cinco minutos en ponerse en marcha.

—Se acabaron las contemplaciones —dijo cuando se hubieron internado de nuevo en el camino—, tenemos que llegar cuanto antes.

Árgoht acarició el cuello de su caballo y le susurró algunas palabras amables. Instantes después, se encontraba corriendo a través del Tir-Ergonian, uno de los Bosques Muertos.



«Alasân fue testigo de lo imposible».  
*Historia viva de Angôr*, capítulo treinta y cinco. Merkus de  
Lárganan.

Preas observaba, sin salir de su asombro, el ejército que desfilaba ante él. Tizo, a su lado, llevaba diez minutos sin articular palabra, el mismo tiempo que las tropas del Abrigo llevaban pasando ante ellos.

Fertenand les había invitado a pasar revista al paso de las tropas con la intención de que Preas pudiera evaluar por sí mismo el potencial del contingente que la coalición había enviado a ayudar en la defensa de Marder. Era un gran ejército: infantes, zapadores, exploradores, arqueros, caballeros... El Abrigo no había dejado nada al azar y todos los estamentos estaban representados allí. Preas se maravilló ante aquel despliegue. Era como si toda una ciudad se hubiera puesto en movimiento al mismo tiempo.

Pero lo que más impactó al rey fue que cada uno de los hombres, ya fuera a pie o a caballo, ya fuera soldado o cocinero, saludaba a Preas al pasar ante él.

Fertenand Polsh observaba al rey con una sonrisa.

—Todos ellos han oído hablar de la Estrella de la Mañana —dijo, anticipándose a la sorpresa de Preas—. Cuando anunciamos que nos uniríamos a vos aquí, el número de voluntarios se multiplicó por dos. Hasta nosotros nos sorprendimos de vuestro poder de convocatoria. Ya veis que las noticias han llegado muy lejos.

Preas no pudo articular palabra. Sentía el vello de los brazos erizado bajo los guanteletes. No se le escapaba que en su tierra era bien valorado, pero saber que fuera de las fronteras de Angôr su nombre causaba aquel efecto era algo que le superaba por completo. No estaba preparado para algo así. Sentía la garganta seca como un

desierto. Cuando por fin el desfile hubo terminado se dirigieron hacia sus pabellones con intención de descansar. La noche estaba a punto de caer sobre ellos. Estaban a poca distancia ya de los muros de Alasân y una hora antes habían enviado a Kler como heraldo para anunciar su llegada y sus intenciones. Entrarían a la ciudad por la mañana, con las primeras luces del alba. Aún no había noticias del ejército de la Orden.

Cuando empezaba a desvestirse para ponerse cómodo y refrescarse tras todo el día de viaje, Kler regresó con la respuesta de Hostar Hosvas.

—El rey Hosvas opina que alguien de vuestra posición no debe pasar la noche en un vulgar campamento disponiendo él de habitaciones adecuadas. Insiste en recibirnos esta misma noche. Os espera para la cena.

Preas lanzó un suspiro. No tenía ganas de pasar por una sesión de protocolo a aquellas horas, así como de los consiguientes saludos, parabienes y cotilleos. Necesitaba descansar, pero no podía negarse ni rechazar la cortesía de Hostar.

—De acuerdo. Avisa a Elha y dile que la necesito de inmediato. Tizo, elige una escolta de no más de tres hombres para que me acompañe. Tú también vienes. Tizo esbozó una sonrisa cansada.

—¿O creías que te ibas a escapar de esta?

—Ya suponía yo que no, Majestad.

Preas le dio una palmada en el hombro cuando pasó ante él en dirección a la puerta para cumplir su mandato.

—Va a ser divertido —dijo para seguir picando al soldado.

Preas escuchó cómo Tizo bufaba justo antes de que la tela de la puerta de la tienda cayera tras él. No recordaba cuando había sonreído por última vez.

Una hora después, Preas se encontraba en el límite del campamento que compartían los angoranos con el ejército del Abrigo viendo cómo tres jinetes alanos se acercaban a ellos a través del pequeño llano que les separaba de la ciudad. A su comitiva se habían unido Fertenand Polsh y dos de sus capitanes, llamados Lorca y Ren. A su derecha, el bosque Tar-Anteir murmuraba su melodía salvaje y vital. De pronto se dio cuenta de que olía muy bien: el aroma de la maleza se mezclaba con el de la tierra húmeda debido a la cercana presencia del río. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de cómo todos aquellos olores habían ido desapareciendo de Angôr. El Daño le había arrancado hasta los aromas a su tierra.

Por fin, los soldados llegaron hasta su posición. Vestían con armadura y yelmo que, debido a las sombras de la noche, impedían ver sus rostros. Sus capas rojas ondeaban tras ellos. El cabecilla se destacó de los demás.

—El rey Hostar Hosvas os manda saludos, rey Preas. —Es un placer recibirnos, amigos.

—Estamos aquí para escoltaros hasta la ciudad. El rey desea que cenéis junto a su familia.

—Será un honor.

El soldado se giró hacia Fertenand.

—Caballero Fertenand, vuestra fama os precede. Como representante de nuestro amigo Auler Polsh, a su majestad le gustaría que estuvierais presentes también.

Polsh bajó la cabeza a modo de saludo y respeto.

—Seguidme, por favor.

Preas y su pequeño grupo se pusieron en marcha. A medida que iban acercándose a la ciudad pudo ir percibiendo las pequeñas diferencias respecto a sus visitas anteriores, como la introducción de nuevas torres defensivas en la muralla o la presencia de matacanes de madera que nunca antes habían estado allí. Definitivamente, Alasân se estaba preparando para la guerra. Un poco más lejos hacia el norte, entre las sombras de la noche, se distinguía el resplandor de las hogueras en torno a las cuales se situaba lo que debía de ser el ejército alasano.

El soldado que Preas llevaba dentro se entretuvo en analizar cuanto veía mientras pasaba bajo las dos grandes estatuas que sostenían la doble puerta. Tras atravesar la primera y esperar a que se cerrara tras ellos, tuvieron que esperar a que se levantara el rastrillo, cosa que solo ocurrió cuando estuvo el portón asegurado. A su vez, solo cuando el rastrillo estuvo abajo de nuevo, se abrió la puerta interior. Un paso lento, pero muy seguro.

El interior de la ciudad, a pesar de la hora tardía, era un hervidero de actividad. Nadie les prestó atención mientras pasaban como podían abriéndose paso con los caballos. Las calles eran estrechas, con las casas construidas en ellas sin ningún tipo de orden. Casas de madera se mezclaban con casas de piedra, techos de paja con techos de madera. Preas trató de encontrar algún sentido a aquella disposición, sin encontrarlo. Angôr'an era una ciudad mucho más joven y quizás por eso resultaba mejor organizada.

El recorrido por todas las callejuelas fue lento y cansino, pero poco a poco fueron dejando atrás la muchedumbre para adentrarse en zonas más nobles en cuyas calles no había tanta gente. Por fin, accedieron a una gran escalinata que llevaba a las puertas de la Fortaleza Escarlata, sede del gobierno de la ciudad y hogar de la Familia Real. La presencia de soldados era casi apabullante.

Observó cómo Elha, a su lado, lo miraba todo con los ojos muy abiertos. No dejaba de manosear el colgante que siempre, desde que estaba a su servicio, llevaba colgado al cuello. Preas sonrió sin poder evitarlo.

—Es la primera vez que sales de Angôr, ¿verdad? —le preguntó mientras esperaban a tres muchachos que se dirigían hacia ellos para hacerse cargo de los caballos.

La muchacha bajó la mirada, como si la hubieran sorprendido haciendo algo malo.

—Sí, Majestad.

—Angôr'an es hermosa, pero Alasân tiene a su favor la historia. Fue fundada más de doscientos años antes como lugar de paso hacia el este durante los años de la

Conquista, cuando más allá todo era salvaje y desconocido. Empezó siendo una simple aldea que fue creciendo alrededor de la fortaleza. La muralla no fue necesaria hasta mucho tiempo después. Durante años fue un baluarte estratégico de vital importancia y como tal se yergue en estos momentos difíciles. Entrar en ella es poner un pie en la Historia del continente de Kisea.

—Debió de ser una época hermosa, Majestad.

Preas reflexionó un instante, tratando de imaginarse cómo debió de ser todo por aquel entonces. Pensó en lo difícil que era defender la ciudad de Angôr'an, a pesar de las murallas y las técnicas modernas.

—Quién sabe... —Preas señaló el colgante con la mirada—. No te separas de ese colgante. ¿Es un regalo de alguien especial?

Elha sostuvo una vez más la piedra negra entre sus dedos. Sus ojos se tiñeron de algo que bien podría haber sido nostalgia.

—Es un recuerdo de mis padres. Fallecieron cuando yo era muy pequeña. Es lo único que me queda de ellos. Lo considero algo así como un amuleto.

—Un hermoso recuerdo —concluyó el rey.

El interior del edificio no distaba mucho del de la fortaleza D'Gor. Accedieron a un enorme patio de tierra en el que varias estructuras sobresalían sin orden lógico. Una torre de base circular, varios edificios rectangulares, un cobertizo... Todo ello de piedra oscura y manchada de humedad.

El grupo fue conducido a la torre, cuya base abarcaba casi la mitad de la superficie del patio. Varios edificios se habían anexado a ella, por lo que su forma parecía extraña y equívoca. Accedieron a un pequeño vestíbulo en el que un mayordomo les recogió las prendas de abrigo. El interior, gracias a la presencia de varias chimeneas, era cálido y acogedor. El lugar era tan parecido a su hogar que Preas sintió cómo se le relajaban un poco los hombros.

El mayordomo, de nombre Jhudeeres, era extranjero a todas luces. Su piel tenía el tono oscuro de los teseanos, de más allá del mar, y, aunque su acento estaba muy bien corregido, no podía evitar alargar un poco las eses. Jhudeeres los acompañó hasta un amplio comedor y los acomodó alrededor de una pequeña mesa redonda. Elha y los soldados fueron conducidos a otra sala, por lo que quedaron allí solamente Preas, Fertenand y Tizo. Todos conocían bien el tradicional desprecio que los Hosvas profesaban a las clases inferiores.

—Debo ir con ellos, Majestad —dijo Tizo al oído de Preas.

—De eso nada. Te quedas aquí.

—Pero soy un plebeyo...

Preas se giró hacia su amigo con una sonrisa cómplice y sonrió mientras le guiñaba un ojo.

—Ellos no tienen por qué saberlo.

Jhudeeres carraspeó para llamar la atención, molesto por el diálogo.

—Sus majestades llegarán enseguida —dijo mientras abandonaba el comedor.

Varios sirvientes se acercaron a ellos para llenar sus copas de vino. Ninguno la tocó, sabiendo que debían esperar al rey.

Hostar Hosvas llegó varios minutos después, acompañado de su esposa, *Lady Gresa*. Entró a paso rápido, con movimientos bruscos y tajantes, como si estuviera de mal humor. En cambio, su rostro mostraba una gran sonrisa. Preas sabía que, tras su aspecto delgado y nervudo había un buen hombre de trato amable.

—Mi buen Preas —dijo mientras le aferraba por los hombros con ambas manos—. La última vez que te vi en persona eras un mozalbete que aún necesitaba caerse de culo unas cuantas veces en la vida. Ahora eres rey. Mis condolencias por la muerte de tu padre. Jainör era todo un gran hombre, de los mejores que ha visto esta parte del mundo en mucho tiempo. Espero que estés a la altura...

Preas se sintió un poco apabullado por la descarga verbal de Hostar. Su voz, a pesar de que no debía de tener más de cincuenta años, parecía la de un anciano, debido a una extraña enfermedad que casi lo había matado tiempo atrás. Esta peculiaridad reforzaba su imagen de hombre rudo.

—Fertenand —se giró hacia el rubio caballero—. Es un placer tenerte de nuevo aquí. Espero que tu tío se encuentre bien. Suponía que no vendría él en persona...

—La guerra no es su fuerte, Majestad, bien lo sabéis. Su edad ya no le permite viajar con la agilidad de antes. Me ha pedido que me disculpe en su nombre.

—Para viejos achacosos ya estoy yo. Necesitamos brazos fuertes y espadas ágiles, así que me alegro de que seáis vos quien está aquí.

Se giró hacia Tizo, clavando en él sus brillantes ojos azules.

—Él es Tizo —se adelantó Preas—, mi consejero en asuntos militares.

El soldado hizo una escueta reverencia, algo atemorizado.

—¿Tizo, sin más? ¿No tienes apellido?

—Sí que lo tengo, Majestad, pero dejé de usarlo hace mucho. Con Tizo es suficiente.

—Un caballero necesita un apellido. Nuestra familia define casi todo lo que somos —respondió Hostar muy serio—. Pero da igual, sentémonos.

Preas miró de reojo a Tizo mientras se sentaba y supo que estaba conteniendo su lengua para no responder. Le tocó la mano con discreción para llamar su atención y, cuando se giró hacia él, le hizo un gesto con la cabeza tratando de calmarlo. Tizo pareció respirar hondo y dejar correr la ofensa.

—Tenemos muchos temas importantes que tratar —dijo Hostar una vez que estuvieron bien acomodados—, pero antes hay que comer. Cenemos.

Sin necesidad de más palabras, varios sirvientes se pusieron en marcha a su alrededor, trayendo platos a la mesa y rellenando las copas de vino.

Después de tantos días de viaje y comidas frugales, Preas comió como si fuera la última vez que fuera a hacerlo.





«La caída de Clemthan fue el primer gran fracaso de su gobierno, en manos de un monarca inexperto y demasiado joven». *Historia y memoria del reino de Lahmna*, capítulo veintisiete. Fitzgerald Clem.

«Llamar muralla a esto —pensó Árgoht al ver la ruina que rodeaba a la vieja atalaya de Antorqu'ia— es hacerle un gran favor».

El grupo se había detenido a escasos doscientos pasos de la colina y observaba la escena con la intención de hacerse una composición de lugar. Gertes y Olidas se habían adelantado. Entre las ramas de los árboles, Árgoht podía ver la pequeña estructura, casi en ruinas, en la que se parapetaba el grupo de Leicar. Se trataba de una torre semiderruida con tres o cuatro pequeñas casas adosadas que dominaba la cresta de una colina cubierta de arbustos. La maleza había reclamado su lugar y por todas partes piedra y raíces se habían fusionado como un solo ente. Todo el perímetro estaba rodeado por una muralla de la que apenas se levantaba ya un metro y medio en las zonas más estables. En otras no superaba los cincuenta centímetros o, sencillamente, había desaparecido. Por fortuna para los defensores, el fragmento de muralla orientado hacia la dirección del ataque era lo suficientemente alto como para guarecer a un hombre. Solo la precipitación de los agresores les había impedido tener la paciencia de dar la vuelta a la colina y buscar un punto más frágil por el que afrontar el asedio.

En cualquier caso, las defensas no tardarían en caer. Los arqueros, tras los muros y en posición elevada, estaban consiguiendo mantener a raya a los atacantes, pero eso no duraría mucho. Desde su posición, Árgoht pudo ver cómo un numeroso grupo de infantes se aprestaba a lanzarse contra la muralla. Sabían que caerían algunos, pero el

asalto tendría éxito. Si no lo habían hecho ya era por evitar más bajas de las necesarias.

Gertes y Olidas regresaron. Ninguno de los dos dijo ni una palabra. Con gestos, organizaron el ataque. Caerían desde el flanco oeste antes de que tuviera lugar el asalto. Eran conscientes de que si los hombres de la Orden lograban hacerse fuertes en las ruinas quizás no consiguieran echarles de allí.

Avanzaron muy despacio entre los arbustos bajos y los grandes árboles. Contaban con que los exploradores ya no estuvieran al acecho, concentrados en el asalto. Árgoht iba en segunda línea, poco interesado en enzarzarse en el cuerpo a cuerpo pero, por poco que lo deseara, tendría que entrar en combate. Êralin se sacudió en su vaina y el meledino la liberó al tiempo que vocalizaba un hechizo de protección para sí. No estaba de más cubrirse las espaldas.

En aquel momento, un escalofrío le recorrió la columna vertebral y una oscura premonición se instaló en su pecho. Algo no iba bien. Miró a la espada, tan aparentemente sencilla entre sus manos, pero al mismo tiempo tan peligrosa. Sus sentidos se embotaron durante un instante, como si le hubiera impactado una sombra invisible, aturdiéndolo. Árgoht miró a su alrededor, buscando el origen de aquella sensación. Êralin nunca le había provocado nada similar. Apenas podía caminar. Sintió a los demás pasar a su lado con un grito de arrebato mientras se lanzaban al ataque, confiados en el factor sorpresa que los protegía.

«¡No!», quiso gritar Árgoht mientras se agarraba la cabeza con la mano libre. «Algo va mal».

Alzó la mirada al tiempo que los dos grupos entraban en contacto con estrépito y sintió como si su mirada se hubiera vuelto borrosa. Los soldados negros parecían moverse tan rápido que solo podía ver de ellos un borrón y un murmullo de hojarasca. En un primer momento lo achacó a la lluvia que seguía cayendo sin pausa, pero sus eventuales compañeros de armas caían uno tras otro, encerrados en un círculo de golpes y estocadas, atónitos y sin saber bien qué estaba pasando.

Árgoht entendió de pronto.

«No puede ser».

Luchando contra su mente aturdida, Árgoht trató de conectar con la Madre, pero la sintió muy lejos, casi inalcanzable. Tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para encontrar un resquicio por el que dar con ella y bañarse de su presencia. Aun así, la sintió difusa y ausente, como si su presencia allí, en aquella región dominada por la Tierra Negra, estuviera mal vista. Se aferró a ese resquicio y logró pronunciar un hechizo para lanzarlo sobre su grupo. Al instante, el suelo alrededor de los sorprendidos atacantes comenzó a agitarse y un muro de gruesas raíces se alzó del suelo y los rodeó a todos, protegiéndolos de las sombras que se movían a su alrededor. Estos no parecieron sorprenderse y empezaron a atacarlas de inmediato. No aguantarían mucho, pero le dio a Árgoht el tiempo suficiente para pensar y terminar de sacudirse el embotamiento. Sus sentidos mágicos habían

detectado el especial aroma de la hechicería a su alrededor, saturando cada gota de rocío, cada mota de polvo, cada bocanada de aire que entraba en sus pulmones. Miró a su alrededor, tratando de encontrar al hechicero, pero sabía que ni siquiera tenía que estar cerca. Aun así, su presencia era sobrecogedora y embriagadora. Se preguntó si por fin, tras tantos años, se iba a encontrar con un verdadero hechicero.

Los gritos de los hombres encerrados en la jaula de raíces le devolvieron a la realidad. A su alrededor, sus atacantes danzaban a toda velocidad. Si quería hacer algo para ayudar tendría que ser cuidadoso o de lo contrario podía herir a sus compañeros. Por el rabillo del ojo vio acercarse a más hombres, esta vez a su velocidad de carrera normal, atravesando la foresta y gritando mientras enarbolaban sus armas. Aunque llevaban algunas prendas de negro, vestían casi por completo de cuero marrón y metal, uniformados solo a medias. Si el ataque a su grupo les había cogido por sorpresa, lo estaban disimulando muy bien.

Árgoht, manteniendo el sutil contacto con la Madre que había conseguido establecer, cerró los ojos un instante y pronunció un hechizo. No sería agradable, pero no se le ocurría otra cosa en aquel momento. Un nuevo atajo de raíces brotó del suelo y se lanzó contra él, adhiriéndose a su piel. Sintió la presión que ejercían contra sus piernas, sus brazos y su pecho, amenazando con cortar la respiración, mientras se cerraban en torno a su cuerpo. Visualizó en su mente el resultado final y notó cómo las raíces respondían a aquel pensamiento alzando sus piernas y estirándose más allá de sus manos, incrementando el tamaño de su torso y su cabeza. Cuando el proceso hubo terminado, Árgoht tenía el aspecto de un gigante arbóreo, de casi tres metros de altura. Se sintió parte del bosque y pudo percibir su esencia, su aroma... y el dolor que el Daño estaba infligiendo a la tierra. Lo experimentó de pronto, como una sacudida que le dejó sin aliento durante un instante. Tenía que haberlo previsto.

Haciendo acopio de fuerzas venció el malestar y las náuseas que experimentaba para abalanzarse contra las sombras danzarinas que acababan de abrir un hueco en el muro de raíces. Árgoht aprovechó sus largos y recios brazos para lanzar golpes a diestro y siniestro, evitando dañar a los suyos. Notó que se había hecho un silencio a su alrededor cuando todos, tanto atacantes como atacados, se detuvieron a presenciar la maravilla en la que se había convertido el meledino. Este aprovechó la pausa momentánea para girarse hacia los hombres que tenía detrás.

—¡Formad! —su voz sonaba gutural y rota—. Reacomponeros y defendeos. ¡Vamos!

Gertes fue el primero en reaccionar y salió del cerco por el agujero que habían practicado sus atacantes. En su interior estaban limitados y lo sabía. Los demás siguieron a su líder y se situaron en formación defensiva. Los arqueros cargaron sus armas y, sin esperar orden alguna, comenzaron a disparar contra los hombres que se acercaban a través del bosque, a escasos metros ya de distancia. Mientras, Árgoht seguía enfrentándose a las sombras. Pudo percibir que la energía que los movía comenzaba a disiparse y que sus movimientos no eran ya tan rápidos. Árgoht golpeó

sin miramientos a cuantos pasaban a su lado. Sentía el filo de sus armas tratando de penetrar la dura corteza que recubría su cuerpo, pero apenas lograban dañarla. Uno de los hombres se detuvo de pronto, extinguido el hechizo que lo aceleraba y Árgoht pudo ver, consternado, el efecto que había provocado en él. Su cuerpo era casi un esqueleto andante, consumida la energía que contenía. Supuso que todos ellos habían sido acelerados para lograr un ataque rápido a las murallas y una derrota contundente en pocos minutos. La interrupción que la presencia de Árgoht y los suyos había supuesto les había obligado a alargar la aceleración. El hombre se desplomó ante sus ojos, agotado su cuerpo e incapaz de sostenerse en pie. En los siguientes minutos, todos los demás siguieron el mismo proceso. Árgoht no podía saber si estaban vivos o muertos, pero sus cuerpos se habían convertido en cascarones de piel y hueso. Ya no eran un peligro para nadie.

Árgoht sintió lástima por ellos. Se preguntó si eran conscientes del destino que les aguardaba cuando fueron hechizados y si lo habrían hecho obligados o voluntariamente. La presencia mágica que los rodeaba pareció revolverse, como si el cambio de planes le hubiera supuesto una gran decepción. Una oleada de energía llegó hasta él, haciéndole tambalearse casi hasta caer. Después, desapareció.

Recuperando el aliento, Árgoht trató de ponerse en situación. Sus hombres defendían la posición, pero pronto el mayor número de los kariteas se impondría. Sin pensarlo, se lanzó contra ellos, barriendo sus filas sin dificultad. Treinta segundos después, de ellos solo quedaban jirones de batallón, desperdigados por todas partes, que trataban de reagruparse... para huir.

Gertes dio orden de dejarlos marchar, sabiendo que no era aquella su misión, que su verdadero objetivo estaba en las ruinas de Antorqu'ia. Sus hombres gritaron de emoción y rabia contenida al caer en la cuenta de que habían vencido contra todo pronóstico.

Árgoht se aseguró con una rápida mirada de que no quedaran atacantes y deshizo el hechizo. Fue como si le arrancaran la piel y estuvo a punto de gritar mientras las raíces se desprendían de su cuerpo. El malestar regresó y la cabeza comenzó a darle vueltas. Vomitó sobre el suelo cubierto de hojarasca.

Sintió que alguien le agarraba por el brazo para evitar que se cayera. Era Gertes.

—¿Estás bien?

Árgoht se limitó a asentir con la cabeza mientras se limpiaba la boca con el dorso de la mano. El soldado le ofreció un odre con agua y el hechicero dio un largo trago que le supo de maravilla. El mareo se le pasó unos segundos después y se encontró con que Gertes seguía allí, mirándolo a los ojos con una media sonrisa en los labios.

—¡Eres brujo! —dijo por fin.

Árgoht se encaró con él.

—No me llames eso —dijo muy serio, con los dientes apretados.

Gertes dio un paso atrás, amedrentado.

—Lo siento, no quería ofenderte. Alguien debió decirme lo que podías hacer.

Habría planteado otra estrategia. Tal vez esos hombres no estarían muertos ahora mismo.

Árgoht no estaba seguro de que aquello fuera cierto, pero reconoció parte de verdad en ello.

—Ahora ya lo sabes. —Árgoht se dio la vuelta para dirigirse a la colina—. El tiempo apremia.

Gertes no dijo nada más, incrédulo ante lo que acababa de vivir y sabiendo que estaban vivos por los pelos. Gritó algunas órdenes y dejó a varios hombres recogiendo los cadáveres de los suyos y registrando los demás para aprovechar cualquier cosa de valor. El resto se reunió al pie de la colina, adecentando sus ropas, ajustando sus armaduras y limpiando sus armas.

Gertes eligió a tres de ellos y, junto a Árgoht, comenzó a ascender la colina. Pronto empezaron a esquivar piedras que sobresalían del suelo, viejas y enmohecidas, restos de la vieja muralla que rodeaba la plaza.

—¿Quién va? —gritó una voz desde lo alto.

No habían sido recibidos con una andanada de flechas, lo que significaba que los atrincherados en las ruinas habían presenciado el ataque y sabían que estaban en el mismo bando.

—Venimos a escoltar al rey Theronar y la reina Leicar hasta Quindarst. Nos envía el rey Kleinan —respondió Gertes.

Gritos de júbilo llenaron el aire procedentes de las ruinas.



«Todo ocurre por una razón, aunque a veces ese fin último escape a nuestro entendimiento. En ese caso solo podemos conservar la fe».

*El libro de Gan, capítulo dos, varios autores.*

El rescate de los refugiados de Antorqu'ia fue rápido, sin tiempo para alegrías ni lamentaciones. Casi todos se habían ocultado en el corazón de las ruinas, bajo lo que quedaba de la torre principal, protegidos someramente de lo más duro del chubasco. Los reyes Theronar y Leicar mostraban una actitud serena y fuerte, pero Árgoht supuso que debían de haberlo pasado mal.

Gertes comenzó a apremiar a todos ante el temor de que el ataque a Quindarst comenzara en cualquier momento. Inicialmente, la duda de Árgoht era si conseguirían llegar a tiempo para que todos aquellos soldados se unieran a la defensa de la ciudad, pero una nueva preocupación se había sumado a las anteriores.

—¿Cómo vamos a meter a toda esta gente en la ciudad si ya ha comenzado el ataque? —se preguntó el soldado mirando al grupo que abandonaba la colina, despacio pero con una gran sonrisa en sus rostros. Eran más de cien personas, sucias y atemorizadas, entre ellas muchas mujeres y niños. Aunque no habían perdido a nadie en el ataque, se habían convencido de que iban a morir, y eso se reflejaba en sus miradas, incluso en las de Theronar y Leicar, que se deshicieron en agradecimientos hacia Gertes.

Mientras eso ocurría, Árgoht trataba de encontrar parecido entre la mujer que era Leicar y la niña pequeña que él había conocido más de quince años atrás. Se había convertido en una mujer hermosa y elegante, aunque sin la belleza rutilante de su hermana. Theronar, por su parte, mayor que Kleinan, tenía el porte altivo y orgulloso

que recordaba de su madre, Marsila de Clem.

Ninguno de los dos dio muestras de haber reconocido al meledino, cosa que agradeció.

Gertes se había situado junto a Árgoht al pie de la colina, supervisando la evacuación como si de pronto valorara su presencia y consejo. Con paso ágil, el grupo se internaba en el bosque. Un explorador llegó hasta ellos para informar de que no quedaba nadie en las ruinas, ningún rezagado.

—Debemos llegar a la ciudad cuanto antes —dijo Gertes en un murmullo cuando el explorador se hubo marchado.

La lluvia les había dado un respiro, pero estaban todos empapados. Árgoht estaba cansado, y eso le ponía de mal humor. No dejaba de pensar en el hechicero que pudiera haber provocado todo lo vivido durante el ataque. Hasta la fecha se había encontrado con varios practicantes de magia, como Nerak, el Despreciable, pero ninguno era un verdadero hechicero. En cambio, lo que había visto no podía ser una ilusión ni un truco. Era magia real.

—Si el combate ha comenzado —continuaba Gertes, ajeno al estado mental de su interlocutor— nos vamos a quedar en tierra de nadie.

—¿La ciudad tiene alguna entrada trasera, algún pasadizo?

Gertes trató de hacer memoria, pero terminó negando con la cabeza.

—He oído rumores, pero ninguno en el que pueda confiar.

Árgoht pensó durante unos momentos antes de volver a hablar.

—Continúa con los demás. Yo me voy a retrasar un poco.

Gertes miró al hechicero con los ojos muy abiertos.

—¡No puedes dejarnos!

—Os alcanzaré, pero necesito hacer algo. Es importante si quieres poner a salvo a toda esta gente.

Gertes acabó cediendo con un suspiro.

—Dejaré tu caballo amarrado donde está. ¿Sabrás encontrarlo?

Árgoht asintió con la cabeza mientras se daba la vuelta y ascendía de nuevo hacia las ruinas.

Antorqu'ia era hermosa aun en su decadencia. Árgoht se sentía atraído por aquellos lugares, pues le evocaban una época mejor y más esplendorosa. Recordó las ruinas de la Atalaya de Visrên en la que había sentido algo similar. El musgo en las piedras caídas, el olor a tierra húmeda y el silencio parecían invitarle a quedarse allí para siempre. Aquellas sensaciones eran muy acordes con su carácter.

Buscó un lugar cómodo y se sentó en el suelo, sobre la gruesa capa de hojas que parecía cubrirlo todo. Habría sentido cómo se le empapaba el pantalón si no lo hubiera tenido ya completamente mojado.

Respirando hondo varias veces relajó sus músculos y sus pulsaciones. Después, buscó un punto situado en una roca que tenía ante él y se concentró en la imagen de la reina Loena, tratando de recordar cada detalle de su rostro y su cuerpo hasta que en

su mente solo existió ella. Murmuró un hechizo. El aire pareció agitarse a su alrededor mientras un punto de luz brotaba justo ante sus ojos y se expandía hasta convertirse en una superficie brillante, como un espejo, de dos palmos de anchura. Hacía mucho tiempo que no hacía aquello y Árgoht se regocijó en la agradable sensación de algo añorado y querido que ha sido encontrado tras mucho tiempo perdido.

La superficie mostró de pronto una estancia difusa en la que apenas se podía distinguir una chimenea encendida. La reina Loena se encontraba de espaldas a él, mirando por una pequeña ventana.

Árgoht carraspeó.

—Loena —dijo, sabiendo que la iba a sobresaltar. La mujer dio un respingo y alzó la cabeza.

—¡Loena!

Esta vez la reina se dio la vuelta y se asustó al encontrar el rostro de Árgoht flotando en el aire.

—¡Árgoht! ¿Cómo es posible...?

De pronto cayó en la cuenta de lo importante.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo está Leicar?

—Están todos bien. Hemos llegado a tiempo.

El suspiro de alivio de Loena fue lo suficientemente elocuente como para que no hubiera que decir nada más al respecto.

—Todos están de camino a Quindarst en estos momentos.

—Árgoht, la batalla es inminente. La Orden ya está a nuestras puertas. El ejército se apresta a defender la muralla. Hemos ordenado a todos los civiles que se dirijan al puerto de inmediato.

—No llegaremos antes de que se desate la batalla, Loena. Necesito saber si existe alguna otra manera de llegar a la ciudad, de entrar sin ser vistos.

Loena desvió la mirada, buscando entre sus recuerdos.

—Hay varias, pero la más cercana a Antorqu'ia está al norte de vuestra posición, cerca de los túmulos de Tend. La entrada está oculta dentro de uno de ellos. Pero no sé en cuál. Nunca la he usado.

Árgoht trató de hacer memoria a su vez, pero no había oído hablar de esos túmulos. Supuso que Gertes sí, así que no preguntó más. La imagen empezó a rielar. El hechizo se extinguía.

—De acuerdo. Llegaremos lo antes posible.

De pronto, los ojos de Loena se llenaron de lágrimas.

—Árgoht, no tardes, por...

Las palabras de la reina se perdieron en el aire cuando su imagen se desvaneció ante el hechicero, agotada la energía que había dado vida al hechizo.

Árgoht se quedó de nuevo solo entre las ruinas.





«Morir no es lo peor que te puede pasar. Kares puede encontrar otras formas peores de castigarte».  
*Po'karatan*, capítulo doce. Anónimo.

Shera Ante'i observaba desde cierta distancia el *Triforetau Go'laghan* que, situado en un atril en el centro de la biblioteca, esperaba a que la Maestra venciera sus reticencias. Llevaba horas allí, sentada ante él en un mullido sillón sin decir palabra, comer ni beber nada. Solo lo observaba, como si pretendiera que el libro le desvelara sus secretos por sí mismo. La biblioteca seguía casi a oscuras y no había permitido que nadie, salvo su asistente, entrara en ella.

—Maestra, ¿qué estáis esperando? ¿No es el libro que buscabais?

Shera estaba tan ensimismada en sus pensamientos que ni siquiera le dio importancia al hecho de que Almina hubiera hablado sin su permiso. Tenía la mirada perdida y la piel de los labios, que siempre llevaba pintados y luminosos, seca y agrietada por la falta de hidratación.

—Tengo miedo —dijo sin pensar.

Almina casi dio un respingo en la dura banqueta en la que estaba sentada, tan hambrienta y sedienta como debía de estarlo la Maestra.

—¿Qué teméis, mi señora? Solo es un libro...

Aquellas palabras lograron arrancar a Shera de su ensimismamiento.

—Niña ignorante. Debería hacerte azotar en público solo por esa denigrante definición.

—Lo lamento, Maestra, no pretendía...

—¡Claro que no!

Almina se arrepintió al momento de no haber sido más paciente. Al menos antes,

en silencio, no se sentía estúpida.

—Ese libro que ves ahí —continuó Shera señalando el inmenso volumen con un dedo de uña impoluta—, es un ejemplar único: el *Triforetau Go'laghan*. La información que contiene puede suponer el ascenso definitivo de Kares y la orden Kariteas.

—¿Qué puede ser tan importante como...?

—¿Pretendes que comparta esa información contigo, niña estúpida? —bramó Shera. La biblioteca le devolvió el eco de sus palabras, resonando en cada pared y en el alto techo.

Almina bajó la cabeza, avergonzada, y no dijo ni una palabra más. La Maestra se puso en pie con un suspiro.

—Ve a traer algo de comer.

La joven no esperó a que se lo repitiera y se levantó de un salto, dejando a Shera sola en la biblioteca. La maestra miró cómo su asistente abandonaba la estancia y pensó en cómo era ella a su edad: igual de curiosa e insolente.

«Por eso me gusta».

Con pasos inseguros, se acercó al antiguo libro. Estar allí, sola en presencia de Kares, era para su alma un bálsamo que disipaba todas las dudas que pudiera tener. Se arrodilló de pronto.

Y rezó. Rezó para que Kares le proporcionara la sabiduría suficiente como para poder entender su palabra que, estaba convencida, estaba contenida en aquel volumen.

Por fin, tras un buen rato, se puso en pie. Había llegado el momento. No podía demorarlo más. Sus manos temblorosas acariciaron la cubierta, hecha de piel negra, y recorrió cada uno de sus grabados y bajorrelieves, una exquisitez digna de ser admirada. El polvo se aferró a sus dedos, pero no le dio importancia. Cogió la tapa y un escalofrío recorrió su cuerpo mientras abría el libro por la primera página.

En ese momento, unos pasos tras ella la sobresaltaron.

—Disculpad, Maestra —dijo una voz serena y ronca.

Shera lanzó un suspiro y se giró hecha una furia, dispuesta a azotar al imprudente que había osado interrumpirla. Sin embargo, todo su ímpetu se heló cuando vio quién era la persona en cuestión. Era Kilnárion, el heraldo del Consejo Kariteas y asistente personal del Ser Supremo. Era un hombre orondo y muy alto, completamente calvo, cuya única misión era dar los mensajes más importantes procedentes de la Orden. Era el ser vivo más cercano al Ser Supremo, el único que tenía acceso directo a él. Su túnica negra rivalizaba en elegancia incluso con la suya propia. A pesar de que tendría que haber llegado hasta allí a caballo y al galope, su atuendo no mostraba ni una mota de polvo del camino.

«¿Qué hace aquí?».

—Hola, Kilnárion. Me honras con tu visita. ¿En qué puedo servir al Consejo?

«Terminando lo que estaba haciendo» —pensó, irritada. Sus labios, en cambio, se

curvaron en una falsa sonrisa.

—El Consejo me envía para recoger el libro y custodiar su regreso a Ferris.

Shera tuvo que hacer un esfuerzo voluntario por cerrar la boca, presa de la estupefacción. El Consejo había introducido un espía en su grupo, aunque nadie lo reconocería jamás. Quizás fuera la propia Almina.

Shera sabía que no podía negarse a la petición del Consejo expresada a través de Kilnárion. Su voz era la voz del Consejo, que a su vez era la voz de la Orden, que era la del Ser Supremo, que era la del mismísimo Kares. Negarse a Kilnárion era hacerlo a su Señor en persona. Así había sido desde tiempos inmemoriales. El lugar que ocupaba el heraldo pugnaba en importancia con el de cualquiera de los Maestros.

—Así se hará —concedió Shera con un sonoro suspiro. Acababan de arrebatarse su mayor momento de gloria, su mayor victoria—. Espérame fuera, por favor.

Shera tenía la esperanza de tener aún un momento a solas con el libro.

—Eso no será necesario, Maestra. El Consejo me ha ordenado que no pierda de vista el libro y que me encargue personalmente de que regrese a Ferris en perfectas condiciones.

Shera echó un último vistazo al atril, frustrada. Había estado tan cerca...

—Es todo tuyo —concedió por fin, mientras salía de la sala como una exhalación.

El camino de regreso a Ferris se hizo eterno para Shera Ante'i. Antes de partir se reunió con Cledus a fin de que los trabajos de acondicionamiento de Turkaisim continuaran sin descanso durante su ausencia.

—Habilita algunos dormitorios cuanto antes. Cledus la miró sin terminar de comprender. Cuando por fin lo hizo, sus ojos se abrieron desmesuradamente. —No pensaréis...

—En efecto. ¿Algún problema?

—Todavía no sabemos si la estructura es segura, mi señora. Queda mucho trabajo por hacer.

—Pues ponte a ello de inmediato. Regresaré pronto.

No me decepciones.

A Cledus no le quedó más remedio que asentir con la cabeza con cara de tener ganas de tirarse por un precipicio mientras la Maestra le daba la espalda y lo dejaba solo con sus preocupaciones.

De esa conversación hacía más de un día y medio ya, pero cuando Ferris apareció por fin ante su vista, seguía dándole vueltas. La ciudad que había acogido a la cúpula de la Orden le pareció pequeña, angosta y sucia, impropia de ellos. Cada minuto que pasaba se convencía más de la importancia que tenía para los kariteas salir de allí. Kilnárion viajaba a su lado, junto a un baúl en el que había sido empaquetado el libro y del que no se separaba para nada. No trataba de entablar conversación, cosa que ella agradecía. El traqueteo del carro la estaba poniendo nerviosa.

Tres horas después, Shera se enfrentaba de nuevo a sus compañeros Maestros. Se había dado un baño y se había cambiado la túnica, pues la llevaba cubierta de polvo

por el camino y las horas que había pasado en la biblioteca. Tenía el mismo aspecto imponente de siempre. Había elegido una ceñida al talle que resaltaba su busto y se había recogido la larga melena negra, por lo que los rasgos de su piel oscura destacaban aún más de lo habitual. Kilnárion estaba también presente, apartado en una esquina sombría. Tenía derecho a presenciar las reuniones, pero no a participar en ellas. Shera se detuvo a pensar en él, en cómo su presencia entre los maestros se había hecho más patente desde que se habían instalado en Ferris. Si bien antes apenas presenciaba sus conversaciones, en los últimos tiempos parecía querer estar al tanto de todo. Y si él estaba allí, era que el Ser también estaba al tanto.

—¡Shera! —exclamó Gio Lahnoir sacándola de sus cavilaciones con una sonrisa falsa.

Shera saludó con un asentimiento de cabeza. Parecían estar esperando por ella, porque en aquel momento todos se sentaron en sus respectivos sillones alrededor de la mesa del Salón del Alarido. Otrex tomó la palabra entonces. El baúl que contenía el libro estaba situado junto a ellos. A Shera se le aceleró el pulso. No podía imaginar aquella reliquia en otras manos que no fueran las suyas.

—Hermanos —dijo el anciano poniéndose en pie—, hoy es un día importante para nosotros en nuestro servicio a Kares. Nuestra hermana Shera ha hecho un descubrimiento que hará que su nombre se grabe con letras de oro en nuestra historia, quizás el más importante. Antes de pasar a ello, Shera, ¿qué otras novedades nos traes desde Kinar'on?

Shera miró a los demás, impaciente. Aun así, encontró la templanza para hablar del tema al que había venido dando vueltas todo el camino de regreso a Ferris.

—Turkaisim es impresionante. Cledus y su equipo están haciendo un buen trabajo con el desescombro, asegurando la estructura y despejando toda la zona. Creo que estará plenamente operativo en un par de semanas.

—¿Operativo para qué? —interrumpió Gio.

Shera los miró uno por uno antes de responder.

—Para recibirnos a todos.

La Maestra se regocijó en la cara de asombro que mostraron sus compañeros.

—Creo que deberíamos instalarnos allí. Es indigno que vivamos en un lugar como este, un reino que no es nuestro y que puede pretender gobernarnos. Solo el Ser Supremo debería darnos órdenes. Ningún rey debería tener autoridad sobre nuestros actos.

Shera observó que los rostros de los demás iban cambiando, asintiendo con la cabeza a medida que sus palabras iban calando en ellos.

—Fundaremos la Nueva Hiom, cuyo centro será Turkaisim, y desde allí nos lanzaremos a conquistar toda Thera para mayor gloria de Kares. A la Orden le falta un símbolo, algo que todos teman con solo nombrarlo. Turkaisim será nuestro símbolo. El mundo temblará ante su mera mención. Y cuando los secretos del *Triforetau Go'laghan* sean por fin revelados, ¡nadie osará enfrentarse a nosotros!

Los Maestros estallaron en aplausos en respuesta a la arenga de Shera, emocionados ante la perspectiva que acababa de plantearles.

—Todo lo que hemos hecho hasta ahora —continuó cuando la euforia se hubo calmado un poco— no servirá de nada si Duntas decide que todo esto es suyo y que estamos a su servicio. Es hora de tomar nuestro camino.

—Quindarst está a punto de caer —dijo Tredes—. Cuando lo haya hecho, todo el sur de Kisea estará bajo control. Ferris no podría oponerse a nosotros, aunque quisiera.

—¿Cuándo tendremos la ciudad bajo control?

—Entre hoy y mañana. Nuestros espías informan de que la dotación de la ciudad es ínfima, aunque otra circunstancia nos ha causado más preocupación que el asalto...

—Durante tu ausencia —retomó la palabra Otrex— ha llegado un mensajero con una carta firmada por Órfedes.

A Shera se le erizó el vello de los brazos. La mera mención de los Guardas Arcanos la ponía nerviosa.

—Dice que ha encontrado resistencia durante una incursión. Resistencia mágica.

Shera dio un respingo. ¿Sería posible? Sus pensamientos se llenaron con el nombre de Árgoht. ¿Qué probabilidades había de que fuera algún otro hechicero? Un escalofrío recorrió su columna vertebral. Árgoht había sido el artífice de que fracasara la campaña de Angôr. Shera había asumido su negativa a unirse a la Orden Kariteas como una derrota personal.

—¿Supo quién era ese mago?

—No llegó a enfrentarse a él, ni a verlo si quiera, pero intervino en el combate, obligándolo a retirarse desde retaguardia. Ha justificado su cobardía diciendo que le parecía más importante recabar cuanta información pudiera sobre él antes de hacerle frente.

—Si hay un hechicero en Quindarst la conquista se puede complicar.

—Órfedes ha dicho que va a estar presente en el ataque. Él lo eliminará.

Shera no pudo evitar sonreír ante esa perspectiva. Órfedes era un Guarda imponente y poderoso, pero ninguno de ellos había visto a Árgoht en acción. En cualquier caso, eso estaba ocurriendo muchos kilómetros más al sur. Lo importante era lo que tenían delante.

—Pues nada de qué preocuparse, entonces —dijo Shera, tratando de redirigir la conversación hacia el baúl que esperaba en el suelo. Sin embargo, la noticia la había inquietado.

—Sí, dejemos que Órfedes demuestre por qué es el mejor de los Guardas.

—No estoy tan convencido... —dijo Otrex bajando la cabeza.

—Nunca te han gustado los Guardas, Otrex, pero hasta tú debes reconocer su eficacia. Llevan muchos años a la espera, agazapados, esperando el momento adecuado. Su reclusión ha terminado. Además de Órfedes, los demás se están

reuniendo aquí en estos momentos. Llegan desde toda Thera, donde han estado ejerciendo de espías para nosotros desde hace años, esperando el momento adecuado para salir a la luz. La guarda ha estado captando cada hechicero del que se tenía conocimiento desde hace décadas. No ha sido un trabajo fácil. Algunos de estos hombres y mujeres solo han reconocido su condición tras un largo asedio por parte de otros Guardas.

—¿Están aquí? —preguntó Shera, sorprendida.

—Solo han llegado tres. Órfedes se incorporará pronto. Esperamos que estén aquí los tres restantes en los próximos días. Desde que estén todos, nos reuniremos con ellos. Solo falta Jikeon Artaggar. No hemos conseguido localizarle. Está en una misión, pero no sabemos dónde, solo que está en algún lugar de las montañas llevando a cabo el... reclutamiento.

«Siete» —pensó Shera, sorprendida—. «Siete hechiceros a nuestro servicio».

—Estoy deseando conocerlos —dijo, pensando en voz alta.

—Son en verdad impresionantes —añadió Gio—. Te gustarán.

En ese momento, Shera supo que aquello no era cierto. Tras ver lo que Árgoht era capaz de hacer y lo que ellos mismos hacían en las entrañas de Mügero y ahora allí, en Ferris, Shera empezaba a tenerles respeto y hasta un poco de temor a los hechiceros.

—No estoy segura de eso —respondió—. Yo prefiero la espada y la palabra para ganar batallas. Incluso soy partidaria de un polvo bien usado para resolver un conflicto, pero las artes arcanas, la brujería, me ponen muy nerviosa.

—Son nuestros, Shera. Están bajo nuestro control. Su lealtad se ha mostrado hasta ahora incuestionable.

Una sonrisa desdeñosa subió a los labios de la maestra.

—Si crees que puedes controlar a un hechicero, es que no conoces a ninguno.

«Y ahora vamos a tener a seis bajo nuestro techo».

—La guarda Arcana ha estado al servicio de la Orden desde hace siglos. Nada debemos temer de ellos.

Shera empezaba a cansarse de aquella conversación que no llevaba a ninguna parte.

—Como tú digas, Maestro. ¿Podemos pasar a lo verdaderamente importante?

Gio dudó un momento antes de entender a qué se refería Shera. Sin que nadie se lo pidiera, ella se levantó, haciendo crujir su ropa contra la madera de la silla, y se acercó al arcón. Olía a madera vieja y húmeda, pero estaba segura de que Kilnárion lo había cerrado a la perfección y empaquetado su contenido con especial cuidado.

Shera hizo saltar los cierres con delicadeza, como si estuviera tratando a un bebé. Abrió la tapa y dejó a la vista un puñado de telas. Metió las manos, sacó el único bulto que envolvían y lo puso sobre la mesa con un gemido. Pesaba.

Empezó a deshacer al hatillo con manos temblorosas ante la atenta mirada de los demás. El silencio a su alrededor era tan pesado como el baúl. La tensión entre los

maestros era casi palpable. Todos ellos eran conscientes de la trascendencia de aquel momento.

El *Triforetau Go'laghan*, el libro más importante de la historia de la Orden, quedó por fin al descubierto.



«El hermanamiento de Lahmna y Clemthan supuso un hecho sin precedentes en aquel tiempo. De no ser por la Tierra Negra, quizás hubieran alcanzado un grado de progreso equiparable al del Imperio Meledino antiguo».

*Geografía de Thera. Compendio*, capítulo treinta y dos. Gleres de Tir.

El final del bosque llegó tan abrupto como un acantilado. Aunque la lluvia había cesado, bajo la espesa cobertura vegetal parecía seguir haciéndolo debido a las gotas que caían de los árboles. Por ello, tanto Gertes como Árgoht agradecieron el respiro que les dio el salir a campo abierto. El sol estaba a punto de abandonar el cielo y las sombras crecían con rapidez a su alrededor.

Habían salido de la arboleda un poco más al norte del punto por el que habían entrado, guiados por el joven Olidas, que parecía conocer la región como la palma de su mano. Les guio por un sendero casi olvidado y lleno de malezas pero que les puso en la dirección correcta. El resto del grupo les esperaba medio kilómetro más atrás, lejos del camino, con la esperanza de esquivar a los posibles rastreadores que hubieran salido en su busca. Sin embargo, eran conscientes de que un grupo tan grande como aquel era fácil de seguir. Con un poco de suerte, la lluvia dificultaría el seguir sus huellas.

—Allí —dijo Olidas señalando un punto a su derecha. En la distancia pudieron ver las sombras de unas pequeñas colinas formando una retícula. Los tres evitaban mirar hacia la izquierda, aunque les costaba no hacerlo, pues la sombra del ejército invasor se encontraba ya demasiado cerca de la ciudad. Sabían que el ataque había comenzado, pero ninguno quiso mencionarlo. Árgoht creía oler a madera quemada incluso desde allí, pero no podría asegurar que no fuera una jugarreta de su mente.



Volviendo la mirada hacia los túmulos, de pronto le pareció ver movimiento entre ellos, pero podían ser las danzarinas sombras de la noche que se acercaba con rapidez.

—Id a buscar a los demás —dijo Árgoht—. Yo me adelantaré para ir buscando la entrada. En el bosque no están seguros.

El hechicero no se quitaba de la cabeza la posibilidad de que les estuvieran siguiendo. Ahora que estaban avisados, los miembros de la Orden vendrían más preparados.

—¿Estás seguro? —preguntó Gertes, mirando hacia los túmulos. Solo les separaban de ellos un centenar de metros.

—Tenerlos a todos aquí mientras buscamos la puerta no es seguro. Yo la encontraré mientras vosotros los traéis. ¡Vamos!

Árgoht ni siquiera se dio cuenta de que había dado una orden, pero Gertes obedeció sin rechistar. Olidas y Gertes se internaron de nuevo en el bosque. El meledino azuzó a su caballo y se dirigió a los túmulos. Sentir el aire fresco de la tarde sin la lluvia azotando su rostro le insufló nueva energía. Trató de encontrar a la Madre en aquel aire, en el aroma a tierra mojada, pero solo encontraba vacío. Aún sentía en el cuerpo el malestar que le había producido el hechizo realizado en las ruinas. Contactar con Ella en aquella región en la que el Daño lo dominaba todo le costaba un sobreesfuerzo con el que no contaba. Le vino a la cabeza el recuerdo de los días que había pasado perdido en el gehvaal, precisamente por tratar de establecer contacto en un sitio similar, infectado por la Tierra Negra. En aquella ocasión, herido y débil, había sucumbido. Ahora era más fuerte, pero no debía confiarse. Cada vez que usaba su magia allí era como si le cortaran un dedo. Temía que llegara un punto en que no fuera capaz de hacerlo.

En todo esto pensaba cuando los primeros túmulos aparecieron ante él. Había más de cien, de todos los tamaños, excavados en las colinas bajas que salpicaban toda la zona. Árgoht recordó que la familia real estaba enterrada en la cripta de la ciudad, por lo que allí debían estar los miembros más elevados de la nobleza. Más allá de los túmulos, hacia el este, distinguió una zona de tierra removida con cientos de estacas colocadas de cualquier manera: los enterramientos de quienes no podían permitirse un túmulo.

En aquel momento el aire le trajo el sonido velado de voces susurrantes. Árgoht se puso en alerta y desmontó con todo el sigilo que pudo. Le dio unas palmadas en el cuello al animal esperando que no hiciera ruido y se quedara donde estaba. Rodeó varios túmulos siguiendo el sonido y, cuando estuvo seguro de estar cerca, subió por uno de ellos para tener una posición elevada, aunque solo fuera un par de metros.

Eran siete hombres, todos ellos vestidos de negro, lo que casi los mimetizaba con las sombras crecientes. Tres de ellos, armados, observaban desde cierta distancia lo que hacían los otros cuatro, que no era otra cosa que sacar cadáveres de uno de los túmulos. Vestían túnicas de aspecto raído y encorvaban el cuerpo sobre su tarea,

como si llevaran años haciendo lo mismo. Parecían ancianos, con la piel arrugada y decrepita. Se movían de forma extraña y emitían siseos y desagradables arcadas mientras trabajaban. A su alrededor, varios cadáveres en diversos estados de descomposición se apilaban sin ningún orden aparente. De pronto, Árgoht recordó las mazmorras de la Torre de Mügero y todo lo que allí había presenciado y entendió qué hacían allí esos hombres.

En silencio, desenvainó a Êralin. Sus sentidos mejoraron y pudo apreciar cada detalle de los hombres que tenía delante. Como si hubiera sentido su mirada o su muerte inminente, uno de los viejos se giró y miró directamente hacia él. Todos los demás le imitaron mientras señalaba con un dedo escuálido y gritaba unas palabras ininteligibles que eran poco más que un chillido ronco.

Los tres hombres desenvainaron a la vez y uno de ellos habló.

—¿Quién eres? Suelta el arma ahora mismo.

Árgoht hizo caso omiso y comenzó a descender el túmulo con mucho cuidado de no resbalar en la superficie lodosa. Trató de conectar con la Madre, pero la sintió demasiado lejos y no tenía tiempo para buscarla.

Los soldados se cuadraron en posición defensiva. Mientras bajaba hacia ellos, Árgoht trataba de analizar la situación y plantear una estrategia. Había mejorado mucho con la espada con el paso de los años, pero enfrentarse a tres soldados sin su magia era quizás demasiado pedir.

—Suelta el arma, ¡ahora!

Árgoht analizó a sus contrincantes: yelmo, coraza ligera, sin grebas, guanteletes... Buscaba puntos débiles y zonas desprotegidas; estudiaba sus facciones y expresión, tratando de encontrar al más frágil, al que estuviera atemorizado, al líder o al suicida. La energía que Êralin transmitía a su cuerpo le permitía pensar con más claridad, como si estuviera fresco tras una buena siesta y no cansado y aterido. Sabía que pagaría las consecuencias, pero ahora disfrutaba de la sensación como un borracho de su embriaguez.

Los cuatro viejos retrocedieron, atemorizados, haciendo gestos y aspavientos. Su mera presencia era desagradable a la vista.

—Profanadores de lo sagrado. ¡Sois una vergüenza!

—¡Lárgate! Sigue con tus asuntos.

Árgoht se detuvo a escasos metros del primero de los soldados. Una media sonrisa divertida saltó a sus labios, extraña incluso para sí mismo.

—Estos son mis asuntos ahora.

El hechicero cargó, salvando la distancia con dos largas zancadas. Êralin silbó y el sonido de su danza alegró el oído de Árgoht.

El primer hombre esperaba el ataque, pero le sorprendió su ferocidad. Alzó su arma para repeler el golpe, pero el impacto fue más fuerte de lo que esperaba y su espada bailó entre sus manos, obligándole a abrir la guardia. El segundo movimiento de Árgoht abrió un tajo en su cuello, entre el yelmo y la coraza, salpicándole de

sangre. Sin detenerse a mirar, cambió el peso del cuerpo y, con un giro, atacó al soldado situado más a su izquierda. De fondo, escuchaba el sonido de los gorjeos y siseos de los viejos, que parecían alentar a los suyos como si aquello fuera una justa.

El segundo hombre estaba un poco más preparado que el anterior y repelió su ataque con elegancia para después responder a su vez. Los sentidos acentuados de Árgoht le permitieron prever el tajo y dio un paso a la izquierda para esquivar. Escuchó el silbido del filo al pasar cerca de su oreja derecha. Casi metido bajo el cuerpo del hombre, Árgoht usó la punta de Êralin para ensartar a su oponente por el hueco de la axila, rompiendo costillas en su avance. El hombre cayó desmadejado. Sus gritos silenciaron los repugnantes sonidos que emitían los viejos, pero duraron muy poco.

El tercer hombre se lanzó contra él tratando de aprovechar su inestabilidad, pero el hechicero tuvo el tiempo justo de girar su arma y desviar a duras penas el ataque, lo que le dio un segundo para afianzar su posición y situar los pies con firmeza en el suelo. Detuvo un segundo ataque, pero no encontraba hueco en la defensa del soldado. Tropezó con un cadáver y a punto estuvo de caer de espaldas. El hombre creyó ver una oportunidad en el desliz y se lanzó contra él con un grito. Árgoht, en vez de luchar contra su inestabilidad, se dejó llevar por ella y permitió que su cuerpo casi cayera al suelo, apoyando una mano en el fango y esquivando casi sin proponérselo el tajo que buscaba su cabeza. Lanzó una pierna que impactó en el pie de apoyo del soldado, quebrándole el tobillo y haciéndolo caer entre quejidos. Árgoht se puso en pie de nuevo y cortó los gritos de cuajo con un tajo certero.

A su espalda, los cuatro viejos se apretaban unos contra otros como gallinas a punto del sacrificio. Árgoht miró a su alrededor mientras avanzaba hacia ellos, tratando de recuperar el aliento. Pudo contar quince cadáveres y trató de evitar imaginarse qué podían querer hacer con ellos aquellos engendros. Aunque no era ningún santón, profanar el descanso de los muertos le provocaba una gran repulsión.

Árgoht vio el miedo en las decrepitas caras de los viejos mientras Êralin se alzaba contra ellos.

Cuando Gertes llegó encontró a Árgoht sobre uno de los túmulos muy concentrado.

—¡Árgoht! ¿Estás bien?

El soldado se había fijado en las manchas de sangre de su cara y sus ropas que, a la luz de la luna, parecían de espesa tinta oscura.

—Sí.

—¿Qué ha pasado?

—He tenido que bailar —respondió, dejando boquiabierto a Gertes—. Creo que sé en qué túmulo está la entrada.

Y, sin más palabras, descendió en dirección a otro sepulcro situado unos metros a su derecha. Al pasar dejó atrás los cuerpos sin vida de los viejos. Con Êralin envainada, el asesinato a sangre fría de aquellos seres, por muy despreciables que

fueran, le provocaba desazón.

Ignorándola todo cuanto pudo, llegó ante la pequeña puerta de madera del túmulo. Gertes miró los cuerpos con la duda clavada en la mirada, pero se tragó sus preguntas.

—¿Por qué esta? —preguntó en cambio—. Me parece igual que las demás.

—Pero no lo es. Todas son iguales, en efecto, pero esta tiene eso.

Árgoht señaló un pequeño grabado, sutil y fácil de pasar por alto, en la esquina superior izquierda de la puerta. Era el emblema del reino de Lahmna.

—La familia real está enterrada en la ciudad. ¿Por qué iban a marcar una sola puerta? He comprobado las demás y ninguna otra tiene este grabado. Tiene que ser esta.

Sin pensarlo dos veces, Gertes lanzó una patada contra la puerta, pero estaba atrancada. Tuvo que insistir con el hombro hasta que, con un crujido, cedió, haciendo que el soldado acabara en el suelo junto con los restos de madera. Una nube de polvo, antiguo y pesado, se levantó a su alrededor. El olor a humedad les invadió, haciéndoles arrugar la nariz.

—Muy resistente para ser un simple enterramiento, ¿no? —dijo Árgoht mientras ayudaba a levantar a Gertes.

El soldado se sacudió el polvo de la ropa y estornudó dos veces. El interior del túmulo estaba a oscuras y solo la luz de la luna aportaba algo de claridad. Aunque los sentidos mejorados de Árgoht le permitían ver algo más que los demás, en aquellas sombras apenas podía percibir más que los contornos difusos de varios nichos excavados en las paredes. Gertes salió y regresó instantes después con una antorcha, encendiéndola una vez dentro del túmulo para evitar que el resplandor pudiera delatar la posición de todo el grupo.

El enterramiento era circular y mucho más grande de lo que parecía desde fuera. Las paredes abovedadas estaban reforzadas con adobe y disponía de varios anclajes para antorchas. Los nichos estaban excavados en la pared y solo dos de los ocho disponibles estaban ocupados. De los cuerpos, cubiertos con mortajas, solo asomaban algunos huesos blanquecinos.

Al fondo de la estancia, un barullo de ropas y enseres oxidados se arracimaban sin ton ni son. Árgoht se dirigió directamente hacia allí y desperdigó la pila usando los pies, levantando una nueva nube de polvo. Allí estaba. Era una pequeña puerta por la que tendrían que entrar agachados, pero no tenían otra cosa. No tenía tirador ni cerradura por este lado.

—Está preparada para abrirse solo desde el otro lado...

—Déjame a mí.

De nuevo, Gertes tuvo que emplearse a fondo para abrir la puerta, no solo porque estuviera en desuso y humedecida, sino porque parecía tener varias cerraduras por el otro lado.

—Si el ejército de la Orden no escucha este escándalo es que están sordos —

ironizó Árgoht con una mueca.

Gertes se detuvo y miró al hechicero.

—Si quieres hacerlo mejor, te invito...

Árgoht levantó las manos y negó con la cabeza, instándole a seguir con lo que estaba haciendo.

Por fin, la puerta se quebró. Gertes sudaba copiosamente lo que, unido al polvo que ya tenía adherido a la piel, le daba el aspecto de un niño que acabara de llegar de jugar en el bosque.

Más allá del hueco que había dejado la puerta la oscuridad era total.

—Tendremos que dejar los caballos atrás —observó el hechicero mientras analizaba el tamaño del túnel que se abría ante ellos.

Gertes se acercó con la antorcha para alumbrar los contornos. Era un túnel angosto y chato en el que una persona cabría de pie a duras penas. Para un caballo sería imposible pasar.

—Es una ruta de huida en caso de emergencia —dijo el soldado—. No está preparada para tanta gente. Tendremos que ir en fila de a uno.

Gertes salió a buscar al resto del grupo mientras Árgoht observaba el túnel con la antorcha. Se adentró en él algunos metros para comprobar que su estructura no cambiaba demasiado a medida que se internaba bajo tierra con un ligero desnivel.

«Va a ser duro» —pensó con un suspiro, analizando la estrechez que lo rodeaba. Además, el aire estaba viciado y olía mal, lo que haría el avance más penoso. Hasta él llegó el sonido de voces. Eran los refugiados, que llegaban a la entrada, curiosos y atemorizados al mismo tiempo. Tras un último vistazo, regresó al túmulo.



«El Ser Supremo es la voz de Kares en el mundo. Sus ojos, sus manos y su espada. Su palabra es La Palabra».  
*Po'karatan*, capítulo tres. Anónimo.

—A pesar de estar viéndolo con mis propios ojos, me cuesta creer que sea cierto.

A Shera, la voz trémula de Gio Lahnoir le llegó como si estuviera en algún lugar muy lejano. Ensimismada de nuevo en la visión del libro, lo que la rodeaba había pasado a un segundo plano.

Otrex se acercó y la empujó con suavidad para situarse ante el volumen. Los demás se arremolinaron a su alrededor. Shera se desplazó a regañadientes para que todos pudieran observar una de las maravillas perdidas de la Orden, quizás la más importante y trascendente después del *Po'karatan*.

—Por fin —dijo alguien—. Nuestra victoria definitiva está cada vez más cerca.

Shera observaba las manos de los maestros tocando el libro.

«Asquerosos» —pensó casi sin querer y por poco no se le escaparon las palabras. Por un momento le parecieron las manos de un viejo lascivo recorriendo el cuerpo de una jovencita. Un escalofrío le recorrió de pronto y supo lo que significaba. De reojo vio un movimiento en una esquina del salón y que las sombras en aquella zona se habían intensificado. El Ser Supremo estaba allí, observando, como no podía ser de otra forma, en un momento como aquel. Shera hizo como que no se había dado cuenta, consciente de que nunca participaba directamente en nada. Si era necesario, usaría a Kilnárion, también presente y con la mirada fija en todo cuanto ocurría alrededor del libro.

Pero estaba allí. El Ser en persona, la voz de Kares entre los hombres. Era una presencia constante, como si alguien la mirara por encima del hombro a cada

momento. Los demás no parecían haberse percatado de su llegada o estaban tan acostumbrados a que llegara sin anunciarse que no le dieron importancia.

Shera regresó su atención al libro, pero últimamente no dejaba de pensar en el papel que el Ser representaba para la Orden. Los maestros ya habían abierto el gran volumen y lo observaban con avidez.

—No nos lo dirá con facilidad —dijo Shera.

Otrex se giró hacia ella, como si acabara de descubrir que estaba allí.

—¿A qué te refieres?

—A que no esperes encontrar un capítulo titulado «Cómo invocar a los Hijos de Kares». Ese libro nos dará sus secretos cuando nos los ganemos.

El Maestro se envaró, poniéndose muy tieso de pronto, con lo que ganó varios centímetros de altura.

—¿Me crees incapaz de leer un libro y entender su significado?

—¿Crees que es un simple libro? Si en algo conozco los designios de Kares, estará lleno de trampas, giros y sombras que tapan aquello que quieras saber. Creerás estar leyendo una cosa cuando en verdad es otra. Creerás, incluso, estar leyendo mientras en verdad estás haciendo otras cosas. Es un libro traicionero.

—Yo también conozco las leyendas, Shera. ¿Ahora dirás que su lectura me va a volver loco?

Los demás Maestros, que se habían detenido a escuchar el cruce dialéctico, se rieron por lo bajo, como si las palabras del anciano fueran un chiste malo.

—No te creas todo lo que lees, Maestra.

—Pues más te vale que tú te creas lo que te voy a decir: afronta ese libro como si fuera una vulgar lectura y lo pagarás caro. Lo presiento.

En aquel momento, Shera supo que se lo iban a quitar. Otrex recurriría a su antigüedad en la jerarquía de la Orden para reclamar su derecho a estudiar el libro en primer lugar. Lo veía en sus ojos.

—Hoy mismo empezaré a estudiarlo —dijo Otrex con una sonrisa desdeñosa—. En breve conoceré aquello que nos dará el control definitivo sobre toda Thera: sabré cómo despertar a los Cinco Hijos de Kares.

—Los cuatro.

La sonrisa de Otrex desapareció de su rostro. Los demás también se pusieron tensos, como si hubiera mencionado un tema tabú.

—Jerkal'im ha muerto, ¿lo olvidáis? Lo destruyó ese hechicero al que tan poca atención prestáis.

Shera estaba disfrutando con la provocación.

—No olvidamos nada —respondió Otrex entre dientes—. Hablas de cosas que desconoces, hermana. No sabemos si Jerkal'im está en verdad destruido o si podremos volver a invocarlo. Estoy seguro de que ha regresado a la diestra de Kares, esperando la llamada para volver a nuestro servicio.

—Piensa lo que quieras, Otrex. Reclamo el derecho a estudiar el libro desde que

sea posible. Dado que fui yo quien lo encontró, es justo.

—Si lo has encontrado tú es por gracia de Kares, no por mérito tuyo. Aun así, te lo haré saber en el momento en que haya encontrado la información que necesitamos.

«No la encontrarás» —pensó Shera con cierto regocijo. No veía en el anciano la actitud adecuada. Estaba seguro de que el *Triforetau Go'laghan* se reservaría sus secretos para ella. Lo notaba en la piel. Otrex no sacaría nada de sus páginas.

—Por supuesto —dijo en cambio, controlando la respuesta que de verdad le habría gustado decirle a su hermano kariteas.

Shera tuvo que observar tragando saliva cómo el Maestro Otrex cogía el libro sin ningún cuidado y se lo llevaba bajo el brazo mientras seguía conversando con los demás, que le siguieron como corderos al pastor. Shera se quedó allí, respirando por la nariz como un cuercanck enjaulado. Un vistazo rápido a la esquina en sombras le hizo ver que el Ser Supremo, tan sutil como había llegado, se había ido.

Kilnárion, en cambio, seguía allí, observándolos con una enigmática sonrisa. Al percibir la atención de Shera, le obsequió con un leve saludo con la cabeza y también él abandonó el salón.

Shera pasó el resto del día en sus habitaciones sintiéndose estúpida y humillada. No dejaba de darle vueltas a todo el trabajo y sacrificio que había supuesto para ella encontrar el *Triforetau Go'laghan* para que ahora se lo arrancaran de las manos. Pensar en el volumen siendo manoseado por Otrex le ponía los pelos de punta. Esperaba una nota del anciano de un momento a otro, pero en el fondo de su ser sabía que no sería tan pronto, que no se rendiría con tanta facilidad. Aunque solo fuera por dignidad, estudiaría a fondo el libro, aun sabiendo que no le daría la información que estaba buscando. De pronto, la maestra supo que no la haría llamar. Si quería estudiar de cerca el libro tendría que ir a buscarlo ella. Pero ¿cómo hacerlo sin ofender al maestro ni contravenir la jerarquía de la Orden?

Estaba en un callejón sin salida. Hastiada, hizo entrar a Almina, a la que había echado de la habitación un buen rato antes. Llegó con una bandeja sobre la que descansaba una infusión que dejó un delicioso aroma a su paso y que apaciguó un poco sus nervios, aunque ella sabía qué necesitaba para relajarse de verdad.

—Quítate la ropa.

Almina obedeció con una sonrisa pícaro en los labios.





«El largo viaje supuso una etapa de aprendizaje muy importante. Le sirvió para establecer nuevas alianzas y reforzar viejos pactos que a la postre resultaron imprescindibles».  
*Crónicas del Adalid de la Luz*, capítulo veintiséis. Edgor Mundensen.

Árgoht era incapaz de calcular cuánto tiempo llevaba caminando por aquel estrecho túnel, pero el calor en él era sofocante, estaba empapado en sudor y empezaba a sentirse agobiado entre los muros angostos y el bajo techo. El pasadizo no estaba preparado para el paso de un grupo grande y, tras él, podía escuchar las quejas de algunos a los que les estaba costando aún más que a él completar el camino. Además, estaba la oscuridad. Sus sentidos mejorados no le permitían ver en aquellas sombras tan cerradas y las antorchas estaban a punto ya de apagarse. Árgoht empezaba a preguntarse si el túnel no se iba a acabar nunca.

Y, de repente, se terminó.

Ante él, que iba en vanguardia, apareció una pequeña puerta de madera, con los contornos apenas iluminados por las antorchas. Pidió más luz y se acercó Gertes con una antorcha a la que le quedaban pocos minutos de vida. No tenía tirador ni cerradura desde aquel lado.

—Esta puerta está preparada para ser una salida, no una entrada.

Árgoht asintió, pero seguía concentrado en la forma de abrir, cuando el soldado lanzó, animado por el éxito conseguido con la puerta anterior, un puntapié contra la madera allí donde debía haber una cerradura. La madera, humedecida y atrancada por el paso del tiempo, no cedió. Sobresaltados por el ruido, un murmullo recorrió el grupo de refugiados. Gertes le dio la antorcha a Árgoht, contrariado. Con la

determinación pintada en el rostro, retrocedió unos pasos y volvió a lanzarse contra la puerta, esta vez con el hombro por delante. La madera cedió con un crujido. Puerta y soldado rodaron por el suelo un metro más allá. La caída provocó que se levantara una densa nube de polvo que rodeó a ambos durante unos instantes. Árgoht trató de disiparla con la mano para analizar la sala en la que desembocaba el túnel. Solo era un viejo almacén abandonado.

Gertes se levantó de un salto, herido en su orgullo y sacudiéndose el polvo de la ropa. Árgoht sintió que se desentumecía al salir del angosto túnel, aunque el almacén no era mucho más grande. Estaba lleno de cajas vacías y trastos, pero había otra puerta cerca. Se acercó a ella y usó el tirador para abrirla, esta vez sin dificultad. Al otro lado no se podía ver nada, pues todo estaba oscuro y en silencio. Árgoht podía escuchar un murmullo lejano, como si fuera la corriente de un río percibida desde la distancia.

Hizo un gesto con la mano a Gertes al tiempo que cogía la antorcha.

—Que vayan saliendo despacio.

Gertes regresó al túnel y el hechicero se adentró en el pasillo. El fuego danzarín le reveló un largo corredor con varias puertas a los lados y, al final, una escalera que ascendía. Empezó a escuchar exclamaciones de alegría y plegarias a Gan a su espalda y tuvo ganas de salir corriendo de allí, de dejar a toda aquella gente que nada tenía que ver con él a su suerte. También a Lavell lo dejaría atrás, al cuidado de Loena, mientras continuaba su viaje, su búsqueda, lo único realmente importante.

En vez de eso, regresó al almacén e hizo un gesto con la mano para tratar de que guardaran silencio. La estancia estaba casi llena ya y seguía saliendo gente del túnel. La reina Leicar se acercó a él.

—No hemos tenido ocasión de hablar, mi señor. Sois Árgoht Grandël, ¿verdad?

Árgoht asintió con la cabeza.

—No sé cómo puedo agradecerlos lo que estáis haciendo...

—Me envía vuestra hermana. Es a ella a quién debéis agradecerse.

Árgoht se giró para regresar al pasillo, pero la joven lo agarró por el brazo.

—No me importa quién os haya enviado. Sois vos quien está aquí, sucio y sudoroso, no ella. Gracias. No lo olvidaré.

Árgoht miró a la muchacha con nuevos ojos. Había madurado desde que había estado allí por última vez, cuando era apenas una niña obligada a casarse por el bien del reino. Al igual que su hermana, se había convertido en una verdadera reina. Lo llevaban en la sangre.

—Yo os guiaré. Conozco este lugar como la palma de mi mano. El túnel no lo conocía, pero esta zona del castillo sí me es familiar.

Se giró hacia el grupo y habló en voz baja. El silencio se propagó como el fuego para escuchar a la reina.

—Seguidme, amigos, en completo silencio. Tenemos que encontrar a mi hermana, pero no sabemos con qué nos tropezaremos por el camino.

A pesar de que el grupo permanecía lo más silencioso posible mientras ascendían, Árgoht no podía dejar de pensar en que hacían tanto ruido que hasta los invasores los descubrirían. Acostumbrado a viajar solo, en el silencio que la soledad trae consigo, el roce de las ropas, los pasos y las respiraciones agitadas de toda aquella gente le parecían un rugido ensordecedor en aquellas circunstancias.

Por fin, salieron de los niveles inferiores y accedieron a un pasillo ricamente decorado.

—Estamos cerca —murmuró Leicar mientras decidía en qué dirección continuar.

En aquel momento, una patrulla de diez hombres se adentró en el pasillo doblando una esquina a toda prisa. Al ver allí a los reyes, Árgoht, Gertes y Olidas, los únicos que habían salido ya, se detuvieron en seco con los ojos muy abiertos.

—¡Intrusos! —gritó uno, con evidente nerviosismo—. ¡A por ellos!

Las cosas se precipitaron de pronto.

—No, no, no... —murmuraba Leicar.

Gertes fue el primero en desenvainar pero, en el momento en que se disponía a interceptar el primer ataque, el soldado gritó.

—¡Atrás, sargento!

El hombre detuvo su ataque, puesta toda su atención en el capitán, a quien reconoció a pesar de la suciedad y el polvo que lo cubría.

—¡Señor! Lo siento, pensé...

—Has hecho bien, sargento Herins, no te disculpes. ¿Dónde está la reina? ¿A dónde ibais?

Herins se sorprendió cuando el resto del grupo de refugiados comenzó a invadir el pasillo, sucios, sudorosos y con aspecto cansado.

—Nos dirigíamos a reforzar la dotación del muro sur, señor. Si me lo permitís, os guiaré hasta sus majestades.

El soldado se giró hacia el resto de su grupo y les dijo algo en voz baja. Acto seguido, se pusieron de nuevo en marcha. El sargento se quedó con los refugiados.

—Seguidme, por favor —les dijo al fin.

El grupo se puso de nuevo en movimiento en pos del sargento. Árgoht deshizo el hechizo que había preparado en previsión del conflicto. Era una sensación que le desagradaba. La energía acumulada se disipaba por su cuerpo, erizándole el vello y embotándole la cabeza durante unos instantes. La magia necesitaba liberarse. Además, con el esfuerzo que le costaba contactar allí con la Madre, la sensación de pérdida fue aún mayor.

—¿Qué está pasando? —preguntó Theronar al soldado, situándose a su lado.

—La batalla ha comenzado. Es mala hora para vagar por el castillo. Debemos ponernos a salvo.

—¿La batalla ha comenzado? —intervino Gertes—. ¿Podemos ayudar en algo?

—El Bastión del Este ha caído ya —dijo Herins, apesadumbrado—. Tratamos de contener allí la lucha, pero las bestias se abren paso sin dificultad.

—¿Qué bestias?

—Son inhumanas. Derriban las puertas con las manos y nuestras armas apenas les afectan.

Árgoht sintió un escalofrío al escuchar aquellas palabras. La Orden, cómo no, había traído sus gorgs a la batalla. Debido a que su presencia en la batalla de Talder había sido breve, no los había visto en combate, pero sabía de ellos y de su capacidad destructiva. Si ya estaban dentro de la ciudad, la cosa pintaba muy mal.

Accedieron a una gran sala que parecía un comedor, aunque todos los muebles estaban apilados contra una pared.

—Esperad aquí, por favor —dijo Herins—. No debemos ir todos por los pasillos. Avisaré al rey de que habéis llegado.

Poco después, la reina Loena entró en la sala como una exhalación. Leicar se puso en pie de un salto y se abalanzó sobre su hermana, fundiéndose con ella en un abrazo. Tres unos instantes, saludó a Theronar también. Árgoht lo observaba todo sentado en el suelo con una infusión caliente en las manos que había traído un grupo de sirvientes, así como agua para todos.

—¿Estás bien? —preguntó Loena, mirando a su hermana de arriba abajo.

—Sí, hemos llegado de una pieza.

—Estaba muy preocupada.

—¿Cómo están las cosas?

Loena se separó de Leicar y bajó la mirada, apesadumbrada.

—Mal. Venid conmigo. Será mejor que lo veáis. —Justo antes de salir, Loena se giró hacia Árgoht, haciendo revolotear su pelo cobrizo—. Vos también... Si así lo deseáis.

Árgoht miró a su alrededor. Se puso en pie sin soltar la taza caliente y siguió a la joven. El grueso del grupo fue escoltado hasta un salón en el que podrían descansar y comer algo.

Loena caminaba a toda prisa, casi obligando a correr a quienes la seguían. Árgoht iba dando pequeños sorbos de su bebida. No estaba dispuesto a sacrificar lo primero caliente que le entraba en el cuerpo desde hacía días. De repente, un estruendo llegó a sus oídos al doblar una esquina. Ante ellos había una puerta abierta. Todos la habían traspasado ya cuando por fin Árgoht la traspuso, saliendo al exterior. La brisa nocturna habría agitado sus cabellos si aún los tuviera largos.

—Así están las cosas —murmuró Loena.

Habían accedido a una muralla interior, de varios pasos de ancho y protegida por almenas que superaban en altura a Gertes, el más alto de todos ellos. A sus pies, el espectáculo era horripilante.

La parte baja de la ciudad en dirección este estaba en llamas. Hasta allí llegaban el olor a madera quemada y los gritos de la batalla. Más allá de los muros, una sombra negra: el ejército invasor.

—¡Dejadnos bajar allí! —exclamó Gertes. Herins también hizo amago de ponerse

en marcha.

Loena lo agarró por el brazo. Árgoht vio en su mirada el dolor más profundo que había visto nunca en nadie.

—No. Te necesitamos aquí.

—Pero la batalla...

—La batalla está perdida. Nos vamos.

—¿Cómo que nos vamos? —intervino Leicar, casi gritando. Loena miró a su hermana.

—La ciudad es indefendible. No tenemos ejército suficiente. El reino está vacío. Nadie ha respondido a nuestra llamada a filas. Esos valientes —señaló hacia la batalla— nos están dando tiempo para sacar a todos de la ciudad. Quindarst está perdida.

—¡No podemos hacer eso! —A Leicar se le saltaron las lágrimas, fruto de la impotencia. Su hermana la tomó por los hombros.

—Los barcos están listos y todos están subiendo a ellos. Si nos vamos ahora, podremos pelear otro día. Si nos quedamos, moriremos, la Orden se quedará con ella para siempre y ningún Taren sobrevivirá para reclamarla en el futuro.

Leicar bajó la mirada mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas. Theronar se fundió con ella en un abrazo.

—Recuperaremos Clemthan y Quindarst, amor mío. Te lo prometo. Pero hoy debemos sobrevivir.

Leicar se enterró entre los brazos del rey, incapaz de aceptar tan aciago destino.

Árgoht seguía sorbiendo de su taza mientras observaba el cuadro que se desarrollaba a sus pies. Los fuegos parecían avanzar a gran velocidad, lo que significaba que los invasores cada vez se internaban más en la ciudad. No tenían mucho tiempo.

—¿Cuánto tiempo necesitáis para terminar la evacuación? —preguntó de pronto, a nadie en concreto. Loena fue la que respondió.

—No sabría decirlo. Muchos han embarcado ya, pero aún estamos trabajando en ello.

Árgoht se terminó la infusión y tiró la taza por encima del muro, que se perdió de vista entre la oscuridad. Después se dirigió a la puerta.

—¿A dónde vas? —preguntó la reina, asustada.

Árgoht no respondió. Loena se interpuso en su camino.

—No puedes bajar ahí —dijo, leyendo en su rostro sus intenciones.

—Voy a proporcionaros un poco más de tiempo.

—Te necesitamos aquí.

Árgoht quiso seguir caminando, pero Loena volvió a bloquearle el paso. Empezaba a irritarse.

—Lo que importa ahora es la evacuación. Que quemen toda la ciudad si quieren. Ya no podemos hacer nada. Si nos atacan mientras embarcamos estaremos todos

muertos. Os necesito con nosotros. Lavell os necesita.

«¡Lavell!». De pronto, la promesa que le había hecho al maestro Orges se clavó en su cabeza y se arrepintió de haber adquirido tal compromiso. Ahora el chico era su responsabilidad y no se libraría de ella hasta que lo dejara a salvo en Hipesen D'an.

—De acuerdo. Espero que todas estas muertes no queden en vuestra conciencia.

Loena endureció el gesto, clavando en él sus ojos castaños.

—Es tarde para eso también.



«El de la guerra es el único idioma que todos los hombres entienden desde que nacen. Es algo que deben aprender a olvidar».

*El libro de Gan*, capítulo diecinueve. Varios autores.

Preas tenía la sensación de que aquella caminata no se iba a terminar nunca. Le dolían las piernas y la espalda. Había empezado la revista del ejército del Abrigo junto a Fertenand hacía horas y aun debía ir por la mitad del campamento. Había dejado de mirar hacia adelante, pues la sucesión de tiendas de campaña y fogatas parecía extenderse hasta donde alcanzaba la vista. Fertenand había insistido en la necesidad de que conociera la capacidad militar del Abrigo si iban a entrar juntos en combate.

Preas había visto muchos ejércitos durante su vida, tanto amigos como enemigos, pero lo que estaba presenciando allí no tenía parangón. Había casetas de todas las formas y colores, igual que los hombres que las ocupaban. Desde los hombres de piel negra de Lorna, hasta los rubicundos norteños de Änteras, que no podían ser más distintos entre sí. Tras casi un mes esperando la llegada de la Orden, el campamento más parecía una pequeña ciudad. Aquellos que tenían oficio más allá de lo militar lo ejercían, por necesidad o por aburrimiento, incluidas las prostitutas y los ladrones. Pasaron junto a un conjunto de casetas situadas alrededor de una hoguera cuyo aspecto distaba mucho del resto del campamento. Cuando Preas quiso ir a preguntar, Fertenand le puso una mano en el hombro con sutileza. En aquel momento, un hombre salió de una de las tiendas, seguido de una mujer que se ajustaba un escueto vestido a toda prisa.

—Dejadlas, Majestad. Los hombres necesitan distracciones para estar serenos.

«Putas de campamento».

En Angôr las llamaban mujeres de guerra, aunque no tenían nada de guerreras, precisamente.

—Su presencia —dijo Fertenand con una sonrisa—, es casi más importante que la de los herreros o los sastres. Sigamos.

En aquel momento, el hombre que acababa de salir de la tienda se dio cuenta de la presencia de Preas y, azorado, le hizo una reverencia. Preas se percató de que llevaba dos símbolos pintados en la sobrevesta. Uno era el emblema de Tilkas, un extraño batiburrillo de símbolos locales de difícil interpretación. El otro, el dibujo de medio sol, representado por medio círculo rodeado de puntas. Preas lo había visto en otros ya y había pensado que era algún símbolo de clan, aunque no era habitual que miembros de reinos diferentes usaran un emblema común.

—¡Tú! —dijo señalando al hombre con el dedo—. Acércate.

El soldado comenzó a temblar. Tragó saliva y se acercó al rey. Al llegar hasta él, hincó una rodilla.

—Lo siento mucho, Majestad. Llevo mucho tiempo lejos de mi esposa y no he...

—Tranquilo, no quiero hablarte de eso.

—Perdón, Majestad.

—¿Qué es esto? —dijo señalando el dibujo del sol. Fertenand se adelantó, un poco nervioso.

—Es la estrella de la mañana.

Preas puso cara de no comprender.

—Muchos nos alistamos al saber que vos estaríais a nuestro lado, Majestad. Esta es la prueba de nuestra lealtad.

Preas se quedó boquiabierto por un instante, aunque trató de disimular su consternación.

—¿Por qué a alguien de Tilkas, tan lejos de Angôr, le importa mi presencia aquí?

El hombre le miró con los ojos muy abiertos, como si fuera una pregunta estúpida e innecesaria.

—Sois la Estrella de la Mañana, Majestad. Sois el único que ha logrado derrotar a la Orden en combate y mantenerla a raya lejos de vuestras tierras. Todos los que lo han intentado han sucumbido. Todos excepto vos.

Preas se sintió como si le hubieran dado una patada en el estómago.

—Gracias, puedes retirarte.

Cuando el soldado se hubo alejado a toda prisa, Fertenand se dirigió a él sin perder la sonrisa.

—¿Qué se siente? La mitad de esta gente está aquí por vos. Vuestras hazañas no han pasado desapercibidas.

Fertenand reanudó la marcha, dándole una amistosa palmada en el hombro. Preas se demoró aún un poco, presa de funestos pensamientos. La batalla de Talder no la había ganado él, sino Árgoht. Si el hechicero no hubiera acabado con la horrenda



criatura que amenazaba con destruirlo todo, ahora no estaría allí, pasando revista a un ejército que no era suyo. Ni él ni nadie. Levantó la cabeza, tratando de abarcar todo el campamento con la mirada, pero le fue imposible. ¿Cuántos de aquellos hombres se habían alistado por él, pensando que había sido algo que no era? Miró de nuevo a las prostitutas, que se habían reunido alrededor del fuego y que le miraban con una sonrisa pícaro en los labios.

«Soy como ellas. Un fraude. Ellas fingen pasión, pero yo finjo esperanza».

De pronto sintió como si un gran peso se hubiera depositado sobre sus hombros y no sabía si iba a ser capaz de soportarlo. Decidió que ya tenía suficiente por aquel día y le dijo a Fertenand que deseaba regresar.

Tras casi un mes en Alasân, Preas empezaba a impacientarse. Aunque era tratado con todos los honores, más incluso que en su propio hogar, se sentía como un extraño a cada paso que daba. Era consciente de que estaba fuera de lugar, como los miles de soldados que esperaban más allá de las murallas. No dejaba de preguntarse cómo estaría Ulea y si su hija habría nacido ya. Había enviado un mensajero el día anterior, incapaz de soportar más tiempo sin noticias.

La ciudad estaba preparada para la guerra. La muralla había sido reforzada allí donde se habían encontrado desperfectos, se habían construido más matacanes, se habían instalado calderos de brea sobre las puertas y estas se habían enrejado para dificultar el uso de los arietes. Poco les quedaba por hacer salvo esperar. Los espías enviados decían que el ejército de la Orden avanzaba, aunque muy despacio, que se detenían a destruir y saquear cada aldea que se cruzaban, y eso les hacía perder tiempo.

—No tienen prisa —dijo Preas en una reunión en la que recibieron a uno de esos espías—, saben que estar aquí ociosos nos perjudicará más que a ellos.

—Hay algo más, mis señores —dijo el mensajero, turbado—. Algo que no había visto jamás.

—Habla —le instó Hostar.

—Cada vez que acampan levantan un gran pabellón apartado del resto. Está muy vigilado, tanto de día como de noche, pero en él no se instala nadie. Sin embargo, allí son llevados los prisioneros capturados en las aldeas. Entran de uno en uno, pero no vuelven a salir...

—No entiendo. ¿Los matan a cubierto, bajo la lona de una tienda?

—No, mi señor. No los matan. Tras pasar muchas horas allí, los vuelven a sacar y los meten en grandes jaulas. Ya no son humanos cuando salen. Son bestias.

—¡Gorgs! —exclamó Preas sin pensar.

—La hilera de jaulas crece cada día y viajan tras el grueso del ejército, varias horas por detrás, como si no quisieran tenerlas cerca de los demás soldados. Los gritos que salen de ese pabellón aún resuenan en mi cabeza.

—Tranquilo, amigo —le dijo Hostar—. Has hecho mucho por hoy. Ve a descansar. Te volveremos a llamar.

El mensajero se retiró en silencio, apesadumbrado. Preas, al verlo salir, trató de imaginar lo que debía haber presenciado y qué impacto podía haberle causado en el ánimo. Él mismo trató de imaginar qué sería de ellos en caso de ser derrotados y capturados. Miles de gorgs al servicio de la Orden...

—Por eso viajan tan despacio —comenzó a decir Hostar—. Si están creando más criaturas de esas, no deben tener ninguna prisa. Preas, tú los has visto antes, ¿verdad? Yo solo he oído rumores...

Una imagen terrible invadió la mente de Preas: músculo, hueso y gritos. Y sangre. Mucha sangre por todas partes.

—Sí, los he visto en acción. Es una de las cosas más horribles que he visto nunca. En la batalla de Angôr'an nos cogieron por sorpresa y causaron muchos estragos. Cada uno que derribábamos era a costa de muchas vidas. Son capaces de derrumbar murallas solo con los puños. No tienen piedad ni sentimiento alguno. Son tan salvajes que en ocasiones atacaban a sus propios hombres, enloquecidos. En Talder, ya sobre aviso, los piqueros de Fairard, con sus largas alabardas, fueron quienes mejor contuvieron su avance, pues conseguían mantenerse lejos de su alcance con ataques precisos. Aun así, cayeron muchos.

—Supongo que te has traído a esos piqueros...

—Quinientos de ellos nos acompañan desde Angôr. Son algunos de nuestros mejores hombres.

Un silencio reflexivo se estableció en la mesa.

—Tal vez debamos salir a su encuentro —intervino Tizo—, restarles tiempo de crear más monstruos. Además, si viajan por detrás del grupo principal, con un ataque por sorpresa no les daría tiempo para reagruparse. Un batallón de caballería podría entrar y salir del campamento con rapidez.

—¿Estás sugiriendo un ataque mientras duermen? —preguntó Preas, un poco escandalizado.

Hostar lo miró a los ojos.

—Llevamos meses acondicionando la ciudad para hacernos fuertes aquí. Abandonarla sería un suicidio.

—No es descabellado —intervino Preas—. Un puñado de caballeros podrían hacer algo de daño y regresar de inmediato. No nos obligaría a abandonar los muros. Eso les pondría nerviosos, les obligaría a tomar decisiones. Que vean que no les tenemos miedo ni esperamos agazapados a que ellos nos dicten las reglas de la guerra.

Tizo se puso en pie.

—Dadme ciento cincuenta hombres e infligiremos a esos malnacidos una lección que tardarán en olvidar.

Preas lo miró por un instante. Ya nada quedaba en él de aquel muchacho que se refugiaba en Lotrain, herido en su cuerpo y su orgullo. Ahora era un hombre, y su peto de cuero y su capa reforzaban aquella imagen. Pero seguía siendo igual de

belicoso que entonces. Preas miró a Hostar, quien asintió levemente con la cabeza.

—Así sea. Partirás al alba y atacarás cuando la noche se haya cerrado sobre ellos. Entrar y salir, Tizo, sin heroicidades. Golpeáis y volvéis. Que sea una severa advertencia. No pretendas ganar la guerra tú solo.

—Como ordenéis, Majestad.

Y, sin más palabras, abandonó la sala a grandes zancadas. La capa chasqueó varias veces tras él, tropezando con la vaina de la espada que nunca le abandonaba.

«Y así —pensó Preas, abatido—, con estas pocas palabras, comienza la guerra».



«En el sacrificio está la virtud. En el castigo, la redención».  
*Exhortaciones*, capítulo diecinueve. Dermainas Thor.

Shera se reincorporó a sus quehaceres habituales en las entrañas de la Orden mientras esperaba su ocasión para estudiar el *Triforetau Go'laghan*. Lo hacía distraída, poniendo en ello poco entusiasmo, pero sabía que tenía que ser cauta. Si mostraba demasiado interés en el libro, los maestros retrasarían el momento de cedérselo por pura cabezonería.

«Paciencia. Debo tener paciencia» —se repetía a sí misma mientras redactaba cartas y leía informes sobre la evolución de las conquistas que estaban teniendo lugar un poco más al sur. Por un momento se permitió soñar, viendo la gran cantidad de terreno ganado por la Orden y el número de reinos que se unían a su causa, con un Imperio de Kares, tan vasto como el Imperio Meledino lo había sido en su momento.

«O más».

Era una perspectiva de lo más enriquecedora. Kares estaría muy satisfecho con ellos, sus más leales súbditos, cuando consiguieran que todo Kisea, y algún día toda Thera, estuviera a su servicio. Estos pensamientos hicieron subir una sonrisa de satisfacción a sus labios. El único gran lunar en su conquista seguía siendo Angôr y el maldito Preas Mor, aunque ya tenía aquel asunto encaminado también. Posó la vista en el mapa que siempre tenía en los alrededores y no pudo evitar clavarla en los territorios más allá de las montañas. Ese misterio que era el Imperio sería para la Orden su próximo gran reto.

Le llegaron noticias de Kinar'on en las que Cledus le informaba de que, aunque el desescombros y acondicionamiento de Turkaisim iba a buen ritmo, el edificio aún no era del todo habitable. Si días atrás esa información le hubiera irritado, esos días le

pareció un problema menor, pues no tenía intención de abandonar Ferris hasta que no hubiera tenido ocasión de abordar el *Triforetau Go'laghan*.

Aburrida del papeleo y de estar encerrada en sus habitaciones, decidió salir a los jardines. Acostumbrada a vivir a la sombra de las Ilean-oth, la llanura de Ferrakis le parecía todo un mundo de espacios abiertos y luz. Sus jardines eran espaciosos y recargados de flores aromáticas, cuyo perfume en ocasiones saturaba sus sentidos. Se había levantado una ligera brisa que agitaba sus negros cabellos. Desde que estaban allí el jardín había pasado de ser un erial de matos y hojas podridas a un pequeño paraíso verde. «El Daño lo destruirá todo», pensó mientras acariciaba una flor de lavanda.

Un hombre menudo, vestido con una larga túnica negra, se acercó hasta ella con pasos cortos y rápidos. Le entregó una nota y se retiró con una ligera reverencia, tan veloz y silencioso como había llegado. En ella, era llamada a los aposentos de Otrex a la mayor brevedad posible. Intrigada, Shera abandonó los jardines y se adentró de nuevo en las sombras del edificio, deseando que aquella llamada significara que por fin le había llegado el momento de investigar el libro.

Cuando llegó, una extraña agitación sacudía el pasillo ante la puerta del dormitorio del Maestro. Shera se detuvo, confundida y tratando de no aparentar urgencia alguna. Allí había sirvientes a la espera, algunos sanadores, acólitos de alto nivel y hasta un escriba. Hablaban en voz baja.

«Algo ha pasado».

Uno de los sirvientes se percató de la presencia de la maestra y le abrió camino hasta la doble puerta del dormitorio.

—La esperan, mi señora.

Desde el interior llegó hasta ella un rancio olor a heces y sudor. La ventana estaba cerrada y tapiada, impidiendo que entraran la luz del sol y el aire. En la sala estaban todos los miembros del Consejo observando a Otrex quien, amarrado a la cama, se agitaba y gemía, con la mirada perdida en algún punto más allá del techo. Varias velas iluminaban la estancia a falta de luz solar.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Shera.

—Míralo tú misma —dijo Gio, haciéndose a un lado para que ella pudiera acercarse a la cama.

Otrex estaba demacrado y ojeroso, con dos regueros de saliva descontrolada brotando de las comisuras de sus labios. Varios arañazos cruzaban sus mejillas. Si su aspecto era deprimente, lo que dejó a Shera sin palabras fue encontrarlo amarrado a la cama por las muñecas.

—Apareció así esta mañana, con el rostro cubierto de sangre. El sanador cree que trató de arrancarse los ojos.

Un escalofrío recorrió a Shera.

—¿Por qué ha hecho algo así? —preguntó sin poder quitar la mirada del anciano maestro—. Siempre ha sido un hombre serio y cabal...

—No lo sabemos. Se había encerrado aquí y llevaba dos días en los que no dejaba entrar a nadie, ni siquiera a los sirvientes que le traían agua y comida.

—Es inaudito. ¿Qué le ha hecho enloquecer?

Los dos miraron al mismo tiempo hacia un rincón de la estancia, en la que el inmenso *Triforetau Go'laghan* reposaba sobre un atril esperando que alguien retomara su lectura. Ante él había una silla caída.

—¿Crees posible...?

—No —atajó Gio—, es imposible. Solo es un libro.

Shera prefirió no responder ante aquella muestra de ignorancia. Pensar que el *Triforetau* era solo un libro era tan estúpido como pretender que Kares en persona viniera a desvelarles sus secretos.

—Es todo tuyo —dijo Gio.

Shera miró al maestro y después al libro con una mezcla de ansiedad y miedo mientras una gota de sudor recorría su sien izquierda, producto del opresivo ambiente que se respiraba en la habitación. Aun desde su posición, el volumen parecía agazapado, como un animal que se hace el muerto para atraer a sus víctimas, aparentando ser mucho menos de lo que es.

—¿Estás seguro? —replicó Shera sin ocultar la sorna—. ¿Nadie quiere echarle un vistazo primero?

Gio desvió la mirada hacia Otrex de forma inconsciente. El anciano se agitaba, tratando de liberar las muñecas mientras lanzaba espumarajos por la boca.

—No. Puedes cogerlo.

Shera no esperó a que se lo dijeran dos veces. Se acercó al atril con paso firme y cerró al volumen antes de acunarlo entre sus brazos.

«Por fin».

No pudo evitar una sonrisa mientras pasaba junto a Gio de camino a la puerta.

—Cobarde —le susurró, haciendo un gran esfuerzo por ocultar su desprecio—. Todos sois unos cobardes.

Shera no esperó a la respuesta de Gio, pero no hubo ninguna. El maestro se limitó a bajar la cabeza y mirarse los zapatos mientras ella abandonaba la estancia.

Shera regresó a sus aposentos sin darse cuenta apenas de los pasos que daba para llegar hasta allí. Emocionada y asustada al mismo tiempo, no podía quitarse de la cabeza la imagen de Otrex, derrotado por el libro y casi un muerto en vida. Una sensación en su pecho le decía que a ella no le pasaría, que ella sería la elegida por Kares para desvelar todos los secretos que el anciano volumen guardaba para ella.

Se acercó a la jofaina situada en una de las esquinas del dormitorio y se refrescó el rostro, tratando de despejar su mente. En ese momento entró Almina, agitada.

—Mi señora...

—Tráeme el atril —dijo Shera aún con la piel mojada, mientras se servía una jarra de agua.

Almina la miró sin comprender.

—¡El atril! ¡Tráemelo de inmediato!

La joven salió de la estancia como una exhalación, pero Shera sabía que no había entendido la orden.

«Lo entenderá», pensó Shera mientras se acercaba a la ventana para dejar que el aire de la tarde que comenzaba secara las gotas de su rostro. Se sentía preparada.

Algunos minutos más tarde, Almina regresó. Tras ella entró un joven acólito acarreado el atril con el rostro sudoroso por el esfuerzo de cargar el aparatoso mueble. Shera le señaló dónde debía dejarlo y se apresuró a colocar el *Triforetau* sobre él.

Shera se desabrochó la túnica y la dejó caer a sus pies, quedándose desnuda por completo.

—Fuera —le dijo al joven acólito que se había quedado anonadado admirando las curvas de la maestra—. ¡Largo!

A la segunda el muchacho reaccionó y salió de la habitación a toda prisa sin despedirse. Almina se giró como para marcharse también.

—Tú no. Quiero que seas testigo de lo que pase aquí ahora. Si algo me ocurre, avisa al sanador.

—Sí, mi señora.

Shera centró toda su atención en el libro cerrado y por un momento se regodeó en lo que le esperaba en su interior. La palabra de Kares hecha letra. El mensaje divino. Un escalofrío recorrió su piel morena y supo que no era debido al aire que entraba por la ventana.

Dedicó un instante a observar las viejas cubiertas de piel y acarició los bajorrelieves como la mejor de las amantes, disfrutando de la sensación, como ya hiciera en Turkaisim.

Por fin, se arrodilló y cerró los ojos. Con toda la humildad que pudo extraer de sus entrañas, rezó.



«El éxodo de los quindu no tenía parangón en la historia del reino».

*Historia y memoria del reino de Lahmna*, capítulo cuarenta y uno. Fitzgerald Clem.

Árgoht no tuvo tiempo de arrepentirse de su decisión de ayudar en la evacuación. Una vez hubieron abandonado el muro, dejando atrás el sonido de la batalla y el olor de la ceniza, Loena les llevó al otro extremo de la fortaleza, a la salida oeste que la conectaba directamente con el barrio del Puerto.

Allí se reunieron con un enorme grupo de refugiados que parecía estar esperando por ellos. Eran hombres, mujeres y niños, más de un centenar, cada uno con un pequeño hatillo como único equipaje. En sus ojos se veía la angustia y la incertidumbre, la duda de no saber si estaban haciendo lo correcto. Entre los soldados que los guardaban lo que se podía leer era la ansiedad de no estar en el lugar en el que más se les necesitaba, sabiendo que sus compañeros estaban muriendo al otro lado de la ciudad.

Lavell se destacó entre los demás y se lanzó contra Árgoht, aferrándose a su cintura en un intento de abrazo que cogió al hechicero por sorpresa.

—¡Árgoht! Pensé que no volvería a verte.

El meledino no pudo evitar una sonrisa.

—Hola, pequeño. ¿Ha ido todo bien por aquí? —Ha sido un duro trabajo...

—No lo dudo —Árgoht contuvo las ganas de reír ante el concepto de trabajo duro que tenía el chico, teniendo en cuenta lo que él había hecho desde que separaron—, no lo dudo. Loena se acercó a ellos.

—Lavell nos ha ayudado mucho.



El aludido sacudió la cabeza, afirmando con énfasis.

—Es un chico muy valiente —dijo mientras le acariciaba la cabeza pelada haciendo que su sonrisa se ensanchara aún más.

—Vamos a hacer un viaje en barco, Árgoht.

—Ya lo sé. ¿Estás preparado?

—Voy a coger mis cosas.

Lavell se perdió de nuevo entre la gente. Loena se quedó mirando el espacio que había ocupado hasta entonces.

—¿De dónde has sacado a este muchacho?

Árgoht dudó un momento antes de responder, indeciso sobre qué historia contar. Por fin, pensó que nada tenía que ocultar sobre su procedencia.

—Lo llevo a Hipesen D'an, en el reino de Glimaris.

—¿Qué es?

—Un lerteneo de la orden Ganetorei. Lo recogí en Ärgufal cuando me fui y me comprometí a dejarlo allí. Aquel no era lugar para un muchacho.

—Desde luego que no, pero ¿qué hacías en mitad del Desierto de Sal? ¿Retiro espiritual?

Loena acompañó sus palabras con una breve carcajada, a pesar de las circunstancias, sabiendo que Árgoht haría cualquier cosa menos un retiro espiritual.

—Algo así.

Por fin, llegaron los últimos rezagados y el grupo se puso en marcha.

—¿Han venido todos? —preguntó el rey a Gertes.

El soldado bajó la mirada, sabiendo que lo que iba a decir no era del agrado de nadie.

—Algunos se han quedado, Majestad. Prefieren morir luchando que huir de su hogar.

Kleinan lanzó un suspiro y miró hacia atrás, hacia la fortaleza que, vertiendo sobre ellos su sombra lunar, había sido su hogar durante los últimos diez años. Árgoht tuvo la sensación de que se estaba despidiendo, del edificio y de aquellos que habían preferido quedarse. Supo que se estaba preguntando, y no debía ser la primera vez, si también él debería resistir.

Loena leyó su expresión y le puso una mano sobre el brazo con exquisita suavidad.

—Este ya no es nuestro hogar. Nos lo han arrebatado. Pero volveremos a por él. Te lo prometo.

Para sorpresa de todos, ambos se fundieron en un abrazo. A su alrededor se hizo el silencio.

—Majestades —dijo Herins, arrodillado con el yelmo bajo el brazo y una mirada de disculpa en los ojos, como si fuera a desobedecer una orden directa—. Os pido permiso para regresar a mi puesto.

—Pero...

—Mi compañía está allí, entre los fuegos de la muralla. No sé si quedará alguien con vida, pero no puedo vivir sabiendo que no he hecho todo lo posible por ayudarles. Aunque la ciudad haya caído, ellos son mis hombres, mis amigos... Mi familia. No me iré sin ellos.

Kleinan hizo levantar a Herins.

—Eres libre, amigo, de regresar si es tu deseo. No te lo impediremos. —Kleinan alzó la mirada para abarcar al centenar de personas que esperaba ante él—. Si alguien más quiere ir con él, que se sienta libre de quedarse. Nadie está obligado a acompañarnos. No queremos más muertes en la caída de Quindarst, pero no os obligaremos a hacer nada contra vuestra voluntad. Este es el momento. Quienes quieran acompañarnos, hacedlo con la cabeza alta, como todos aquellos que ya han embarcado, sabiendo que nada más se puede hacer aquí, que también nuestra vida merece ser salvada ahora que no hemos conseguido hacer lo mismo con nuestro hogar. Que nadie se sienta mal por ello. Actuad en libertad de conciencia.

Y, sin más palabras, tomó a Loena de la mano, que lo miraba con el cariño y la admiración reflejados en los ojos, y comenzó a andar hacia la escalinata que les llevaría en dirección al puerto. El grupo se puso en marcha tras ellos. Árgoht, que no albergaba ningún sentimiento hacia aquel lugar, fue de los primeros en seguir a la pareja, con Lavell a su lado. Cuando se habían alejado medio centenar de pasos sintió la curiosidad de mirar hacia atrás y saber cuántos se quedaban, pero resistió el impulso morboso y siguió adelante.

Tuvieron que atravesar varios niveles de murallas y un sinfín de callejuelas antes de llegar al mar. El barrio del Puerto aún olía a pescado y marisco, a sal y madera mojada. Un poco más allá se levantaban las ahora abandonadas lonas de los puestos del mercado.

La tormenta había amainado por fin, pero aún caía sobre ellos una fina llovizna que no ayudaba a mejorar el ánimo del grupo. Las aguas del puerto, sumidas en la negrura de la noche, mecían medio centenar de barcos, de todas las formas y tamaños. Más allá de la bahía se podía distinguir algunos más, sin duda esperando la orden de partir mar adentro. Sobre las cubiertas de todos ellos, iluminados con antorchas bien protegidas en sus jaulas, los rostros de los refugiados mostraban las mismas dudas, el mismo desconcierto y la desazón que experimentaban todos a su alrededor. Las lágrimas comenzaron a brotar cuando su grupo empezó a cruzar la pasarela que les llevaría a todos a la salvación. El barco que les esperaba llevaba el nombre de Odisea grabado en el costado.

Por el rabillo del ojo, Árgoht vio un destello a su izquierda que se movía a toda velocidad. Como si fuera una estrella fugaz, ante la sorpresa de todos, una flecha ardiente voló en dirección a uno de los barcos cercanos. Tras ella, varias más asaetearon el cielo oscuro, brillando como pequeños e inexplicables luceros. Solo cuando la primera de ellas impactó en uno de los buques y prendió las velas recogidas, los refugiados se percataron de lo que estaba ocurriendo y se desataron los

gritos.

—¡Nos atacan! —gritó Gertes.

Nuevas flechas volaban. Muchas de ellas cayeron al mar, inertes. Otras impactaron contra las cubiertas de los barcos, y se apagaron de inmediato. Pero otras cayeron en puntos sensibles y prendieron fuego con rapidez. Algunas impactaron en personas, pues las cubiertas estaban tan abarrotadas que era difícil no darles.

—¡Proteged al rey!

Como por arte de magia, media docena de soldados se situaron alrededor de las dos parejas reales, empujándolos por la pasarela del Odisea, con intención de ponerlos a salvo. Árgoht vio como, presa de los nervios, Theronar perdió pie y a punto estuvo de caer al agua.

Un griterío partió de uno de los callejones. De él salieron, como ratas en un incendio, un gran grupo de soldados enfebrecidos con espadas cortas y arcos en la mano. La invasión iba más rápido de lo previsto.

Todos los soldados disponibles, más algunos que saltaban desde la cubierta del barco atracado, formaron en posición defensiva mientras los refugiados, entre gritos, trataban de subir de cualquier manera. Varios cayeron al mar entre empujones.

—¡Lavell! —gritó el hechicero—. Sube.

—Quiero ir contigo.

—Ve ahora. Yo iré enseguida.

Lavell dudó un instante.

—¡Vete, por la Madre!

El grupo de atacantes ya casi estaba sobre ellos. Lavell los vio y sintió miedo. Se dio la vuelta y se dirigió a la pasarela. Árgoht pidió a la Madre en silencio que nadie lo pisara o lo empujara al mar, de donde sacaban con cuerdas y a duras penas a los que habían caído.

El estruendo de metales chocando le dio a entender que la lucha se había desatado ya a su espalda. Desenvainó a Êralin mientras se daba la vuelta, a tiempo de detener una estocada que pretendía separarle la cabeza del cuerpo. Con un giro, devolvió el golpe a la altura de las costillas de su agresor que, sin protección alguna, no opusieron resistencia a que La Cazadora penetrara piel, carne y hueso.

Árgoht analizó la situación. No podía usar ningún hechizo en mitad de aquella marabunta, rodeado de soldados por un lado y de refugiados por el otro. Cualquier error de cálculo podría herir a quienes trataba de proteger. Solo le quedaba confiar en su capacidad para blandir la espada y esperar haber ganado con los años la habilidad necesaria para sobrevivir. A pesar de las circunstancias, en momentos como aquel regresaba a su mente el recuerdo de Kleria y sus lecciones. De no haber sido por lo que había aprendido con ella sobre esgrima y lucha, quizás hubiera muerto tiempo atrás.

Por suerte para él, los soldados a su alrededor sí estaban versados en la lucha. A su espalda podía oír los aspavientos de los capitanes de los barcos ordenando zarpar,

pero el viento no estaba ayudando y apenas inflaba las velas que les llevarían a la libertad y la salvación. Varios de ellos ardían ya atravesados en la bahía, y sus tripulantes y pasajeros saltaban al agua, alguno envuelto en llamas entre gritos de agonía.

Entonces recordó un hechizo que podía servirle, aunque hacía muchos años que no lo pronunciaba. Empezó a susurrarlo al tiempo que acababa con otro rival y daba un paso atrás. Necesitaba un instante de concentración para terminarlo con éxito. Un soldado amigo repelió un ataque destinado a él, pensando que estaba herido y se retiraba a coger aliento.

Árgoht terminó de recitar las palabras y...

No pasó nada. No experimentó la habitual descarga de energía, el escalofrío de la magia recorriendo sus músculos y estimulando su mente. Nada. Silencio. Vacío.

El meledino supo entonces que estaba muy cerca del Daño, que la Madre estaba siendo erradicada de aquellas tierras en las que Kares estaba asumiendo el control. Recordó por un instante la oferta, un año atrás, de Shera Ante'i mediante la que podría haber aprendido magia negra. Se preguntó si, de haber aceptado, ahora hubiera podido conectar con su poder. Tal vez en aquel momento le habrían venido bien esos conocimientos.

«¡No!» —pensó furioso—. «Tengo que encontrarla. Algo de ella debe quedar».

El combate continuaba a su alrededor como un baile enloquecido en el que él no participaba. Vio caer a Olidas, el joven explorador, casi bajo sus pies, con un feo tajo en el pecho.

Se concentró de nuevo, esta vez de forma más profunda. A su alrededor, todo dejó de existir y se sumió en el silencio. Rebuscó en su interior, espantando las sombras, tratando de establecer contacto con Ella, aunque era como encontrar una aguja en un pajar. Todo era oscuridad, negrura y vacío.

«¡Vamos! ¡Sé que estás ahí!».

De pronto sintió una pulsión en su sien izquierda, como si hubiera encontrado una luz en la oscuridad. Era muy tenue y por un momento creyó haberlo imaginado. Regresó sobre aquella sensación, y se repitió. Allí estaba. Se centró en aquel punto, en aquel resquicio de esperanza entre la negrura. Sintió que su mente trenzaba un hilo, tenue y débil, pero muy real, y rescató un poco de su poder.

Recitó de nuevo el hechizo y, esta vez sí, la magia recorrió su cuerpo como un latigazo, haciéndole sonreír. Por un momento no ocurrió nada, el tiempo suficiente para pensar que había fallado de nuevo, a pesar de todo. Entonces la punta de Êralin destelló como una pequeña estrella y se prendió en llamas que fueron extendiéndose por el arma hasta llegar a la empuñadura. Una vez allí siguieron creciendo, envolviendo la mano de Árgoht, después su brazo derecho y, por último, todo su cuerpo, formando una armadura ígnea que brillaba como una gran antorcha.

El combate se detuvo a su alrededor. Tanto atacantes como defensores se quedaron mirando hacia él con los ojos muy abiertos. Era lo que esperaba.

—¡Retroceded! ¡A los barcos! —les dijo a sus hombres.

Por un momento, nadie se movió. El hechicero miró a sus rivales, que se miraban entre ellos, incrédulos, mientras trataba de elegir el punto de ataque.

—¡Gertes! ¡Detrás de mí! ¡Embarcad ahora! No me esperéis —ordenó.

Sin esperar respuesta, Árgoht se lanzó al ataque dejando tras de sí una estela de llamas.



«En muchos casos sus actos resultaban incomprensibles para la mayoría».

*Crónicas del Adalid de la Luz*, Edgor Mundensen, capítulo treinta.

Aunque la propia naturaleza del hechizo protegía su cuerpo de las llamas, Árgoht sabía que desprendían calor suficiente como para que fuera molesto acercarse a ellas y, al tocarlas, quemaban como cualquier hoguera. Esto le facilitaba las cosas en combate y sus rivales caían ante sus golpes, cuando no se retiraban despavoridos ante una visión que muchos de ellos ni siquiera llegaban a entender.

En un giro de la lucha pudo ver que el último de los quindu subía la pasarela del Odisea y un marinero la retiraba a su paso. Era un barco grande pero no demasiado alto, con dos mástiles en los que, de momento, se habían desplegado dos pequeñas velas. Las demás esperaban su turno llegado el momento, ya mar adentro. En tierra, otro hombre soltaba los amarres y saltaba a bordo. El barco se puso en movimiento muy despacio, ayudado por pértigas desde la cubierta. Aunque la lluvia de flechas había cesado, algunos barcos seguían ardiendo en la bahía, iluminando la noche con su resplandor anaranjado.

Árgoht sentía que las fuerzas le abandonaban. Mantener el hechizo activo le requería un gran esfuerzo y las llamas usaban el calor de su cuerpo para permanecer vivas, lo que le iba mermando más deprisa de lo recomendable. Por suerte, el número de atacantes se reducía con rapidez. Entre los que caían bajo sus golpes y los que huían a los callejones, cada vez tenía más espacio para moverse.

Una voz a su espalda lo llamaba a gritos. Por el rabillo del ojo pudo ver que el barco se alejaba de los tabloneros del muelle. Pronto abandonaría el refugio que este

formaba para adentrarse en la bahía y ponerse a salvo de sus atacantes. En la borda, tan asomada por encima que casi parecía que iba a tirarse por ella, Loena le hacía aspavientos con los brazos y supo a qué se refería. Si no subía a bordo cuanto antes, perdería la ocasión.

Repelió un nuevo ataque y empujó a su agresor con intención de ganar unos metros de espacio, se giró y echó a correr por el muelle. El barco avanzaba cada vez más rápido. Pronto dejaría atrás el amarradero. La altura de la barandilla de cubierta, además, era demasiada como para saltar a ella. Aun así, con todas las posibilidades en su contra, siguió corriendo mientras pensaba. Tirarse al agua le convertiría en blanco fácil para los arqueros. Las llamas revoloteaban a su espalda y Êralin, en su mano, empezaba a ser un peso insoportable. Se sintió tentado de dejarla caer allí mismo.

El muelle se acababa y el *Odisea* estaba a punto de dejarlo atrás. Árgoht supo entonces que tendría que hacer un esfuerzo más si quería subir a bordo y unirse a los refugiados de Quindarst. Quedarse atrás significaría su muerte.

—¡*Pen-on-oreth!* —gritó, aprovechando el tenue hilo que aún le unía a la Madre y temiendo estar usándolo por última vez. Sintió cómo sus piernas se hinchaban, como si sus pies pesaran tres veces más que un momento antes. Al llegar al final del muelle, el *Odisea* ya estaba varios metros dentro de la bahía. Flexionó el pie de apoyo. El hechizo lanzado comprimió sus músculos hasta el punto de que le resultó casi doloroso. Al estirar de nuevo la pierna para saltar salió despedido hacia adelante a una altura imposible, agitando brazos y piernas y tratando de no acabar hecho una bola de fuego sin control.

A pesar de las cosas que le había visto hacer en el pasado, Loena observaba toda la escena desde la cubierta sin apenas dar crédito a cuanto sus ojos le estaban mostrando. Árgoht había conseguido repeler él solo a toda una patrulla de soldados. No podía dejar de mirar las llamas que rodeaban su cuerpo y se preguntaba si, cuando se apagasen, estaría cubierto de llagas por las quemaduras.

El *Odisea* estaba en movimiento y, si no se daba prisa en subir, el hechicero se quedaría atrás. Consiguió hacerse oír a pesar de que ya les separaba una distancia considerable y supo que Árgoht se había percatado de la situación cuando vio que echaba a correr por el muelle.

No lo conseguiría.

El tiempo pareció ralentizarse mientras lo veía avanzar a toda prisa por el tablado. En el último instante, casi a punto ya de caer al agua, Árgoht dio un salto imposible y vio cómo se acercaba a toda velocidad hacia ella, rodeado de llamas que se agitaban con el aire.

Una exclamación surgió de su garganta cuando se dio cuenta de lo que iba a suceder. La cubierta estaba llena de gente, velas dobladas, hatillos y cabos. Si Árgoht caía entre ellos, el incendio sería inevitable. El temor casi le hizo gritar, deseando que el hechicero no llegara a cubrir la distancia. Tuvo tiempo de preguntarse si se apagaría al caer al agua. Pero no sería así. No podía saber cómo, pero el salto era

suficiente para llegar a bordo, por lo que casi parecía estar volando sobre las aguas. No podía dejar de mirarlo, maravillada, aun sabiendo que podía estar ante su final. Si el barco prendía, morirían muchos de sus pasajeros, quizás todos ellos.

Los murmullos se extendieron a su alrededor a medida que los demás comprendían lo que iba a suceder. Árgoht se dirigía hacia ella. Se apartó a tiempo de verlo pasar a su lado y sentir el calor que emanaba de su cuerpo ardiente. De pronto, las llamas se retiraron, justo un instante antes de que los pies del hechicero tocaran la madera de la cubierta. Árgoht perdió el equilibrio y rodó por el suelo hasta topar con un mástil y quedarse allí, inmóvil, jadeando y con la piel humeando. Un espeso silencio se extendió por la cubierta. Se formó un corro alrededor del hechicero. Todos le observaban sin saber muy bien cómo reaccionar.

Árgoht levantó la cabeza con dificultad y se miró los brazos, ennegrecidos. Parecía no ser consciente de la expectación que se había generado a su alrededor.

De pronto, se echó a reír.

Loena soltó el aire que había estado reteniendo y miró de nuevo hacia el muelle. Los asaltantes se recuperaban de la conmoción que suponía la escena que acababan de vivir y se reagrupaban. Tras ellos, el resplandor de los fuegos que asolaban Quindarst se reflejaba en las densas columnas de humo que surgían más allá de la fortaleza que había sido su hogar durante toda su vida.

Ahora aquel hogar estaba en manos de desconocidos, enemigos del reino y de cuanto fuera vida y luz. La reina Loena dejó escapar toda la aprensión que tenía en el pecho y lloró. Lloró por ella, por su pueblo, por su ciudad, por sus padres muertos... Y lloró porque ella estaba viva a pesar de todo.

Tras ella, Árgoht seguía riendo a carcajadas.





«Kares regresará para cubrir el mundo con su cálido manto de  
sombras».  
*Po'karatan*, capítulo quince. Anónimo.

La puerta del dormitorio de Shera permaneció cerrada durante una semana. Solo Almina la traspasaba para regresar con una bandeja de fruta y agua. Cuando alguien trataba de entrar, ya fuera acólito o Maestro, la joven sirvienta se negaba a abrir la puerta, alegando que eran órdenes de Shera Ante'i.

De lo que allí pasó durante aquellos siete días nadie, salvo Almina y la propia Ante'i, tuvo conocimiento, pero cada vez que la muchacha abría la puerta, la seriedad de su rostro denotaba su preocupación, como si estuviera velando a un ser muy querido. Los rumores se dispararon por toda la fortaleza. El más extendido decía que la maestra había fallecido allí dentro y que su cadáver se pudría sobre su cama en algún extraño ritual que la propia Shera había ordenado para despertar algún día, regresada de entre los muertos.

Como para reforzar aquella teoría, al octavo día, la puerta se abrió de golpe. Tras ella apareció Shera, desnuda, sucia, despeinada y extremadamente delgada. Con la respiración agitada y la mirada desquiciada, se echó a correr por el pasillo, en lo que parecía ser una carrera enloquecida.

Entró en el gran Salón en mitad de una reunión del Consejo, abriendo de un empujón las grandes puertas como si fueran de papel.

—¡Shera! —exclamó Gio poniéndose en pie de un salto. La maestra observó a todos y cada uno de los presentes mientras recuperaba el aliento, con los ojos inyectados en sangre y ajena al aspecto que mostraba su desnudez.

—¡Shera! —dijo otro de los maestros—. ¿Estás bien? Una sonrisa grotesca

ascendió a los labios de la mujer.

Su piel se estiró tanto que parecía que iba a romperse.

—Lo tengo —dijo casi en un susurro.

—¿Qué dices? —preguntó Gio de nuevo, temiendo que la maestra hubiera enloquecido durante aquella semana de ausencia.

Shera tardó unos segundos en responder, como si necesitara tiempo para encontrar las palabras adecuadas. En el salón, lo único que se escuchaba era su respiración, ronca y agitada. Cuando habló por fin, su voz sonó calmada y flemática, pero despertó ecos en toda la estancia, como si lo hubiera dicho a voz en grito.

—¡Sé cómo despertar a los Hijos de Kares!

Después, se desplomó sobre el suelo frío del salón.



«Es en el momento de mayor angustia y enfado cuando más profundamente debemos respirar. Actuar en ese momento es casi siempre un error».

*El libro de Gan*, capítulo quince. Varios autores.

Loena Taren observaba el mar intentando que la brisa marina despejara su mente y aclarara sus pensamientos. A su alrededor, la flota se arremolinaba con rumbo norte y ella la miraba con una mezcla de excitación y pena. El sol del mediodía rielaba sobre la superficie serena de las aguas, en una calma que la reina envidiaba para sí misma.

Arrebujada en una pesada capa de viaje, trataba de analizar las opciones que tenía ante ella, pero lo que veía era muy negro, con más puertas cerradas que abiertas. Ahora el suyo era un pueblo sin tierra y ella una reina sin reino.

Las olas del mar salpicaban el casco del Odisea. Habían perdido tres naves en el ataque de la bahía y, aunque habían rescatado a algunos supervivientes que se habían lanzado al mar, otros muchos habían muerto.

«Más muertes para mi conciencia» —pensó lanzando un suspiro que se mezcló con la brisa marina. Trataba de divisar el contorno de las islas Erthas, pero el día estaba brumoso y la distancia hasta allí aún era considerable, por lo que no pudo distinguirlas en el horizonte. Siempre le había gustado el pequeño archipiélago y, aunque su padre había intentado anexionarlo a Lahmna en varias ocasiones de forma pacífica, el gobernador Agros Atanteros siempre había rechazado la propuesta con el fin de conservar su autonomía. Estuvo tentada de dirigir hacia allí a la flota, pero no estaba segura de que tuvieran infraestructura suficiente como para recibir a todos aquellos refugiados, por lo que prefirió mantener rumbo y probar suerte en el continente.

A su espalda, escuchó que el rey la llamaba desde el castillo de popa. Se separó de la barandilla y acudió junto a Kleinan. Loena observó por un momento a su esposo. Estaba ojeroso y sucio, demacrado tras tantas penalidades. Suponía que su propio aspecto no debía de ser mucho mejor. Trató de no evidenciar su cansancio, enderezando la espalda e insinuando una sonrisa, mientras subía la escalinata que conducía al castillo. Debía ser fuerte. Una vez más.

—¿Qué ocurre? —preguntó al llegar junto al rey.

Allí, reunidos, estaban Kleinan, Gertes, Leicar, Theronar y, un poco más apartado, el hechicero Árgoht. Cada vez que lo miraba le recorría la piel un escalofrío.

Apoyado en la barandilla, mirando el mar como si fuera la primera vez que lo veía, Lavell parecía una estatua de madera, anonadado con cada ola, cada pez volador que asomaba a la superficie y cada reflejo del sol.

Kleinan señaló hacia el este, hacia la costa. La flota no se había separado demasiado de ella en los dos días que llevaban de travesía. Loena conocía bien aquellas siluetas. Colinas, montañas y valles de su reino vistas desde el mar y, ahora, el perfil del vecino reino de Derties. Incluso desde aquella distancia podía distinguir las torres de su capital, Dergos, enclavada en un puerto natural que formaba la desembocadura del río Man-Eranor. Hacia el norte, escarpados acantilados acompañarían su travesía hasta el reino de Ereth, si es que tenían que llegar hasta allí, convirtiendo aquella zona en una de las más peligrosas de la región para navegar. Si una tormenta les encontraba allí, no tendrían puerto de abrigo.

—Dergos, por fin. Timonel, todo a estribor. Rumbo a puerto.

—¿Nos recibirán? —preguntó Theronar.

—Seguro que sí. —Kleinan mostraba su mejor sonrisa.

—No nos confiemos —dijo Loena, en cambio—. Nunca respondieron a nuestras peticiones de auxilio ni de asilo. Dergos nos ha dado la espalda.

«No nos recibirán» —pensó para sí la reina.

—Te recuerdo que Arthur Clem regenta estas tierras. Nos recibirá.

—Arthur es primo segundo de tu madre y jamás acudió a invitación alguna por su parte. Yo no esperaré demasiado de él...

—No seas negativa. Nos recibirá.

Loena cerró la boca. Sabía que cuando Kleinan se empeñaba, era imposible hacerle cambiar de opinión. En eso había salido a su madre. Desistió y se apoyó en la barandilla. Leicar se situó a su lado, con su larga melena mecida por el viento.

—Cuando se pone así es igualito a Marsila —dijo con una sonrisa, sin que los demás la oyeran—. Detesto esa mirada. Parece que la estoy viendo a ella.

Loena rio tapándose la boca con la mano. Miró a su hermana. Hacía diez años que se habían separado y en todo aquel tiempo apenas habían podido pasar un par de días juntas, no como reinas, sino como hermanas. Verla ahora allí, tan mayor, tan adulta, le resultaba casi difícil de creer.

Sin pensar en lo que hacía, le dio un abrazo que dejó a ambas sin aliento.

Una hora después, el vigía, sobre ellos, gritó que se acercaba un esquiife. Portaba la bandera de Derties y la ondeaban bien a la vista. Al verlo, Loena pensó por un momento en el silencio que había rodeado a Arthur Clem en los últimos años y si esto no supondría que se había aliado con la Orden Kariteas. Rezó a Gan para que no fuera así mientras llegaba junto al Odisea y tres personas subían por una escalinata lanzada desde la barandilla.

El primero en acceder a la cubierta del galeón fue un hombre enjuto y muy moreno de ojos rasgados. Vestía una túnica oscura que la travesía había mojado en los bajos. Llevaba el largo pelo negro recogido en una trenza que le colgaba sobre el hombro derecho. Tras él, asomaron dos hombres armados y protegidos con petos de cuero y yelmo, a modo de escolta.

Kleinan se acercó a recibir a los recién llegados. El hombre fue el primero en hablar.

—Vaya, veo muchos reyes y reinas aquí hoy.

Loena se sobresaltó con aquellas simples palabras.

«¿Cómo hemos sido tan estúpidos?». Miró a su hermana, de pie a su lado. Si el Odisea tenía un percance, y ellos morían, Lahmna quedaría a la deriva. Había sido un grave error viajar todos en el mismo barco.

—Bienvenido al Odisea. Soy...

—Sé muy bien quién sois, Majestad. El rey Kleinan de Clem es siempre bien recibido en nuestro hogar.

Kleinan sonrió.

—Me alegra oír eso.

—Me llamo Ertípides Oleg, emisario y portavoz de Derties, con potestad para hablar en nombre de nuestro rey, Arthur Clem.

—Bienvenido, Ertípides. Compartid nuestra comida, por favor.

Kleinan acompañó al invitado hasta un comedor privado, situado en la popa, junto al camarote principal, y se sentaron a la mesa. Varios sirvientes se apresuraron a servir un almuerzo improvisado a base de queso, panceta, pan y vino, pues lo inesperado de la visita les había cogido en una hora aún temprana. Alrededor de la mesa se encontraban las dos parejas reales, además del dertino.

—Lamento mucho esta situación en la que os habéis visto envueltos —dijo Oleg mientras masticaba un trozo de queso con elegancia.

—Gracias. No hemos tenido otra opción.

—Siempre hay otras opciones.

Kleinan se envaró. Loena supo que era un comentario desafortunado.

—Por supuesto —el rey se había puesto muy serio—. Podríamos habernos quedado allí y morir a manos de las bestias de la Orden.

—No pretendía insinuar...

—Nuestro pueblo lleva años sufriendo los estragos de la Tierra Negra. No culpo a la gente por emigrar hacia tierras más favorables, incluido Derties.

Loena miró a Kleinan, tratando de decirle con la mirada que nada de aquello era necesario, que no tenía que dar explicaciones. Tenían que dejar de intentar justificarse a cada momento. Pero el rey seguía hablando sin mirar a su esposa.

—Hemos hecho cuanto hemos podido por conservar nuestro reino, pero cuando llegó el momento nadie acudió a nuestra llamada a las armas. Defender una ciudad solo con la guardia, por muy valiente que sea y bien preparada que esté, era un sueño, una utopía.

Kleinan guardó silencio por fin. Sus mejillas se habían arrebolado y respiraba agitado. Loena, a su lado, le tomó la mano con sutileza, y el rey supo lo que aquello significaba. Al momento ya se arrepentía de su arrebato.

—Lo lamento, Ertípides, eso no venía a cuento.

—No os disculpéis, Majestad, mi comentario fue quizás inoportuno.

A pesar de sus palabras, la mirada de Ertípides no mostraba el más mínimo arrepentimiento. Es más, casi parecía divertido.

Se hizo un silencio en la mesa y todos continuaron comiendo, sin saber muy bien qué decir. Fue el rey quien habló de nuevo, abordando por fin el tema que a todos les preocupaba y que les había llevado hasta allí.

—Hace semanas que envié emisarios avisando de nuestra posible llegada, pero ninguna respuesta he recibido de Dergos. Necesitamos asilo para lo que queda de mi pueblo.

Ertípides miró por encima del hombro de Kleinan, en dirección al mar a través de uno de los ojos de buey, como si estuviera contando los barcos que formaban la pequeña flota.

—Que no es mucho, por lo que he podido ver.

—Me temo que no. Muchos se habían marchado ya y hemos perdido a otros por el camino. No quiero ver morir a nadie más. Necesitamos un puerto de abrigo de inmediato.

—Entiendo vuestro dilema, Majestad, y en nombre de Dergos, no sabéis cuánto lamento la caída de Lahmna y este horrible exilio al que os habéis visto abocados.

Loena suspiró, aliviada, entendiendo que aquellas palabras eran una bienvenida.

—A pesar de ello, me veo obligado a negaros el asilo que pedís.

La reina sintió que se la caía el mundo a los pies. Leicar, a su lado, soltó una exclamación ahogada. Ertípides la miró con el gesto torcido, molesto por la interrupción. Loena pasó de inmediato de estar triste por la noticia a estar irritada por el comportamiento y el tono que estaba usando el heraldo.

—¿Cómo es posible?

—Nuestro reino no está exento de sus propios problemas, Majestad. Al igual que ha pasado con Lahmna, la guerra puede llegar a nuestra puerta en cualquier momento. Además, el Daño ya es patente bajo nuestros pies. No podemos permitirnos más bocas que alimentar.

Loena creyó detectar la mentira entre aquellas palabras y, como un destello, supo

la verdad. Derties se había alineado con la Orden.

—Pero somos muchos —continuó el rey—. Os ayudaremos en la defensa de la ciudad. Lucharemos a vuestro lado y labraremos los campos con vosotros.

Ertípides lanzó una nueva mirada a los presentes.

—Me temo que esa oferta no es muy suculenta, Majestad. Y no estoy aquí para negociar, sino para informar de la decisión tomada por el rey Arthur. Lo lamento.

Kleinan se levantó de un golpe, hecho una furia.

—¡Arthur Clem es primo de mi madre! ¿Es que la sangre ya no significa nada?

Ertípides no se dejó amedrentar y se puso en pie muy despacio.

—Me temo que esta conversación ha terminado. Debo irme.

—¡Maldito insolente! ¡Debería arrestaros por desobediencia!

El heraldo miró al rey de arriba abajo, como si acabara de descubrir que estaba allí. Loena supo que su juventud estaba jugando en su contra.

—¿Seguro que estáis dispuesto a arriesgaros a que el rey Arthur envíe una flota a rescatarme? ¿Creéis que negociará con vos?

Kleinan bufaba como un cuercanck enfurecido. Loena sabía que aquello podía acabar muy mal.

—¡Largaos, miserable! —gritó por fin el rey—. ¡Abandonad mi barco de inmediato! Y decidle al cobarde de mi primo que esta afrenta no será olvidada.

Ertípides se dirigió a la puerta y un sirviente la abrió para él. Se giró antes de abandonar el comedor.

—Así lo haré —después hizo una breve reverencia, que más pareció una burla que una muestra de respeto—. Majestades...

Abandonó la sala sin mirar atrás, dejando a sus anfitriones más atribulados incluso que antes y, desde luego, mucho más enfadados.



«Cuando la necesidad apremia, cuando las sombras amenazan con vencer, es cuando los héroes se alzan. Incluso los más inesperados».

*Tiempo de héroes*, prólogo. Orhías Fior.

Tizo observaba el campamento del ejército de la Orden desde una distancia segura. A su lado, tumbado entre la hierba y oculto como él de ojos indiscretos, estaba el veterano sargento Cerio, un hombre rudo y curtido de aspecto inocente cuya hacha había visto ya mucha sangre. La luna llena les permitía tener una imagen clara de lo que se extendía ante ellos.

—Es el momento —dijo el sargento.

El contingente llevaba horas montando el campamento y ya el ocaso se les echaba encima. Era enorme. El terreno formaba una pequeña colina y una parte de él quedaba fuera de la vista tras ella, pero solo con lo que podía observar desde allí, era el ejército más grande que había visto nunca. Superaba al Abrigo en orden de dos a uno.

Por suerte, no había rastro de las jaulas, por lo que los gorgs, como les había dicho el mensajero, viajaban algo más atrás.

—Si queremos evitar a las bestias tenemos que ser veloces —continuó Cerio—. Tardarán horas en llegar.

—Tenemos tiempo de entrar y salir. Esperaremos a que sea noche cerrada, que se relajen y comiencen a preparar la cena. Tizo no quitaba ojo de las rondas de guardia recién establecidas. El campamento había sido construido a los pies de una vieja torre en ruinas, una pequeña atalaya de vigilancia acompañada de una antigua estatua de algún rey aún más antiguo. Ambas presentaban un aspecto lamentable. Tizo y Cerio



observaban desde un saliente rocoso cubierto de hierbas altas. La zona era idónea para una carga de caballería pues el saliente les daba cobertura durante un primer momento y tenían después terreno llano para llegar hasta el campamento, despejado salvo por algunas rocas puntiagudas y algunos árboles solitarios. Escuchó a alguien llamar a aquella región Llanos de Mengebar, pero no quiso preguntar de dónde le venía el nombre. No tenía tiempo para ello.

—Entramos, golpeamos y salimos. Esto será pan comido —dijo Tizo.

—El terreno es muy llano. Nos verán. Darán la alarma.

—Que la den, que griten todo lo que quieran. No tendrán tiempo de levantar las armas antes de que caigamos sobre ellos.

Cerio le respondió con una gran sonrisa. La barba que cubría su mandíbula pareció partirse en dos.

—Este día se recordará durante años, comandante.

Tizo no podía estar más de acuerdo. Regresaron al punto de encuentro. Allí les esperaban sus hombres. Los caballos corcoveaban deseando ponerse en movimiento. Impartió las últimas órdenes.

—Seremos directos y contundentes. Seremos el hacha que tala el árbol. Entrad y salid a mi señal. Manteneos juntos y tenedme siempre a la vista. ¡Suerte!

Y, sin más palabras, dio media vuelta a su montura y golpeó con los talones. El animal se encabritó un segundo antes de lanzarse al galope. Salieron de la cobertura rocosa, que hasta ese momento les había mantenido ocultos, dispuestos a recorrer cuanto antes los escasos doscientos metros que les separaban de sus enemigos. El grupo pronto cogió velocidad y todo a su alrededor pareció ralentizarse. Tizo sintió que solo existía su caballo, su espada en su mano y el punto ante sus ojos por el que iba a irrumpir. Aunque el ruido a su alrededor era ensordecedor, Tizo podía escuchar el sonido de sus latidos impactando contra su pecho por la emoción de la carga. Podía morir o vivir, podía ganar o perder, pero ahora solo importaba la carga, el retumbar de los cascos de los caballos mientras golpeaban el suelo.

Ya tenía el campamento a la vista. En ese caso, el trueno llegó antes que el rayo y pudo ver a los vigías buscar la procedencia del estruendo. Las alarmas saltaron y los gritos comenzaron a alzarse entre los acampados. Los hombres de guardia apenas tuvieron tiempo de desenvainar antes de que Tizo abriera el primer tajo en uno de ellos. Después, el mismo hombre fue arrollado por el caballo de Cerio, que cabalgaba a su izquierda, unos pasos por detrás. Tizo no pudo reprimir un grito mientras se internaba en el campamento, esquivando tiendas y hogueras, lanzando ataques contra todo lo que se movía. Casi todos sus rivales estaban prácticamente desarmados o desprotegidos, cansados tras un largo día de marcha. A pesar de ello, varios de ellos trataron de agarrarlo y desmontarlo, pero entre él y Cerio evitaron que eso ocurriera. Si caía, estaba perdido. Minutos después estaba salpicado de sangre, con los brazos ardiendo y los músculos vibrando con la tensión.

No hubo resistencia durante los primeros instantes. Reinaba el desconcierto y los

enemigos se convirtieron en presas fáciles para los jinetes. Caían uno tras otro.

Pero pronto los hombres a los que se enfrentaban empezaron a mostrar una mejor disposición. Perdido el factor sorpresa, llegaban hasta la zona de la lucha soldados mejor pertrechados. Una mirada rápida a su alrededor le hizo ver que la carga había sido un éxito. Muchos cuerpos caídos salpicaban el suelo y varios fuegos se habían encendido debido a las hogueras pisoteadas. Las tiendas, muy unidas entre sí, eran pasto de las feroces llamas.

Era el momento de irse. Tizo alzó una mano y gritó retirada. Su orden fue transmitida de boca en boca mientras daba la vuelta y se lanzaba de regreso al punto de reunión, dando algún tajo durante la huida. Sin mirar atrás, supo que el batallón le seguía cuando recorrían los llanos de vuelta al afloramiento rocoso. Por fin, cuando estuvo oculto tras el promontorio, se permitió detenerse y mirar a su alrededor. El grupo parecía casi completo, a falta de un recuento exhaustivo de bajas. Se sentía sucio, sudado y extenuado, pero estaba eufórico. Sus hombres comenzaron a gritar, dejando escapar de aquella forma la euforia y la emoción que les embargaban. Cogió un odre que colgaba en el costado de su caballo y echó un largo trago de agua. Después se lo lanzó a Cerio, que le observaba jadeando y sudoroso, con el pelo empapado bajo el yelmo, aunque volvía a mostrar su gran sonrisa.

—Ha sido perfecto. ¡Nos vamos!

—¡Esperad! —le instó Cerio antes de que se pusieran de nuevo en marcha. Tenía una voz grave y rotunda que invitaba a la obediencia, aunque su rango era inferior.

—¿Qué ocurre?

—Regresemos. Lancemos otra carga. Aún no están preparados. Si atacamos otra vez, causaremos el doble de bajas.

—No. Hemos perdido la ventaja. Nos estarán esperando.

—¿Y qué? No han tenido tiempo de armarse. Aún estamos a tiempo. Estarán retirando cuerpos y preguntándose qué ha pasado. Sé de lo que hablo y estoy seguro de que una segunda carga no nos supondrá más bajas de nuestro lado, pero sí haremos aún más daño. Creerán que hemos abandonado la zona. Estoy seguro de que no nos esperan.

Tizo reflexionó durante unos instantes. A su alrededor, sus hombres aguardaban sus órdenes. Todos estaban cansados, pero se podía ver la ansiedad en ellos, en sus movimientos, la expresión de sus rostros, iluminados solo por la luz de la luna. La respiración agitada de los caballos levantaba volutas de vapor en el frío nocturno.

—Hemos llegado hasta aquí, ¿no? Sería una pena marcharnos sin derramar un poco más de sangre. Yo aún estoy sediento. —Señaló a los demás con su espada—. Y vosotros, ¿tenéis sed?

Un coro se alzó entre sus hombres y se despejaron todas sus dudas.

Tizo creyó por un momento estar viviendo una escena repetida. El sonido de los cascos de los caballos a su alrededor, la sangre palpitando en sus sienes y el peso, agradable y reconfortante, de su espada en la mano mientras con la otra sostenía las

riendas en aquella segunda carga. Cerio, a su lado, reía como un loco. Y es que eso parecía aquel ataque: una locura.

«Entrar y salir, Tizo, sin heroicidades. Golpeáis y volvéis».

Las palabras de Preas Mor invadieron su mente de pronto, como una advertencia de lo que estaba por venir. Estaba desobedeciendo una orden directa y, ¿para qué? Barrió de su mente aquellos pensamientos inoportunos y se centró en visualizar el punto por el que iba a entrar en el campamento. La actividad en él se había multiplicado, y se habían perdido la serenidad y relajación que había mostrado en el ataque anterior. Los soldados corrían de un lado para otro, apagando los fuegos que se propagaban con rapidez. La escena le pareció muy hermosa a Tizo. Con toda probabilidad, estaban causando más daño las llamas que sus espadas.

Pero no todos estaban pendientes del fuego. Tizo observó que un grupo estaba mirando hacia los Llanos. Unos cuantos hombres observaban la carga. En un momento determinado, se agacharon sobre una rodilla y echaron las manos al suelo. Tras ellos apareció una segunda línea de soldados, reagrupados a toda prisa y de cualquier manera. Llevaban arcos en las manos. Soltaron sus proyectiles y Tizo escuchó el silbido de una flecha pasarle cerca. Demasiado cerca. Sintió cómo varios compañeros caían en torno a él, abatidos.

«Entrar y salir, Tizo, sin heroicidades. Golpeáis y volvéis».

Tizo supo en aquel momento que Cerio se había equivocado por completo. A pesar de su veteranía, de su experiencia en tantas batallas durante toda su vida, acababa de cometer un error que podía costarles la vida. Y Tizo, enfebrecido por la victoria, se había dejado llevar. Ahora no había vuelta atrás. Los metros bajo su caballo se escabullían como el tiempo, como el sol por el cielo.

No había vuelta atrás. Supo que la suerte estaba echada.

Con un grito de desesperación, alzó su espada al mismo tiempo que los hombres arrodillados levantaban del suelo una docena de picas de madera. Tizo tuvo tiempo de elevar una plegaria a Gan antes del primer impacto.



«La vida es una rueda. Cuando menos te lo esperas un círculo se  
cierra».  
*Dicho popular.*

Al quinto día de travesía, Loena se aburrió de observar la costa. A pesar de los numerosos encantos que ofrecía y del hecho de que nunca había viajado por ella tan al norte, la inquietud que albergaba y corroía su corazón le hacía estar inquieta y le impedía centrarse y disfrutar de cuanto veía. Encontró en Lavell la distracción perfecta. El chico no perdía el humor y se pasaba las horas corriendo de un lado para otro, jugando con cada cosa que veía como si fuera la primera vez que lo hacía. Loena se sentaba a hablar con él y trataba de responder los miles de preguntas que salían de su boca.

Durante la tarde de ese quinto día dedicaron un buen rato a jugar al óridas, un sencillo juego de tablero para el que tuvieron que improvisar fichas con pedazos de madera y sogas recogidos por todo el barco. Lavell había tardado varias horas en encontrar los fragmentos de las medidas y formas que Loena le había pedido. No tenía mucha esperanza de que los fuera a conseguir todos, pero se dedicó a ello con tanto ahínco que lo logró. Loena sentía una calma que llevaba mucho tiempo sin sentir cuando estaba con él, como si sus penas fueran menos profundas, menos inquietantes. Como si el mar que les rodeaba no pudiera tragárselos de la noche a la mañana y no dejar de ellos rastro alguno sobre la faz de Thera.

—¿Qué os pasó? —dijo la voz de Árgoht, de pronto.

Loena se sobresaltó. El hechicero estaba sentado cerca de ella, pero estaba tan concentrada en el juego que no se había percatado. No sabía cuánto tiempo llevaba allí. El pelo comenzaba a crecerle de nuevo y su aspecto había mejorado un poco

respecto al día que se había encontrado con él. Comenzaba a parecerse al hombre que había conocido tiempo atrás, aunque sus ojos seguían siendo inquietantes.

—¿A qué os referís? —respondió Loena devolviendo la mirada al tablero de juego.

—¿Cuándo lo perdisteis?

Loena se quedó de piedra y sintió las lágrimas que intentaban aflorar a sus ojos. «¿Cómo puede saberlo?».

—Cuando estáis con el chico os acariciáis la barriga, quizás sin daros cuenta.

En efecto, no se había percatado de que lo hacía.

—No lo hacéis con el anhelo de quien desea tener un hijo, sino con la nostalgia de quien lo ha tenido ya y lo ha perdido.

Loena tardó un instante en recuperarse. Trató de seguir jugando, pero acabó por rendirse.

—Lo siento, Lavell, creo que has aprendido demasiado rápido. Esta partida es tuya. —Loena trató de sonreír al muchacho, que correspondió a su vez con una sonrisa radiante que hacía los días más luminosos.

—Mira, Árgoht —dijo el muchacho—, he aprendido enseguida, aunque no son las fichas de verdad. Hemos tenido que inventarlas.

—Enhorabuena, Lavell —respondió Árgoht—. Aprendes muy deprisa.

«Demasiado deprisa». El pensamiento se coló en la mente de Loena, pero no sabía muy bien por qué.

Lavell comenzó a recoger las piezas improvisadas y a guardarlas en una bolsita de tela que la reina le había dado a tal efecto. Loena se puso en pie y se dirigió a la barandilla de estribor, en la que apoyó los codos. El sol empezaba a inclinarse hacia el ocaso y vestía a las colinas, tierras erethianas ya, de un hermoso tono anaranjado. Árgoht se situó a su lado. La brisa le erizó la piel y se ciñó la capa en torno al cuello.

—Hace dos años fue la última vez —dijo sin mirar al hechicero—. La primera vez llegué solo al tercer mes. Un día estaba y al otro no. El maestre dijo que era normal en alguien tan joven, pues apenas llevaba seis meses casada. Theronar era poco más que un niño. Decidimos esperar un poco más. El segundo embarazo duró seis meses. Esa vez fue peor, mucho peor. Empecé a sangrar y sabía lo que significaba. Estuve tres días haciéndolo, hasta que sentí que la nueva vida que crecía dentro de mí se escapaba de mis entrañas. Di a luz, pero lo que parí aún no era un niño. —Loena suspiró y contuvo un sollozo. Miró a Árgoht a los ojos—. El maestre me insistía en que no debía verlo, que era una aberración, pero yo insistí más. Era mi bebé, Árgoht, tan pequeño que me habría cabido en la palma de la mano. Y estaba muerto.

»Tardé diez días en poder levantarme de la cama, pero el daño en mi cabeza ha sido mucho más duradero. Apenas duermo bien desde entonces y tengo sueños horribles con niños muertos y fantasmas. Temo estar enloqueciendo. Árgoht no pudo mirar a Loena a la cara.

—Lo siento.

Dijo aquellas palabras como si hiciera años que no las pronunciaba, con la boca pequeña y en voz baja, pero Loena lo agradeció en silencio.

—Sé que no debo pensar así, pero en cierto modo me alegro de haber dejado atrás Quindarst. Cada rincón de la fortaleza me recuerda mi dolor, mis sueños de tener una familia. En el fondo de mi corazón, ansío empezar una nueva vida, aunque sé lo mezquino que suenan estas palabras. ¿Estoy siendo egoísta?

—Me temo que sí.

Loena esbozó una sonrisa torcida.

—Lo sé, pero gracias por tu sinceridad. Por eso seguí allí, al frente de mi pueblo, en vez de responder a mi primer impulso de irme y dejarlo todo atrás. Ahora que he tenido que hacerlo me arrepiento de haberlo pensado siquiera. Temo lo que opinaría mi madre de estar aquí si lo supiera. Y también que Gan me esté castigando por mi osadía.

—Creo que Gan está ocupado en otros asuntos ahora mismo. ¿Qué le paso a *Lady Fasila*?

Loena bajó la mirada hasta que reposó en sus manos y empezó a jugar con las uñas, nerviosa.

—Murió. Fue apenas dos años después de la boda. Después de la muerte de mi padre nunca fue la misma. Siempre había un pozo de tristeza en su mirada. Creo que eso acabó matándola.

—Por lo que oigo, han sido años duros...

Loena apenas si escuchó la respuesta de Árgoht. De pronto, su mirada se había detenido en una vela que asomaba sobre la superficie del mar algunas millas más adelante. Casi al mismo tiempo, el vigía dio la voz de que se acercaba una embarcación. Aunque ella no lo distinguía, desde la cofa, el marinero gritó que portaban el emblema del reino de Ereth en las velas.

—Por fin —susurró Loena con un suspiro, lanzándose hacia la proa a fin de ver mejor el barco, aunque aún estaba demasiado lejos como para que ella pudiera percibir detalle alguno. Árgoht llegó junto a ella seguido de Lavell, que tuvo que ponerse de puntillas para ver bien sobre la baranda.

—No alberguéis demasiadas esperanzas.

Loena lo miró a los ojos. Bajo la luz del atardecer, su violeta se hacía más intenso, volviéndolo aún más inquietante.

—La esperanza es lo último que me queda. ¿Queréis que la abandone también?

—Ya he pasado por esto. En circunstancias normales todos somos reacios a compartir pan y vino con desconocidos. En tiempos difíciles, cerrar las puertas es la respuesta más sensata.

Loena sintió que la euforia que había experimentado se apagaba como una vela bajo la lluvia.

—No tiene por qué ser así...

—Desconfiad y no os llevaréis a engaño.

Loena dejó de mirar al hechicero. Había olvidado lo irritante que podía llegar a ser. Centró su mirada en el buque que se aproximaba. Era pequeño, pero más grande que un esquife. Tres él asomaban otras dos velas, todas ellas de color azul casi tan oscuro como el cielo vespertino.

—No os recordaba tan frío, Árgoht.

El meledino no respondió, fija también su mirada en los tres barcos que maniobraban para anclarse, situándose en perpendicular a ellos. Loena oyó la voz de Kleinan ordenando al capitán que hiciera señales al resto de la flota para que hiciera lo mismo. Ellos seguirían de frente a encontrarse con los tres navíos que, en aquel preciso momento, enarbolaban una bandera blanca.

Loena se alegró de que Leicar y Theronar viajaran en otro barco. Después del episodio con Ertípides habían decidido viajar por separado, por lo que ellos se trasladaron al Ojo del Mar. Si algo les pasaba a Kleinan y a ella en un próximo encuentro, quedarían ellos para guiar a quindus y clemithas hacia un nuevo hogar.

Kleinan se situó junto a su esposa mientras el barco seguía avanzando en dirección norte. Su mirada estaba fija en las velas azules y fruncía el ceño, anticipando un nuevo encuentro complicado. Loena sabía cuánto le había afectado el episodio con Derties, pero se mantenía firme y con la cabeza bien alta. Con aquella expresión, Loena reconocía en él los rasgos, duros e inexpresivos a veces, que había heredado de su madre, Marsila.

Por fin, las velas azules fueron creciendo hasta convertirse en verdaderos barcos. Eran pequeños veleros de quilla afilada y lonas en triángulo, preparados para altas velocidades.

—Interceptores —murmuró Kleinan casi para sí—. Son preciosos.

Loena se fijó bien, aunque no era muy buena en asuntos de guerra. Los barcos eran muy estilizados, al contrario que el suyo, más preparado para la carga, con una estructura redondeada y muy ancha. Los que tenía enfrente, enarbolando el emblema del reino de Ereth, eran estrechos y de líneas muy rectas. Seguramente necesitarían una mínima dotación para hacerlos navegar. Desde la cubierta del primero de ellos, que llevaba el nombre Karhmal grabado en la proa y al que se acercaban muy despacio a fin de permitir el abordaje, varios hombres observaban la maniobra. Todos ellos iban pertrechados con protecciones de cuero y armas cortas, lo que confirmaba su teoría de que eran barcos militares.

En el Odisea, el capitán dio orden de alarma para que todos estuvieran en sus puestos, prevenidos ante cualquier eventualidad. Gertes llegó hasta ellos y situó a varios soldados alrededor de los reyes a modo de escolta. Sin desearlo, Árgoht y Lavell quedaron bajo aquel resguardo también. El chico miraba todo a su alrededor con los ojos muy abiertos.

Cuando por fin los dos barcos estuvieron suficientemente cerca, desde el Karhmal colocaron una pasarela que sirviera de paso. Tres hombres se destacaron de la

tripulación y cruzaron hasta el Odisea.

Loena se fijó en ellos, tratando de retener cuantos detalles fuera posible. Los dos escoltas eran marineros jóvenes y muy serios, aunque no parecían nerviosos por encontrarse en aquella situación. Su atuendo era sencillo, como solía serlo el de los navegantes. Sus petos estaban cubiertos de cuero con una pesada capa de color azul muy oscuro. Las espadas cortas pendían de sus cintos bien cerca de sus manos. El tercer hombre no era un muchacho, ni mucho menos. Sin duda era el más veterano de los tres, debía rondar los cincuenta y las arrugas que empezaban a decorar sus ojos quedaban enmarcadas por una espesa barba que era ya casi más blanca que marrón. Al retirar la capucha de la capa que le protegía del frío, Loena vio la mirada de un hombre sereno, curtido y sencillo, muy lejos del porte arrogante y altanero de Ertípides. Solo por eso, la reina supo que aquel encuentro no se parecería en nada al anterior.

El hombre hizo una sencilla reverencia con la cabeza en dirección a Kleinan.

—Majestad, es un honor para nosotros recibirlos. Os envío saludos de la reina Atrisha y el rey Cheen. Sed bienvenidos a Ereth.

—No sabéis la alegría que nace en mí con vuestras palabras, amigo. Mi familia y yo, así como todo mi pueblo, os agradecemos la bienvenida, deseada y necesaria. El soldado miró a su alrededor, fijando la mirada en Loena a la que hizo una reverencia también, después en Lavell y, por último, en Árgoht. Los ojos del hombre se abrieron desmesuradamente.

—Estoy seguro de que... —continuó Kleinan, pero el soldado había dejado de escucharle. Una gran sonrisa partió su barba en dos cuando clavó su atención en el hechicero.

—¡Que los mares me traguen! —exclamó de pronto—. Debo de estar viendo visiones.

Se separó del rey y se dirigió hacia donde se encontraba el hechicero. Para su sorpresa, Loena observó que el meledino también sonreía. Parecía algo antinatural.

—¿Es cierto?

De pronto, el hombre se abalanzó sobre Árgoht en un abrazo tan inesperado que ni el hechicero se lo esperaba.

—¡No me lo puedo creer! ¡No me lo puedo creer! —decía el soldado mientras palmeaba la espalda del meledino. Todos observaban la escena, estupefactos.

Árgoht correspondió al apretón por no dejar los brazos inertes a su lado, pero la sonrisa no se iba de sus labios.

Cuando por fin el soldado se separó, aún lo mantuvo agarrado por los hombros, mirándolo de arriba abajo.

—Árgoht Grandël, pensé que no llegaría a ver este momento. No sabes cuánto me alegro de verte.

El hechicero tardó unos segundos en responder, como si estuviera sopesando sus palabras.



—Yo también me alegro de verte, Sherman Kröll.



«Para los profanos, quizás fuera difícil entender la carga que suponía la magia para los hechiceros».

*Magia, entre la leyenda y la realidad*, capítulo dos. Aith  
Calea.

La ciudad costera, vista mientras el sol depositaba sobre ella los últimos rayos del día, refulgía como una pequeña estrella en mitad del mar. La piedra blanca de sus principales edificios reflejaba la luz de tal forma que toda la ciudad parecía arder. Esa peculiaridad le había valido el nombre de Bastión Dorado, pero el resto de ella no hacía honor a él. Era una ciudad portuaria en la que el olor a pescado y podredumbre acompañó a Árgoht y los demás durante todo el recorrido que tuvieron que realizar para llegar hasta el complejo del gobernador, donde serían recibidos con todo tipo de honores.

Los refugiados fueron abastecidos de comida fresca y agua, pero tuvieron que pernoctar en los barcos, bien resguardados en la bahía, pues la ciudad no disponía de acomodo para todos ellos. El gobernador, un hombre menudo y vivaracho llamado Ergist Okor, les rindió honor con una cena de gala, aunque sin baile y con pocos invitados por respeto al cansancio que a simple vista se apreciaba en todo el grupo.

—El reino de Ereth os abre sus puertas, Majestades —les había dicho al saludarles, a la entrada de la pequeña fortaleza donde vivía—. Hablo en nombre de la reina Atrisha cuando os digo que os daremos cuanta ayuda podamos para que podáis resguardaros y, si es necesario, comenzar una nueva vida.

—Gracias, Ergist —dijo el rey Kleinan—. Espero poder mostrar nuestro agradecimiento a la reina en persona. Nuestra intención no es, sin embargo, establecernos aquí para siempre. Nuestro deseo es recuperar nuestras tierras, al precio

que sea. Esta ha sido una retirada táctica, no una huida.

—Por supuesto, Majestad.

La mirada de Ergist se volvió huidiza, como si no estuviera muy convencido de la verdad de aquellas palabras.

Durante la cena, Árgoht no dejaba de pensar en la aventura vivida en Ereth tanto tiempo atrás. Saber que Atrisha y Cheen continuaban en el trono le había producido una secreta satisfacción. Tenía mucha curiosidad por saber cómo les había ido en todo aquel tiempo. Pero encontrar a Shernan había sido toda una sorpresa. Le hubiera gustado tenerlo a su lado en la cena y disponer de un rato para charlar, pero le habían enviado a organizar el avituallamiento de los refugiados.

Tras la cena, Ergist condujo a los reyes a sus dormitorios, mientras que un sirviente mostró a Árgoht y Lavell el suyo. El muchacho había pedido acomodarse con él, y el hechicero no lo había contravenido. El chico, haciendo honor a su extraordinaria energía juvenil, se había pasado toda la travesía correteando de un lado para otro, preguntando, conociendo a la tripulación y al resto de pasajeros, durmiendo apenas por miedo a perderse algo importante. Lo que para los demás era un viaje triste y de emociones encontradas, para él era una gran aventura y la estaba disfrutando tanto como podía.

—¿Vamos a quedarnos aquí para siempre? —preguntó mientras se desvestía para acostarse. La noche llevaba varias horas ya sobre sus cabezas.

—¿Eso te gustaría?

Lavell encogió los hombros.

—No lo sé. No conozco muchos sitios. No sé si hay otros mejores que este.

Al hechicero se le escapó una carcajada.

—Te aseguro que sí, Lavell. —Se sentó junto a él, pensando en cuántas cosas le quedaban aún por conocer—. Hay miles de sitios más hermosos y pintorescos que Bastión Dorado.

—¿Tú has conocido muchos?

Una sonrisa cansada acudió a los labios del meledino.

—Sí, muchos. Al sureste de Meledel, a pocos kilómetros de sus murallas, hay un desierto muy parecido al Desierto de Sal, pero de arena, tan amarilla que desde lejos parece un inmenso tesoro de monedas de oro. Más al este hay una región conocida como las Tierras Brumas, en las que el hombre apenas ha puesto el pie, pues es muy pobre en recursos y la vida se hace difícil. En ellas vive un tipo de árbol tan enorme, que podrías construirte una casa dentro de su tronco y aun sobraría espacio. Los pocos humanos que viven allí, nómadas y viajeros, los llaman *gefjes*, lo que en nuestro idioma vendría a significar *pilares del cielo*, y en verdad lo parecen.

Lavell escuchaba embelesado. Terminó de vestirse y se acostó sobre el mullido colchón de la cama. La habitación, aunque algo pequeña para albergar a dos invitados, estaba bien decorada y ofrecía todos los servicios que podían necesitar, como un baño y un juego de ropa limpia.

—¿Qué más?

Árgoht pensó durante un instante.

—Meledel. Fue capital del mayor imperio que ha conocido este continente y sigue siendo un lugar enorme e importante. Sus calles son estrechas, con casas por todas partes. En ella vive gente de todas las nacionalidades, de todos los colores e idiomas. La actividad allí nunca se detiene, ni de día ni de noche. Tiene uno de los mercados más grandes e importantes del mundo. Cuando el Imperio Meledino era mucho más grande que ahora creció tan deprisa que cada cinco años tenían que construir murallas nuevas, por lo que a día de hoy tiene cinco, concéntricas sobre la colina rocosa sobre la que se alza la Fortaleza Sirinninya, hogar del emperador meledino desde tiempos inmemoriales.

Árgoht guardó silencio por unos momentos, bombardeado por los recuerdos de sus días allí. Recordó ver la fortaleza al amanecer, tan lejana para un chico de clase baja como él como el continente de Tesea, más allá del mar. Nunca había logrado superar la segunda muralla, a pesar de que había hecho varios intentos furtivos solo para ver qué había más allá de su sector.

Cuando regresó a la realidad, al dormitorio junto a Lavell, el muchacho ya estaba dormido y roncaba con suavidad. De pronto, el cansancio se abatió también sobre él como si fuera una pesada capa de viaje. Miró por la ventana, intentando adivinar cuánto podía quedar para el amanecer.

Miró de nuevo a Lavell, preguntándose, como solía ocurrirle, qué hacía él allí en aquel preciso momento, y al cuidado de un muchacho.

«¿Qué quieres de mí, Madre?». Era una pregunta que se había hecho en muchas ocasiones y nunca hallaba respuesta. Su destino seguía siendo esquivo y empezaba a sentirse cansado de aquella búsqueda.

«No es cansancio, es hastío». Llevaba ya tantos años siguiendo la senda del destino que empezaba a preguntarse si algún día llegaría al final y, de ser así, ¿qué ocurriría después? ¿Desaparecería sin más, cumplido su objetivo en la vida?

Llevaba años haciéndose esa pregunta sin encontrar la respuesta en el gehvaal.

Se preguntó si estaría lo suficientemente lejos del Daño como para entrar en contacto con la Madre. Se levantó, se quitó toda la ropa excepto la camisa y los pantalones, y se sentó en el suelo, ante la ventana. Êralin le observaba, inerte, desde un rincón, como si fuera un simple objeto.

El fresco de la noche que se colaba por la ventana acarició su piel con suavidad. Sí, estaba casi seguro. La Madre estaba allí, con él, cercana y amistosa. Ella alejaría todas sus preocupaciones y sus dudas. Ella le pondría de nuevo en el camino correcto.

Sin más demora, pronunció el *Ther-Arak* y se dejó llevar.



«La guarda Arcana representaba todo lo que un hechicero podía  
soñar: poder, ambición y miedo».  
*Magia, entre la leyenda y la realidad*, capítulo quince. Aith  
Calea.

Shera Ante'i despertó sobresaltada y sudorosa, incapaz de recordar cómo había llegado hasta aquella sala, oscura y fría, en la que reinaba el olor a sangre seca y agua estancada.

«Estoy en la enfermería» —logró razonar. Un movimiento fugaz a su izquierda y Almina apareció junto a ella con la preocupación instalada en el rostro.

—¡Mi señora! ¿Estáis bien?

—Quiero agua.

Almina se alejó para cumplir la petición y Shera dejó caer el cuerpo de nuevo sobre el catre, que olía a polvo y orina. Estaba exhausta, aterida y hambrienta. Se miró las manos, huesudas y marcadas por las venas infladas que se agitaban bajo la piel como si quisieran reventar en cualquier momento, a pesar de su color oscuro. Sintió los labios rotos por la sequedad y un vacío en el estómago que casi le producía dolor.

La joven regresó con el agua y la maestra bebió tres vasos casi sin respirar. Con el líquido entrando en su cuerpo fueron llegando también escenas confusas de los días que había pasado encerrada con el libro, abandonada a la lectura e interpretación de cuanto allí ponía. Se le pusieron los vellos de punta al recordar algunas de las cosas que había visto, pero todo era fragmentario y estéril. Lo único que tenía grabado a fuego era el ritual que, en teoría, debía despertar a los cuatro Hijos de Kares que aún quedaban, pues Jerkal'im había sido eliminado.

—¿Cuánto llevo durmiendo?

Almina pensó durante unos segundos antes de responder, como si tuviera miedo de que a la maestra no le fuera a gustar la respuesta.

—Tres días, mi señora.

—¡Tres días! —Shera trató de sentarse de nuevo, pero un vahído se lo impidió. Almina la ayudó a reposar de nuevo la cabeza.

—El sanador dice que estabais cerca de la muerte cuando entrasteis aquí. Habéis sobrevivido por muy poco.

Shera pensó en lo irónico que habría sido que hubiera muerto de inanición y sed justo cuando había dado con el objeto de una búsqueda que había durado tantos años. Pero allí estaba, viva y con el poder para ejercer la voluntad absoluta de Kares. Un escalofrío de regocijo la hizo estremecer.

—Trae pluma y papel. Necesito que apuntes algo.

Almina se apresuró a cumplir el encargo y unos minutos después estaba sentada a la espera de que Shera empezara a hablar. Quería transcribir lo que había aprendido respecto al ritual de invocación antes de que la niebla de los recuerdos fuera embotándolo todo. Se sentía, a pesar del cansancio, más lúcida que nunca, más despierta, como si no fuera a necesitar dormir nunca más.

Un sirviente, un acólito vestido con una túnica negra, entró con una bandeja con comida. Era un poco de fruta y algo de queso.

—Dice el maestro que comáis despacio y a bocados cortos. Se alegrará de saber que estáis despierta, mi señora.

—No le digas nada todavía. Tengo cosas que hacer.

—Pero Maestra...

—Es una orden. Retírate y que nadie nos moleste, ni siquiera el maestro Hikol.

El muchacho hizo una pequeña reverencia.

—Sí, maestra.

Unos segundos después se había marchado y las dos mujeres se quedaron solas en la sala. Shera dedicó unos minutos a ordenar sus ideas y sus recuerdos, todo lo que había leído y aprendido del *Triforetau Go'laghan*.

Por fin, empezó a hablar.

Al día siguiente, Shera se encontraba mucho mejor. Tras dictar a Almina todos los detalles del proceso que les permitiría despertar a los Hijos de Kares, cosa que le llevó varias horas y una docena de páginas, cayó en un profundo sueño que duró hasta bien entrada la tarde. Al despertar, comió lo que el acólito había dejado sobre la bandeja y volvió a dormirse hasta el alba del día siguiente.

En aquel momento, se levantó de la cama, se aseó y se vistió con una de sus elegantes túnicas de color negro y gris. Le quedaba mucho más holgada que antes, pero la maestra restó importancia a ese hecho. Se arregló el pelo, ralo y deslucido, y regresó al mundo de los vivos.

Mientras se dirigía a una nueva reunión con los maestros, Almina le puso al

corriente de lo que había ocurrido en los últimos días, al menos de lo poco que había podido enterarse.

—El libro ha sido recluido en una mazmorra, como si fuera un monstruo. Después de lo que le ocurrió a Otrex, que ha muerto, por cierto...

Shera se detuvo.

—¿Ha muerto?

Almina asintió con la cabeza. Shera reanudó el paso sin hacer más comentarios. Recorrían los oscuros pasillos de la fortaleza, en sombras a pesar de ser aún de día. Shera percibió más actividad de lo habitual, con acólitos que iban de un lado para otro como si hubiera algún tipo de emergencia. ¿Qué había pasado en los últimos tres días?

—Como decía, después de lo ocurrido al Maestro y vos misma, nadie más ha querido acercarse al libro y lo han encerrado donde no pueda hacer más daño.

—Me parece perfecto. «Qué sea solo para mí» —pensó Shera con regocijo.

—También han llegado noticias de la guerra.

—¿De qué frente?

—Supongo que os darán los detalles los maestros, mi señora. Yo solo he podido escuchar algunos rumores de dudoso fundamento.

Unos instantes después llegaron al Salón del Alarido. Ante la puerta esperaban los maestros con una charla que parecía muy animada. Varios sonreían a pesar de la reciente muerte de uno de ellos.

«Buenas noticias», dedujo Shera.

—¡Maestra Ante'i! —dijo Gio al verla aparecer. La sonrisa se borró de su cara al ver los estragos que la lectura del *Triforetau Go'laghan* le habían causado—. ¿Estás mejor?

—Sí, gracias. ¿Empezamos?

Shera estaba ansiosa por saber qué había pasado en aquellos días, qué había provocado aquellas sonrisas cuando debían estar de luto por uno de sus miembros más venerados, uno de los más fieles seguidores de los dictados de Kares que había conocido la Orden.

Todos los maestros saludaron a Shera, mostrando su alegría por el hecho de que no se hubiera perdido en la locura cómo le había ocurrido a Otrex. Una vez concluidas las palabras de cortesía, se sentaron alrededor de la gran mesa del Salón. Shera percibió una sombra que se movía en un rincón y vio a Kilnárion seguido de la sombra fluctuante que era el propio líder espiritual de la Orden. Shera no pudo evitar una punzada de emoción al verlo. Tanto poder, tanto conocimiento... Era el sueño de cualquier karitei.

Cuando todos estuvieron acomodados por fin, se formó un revuelo de acólitos a su alrededor para servir vino a los maestros y atender sus últimas peticiones antes de dar comienzo a la reunión.

Gio Lahnoir se puso en pie.

—Amigos, como saben de sobra, Shera Ante'i ha logrado lo que parecía imposible. La palabra de Kares está cerca de verse cumplida. En este momento crucial de la Historia, la Orden Kariteas está llamada a convertirse en un punto de inflexión que quedará para siempre estampado en los anales. Hemos descubierto cómo invocar a los Hijos de Kares.

Una salva de aplausos recorrió la mesa. Los maestros estaban excitados y Shera pudo ver en ellos la ansiedad, la emoción de estar ante un acontecimiento crucial en la historia de Thera. No solo serían testigos de ello, sino que formarían parte activa en algo que la Orden llevaba siglos vaticinando.

—La llegada de los Hijos de Kares será el primer escalón que anticipará el regreso de Kares como Dios Único y Verdadero. Shera ha hecho un gran sacrificio para descubrir el secreto que encierra el *Triforetau Go'laghan*. Ella misma nos explicará en qué consiste.

Con un gesto de la mano, Gio le dio la palabra a Shera, que se puso en pie a su vez, disfrutando del momento de gloria que se le ofrecía, de todas las miradas puestas en ella, expectantes.

Almina se separó de los demás sirvientes, que esperaban apostados en un extremo del salón y le entregó el hatillo de papeles que había escrito el día anterior.

Shera tardó una hora en leer y explicar el proceso que, según el libro, traería de nuevo a Balgakul, Nedeger, Galakazar'sa y Lijgsfer de nuevo a la vida.

—Tal vez incluso Jerkal'im regrese con nosotros, aunque albergo serias dudas al respecto. El hechicero Árgoht puede haber causado demasiado daño a su esencia y tal vez nos sea imposible recuperarlo tan pronto, quizás nunca más. —Si te he entendido bien, necesitaremos mucha sangre para catalizar un poder así.

A Shera se le escapó una sonrisa.

—Tenemos aliados y hemos conquistado muchos reinos. Tenemos sangre de sobra.

Los demás maestros se contagiaron de la sonrisa de Shera, regodeándose en la muerte que estaba por venir. Gio se puso de nuevo en pie.

—El proceso que has descrito llevaría meses para ponerse en marcha con éxito. ¿No es cierto?

—Así es, me temo.

—Quindarst ha caído sin ofrecer resistencia, pero la batalla de Marder está a punto de comenzar. Los reinos libres se han aliado bajo el nombre repugnante de Abrigo de Gan. —Gio hizo mueca de desprecio—. Su ejército es tan numeroso como el nuestro, según nuestros espías. Preas Mor los comanda.

—No te preocupes por Preas Mor —interrumpió Shera—. Yo me encargaré de resolver ese problema.

Gio siguió hablando, ignorando la interrupción.

—Quiero tener a los Hijos con nosotros antes de que la batalla termine. No podemos detenerla a estas alturas, pero quiero que sean ellos quienes pisoteen a ese



Abrigo, que humillen a los seguidores de ese falso dios. Será un mensaje para el resto de Thera.

—No sé si será posible. No tenemos tiempo...

Entonces, un grupo de personas, ataviadas con todo tipo de túnicas y ropas de viaje, entró en el Salón del Alarido. Shera pudo reconocer entre ellos el rostro adusto, marcado de viruela y de ojos crueles, de Órfedes. Entraron despacio, sin decir una palabra, y se fueron situando en arco ante la puerta.

—La guarda Arcana se pone a tu servicio, Maestra Ante'i, a fin de que el proceso se acelere todo lo posible. Úsalos como creas conveniente.

Shera se quedó sin habla por un momento mientras los hechiceros se situaban ante la puerta de la sala. Los miró uno a uno con los vellos de punta.

«¡La guarda Arcana a mi servicio! ¡Todos ellos!». Shera tuvo que sentarse mientras los invitados, cuatro hombres y tres mujeres, se cuadraban a la espera de indicaciones.

También conocía de vista a Hirde Gatart, una isleña de piel casi negra y ojos azules, delgadez y malicia igual de extremas. A los demás no los conocía personalmente. Sus aspectos denotaban que procedían de todos los rincones de Thera. Desde el caballero oscuro Glimareas Bok, procedente de los Tres Grandes, con su aspecto rotundo y musculoso, hasta la rubia y de blanca piel Gaeana de Lortis, procedente del continente de Tesea, más allá del Mar Gris. Su mera presencia allí, todos juntos, albergando un poder que podía acabar con todos los presentes con un mero pestañeo, hizo que un escalofrío de temor le recorriera el cuerpo.

«¡La guarda Arcana, por Kares!». El silencio que se estableció en el salón, solo roto por el roce de las telas de los brujos al acomodarse en las sillas dispuestas para ellos junto a la pared de los sirvientes, demostraba que todos sentían el mismo respeto y temor que ella por su presencia allí.

—Como saben —continuó Gio cuando estuvieron sentados y la sorpresa inicial se hubo superado—, todos ellos estaban destinados a lo largo y ancho de Thera, espiando para nosotros, esperando el momento de entrar en acción. Desde que supimos que habías encontrado el libro, Shera, los mandé llamar, suponiendo que su presencia aquí iba a ser necesaria. Me alegra ver que no me he equivocado. Han dejado de lado misiones de especial trascendencia, más en estos tiempos convulsos, para quedar a tu servicio, al servicio de Kares. —Dijo esto mirando hacia el rincón, donde la sombra del Ser Supremo se rebullía, inquieta—. Espero que sepas darles buen uso.

Un murmullo se alzó en la mesa alrededor de Shera, pero ella no podía sino pensar en las posibilidades, perspectivas y opciones que se abrían ante ella con aquella nueva información. La reunión siguió adelante, tratando otros temas relacionados con la guerra, con la batalla crucial que estaba punto de comenzar más al este, en el reino de Marder, frente a los muros de Alasân, pero Shera solo quería salir de allí y comenzar con su trabajo. Estaba ansiosa por hacerlo.

Y eso a pesar de que sabía que iba a suponer la muerte para miles de personas.



«Los grandes héroes acometen sus más arduas tareas en el día a día, en silencio y con humildad. Solo el tiempo les otorga esa categoría».

*Tiempo de héroes*, capítulo uno. Orhias Fior.

Después de pasar tanto tiempo en tierras dominadas por el Daño, en las que la Madre apenas lograba hacerse sentir, entrar en contacto con Ella allí, en Ereth, donde la enfermedad no estaba tan extendida fue como ver el sol después de una larga tempestad.

Fue un trance sereno y sin sobresaltos, salvo por las lejanas nubes que oscurecían el horizonte y a las que ya estaba acostumbrado. No hubo presencias extrañas, apariciones ni premoniciones en aquella ocasión. Fue solo un encuentro entre él y su fuente, toda sabiduría y paz. Hasta que no lo hubo experimentado, no se había dado cuenta de lo mucho que lo deseaba, de cuánto la echaba de menos. Tras tanto tiempo de caos y guerra, aquello parecía un estanque en calma. Sabía que aquella situación no duraría mucho, por lo que hizo aún más esfuerzo por disfrutarla y absorber de ella todo cuanto pudo.

Como siempre desde hacía años, el horizonte estaba cubierto de nubes tormentosas rotas por los rayos que, ahora lo sabía, representaban la Tierra Negra y el mal que se avecinaba para toda Thera, pero trató de no mirar en aquella dirección y limitarse a disfrutar de sus sensaciones.

Cuando regresó, el sol despuntaba ya por el horizonte, bañando el dormitorio con esa tenue luz y ese silencio sepulcral que tanto le gustaban.

El dormitorio que les habían asignado tenía su propio baño y, aunque el agua de la bañera estaba fría, Árgoht aprovechó para asearse, disfrutando de la sensación que

le producía ese frío en la piel. Cuando el agua entró en contacto con su cabeza rapada se estremeció y se llevó la mano al tatuaje del cuello. Aún no se acostumbraba a tenerlo expuesto, aunque nadie lo reconocía como era: una representación de su poder. Los elementos de la tierra mezclados dentro de un círculo que representaba la vida. Agua, tierra, fuego y aire. Se sentía desnudo con él a la vista de todos, aun sabiendo que casi nadie le dedicaba más de una mirada. Las pinturas eran muy habituales en Meledel, donde las usaban para marcar todo tipo de cosas: clases sociales, clanes familiares, profesiones... El que más o el que menos llevaba algún símbolo sobre la piel. En el resto de Thera, sobre todo los guerreros las usaban para intimidar a sus rivales.

Ignorando aquella sensación de desnudez, disfrutó del baño un buen rato más. Cuando regresó a la habitación, vestido de nuevo con ropa ligera, encontró a Lavell sentado en la cama. Tenía los ojos abiertos, pero no miraba a ningún sitio concreto, como si estuviera aún dormido. Los brazos le caían flácidos sobre las sábanas. Árgoht se acercó hasta él, lo sujetó por los hombros y empujó con suavidad para volver a acostarlo. No pudo moverlo. El muchacho estaba rígido como el tronco de un árbol. Volvió a intentarlo, sin éxito. Sintió cómo el chico se estremecía entre sus manos. «No se estremece, está temblando».

—Lavell —lo llamó con suavidad, sentándose ante él en la cama.

El chico no hizo ademán alguno de haberlo escuchado. Tenía la mirada fija en algún punto más allá del hechicero. Pasó una mano ante sus ojos, pero no reaccionaban. Tenía las pupilas enormes hasta el punto de que los ojos parecían completamente negros, como los de un perro.

Lavell empezó a mover los labios, como susurrando algo. Árgoht prestó atención a sus palabras, pero no pudo entenderlas. Parecía estar hablando en sueños. Poco a poco fue subiendo el tono y, aunque Árgoht seguía sin comprender las palabras, creyó identificar el idioma de los argumios. Hablaba cada vez más rápido, aunque su expresión no denotaba ningún tipo de ansiedad. Sencillamente sus labios se movían a mayor velocidad.

«¿Qué estás viendo, muchacho?».

Árgoht dejó de intentar comprender o despertar a Lavell y se limitó a quedarse allí, observando aquella singular escena. Lavell no estaba teniendo un sueño. No era la primera vez que veía a alguien sumergido en una visión, aunque Orges no le había dicho en ninguna ocasión que el muchacho las tuviera. Pero no había otra explicación.

Mientras lo observaba, la respiración de Lavell se fue acelerando al mismo tiempo que sus palabras, como si tratara de apremiar a alguien, a un interlocutor imaginario. Árgoht hizo un mayor esfuerzo por entender alguna palabra, pero fue inútil. El chico juntó las manos y comenzó a frotarse los dedos al mismo tiempo que una gota de sudor surgía en su sien izquierda y se descolgaba por su mejilla. Los ojos empezaron a moverse, como si estuvieran buscando algo. La respiración se agitaba

por momentos mientras iba subiendo el tono de voz. Si seguía subiendo, acabaría gritando.

Árgoht observaba preguntándose qué debía hacer, si es que debía hacer algo. No sabía si aquello era normal en Lavell o era un episodio aislado. Desde luego, no había visto nada así en él durante el tiempo que llevaban juntos. Mientras pensaba en ello, su cuerpo comenzó a convulsionarse, cada vez más agitado. Su voz denotaba miedo.

«Es suficiente».

Árgoht lo agarró de nuevo por los hombros, tratando de detener los temblores.

—¡Lavell! ¡Vuelve!

El chico no reaccionó. El hechicero lo sacudió.

—¡Lavell! ¡Escucha mi voz! Regresa conmigo. ¡Regresa!

De pronto, las convulsiones comenzaron a amainar y la respiración del chico se fue serenando. Lavell giró la cabeza y clavó la mirada en el hechicero. Era una mirada dura, feroz y muy adulta, igual que lo fueron sus palabras.

—Vais a morir todos.

Después, cerró los ojos y se derrumbó entre los brazos de Árgoht, agotado y empapado en sudor. Incapaz de saber si había perdido el sentido o se había dormido de nuevo, el meledino lo depositó con suavidad en la cama, donde se quedó como si nada hubiera pasado. Su respiración se había normalizado.

Árgoht lo acompañó durante un rato, pero no volvió a despertarse. Terminó de vestirse, dispuesto a ir a comer algo, cuando tocaron en la puerta con suavidad. Supuso que sería algún sirviente que venía a indicarle que le esperaban para el desayuno, pero al otro lado de la puerta se encontró el rostro barbado de Shernan Kröll. Había envejecido mucho desde la última vez que lo había visto. Su pelo había encanecido hasta casi blanquear toda su cabeza y su barba, y sus ojos se habían enmarcado con pequeñas arrugas, pero seguían teniendo el porte orgulloso y marcial que había mostrado durante su visita al valle de Pranthas, casi quince años atrás. De pronto se preguntó si él se vería tan cambiado también.

—Buenos días —dijo el soldado con una gran sonrisa—. ¿Habéis descansado?

—Buenos días, Shernan.

—Vengo a invitaros a compartir conmigo el desayuno, si no lo tenéis comprometido ya.

Árgoht pensó un momento. No quería dejar solo a Lavell, pero el estómago le rugía. Al no haber recibido invitación de Ergist Okor para comer supuso que no tenía obligación alguna para con él. Se dirigió a una joven que esperaba junto a la puerta.

—Avisa a la reina Loena de que me ausentaré durante un rato. Después vuelve aquí y vigila a Lavell. Ante cualquier incidencia, acude a ella de nuevo.

La sirvienta asintió con la cabeza y echó a correr por el pasillo con pies ligeros como plumas. Unos segundos después se había perdido por un recodo. Árgoht volvió a centrar su atención en Shernan.

—Vamos, espero que me lleves a un buen sitio.

No tuvieron problemas para superar el perímetro de seguridad de la pequeña fortaleza, pues todos saludaban con respeto y dejaban pasar a Shernan, quien apenas les dirigía un gesto, habituado a tantas muestras de cortesía.

Nada más salir de la fortaleza, se internaron en el bullicio de la ciudad portuaria, rodeados de gente por todas partes hasta el punto de que les costaba avanzar por algunas calles. El suelo estaba enlodado y Árgoht se alegró de no haberse puesto la capa. El día había amanecido más caluroso que los anteriores a pesar de lo cual Shernan llevaba una capa gruesa y peluda, con un peto de cuero asomando por debajo y una espada corta colgando del cinto.

—Has ascendido mucho, por lo que veo, viejo amigo —le dijo Árgoht.

Shernan soltó un suspiro.

—Es cierto. La reina se ha portado bien conmigo. No olvida lo ocurrido en Pranthas.

Poco a poco se fueron alejando del puerto para desplazarse hacia el este, donde la actividad no era tan frenética. Entraron en una zona de clase un poco más alta.

—Me gusta más el puerto, con su bullicio y su olor a gente viva, pero para charlar es mejor aquí.

Se detuvo bajo el letrero de una posada que rezaba «El aliento del dragón». Dentro, a pesar de que había una docena de clientes, las conversaciones eran moderadas y el ambiente, tranquilo y agradable. Eligieron una mesa y pidieron un desayuno consistente en huevos, tiras de cerdo en salazón y judías en salsa, acompañados de pan y queso. Mientras Shernan recitaba todo a la camarera, el estómago de Árgoht empezó a rugir ante la perspectiva de tan opípara comida.

—No encontrarás mejor cecina en toda la ciudad —dijo su anfitrión con una gran sonrisa—. ¿Qué le ha pasado a vuestro pelo?

Árgoht se llevó la mano a la cabeza en un impulso, sorprendido por la pregunta. La mano acabó sobre el tatuaje de su cuello.

—Fue una necesidad sanitaria. Estuve un tiempo en un lerteneo con un problema de piojos.

Shernan arrugó la boca en un gesto de asco.

—Odio esos bichos.

Árgoht miró el pelo largo y rizado, así como la larga barba que lucía, y lo entendió perfectamente.

—¿Dónde has estado metido todo este tiempo, hechicero? Llegaron noticias hasta aquí, rumores más bien, sobre acontecimientos increíbles ocurridos por todo el sur del continente, pero no me atrevía a esperar que fueras tú.

Árgoht sonrió.

—Me temo que he estado ocupado estos años.

En ese momento llegó la comida y ambos se abalanzaron sobre ella.

—¿Cómo han ido las cosas por aquí? —preguntó Árgoht.

—No sabría decirte... La reina Atrisha ha llevado al reino a una nueva etapa de

prosperidad, estableciendo nuevas rutas comerciales y abriendo nuestras fronteras a nuevos visitantes. Ereth ha crecido. Pero las noticias que llegan desde el sur son tan preocupantes que está empezando a tomar medidas. Empezamos a sentir los primeros estragos del Daño.

Shernan se detuvo para beber un trago de vino.

—Lo he visto con mis propios ojos. El lago Aralor apareció un día cubierto de peces muertos. Así, sin más, sin ninguna razón. Los habitantes de Tukai llevan tiempo luchando contra extrañas bestias que llegan desde las Tierras Vacías. Cosas que nadie ha visto antes por estos lares. Criaturas que no son obra de Gan, te lo aseguro. Algo ha cambiado.

—Todo ha cambiado.

—Sabía que tú lo entenderías.

—Entiendo porque he visto lo que hay más allá de Laron-oth, y no es bonito. El sur está muerto en todos los sentidos en que puede estarlo. La vida no tiene cabida allí.

«La Madre ha sido expulsada» —pensó—. «Si no está la Madre, la vida no es posible».

Shernan guardó silencio, sorprendido por las palabras del hechicero, mientras terminaba de comer. Árgoht hizo lo propio.

—La reina se alegrará de verte, Árgoht. Todavía te menciona de vez en cuando, a pesar de los años transcurridos.

—¿Qué puesto ocupas ahora mismo? —preguntó a su vez, huyendo del sentimentalismo implícito en la pregunta del soldado.

—Soy comandante del ejército de la ciudad, aunque mis atribuciones son un poco más amplias. Si atendiera estrictamente a mis responsabilidades, no debería salir de Ereth para nada, pero cuando estoy mucho tiempo allí, entre las murallas, me falta el aire y tengo que salir a respirar. Por eso me ofrezco voluntario para cualquier misión que implique abandonar al capital, aunque solo sea por unos días. Branton Olsten se encarga de todo en mi ausencia.

—¡Branton! Hacía años que no pensaba en él. Me sorprende que siga vivo...

—Está muy mayor y su labor se limita al asesoramiento, pero sustituirme le hace sentir más vivo por unos días. No creo que vea terminar este invierno. En fin, creo que debemos regresar. Ergist se estará preguntando dónde estamos. Es un buen hombre, pero se preocupa demasiado.

Shernan soltó una estruendosa carcajada, como si acabara de contar un buen chiste. Árgoht no lo entendió.



«La alianza entre Ereth y Lahmna resultó crucial en los acontecimientos que estaban por venir».  
*Historia y memoria del reino de Lahmna*, capítulo treinta y dos,  
Fitzerald Clem.

Al finalizar el día, cuando el sol ya había abandonado el cielo más allá del mar, Lavell aún continuaba durmiendo. Árgoht permaneció a su lado, tanto por estar pendiente de él como para evitar las continuas reuniones en las que Loena quería incluirlo. Estaba preocupado por la Tierra Negra como el que más, sobre todo sabiendo todo lo que él sabía, pero empezaba a estar hastiado de tanta palabra y tanta reunión que no llevarían a ningún lado. Ya había decidido que desde que Lavell hubiera descansado un poco partiría de nuevo hacia el norte, a cumplir la promesa que le había hecho a Orges, para a su vez continuar su viaje, quizás hasta Meledel. Llevaba cuatro décadas sin pisar la ciudad y sentía que había llegado el momento de regresar.

A pesar de todo cuanto sabía sobre el Daño y el desequilibrio de los Guardianes, no terminaba de entender qué tenían que ver con él, con su presencia allí en aquel preciso momento. Había vivido una Clave con la destrucción de Jerkal'im, estaba seguro. Lo sentía bajo la piel cada vez que pensaba en ello, pero seguía sin ver cuál había sido su objetivo. Sin duda, haber destruido al talhom había sido significativo, pero no sabía si tanto como para representar una Clave en su camino hacia el Destino. Pero, si no había sido la muerte de la criatura, ¿cuál había sido la Clave? Durante todo aquel año había dedicado horas a reflexionar sobre cada instante, previo y posterior al enfrentamiento, analizándolo al detalle para encontrar la pauta, pero no había nada, aparte del hecho de la destrucción de la criatura en sí mismo, que pudiera



tener tal trascendencia.

Un movimiento en la cama le hizo regresar de sus pensamientos. Lavell había despertado. Árgoht acudió a su lado.

—Hola, muchacho.

Lavell lo miró como si no supiera muy bien qué hacía allí. Su mirada recayó en la ventana. La luz de la luna ya entraba por ella, pálida y frugal.

—¿Todavía es de noche?

—Es de noche... otra vez. Has dormido todo el día.

Lavell se sobresaltó y trató de bajarse de la cama.

—Eso no está bien. ¡Orges dice que dormir mucho ofende a Gan!

Árgoht lo sostuvo por los hombros.

—Tranquilo, que nadie va a ofenderse. Date un minuto.

El chico se quedó sentado en el borde de la cama, con la respiración un poco agitada. Los pies no le llegaban al suelo.

—He tenido un sueño muy extraño...

—¿Quieres contármelo?

Lavell dudó un instante, para después negar con la cabeza.

—Me da un poco de miedo.

—Pues otro día, entonces. Ahora será mejor que comas algo.

Un sirviente ayudó a Lavell a ponerse ropa nueva y les condujo hasta el comedor. En la puerta les detuvo un chambelán que buscó el nombre de Árgoht en una lista que tenía sujeta a una tablilla y asintió con la cabeza, autorizando su entrada. El lugar estaba repleto de gente, casi todos ellos con aspecto de ser funcionarios de la corte que habían cumplido con sus obligaciones por aquel día. Árgoht eligió una mesa alejada del revuelo, en un rincón apartado. Ambos se sirvieron la cena de una gran mesa en la que los diversos alimentos se habían dispuesto para que los comensales eligieran según su propio criterio. Era la primera vez que veía algo así, pero pronto comprendió la ventaja que suponía a efectos de economía de personal.

Cuando ya casi habían terminado la comida, Árgoht vio a Shernan entrar en la sala con la mirada traviesa, buscando algo. Supo enseguida que él era el objetivo de aquella búsqueda y deseó fundirse con las sombras. Más que nunca, tuvo ganas de marcharse cuanto antes. Por fin, el soldado dio con él y se acercó a paso ligero sorteando las mesas repletas de gente.

—Por fin te encuentro.

—Hola, Shernan. ¿Quieres cenar?

—Me temo que no me será posible...

—Este es Lavell. Lavell, este es Shernan Kröll.

El chico alzó la mano para estrechársela al recién llegado, quien respondió al gesto con una sonrisa de sorpresa.

—Encantado, jovencito. Te has buscado una compañía muy... peculiar.

Lavell sonrió y siguió comiendo sin responder.

—Árgoht, Ergist ha solicitado tu presencia arriba. El rey Kleinan también quiere que estés presente.

El hechicero empezaba a cansarse de que lo llamaran continuamente, pero se levantó de la mesa con un suspiro. Lavell hizo lo propio y los dos siguieron a Shernan hasta la segunda planta a través de varios tramos de escaleras y galerías. Por fin, llegaron a una gran puerta de madera de doble hoja.

—Es la sala de audiencias privada de Ergist. Si se han reunido aquí es porque ocurre algo serio. Incluso han reclamado mi presencia.

Shernan tocó con suavidad y un hombre abrió desde dentro. La puerta emitió un largo quejido hasta que se hubo abierto del todo. Accedieron a una sala pequeña con una decoración tan recargada y ostentosa que Árgoht se sintió agobiado nada más cruzar el umbral. Varias estanterías decoraban las paredes, repletas de gruesos libros desde el suelo hasta el techo. Al fondo, una chimenea caldeaba el aire, ya de por sí enrarecido.

En torno a una mesa central le esperaban Ergist, Kleinan, Loena, Gertes y varias personas más a las que no reconoció. Todos se giraron hacia él con mirada seria, como si llevaran un buen rato esperando.

—Bien, aquí estáis por fin —dijo Ergist—. Sentaos, por favor.

Shernan ocupó un lugar a la izquierda del gobernador y Árgoht a la derecha de Loena. Lavell se sentó en el suelo tras coger un libro de las estanterías.

—Nos llegan malas noticias desde el este. Según nuestros informadores, está a punto de estallar la guerra. La Orden ha reunido un gran ejército y se ha lanzado contra el reino de Marder. A su vez, los reinos del este se han congregado bajo el nombre de Abrigo de Gan para enfrentarse a esta amenaza.

—Eso está lejos de nosotros. ¿En qué nos afecta? —preguntó Kleinan.

—Eso deberá decíroslo la reina en persona. Ha mandado llamaros a todos a la capital para garantizar vuestra seguridad. Los caminos van a ser estrechamente vigilados y se va a ordenar el toque de queda. Se avecinan tiempos difíciles. Shernan, vas a ir con ellos. Elije una escolta de treinta hombres. Además de protección, tu deber es encontrar los puntos más débiles del camino cuya seguridad haya que reforzar. El camino Real debe ser seguro para poder movernos dentro del reino sin incidentes.

Árgoht iba a decir que lo que estaba ocurriendo tan al este no tenía por qué afectarles de aquella manera, pero prefirió guardar silencio.

Ergist miró a todos los presentes, esperando alguna pregunta.

—Pues no hay nada más. Majestades, tenéis todo preparado para partir. Podéis hacerlo de inmediato si es vuestro deseo.

—¿Durante la noche? —preguntó Kleinan.

—La reina ha ordenado que sea cuanto antes. Nuestros caminos a día de hoy son seguros incluso de noche. No tendréis problema alguno y llegaréis a Ereth al amanecer del segundo día.

—Pues así lo haremos —concluyó Kleinan poniéndose en pie—. Partiremos cuanto antes.

Árgoht salió de la sala preguntándose si aquello era tan importante como para interrumpir su cena.



«La hospitalidad, alimentar al necesitado, es la mejor ofrenda  
que se le puede ofrecer a Gan».  
*El libro de Gan*, capítulo diecinueve. Varios autores.

Ereth apenas había cambiado nada en los años que hacía que Árgoht había pasado por allí. A simple vista, al menos, la ciudad seguía igual que como la recordaba de la primera vez que la había visto, cuando había atendido la llamada del rey Yurt Amhol. Durante el viaje se había sentido tentado de abandonar la comitiva y desviarse hacia el norte, hacia Pranthas, solo por curiosidad, por saber si la aldea se había recuperado, si había crecido, si la mansión seguía en el mismo lugar, pero había vencido el sentimentalismo y se había convencido de que solo sería una pérdida de tiempo.

«Pérdida de tiempo, ¿para qué? Nadie me espera en ninguna parte» —reflexionó en silencio. Le habían dado una montura, un caballo negro, grande y recio, en el que había montado también a Lavell que, sentado entre su cuerpo y el cuello del animal, parecía minúsculo en comparación. Apenas había hablado en todo el camino, observando todo cuanto le rodeaba con suma atención, como si tratara de retener cada paisaje, cada minuto vivido, en sus recuerdos.

—¿Por qué aquí la tierra no es oscura? —preguntó poco después de salir de la ciudad de Klirs, la única población en la que se habían detenido unas horas a comer y dar descanso a los animales. El grupo no era muy numeroso, ya que la mayoría de los refugiados habían preferido quedarse en Bastión Dorado. Algunos, incluso, habían manifestado su deseo de seguir rumbo norte, con la autorización del rey. Kleinan no había podido negarse y había tenido que dar su bendición a aquellos que deseaban marcharse. Aun así, unas doscientas personas habían preferido viajar con ellos a fin de establecerse tierra adentro.

—El Daño no es tan feroz aquí. —Árgoht se dio cuenta de que hasta el momento el chico solo había visto territorios heridos. Eran las primeras tierras fértiles y verdes que veían desde que habían partido de Ärgufal.

—¿El Daño?

—La Tierra Negra es una... —Árgoht trató de encontrar la palabra que mejor se adaptara a la descripción de aquel terrible mal—. Una enfermedad de la tierra.

—¿Y este reino no ha enfermado?

—Todavía no, pero lo hará.

—¿Por qué?

Árgoht se dio cuenta en aquel momento de que no sabía la respuesta. ¿Por qué estaba tan seguro de que el Daño continuaría hacia el norte? ¿Y si se detenía donde estaba? Nadie podía saberlo y aun así lo sabía. Estaba seguro de que continuaría avanzando hacia las tierras fértiles hasta que alguien lograra restablecer el equilibrio entre los Guardianes.

—Porque en este mundo hay fuerzas más poderosas que tú o que yo y están en guerra, peleando como dos niños pequeños por un juguete. La Tierra Negra es una de las consecuencias de ese enfrentamiento.

Árgoht pensó que aquella explicación sería demasiado abstracta para un niño inocente sin apenas experiencia en el mundo. Se mantuvo en silencio algunos minutos, mientras la ciudad de Klirs iba quedando cada vez más lejos.

—¿Y qué culpa tenemos nosotros? —preguntó tras un buen rato. Tanto, que Árgoht casi había perdido el hilo de la conversación, sumido en sus propios pensamientos.

—¿A qué te refieres?

—Dices que es una guerra, pero nosotros no estamos peleando. Pero nos afecta. ¿Por qué? ¿Qué culpa tenemos nosotros de sus disputas?

Árgoht reflexionó unos instantes, pero no supo qué responder.

Al amanecer del tercer día, una jornada más de lo previsto por Ergist Okor, pudieron apreciar por fin, asomando entre las últimas brumas matinales, las torres de la ciudad de Ereth. La mañana había llegado fría y todos se arrebujaban en sus capas, ansiosos por que saliera el sol y calentara sus cuerpos. Sin embargo, una fina llovizna les acompañó mientras desmontaban el campamento y aún más lejos, hasta que las sombras de los muros de la capital del reino les cubrieron por completo.

Árgoht tuvo un recuerdo del día en el que había abandonado aquella ciudad, con un clima similar, montado sobre Karzan, sin saber hacia dónde dirigir sus pasos. Su experiencia allí había sido difícil de olvidar. Si sus sospechas eran correctas, el talhom de Manlor había sido la primera manifestación de la Tierra Negra y el Desequilibrio que tuvo ocasión de presenciar. Había reflexionado mucho sobre ello en los últimos tiempos, y había concluido que su presencia en las cercanías del nacimiento de dos talhoms no podía ser casualidad. De alguna forma, aquello tenía que formar parte de su Destino, aunque aún no era capaz de vislumbrar de qué

manera.

Y ahora estaba allí de nuevo.

«¿Cerrando un círculo, quizás?».

Las puertas de la ciudad se abrieron y apareció tras ella una mujer de piel tan negra como la noche, con unos ojos tan grandes que casi parecían brillar. Caminó hasta ellos sin ningún tipo de escolta. Vestía una túnica de color verde oscuro que no combinaba bien con el color de su piel. A pesar de ello, el conjunto era armónico y le daba una imagen sencilla y sobria que Árgoht no podía dejar de mirar. Su pelo, negro como el carbón y recogido en una larga cola, se agitó con la brisa matutina. Hizo una reverencia exquisita antes de empezar a hablar.

—Bienvenidos a Ereth —dijo en el idioma común, aunque con un acento muy cerrado que marcó mucho la erre—. En nombre de la reina Atrisha, regente de Ereth, os doy la bienvenida a nuestra ciudad. Me llamo Clau'as Regirfeiya y estoy aquí para atenderos en todo cuanto necesitéis. Os ruego que me acompañéis.

Varios hombres salieron de la ciudad para tomar las riendas de los caballos, invitando a sus jinetes a desmontar. Así lo hicieron y se detuvieron a esperar un poco apartados.

—Será un placer acompañaros —dijo Kleinan, también en el idioma común—. Estamos deseando saludar a la reina en persona.

—Os está esperando. Seguidme, por favor.

Clau'as se giró y su túnica revoloteó tras ella. Árgoht reparó en lo perfectamente que enmarcaba su figura. Sus pies no parecían tocar el suelo. Todos sus movimientos y gestos estaban realizados con exquisita delicadeza, sin ningún tipo de brusquedad.

El hechicero no la recordaba de su visita anterior. La comitiva se puso en marcha de nuevo. Cuando hubo traspasado el portón, este se cerró tras ellos. Un grupo de asistentes comenzó a planificar la ubicación de los refugiados, realizando varios cuestionarios respecto a sus profesiones y oficios. Los reyes, Árgoht, los dos soldados y Lavell, más una escolta de una docena de hombres, siguieron los pasos ondulantes de Clau'as, quien, tras mantener una breve reunión con los asistentes, les indicó que podían continuar. Los erethianos que los veían pasar se detenían a observar al peculiar grupo y se preguntaban entre susurros quiénes serían. Árgoht podía escucharles y no había temor en sus voces. Para ellos, la Tierra Negra aún era una amenaza lejana, el problema de otros.

«Hasta que la guerra venga a tocar a sus puertas».

Mientras avanzaban hacia la fortaleza que dominaba el centro de la ciudad, el sol fue ascendiendo y disipando la niebla matinal. Después de las escenas vividas en Quindarst, con la ciudad casi vacía, el mercado cerrado, los muelles abandonados..., Ereth se mostraba como un lugar lleno de vida. A medida que avanzaban, más vecinos salían a la calle, algunos de camino a sus trabajos, otros solo a mirar.

—Los chismes avanzan más rápido que nosotros —le dijo Shernan en un susurro con una sonrisa socarrona bajo la barba.

Nadie, a pesar de ello, les molestaba o les increpaba. Shernan había asumido su papel a la cabeza del grupo, junto a Clau'as, de forma que todos reconocieran su autoridad y evitaran importunarles.

Por fin llegaron al Castillo Anturiel, hogar de la familia real y sede del gobierno de la ciudad. Una pequeña muralla lo rodeaba y, en su acceso principal, cuatro guardias engalanados recibieron al grupo con su mejor pose marcial. Dos de ellos se situaron en vanguardia y dos en retaguardia. Tuvieron que esperar unos minutos a que el rastrillo que había tras la puerta se levantara. El suelo de tierra, embarrado debido al rocío nocturno, manchaba las botas de Árgoht, pero por lo demás, los alrededores se veían razonablemente limpios. Se preguntó si siempre sería así o si habían hecho una batida de limpieza previendo su llegada. No estaba seguro de que los reyes de Lahmna fueran tan importantes como para hacer algo así.

Al otro lado de la puerta, en un pequeño patio, les recibieron los reyes de Ereth. Árgoht se sorprendió al ver a la que había sido la pequeña Atrisha, una hija bastarda del rey Manlor que atendía mesas en una taberna de Trennant cuando la había conocido, plebeya desde los pies a la cabeza. Ahora era reina de Ereth y hacía mucho que había dejado de ser una niña. Se había convertido en una mujer hermosa y, aunque seguía siendo menuda de talla, su porte le hacía controlar todo el patio con su mera presencia. Toda la fortaleza. A su lado, reconoció a Cheen, también convertido en un hombre, esbelto y elegante. Su cuerpo se había musculado y su rostro había dejado atrás las redondeces de la niñez para mostrar una expresión adusta y seria.

Tras los reyes, todo un séquito de sirvientes y escoltas completaban la recepción. Clau'as hizo el anuncio pertinente y se apartó a un lado.

—Bienvenidos a Ereth, amigos —saludó Atrisha.

Kleinan y Loena se situaron frente a ellos. Leicar y Theronar, asumiendo un papel secundario, permanecieron un poco apartados. Árgoht, por su parte, se mantuvo lejos de la cabeza. En el fondo, le habría gustado pasar desapercibido.

Fue Kleinan el que tomó la palabra.

—Gracias, Majestad. El pueblo de Lahmna, o lo que queda de él, os agradece vuestra compasión al recibirnos. Nada hay más satisfactorio y emocionante para un refugiado que ser acogido con cariño.

—Lo que os ha pasado es una desgracia que lamentamos mucho. Espero que vuestra gente esté siendo bien ubicada. Deseo que hagan de Ereth su propio hogar a partir de ahora.

Dijo esto mirando a Clau'as, quien se dio por aludida.

—Estamos haciendo un recuento de las viviendas vacías en todo el reino para situar a todos los refugiados posibles en nuestras ciudades y pueblos —dijo la mujer.

—Bien. Que se sientan erethianos de pleno derecho desde hoy y para siempre.

—Gracias, Majestad —dijo Kleinan—, no podíamos esperar recibimiento mejor. Atrisha asintió con la cabeza.

—Ahora desayunemos antes de tratar temas más serios. Por favor, seguidnos.

El grupo fue guiado hasta un refectorio situado en la planta baja de una torre chata y de base circular. Árgoht, que lo observaba todo con detalle, no estaba seguro de haberla visto en su visita anterior, aunque tras más de quince años, sus recuerdos no eran de fiar.

«Quince años son muchos, incluso para mí».

El comedor era una gran sala con altos techos de madera artesonada. De las paredes de piedra pendían tapices y cortinas de aspecto lustroso. Sobre una pequeña tarima se habían ubicado dos sencillos tronos para los reyes. Ante ellos, el resto del grupo se sentó alrededor de una mesa.

—Antes de aceptar vuestros alimentos —dijo Kleinan, aún de pie—, permitidme presentaros a mi hermano Theronar y su esposa, Leicar, reyes del reino de Clemthan. También nos acompañan Gertes, capitán de la guardia de Lahmna, el pequeño Lavell y...

Cheen se puso de pie casi de un salto.

—¡Árgoht! —exclamó al posar la mirada sobre el hechicero. Bajó de la tarima para dirigirse a él. Árgoht se puso de pie—. ¡No puedo creerlo! No te había reconocido, amigo mío.

Sin pensarlo, Cheen le dio un abrazo con una gran sonrisa emocionada en los labios. Árgoht pudo sentir las miradas de desconcierto del resto de los presentes.

—¿Qué haces aquí? —dijo cuando se hubo separado de él—. ¿Cuánto tiempo hace?

Atrisha se puso en pie, pero se quedó en su sitio.

—Hace mucho ya, Majestad, y mi presencia aquí es meramente casual. Mis pasos me llevaron hasta Quindarst en un momento crucial y no tuve más opción que huir junto con los demás.

—¿A pesar de tu poder? ¿Nada pudiste hacer?

Aunque la pregunta no escondía maldad ni reproche alguno, Árgoht sintió como si le punzaran el corazón. Por el rabillo del ojo vio cómo Loena bajaba la cabeza y se miraba las manos.

—Nada se podía hacer para salvar la ciudad.

—Esposo —intervino Atrisha—, ya habrá tiempo para los detalles después de comer. No agobiemos a nuestros invitados haciéndoles revivir sus penas.

—Tienes razón, tienes razón —aceptó Cheen, regresando a su sitio mientras varios sirvientes comenzaban a servir la comida. El rey no le quitaba ojo y la sonrisa no se marchó de su rostro mientras duró el desayuno.

Árgoht, poco amigo de tanta efusividad, empezaba tener ganas de marcharse de allí.





«La noche es el territorio de Kares; su dominio de sombras».  
*Po'karatan*, capítulo quince. Anónimo.

Tizo abrió los ojos y sintió una punzada en la nuca que casi le hizo gritar. Tenía todo el cuerpo dolorido y amoratado, como si se hubiera caído de un caballo. No sabía dónde estaba ni recordaba cómo había llegado allí. Tenía la vista nublada y apenas distinguía nada a su alrededor. Intentó moverse, pero estaba de rodillas y amarrado a un poste, con las manos a la espalda. Sentía la tirantez de unas costras en la cara y supo que era sangre seca. Tenía el torso desnudo. Se encontraba sobre un apestoso charco de barro que le cubría los pies descalzos.

De pronto recordó dónde estaba y por qué.

La segunda carga había sido un fracaso.

La vista se le despejó poco a poco. A su alrededor había un silencio extraño, expectante. Levantó la mirada, pero solo veía por un ojo. El otro estaba tan hinchado que no podía abrirlo. Trató de hacerse una idea de su situación. Estaba en un pequeño claro rodeado de tiendas de campaña. A su alrededor, al menos cinco más de sus hombres, también amarrados y heridos. No pudo saber quiénes eran. Varios hombres les vigilaban, lanzas en mano, riendo y haciendo chistes entre ellos. Estaba en mitad del ejército kariteas. A su nariz hinchada llegó el olor de la tela quemada. Más allá del claro, el resplandor de las llamas le indicó que el campamento aún ardía.

«Espero que ardan todos» —consiguió pensar. Algo bueno había salido de aquella situación absurda en la que él solo se había metido. Había tratado de ser un héroe y ahora estaba allí, dolorido, aterido por el frío y con la certeza de una muerte inminente. De hecho, se preguntó por qué seguía vivo. Tizo centró sus pensamientos en sí mismo. Hizo pequeños movimientos musculares y supo que tenía rotas algunas

costillas, como mínimo. El dolor de las muñecas le decía que podía tener alguna de ellas dislocada, pero de eso no podía estar seguro. Todo su cuerpo era un dolor en mayor o menor medida. Estaba extenuado y apenas lograba mantener la cabeza erguida.

De repente, supo que solo quería dormir. Sí, dejarse llevar por la inconsciencia y que pasara lo que tuviera que pasar. Algo frío tocó su mandíbula y presionó hacia arriba obligándole a levantar la cabeza. La punta de una lanza.

—De eso nada —dijo uno de los vigilantes—. Nada de dormir. El señor Kerwes viene hacia aquí, así que espera despierto, campeón.

Los demás rieron.

«Campeón. Un estúpido de campeonato, mejor dicho». Tizo tuvo que contener las lágrimas mientras dejaba caer la cabeza contra el pecho.

De entre los miles de pensamientos que cruzaron su mente en aquellos instantes, el más recurrente era el saber que estaba decepcionando a su rey, que había estropeado lo que había sido una operación perfecta. Habían entrado, causado un buen puñado de bajas, un incendio y bastante desconcierto. ¿Cómo se había dejado convencer de regresar?

«Te convenciste tú solo. Es lo que eres: un insensato sin inteligencia suficiente como para comandar un ejército».

A pesar de los ojos hinchados y el dolor, una lágrima dejó un surco blanco en sus mejillas roñosas.

Los vigilantes rieron de nuevo.

—Tranquila, chica, que pronto dejarás de llorar.

Uno de ellos se arrodilló frente a él. Tizo lo miró.

—¿Crees que esto es malo? Pues espera que conozcas al señor Kerwes.

Un nuevo coro de risas. Él jamás había oído aquel nombre. No sabía de qué estaban hablando, pero un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Y supo que no era por el frío.

No supo cuánto tiempo más permaneció en aquella posición, tiritando en mitad de la noche. Estaba sediento y ya no sentía los brazos. Solo quería morir.

«¡No! Aguanta» —se decía a sí mismo—. «Tienes que regresar ante Preas y expiar tu culpa». Pero los pensamientos no le daban la serenidad que necesitaba.

Al rayar el alba, del incendio solo quedaban algunas columnas de humo y el olor a quemado. Se preguntó cuántos muertos habrían dejado atrás antes de ser capturados. Trató de recordar la segunda carga, pero todo estaba confuso en sus recuerdos. Los arqueros habían derribado a algunos y tras las picas, que hicieron caer a varios caballos, les esperaba una fila de hombres bien pertrechados. Se habían organizado y se habían preparado para un segundo ataque a toda velocidad, como si lo hubieran estado esperando.

Tizo despreció aquellos recuerdos. «Nada de eso importa. Lo hice mal y ahora estoy pagando el precio. Nadie vendrá a salvarnos».

El último que se coló en su mente fue su cuerpo cayendo del caballo, aferrado por varios hombres, perdida la espada, y la lluvia de golpes que vino a continuación. Después, la inconsciencia.

Ahora se preguntaba si no habría deseado seguir inconsciente.

Un rayo de sol le hizo parpadear. Había amanecido y el astro se elevaba ya sobre los pequeños árboles que rodeaban el campamento. Un minuto después, una sombra se interpuso. Levantó la mirada, pero de entrada fue incapaz de distinguir qué la generaba. Era un hombre. Un hombre muy grande. Grande no, gordo. Le costó abarcar toda su envergadura con la mirada, porque estaba muy cerca. Su prominente barriga, vestida de cuero tachonado, quedó a la altura de sus ojos. Distinguió en ella manchas de todos los colores, aunque predominaba el rojo oscuro de la sangre seca. El hedor que emanaba de él se percibía desde metros de distancia.

—Bien —dijo el recién llegado, con una voz ronca, rota—. Soltadlos y traedlos conmigo.

El soldado que le había hablado antes desató a Tizo y se acercó a su oreja mientras lo hacía. Tizo supo que estaba sonriendo y se preguntó qué le hacía tanta gracia.

—Este es el señor Kerwes.

Tizo volvió a mirar al hombre gordo, que repasaba con la mirada a los demás prisioneros. Era enorme, todo grasa y piel fofa. Su cabeza era tan grande como la de un buey, completamente calva y con manchas oscuras. Tenía una mirada ladina y cruel. Inspeccionaba a los demás como si fuera ganadero y estuviera evaluando un puñado de reses antes de comprarlas.

«De comprarlas no, de sacrificarlas».

Cuando todos estuvieron desamarrados de los postes, aún con las manos a la espalda, fueron conducidos a través del campamento siguiendo los pasos del señor Kerwes y escoltados por cinco soldados vestidos de negro y armados con lanzas. A medida que fueron avanzando quienes los veían pasar les increpaban y les tiraban piedras, como si fueran delincuentes sometidos a algún tipo de penitencia. Tizo sintió cómo una de ellas impactaba en su frente. Al instante la calidez de su sangre le corrió por la mejilla. El campamento era un batiburrillo de personas de todas las nacionalidades y escuchó insultos en varios idiomas. Por lo poco que pudo ver, reconoció en muchos de ellos los rasgos más clásicos de los sureños, de los ciudadanos de los Tres Grandes Reinos, con sus populares barbas trenzadas. Cuando otra piedra estuvo a punto de golpearle, dejó de observar a su alrededor y se concentró en seguir al señor Kerwes a fin de llegar cuanto antes a dondequiera que los condujeran, pero su guía no parecía tener interés en darse prisa. Si no fuera por la escolta que los protegía, paradójicamente, de sus propios compañeros, ya estarían muertos.

Tizo perdió la cuenta del tiempo que estuvieron caminando, pero debieron de recorrer el campamento de un extremo a otro, pues cuando por fin se detuvieron, le

dolían los pies descalzos. Tenía los dedos en carne viva y las muñecas le ardían allí donde la soga le quemaba la piel. Los demás no estaban mucho mejor. Tizo levantó la cabeza pero ninguno de sus compañeros de cautiverio le era conocido. Estaba solo.

—Bienvenidos —dijo el señor Kerwes con una horrible sonrisa en la boca.

Les señalaba una gran tienda de base cuadrangular terminada en punta. Estaba apartada del resto del campamento por un centenar de metros. A los lados, separadas, eran visibles varias enormes jaulas fabricadas íntegramente de metal. Tizo sintió miedo, un miedo espeso y agrio que le subió por la garganta. Habría gritado si hubiera tenido fuerzas. Sintió un golpe en las corvas y se le doblaron las piernas. Unas manos lo sujetaron y lo alzaron hasta dejarlo apoyado sobre las rodillas. Hizo un esfuerzo tímido por zafarse, pero lo tenían bien sujeto por los brazos.

—¡Dejadme, cabrones! —consiguió gritar.

Kerwes entró en la tienda y salió con algo de metal en la mano, algún tipo de herramienta que en principio Tizo no reconoció. A los hombres que lo sujetaban se les unieron otros dos que le sostuvieron la cabeza, elevándosela un poco. No podía hacer nada por resistirse. Empezaba a dolerle el cuello debido a la presión que ejercían sobre él. Kerwes le enseñó la herramienta que había sacado de la tienda. Al reconocerla, Tizo empezó a gritar y a sacudirse, tratando de soltarse aun sabiendo que era imposible. Lo único que consiguió fue un puñetazo en las costillas rotas que lo dejó sin aliento.

—No me gustan las impertinencias y disfruto trabajando en silencio. Así que considera esto una... medida de paz. —Kerwes sonrió maliciosamente—. De paz para mí, claro.

Tizo solo vio cómo la masa de aquel hombre horrible se le echaba encima, apestando a carne podrida, sangre seca y sudor. La tenaza tocó su lengua y, a continuación, la boca se le llenó de sangre. El dolor fue tan atroz que no pudo ni gritar. Los hombres que le tenían agarrado lo soltaron de golpe y cayó al suelo, entre toses y escupiendo su propia sangre. Sentía que iba a perder el sentido. Quería perder el sentido.

«Por favor, Gan, mátame ya. Te lo ruego» —pensó.

Kerwes repitió el proceso con los demás, con el consiguiente coro de gritos y lamentos, pero Tizo lo escuchó como un eco lejano, como la sombra de algo que alguna vez estuvo allí. Se desvanecería en cualquier momento. Apenas percibió cómo lo ponían de nuevo en pie y lo arrastraban hacia la enorme tienda de tela marrón. Alguna parte aún activa de su cerebro sabía que no debía entrar allí, que lo que salía de ella tenía que quedar encerrado en jaulas enormes.

Pero ya no tenía fuerzas para gritar. En el momento en que las telas se apartaron para dejarle pasar, el hedor le invadió y todo dejó de existir.

Las sombras lo devoraron por completo.



«Incluso los grandes hombres y mujeres de la historia fueron niños alguna vez».  
*Tiempo de héroes*, capítulo quince. Orhías Fior.

Árgoht observaba todo a su alrededor, despreocupado, mientras esperaba a ser recibido por la reina. Tras el desayuno le había pedido que se reuniera con ella en la biblioteca privada de la segunda planta. Aunque no le apetecía demasiado, en el fondo sentía curiosidad por saber qué había ocurrido en Ereth durante todos aquellos años. Lavell, a su lado, no dejaba de observar cada tapiz, cada sirviente que pasaba junto a ellos... Cada cosa le despertaba una curiosidad insaciable.

Pasó un buen rato desde que el muchacho que les había conducido hasta allí les dejó ante la puerta y esta por fin se abrió. La mujer que les había recibido a la entrada de la ciudad, Clau'as Regirfeiya, les franqueó el paso con un saludo sutil.

En la biblioteca les esperaban, en pie, Atrisha y Cheen, vestidos con ropas cómodas y sin nada que demostrara su regia condición. Árgoht se preguntó si habría sido algo voluntario o si era su vestimenta habitual cuanto se encontraban en la intimidad.

—Árgoht... —La reina se acercó a él y le dio un fuerte abrazo, conteniendo una lágrima—. Han pasado tantos años... Creíamos que nunca volveríamos a verte. Cheen se acercó también, pero no repitió el abrazo.

—Me alegro de veros —dijo Árgoht y, de pronto, supo que era cierto—. Veo que las cosas han ido bien por aquí.

Atrisha le indicó que se sentara en un sillón. Ellos hicieron lo mismo. Lavell se sentó en el suelo.

—No nos podemos quejar —respondió la reina—. El reino prospera y el pueblo

es feliz. O todo lo feliz que se puede ser a tenor de las noticias que nos llegan desde el este y el sur.

El ceño de Árgoht se ensombreció.

—El mundo se está muriendo.

—¿Vos lo habéis visto? —preguntó Cheen, deseando que le contara algo.

—Más de lo que me hubiera gustado.

—Contadnos, por favor. Decidnos a qué nos enfrentamos. De nadie creeré nada más que de vuestros labios.

Árgoht dedicó unos segundos a elegir las palabras adecuadas para resumir lo que había vivido y visto en el sur del continente. Los reyes le observaban, cada vez más serios. Árgoht supuso que hasta aquel momento, para ellos, la Tierra Negra solo era un eco lejano, noticias de tragedias que sufrían otros. Saber que el Daño se desplazaba hacia el norte les había dejado una honda preocupación.

—¿No se puede hacer nada?

De pronto, una frase volvió a colarse en sus pensamientos. «El Equilibrio se ha roto. La piedra debe ser protegida».

—Nada que esté en nuestra mano, me temo.

Cheen, muy serio, se levantó y encendió la chimenea más cercana. Observándolo, Árgoht notó que lo hacía con la naturalidad de quien no ha sido servido desde la cuna. Cuando hubo terminado, tenía las manos sucias de hollín y cenizas. Se las sacudió y volvió a sentarse como si nada hubiera pasado. Clau'as se revolvía en una esquina, sabiendo que era algo que debía haber hecho ella.

—Hace poco recibimos una visita —dijo Atrisha bajando la mirada—. Era un heraldo de la Orden, aunque más parecía un guerrero que un político. Era enorme y muy impresionante. Nos habló con un tono muy amistoso para decirnos que la Orden nos abría sus puertas, que nos acogería bajo su protección con solo pedirlo.

Árgoht no se sorprendió con aquella revelación. Tenía mucho sentido. Los kariteas querían conquistar, pero siempre era más sencillo si no había guerra de por medio.

—¿Qué le respondisteis? —Por un momento, no quiso saber la respuesta. Si Ereth era ahora aliada de la Orden, prefería no saberlo.

—Que no podíamos decidirlo de inmediato, que teníamos que reunir al consejo. Era una mentira, pues no tenemos ningún consejo como tal al que consultar. Pero había algo en aquel hombre que no me gustaba y quise ganar algo de tiempo antes de tomar partido. No sé, tal vez fuera el muñón de su mano, que lucía como un trofeo, lo que me dio mala espina...

Una campana sonó en la cabeza del hechicero a modo de alarma.

—¿Un muñón? ¿Os dijo su nombre?

Atrisha miró a Cheen.

—Sí, pero no lo recuerdo...

—Kijl —respondió el rey—. Se llamaba Kijl.

Árgoht sintió que se le aceleraba el corazón. Recordaba bien su enfrentamiento con aquel hombre y cómo este había perdido la mano. Lo último que había sabido de él era que había entregado la estatua que contenía el talhom de Jerkal'im a sus superiores en Mügero. Después, le había perdido la pista.

—No debéis volver a recibir a ese hombre.

—¿Lo conocéis?

—Lo conocí durante la invasión de Angôr. Es un mal bicho. Evitadle cuanto podáis.

—Dijo que nos enviaría a alguien para escuchar nuestra respuesta.

Una pregunta surgió entre los labios de Árgoht. Quizás la más importante de todas las que podía hacer en aquel momento.

—¿Qué respuesta le vais a dar?

Atrisha miró a su marido y se levantó de su asiento, inquieta. En aquella mirada había muchas cosas. Conversaciones nocturnas, dudas, recelos, inseguridad...

—Aún no lo sé...

—¿No estaréis pensando en uniros a ellos?

Atrisha levantó la mirada, con la incertidumbre, la duda de quien tiene el destino de todo un pueblo sobre sus hombros.

—¿Tan malo sería? La alianza con ellos podría ser provechosa. Por lo que tengo entendido ya controlan todo el sur. Unirnos a ellos podría evitar una guerra a mi pueblo.

—Uniros a ellos sería el fin de vuestra libre voluntad.

De pronto una duda asaltó a Árgoht, cogiéndolo por sorpresa.

«¿A mí qué me importa todo esto?». Recordó las conversaciones con Preas, en las que trataba de convencerlo para que se uniera a la guerra contra la Orden para recuperar Angôr. Él mismo se había cuestionado cosas similares algunas veces. Al fin y al cabo, ¿dónde se escondía la verdad? Que los métodos de la Orden Kariteas fueran horribles, ¿la deslegitimaba? Y si llegaban a formar un imperio, ¿establecerían la paz?

—Ninguno de nosotros —dijo Cheen, sacándolo de sus nefastas reflexiones— ha sido educado para gobernar ni tomar decisiones. Hacemos lo que podemos y nos dejamos asesorar por amigos, como Shernan o Branton, cuyos sabios consejos nos han sacado de más de un atolladero. Pero ¿quién tiene la respuesta para algo como esto? Hasta hace poco ni siquiera habíamos oído hablar de Kares o la Tierra Negra. Hemos regido nuestras vidas por los dictados de Gan, sin más dudas ni cuestiones. Ahora nos dicen que hay otro dios. ¿Cómo saber cuál es el verdadero?

Un silencio pesado se instaló en la biblioteca entre los cuatro presentes.

—En mi corazón solo cabe Gan —dijo de pronto Lavell. Los adultos se sobresaltaron, pues no esperaban que el niño entrara en una conversación como aquella.

Atrisha se acercó y se sentó en el suelo ante él, con las piernas cruzadas sin

ningún tipo de decoro. La tela de su traje se expandió alrededor de su talle, haciéndole parecer una flor flotando en un lago.

—¿Conoces las Directrices de Gan, pequeño? —le preguntó.

—Me las sé de memoria.

—¿Cuál crees que es la más importante?

Lavell reflexionó durante unos instantes antes de responder. Sentados ambos en el suelo parecían dos niños hablando de cosas sin importancia, como si la vital decisión que debían tomar hubiera sido relegada al olvido.

—Toda vida merece su lugar.

—Has escogido la más enigmática, la más propensa a interpretaciones y sobre la que más libros se han escrito, dada su importancia. ¿Por qué?

—El maestro Orges, en Ärgufal, me enseñó que cada vida tiene su por qué, su razón de ser. Segar una vida, sea cual sea el motivo, es una afrenta contra Gan, que se estremece y llora de tristeza.

Escuchando hablar a Lavell, Ärgoht recordó el gehvaal en el que había visto el nacimiento del chico mientras la Madre le vigilaba. Llevaba sus enseñanzas, su forma de vida, impregnadas en la piel, mezcladas con su sangre. Se identificó con las palabras que decía, tan cercanas a su propia forma de pensar.

—¿Has matado alguna vez? —preguntó Atrisha a Lavell.

—¡No! Bueno... En alguna ocasión he pisado un bicho. ¡Pero solo porque me estaba molestando! Orges me dijo que no importaba...

Atrisha rio sin poder evitarlo. La mirada compungida del muchacho también hizo sonreír a Ärgoht, a pesar de la trascendencia de aquellos pensamientos.

—¿Quieres que esa directriz defina tu vida, Lavell?

El chico asintió con la cabeza, recordando algún insecto pisoteado sin compasión.

Atrisha le alborotó el pelo y se puso en pie.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por estar aquí en un momento como este.

Se sentó de nuevo en el sillón con un suspiro cansado. Cheen permaneció de pie, pero se acercó a la reina y la cogió de la mano. Debía de conocerla bien, pues el apretón, delicado y amable, relajó su ceño y suavizó su expresión.

—Yo también —comenzó a decir la reina—. También quiero que sea esa la directriz que marque mi vida y mi reinado. Me han llegado rumores sobre los métodos de la Orden, sobre las cosas que ocurren en los sótanos de sus torres y castillos. Rumores de gritos y bestias horribles. Yo quiero que se me recuerde por abrazar y respetar la vida, no por alentar el horror y la desesperanza. La decisión está tomada, pues.

—¿Os enfrentaréis a la Orden Kariteas?

—Sí, eso haremos.

Atrisha indicó a Clau'as que trajera tres copas de vino.



—Tenemos que brindar por Gan —dijo la reina cuando tuvo las bebidas ante sí, en una bandeja. Lavell dispuso de un vaso con agua—. Para que nos dé fuerzas e impida que sucumbamos.

—¡Por Gan!

Árgoht bebió junto a los reyes de Ereth.



«La capacidad de tomar la decisión correcta en el momento oportuno es un don escaso en los tiempos inciertos que corren».  
*Discurso de Jainör Mor antes de la Batalla del Paso.*

Árgoht apuró su copa de vino, delicioso y cálido, y se sintió tentado de pedir otra. Miró a Lavell, cuya mirada estaba perdida entre las llamas de la chimenea, pensando a saber en qué. Su rostro era la viva imagen de la calma y la serenidad, como si nada de lo que se estaba desarrollando a su alrededor tuviera que ver con él. Por un momento le envidió, deseando sentirse de aquella manera también. Sin preocupaciones, sin decisiones que tomar, sin una senda que seguir. Sentarse y mirar las llamas le apeteciera.

La Madre era fuerte en él, podía sentirlo. No había maldad en su corazón, no había en su cabeza pensamientos funestos ni rencor. Vivía al día, con la frescura del amanecer y la serenidad del ocaso. Ansiaba aquella calma interior y Lavell la proyectaba a su alrededor, como si su aura pudiera abrazar y arropar a quienes le rodeaban en cada momento. A su lado, todo era paz. Por un momento, deseó que aquel momento, al calor de la chimenea, no terminara nunca. Sabía que fuera todo era caos, muerte y horror, y que lo peor estaba por llegar.

El sonido de nudillos golpeando la puerta lo sacó de su ensoñación. Atrisha había mandado llamar a Shernan Kröll. El veterano soldado entró en la biblioteca e hizo una leve reverencia.

Todos se dispusieron en torno a una pequeña mesa sobre la que descansaban varios mapas de la región. Uno de ellos era el mismo que le había mostrado el rey Yurt para explicarle dónde estaba Pranthas y qué esperaba de él por aquel entonces. Cheen lo desplegó y a su lado otro a mayor escala, de casi todo el continente. Era

muy rudimentario, pero aparentaba ser bastante fiel.

—Aunque no tenemos constancia de que la Orden tenga interés en invadir Ereth más allá de la visita de ese tal Kijl, vamos a actuar como si así fuera —dijo Cheen—. Shernan, lo primero que quiero es que envíes ingenieros a todos los rincones del reino. Necesitamos saber dónde se debe reforzar la seguridad, qué muros hay que reparar, qué puntos débiles tenemos en las fronteras. Llama a filas. Quiero al ejército en alerta. Enviaréis a patrullar por los caminos principales y recuperaremos cada atalaya abandonada que tengamos.

Shernan se quedó pensativo unos instantes observando el mapa mientras se mesaba la barba entrecana. Después fue señalando puntos a medida que iba hablando, aquellos que consideraba que podían reforzarse.

—Estas atalayas pueden guarnecerse de nuevo con unas mínimas reparaciones.

—¿Cuántos hombres de más crees que necesitarás?

—Creo que una dotación inicial de quinientos refuerzos podría hacer una primera batida. Para poner todo el reino en alerta y reforzar la guarnición de las ciudades principales, otros mil.

—Prepararé el decreto. Nos ponemos en marcha hoy mismo.

Cuando Shernan se disponía a retirarse, Árgoht le interrumpió.

—Hay algo más que debéis tener en cuenta.

Shernan se detuvo y los tres le prestaron atención. Árgoht observó el mapa.

—La guerra para la que os vais a preparar ya ha comenzado en el este.

—Lo sabemos. Hemos oído las noticias sobre ese Abrigo de Gan —dijo Cheen.

—Marder puede estar ya bajo asedio...

—Eso queda aún muy lejos de nosotros.

—No tanto. Si la coalición cae, el este estará prácticamente tomado. Para asegurarse el control del centro y el sur necesitará someter Ereth y Angôr lo antes posible. Y será antes de lanzarse contra el norte. El Imperio Meledino ya no es lo que era pero, si en la Orden tiene alguna idea sobre Historia, saben que son un rival que puede hacerle frente y pararle los pies. Querrán hacerse fuertes antes de emprender esa campaña. Pase lo que pase en Marder, vosotros sois su próximo objetivo. Y más ahora que tienen un puerto fuerte como Quindarst.

Se hizo el silencio. Lavell se acercó y se puso de puntillas para ver bien el mapa.

—Suponiendo que estuvieras en lo cierto —dijo Shernan—, ¿qué sugirieras?

Árgoht levantó la mirada.

—Debéis acudir en ayuda del Abrigo de Gan.

El soldado lo miró con los ojos muy abiertos, como si la mera mención fuera una barbaridad.

—¡Te has vuelto loco! —exclamó—. Aquí estamos seguros. Salir del reino para batallar a cientos de kilómetros de nuestras murallas es un suicidio.

—Es cierto —intervino Atrisha—. Bastante tendremos con reforzar nuestra posición. Bien pertrechados podremos defendernos de cualquier cosa.

—Enviar tropas hasta allí implicaría atravesar las Tierras Vacías, si queremos evitar los territorios ya invadidos. Es una marcha desesperada y podemos perder a la mitad del contingente antes de llegar. Tardaríamos un mes en alcanzar Alasân.

—Si enviáis solo caballería llegaríais mucho antes. Lo único que digo es que, si el Abrigo cae, la fuerza conjunta de la Orden será demasiada para vosotros. Ahora su ejército está fragmentado, pues es imposible que las tropas destinadas a la conquista de Lahmna se hayan reagrupado en Marder tan pronto. Aún deben estar afianzando el sur. Cuando se reúnan, serán imparables para Ereth.

—No nos subestimes, Árgoht.

El hechicero levantó la mirada hacia Shernan.

—No pretendo hacerlo, pero he visto lo que la Orden trae consigo. Si llegan a vuestras puertas, caeréis. Es un hecho.

—Bueno, vamos a relajarnos —dijo Cheen— y a estudiar la situación con calma. Esto merece una seria reflexión antes de tomar ninguna decisión precipitada.

—Estoy de acuerdo —convino Shernan, aunque se había quedado serio y con aspecto ofendido. Sin más palabras, se retiró de la sala entre bufidos.

—Nosotros también nos retiramos, Árgoht. Siéntete libre de moverte por el castillo a tu placer. Nos veremos para la cena.

Y así, de pronto, Árgoht se quedó a solas con Lavell. El silencio se apoderó de todo a su alrededor.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó Lavell, con el ceño fruncido.

El hechicero se quedó con la mirada perdida algunos instantes antes de responder.

—Nada, no debes preocuparte.

Árgoht se enfrentó de nuevo a los mapas. Era cierto que era un viaje largo, pero la participación de Ereth bien podría decantar la batalla. O no. Centró su mirada en Marder, preguntándose si Preas Mor estaría allí, si habría hecho lo que no se habían atrevido a hacer Atrisha y Cheen. Un pensamiento nefasto se instaló en su ceño fruncido.

«Gan va a llorar mucho durante los próximos días».



«La luz se revela en momentos inesperados. Casi siempre se es consciente de sus milagros cuando ya han quedado atrás». *Crónicas del Adalid de la Luz*, capítulo doce. Edgor Mundensen.

Árgoht dedicó el resto del día a vagar por la ciudad buscando, de manera inconsciente, las similitudes y diferencias respecto de su visita anterior. Lavell insistió en ir con él y, un poco a regañadientes, aceptó su presencia. Aunque era más partidario de moverse en soledad, ajeno a la charla intrascendente y con pocas habilidades sociales, empezaba a acostumbrarse a que siempre estuviera junto a él. Le hacía sentirse más en contacto con el resto del mundo.

En un momento determinado encontró una escalera adosada a la muralla, un fragmento que se encontraba en reparación. Sin pensarlo, subió pare echar un vistazo más allá. El bosque Tir-Nâman se veía verde y brillante en comparación con el Tir-Ergonian, que el Daño había marchitado y ensombrecido. Árgoht se preguntó cuánto tardaría en llegar hasta allí, si el proceso llevaba un desarrollo constante o si se precipitaría en algún momento. Más allá del bosque podía vislumbrarse el pico Tartak-an, sobresaliendo muy por encima del resto de la cordillera Tartakoth. En aquel momento lo supo. Miró más hacia el norte, en la dirección en la que debería encontrarse Glimaris, el reino vecino. No podía saber si habría caído ya en poder de la Orden o hasta qué punto era un riesgo internarse en él con un niño, pero había llegado el momento.

Como ya le había ocurrido en el pasado, en Angôr, sin ir más lejos, sentía los acontecimientos en los que se veía envuelto como algo ajeno a él, algo en lo que su participación no significaría diferencia alguna. No era su guerra. Lo sentía en las entrañas, como una pulsión profunda y visceral. Si se embarcaba en aquella aventura,

¿estaría cruzando la senda de su destino, o alejándose de ella? Nunca, cuando daba un paso en una dirección u otra, podía saberlo con seguridad, pero siempre había sido fiel a su instinto. Dirigirse al este le alejaría de su promesa y obligaría a Lavell a meterse en una guerra que en nada le afectaba ni tenía que ver con él. Tampoco estaba dispuesto a dejarlo atrás. Quedarse allí tampoco era una opción.

Sin poder evitarlo, su mirada se posó en el muchacho, que observaba las labores de reforma en la muralla con una curiosidad inusitada. Estaba seguro de que no aceptaría quedarse allí por voluntad propia y él no estaba dispuesto a romper su promesa al primer giro de los acontecimientos.

Árgoht regresó de nuevo de sus pensamientos para fijarse en el pie de la muralla. Lo que quince años atrás había sido un campamento improvisado para albergar a la población refugiada de Pranthas se levantaba de nuevo para acoger a los quindus y clemithas que habían decidido instalarse allí. Supuso que sería algo temporal, pero la escena le hizo pensar en lo cíclica que era la vida. En que la senda del Destino era siempre circular.

Lavell había entablado conversación con los obreros que trabajaban en la muralla, a algunos metros de distancia. Árgoht lo llamó.

Aún siguieron paseando un buen rato más por las callejuelas de Ereth antes de regresar al castillo para cenar. Árgoht se resistía a regresar por temor a que fuera llamado a otra reunión, le pidieran de nuevo consejo o cosas por el estilo. La política le aburría sobremanera. Prefería estar a campo abierto, en camino, antes que a la sombra de las torres.

Mientras regresaban, Lavell correteaba a su alrededor, incansable, haciendo cientos de preguntas sobre cada cosa que veían. Para su propia sorpresa, el muchacho no le agobiaba y su presencia era casi reconfortante a aquellas alturas. Su vitalidad y su energía eran contagiosas. Recordó el gehvaal de nuevo, la imagen de la Madre asistiendo a su nacimiento. Era algo perturbador.

—Lavell, ¿sigues sin recordar nada de tu pasado?

El chico negó mientras pateaba una piedra, distraído. Árgoht iba a lanzar otra pregunta cuando escuchó un alboroto en una de las callejas a su derecha. Como la luz a la polilla, el barullo hizo que Árgoht se acercara a ver qué ocurría. Lavell se situó a su lado.

Al doblar una esquina, se encontró con una pequeña plazuela atestada de gente en cuyo centro un hombre, de aspecto desaliñado y sucio, subido en un cajón de madera, gritaba mientras los demás le observaban con atención.

—¡Estamos condenados! —gritaba—. La muerte viene desde el sur. La he visto con mis propios ojos en forma de cosechas perdidas y animales muertos sin ninguna razón. La tierra se pudre y pronto la tendremos a las puertas. Solo la Orden puede salvarnos.

Árgoht sintió un escalofrío cuando parte de los presentes gritaron:

—¡Viva la Orden Kariteas!

—Es la hora de que Kares se ponga de nuevo en pie, se alce de entre sus cenizas para recuperar el lugar que le corresponde. Es tiempo de regresar a nuestras raíces.

En aquel momento, una voz se alzó entre los espectadores, cada vez más numerosos. Árgoht se giró y se percató de que había acudido más gente desde que ellos habían llegado. A su espalda, el callejón estaba ya atestado.

—¡No sabes lo que dices!

El hombre desaliñado se giró, tratando de buscar al dueño de la voz que se alzaba. El sol de la tarde le obligó a hacerse visera con una mano.

—¡Abrazar la muerte no es la solución! —gritó de nuevo la voz—. Debemos luchar.

—¿Luchar contra quién? ¿Contra Kares? Sus designios no son discutibles.

—He visto lo que hace esa gente. Son asesinos y ladrones.

Un murmullo se alzó entre los que antes habían aclamado al orador.

Árgoht volvió a mirar a su alrededor. De pronto, tenía ganas de irse de allí. En el momento en que se giró dispuesto a marcharse, un adoquín voló por el cielo de la plaza en respuesta a un grito del hombre desaliñado. Lo siguiente fue el caos. Como si todos hubieran estado esperando una ocasión para hacerlo, estalló una trifulca que afectó a toda la plaza. Lavell comenzó a gritar, aterrorizado, mientras a su alrededor se lanzaban puñetazos y patadas.

Árgoht lo aferró con fuerza por el brazo, pero el chico se acuclilló con las manos agarrándose la cabeza. —¡Levanta! —le gritó Árgoht, pero no conseguía que se moviera. La muchedumbre a su alrededor era cada vez más violenta. ¿Desde cuándo estaba la población dividida de aquella forma?—. ¡Lavell! Tienes que moverte. El hechicero sintió que alguien tropezaba con él hasta casi hacerlo caer. La furia se instaló de pronto en su pecho. Sintió a Êralin gritando en su costado. «Detenlos. Desenvaina sin más y bailemos». Por un instante tuvo una visión de la plaza. El silencio era total. A sus pies, cientos de cuerpos flotando en un charco de roja sangre. Entre ellos el de Lavell.

«¡No! ¡Cállate!».

Se puso en pie a duras penas, esquivando a quienes iban a tropezar con él. Alguien empujó a Lavell, haciéndolo trastabillar. Árgoht lo agarró, evitando que cayera y fuera pisoteado. En aquel momento se dio cuenta de que estaba murmurando algo, aunque no podía entender las palabras. Se agachó junto a él, a pesar del peligro que corrían.

—Por favor —decía—, por favor. Callaos.

—Lavell, tenemos que irnos.

Pero el chico no le escuchaba. El pánico lo tenía paralizado.

—Por favor —repitió—. Callaos. Parad. Callaos. Árgoht empezó a preparar un hechizo, dispuesto a detener el tumulto por las malas, cuando, a su lado, dos hombres se quedaron quietos, mirándose el uno a otro cuando un instante antes estaban pegándose.

—Por favor. Por favor. Callaos. Parad. Parad.

Alrededor del chico se fue formando lo que parecía una burbuja de silencio. Las peleas se detuvieron. Los hombres se giraban hacia Lavell, como si acabaran de descubrir que estaba allí. Árgoht observó la escena incapaz de contener su asombro. En pocos instantes, toda la plaza estaba en silencio. Hombres ensangrentados, con los nudillos rasgados y brechas en la frente, con dientes partidos y hombros dislocados, se detuvieron y dejaron de pelear. El que estaba más cerca de Lavell se agachó sobre él y, antes de que Árgoht pudiera intervenir, lo ayudó a ponerse en pie.

—¿Estás bien, muchacho?

La escena era surrealista. El hombre, todo músculo y sin un pelo en la cabeza, era dos veces más grande que Lavell en todas las direcciones. Tenía un pómulos partido y la sangre le manchaba la camisa, ya de por sí sucia. Le faltaba un diente y tenía las manos grandes como sandías.

—Vamos, levanta. Siento haberte asustado.

Lavell se incorporó por fin, mirando a su alrededor sin comprender lo que estaba pasando. El hombretón miró al que hasta un instante antes había sido su contrincante y le tendió una mano.

—Lo siento, amigo. Perdí los papeles.

El otro hombre aceptó la disculpa. Árgoht trataba de encontrar sentido a todo aquello, pero no era capaz.

«¿Qué está pasando aquí?».

Había presenciado infinidad de trifulcas como aquella y nunca terminaban bien. Cuando por fin todo concluía, el suelo solía quedar regado de sangre y con algún que otro cadáver alrededor. No se detenía sin más y la gente empezaba a pedir disculpas. Varias personas más se disculparon con Lavell mientras se dispersaban por las calles que daban a la plaza. Incluso el predicador había desaparecido. Instantes después, la actividad había regresado a la plaza como si nada hubiera ocurrido.

Por un momento, temió haber tenido una visión, que todo hubiera sido producto de su mente, pero el aspecto de Lavell, aún asustado, y alguna gota de sangre en la tierra le dieron a entender que aquella no era la explicación, que había ocurrido de verdad. Miró de nuevo al chico. ¿Era posible?

Árgoht agarró a Lavell por el brazo.

—Nos vamos.

Esa vez, el muchacho no hizo nada por impedirlo. Parecía estar en un lugar muy lejano.





«¿Cuál es la decisión correcta? Solo Gan tiene capacidad para discernirlo».

*El libro de Gan*, capítulo sesenta y tres. Varios autores.

Árgoht regresó a la fortaleza de forma automática, sin apenas prestar atención al lugar en el que ponía los pies, a grandes zancadas y presa de extraños pensamientos, mientras el sol se escondía tras los edificios, dejando un reguero de sombras tras de sí. Lavell se dejaba guiar por él, absorto en los suyos propios, como si estuviera en algún tipo de ensoñación. El hechicero no se quitaba de la cabeza la escena vivida un rato antes. Necesitaba reflexionar sobre ello. Lavell comenzaba a revelarse como algo demasiado peculiar como para que los acontecimientos que se desarrollaban a su alrededor fueran meramente casuales.

Además, estaba la arena del harapiendo. También eso ocupaba espacio en sus pensamientos. Hasta el momento, la guerra contra la Orden era una cuestión de Estado, en la que había que decidir si el reino se enfrentaba a una amenaza o si se unía a ella. Pero el saber que había división en la calle, que el dilema había llegado hasta la población y que esta empezaba a tomar partido, era demasiado preocupante como para dejarlo pasar.

Cuando llegaron a la fortaleza, Lavell se había recuperado y Árgoht ya no tenía que tirar de él para que caminara. Estuvo tentado de detenerse y preguntarle qué había pasado, pero estaba seguro de que ni él mismo era consciente de ello. Había sucedido sin más. Y eso era más preocupante aún.

La visión provocada por Êralin, aunque había sido fugaz y no era la primera, también le había dejado mal sabor de boca. Todo ello había contribuido a que su humor se agriara con rapidez.

Nadie les impidió el paso al entrar y, al llegar a sus habitaciones, encontraron a un sirviente a punto de golpear con los nudillos en la puerta. Al ver llegar al hechicero, agitado y sudoroso, se sobresaltó un poco.

—¿Qué quieres, chico? —preguntó Árgoht, impaciente.

—Sus Majestades solicitan que os reunáis con ellos en el comedor para la cena, mi señor Árgoht.

El meledino lanzó un suspiro al aire. No se había percatado de que era tan tarde.

—Enseguida bajo.

Y sin más explicaciones, entraron en el dormitorio y Árgoht cerró la puerta tras ellos. Necesitaba un minuto de pausa. Aprovechó para cambiarse de ropa, pues la que llevaba tenía algunas salpicaduras de sangre. También le dio una muda a Lavell, que empezó a desvestirse con parsimonia, como si nada de lo que sucedía a su alrededor tuviera nada que ver con él.

Árgoht se sentó en el suelo, ante su cama, mientras el chico se vestía. Su expresión era serena y plácida, como si no hubiera preocupación alguna en el ceño, como si los acontecimientos vividos desde que habían salido de Ärgufal no hubieran causado mella en él: la captura por parte de los argumios, los gusanos de sal, la Tierra Negra, la huida de Quindarst...

«Madre, que no se haya saturado, por favor».

—Lavell, ¿te puedo preguntar de nuevo por tu vida antes de llegar al lerteneo?

El chico terminó de ponerse la camiseta y miró a Árgoht como si acabara de darse cuenta de que estaba allí, a menos de un metro y medio de él.

—Puedes.

Árgoht suspiró.

—¿Recuerdas algo de tu vida antes de que te recogieran a las puertas de Ärgufal?

—No.

—¿No hay nada aún?

—No, nada. Es como si en ese momento hubiera despertado de un largo sueño, como si solo viviera desde que vi el rostro de Orges por primera vez. Por entonces, todavía no era prior de la Orden Ganetorei, pero le dieron el puesto enseguida. Fue muy bueno conmigo.

No había nada que hacer. Lavell no recordaba o no quería hacerlo. Árgoht se levantó con un suspiro.

—Vamos, no hagamos esperar más a nuestros anfitriones.

La cena fue silenciosa a pesar de que había doce personas en la mesa, incluidos el príncipe heredero y las dos infantas, a los que el hechicero no conocía aún. El ambiente estaba tenso. Árgoht sospechaba que durante su ausencia se había seguido tratando el tema de la guerra en el este y aparentaba existir cierta disparidad de criterios. Solo los jóvenes, como Lavell y la más pequeña de las niñas, rompían con sus comentarios el silencio reinante.

Cuando la comida languidecía, Árgoht vio el momento de preguntar por los

incidentes de esa tarde.

—Estamos al tanto de lo ocurrido —dijo Atrisha, muy seria—. Nos alegramos de que estéis bien los dos.

Árgoht no podía saber si se refería al altercado en sí, al motivo que lo provocó o a la manera en que se le puso fin.

—¿Qué opináis al respecto?

—En tiempos de cierta tensión los altercados son inevitables. Al menos en esta ocasión no hubo que lamentar ninguna muerte.

—Creo que lo importante no ha sido eso, sino la arenga previa.

—Lidiamos con charlatanes a diario, ¿por qué iba este a ser diferente?

—Porque trataba de convencer a la gente de que debían unirse a la Orden.

—Son solo palabras —intervino Cheen.

—Esas palabras provocaron el altercado. Había un grupo que le respaldaba, jaleando cada cosa que salía de su boca, y otro grupo en contra. Cuando empezaron a volar piedras, la situación se descontroló.

—¿Y qué crees tú que significa?

Árgoht ordenó sus pensamientos durante un instante. Le parecía tan evidente que no había pensado en cómo expresarlo con palabras.

—Las dudas sobre la conveniencia o no de unirse a la Orden han saltado de estas estancias a la calle. Eso significa que, cuando llegue el momento de llamar a filas o de enfrentarse a sus tropas, algunos pueden revelarse. Podréis encontraros incluso con la traición.

—Los traidores y disidentes serán ejecutados.

—Eso no importa, la semilla está plantada. La Orden, a quienes vosotros aún no prestáis la merecida atención, ya tiene un ojo puesto en Ereth. Está sembrando relámpagos y tienen intención de recoger tempestades. Esperaos cualquier tipo de traición o deserción. La Orden ya está entre vuestros muros. Está haciendo la guerra a muchos kilómetros de aquí, pero la invasión de Ereth ha comenzado ya.

Un pesado silencio se instaló entre los comensales. El único movimiento lo hizo Árgoht, que siguió comiendo con normalidad.

—Me niego a creer algo así —dijo Cheen, negando con la cabeza—. Nuestros informadores no nos han dicho nada al respecto.

—Hay muchas razones que podrían explicarlo —intervino Loena—, como que pudieran no haberse percatado de ello o que no lo consideraran de suficiente importancia como para molestaros.

—Árgoht, amigo —dijo Atrisha—, valoramos tu consejo más de lo que quizás imagines, pero ¿no estarás viendo fantasmas a fin de justificar tu idea de lanzarnos contra la Orden de cabeza?

El meledino soltó el cubierto que tenía en la mano. Había perdido el apetito.

—No tengo que justificar nada en absoluto. Os he dado mi consejo porque creía que se me había pedido. Es lo que he visto. Es vuestra responsabilidad tomar las

decisiones que consideréis oportunas. Por mi parte, esta misma noche Lavell y yo nos vamos.

El silencio que sobrevino a aquellas palabras sí que fue total.

—¿Cómo que os vais? —preguntó Loena, entristecida.

—Mi sitio no está aquí y esta no es mi guerra. Tengo que llevar a Lavell a Hipesen D'an a la mayor brevedad posible. Sospecho que esto tiene una importancia capital, aunque aún no sepa por qué. Esta noche partimos rumbo norte, hacia Glimaris.

—¿Nos vasa dejar así, en mitad de este trance? —preguntó Atrisha, con un deje de indignación de la voz. Por un momento, recordó una conversación similar con Preas Mor antes de la batalla de Talder. Como entonces, su lugar no estaba en el campo de batalla.

—Según vos, no hay trance alguno.

Atrisha se envaró.

—No esperaba esto de ti, hechicero.

—¿Y qué esperabais, exactamente?

Aquella pregunta dejó desarmada a la reina. Bajó la mirada hacia su plato, vacío desde hacía un buen rato. Su tono se suavizó al contestar.

—Pensé que estarías a nuestro lado cuando todo se viniera abajo.

—No decaigas, mi reina —le dijo Cheen, tomando a Atrisha de la mano—. Llevamos todo este tiempo rigiendo el destino de Ereth sin él y eso seguiremos haciendo. Árgoht observó a Cheen.

—Hay mucha sabiduría en esas palabras, Majestad —le dijo Kleinan—. Nosotros no nos iremos a ninguna parte. Contad con nuestra humilde ayuda, así como con lo que queda de nuestro ejército, para lo que sea menester. Estamos a vuestro servicio.

—Gracias, rey Kleinan. Cualquier arma a nuestro lado es bienvenida. Árgoht, ¿no reconsiderarás tu decisión? ¿Es definitiva?

«El Equilibrio se ha roto».

El pensamiento entró en la cabeza del hechicero como un golpe. ¿Por qué recordaba aquello justo en aquel momento? De pronto sintió que la senda del Destino le reclamaba de nuevo en aquella encrucijada. Pero ¿cuál era el camino correcto? Miró a Lavell, sentado a su lado escuchando todo con atención. ¿Debía involucrarlo en una guerra que no le concernía o llevarlo, como había prometido, a un lugar seguro? Recordó lo sucedido aquella tarde en la plaza y sintió en las entrañas que el niño era más de lo que parecía, y no iba a descubrir cuál era su papel en aquellos acontecimientos llevándolo de campamento en campamento. Estaba seguro de ello.

—En efecto —respondió por fin.

Pero, a pesar de que logró darle a su voz la seguridad que precisaba, por dentro su cabeza bullía de dudas y posibilidades. Era la primera vez que no tenía del todo claro cuál era el camino a seguir. Aun así, se mantuvo firme en su decisión.

—Pues ve —concluyó Atrisha—. No te demores ni un minuto más de lo

necesario. Dispondrás de comida y montura para ambos en agradecimiento a cuanto en su momento hiciste por Ereth y por nosotros, pero da nuestra deuda por saldada.

Árgoht miró a la reina. Su expresión se había ensombrecido y su voz se había vuelto dura. Lo estaba echando del reino con una sutileza digna de encomio. En ocasiones se había sentido mal recibido en ciertos lugares, pero era la primera vez que se sentía expulsado. Las expresiones de los demás demostraban que eran conscientes de la trascendencia de aquellas palabras, pero nadie dijo nada al respecto. Se puso en pie y Lavell le imitó.

—Así sea.

Y, sin más palabras, salió de la estancia sin mirar atrás.



«La creación de nuevas criaturas es solo un mito sin fundamento. En cambio, la transmutación de otras fue una práctica extendida durante aquellos años y requería de pocos conocimientos mágicos».

*Magia, entre la leyenda y la realidad*, capítulo cincuenta. Aith Calea.

Preas empezaba a cansarse de aquellas reuniones y apenas escuchaba lo que estaban discutiendo. Se encontraban en una gran sala en la que el eco de sus voces era sofocado por una gran cantidad de estatuas y tapices que cubrían casi por completo las paredes. Preas ya se las sabía de memoria de tanto divagar mirando en su dirección.

En la reunión estaban presentes Hostar Hosvas, Herta de Gres y varios de sus lugartenientes, Fertenand como representante del Abrigo, así como varios miembros del gobierno de Alasân cuyos nombres Preas ni se había molestado en recordar. Eran tantos los temas a discutir que se acababa perdiendo entre unos y otros. Empezaron estableciendo las medidas defensivas básicas y habían terminado discutiendo el coste económico de contratar mercenarios, si bien eran muy pocos los que se habían acercado hasta la ciudad a ofrecer sus servicios. Si mucho no se equivocaban, los más valiosos ya habían sido reclutados por la Orden Kariteas.

Aquel día, Preas solo tenía pensamientos para Ulea y su bebé nonato. No había tenido noticias de ella desde que había partido de Angôr'an y empezaba a preocuparse.

En aquel momento, como si lo hubiera llamado con el pensamiento, un mensajero entró en la sala, aún sucio y sudoroso del camino. Preas lo reconoció de inmediato y su corazón se aceleró. Tras hablar con el chambelán que le abrió la puerta, Elha, que

esperaba órdenes, se acercó y cruzó algunas palabras con el hombre, que parecía a punto de derrumbarse de agotamiento. Le entregó una nota a la chica y se despidió con una ligera reverencia sin mirar hacia el rey. Elha se apresuró a acercarse hasta la mesa y le susurró al oído mientras le ofrecía el papel doblado.

—Noticias de casa, majestad.

A Preas se le escapó una sonrisa y aferró el papel con todas sus fuerzas mientras Elha se retiraba a su posición, a la espera de nuevas indicaciones. El rey abrió la nota con discreción, abandonando por completo la conversación que se mantenía a su alrededor.

«Mi amado Preas. Las cosas en casa están bien. Nada perturba el desarrollo de este embarazo salvo la preocupación por tu ausencia. Siento el bebé en mi interior y estoy ya segura de que es una niña. Lo siento en las entrañas.

»Te echamos de menos, pero estás haciendo lo correcto y te apoyamos con todo nuestro corazón. Arguedes me cuida como si fuera mi propio padre, ¡para bien y para mal!

»Un beso de tu esposa que te ama y te extraña».

Preas leyó la nota varias veces, conteniendo las ganas de levantarse de la mesa, de dejar correr las lágrimas de alivio que sentía acumularse en sus ojos. Miró a Elha, que a su vez lo miraba a él con una sonrisa. Aunque ella no había leído la nota, sabía que eran buenas noticias y sintió su apoyo desde aquella distancia. Con una ligera reverencia le dijo que estaba allí, con él, que podía contar con ella. Y, de pronto, supo por qué la había traído, por qué Ulea la había elegido personalmente. Sintió a su mujer presente a través de la muchacha. Con Tizo lejos de Alasân, con quien más afinidad tenía era con ella. Era un ancla, un puerto seguro cuando se sentía como un extranjero en una guerra sin sentido.

De pronto se dio cuenta de que la conversación a su alrededor se había detenido y todos le miraban.

—¿Buenas noticias? —preguntó Fertenand con una sonrisa. A Preas le caía bien el rubio guerrero. De todos los presentes era el que menos parecía estar en medio de una guerra. Su actitud relajada y su eterna sonrisa daban a entender que se encontraba en plena visita de placer.

—Sí. Son noticias de Angôr.

—¿Podemos seguir? —cortó Hostar, tan severo y rotundo como siempre. Si Fertenand era una sonrisa continua, el gobernador de Marder era todo lo contrario.

Preas se aclaró la garganta para no soltar el comentario mordaz que se le había ocurrido.

—Por supuesto. Os pido disculpas.

—¿Se sabe algo de Tizo? —preguntó Hosvas.

A Preas se le borró la sonrisa del alma.

—Todavía no, me temo.

—Hace una semana que partió. Ya debería haber vuelto.

Preas endureció la mirada y su ceño se frunció. Las buenas noticias sobre Ulea se habían borrado de su mente. La guerra había vuelto a ocupar su lugar en sus pensamientos.

—Soy consciente de ello, pero no quiero enviar más mensajeros y arriesgarme a que los encuentren. Si Tizo ha fracasado, lo sabremos pronto.

En aquel preciso momento, el sonido de un cuerno lejano llegó hasta ellos, invadiendo la reunión y cortando de raíz la respuesta de Hostar, que ya preparaba con la boca abierta.

Antes de que nadie pudiera hacer un comentario, el cuerno sonó por segunda vez. Hostar se puso en pie de un salto, haciendo caer su silla tras él.

—¿Qué ocurre? —preguntó Fertenand, alarmado por la actitud de Hostar.

Pero la respuesta ya estaba pintada en el rostro adusto del hombre. Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta.

—La Orden ha llegado —dijo, antes de abandonar la sala.

Preas se apresuró a seguir a Hostar. Llegó hasta él en el momento en que Jhudeeres aparecía por el pasillo. Su piel morena estaba empapada en sudor y su respiración estaba agitada.

—¿Por dónde? —le preguntó Hostar sin detenerse.

—Por el oeste, Majestad.

Hostar no aflojó la marcha, mientras los demás le seguían como podían. La actividad en la fortaleza se había vuelto frenética, con asistentes y guardias corriendo de un lado para otro, encendiendo antorchas, recogiendo pertrechos y ocupando cada uno su puesto.

Unos minutos más tarde, Hostar, Fertenand y Preas se encontraban en una atalaya de la Gran Torre, varios niveles por encima del edificio más alto de la fortaleza, mirando hacia el noroeste. El sol estaba a punto de alcanzar su cenit y tuvieron que hacerse visera con las manos para evitar que les deslumbrara.

Más allá de la llanura al pie de la ciudad, en el punto en el que el terreno se elevaba en un pequeño grupo de colinas de baja altura, una gran mancha negra oscurecía el terreno. Preas sintió el escalofrío familiar, la antesala de la desolación. Las puntas de los dedos le cosquillearon, ansiosos por cerrarse alrededor del mango de Angustias, la espada de su familia. La furia de aquel que siente su hogar amenazado, invadido. De pronto le asaltaron recuerdos de una escena similar un año atrás, de lo seguro que se había sentido entonces de la victoria, de que sería capaz de defender su hogar.

«Esta vez no me cogerán desprevenido» —se prometió a sí mismo.

Nadie en la atalaya decía palabra alguna. Todos eran conscientes de la trascendencia de aquel momento.

—Bueno —dijo Fertenand por fin—, para esto nos hemos estado preparando. Pongámonos en marcha. Tal vez envíen un heraldo a negociar.

De nuevo, Hostar fue el primero en abandonar la atalaya, con todos los demás



siguiéndole los talones, mientras daba órdenes a diestro y siniestro. Fertenand se separó del grupo para dirigirse al campamento con intención de poner a todos en alerta. Preas no se movió del sitio.

«Un beso de tu esposa que te ama y te extraña».

Por un momento, Preas no quiso estar allí, tan lejos de su hogar, defendiendo una ciudad que no era la suya, sino en casa, junto a su mujer y al calor de la chimenea. Volvió a mirar por encima de la barandilla de la atalaya. La mancha oscura crecía a ojos vista. Un suspiro escapó de su pecho. Si ellos estaban allí y Tizo no había llegado solo cabía una explicación posible.

—No enviarán ningún heraldo —dijo en voz alta, a pesar de que nadie quedaba ya para escucharle.



«Solo la sangre, tanta como para llenar un mar, puede traer de vuelta la gloria y la venganza. Los Hijos de Kares regresan con mucha sed».

*Triforettau Go'laghan*, capítulo veintidós. Anónimo.

Shera observaba cuanto se desarrollaba a su alrededor con una mezcla de orgullo, pasión y repugnancia. Desde una tarima instalada a tal efecto podía observar el campamento creado para albergar a todos aquellos elegidos para enaltecer la gloria de Kares y cuyo sacrificio iba a suponer su regreso al mundo a través de sus Hijos. ¿Qué mayor gloria podía haber que aquella para cualquier mísero humano? Ella misma se sintió tentada de ofrecerse voluntaria, pero entendía que su labor iba más allá de aquello, que tenía que ofrecer mucho más a su señor que unos litros de sangre. Su sacrificio, cada día, era mucho mayor y más importante. Recordó a Tarkon Anan y sus cicatrices y supo que ni siquiera él había sacrificado tanto como ella, que su devoción no era tan grande.

La fila de hombres, mujeres y niños, capturados entre todos los estamentos del reino, era conducida al otro extremo del campamento a la zona de sacrificio, estrechamente vigilada por soldados negros. Cinco de los Guardas habían sido enviados a diversos puntos del reino a captar a más candidatos. Sus habilidades aplacaban cualquier conato de resistencia y permitían traerlos de regreso a tiempo. Incluso allí, en Ferris, habían tenido que establecer un férreo control sobre la población, pues cuando el vulgo se percató de las intenciones que implicaban la construcción del campamento, muchos trataron de huir o de alzarse en armas. En pocas horas, la actuación de los Guardas puso fin a cualquier discrepancia.

Incluso desde aquella distancia, Shera se deleitaba con los gritos de los

sacrificados, cortos e intensos. Su sangre era recogida en grandes barricas. La magia de los Guardas evitaba que se corrompiera, sabiendo que de aquella forma dejaría de ser efectiva. El poder de la sangre se uniría al poder de los Guardas para llevar a cabo una invocación como no se había visto nunca a lo largo de la Historia.

«Y yo voy a presenciarlo, a formar parte de ello».

Desde que habían comenzado los sacrificios, una semana antes, hasta aquel momento, se había llenado ya tal cantidad de barricas que, apiladas unas sobre otras, superaban con creces la altura de dos hombres y ocupaban tanto terreno que el campamento tendría que ser ampliado aquella misma tarde. La eficacia con la que los Guardas se estaban aplicando a la tarea la sorprendió incluso a ella.

El criterio mediante el cual se estaba eligiendo a los candidatos no era aleatorio. Los Maestros habían decidido preservar a los hombres de oficio, como herreros y carpinteros, a fin de evitar que la actividad de la ciudad se paralizara. La reacción de Hikol Duntas no se había hecho esperar. Había aparecido en la fortaleza al día siguiente de empezar los sacrificios, hecho un basilisco, exigiendo reunirse con el Ser Supremo. En cambio, fueron Gio Lahnoir y Shera quienes acudieron a su encuentro.

—¡Exijo ver al jefe! —gritó, con una copa de vino en la mano.

Era un hombre menudo y calvo a pesar de su juventud. Cuando la Orden le había pedido instalarse allí, había aceptado a cambio de una más que generosa cantidad de monedas y prebendas. Pero ellos habían puesto condiciones que el rey, obnubilado por el brillo del metal, apenas había escuchado.

—El Ser Supremo no atiende cuestiones mundanas, gobernador —respondió Gio, sin perder la calma—. Para eso estamos nosotros, sus fieles servidores. ¿En qué podemos ayudaros?

—Quiero saber qué estáis haciendo en ese horrible lugar que habéis levantado sin mi permiso, en mis tierras. Dicen que se oyen gritos y que estáis reclutando gente entre la población.

—Esa es una manera de decirlo —intervino Shera—. Vamos a hacer que por primera vez el nombre de Ferrakis entre en los libros de Historia. Lo que vamos a poner en marcha es tan enorme, tan grandioso, que toda Thera recordará estos días y los que están por venir. En los anales quedará Ferris como la ciudad en la que todo comenzó, en la que se fraguó el destino de toda la humanidad. ¿Qué son unas pocas vidas miserables a cambio de la gloria y la eternidad?

El rey siguió bebiendo vino en silencio mientras sus pequeños ojillos avariciosos reflexionaban sobre lo que acababa de escuchar. Shera lo observó con detenimiento. Su aspecto, dejado y extravagante, daba muestras de que era una persona ostentosa pero incapaz, más ambiciosa que inteligente una vez cumplidos sus objetivos. Aquello les había hecho elegir aquel reino en concreto para instalarse tras el abandono de Mügero. Sabían que se le podía comprar si era preciso.

«Y eso mismo hacemos en este instante. Comprar tiempo a cambio de gloria». Shera supo que era un trato más que generoso. También supo, como había ocurrido

finalmente, que el rey aceptaría sin mucho esfuerzo, aunque no llegara a entender del todo qué estaban haciendo en el improvisado campamento. Su ambición, su ansia de eternidad, era más fuerte que el respeto por su pueblo, por aquellos a quienes había jurado proteger.

Un movimiento junto a ella le hizo regresar de sus cavilaciones. Cuando miró quién se había situado a su lado se sobresaltó. Era Órfedes. Vestía una ajustada chaqueta negra de cuello alto que resaltaba aún más las marcas de su rostro, dándole un aspecto temible.

—Mi señora...

—Órfedes, habéis regresado.

—Acabo de llegar en este momento. He recorrido las ciudades sureñas de Viz, Geseer y Paso del Trasgo. Hemos reclutado a todos cuantos cumplían el perfil que me indicasteis.

—¿Cuántos?

—Unos mil en total.

Shera hizo memoria de lo escrito en el *Triforetau*, pero las palabras allí, como no podía ser de otra manera, eran ambiguas y abiertas a interpretaciones varias.

«Solo la sangre, tanta como para llenar un mar, puede traer de vuelta la gloria y la venganza. Los Hijos de Kares regresarán con mucha sed».

¿Cuánta sangre hace falta para llenar un mar? Sabía que era un mensaje simbólico, pero no podía esperar que un texto como aquel fuera explícito en ningún sentido. De hecho, no le costó recordar el esfuerzo que le había costado interpretar el ritual, el esfuerzo que había supuesto para ella, extrayendo cada palabra, cada símil, cada paso del texto como se extrae una muela podrida: con tesón, esfuerzo y dolor.

—Tardarán dos días en llegar.

Shera frunció el ceño. Era mucho tiempo. Órfedes leyó bien su expresión.

—He escuchado noticias en el sur, mi señora. La batalla está a punto de comenzar, pero aún no han sonado los tambores de guerra. Aún hay tiempo.

Aquello tranquilizó un poco a Shera, pero no demasiado. Despertar a los Hijos no era algo que pudiera hacerse a la carrera, con prisas, y arriesgarse a que todo saliera mal, a que tras tanto esfuerzo y sufrimiento la precipitación les hiciera cometer un error que lo estropeará todo.

Shera tuvo un fugaz e inoportuno recuerdo del hechicero Árgoht Grandël. Sabiendo lo que había hecho, destruyendo al mismísimo Jerkal'im, ¿cuánto habría podido aportar a su causa de haber aceptado su oferta? Quizás en aquel momento hubiera sido él quien estuviera a su lado en vez de Órfedes. En cambio, andaba a saber dónde, quizás preparándose para enfrentarse a ellos. Estaba convencida de que había estado en Quindarst, que el enfrentamiento con Jerkal'im no había acabado con su vida pero, de ser así, ¿se opondría a los planes de la Orden? Si el reino se había doblegado sin resistencia, tal vez el brujo hubiera decidido mantenerse al margen. Tal vez. Solo eran especulaciones.

—¿Mi señora?

Shera se dio cuenta de que Órfedes llevaba un rato hablando mientras ella estaba perdida en sus pensamientos.

—Os decía que tal vez algunos de nosotros deberíamos ir al frente para asegurar la victoria.

—La victoria es casi segura aun sin vosotros. Os necesito aquí para completar el ritual.

—¿A todos?

Shera miró a Órfedes y vio en su rostro ansiedad y enojo. Estaba allí a su servicio pero deseaba estar en cualquier otro lugar. Era consciente de que su poder y su ambición le habrían llevado a otros destinos. Pero él era un siervo de Kares. Su lugar en aquellos momentos estaba allí, en Ferris. Entendió el porqué de la fama que tenían los hechiceros de hoscós, orgullosos y difíciles de dominar. Siempre estaban queriendo estar en otro sitio.

—No sé cuánto poder necesitaré el proceso. En estas circunstancias, prefiero que sobre a que falte. Si la batalla de Marder se tuerce, los Hijos la enderezarán. De ahí la prisa. «La maldita prisa».

Shera entendió lo fácil que sería enviar a los brujos a Alasân a terminar la guerra en media hora, pero no podía arriesgarse.

—Órfedes, tenía entendido que la guarda Arcana la componían ocho hechiceros. ¿Estoy equivocada?

El brujo guardó silencio durante más tiempo del que a Shera le hubiera gustado.

—No hay nadie más. De Jikeon hace demasiado tiempo que no tenemos noticias. Podría estar muerto o inmerso en sus estúpidos y temerarios experimentos. No podemos contar con él.

La maestra, viendo el gesto de desprecio que asomaba al rostro del hombre, no preguntó más. No conocía los entresijos de la guarda, sus caprichos y corruptelas, pero en ese momento se propuso averiguar más desde que tuviera ocasión.

Un grito especialmente horrible surgió del otro extremo del campamento, haciendo estremecer a Shera.

Órfedes ni se inmutó.



«La Llamada es tan atrayente; su dictado, tan exigente, que muy pocos llegaron a comprender su presencia en el Destino». *Crónicas del Adalid de la Luz*, capítulo veintiuno. Edgor Mundensen.

Árgoht se dirigió a sus aposentos a grandes zancadas. Tanto, que Lavell casi tenía que correr para seguirle el ritmo. No sabía muy bien por qué, pero sentía una repentina e inexplicable prisa por marcharse de allí. La discusión de un rato antes le había irritado, aunque no entendía del todo el motivo.

—¿Ya nos vamos? —preguntó Lavell cuando estuvieron a solas.

—Sí, es la hora.

El chico miró por la ventana. Era noche cerrada.

—Es de noche...

—Es la mejor hora para viajar. Hay menos gente en los caminos.

Lavell no estaba muy convencido, pero no protestó más y se dispuso a recoger sus escasas pertenencias. En aquel momento tocaron en la puerta con suavidad. Lavell dejó lo que estaba haciendo y fue a abrir. Al otro lado estaba la reina Loena, con la mano en alto, dispuesta a tocar de nuevo. Vestía un atuendo más informal que durante la jornada, con el pelo castaño suelto sobre los hombros, más parecida a la joven que Árgoht había conocido.

Loena entró y cerró la puerta tras de sí. Miró a su alrededor y reparó en los petates a medio preparar.

—Entonces es cierto. Te vas.

—Sí.

Loena se agarró las manos y se acercó hasta la ventana. La brisa nocturna le agitó

los cabellos. Por un instante, Árgoht tuvo una visión de otra mujer, similar en muchos aspectos, y en una posición parecida. Por un momento creyó tener delante a Kleria.

—No lo entiendo —dijo Loena, espantando el recuerdo de la zághera que, tanto tiempo después, aún perturbaba al hechicero—. En muchas ocasiones he soñado con que volverías, con que podrías ayudarnos con los problemas que conlleva el gobierno. Fantaseaba con que aceptarías formar parte de mi Consejo, a pesar de saber que no eres propenso a esos compromisos.

Loena se giró y clavó su mirada en Árgoht, que seguía recogiendo sus cosas.

—Pero esto... Dejarnos así sabiendo lo que está por venir. De veras que no lo comprendo.

—Tengo que seguir mi camino. No tengo tiempo de dar explicaciones.

—¿Por qué no? Creo que lo merezco.

Árgoht dejó lo que estaba haciendo con un suspiro de resignación. Miró a Lavell.

—Explicar todos los indicios y detalles que me han llevado a tomar esta decisión llevaría demasiado tiempo y no sé si tengo ganas de hacerlo. Ahora bien, sí puedo decirles que este muchacho, de alguna manera que aún no alcanzo a comprender, está implicado en los acontecimientos que se están desarrollando.

—¿Lavell? Pero solo es un niño.

—Lo sé y no sé si será para bien o para mal, pero su papel en esta contienda no está aquí. De eso sí estoy seguro. Debo llevarlo al lerteneo de Hipesen D'an y que allí tomen las decisiones necesarias al respecto.

Un amago de sonrisa asomó a los labios de Loena.

—Entonces, de una forma un tanto retorcida, sí estás ayudando.

Árgoht regresó a su petate, sabiendo que ya había dado más explicaciones de las que acostumbraba.

—Si queréis pensarlo de esa manera...

—¿Crees que esta guerra tiene sentido? —preguntó ella de pronto, cambiando radicalmente de tema—. ¿Crees que podemos ganar?

La reina se sentó en una mullida butaca situada en una esquina.

—La adivinación no se cuenta entre mis virtudes.

Loena endureció el gesto.

—Me consta. Pero ¿qué sensación tienes? ¿Estoy mandando a mi gente a la muerte? Hemos abandonado nuestro hogar para huir de la guerra, no para enfrascarnos en otra lejos de casa.

«Así que es eso».

—Ya soy una reina sin reino, no me quiero convertir además en una reina sin pueblo. ¿Qué me quedaría entonces? —Una lágrima apareció en sus ojos, amenazando con surcar sus mejillas en cualquier momento—. Quiero pensar que, si les pido que luchen, será porque tienen alguna oportunidad de salir con vida.

—No puedo conocer tal extremo. La guerra tiene todo el sentido del mundo y al mismo tiempo no tiene ninguno en absoluto. Pero sí puedo decirles esto: si no lucháis,

entonces sí que no sobreviviréis. Moriréis todos. Sigo opinando que deben salir a combatir en Marder, que de lo que allí suceda puede depender el destino del mundo. Pero es solo un palpito. No tengo argumentos que me respalden.

Ambos guardaron silencio, sumidos en sus pensamientos. La reina enjugó sus lágrimas antes de que comenzaran a surcar sus mejillas. Árgoht trató de imaginar qué podía pasar por su cabeza, y no encontraba en ella más que pesar. Lavell, que no había perdido hilo de la conversación, se acercó a Loena y le tomó una de las manos entre las suyas. La mujer se sobresaltó un poco, pero se dejó hacer.

—No llores —le dijo—. A la gente buena no le pasan cosas malas.

Loena, como si estuviera esperando algo así, y en contra del consejo del chico, comenzó a llorar.

—Eso es lo malo, Lavell, que no sé si estoy siendo buena, si hago lo correcto para mi gente.

De pronto, el niño le dio un abrazo. Ella tardó unos segundos en sobreponerse a la sorpresa, pero respondió con todas sus fuerzas. Las lágrimas se convirtieron en un torrente. Solo cuando los hipidos comenzaron a remitir, Lavell se separó. Con su pequeña mano morena le acarició la mejilla. Parecía un gesto muy adulto, extraño en alguien tan joven.

—No llores más. Todo va a salir bien. Estoy seguro.

Y sin más, se dio la vuelta y continuó guardando sus cosas, como si nada hubiera pasado.

Loena y Árgoht se miraron, anonadados. Tuvieron que contener la risa ante aquella actitud de Lavell, y eso liberó un poco la tensión que los embargaba. La reina se secó las mejillas y se puso en pie. Se acercó a Árgoht y también le dio un abrazo. Antes de que el hechicero pudiera reaccionar, le sostuvo el rostro por las mejillas y le dio un fugaz beso en los labios. Fue el beso de una hermana, sutil como una caricia, leve como un suspiro, pero Árgoht se sobresaltó. Loena no se disculpó.

—Eres lo mejor que me ha pasado nunca. Tu presencia cambió todo mi mundo. Llevo quince años pensando que no te agradecí suficiente lo que hiciste por mí, por mi familia. Gracias. Haz lo que te dicte tu corazón. Solo espero que tus pasos te lleven a salvar el mundo, porque algo me dice que nosotros no vamos a poder hacerlo.

Árgoht no supo qué responder a aquello. Loena se dirigió hacia la puerta mientras terminaba de secarse las lágrimas y se recomponía, pareciendo de nuevo una reina, en vez de la muchacha asustada que había sido durante aquel rato. En el último momento, se giró hacia Árgoht.

—Ve con Gan, amigo mío. Espero que algún día nuestros caminos vuelvan a cruzarse en circunstancias menos aciagas.

Árgoht no fue capaz de vencer el nudo que se le había formado en la garganta para responder antes de que Loena saliera de la habitación y cerrara la puerta tras de sí.



—Yo también —consiguió musitar, cuando solo los oídos de Lavell quedaban ya para escuchar.

Árgoht y Lavell abandonaron Ereth por la Puerta de Tropa, situada al este. La ciudad empezaba a aletargarse, una vez caída la noche, como un animal se acurruca en su madriguera a esperar el amanecer. Árgoht, como los depredadores más temibles, prefería la noche. Sus sentidos aumentados le permitían moverse por ella con total normalidad y nada temía de las sombras. Como le había prometido la reina, dispusieron para ellos dos caballos y algunas provisiones. El de Árgoht era fogoso y de musculatura potente, de color gris perla. La montura de Lavell, más menuda, era un animal dócil y de aspecto lánguido, pero de patas fuertes y robusto. Pond y Danza, según les indicaron los caballeros. El chico, según le explicó, solo había montado en burro en alguna ocasión en que los mercaderes que llevaban provisiones a Ärgufal le habían permitido jugar un rato con uno de ellos, pero le cogió pronto el truco al bueno de Pond.

Árgoht se detuvo un instante a meditar la ruta más adecuada. Si su recuerdo del mapa de la región no le engañaba, un poco más al este se encontraban las Quebradas de Meldrar y el pantano Meldrar-lhon. Tendría que desviarse hacia el norte. Más allá de las fronteras de Ereth, su destino era un misterio. No sabía qué se iba a encontrar en Glimaris y en Horias, si es que decidía cruzar la frontera más al sur. Si pretendía entrar directamente desde Ereth, tendría que atravesar la Dartagar-oth, pero con el otoño en ciernes y las primeras nieves tempranas amenazando en las montañas, podía no ser buena idea.

Sin más demora, se ciñó la capa a los hombros para protegerse del frío y se giró hacia su peculiar compañero de viaje.

—¿Estás listo?

El muchacho asintió enérgicamente con la cabeza. Sus cabellos negros se agitaron al viento.

—En marcha, pues.

Pond y Danza se pusieron en movimiento.

Al igual que en su última visita a Ereth, nadie salió a despedirle.



«Todas las guerras comienzan con un grito».  
*Tiempo de héroes*, prólogo. Orhias Fior.

Preas se despertó sobresaltado, empapado en sudor y con un grito ahogado en la garganta. Había tenido una pesadilla que le mantuvo en vilo toda la noche. Se bajó de la cama de un salto y corrió hacia la ventana. A pesar de estar vestido solo con un pantalón holgado, no sintió ningún frío al asomarse hacia el oeste. Más aun, agradeció sentir la brisa en su pecho, sudoroso y tenso tras el sueño inquieto.

Allí estaba aún. El ejército de la Orden, más cerca que nunca. Los primeros rayos del día alumbraban apenas sus detalles, indistinguibles desde aquella distancia. Pero algo había cambiado respecto al día anterior y respecto al día de su llegada, tres jornadas atrás. Eran cambios sutiles, difíciles de enumerar, pero Preas sabía lo que significaban.

«Será hoy».

Seguía sin tener noticias de Tizo, y eso era algo que le molestaba. Solo podía concluir que su misión había fracasado.

En aquel momento entró Elha sin tocar. Traía una jofaina con agua limpia y un par de paños secos.

—Buenos días, Majestad.

Preas había perdido la vergüenza de estar en paños menores ante su asistenta personal. Elha dejó la jofaina sobre una mesa y comenzó a hacer la cama, aún caliente, que el rey acababa de abandonar. Preas se aseó sin dejar de pensar en Tizo y en los acontecimientos que se iban a desarrollar a partir de aquel día. Echaba de menos a Ulea más que nunca. Comenzó a vestirse mientras veía a Elha ir de un lado para otro realizando sus labores. No pudo evitar fijarse en su largo pelo negro, en la

curva que su sencillo vestido marcaba a la altura de las caderas, en sus ojos castaños, en el colgante negro que enmarcaba su cuello delgado. En una ocasión en la que pasó más cerca, Preas la agarró por el brazo. Elha no se sobresaltó. Al contrario. Se detuvo y lo miró directamente a los ojos. Los labios, húmedos, las pupilas dilatadas. Su corazón se aceleró. Se la imaginó desnuda, con su cuerpo cálido sobre el suyo, y supo que lo necesitaba.

«Un beso de tu esposa que te ama y te extraña».

Las palabras de Ulea se colaron en sus pensamientos como un relámpago entre las nubes. Preas se sobresaltó y el momento se perdió como el humo en el cielo. Soltó a la joven y ella bajó la mirada, azorada. Un instante después, siguió con lo que estaba haciendo y Preas continuó vistiéndose, un poco abochornado.

Los dedos le temblaban mientras se abotonaba la camisa. En una esquina, como si se hubiera despertado antes que él, su armadura blanca esperaba a que el rey decidiera que era el momento de darle uso. El emblema del reino de Angôr resaltaba en el pecho, haciéndole sentir un orgullo y una responsabilidad que solo quien ha sido rey puede conocer. En sus manos, en el filo de su espada, tenía el destino de todo su pueblo. Fallar aquel día era sellar el fin de su reino para siempre. Aquel pensamiento, en vez de deprimirle, le enaltecía. El vello de su cuerpo se erizó y aquella vez no lo provocó la presencia de Elha.

Era la inminencia de la batalla. Era para lo que había nacido.

Como si quisiera responder a sus pensamientos, retarle, desafiarle, un cuerno resonó en la llanura. Tras el primero, otro más, y otro, todo un coro infame que puso su cuerpo en alerta.

Elha le miró, pero no había miedo en sus ojos, sino seguridad y presteza. Dejó lo que estaba haciendo y fue a ayudar a su rey a equiparse. Mientras sentía el metal frío en contacto con su cuerpo, Preas se adelantó y visitó los instantes que estaban por vivir. Ya había pasado por algo así, pero cada batalla, cada enfrentamiento, cada guerra, eran únicos y diferentes. Visualizó el campo de batalla, las murallas, los puntos más débiles, los posibles defectos en la estrategia.

Los piqueros. Preas era consciente de que podía estar poniendo demasiadas esperanzas en ellos. El tiempo que llevaban en Alasân lo habían dedicado a instruir a otras compañías en la manera de derribar a los horribles gorgs. Preas los había visto entrenando en el patio y era un espectáculo digno de verse. Eran necesarios al menos cuatro soldados bien coordinados durante un buen rato para hacer caer a uno de ellos. Esos mismos soldados rompiendo la línea defensiva serían mucho más efectivos, pero tenían órdenes de ir directamente a por las bestias. Si la Orden fuera inteligente, ellas irían bien escoltadas, pero su carácter imprevisible hacía que todos a su alrededor, amigos y enemigos, corrieran un gran riesgo. Por eso atacaban en solitario. Las soltaban en el campo de batalla con una sola consigna, quizás grabada a fuego durante su cautiverio: destruir. Sus tropas habían tenido poco tiempo para practicar, pero no había para más.

«Ha llegado el momento».

Elha terminó y se alejó dos pasos de Preas Mor, mirándolo de arriba abajo, buscando algún fallo.

—Estáis listo, Majestad.

Preas se movió para calibrar el peso y la posición de cada una de las piezas de la armadura. Todo parecía estar en su sitio. Siempre le había gustado el combate, la lucha, el campo de batalla, a pesar de los continuos desaires de su padre, que deseaba que dedicara más tiempo a prepararse para recibir algún día la corona que a guerrear allí donde tuviera ocasión.

—Gracias, Elha —dijo cuando supo que, en efecto, cada cosa estaba en su lugar. Se ciñó la espada a la cintura y salió de la habitación.

—Buena suerte —oyó decir a la asistente al tiempo que cerraba la puerta.

Preas sintió un repentino abatimiento. La suerte, en mitad de una batalla, podía ser crucial. Podía significar la diferencia entre la vida y la muerte.

En el pasillo se había establecido una calma tensa. Allí le esperaba Herta de Gres, imponente con su peto de cuero tachonado y su gran estatura, tan alta como Preas. Al cinto, una gran espada que, le constaba, manejaba sin escudo.

—Buen día, Majestad. ¿Preparado para la gloria? La mujer sonreía.

—¿Disfrutáis, Herta? ¿Qué hacéis aquí?

—Solo quería que supierais que soy consciente de la trascendencia para todos de la batalla que está por venir. Mis norteños y yo daremos la vida por Angôr hoy si es necesario. Mañana ya se verá. No dudéis ni un instante de nosotros.

Preas miró a la mujer a los ojos, buscando en ellos la verdad, y lo que encontró le satisfizo: honestidad y lealtad, a pesar de todo. De repente supo que quería tenerla a su lado en combate. Aunque no podía confiar del todo en ella, era muy ducha en asuntos de guerra y prefería tenerla cerca y a la vista. En ausencia de Tizo, tenía que rodearse de los mejores.

—Así lo haré, Herta. Te agradezco tus palabras. No sé si Tizo va a regresar y necesito completar la cadena de mando. Te asciendo a comandante. Estarás a mi lado durante la batalla.

A Herta se le hinchó el pecho con un orgullo mal disimulado.

—Gracias, Majestad. No os arrepentiréis.

Sin más palabras, se pusieron en marcha, seguidos de media docena de guardias pertrechados para la ocasión, hasta llegar al punto de reunión, situado en el patio, donde esperaban ya Hostar, Fertenand y un numeroso grupo de capitanes y caballeros, así como varios caballos sujetos por los caballerizos y escuderos. El viento corría fresco, pero Preas estaba insensible a todo. El otoño parecía haber llegado un poco antes. Preas Mor se acordó de Ulea una última vez mientras Hostar asignaba puestos defensivos y establecían la estrategia para defender las murallas. A él le correspondió el flanco norte de la llanura, pero supervisaría desde las almenas. Sin esperar a que la reunión terminara, tomó uno de los caballos y se dirigió a su

posición. Herta no se separó de su lado. Solo pensaba en los cuernos, resonando de nuevo desde la llanura.

Cuando Preas subió hasta lo alto de la muralla, la visión que se encontró al otro lado lo dejó sin aliento. En todas las reuniones previas a aquel momento habían decidido que una batalla tras muros no tenía sentido, que los gorgs los derribarían en cuestión de horas y ellos tendrían que luchar a la defensiva desde dentro. Salir a combatir fuera, tener ocasión de definir una táctica más o menos agresiva según la ocasión parecía la opción más sensata. Además, el uso de lanzas para luchar contra las bestias era más factible con espacios abiertos alrededor que sometidos a las estrecheces de la ciudad.

El ejército del Abrigo estaba en su posición. Y era enorme. Preas no podía dejar de mirar la inmensa extensión que ocupaba ante la ciudad. Sus propios hombres eran una pequeña parte apenas de aquella extensión. Había pendones y estandartes de todos los colores: verdes y azules de Lorna, rojos y blancos de Anteras, amarillos de Tilkas, granate de Gert..., todo un bosque multicolor. Como si los hubiera llamado con el pensamiento, algunos de ellos desviaron la mirada hacia las alturas, hacia su posición. Eran piqueros, su fuerza de élite. Al verlo allí, uno de ellos alzó su arma y gritó, aunque Preas no pudo escuchar su voz. El compañero a su izquierda imitó el gesto, después el de la derecha, después otro. Al poco, una gran masa de soldados gritaba. Y esta vez el rey los oyó. El clamor se extendió a todo su ejército y más allá. Todo el Abrigo gritó en dirección a la Estrella de la Mañana. Preas tuvo que contener un escalofrío de emoción.

«La mitad de esta gente está aquí por vos. Vuestras hazañas no han pasado desapercibidas».

Preas recordó las palabras de Fertinand. Le había preguntado qué se sentía al servir de inspiración para todas aquellas personas. No le supo responder entonces y no podría hacerlo ahora. Desenvainó a Angustias, la alzó contra el cielo y gritó, gritó con todas sus fuerzas hasta que temió romperse la garganta. A sus pies, el rugido se intensificó al ver a su rey desenvainar junto a ellos, como si estuviera allí, presto a la batalla. Al verlo, Preas se sintió uno más, parte de aquella gente dispuesta a morir por él. Sintió deseos de dejar el muro y bajar a ponerse en vanguardia, de ser el primero en entrar en liza.

El clamor fue desapareciendo, pero la sensación de fuerza, de inmortalidad, no desapareció ni siquiera al mirar al frente, hacia el ejército de la Orden. Era mucho más numeroso que el del Abrigo y el de Angôr juntos y, aunque no los distinguía aún, sabía que entre ellos estaban los gorgs. Formaba una oscura alfombra que sustituía el natural verde y marrón de la naturaleza. Apenas se podían distinguir facciones en ella, pero sabía que las había, que la presencia de soldados negros, entrenados por la Orden, sería minoritaria, que dejarían el combate llano para las milicias reclutadas en los reinos que se les habían unido. Hacía tiempo que había dejado de preguntarse por qué sus vecinos, aquellos con los que comerciaba, que albergaban angoranos de

nacimiento y muchos emigrados, habían preferido unirse a la demencia de la Orden Kariteas.

Una ligera brisa le trajo el olor del cuero y el fuego, agitando sus cabellos, y le asaltó el recuerdo del hechicero Árgoht Grandël, de su negativa a participar en la guerra de Angôr. ¿Habría sido esta distinta?

«¿Habrías ofrecido tu espada si estuvieras aquí, viendo lo que yo? ¿Es esta tu guerra, hechicero?».

Pero la brisa trajo algo más que aromas y recuerdos. Tambores. El sonido de cientos, tal vez miles de tambores que resonaban en la distancia, llamando a sus filas a ponerse en movimiento.

—Allá vamos —dijo, a nadie en particular—. La batalla comienza.

Herta respondió.

—¡Sí!

Aunque no miró hacia ella, Preas supo que estaba sonriendo.



«Cada ser tiene que emprender su propio camino, acudir a la llamada de su propio destino».  
*El libro de Gan*, capítulo cuarenta y dos, varios autores.

Árgoht decidió tomar rumbo noreste con intención de bordear los pantanos de Meldrar-lhon por su parte más septentrional. Caminaron toda la noche y se detuvieron al alba para descansar. Cuando la luz creciente de la mañana le permitió apreciar el terreno que les aguardaba por delante se dio cuenta de que no habían avanzado lo suficiente hacia el norte. Ante ellos se extendía la superficie fangosa de lodo y aguas traicioneras, aunque poco profundas en aquella zona. La parte más peligrosa del pantano se encontraba más al sur. Por allí podrían avanzar siempre que estuvieran dispuestos a mancharse de barro los pantalones. Rodearlo les llevaría otro día más de camino y, aunque no tenían prisa alguna, Árgoht no quería retrasarse porque sí.

Tras dormir un par de horas reanudaron la marcha. En pocos minutos estaban embarrados hasta las rodillas, pero el suelo parecía firme y seguro a pesar de la capa de lodo. Tuvieron que descabalgarse para no hacer más pesado el paso de los caballos. Lavell, en vez de contrariarse por tener que ensuciarse, se mostraba entusiasmado y no dejaba de jugar con el fango.

—No deberías hacer eso, Lavell.

El chico le miró con la cara manchada en cinco sitios diferentes. En momentos como aquel, Árgoht recordaba que solo era un niño con ganas de pasarlo bien y, de paso, descubrir el mundo. No pudo contener una sonrisa. Le recordaba mucho al joven Cheen, antes de que se convirtiera en responsable del destino del pueblo de Ereth.

A pesar de que no había mirado atrás en ningún momento, consciente de la decisión que había tomado, sentía un cierto resquemor impropio de él por haber abandonado Ereth de forma tan precipitada. Después miraba hacia el frente, al camino que le quedaba por recorrer, y sabía que ahí delante, en algún lugar, se encontraba su Destino.

—¿Por qué? Es muy divertido...

—El pantano es traicionero. Si pones mal un pie, si te despistas un instante, te puede devorar.

Como si de un mal augurio se tratara, algo se agitó bajo la superficie lodosa, unos metros a su derecha. Lavell lo vio y corrió a situarse junto al hechicero. Este arrancó un tronco de caña a fin de usarlo como pértiga. Se detuvo unos segundos, observando el punto en el que la superficie del pantano se había movido, pero todo había vuelto a la calma. A pesar de ello, esperó un minuto más en silencio, atento a la menor ondulación. Nada ocurrió. Sin embargo, desde que se puso en movimiento y dio un paso al frente, una gran boca salpicada de dientes puntiagudos se abrió de pronto ante él, tan grande como el propio Lavell. Árgoht reaccionó introduciendo en ella la caña de punta, golpeando el velo del paladar de la criatura. Sorprendida por el impacto, la boca se cerró, dejando a la vista dos pequeños ojos aviesos y cubiertos de barro. La criatura se retiró, quizás pensando que no valía la pena una cacería que le provocara dolor. El agua onduló un poco más a su paso y luego se quedó calma de nuevo.

—¿Qué era eso? —preguntó Lavell, aferrado a la capa del hechicero y mirando en todas direcciones.

—Un astirg —Árgoht espantó un mosquito con la mano—. Un anfibio muy común en las zonas pantanosas. No son muy peligrosos... si miras donde pones los pies. Un mordisco te puede dejar una buena cicatriz, cuando no un bonito muñón.

A partir de aquel momento, Lavell dejó de jugar y se concentró más en elegir bien el lugar en el que pisaba, casi siempre imitando los pasos de Árgoht.

Los pantanos quedaron atrás por fin y el barro se secó de sus perneras primero y se descascarilló poco después. Llegaron a un bosquecillo poco denso cuyo suelo, firme y seco, supuso todo un alivio para las rodillas y los pies de los dos. Los caballos corretearon unos minutos desde que tocaron suelo de verdad, lejos de los chapoteos. Les había llevado casi todo el día cruzar el lodo, por lo que montaron el campamento en la linde de la arboleda y se dispusieron a descansar un poco.

Después de comer algo se sentaron junto al pequeño fuego que Lavell había insistido en encender él mismo. El chico estaba cansado. El día había sido agotador.

—¿Por qué no nos hemos quedado en Ereth? —preguntó Lavell, usando distraído un palo para jugar con las ascuas de la hoguera—. Allí estábamos bien...

—Le dije a Otrex que te llevaría a Hipesen D'an, ¿recuerdas?

—Ya... ¿Y si no quiero ir allí?

Aquello tomó a Árgoht por sorpresa.

—¿No quieres?



—No lo sé... Lo estoy pasando bien, descubriendo muchas cosas nuevas que ni sabía que existían. No sé si me apetece volver a meterme en un lerteneo con los ganetorei. Son buenos conmigo, pero... son muy aburridos.

Esta vez, Árgoht no pudo contener una carcajada. No recordaba cuándo había sido la última ocasión en que había reído de esa forma.

Lavell lo miró dudando entre si debía ofenderse por las risas o acompañar a Árgoht con ellas. Al final se quedó a medio camino, sonriendo sin más.

—¿Vos a dónde iréis? Después de dejarme allí, me refiero.

Árgoht guardó silencio. Era la gran pregunta.

—Aún no lo he decidido. Tengo intención de ir al norte, a Meledel. Hace ya demasiado que mis pies no pisan aquellas tierras y nada hay aquí ya para mí.

—Dejadme ir con vos. —La voz del muchacho se tornó suplicante.

—Es imposible.

—Por favor. No quiero gastar mis años de vida estudiando libros y dejando pasar el tiempo hasta que mi barba sea tan larga como mi existencia. Quiero vivir.

Árgoht miró al chico con nuevos ojos, como si algo hubiera cambiado en él.

—Lo entiendo perfectamente, Lavell. Hagamos un trato. Yo hice una promesa que no quiero romper, así que te llevaré al lerteneo. Una vez allí, me comprometo a dejarte elegir qué hacer. No les permitiré que te retengan si no es tu deseo.

Lavell se lo pensó unos instantes.

¿Cómo explicarle al chico la pulsión que le hacía ponerse en marcha en cada ocasión? Cumplir su promesa era una de las razones que le había hecho abandonar Ereth. La otra era la Llamada. Podría pasarse horas hablando de ello, explicándole lo que significaba y el efecto que producía en él, pero aun así era posible que no lo llegara a comprender del todo. Era algo que llevaba tan dentro de sí como su corazón, como la sangre que circulaba por sus venas.

—De acuerdo, trato hecho.

—Ahora descansa, que ya habrá tiempo más adelante de tomar decisiones trascendentales sobre el futuro.

El chico se cubrió con su manta y se dispuso a dormir. Árgoht lo miró unos instantes, tratando de adivinar qué podría estar sintiendo tras tantas nuevas experiencias vividas después de abandonar Ärgufal. Le parecía de lo más normal que no quisiera encerrarse entre las paredes de un edificio lleno de ancianos cuando empezaba a descubrir el mundo a su alrededor, con todas sus penurias y sus maravillas.

Él tampoco lo habría hecho.

Cuando la respiración de Lavell se tornó serena, indicando que había caído en el reparador sueño profundo, Árgoht apoyó la espalda en una piedra, miró hacia las estrellas que, con el cielo despejado, plagaban la bóveda ya oscura, y dejó la mente en blanco mientras recitaba el *Ther-Arak*.

En los últimos tiempos, años en los que el Daño se extendía sin tregua, entrar en

el gehvaal era una especie de aventura nueva cada vez. Conectar con la Madre no siempre era fácil, dependiendo de lo profundo que el mal estuviera impregnado en la tierra, en el aire que le rodeaba. Allí, al parecer, la Tierra Negra aún estaba lejana, pues pudo entrar en trance sin ningún tipo de problema. Lo que encontró en él fue serenidad y paz, recuperación y silencio. Pero en el fondo de los ojos sentía una presión, como si algo no estuviera donde tenía que estar, como si algo, interno o externo a él, pugnara por salir.

Cuando pronunció el *Sher-Arak* y regresó junto a Lavell, se sintió recuperado y en forma, pero algo inquietaba su alma. No era una sensación nueva para él. Algo se estaba gestando más allá de su consciencia, más allá de lo que sus ojos podían ver. Durante unas horas trató de reflexionar, de interpretar las señales, pero no llegó a conclusión alguna. Lo que quiera que fuera que se estaba desarrollando más allá de la realidad visible que podía sentir y tocar, él aún no lo tenía a su alcance.

Apartó aquellas preocupaciones de su mente y se dedicó a contemplar las estrellas mientras esperaba a que Lavell despertara.



«Aquella batalla supuso el fin y el comienzo de muchas cosas».  
*Tiempo de héroes*, Orhías Fior, capítulo catorce.

Como un animal por largo tiempo dormido que se despierta y despereza con suma lentitud, la sombra negra del ejército kariteas se puso en marcha hacia Alasân. El sonido de los tambores se intensificó, resonando en la llanura como heraldos de un mal como nunca se había visto en aquella región. El viento llevó aquel sonido horrible hasta oídos de Preas Mor, parapetado tras las almenas de las murallas y rodeado de arqueros en posición. Tuvo que contener un escalofrío. Una emoción contradictoria se abría hueco en sus entrañas. Sabía que aquello sería la muerte para muchos, pero había nacido para ello. Lo sentía bajo la piel.

—Piqueros al flanco —ordenó Preas. Eran su mejor baza y no quería que recibieran ellos el primer impacto.

Herta repitió la orden a otro soldado situado a su lado y este corrió a transmitirla a un tercero. Minutos después, los piqueros se desplazaban un centenar de metros hacia el norte para apartarse de la línea de ataque principal. Preas se regocijó al comprobar que la cadena de mando que había establecido desde su posición hasta el campo de batalla funcionaba a la perfección.

La masa informe del ejército kariteas empezó a disgregarse de pronto.

—Están formando un pasillo —observó Herta.

En efecto, desde la retaguardia, un numeroso grupo se abría paso entre la multitud.

—¿Qué están arrastrando? —Herta se estiró cuanto pudo sobre el muro para ver mejor, pero Preas ya sabía lo que eran. Lanzó un suspiro al frío aire de la mañana.

—Son jaulas. Pero no son las de los gorgs, me parecen más pequeñas.

Cuando quienes tiraban de las jaulas llegaron por fin a la vanguardia se detuvieron y echaron una rodilla al suelo. En efecto, eran más pequeñas que las que contenían a las enormes bestias, pero Preas supo que lo que iba a salir de ellas no sería mucho mejor. En respuesta a un redoble de tambores, las jaulas se abrieron. De ellas salieron cientos de sombras que se lanzaron directamente contra el Abrigo. Algunas de ellas echaron a volar mientras las demás corrían por la llanura a una velocidad antinatural.

—¿Son... animales?

Preas no podía quitar ojo de aquellos nuevos seres. A medida que se fueron acercando los distinguió mejor y su corazón se aceleró dentro de su pecho. Eran perros. Enormes, casi tan grandes como una persona. Levantó la mirada buscando las criaturas voladoras a tiempo de ver cómo una de ellas casi se le echaba encima. Tuvo que agacharse para esquivarla, mientras la bestia lanzaba un graznido aterrador intentando clavarle unas grandes garras negras. No pudo distinguir qué ave era, pero parecía un buitre gigantesco. Su cuerpo estaba plagado de espinas y huesos que le daban un aspecto grotesco, con lo que parecían costras de sangre seca. Solo conservaba plumas en la cola y las alas, de forma que le permitieran volar. El resto del cuerpo era un amasijo de carne, hueso y cicatrices. A su paso, dejó un hedor en el aire que a punto estuvo de hacer vomitar a Preas.

Se recuperó de la impresión a tiempo de ver cómo los perros arremetían contra la primera fila de defensores, dividiéndolos como un cuchillo caliente cortando manteca, mientras lanzaban dentelladas a izquierda y derecha con sus enormes colmillos disparejos. A su alrededor, los hombres caían, bien aplastados por sus fuertes patas o bien mutilados por los mordiscos. Las aves, por su parte, hacían continuas pasadas sobre las cabezas de los soldados, cogiéndolos con sus garras enormes y dejándolos caer de nuevo desde las alturas, o picándoles el rostro antes de arrojarlos contra las murallas. Era un espectáculo horrible.

—¡Arqueros! ¡Sacad a esas bestias del cielo!

Al instante, comenzó una cacería inesperada. Cada vez que alguna de las criaturas aladas se acercaba a los muros era recibida por una salva de flechas. Cuando una decena de ellas fueron derribadas, aprendieron que debían alejarse y centraron sus ataques en los combatientes del llano, quedando fuera del alcance de los arqueros. Algunos perros empezaban a caer también, una vez superada la impresión inicial por parte de los defensores.

Un nuevo movimiento de tropas en las filas enemigas llamó la atención de Preas. La infantería se ponía en marcha. Los aliados recompusieron filas para formar una línea compacta a fin de recibirlos, dejando a los perros rodeados, lanceados sin piedad mientras iban cayendo uno tras otro. A pesar de que eran pocos, habían causado un buen número de bajas.

El choque de la infantería fue brutal. Desde las almenas se reanudó la lluvia de flechas, esta vez contra la masa negra más allá de las líneas defensivas. Caían

algunos, pero muchos más llegaban tras ellos. Preas analizó a sus rivales. Al igual que durante la invasión de Angôr'an, la Orden enviaba primero a los milicianos reclutados en reinos vecinos, reservando a los soldados negros que esperaban sobre sus monturas. La caballería del Abrigo también esperaba su momento a la sombra de las murallas. Alejarse de ellas supondría entrar en la línea de disparo de los arqueros, por lo que debían ser muy disciplinados.

La primera oleada de infantería fue corta y se retiró pronto ante la feroz resistencia que encontró en los defensores de la ciudad. Preas respiró cuando tocaron retirada y los supervivientes regresaron a su posición de partida. Nadie los siguió. Sus hombres también aprovecharon el respiro para reagruparse, pertrecharse y reponer líquidos. Los cadáveres empezaban a alfombrar la llanura.

—Dentro de poco tendremos que luchar sobre ellos —observó Herta—. Eso puede causar más bajas que las espadas enemigas.

Preas sabía que eran sabias palabras. Los cuerpos caídos eran estorbos que podían provocar caídas, torceduras y fracturas en mitad del combate que podían decidir la suerte de un soldado.

—Que sean retirados cuantos sean posibles.

A la orden de Preas, un puñado de escuderos salieron al exterior a realizar tan ingrata tarea. Aún quedaban muchos cuando los cuernos volvieron a sonar, anunciando un nuevo ataque de infantería. Preas levantó la mirada. La retaguardia de los invasores se movía para dejar paso a más de aquellas enormes jaulas de metal. Preas miró a Herta, que observaba la carga que se desarrollaba a sus pies.

—Están aquí —dijo.

Herta también levantó la vista.

—¿Quiénes?

Ella no había estado en Angôr'an ni en la batalla de Talder, así que no los había visto nunca.

—Los gorgs.

Herta lo miró como si estuviera hablando en otro idioma.

—Han lanzado a la infantería para debilitarnos antes de soltar a las bestias.

—¿Por qué no antes? Que caigan ellas en vez de sus soldados...

—¿Ves máquinas de asedio, Herta?

—Ya me había fijado en que no.

—No traen escalas, ni torres ni arietes.

Preas miró a la mujer. Casi tenía ganas de sonreír, presa de la tensión nerviosa.

—Tienen a los gorgs. No necesitan nada más. Con sus puños son capaces de derribar puertas y hasta muros si tienen tiempo suficiente. Buscarán los puntos más débiles y lanzarán allí a las bestias. Las traían por detrás del grueso de sus tropas, pero ya se han incorporado a filas.

Preas volvió a centrar su mirada en el campo de batalla, donde la segunda oleada de infantería se había reforzado con una carga de caballería.

—Lo que hemos visto hasta ahora era solo el calentamiento.

Herta respondió con un suspiro.

Los piqueros habían entrado en liza, controlando a sus nuevos enemigos desde la distancia que les proporcionaban sus grandes lanzas dentadas. Era un placer verlos actuar. Eran pocos, comparados con el resto del ejército reunido por el Abrigo, pero eran tropas de élite, no campesinos y aldeanos reclutados para la ocasión. Ellos habían sido entrenados para la guerra y allí, en aquel momento, era donde se encontraban en su medio natural. Mantenían la formación, atacaban por turnos, manteniendo siempre a su compañero de la derecha protegido. Eran una isla de disciplina en medio del mar de caos en que se había convertido la batalla.

La segunda oleada terminó y los supervivientes enemigos regresaron de nuevo al abrigo de su grupo. Pocos infantes regresaron en aquella ocasión y, aunque Preas se regocijó con este hecho, le habría gustado que hubieran caído más caballeros.

Pasaron varias horas antes de que la batalla continuara. Preas se retiró a comer algo al patio de armas, donde Hostar había acondicionado varios pabellones para ello. Elha le esperaba con agua fresca con la que lavarse el sudor y una muda de ropa que él rechazó. Sobre una de las mesas, una bandeja con queso, pan y cecina que comió sin pensar. Solo podía darle vueltas y más vueltas a lo visto hasta el momento en combate. Trataba de encontrar nuevas tácticas que le otorgaran alguna ventaja. Otros comandantes departían sobre estrategias y expectativas, tratando de sacar conclusiones de lo visto hasta el momento.

Cuando hubo regresado a su atalaya, vio que sus hombres habían hecho lo mismo que él. Los escuderos y sirvientes recorrían las filas entregando viandas y odres de agua. Preas se preguntó a qué estaban esperando sus enemigos.

—Están tratando de ponernos nerviosos —dijo la voz de Fertenand a su lado.

El guerrero se había situado en el otro extremo de la muralla para comandar las tropas del Abrigo.

—¿Estirando las piernas, amigo?

—Necesitaba un respiro.

—Si pretenden ponernos nerviosos, lo están consiguiendo. Por lo menos conmigo.

Fertenand miró a Preas de arriba abajo.

—Desearíais estar allí, con ellos. ¿No es cierto?

Preas bajó la cabeza, apesadumbrado.

—No puedo negar mis inclinaciones. Soy un hombre de acción. Esta espera me crispa los nervios.

Fertenand le puso una mano sobre el hombro. El sonido del metal contra el metal tintineó durante unos instantes.

—Llegará el momento de combatir, de derramar sangre junto a ellos. De momento, lo están haciendo bien sin nosotros.

El sonido de los cuernos dio por terminada la conversación. Fertenand se colocó

el yelmo y se marchó a ocupar su puesto de mando. Preas se quedó de nuevo en compañía de Herta y rodeado de arqueros, tan inquietos como él. La tarde llegaba con rapidez. ¿Detendría la Orden la batalla con la caída de la noche?

Preas lo puso en duda.

La siguiente oleada se compuso de caballería y arqueros. Con la infantería muy tocada, los segundos adelantaron filas a fin de apoyar a sus caballeros disparando contra los defensores apostados en las murallas. Estos, teniendo que defenderse y ponerse a cubierto, tuvieron que cambiar sus objetivos, por lo que los hombres del llano perdieron el apoyo que las flechas les brindaban. Los caballos empleados por la Orden eran bestias de combate, enormes y poderosos, cuya mera presencia derribaba hombres y les daba a sus jinetes una buena ventaja. El ejército del Abrigo se quebró y los caballeros comenzaron a avanzar en cuña en aquel punto débil. Preas supo que era el momento que ellos estaban esperando. Al levantar la mirada, vio que las jaulas habían llegado a vanguardia. Eran más de veinte. Ante sus ojos, sus amos abrieron las grandes puertas metálicas y de las sombras de su interior brotaron las pesadillas.

—Que Gan nos proteja —murmuró Herta a su lado, incapaz de creer lo que sus ojos estaban viendo.

Eran aún más grandes de lo que Preas recordaba. Se alzaban un metro por encima del techo de sus jaulas, por lo que todo ese tiempo debían de haber permanecido agachadas.

«¿Eran tan grandes la otra vez?» —se preguntó el rey.

Estaba casi seguro de que no, de que aquellas nuevas criaturas habían sido mejoradas. Un suspiro escapó de sus labios sin poder evitarlo. La cuña creada por los caballeros era cada vez más pronunciada, con el apoyo de los arqueros que, formados tras ellos, protegían sus flancos con la clara intención de abrir hueco para que pasaran las bestias. Preas miró hacia el norte. Los piqueros estaban ocupados en su flanco defendiéndose de un batallón de infantes, de los últimos ya, lanzados contra ellos con el evidente fin de entretenerlos. Sintió la ira inflamar sus venas y un cosquilleo en las piernas que le impedía quedarse quieto.

Viendo los acontecimientos que se desarrollaban a sus pies desde las alturas se sentía como un animal enjaulado. Incapaz de seguir mirando sin hacer nada, Preas se dio la vuelta y se dirigió a la escalera que bajaba hasta el patio.

—¡Preas! —exclamó Herta tras él—. ¿A dónde vais?

El rey de Angôr no se giró para responder, mientras su capa blanca aleteaba tras él.

—Asume el mando, Herta. ¡Voy a bajar!



«Preas Mor hizo tanto con tan poco, que su corto reinado se recuerda como el más intenso y fructífero para la región». *Historia viva de Angôr*, capítulo catorce, Markus de Lárganan.

El patio ante el Portón del Ocaso estaba abarrotado de soldados bien formados, esperando la presumible caída de la puerta. No había caballeros allí, pues tendrían poco espacio para maniobrar y los animales acabarían siendo más un estorbo que una ventaja. La primera línea portaba grandes alabardas, mientras que la segunda eran infantes armados con escudo y espada. Todos estaban expectantes y sudorosos pues, aunque hasta ellos llegaban los sonidos de la batalla, no podían ver nada. Aquella incertidumbre era peor que cualquier certeza.

Alguien se percató de que Preas descendía hacia ellos, porque una voz se alzó sobre el silencio tenso.

—¡El rey! ¡Viene el rey Preas! ¡Estrella de la Mañana!

Una algarabía momentánea se formó cuando accedió por fin al patio. Se subió a un bloque de piedra y habló para todos los presentes a voz en grito.

—¡Esta puerta va a caer si no hacemos algo por evitarlo!

Un rugido en respuesta.

—Esos miserables creen que esto va a ser fácil, pero vamos a demostrarles que están equivocados. Necesito cincuenta voluntarios que me sigan. No nos esperan, así que les vamos a dar donde más les duele. ¿Quién está conmigo?

Un bosque de armas se alzó contra el cielo que empezaba a teñirse de violeta para recibir el ocaso, muchas más de las que había pedido. Seleccionó a los que consideró mejor preparados y dejó a los demás al cargo del portón, que no podía quedar desguarnecido. Desenvainó a Angustias.



Se dirigió a los hombres que manejaban el mecanismo de la puerta.

—Desde que salgamos, cerrad tras nuestros pasos y no volváis a abrir bajo ningún concepto. Esta madera solo caerá si es derribada. Apuntaladla cuanto podáis. Arqueros —dijo mirando hacia lo alto, a las almenas—, cubridnos. Necesitamos el cielo libre unos minutos. Que esos hijos de perra no nos alcancen.

Preas tomó prestada una pica de uno de los soldados presentes. Después se giró hacia los hombres que esperaban sus órdenes.

—¿Estáis listos? —gritó.

—¡Por la Estrella de la Mañana! —gritó una voz. Un coro de voces le siguió—. ¡Por la Estrella de la Mañana!

Preas tuvo que contener un escalofrío. Aquellos hombres iban a acompañarlo de buen grado a lo que podía ser una muerte segura. No podía esperar más de ellos.

«Solo espero estar a la altura».

—¡Abrid la puerta!

Ver la batalla desde lo alto de una atalaya era duro, pero verla de cerca, escuchar los gritos agónicos, el chocar del metal contra el metal, aspirar el hedor de la sangre fresca y la carne muerta era algo muy diferente. Cuando la puerta se hubo abierto del todo y Preas tuvo visión de cuanto se desarrollaba más allá, sintió que le hervía la sangre de excitación.

Los grandes caballos negros de la Orden y sus caballeros estaban a punto de llegar al portón. Sin pensarlo más, Preas lanzó un grito y se lanzó a la carrera enarbolando la pica que había aprendido a usar de los Piqueros de Fairard. Tras él, sus cincuenta hombres le siguieron de cerca. Los caballeros, que no esperaban aquel refuerzo, se vieron sorprendidos por el ímpetu del ataque. Los arqueros, obligados a responder al renovado ataque desde la muralla, les dieron un respiro, abandonando la cobertura de sus caballeros. Preas usó la pica para derribar a uno de ellos con un certero golpe en las costillas que perforó la armadura y rompió huesos. Al tirar para retirarla arrastró al jinete consigo, quien perdió su arma en la caída. Una vez en el suelo, Preas le pateó la cabeza hasta que dejó de moverse, antes de encararse con un nuevo rival. Los defensores, hasta aquel momento desordenados y abatidos, comenzaron a cerrar filas en torno al rey.

—¡Estrella de la Mañana! ¡Estrella de la Mañana! —el grito se alzó y se propagó como el viento.

Los caballeros enemigos tuvieron también que reagruparse ante aquella nueva ofensiva, pues caían uno tras otro y su número se veía disminuido con rapidez. A pesar de la ventaja que les daban sus monturas, no podían evitar que los infantes, motivados por la ayuda que el rey aportaba en aquel decisivo momento, tiraran de ellos, superándolos en número, y los hicieran caer para luego apalearlos y ensartarlos una vez en el suelo. Los animales tampoco corrían mejor suerte y, cuando el jinete se resistía con fiereza, no tenían reparo en ir a por ellos.

Poco a poco angoranos y soldados del Abrigo fueron recuperando el terreno

perdido y haciendo retroceder a la caballería, no sin sacrificar muchas vidas que caían bajo las flechas, que no dejaban de llover sobre ellos.

De pronto, se hizo un silencio. Fue breve y fugaz, pero no pasó inadvertido. Un cuerno resonó. Los caballeros negros se miraron un instante, tiraron de las riendas de sus monturas y picaron espuelas en retirada. Muchos hombres gritaron de júbilo al ver que habían vencido, que habían conseguido repeler el ataque de la caballería. Pero Preas sabía que no era así.

A codazos se hizo un hueco hasta llegar a la vanguardia y lo que vio le dejó sin aliento. Veinte gigantescas bestias corrían hacían ellos.

Habían soltado a los gorgs.

—¡Cerrad filas! —gritó el rey—. ¡Reagrupaos! ¡Que no pasen de aquí! ¡Que no lleguen al portón!

Infantes y caballeros se apresuraron a recuperar sus posiciones, clavando una rodilla en el suelo aquellos que portaban lanzas y picas para tener mejor punto de apoyo, afianzando a sus animales aquellos que iban montados. Preas no podía ver dónde estaban los piqueros, pero rezó a Gan porque pudieran acudir a ayudarles. Sin ellos, no tenían nada que hacer.

Los gorgs se hacían cada vez más grandes ante sus ojos. En efecto, parecían diferentes a los que habían atacado Angôr; más grandes, más grotescos, más mortíferos. Pero no había tiempo para comparaciones.

Preas hincó también la rodilla en el suelo y alzó su pica en ángulo ascendente. Los gorgs hacían retumbar el suelo con sus pisadas, cada vez más cerca. Tuvo tiempo de dedicar un pensamiento a Ulea y a su futuro hijo antes de que las bestias llegaran hasta él. De cerca eran todavía más impresionantes.

Preas afianzó su apoyo y proyectó su arma contra el cuello del que se le echaba encima, pero apenas penetró en su dura piel y tuvo que lanzarse a un lado para quitarse de su trayectoria a riesgo de morir pisoteado. Esquivó por muy poco una de las espinas óseas que iba dirigida a su cabeza. Lanzó su arma de nuevo, esta vez buscando el pecho, y fallando por muy poco. Preas trató de recordar todo lo aprendido de los piqueros, cada movimiento, cada lanzada, cada giro. Más hombres se sumaron al ataque contra la bestia. Oía los gritos de los caídos a su alrededor mientras los otros gorgs atacaban, mutilaban y arrasaban a su paso.

Retrocediendo un paso para ganar distancia y perspectiva esquivó el codo de la criatura, cuya prolongación ósea le habría rebanado la cabeza como si fuera un melocotón, y vio cómo impactaba en otro hombre. Sangre y vísceras salpicaron en todas direcciones. En unos segundos, las garras del gorg estaban teñidas de rojo. En un instante de lucidez, Preas encontró lo que creyó podía ser un hueco en la defensa de su rival, que se había girado para enfrentarse a varios soldados que lo atosigaban por su derecha y ofreciéndole a Preas el flanco izquierdo. Sin dudarlo, proyectó la pica contra su cabeza, tratando de impactar justo bajo la oreja y lográndolo por muy poco.

La punta penetró con facilidad casi un palmo. El gorg se llevó la mano a aquel punto, que empezaba a sangrar a borbotones, gritando de dolor e incredulidad. Los angoranos aprovecharon el momento de debilidad para atacarle con todo lo que tenían. La criatura cayó de rodillas, regando con su sangre, negra y viscosa, a todos ellos hasta que por fin una espada se clavó en su cabeza, acabando con su vida. Un grito de euforia se alzó entre los soldados. Habían logrado lo que parecía imposible, aunque habían caído cuatro de sus compañeros en la brega.

—Tienen un punto débil en la base del cráneo. ¡Corred la voz!

Preas apenas tuvo tiempo de ver cómo varios hombres echaban a correr para llevar la noticia a otros puntos del frente cuando percibió una sombra, proyectada por el sol del ocaso, cada vez más cerca del horizonte, que se cernía sobre él. Por puro instinto se tiró al suelo, saltando hacia su derecha. Un fortísimo golpe impactó en el punto en el que se encontraba un instante antes. Se giró, aún en el suelo, y vio otro gorg que se disponía a golpear de nuevo. En aquel momento, una flecha se clavó en el pecho de la bestia. Aunque no le hizo mucho daño, le distrajo lo suficiente de su objetivo como para que Preas pudiera retroceder un paso más, poniéndose fuera de su alcance. El gorg buscó de nuevo a su presa, mientras varios soldados trataban de distraer su atención, clavando sus espadas donde solo encontraban hueso y cartílago. La bestia barría con sus poderosos brazos a cuantos se ponían a su alcance, partiendo a hombres por la mitad o lanzándolos a varios metros de distancia.

Preas se puso en pie y agarró con fuerza su pica, buscando en la enorme cabeza el punto flaco tras las orejas.

En aquel momento percibió algo descorazonador y fue como si una oscura brecha se abriera bajo sus pies, amenazando con tragárselo para siempre.

«No es posible».

Preas sacudió la cabeza, convencido de que el fragor de la batalla, el estruendo a su alrededor y la tensión le habían jugado una mala pasada. La criatura no dejaba de moverse, por lo que observar detalles de ella no era fácil. Aun así, trató de fijarse bien. Cuando por fin ella clavó su mirada en él y pudo verla al completo, supo que era cierto. Las piernas le temblaron y a punto estuvo de soltar el arma.

«Tizo, ¿qué te han hecho?».

No había duda posible. Eran sus ojos, su mirada, sus labios. A pesar de estar hinchados y retorcidos, aún podían distinguirse los rasgos de su amigo en aquella masa informe y contrahecha. La impresión fue tan fuerte que, si un soldado no le hubiera empujado en el último momento, la bestia le habría arrancado la cabeza de un manotazo. Preas reaccionó por fin y lanzó una estocada contra su brazo, abriendo un tajo a la altura del antebrazo.

No terminaba de creer que aquello fuera posible.

—¡Tizo! —gritó, sin mucha esperanza de que fuera a entenderle—. ¡Soy yo! ¡Mírame!

La bestia ignoró las palabras de Preas y se lanzó a por él. Esquivó como pudo y se

encaró de nuevo con ella.

—¡Tizo! ¡Escúchame! —dijo mientras retrocedía unos pasos más. El último de ellos topó con el cuerpo de un hombre caído que le hizo perder el equilibrio.

El gorg llegó hasta él, cogiéndolo por la cintura y alzándolo en vilo como si solo fuera un juguete antes de que llegara al suelo. La pica cayó de sus manos, dejándolo desarmado. Sentía tal presión en las costillas que se quedó casi sin respiración. Aun así, sacó fuerzas para desenvainar a Angustias.

El gorg levantó el puño, dispuesto a acabar con su presa de la forma más rápida cuando, de pronto, se detuvo por un segundo. Preas vio en sus ojos un instante de duda. El ceño de la bestia vibró con un sutil fruncimiento.

«¿Un atisbo de reconocimiento?».

Preas no desperdició la ocasión. Si aquella criatura había sido Tizo alguna vez, de él no quedaba nada que salvar. Con un gesto veloz, clavó la punta de su espada bajo la mandíbula del gorg con todas sus fuerzas, perforando cuanto encontró en su camino hasta topar con el hueso del cráneo. Sus ojos se pusieron en blanco y comenzó a manar sangre en todas direcciones, regando a Preas y convirtiendo su armadura blanca en un bruñido rojo, casi negro. El brazo, ya muerto, soltó la presa y el rey cayó de costado. Un latigazo de dolor le hizo retorcerse. Había caído con todo su peso sobre el hombro derecho y el brazo de aquel lado quedó inutilizado. Gritó.

Gritó como hacía mucho que no lo hacía. Por el dolor nuevo, pero también por el dolor de saber que acababa de matar a uno de sus mejores hombres, de sus mejores soldados. A uno de sus mejores amigos.

Unos brazos lo alzaron mientras nuevos cuernos tronaban en la distancia. Preas los oía sin escucharlos, como si provinieran de algún lugar muy lejano, de una vida que no era la suya. Fue llevado en vilo de nuevo hasta la puerta, que se abrió para dejarle pasar. Obnubilado por el dolor, solo fue capaz de pensar:

«He ordenado que no se abra. ¡Que no se abra el portón!».



«El día de la infamia, de la ignominia, quedó tan grabado en la mente de los angoranos, que los niños nacidos aquel día eran mal mirados, como si su mera llegada al mundo en aquel preciso instante hubiera sido una gran ofensa».

*Historia viva de Angôr*, capítulo treinta y uno, Markus de Lárgan.

Preas Mor recuperó el sentido tendido en una hamaca improvisada. Se levantó sobresaltado y el dolor le hizo gritar. Le habían entablillado el brazo, que pendía de un cabestrillo. Un hombre se acercó a él, un anciano de larga barba amarillenta. Un sanador.

—Debéis descansar, Majestad.

Preas se deshizo de él de un manotazo y se puso en pie, pero se mareó y se dobló por la cintura para vomitar. Unas nuevas manos evitaron que se cayera sobre su propio vómito.

Elha le ayudó a sentarse de nuevo.

—El viejo tiene razón, Majestad.

—¡No! Debo volver al campo de batalla.

Estaba en una sala atestada de heridos. El olor a sangre y lavativas lo llenaba todo. Se dirigió a la puerta más cercana, ignorando las advertencias del sanador y de Elha, que le seguía intentando detenerlo.

Preas soportaba el dolor mientras se dirigía de nuevo a la muralla, ansioso por ver en qué punto se encontraba la batalla.

—¿Cuánto llevo inconsciente? —preguntó, casi a gritos, sabiendo que Elha le seguía.

—Apenas unos minutos —la joven jadeaba, tratando de no perder el ritmo.

«Demasiado tiempo».

Accedieron a la muralla por una larga escalera en la zona comandada por Fertenand.

—¡Preas! —exclamó el veterano soldado al verle—. Pensamos lo peor...

—Estoy bien.

—No lo parece. Deberíais descansar.

Preas ignoró las palabras de Fertenand.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ansioso, asomándose por uno de los matacanes de madera recientemente contruidos como si estuviera en su propio hogar y no en mitad de una batalla en la que cualquier flecha perdida podía acabar clavada en su pecho.

Fertenand, más cuidadoso, se situó a su lado.

Bajo ellos, la batalla se tomaba un descanso. El sol estaba a punto de desaparecer tras el horizonte. Los cadáveres de media docena de gorgs salpicaban el campo de batalla, rodeados de muchos más cuerpos humanos. Los demás se habían retirado de nuevo con la llamada de los cuernos.

—¿Por qué lo hacen? —se preguntó Preas en voz alta—. ¿Por qué retirarse una y otra vez?

—Intentan que perdamos la paciencia. Temo que con la caída de la noche el ataque sea definitivo. Sois un hombre temerario, Preas, pero reconozco que vuestra presencia en el campo de batalla ha marcado la diferencia. Nunca había visto un cambio de actitud en las tropas como el de hoy. De estar casi derrotados a repeler el ataque de esas bestias inmundas. ¿Nos os dije que inspiráis más de lo que vos mismo creéis? Con vos a nuestro lado, es como si lucháramos con dos batallones más.

Preas miró hacia el oeste, hacia los últimos rayos de sol, temeroso de lo que podía depararles la noche.

—La noche es amiga de las sombras, no de la Estrella de la Mañana. Temo que todo lo acontecido hasta ahora no haya sido sino el preámbulo de lo que vendrá. La noche es nuestra enemiga.

La voz de Elha, tras ellos, llegó como si no la hubiera pronunciado ella, como si fuera más grave y oscura.

—*Jear ion no morgur. Jear ion estre ananmagar.*

Preas, creyendo haber oído mal, se giró hacia la joven. De su mirada había desaparecido toda la dulzura y amabilidad que conocía en ella, sustituida por una mirada dura y preñada de odio.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que la noche ha llegado para vos. Ha llegado para todo el mundo.

Preas vio tarde el puñal en la mano de su sirvienta y no tuvo tiempo de apartarse mientras se lo clavaba por debajo de las costillas y hacia arriba, evitando la coraza que le cubría el pecho. Con el mismo impulso de la estocada, Elha se echó sobre Preas empujándolo sobre el balaustre del matacán.

—¡No! —gritó Fertenand, que no había tenido ocasión de reaccionar. Se abalanzó

sobre la mujer, pero no llegó a tiempo y solo fue capaz de observar, impotente, como el cuerpo del rey Preas Mor caía al vacío. La caída pareció larga, muy larga, como si el tiempo se hubiera detenido en aquel instante fatal.

Preas creyó volar mientras observaba, como algo ajeno a él, a Fertenand alongado sobre la baranda del maticán y el brazo estirado en su dirección. A su lado, la mirada ausente de toda emoción de Elha, a la que había confiado su seguridad, casi su vida. No sentía dolor, ni rabia, solo asombro e incredulidad. En unos segundos, dejó de sentir.

Por fin el suelo acudió a su cita y el cadáver de Preas quedó tirado entre los hombres que con tanta fidelidad le habían seguido a la guerra. A su alrededor se abrió un claro de soldados incrédulos que miraban hacia arriba, tratando de encontrar una explicación, incapaces de entender por qué su rey estaba allí, muerto y bañado en sangre, con el cuerpo roto por varios sitios.

—¿Qué has hecho? —gritó Fertenand a la cara de Elha agarrándola por los hombros. A su alrededor media docena de soldados habían desenvainado y apuntaban a la mujer.

La joven aferró un extraño colgante que llevaba al cuello, tirando de él y arrojándolo al suelo, donde se hizo añicos. De pronto, sus ojos se pusieron en blanco y se desvaneció. Habría caído al suelo si el caballero no la hubiera tenido agarrada. Fertenand dejó caer el cuerpo, que quedó tendido igual de desarbolado que el de Preas muchos metros más abajo.

En aquel momento, una extraña espuma marrón comenzó a brotar de su boca. Su cuerpo comenzó a temblar y sacudirse con violencia. Sus labios se movieron y Fertenand tuvo que acercarse a ella para escuchar sus últimas palabras:

—Kares vive.



«En aquellos tiempos de héroes, solo podía haber un Adalid.  
Solo Olix sabe por qué lo eligió».  
*Crónicas del Adalid de la Luz*, Edgor Mundensen, capítulo  
veintiuno.

El reino de Ereth terminaba en una pequeña cadena montañosa llamada Argzar-oth en cuya base se encontraba la aldea de Risco Verde. Era el último refugio antes del paso de montaña y la entrada a Glimaris. Apenas unos pocos kilómetros más al este estaba la frontera con Derties, por lo que Risco Verde podía considerarse una encrucijada de tres fronteras, a pesar de lo cual seguía siendo un pequeño pueblo que apenas disponía de una posada decente y algunas granjas. Poco versado en la política local, Argoht no sabía qué tipos de relaciones comerciales había establecido Ereth con sus vecinos del este, pero no debía ser importante si no disponía de un puesto avanzado en el punto más cercano a ellos. Mientras se sentaban a una mesa de la posada, deleitándose con el calor de la chimenea encendida, pensó que el grueso del comercio del reino debía llevarse a cabo a través de Bastión Dorado y Rishmar. Por su parte, Glimaris y Horias debían haber centrado sus intercambios con los reinos más orientales, Longuiss o Marder.

Como si pensar en ello lo hubiera hecho real, escuchó a tres comensales en la mesa de su derecha mencionar el nombre del reino de Marder. Al mismo tiempo, el nombre de Preas Mor. Pidió algo de comer al muchacho que se acercó a él y volvió a prestar discreta atención a las palabras que llegaban hasta él.

—... la batalla debe de haber terminado ya, pero no llegan noticias de Marder.

—Sí, silencio total.

—Lo último que escuchamos es que Preas Mor había caído.



—¿Caído?

«¿Caído?» —se preguntó a su vez el hechicero.

—Sí, los rumores dicen que asesinado por sus propios hombres. Tiraron su cuerpo por la muralla.

Aquellas palabras perforaron a Árgoht. ¿Preas... muerto? Sabía que la guerra era imprevisible y era muy probable que muriera en ella, pero le costaba creer que hubiera sido asesinado por su propia gente.

No pudo evitar girarse hacia el trío de hombres, de aspecto cansado y sucio, como si llevaran días viajando.

—¿La batalla ha terminado ya? —les preguntó.

Ninguno de los tres se molestó por la interrupción. Al fin y al cabo, estaban en una posada. Las noticias llegan y se van por el aire, como si aquel lugar fuera un inmenso foco de rumores y habladurías. Era parte de su función.

—Debe de haberlo hecho, sí —respondió uno de ellos antes de beber un largo trago de la jarra que tenía en la mano—. Yo tuve noticia de la muerte de la Estrella de la Mañana ayer, así que todo ha de haber acabado ya. Además, no nos ha llegado nada desde entonces, así que me temo lo peor.

—¿Sois erethianos?

—De nacimiento, sí. ¿Por qué lo preguntáis?

—Porque si queréis seguir siéndolo, si queréis seguir teniendo un reino al que llamar hogar, deberíais montar ahora mismo y cabalgar hasta la capital sin descanso. Avisad a la reina de estas nuevas.

—Son solo rumores...

—Es posible, pero lo dudo. La guerra viene hacia Ereth, eso dadlo por seguro. Todo lo que conocéis, todo lo que amáis, puede depender de que el reino se prepare con tiempo para defenderse.

Y, sin añadir nada más, Árgoht se concentró en el plato de comida, de exquisito olor, que acababan de dejarle delante. Lavell también se precipitó sobre el suyo como si llevara días sin comer. A su lado, percibía el desconcierto y la duda de los tres hombres. De pronto, como si hubieran tomado una decisión repentina, como si hubieran caído en la cuenta de que tenían algo urgente que hacer, se levantaron de la mesa y abandonaron el salón a toda prisa.

El meledino supo que, al menos, Atrisha y Cheen estarían sobre aviso de lo que estaba por venir. Solo esperaba que tuvieran la suficiente sabiduría como para darle buen uso a aquella información.

Atravesar las pequeñas montañas que formaban la cordillera Argzar-oth no fue complicado. Aprovecharon una caravana de comerciantes que pasó por la posada para viajar en su compañía por el estrecho sendero que las atravesaba. A pesar del frío, que bajaba cortante desde las cumbres y les obligaba a cubrirse bien la piel, el camino fue corto y ameno a través del paso entre la montaña. El silencio allí, entre los taludes de roca viva, era sepulcral y solo las risotadas de los comerciantes, que

regresaban de Ereth hacia Glimaris tras realizar buenos negocios, rompían la calma pétrea de los riscos.

Por ellos se enteró Árgoht de que Glimaris se encontraba bajo el control de la Orden, que el rey Artor de Glim se había aliado con ellos para evitar la guerra. Desde entonces, soldados negros sea habían apostado en las calles, mezclándose con la guardia de las ciudades más importantes.

—Al parecer hasta está construyendo templos para honrar a ese dios oscuro suyo.

Oyéndolos hablar, Árgoht pensó por un momento si aquella no era la mejor opción, como Atrisha había sugerido. Quizás una alianza fuera lo más sensato. Después recordó lo que había visto y vivido en la Torre Sombría de Mügero y en la batalla de Talder: una gente que invocaba o que quería el control de algo como el talhom, que a punto había estado de destruir la ciudad, no podía albergar buenas intenciones. Además, si la teoría del equilibrio planteada por la superiora Estëas en el lerteneo de Lotrain era cierta, y tenía cada vez más claro que así era, Kares representaba todo lo sombrío, oscuro y perverso de la creación. ¿Se debe permitir conseguir preeminencia a quienes lo adoran?

Una vez más, Árgoht borró aquellas reflexiones de su mente para centrarse en su misión. Si todo aquello tenía algo ver con su Destino, lo sabría a su debido momento.

«El equilibrio se ha roto. La piedra debe ser protegida».

Aquellas palabras, que ya tenían sentido para él, seguían persiguiéndolo allá donde iba. No conseguía quitarse de la cabeza el significado que tenían o por qué la Madre le había hecho cargar con aquella información si no podía hacer nada al respecto. Sabía que la piedra era U'rkoan, la Piedra del Destino, una pequeña insignificancia de cuya estabilidad dependía el Equilibrio entre los cinco Guardianes que controlaban toda la existencia pero ¿qué podía hacer él? Hasta el momento no había encontrado más que someros indicios, apenas sombras dentro de sombras, sobre las implicaciones que aquello tenía para sí mismo.

Para el viaje con los comerciantes, Árgoht había improvisado la historia de que eran peregrinos en busca de paz y consuelo en Hipesen D'an, pero no dio más detalles. Quería que, cuando sus caminos se separaran, recordaran de ellos lo menos posible. Que, cuando llegaran a su destino y sus lenguas se soltaran, la presencia de un hombre y un niño en el sur del reino no levantara ningún tipo de comentario.

—Malos tiempos para los hijos de Gan en este reino, amigo —le dijo un hombre ya entrado en años, al calor de la hoguera durante la cena.

—¿Por qué lo decís?

—Esos malditos locos de la Orden Kariteas están borrando todo vestigio de Gan aquí. Derriban esculturas, destruyen libros y azotan a quienes predicán en público. No te sorprenda demasiado si el lerteneo de Hipesen D'an ha sido destruido cuando llegues.

Aquello dio mucho que pensar a Árgoht, e infundió en él una nueva e inesperada urgencia. ¿Era tan fuerte la presencia de la Orden como para llegar a aquellos

extremos? Y comprendió que sí, que lo que conocía de ellos encajaba con aquel comportamiento.

A la mañana siguiente se separó de la caravana. Una nueva prisa se había instalado en su pecho. Además, ellos pronto tomarían dirección norte, hacia Hitreaas, la capital, por lo que se habrían separado de todas maneras. Lavell y Árgoht montaron sobre Pond y Danza y picaron espuelas en dirección noreste, por donde les indicaron que llegarían con mayor celeridad el lerteneo.

Mientras cabalgaban Árgoht se planteaba posibilidades, a cuál más nefasta, que hasta entonces no habían pasado por su cabeza. ¿Qué pasaría si llegaba allí y el edificio estaba destruido? ¿Qué haría si no encontraba rastro de los ganetorei? ¿Qué pasaría con Lavell? Aquellas preguntas le inquietaron sobremanera, y le hicieron picar espuelas y acelerar el ritmo de los caballos todo lo posible.



«En mi casa todo ser es bienvenido».  
*El libro de Gan*, introducción, varios autores.

El sur de Glimaris estaba plagado de pequeñas aldeas rodeadas de quebradas y colinas, un terreno poco apto por viajar por él y para el desarrollo de ciudades grandes. El río Man-Tiferen regaba la región, pero salpicado de rápidos y cascadas que hacían su cauce inútil para el comercio fluvial.

El lerteneo de Hipesen D'an se encontraba en la ribera norte del río y muchos metros por encima, coronando un pequeño acantilado, en un corte en la tierra provocado por el agua que se iba suavizando con el paso de los kilómetros, por lo que el ascenso no se hacía complicado ni escabroso. Así como la cara sur del edificio, la que daba al río, era inaccesible de todas las maneras, la cara norte ofrecía un acceso en ligero ascenso cubierto de hierba, una pequeña pradera en pendiente a través de la cual serpenteaba un estrecho sendero flanqueado por rocas y arbustos bajos. Un kilómetro antes, Árgoht y Lavell se detuvieron en la pequeña aldea de El Pardo, formada por un puñado de casas y una posada que a duras penas sobrevivía en medio de las quebradas.

«Un sitio duro para vivir» —pensó Árgoht mientras buscaban dónde comer algo.

Lavell se mostraba taciturno y poco hablador, algo extraño en él. Árgoht no hacía esfuerzo alguno por entablar conversación, por lo que las últimas jornadas de viaje habían sido más silenciosas de lo normal. Sabía que la actitud del chico se debía a la proximidad de su destino, a escasos kilómetros ya. A pesar del acuerdo al que habían llegado, Lavell no las tenía todas consigo. En su rostro se había instalado un mohín de disgusto que solo la aparición de nuevos paisajes conseguía borrar de forma temporal.

Mirar hacia adelante y ver el edificio de Hipesen D'an, una recia estructura con una única torre rechoncha y de piedra de color gris, le supuso un gran alivio al hechicero. Al menos el lerteneo seguía allí.

Cuando comenzaron el ascenso que les llevaría hasta la puerta, Lavell detuvo su montura. Árgoht tardó unos instantes en percatarse.

—¿Qué ocurre, Lavell?

El chico miró en todas direcciones, como si estuviera buscando hacia dónde escapar. No tenía muchas opciones y él lo sabía.

—Algo va mal —dijo por fin.

Árgoht lanzó un suspiro. Empezaba a impacientarse.

—Son días extraños. Muchas cosas van mal.

—Sabéis que no me refiero a eso. Tengo una extraña sensación, como un palpito. Va a ocurrir algo malo.

El hechicero era muy respetuoso con las premoniciones. Regresó junto a Lavell y le miró a los ojos. Los dos estaban sucios y tenían el rostro tizado, por lo que el violeta del iris de Árgoht resaltaba aún más.

—Yo estoy contigo, Lavell. No te voy a abandonar. Si algo malo ocurre allí —señaló hacia el lerteneo—, estaré a tu lado para afrontarlo. Confía en mí.

Lavell miró a Árgoht a su vez y, sin decir nada más, taconeó el costado de su montura y se puso en marcha muy despacio. El meledino lo observó un instante. Su miedo era peligroso. Tendría que vigilarlo de cerca.

Unos minutos más tarde golpeó con los nudillos en el enorme portón que servía de entrada al lerteneo. Hasta ellos llegaba el murmullo del río que corría mucho más abajo, más allá del borde de los riscos. Tardó un buen rato en ocurrir algo, a pesar de que estaba seguro de que les habían visto llegar. Imaginó al vigía en cuestión acudiendo a sus superiores para dar aviso y solicitar instrucciones.

La tarde caía a su alrededor, vistiendo el edificio de tonos dorados que le hacían parecer una gran hoguera en mitad de la llanura. Por fin, el portón se abrió y les recibió un hombre muy delgado y casi completamente calvo, a pesar de que no debía de haber llegado aún a la senectud. Vestía con la misma túnica gris que durante un año vio día tras día en Ärgufal.

—La bendición de luz sea con vosotros, amigos. ¿En qué podemos ayudaros?

La voz del hombre era dulce y un poco más aguda de lo que podía esperarse.

—Mi nombre es Árgoht Grandël y venimos desde el lerteneo de Ärgufal...

—¿Ärgufal? —Los ojos del hombre se abrieron de par en par—. Eso está muy lejos. Debéis de estar agotados.

El hombre se giró y llamó a alguien con un gesto. En la puerta apareció un muchacho apenas un poco mayor que Lavell. También vestía la túnica y llevaba el pelo muy corto.

—Lleva a los caballos atrás. Abrévalos y dales de comer.

El chico se dispuso a obedecer sin decir palabra. Árgoht vio cómo se llevaba a

Pond y Danza y se perdía de vista al doblar una esquina del edificio.

—Las cuadras se encuentran en la fachada norte. Estarán bien. Pero pasad, por favor, pasad.

El ganetorei se hizo a un lado para franquearles el paso. Árgoht hizo pasar a Lavell y entró tras él en el lerteneo de Hipesen D'an.

Ahora que por fin había llegado a su destino, Árgoht no pudo evitar preguntarse: «Y ahora, ¿qué?».



«Los Guardas lograron algo más que recitar un ritual. Lograron dar vida a lo muerto».

*Magia, entre la leyenda y la realidad*, Aith Calea, capítulo treinta y dos.

El estado de excitación en el que se encontraba Shera Ante'i le había impedido dormir. A pesar de ello, recibió el amanecer espabilada y activa, ansiosa por presenciar lo que iba a ocurrir aquel día. Ya estaba vestida con una sencilla túnica que resaltaba sus escasas curvas, aquellas que siempre le habían acompañado y que había perdido durante la demente lectura del *Triforetau*.

A última hora del día anterior había llegado la noticia que había estado esperando. «Como si el mismísimo Kares me estuviera recompensando por mis sacrificios».

Inmediatamente se arrepintió de aquel pensamiento, soberbio y audaz, pero el hecho era que el colgante se había quemado. La marca en su cuello así lo atestiguaba. La pequeña piedra que siempre llevaba consigo desde que había enviado a Gres Andurtoi a Angôr le había dado la señal. Tuvo que quitárselo de un tirón y arrojarlo lejos de sí cuando se hubo calentado casi hasta el punto de quemarle la piel. Sabía que lo sentiría en el momento en que Gres destruyera la réplica que ella poseía, pero no que fuera a ser tan intenso.

Pero lo importante era lo que aquello significaba. El colgante había sido destruido y nadie más que ella misma podía haberlo hecho. Así pues, el mensaje estaba claro: había ejecutado su directriz y había matado a Preas Mor. Solo le faltaba por saber si había sido estricta hasta el final. Su orden era que lo asesinara cuando más falta hiciera para su gente, cuando su muerte causara más impacto y dolor. En cualquier caso, fuera o no así, el mero hecho de quitarse al molesto Preas de delante era una

gran noticia. Lo último que necesitaban era un líder espiritual. El título de Estrella de la Mañana que le habían asignado irritaba a Shera más de lo que se atrevía a reconocer. Además, la derrota en Talder'an aún escocía a la Maestra. Derrotado Mor, el sur quedaría a su entera disposición.

Mirando entonces, horas después, los restos del colgante, tirados en la esquina en la que había caído cuando se lo había quitado, supo que no tendría mejor momento que aquel. El ritual tendría que completarse aquel mismo día.

Unos golpes en la puerta la hicieron darse la vuelta. Antes de que Almina llegara a abrir entró Gio Lahnoir como una exhalación.

—¿Vas a hacerlo hoy? —dijo con voz de pito.

«Los rumores vuelan». Shera contuvo su irritación.

—Así es, Maestro.

—¿Estás segura de que es el mejor momento?

—Preas Mor ha muerto.

La expresión de Gio resultó, tal y como Shera esperaba, de total desconcierto. Su calva, brillante de sudor, reflejaba los primeros rayos del sol que entraban por la ventana.

—¿Cómo lo sabes?

—Digamos que tengo mis propias fuentes, mis propios informadores.

—Siempre maquinando a espaldas de la Orden, ¿verdad, Shera? Algún día vas a meterte en problemas.

—Es posible, pero no será hoy. La muerte de Preas no ha sido casual. La he orquestado yo. Ahora pueden pasar dos cosas. La más normal sería que su caída desanimara a sus tropas, haciendo que su ímpetu se deteriorara y nos permitiera barrer lo que quedara del ejército del Abrigo. O bien podría tener un efecto llamada en sus tropas y que reforzara su moral, al contrario de lo que yo pretendo. Para esto dependen de encontrar rápidamente un líder que recoja el testigo de Preas y lo convierta en un mártir. En cualquiera de los dos casos, es el mejor momento para lanzar a los Hijos de Kares contra ellos. Si están débiles, su presencia terminará de destruirlos, a todos los niveles. Si se han reforzado, será un impacto contra su moral redescubierta. No tendremos mejor ocasión que esta.

Gio guardó silencio unos instantes, reflexionando. Shera sabía que él estaba tan ansioso por hacerlo como ella.

—¿Estás segura de que de que saldrá bien?

—Que salga bien o no solo están manos de Kares. Lo único que podemos hacer es realizar el ritual de la forma más literal posible y rezar porque digamos las palabras exactas, en el tono exacto y en el momento preciso.

—Demasiadas cosas dependen de algo tan vago.

—Kares nos pondrá en el sendero correcto.

Gio se rindió a los argumentos de Shera con un suspiro. Se pasó la manga de la túnica para secarse las gotas que amenazaban con descolgarse por sus sienes.



—De acuerdo. A tu manera entonces. Informaré al Ser Supremo.

Y, sin más, salió de la estancia. Almina cerró la puerta tras él.

Shera se quedó con ganas de añadir un último comentario para cerrar la conversación.

«Siempre hago las cosas a mi manera».

Los últimos invitados al sacrificio habían muerto aquella misma mañana. El campamento, después de aquello, había quedado vacío. De lo allí ocurrido solo quedaba una inmensa columna de humo, procedente de la hoguera en la que se estaban quemando los cadáveres de los sacrificados, y las barricadas que contenían su sangre. Eran tantas que Shera había desistido de llevar la cuenta. Llevaban desde que había roto el alba trasladándolas al lugar en el que se llevaría a cabo el ritual y apenas habían movido una pequeña parte del total.

Ella en persona había supervisado el sitio tras mucho deambular por los alrededores. Había encontrado un pequeño anfiteatro natural en roca viva. El suelo estaba siendo excavado para crear un gran socavón en el que verter la sangre de los barriles. Hirde Gatart y Glimareas Bok supervisaban aquel delicado proceso mientras los demás se repartían entre el camino y el campamento, pendientes de cada paso del traslado. Además, un centenar de soldados velaba por la seguridad, evitando que miradas curiosas o inoportunas presenciaran algo de lo que allí iba a ocurrir. Habían tenido que sofocar ya dos ataques de civiles indignados con lo que consideraban una atrocidad. Por supuesto, Hicol Duntas no había movido un dedo para evitarlo, ni en un sentido ni en otro, por lo que el camino había quedado regado con más sangre aún a sumar a la que cargaban en los barriles. Cuando Shera tuvo noticias de todo esto sintió algo parecido a la satisfacción. No encontrar resistencia en la población habría sido demasiado fácil. Estaba decidida a destruir toda la ciudad si era necesario, pero tras esos ataques, parecía que nadie más se había atrevido a intentarlo. Las cabezas de los líderes, clavadas en picas a lo largo de la ruta, debía estar sirviendo de advertencia suficiente para cualquier otro valiente que osara enfrentarse a la Orden.

Aquel era el motivo por el que Shera había decidido no llevar a cabo la invocación en el propio campamento. Visible desde la ciudad, los rumores se dispararían y la información viajaría lejos y muy rápido. Si bien allí ya sabían que se estaba cocinando algo grande, Shera no quería que nadie tuviera información de primera mano. Si el ritual salía mal, solo tenían que regresar a sus quehaceres como si nada hubiera ocurrido. Aun así, desde allí podían verse las torres más altas de la ciudad.

A media tarde, un grupo de acólitos había cavado un ancho agujero circular en la tierra blanda de diez pasos de diámetro y dos de profundidad. Ella misma hizo los honores y, con una pequeña hacha de mano, rompió la primera barrica, cuyo contenido se vertió en el agujero mientras era sostenida por dos jóvenes. Gracias al buen hacer de los brujos, la sangre tenía la misma textura y color que tendría de haber sido recién extraída. Tanto los zapatos como los bajos de su túnica quedaron teñidos

de rojo, a pesar de que el color oscuro de las prendas lo disimulaba. Ella la sentía, percibía su olor, y se sintió reconfortada. Una docena de sirvientes se dedicaron a partir de aquel instante a romper más barricadas y vaciar su contenido en el agujero, de forma que la tierra se empapara y cada uno de sus poros quedara anegado de color carmesí, saturada con el poder del sacrificio humano. Shera se retiró hasta una posición elevada, sobre una de las rocas que le daban forma semicircular al emplazamiento. Por el camino llegaban más carromatos con barriles. Si sus cálculos no le fallaban, aún tardarían varias horas en recibirlos todos.

Y así fue. Ya la noche había caído sobre ellos cuando las últimas gotas de sangre cayeron en el gran charco rojo. El líquido había sobrepasado los límites del agujero y se había derramado en todas direcciones, formando un barro pastoso en varios pasos a la redonda. Con los últimos carros llegaron también los Guardas restantes y los Maestros, que no querían perderse una ocasión como aquella. Saliera bien o mal el ritual, el espectáculo sería digno de verse.

Toda la zona estaba iluminada por antorchas. Desde la distancia, le había dicho uno de los maestros, el lugar parecía un pequeño poblado. Alrededor del pozo de sangre, una línea de antorchas clavadas en el suelo borraba las sombras de su interior. Dentro de aquel círculo se situaron los Guardas. Shera les había dado por escrito días atrás las palabras que, según el *Triforettau*, conformarían el ritual. No sabía nada más al respecto. Ni cuánto tiempo iba a durar, ni cuál era el tono exacto en el que debían recitarse, si el poder acumulado en la sangre que manchaba las botas de los brujos sería suficiente para activar el conjuro, o si al final de todo el trabajo que había costado ocurriría algo, lo que fuera. Aquella incertidumbre aceleró el corazón de Shera cuando se dispuso a hablar. Todos los presentes, sirvientes, acólitos, Guardas y Maestros, se giraron hacia ella.

Todos menos el Ser Supremo.

Aun le irritaba la negativa del líder a presenciar el despertar. No había dado explicación alguna al respecto, así que Shera solo podía especular sobre las causas que podían haberle hecho quedarse en la fortaleza en vez de presenciar un momento crucial como aquel, pero no tenía tiempo de detenerse en esas elucubraciones y las desechó de su mente para concentrarse en el ritual. Por supuesto, Kilnárion tampoco estaba allí.

A su espalda, una docena de guardias se habían situado para proteger a los Maestros, que se habían instalado allí para presidir el acto. Cogió aire y empezó a hablar. Las sombras de las antorchas bailaban en los ángulos marcados por la delgadez de su rostro, dándole un aspecto demoníaco.

—Hermanos, esta noche vamos a vivir uno de los momentos más importantes de nuestras vidas.

Su voz, reverberando en la roca que le hacía de escenario, tenía una sonoridad atronadora.

—Esta noche se va a cumplir la voluntad de Kares a través de nuestros actos. Esta

noche demostraremos al mundo lo que podemos hacer y vengaremos el ostracismo al que nos han tenido sometidos durante tanto tiempo. El día de nuestro alzamiento ha llegado. ¡Loado sea Kares!

—¡Loado sea Kares! —repitieron a coro todos los presentes.

—Jerkal'im regresó a esta tierra sin nuestro seno para acogerle, sin que pudiéramos ofrecerle abrigo. Kares, en su eterna sabiduría, así lo dispuso. Pero ahora no va a ser así. Esta vez recibiremos a sus hijos como se merecen.

Shera sacó los papeles y se dispuso a leer el ritual. Su corazón se aceleró aun más, una gota de sudor recorrió su mejilla a pesar del fresco de la noche y le temblaron los labios. Tuvo que coger aire varias veces para serenarse antes de comenzar a leer.

El ritual estaba escrito en un antiguo lenguaje del que ella apenas conocía algunas palabras sueltas, pero era capaz de recitarlo a pesar de no entenderlo del todo. Mientras ella hablaba, los Guardas respondían a coro, hasta que, un buen rato después, los dejó a ellos solos recitar la letanía. Las voces se acoplaban a la perfección y el tono resultaba agradable al oído. Shera sintió un escalofrío por la espalda. Su parte estaba completa. Ahora dependía del buen hacer de los brujos. Con ellos situados alrededor del charco de sangre, recitando como si fueran una sola voz, Sintió el poder que emanaba de ellos y tuvo envidia de aquella energía que les recorría. Ella, acostumbrada a pelear por cada logro alcanzado en su vida, por cada miga de pan que se había llevado a la boca, pensó que era injusto que aquellos hombres y mujeres hubieran nacido con tales dones. No habían hecho nada para ganárselos.

Sus pensamientos regresaron al ritual y se reprendió por la distracción, temerosa de que cualquier despiste diera al traste con todo. Pero nada parecía haber cambiado. De hecho, minutos después nada parecía cambiar. Shera no sabía cuánto tiempo debían recitar el conjuro, pero había esperado algo, lo que fuera, desde el comienzo.

En aquel momento, como si al pensarlo lo hubiera invocado, una ligera agitación sacudió la superficie del lago de sangre. Shera pensó que su mente ansiosa lo había imaginado, pero se repitió unos segundos después, como si alguien hubiera lanzado una piedra justo en su centro. Después, de nuevo la calma. La Maestra no se atrevía siquiera a parpadear, pero nada más ocurrió durante un decepcionante rato. La voz de los Guardas fluctuaba con cada palabra.

De pronto, toda la superficie roja se agitó y comenzó a burbujear. La voz de los Guardas subió de volumen involuntariamente, contagiados de la emoción de ver que algo estaba ocurriendo. Shera sintió una corriente de energía que partía del centro del círculo.

Sintió algo parecido al éxtasis recorriendo todo su cuerpo.

«¡Sí!».



«Gan habla solo para quienes estén dispuestos a escuchar».  
*El libro de Gan, corolario, varios autores.*

Hipesen D'an no era, en ningún sentido, muy diferente de Ärgufal. Tanto en el aspecto arquitectónico como en el de la apariencia y actitud de sus moradores. Pero había una diferencia que se podía apreciar cuando se miraba a los ojos de los ganetorei con los que Árgoht y Lavell se iban cruzando a medida que avanzaban por los pasillos sin saber muy bien a dónde eran conducidos: en ellos había miedo.

Árgoht no necesitó esforzarse por adivinar el motivo de aquel temor. El reino de Glimaris había sido conquistado, aunque de manera pacífica, por la Orden Kariteas. Cualquier oposición a sus creencias sería enfrentada y aniquilada. Era solo cuestión de tiempo que algo malo pasara en Hipesen D'an y aquella certeza se había instalado como una losa sobre sus moradores.

Por fin llegaron a una sala de baños. Era sencilla y austera, con cinco grandes bañeras de madera que perdían agua por varios sitios, desapareciendo por los diversos desagües situados en el suelo. Dos jóvenes ganetorei les esperaban ya con prendas limpias y toallas con las que secarse. Otros dos estaban llenando sendas bañeras para ellos.

—Soy Kertis —dijo el hombre que les había conducido hasta allí—. Vendré a buscaros dentro de un rato para que comáis algo. Después os reuniréis con Giqax Tor, nuestro superior, para que le contéis vuestra historia. Porque no habréis recorrido tan larga distancia si no es por algo importante, ¿me equivoco?

—No, Kertis. No os equivocáis.

—Pues estad listos en media hora. Disfrutad del baño.

Con una leve reverencia, el hombre salió y cerró la puerta tras de sí en el más

absoluto silencio.

Una vez ambos estuvieron dentro de sus respectivas bañeras, Árgoht sintió cómo sus músculos se iban relajando a medida que el agua, a pesar de estar fría, iba limpiando su piel de la suciedad del camino. Observó a Lavell, que seguía taciturno y observándolo todo a su alrededor, como si se preparara para algún peligro inminente.

—Relájate, chico —le dijo Árgoht, cerrando los ojos—. Nada te sucederá aquí. Estás a salvo.

Lavell no respondió, pero relajó la mirada.

—¿Qué va a ocurrir ahora? —preguntó tras unos instantes.

—En ese aspecto estoy tan a ciegas como tú. De momento me voy a limitar a disfrutar del baño. Te recomiendo que hagas lo mismo. Nunca se sabe cuándo podrás disfrutar de otro.

Kertis regresó un rato después y encontró a los recién llegados terminando de vestirse con las sencillas túnicas de la Orden. Sus ropas quedaron en una esquina junto a sus petates. Árgoht amarró a Êralin a su cintura.

—No necesitaréis eso aquí —le dijo Kertis sin dejar de mirar la espada.

—Supongo que no, pero estoy acostumbrado a llevarla conmigo. No la dejaré atrás.

—Como deseéis. Os ruego, al menos, que no hagáis ostentación de ella. Aquí somos gente pacífica.

Tras salir de los baños, Kertis les acompañó a través de varios nuevos pasillos hasta el gran comedor, una sala inmensa repleta de largas mesas y bancos corridos. Varias de ellas estaban ocupadas en aquel momento, pero todos parecían invitados. Los ganetorei debían de comer a otra hora. Árgoht miró a su alrededor. El comedor estaba bien iluminado aún, con los últimos rayos de sol de la tarde, a pesar de lo cual ya estaban encendidas varias antorchas y adosadas a las paredes. Viendo las dimensiones del edificio, en comparación con Ärgufal, Árgoht pensó que Hipesen D'an debía de albergar al menos al doble de ganetorei que aquel.

A una de las mesas estaba sentado, solo, un hombre grande de escaso pelo blanco que contrastaba con su tono de piel, muy oscura, que denotaba su procedencia de los pueblos Astanos del Este, en la costa del Mar Esquivo.

Kertis se dirigió hacia el hombre. Tenía una enorme barriga que destacaba al lado de la delgadez de su compañero. Se levantó con dificultad al ver llegar a Árgoht y Lavell. Sobre la mesa tenía varios papeles y libros en los que parecía estar haciendo anotaciones con una pluma.

—Bienvenidos, viajeros. Me llamo Giqax Tor. Os doy la bienvenida al lerteneo de Hipesen D'an, nombre que algún día significó «Roca de Guía». Espero que hayáis podido quitaros el polvo del camino y hayáis dejado allí vuestros problemas. Este es un lugar de paz.

Aunque no hizo alusión a ella, ni la miró siquiera, Árgoht sabía que aquellas palabras iban dirigidas a la espada que pendía de su cintura.

—Y en paz venimos, maese Tor.

—Llamadme Giqa. Todos por aquí lo hacen.

Un acólito los interrumpió para situar ante los invitados dos bandejas con algunas viandas: pan, cecina, verduras cocidas y agua. Cuando se hubo retirado, Árgoht comenzó a comer mientras retomaba la conversación.

—De acuerdo, Giqa, como deseáis. No venimos a causar problema alguno a vuestra comunidad. Nada debéis temer de nosotros. Mi nombre es Árgoht Grandël y él es Lavell.

—Mis disculpas por la desconfianza, pero en las últimas semanas han sido atacados varios lerteneos por todo el reino. La Orden Kariteas pretende extinguir cualquier otra luz que no sea la que emite su dios oscuro.

—Eso es muy osado por su parte...

—Su mera existencia es una osadía. Sus pretensiones son una osadía. Son tiempos complicados.

—Despreocupaos. Nuestros pasos han terminado aquí desde Ärgufal a petición de Orges.

—¿Qué cuenta el bueno de Orges? Hace meses que no sabemos nada de ellos.

—Hasta donde yo sé, todo sigue en orden allí. Si hemos recorrido tan largo camino para llegar hasta aquí es porque le hice la promesa de traer a Lavell hasta vosotros. Por algún motivo, él creía que estaría mejor aquí.

En aquel momento, la mirada de Giqa cambió. Sus ojos se abrieron de par en par y miró fijamente al muchacho. Después miró a Kertis, que se había sentado a su lado.

—¿Será él?

Kertis miró al muchacho.

—Debe de serlo. Aunque hace mucho que dijo que lo enviaría aquí.

En aquel momento, Lavell sacó la nota que Orges le había dado. Estaba sucia y arrugada, pero el chico la había guardado con celo durante todo el viaje. Incluso Árgoht se había olvidado de su existencia. Con mano firme, se la entregó al orondo superior de la Orden. En cambio, a él le tembló un poco la suya al estirla para sujetar el pequeño papel.

Tras romper el lacre que la sellaba, tardó apenas unos segundos en leer la carta, pero en aquel tiempo su rostro fue pasando de la serenidad a la sorpresa y después a la incredulidad más absoluta. Cuando levantó la mirada la clavó en Lavell y, para aquel entonces, lo que había en sus ojos era veneración.

—¿Va todo bien? —le preguntó Árgoht—. No tenéis buena cara.

Giqa había palidecido. Y decir aquello de un astano, cuya piel era negra como la noche, era decir mucho. El hombretón se limitó a doblar el papel y guardarlo en un bolsillo de su túnica. Tornó su expresión en una máscara pétrea.

—Terminad de comer sin prisa, pero después reuníos conmigo, os lo ruego. Kertis os guiará.

Y, sin más palabras, levantó su pesado cuerpo, haciendo crujir el banco de

madera, aliviado de su peso, y salió del comedor. Lavell miró a Árgoht y este le respondió con la mirada que no sabía qué acababa de ocurrir. Señaló hacía su plato con la cabeza, indicándole que terminara de cenar.

El chico se encogió de hombros y se echó un pedazo de pan a la boca.

—Nunca se sabe...



«El tiempo era un buen aliado del Adalid».  
*Crónicas del Adalid de la Luz*, capítulo veintidós. Edgor  
Mundensen.

Aquella noche no supieron nada más de Giqax Tor. Kertis no les llevó con él, sino a una celda común que disponía de una veintena de camas para invitados y peregrinos. Solo tres estaban ocupadas cuando llegaron allí. El hombre les indicó dos de ellas, sobre las que ya descansaban sus petates. El cansancio se apoderó de ambos y Árgoht agradeció para sus adentros no tener que reunirse con nadie en aquel momento. Agotados como estaban tras el viaje, cayeron dormidos apenas tocaron el catre.

Árgoht soñó. Sus sueños lo llevaron de un lugar a otro. En un momento estaba en mitad de una batalla, en otro entrando en una cueva de una montaña que le resultaba extrañamente familiar y luego bajo los altos muros de lo que parecía una gran ciudad. Sin orden ni continuidad aparente, su cerebro parecía estar recibiendo demasiada información como para asimilarla de golpe. Sintió en el sueño la presencia de dos entidades enfrentadas entre sí, el odio que destilaba de ambos, la furia de la contienda y el dolor de los muertos que su lucha estaba dejando a su paso. Vio un mundo oscuro y vacío en el que nada crecía. Yermo. Convertido en un erial. Las nubes de tormenta habían llegado y habían cubierto todo de sombras.

Despertó sobresaltado, con el corazón golpeando su pecho y la impresión de haber gritado. Era aún de noche y no tenía la sensación de haber dormido de verdad. Miró a su alrededor a ver si había despertado a alguien con su agitación, pero todo estaba en calma en la gran sala.

A su lado escuchó la respiración pausada de Lavell. Trató de analizar lo que acababa de experimentar, pero le fue imposible. Estaba saturado de imágenes y



sensaciones. Aun así, no pudo evitar pensar en que lo más desconcertante de aquel sueño enloquecido era que en todas aquellas escenas, inconexas y sin sentido aparente, Lavell estaba a su lado.

Era muy inquietante.

Un rato más tarde, un poco más calmado, escuchó los pasos, tenues como suspiros, de Kertis mientras se dirigía hacia su catre. La luz del día apenas empezaba a asomar tímidamente por las altas y estrechas ventanas de las que disponía la estancia. Se sentó para recibir al ganetorei.

—Buenos días, mi señor Árgoht. El hermano Giqax solicita que os reunáis con él cuanto antes.

Árgoht se levantó y miró a Lavell.

—No os preocupéis. Aquí estará bien.

El meledino se puso en pie, aún con la túnica que había usado el día anterior, y cogió a Êralin del lugar en el que la había apoyado. La mirada de Kertis fue elocuente, pero tuvo la prudencia de no hacer comentario alguno.

—Seguidme, os lo ruego.

Kertis llevó al hechicero a un gran salón decorado con austeridad. Una chimenea agonizaba en la pared más alejada de la gran puerta doble que traspusieron para acceder. En el centro, una mesa alargada de madera sin tratar. Giqax estaba de pie en el extremo más alejado, apoyado sobre un gran libro con aspecto de ser muy antiguo. La mesa estaba atestada de más volúmenes y manuscritos, rodeada de sillas colocadas de cualquier manera, señal de que habían estado ocupadas hasta hacía poco, como si acabara de terminar una reunión con muchos presentes.

—Mi señor Árgoht, lamento sacaros de la cama. —No estaba durmiendo.

—Aun así, son vuestras horas de descanso. No os habría hecho llamar si no fuera por un asunto de vital importancia. ¿Queréis comer algo?

—Tomaré agua, gracias.

Kertis abandonó el salón en completo silencio.

—Sentaos, por favor —pidió Giqax, haciendo lo propio en una de las sillas libres.

Árgoht ocupó otra frente al ganetorei. Giqax guardó silencio unos instantes como si estuviera ordenando sus pensamientos o buscando las palabras adecuadas con las que comenzar a tratar un asunto de especial delicadeza.

—¿Queríais contarme vuestra historia? —preguntó por fin. La pregunta dejó a Árgoht un poco descolocado.

—No esperaba que esta reunión fuera a tratar sobre mí. Soy poco dado a hablar de mi vida, Giqax. ¿A qué se debe el interés?

—Necesito saber quién sois y qué papel habéis desempeñado en la vida de Lavell. No pretendo interrogaros, ni mucho menos. Así que aceptaré lo que me queráis decir al respecto. Respetaré de igual manera vuestro silencio. La situación cada vez le gustaba menos.

—Haremos una cosa. Preguntad lo que necesitéis saber y yo decidiré a qué debo

responder.

—Me parece justo. Dice Orges en su carta que sois un hechicero y que vuestra llegada a Ärgufal fue un tanto... peculiar.

Árgoht nunca le había contado nada a Orges respecto a su participación en los acontecimientos que habían tenido lugar en Talder'an. No tenía por qué explicarlo ahora.

—Así es. Me trasladé allí por error.

—¿No fuisteis allí voluntariamente?

—No.

Giqax unió las yemas de los dedos sobre su prominente barriga. Tenía el pelo desordenado y sucio. Saltaba a la vista que no había dormido en toda la noche.

—¿Orges os comentó algo sobre Lavell de las sospechas que albergaba con respecto a él?

—No, nunca hablamos de él salvo cosas menores y el día que me pidió que lo acompañara hasta aquí.

«Sé que es más de lo que parece, que va a ser alguien importante en este mundo»  
—recordó Árgoht de pronto.

—¿Conocéis nuestros libros? ¿Estudiasteis alguno de nuestros textos mientras estuvisteis en el lerteneo de Sal?

—Me temo que los asuntos religiosos no son de mi interés, lo lamento.

Giqa esbozó una sonrisa cansada.

—Me lo estáis poniendo difícil... ¿Habéis oído hablar de la Profecía de la Advocación? ¿Estáis familiarizado con la existencia de los Guardianes?

Árgoht trató de contener el respingo que aquellas palabras le provocaron, pero no lo consiguió.

—Veo en vuestros ojos que algo sabéis. Por favor, compartidlo conmigo. Pronto entenderéis su importancia.

Árgoht pensó durante unos segundos, tratando de decidir qué contar exactamente.

—Estuve un tiempo en el lerteneo de Lotrain, en Angôr. La hermana Estëas me enseñó una ilustración de los Guardianes situados en torno a U'rkoan, la Piedra del Destino. —«El Equilibrio se ha roto. La piedra debe ser protegida»—. También me dijo que los acontecimientos que se están desarrollando a nuestro alrededor pueden tener relación con el desequilibrio entre ellos, que alguno esté prevaleciendo sobre los demás.

—Kares. El Guardián de la Sombra —dijo Giqax.

Árgoht asintió.

—Sabéis, pues, que enfrentado a Kares se encuentra Olix, el Guardián de la Luz. La profecía de la Advocación dice lo siguiente —Giqa se abalanzó sobre uno de los muchos libros que descansaban en la mesa—: «El Equilibrio se romperá cuando la sombra prevalezca sobre la luz, cuando las nubes cubran de ceniza el cielo. El mal corromperá nuestras entrañas y la vida abandonará nuestros corazones. Pero incluso

en el Fin, habrá lugar para la Esperanza. De entre los rescoldos del fuego de la luz vendrá el nuevo protector a ocupar el lugar del difunto. Nada se sabrá de él. Llegará sin más, perdido y desorientado, capaz de curar alma y corazón solo con su voz, capaz de reunir multitudes con solo abrir sus brazos, capaz de sanar la brecha. Indefenso ante el mundo, traerá consigo un protector que le orientará sobre el camino correcto, que le situará en la senda exacta».

Giqax dejó de leer y se acomodó de nuevo en la silla. Árgoht había sentido un escalofrío de reconocimiento al escuchar la primera frase.

—Es una traducción bastante pobre, lo sé, pero el original está en un idioma que pocos conocen ya. Esta es la versión más fiel, la que ha perdurado con más fuerza. La primera vez que aparece la palabra *protector* nosotros la interpretamos como *guardián*. La segunda vez no tiene el mismo sentido que la primera y siempre lo hemos considerado un error de traducción. Creemos que se refiere a un defensor, un guía y amigo.

Árgoht dedicó unos momentos a analizar las palabras de Giqax.

—¿Y creéis que esa profecía se está cumpliendo? —Exacto. Fijaos bien. «Cuando la sombra prevalezca sobre la luz» hace alusión al Daño que corrompe nuestras tierras. Nunca en la historia ha habido una enfermedad como esta, que afecta a las mismas entrañas de Thera, a su misma naturaleza. Y en este aciago momento, resurge una fuerza oscura como es la Orden Kariteas, casi extinguida diez años atrás. Al mismo tiempo, aparece un chico en nuestra puerta desde ninguna parte. «Nada se sabrá de él» —leyó de nuevo—, «llegará sin más, perdido y desorientado». Creo que son palabras que definen bastante bien la situación de Lavell, o eso cree el hermano Orges. Él añade en su nota que la última parte también encaja con él y yo confío en su palabra. «Así pues» —pensó de pronto el hechicero—, «Orges me ha mentado». Aún recordaba una de sus últimas conversaciones. «El único guardián que nos protege es Gan, con su sabiduría y calor. No vayas más allá». Ahora descubría que sabía mucho de aquel tema y no había querido compartirlo con él. Una oleada de enfado recorrió su cuerpo. Pensó también en lo que había vivido con el chico. ¿Se podía decir que era «capaz de curar el alma y el corazón» con sus palabras? Quizás sí, quizás no.

—Pero hay otra parte que también nos inquieta y nos hace pensar que la Profecía se está cumpliendo.

Árgoht empezó a temer lo que vendría a continuación. Casi tuvo ganas de levantarse de inmediato y abandonar el lugar, pero le pudo la curiosidad por saber a dónde llevaba todo el misterio.

De nuevo pensó en Orges.

«¿Por qué no me lo dijiste?».

—Menciona a «un protector que le orientará sobre el camino correcto, que le situará en la senda exacta» y, casualmente vos, un hombre de excepcional poder y valía, aparece en su vida cuando el Desequilibrio es más evidente. Es vuestra

presencia la que da sentido completo a la Profecía. Si no hubierais aparecido vos quizás Lavell sería otro chico más. Vuestra aparición en Ärgufal, tan extraña e imprevista como la del chico, es la que redondea el misterio.

—Yo no soy protector de nadie —dijo el meledino—. Hay miles de interpretaciones posibles.

—Es cierto. Mis hermanos y yo llevamos toda la noche estudiando las antiguas palabras, analizando cada frase, cada giro, cada posible interpretación y no hemos encontrado fallo alguno en el razonamiento. La conclusión es clara a nuestros ojos: Lavell es la reencarnación de Olix, Guardián de Luz y debe ocupar su lugar para restablecer el Equilibrio. De lo contrario, el mundo tal y como lo conocemos habrá llegado a su fin.

—Estéas dijo algo parecido —dijo Árgoht, tratando de ordenar sus pensamientos, intentando encontrar una brecha en el razonamiento de Giqax que le apartara de las implicaciones que aquellas palabras traían consigo—. ¿Cómo se supone que haréis eso? ¿Y qué tiene todo esto que ver conmigo?

—Respecto a lo primero, todavía no lo sabemos. La Antiguas Palabras no dicen nada sobre eso. En cuanto a lo segundo, no os pediremos nada. Creemos que ya habéis aceptado vuestro rol en esta historia, aunque tal vez ni vos mismo lo sepáis. Sois el protector de Lavell mencionado en la Profecía.

Árgoht se levantó, incómodo de pronto.

—Tonterías. Dadle ese libro a cualquier otro grupo de hombres e interpretarán algo completamente diferente.

Giqax se puso muy serio de repente.

—Os ruego que no os toméis este asunto a la ligera. La Orden Ganetorei lleva mucho tiempo preparándose para algo así. Aunque Gan no esté implicado directamente en el conflicto, el Desequilibrio también le perjudica. Nos afecta a todos cuantos vivimos en Thera y disfrutamos con cada salida y puesta del sol. La Orden de la Luz está todavía más extinta de lo que estuvo la Orden Kariteas y eso ocurrió porque el escepticismo se adueñó de sus corazones. Perdieron la fe. Sus plegarias han caído en el olvido. Ahora solo quedamos nosotros para hacer frente al poder que ha despertado, dispuesto a acabar con todo.

—Repito que todo esto no tiene nada que ver conmigo. He cumplido mi palabra de traer al chico hasta aquí. Punto final. A partir de ahora continuaré mi camino yo solo.

—No queréis entender...

—No, no quiero —Árgoht dio un golpe en la mesa con la mano abierta, harto de que le pidieran que hiciera cosas que no quería hacer—. Os deseo la mejor de las suertes, pero hoy me marchó. No tengo nada que hacer aquí.

Giqax bajó la mirada apesadumbrado y lanzó un suspiro al aire. Su enorme cuerpo parecía enterrado entre todos los libros y papeles que había sobre la mesa. Árgoht se dirigió a la puerta y salió sin esperar a que Kertis abriera, haciéndolo él

mismo.

Mientras regresaba al dormitorio común, Árgoht se dio cuenta de que estaba enfadado, aunque no comprendía bien el porqué. Estaba acostumbrado a que sus servicios fueran requeridos para una u otra cuestión, así que no tenía motivos reales para reaccionar como lo había hecho. Con decir que no lo haría habría sido más que suficiente. ¿Por qué había reaccionado de aquella forma? Había sido brusco con Giga, quien le había abierto las puertas de su casa y había compartido con él su comida.

Se detuvo ante la puerta del gran dormitorio, tratando de analizar la conversación que acababa de tener e intentando que su respiración recuperara su ritmo normal. Estuvo a punto de darse la vuelta y regresar a hablar con el ganetorei, pero finalmente lo dejó correr y accedió a la sala. En su catre, Lavell continuaba durmiendo envuelto en una ligera manta. Árgoht comenzó a recoger sus cosas en el más absoluto silencio. Lo último que deseaba era una larga discusión con el muchacho, pero no pudo evitar quedarse mirándolo por unos instantes, preguntándose si todo lo que le había dicho Giqax sería cierto. Era evidente que Lavell era peculiar, que gustaba a todos e, incluso para él, se había convertido en alguien querido, pero de ahí a deducir que era el nuevo Guardián de la Luz iba un trecho enorme. La Profecía podía tener muchas otras interpretaciones. Era solo casualidad, la explicación de alguien ansioso porque esa y no otra fuera la respuesta.

«Tú no crees en las casualidades». El pensamiento llegó brusco, como si no lo hubiera pensado él sino que hubiera sido introducido en su cerebro por la fuerza. Era cierto.

Aun así, se negaba a formar parte de aquello. Se cambió de ropa, terminó de recoger sus cosas y se dio la vuelta para marcharse.

—¿Te vas? —preguntó Lavell a su espalda con un susurro quedo.

Árgoht lanzó un suspiro. Se giró hacia el muchacho. Tenía la mirada pastosa de sueño y los ojos legañosos.

—Sí. Mi papel aquí ha llegado a su fin. Debo continuar mi camino.

Lavell se puso en pie.

—Voy contigo.

—No.

El chico se quedó de piedra, clavado al lugar en el que se encontraba como si sus pies se hubieran enraizado por arte de magia.

—Me lo prometiste. Dijiste que podría elegir.

—Me temo que no es tan fácil. Aquí estarás bien. Te atenderán como es debido y cubrirán todas tus necesidades. Yo no puedo ofrecerte sino polvo del camino y hambre. Todo lo demás es incertidumbre.

—¡No me importa! Prefiero el camino.

—No hay nada más que decir. Me voy. Tú debes quedarte aquí. Este es tu sitio.

Y, sin más palabras, Árgoht se dio la vuelta y se dirigió a la puerta sin mirar atrás.

Antes de salir pudo escuchar el llanto desconsolado de Lavell a su espalda. El sonido de la puerta al cerrarse tras de sí apagó todos los demás.



«El tiempo de la cosecha pasa rápido. Si te entretienes mirando al sol perderás el trabajo de toda la vida».  
*El libro de Gan, corolario, varios autores.*

Nadie preguntó nada a Árgoht cuando bajó a las cuadras del lerteneo de Hipesen D'an a preparar y sacar a Danza. Recorrió los pasillos sin que nadie le dedicara una segunda mirada, a pesar de su paso rápido y decidido. Seguía enfadado, tanto por la conversación con Giqax, como por la discusión con Lavell. El animal lo miró a los ojos y el meledino creyó ver en aquella mirada el mismo reproche que en la del chico apenas unos minutos antes.

—¿Tú también? No, por favor —dijo, sabiendo que estaba hablando consigo mismo.

En silencio, un acólito con la túnica sucia de barro y estiércol le ayudó a ensillar al animal y fijar sus escasas pertenencias a la silla. Esperaba que Lavell apareciera en cualquier momento insistiendo en irse con él y, mentalmente, se estaba preparando para aquella discusión.

Casi se sintió decepcionado cuando tomó el sendero que conducía al poblado de El Pardo y el muchacho no apareció. Había creído que se sentiría liberado, que ponerse de nuevo en camino era lo que deseaba pero, en cambio, en su pecho se había instalado un extraño vacío, como si estuviera haciendo aquello en contra de su voluntad.

El Pardo empezaba a despertar al nuevo día y la escasa actividad que manifestaba se ponía en marcha poco a poco. Árgoht llegó a la posada casi sin saber cómo, distraído al recordar la conversación mantenida con Giqax. Lavell era un chico peculiar, sí, pero de ahí a considerarlo la reencarnación de un Guardián... Era

demasiado. A pesar de ello, una parte de su mente estaba abierta a aquel argumento. Si fuera cierto, ¿sería la única posibilidad de la Humanidad? Si bien sabía que la guerra contra la Orden Kariteas y sus aliados podía ganarse, ¿cómo poner fin a la Tierra Negra?

«El Equilibrio se ha roto. La piedra debe ser protegida».

Desde que la Madre le había comunicado aquellas palabras, era la primera vez que tenía ante sí una posibilidad, por remota que fuera, de cumplir su voluntad. Al mismo tiempo, su mente regresaba una y otra vez al mismo pensamiento: «¿qué puedo hacer yo, en todo caso?». Empezaba a sentirse muy pequeño, a pesar de todo su poder, ante las fuerzas que se estaban moviendo a su alrededor. Pensar que él tenía la clave para detener el avance del Daño o restablecer de alguna forma el Equilibrio le parecía excesivo. Le daba miedo solo el pensarlo.

«¡Estás asustado!».

Aquello sí que era nuevo para él y no encontró en su interior argumentos en contra. Por primera vez desde que había tomado la senda del Destino se sentía desorientado, zarandeado por los acontecimientos, sin un rumbo que seguir y sin tener la absoluta certeza de estar haciendo lo correcto.

Pidió un desayuno a base de frutas, pan y chorizo, todo regado con cerveza tibia. Cuando la comida llegaba a su mesa, un grupo de hombres bajó de la planta superior entre risotadas. Eran siete y se sentaron en torno a una gran mesa redonda situada cerca de la de Árgoht. Su buen humor contrastaba con el talante sombrío del hechicero. Parecían mercenarios, pero supo que no lo eran cuando un octavo hombre bajó tras ellos, completamente ataviado de negro. Con la mano derecha se agarraba a la baranda de la escalera, mientras que la otra la llevaba oculta entre las telas de la ropa, como si la llevara protegida de algo. Por un momento le resultó familiar su rostro pero, sumido como estaba en sus pensamientos, no le dio más importancia. A pesar de ello, llegó a preguntarse qué hacían soldados de la Orden tan al sur, tan lejos de la capital del reino o de las batallas que se desarrollaban en el este.

Árgoht siguió comiendo mientras trataba de apartar de su mente aquellas nefastas reflexiones. Se distrajo trazando una ruta hacia Meledel, ciudad que había elegido como próximo destino de sus pasos. Sin embargo, la sensación de que conocía a aquel hombre no se le iba de la cabeza. Miró hacia el grupo, pero el soldado, más alto y corpulento que los demás, se había situado de espaldas a él. Durante un buen rato se dedicó a su comida, al igual que los kariteas. El resto de comensales, escasos aún a aquella hora tan temprana, lanzaba discretas miradas al grupo con el temor pintado en las pupilas.

A pesar de haberse incorporado al comedor más tarde, el grupo se levantó antes, una vez terminado el ágape. El salón quedó, en comparación con su jolgorio, casi en completo silencio.

Como si su marcha le hubiera recordado a Árgoht que él también tenía que ponerse en movimiento, se levantó, recogió sus cosas y pagó la comida antes de salir



al sol de la mañana, ya alto en el cielo. Un poco más lejos, el grupo había tomado el camino por el que él había venido, en dirección a Hipesen D'an.

El último pensamiento que les dedicó Árgoht fue que no parecían peregrinos en busca de paz espiritual. Terminó de ajustar las correas de su silla, montó en Danza y se puso en marcha en dirección norte. Pasaría por Hitreaas para reabastecerse y buscaría la manera de cruzar las montañas Oromon-oth, límite sur del Imperio, sin tener que pasar por Ferrakis. Si era cierto que la Orden se había instalado allí, tal vez fuera temerario atravesar sus dominios.

Al compás de los cascos de Danza abandonando el poblado e internándose en la llanura que lo rodeaba, Árgoht comenzó a divagar sobre la ascensión de la Orden y cómo había pasado de ser un grupo marginal enterrado a la sombra de la Torre de Mügero a controlar reinos enteros y tener un ejército capaz de conquistar Thera. ¿Qué habría pasado si no hubiera conseguido destruir a Jerkal'im en la batalla de Talder? ¿O si no hubiera estado presente en el momento en el que aquel soldado de la Orden había tratado de controlarlo con la piedra y el medallón? Recordó al hombre que había perdido una mano en el intento... Los nombres empezaban a desaparecer de su memoria.

En aquel momento recordó, como si un relámpago hubiera atravesado su memoria y hubiera iluminado el rostro de aquel hombre que se había quedado manco de la mano izquierda. ¡La mano izquierda! Detuvo a Danza con un tirón de las riendas. El caballo corcoveó, sorprendido por la urgencia de la orden. Árgoht miró hacia atrás, tratando de divisar el lerteneo y lo vio allí, en lo alto del acantilado, dominando desde la altura el pueblo de El Paso. Había recordado quién era el hombre de negro y dónde lo había visto antes. Del lerteneo se elevaba contra el cielo una columna de humo gris. También recordó las palabras que le había dicho Giqax aquella misma mañana: «La Orden Kariteas pretende extinguir cualquier otra luz que no sea la que emite su dios oscuro», había dicho. También se coló en sus pensamientos la voz de Cheen: «Kijl, se llamaba Kijl».

Con un suspiro, clavó los tacones y puso a Danza al galope de nuevo hacia Hipesen D'an.

El lerteneo parecía igual cuando Árgoht llegó hasta él, de no ser por la puerta derribada y la columna de humo que brotaba de uno de sus patios. El olor a madera quemada llegaba hasta su nariz. Su agudo sentido del oído le permitió escuchar gritos procedentes del interior mientras descabalgaba y desenvainaba a Êralin. Se detuvo un instante y pronunció en voz baja unas palabras, un hechizo de protección para sí mismo. No era gran cosa, pero le evitaría el daño de una flecha sorpresa o un ataque por la espalda. Después, pronunció un nuevo hechizo, casi rutinario. Sus pupilas desaparecieron de sus ojos y solo quedó el violeta. Su visión cambió mientras buscaba magia negra. Para su sorpresa, halló un sutil rastro de ella, como una nube de polvo muy leve que revoloteaba alrededor de la puerta y se adentraba en el edificio. Alguien usaba magia allí, pero ¿sería un hechicero? Sin pensarlo más se lanzó a la

carrera hacia el interior del edificio siguiendo el rastro mágico, que ya empezaba a disiparse.

El interior del edificio se había convertido en el caos. Allí por donde pasaba, el desorden reinaba, con muebles caídos, estatuas derribadas y cadáveres. Aquellos hombres habían entrado allí a sangre y acero. Aceleró aun más el paso. Varios hombres se cruzaron con él, corriendo, al entrar en una de las pequeñas torres. Creyendo que era enemigo, cambiaron de dirección, gritando y haciendo aspavientos.

Tras ellos aparecieron dos hombres de negro persiguiéndolos. En sus rostros estaba pintada la satisfacción del zorro que entra en el gallinero, del depredador que sabe que no tiene rivales. Aquella satisfacción desapareció cuando vieron a Árgoht. No esperaban encontrar a un hombre armado y dudaron unos instantes antes de cargar contra él. El hechicero pronunció un hechizo rápido y alzó la mano ante sí. Una onda de energía los lanzó contra una pared cubierta de estanterías, que se destrozaron con el impacto. Una lluvia de libros los enterró por un instante. Ambos se levantaron enseguida, más sorprendidos que doloridos. Árgoht no esperó un instante y se lanzó contra ellos, haciendo bailar a Êralin como si tuviera vida propia. El primer soldado alzó su filo, que seguía en su mano, para detener el tajo vertical, pero estaba aturdido y su brazo flaqueó, por lo que solo pudo desviarlo. La espada cortó en el hombro, superando la barrera de cuero de la hombrera que llevaba. Árgoht cambió el cuerpo de posición y lanzó un tajo horizontal que desgarró su barriga. De inmediato se encaró con el segundo, que había perdido su arma con el golpe y aún intentaba recuperarse. El meledino cargó con furia contra él.

Êralin hablaba y Árgoht cada día entendía mejor su idioma. La sensación de superioridad y poder que le otorgaba, que tanto había repudiado las primeras veces que la había blandido, hacía tiempo que había empezado a gustarle. No se detuvo a llorar por los dos hombres caídos antes de seguir adelante. El sonido de muebles rotos y gritos le rodeaba por todas partes, pero él volvió a centrarse en el rastro de polvo negro que conducía, mediante una estrecha escalera, hasta la planta superior.

El olor a quemado era cada vez más intenso.

La Cazadora fue dejando un rastro de gotas rojas detrás de su portador. Árgoht sentía la sangre inflamando sus venas. Perdida toda intención de sigilo, echó a correr escaleras arriba. Allí, el espectáculo era aun peor. El pasillo en el que desembocaban los escalones estaba regado de cadáveres de ganetorei, algunos de ellos apenas alcanzaban la pubertad. Un hombre, de espaldas a él, remató a un anciano a sangre fría con una espada corta. Después se agachó y empezó a registrar el cadáver.

Aquello repugnó a Árgoht casi más que el asesinato en sí. Los ganetorei eran gente pobre y humilde. Robarles era más ruin que asesinarles. Sin darle opción a darse la vuelta, Árgoht se limitó a ensartarlo por la espalda. Sentía sus brazos moverse como si no le pertenecieran del todo, como si su mente estuviera dando órdenes sin filtro moral ni principio alguno que le pusiera coto. Árgoht se sentía mejor que nunca al ver el cuerpo del hombre desmadejarse y escupir sangre mientras

caía al suelo como un fardo.

No se detuvo ni un instante a pensar en lo que había hecho antes de seguir adelante, pasando sobre los cuerpos caídos. En las habitaciones a los lados del pasillo había más desorden y más muerte. Al fondo, una gran puerta doble daba acceso al salón en el que Giqax se había reunido con él aquella misma mañana. El rastro de magia negra llevaba hasta allí. A medida que se acercaba comenzó a escuchar voces procedentes del interior. La puerta estaba abierta. Con sumo cuidado, se asomó lo mínimo necesario para echar un vistazo. Giqax y una veintena más de hombres y jóvenes estaban acorralados contra la pared más alejada, Lavell entre ellos, vivo, para alivio de Árgoht. Ante ellos, los cuatro soldados restantes les amenazaban con sus armas. En el centro, iluminado por dos grandes cristaleras situadas en las paredes laterales, estaba el manco que Árgoht había reconocido como el hombre que había tratado de hacerse con el control del talhom, el mismo que había liderado la destrucción de Lotrain. El hombre que había asesinado a Estëas. Kijl. En él terminaba el rastro de magia.

—Solo tendréis una oportunidad —estaba diciendo el hombre—. No queremos mataros si no es necesario. Renegad, aceptad a Kares como vuestro único Dios, y nadie más morirá hoy.

Sin verle la cara, Árgoht sabía que estaba mintiendo. Se limitaba a jugar con sus presas en vez de matarlas sin más. Era un depredador, cruel y salvaje. No tenía intención de dejar salir a nadie con vida de allí.

—Tú eres quien adora a un falso Dios, demonio —le espetó Giqax—. Jamás renunciaremos al amor de Gan. Estamos preparados para la muerte.

El hombre lanzó una carcajada.

—Me alegro de que así sea.

Árgoht aprovechó aquel momento para entrar en el salón.

—¿Y tú, cobarde? ¿Tú lo estás? —dijo, dirigiéndose a Kijl.

Los cuatro hombres se dieron la vuelta a la vez, sorprendidos. Al verle mejor, Árgoht supo que no se había equivocado. Era él. El muñón era ahora una grotesca mano metálica de color negro.

—¿Y a quién tenemos aquí? Un mártir para la espada del viejo Kijl —dijo el hombre con una sonrisa cruel—. Un valiente...

De pronto su mirada cambió y sus ojos se abrieron de par en par al tiempo que daba un paso hacia atrás.

—¡Tú! ¡No es posible!

—Sí que lo es. En otras circunstancias te diría que te fueras, que les dieras un mensaje a tus amos, pero hoy no. Hoy vas a pagar por lo que has hecho.

El soldado rio de nuevo, pero ahora había tensión en su risa, perdida parte de su seguridad.

—¿Todavía me guardas rencor por la aventurita que compartimos en Angôr?

—Veo que sigues siendo un cobarde que asesina inocentes desarmados. Al menos

esta vez no son mujeres.

La sonrisa desapareció del rostro de Kijl antes de que su mirada se fijara en la sangre que goteaba del filo de Êralin.

—¿Qué has hecho?

Árgoht esbozó una sonrisa. Supo que eran ellos quienes habían estado destruyendo los lerteneos de todo el reino. Era la primera vez que encontraban algo parecido a una resistencia.

—Digamos que no vas a recibir refuerzos.

El rostro de Kijl se puso aún más serio. Árgoht preparó un hechizo, dispuesto a terminar con aquella pelea lo antes posible. Pero algo no iba bien. Cuando terminó de recitar el hechizo, en voz tan baja que solo él podía escucharlo, nada ocurrió. Trató de conectar con la Madre, pero la sentía tan lejana como las estrellas.

El soldado le dirigió una sonrisa.

—¿Tienes algún problema, brujo? —metió la mano en su camiseta y sacó algo que llevaba colgado del cuello con una cadena. Era una sencilla piedra negra, no más grande que la uña del pulgar—. ¿Te gusta mi nuevo juguete? Algo me decía, tras nuestro último encuentro, que no sería la última vez que nos veríamos. Le pedí consejo a Órfedes, uno de nuestros Guardas. Me preparó este regalito. Dijo que me protegería de ti. Le llevó meses prepararlo, pero ahora veo que funciona. No te creas que las tenía todas conmigo...

Allí estaba la fuente de la magia negra. Árgoht sintió como si le acabaran de echar una soga al cuello. Trató de conectar de nuevo con su poder, pero no lo consiguió. Era como si tuviera de nuevo diez años, antes de que su magia explotara dentro de sí. Tendría que defenderse de cuatro hombres armados solo con Êralin en un espacio acotado. Miró más allá de su rival. Los ganetorei no le servirían de ayuda. Eran hombres de paz y poco sabían de la guerra.

Resignado, agarró con fuerza a Êralin y se dispuso a esperar el primer golpe.



«Cuando el sacrificio es lo suficientemente grande Kares nos  
oye desde las alturas».  
*Po'karatan*, capítulo trece. Anónimo.

La excitación que había sentido Shera cuando el charco de sangre había comenzado a agitarse dio pronto paso a la decepción. No dejaba de mirarlo, ansiosa por ver qué ocurriría, qué nuevo milagro iba a presenciar, pero pasaba el tiempo y la actividad no pasaba de ahí. Algo estaba fallando.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gio Lahnoir, que se había acercado hasta ella—. ¿Esto es normal?

—No lo sé —dijo ella, y era cierto—. No sé nada. Algo falla.

La mente de la Maestra se había disparado, analizando una vez más todo el proceso, cada palabra y cada paso del ritual. Todo lo habían hecho correctamente. Entonces se fijó en el propio charco de sangre.

—No es suficiente. La sangre no tiene poder suficiente para activar el proceso por sí misma.

Gio exhaló un suspiro y Shera sintió cómo todo se venía abajo, como si con el aire que salía de los pulmones del maestro salieran también todas sus esperanzas e ilusiones. Un susurro se extendió entre los presentes. Todos empezaban a desesperarse. Menos los Guardas, que seguían a lo suyo, impertérritos, con el poder recorriendo sus venas. Entonces, Shera tuvo una idea.

—¡El poder! —exclamó sin darse cuenta de que estaba hablando en voz alta.

Se giró e indicó a uno de los guardias que se acercara.

—¿Qué pretendes? —dijo Gio.

Shera ignoró a su compañero y le habló al soldado, cuyo arco largo asomaba por

encima de su cabeza, mientras analizaba a cada uno de los Guardas. Por fin, sin ningún criterio real para hacerlo, eligió y señaló con el dedo.

—Ahí. No falles.

El soldado entendió a la primera, cargó el arco, apuntó durante unos segundos y soltó la flecha, que fue a clavarse en la espalda de Glimareas. La voz del brujo se quebró y, por un momento, pareció que el conjuro fluctuaba. Pero los demás Guardas mantuvieron la concentración y elevaron el tono para sustituir la garganta que faltaba mientras veían el cuerpo de su compañero caer al borde del charco. La sangre procedente de sus pulmones perforados subió por la garganta y asomó por la boca, manchando de carmesí sus labios y deteniéndose allí, como si no quisiera seguir avanzando. Si alguno de los otros brujos se había sorprendido por el asesinato, no dio muestras de ello.

Shera lo veía todo como si el tiempo se hubiera detenido a su alrededor. Veía aquella gota de sangre allí, clavada en la curva de los labios y deseaba ser capaz de empujarla ella misma.

«¡Vamos!».

Y la gota cayó. La sangre del Guarda se mezcló con el resto. El estallido de energía agitó los cabellos de todos los presentes. Las voces alzaron aun más el tono del ritual. La agitación en el charco se multiplicó. De súbito, un chorro rojo se alzó contra el cielo negro, empapando a los Guardas y salpicando en todas direcciones. Unas gotas cayeron en la mejilla de Shera y pudo sentir su calor a través de la piel. Un zumbido le llenó los oídos obligándola a llevarse las manos a la cabeza mientras el suelo comenzaba a retumbar. Las rocas del anfiteatro se resquebrajaron y empezaron a caer en alud, lo que obligó a los allí apostados a saltar para no acabar aplastados. Dos de los guardias y el maestro Tredes fueron golpeados y cayeron al suelo como fardos inútiles. Shera pudo quitarse del camino de las piedras justo a tiempo mientras los cuerpos caídos eran sepultados. El temblor, lejos de mitigarse, aumentaba.

Los Guardas no se habían movido del sitio y seguían con la letanía, impertérritos, subiendo la voz para imponerse al estruendo que los rodeaba. El charco era un hervidero de actividad y todos ellos estaban bañados en sangre caliente que, al contacto con el aire frío dejaba estelas de vapor en la noche, dándoles a todos ellos el aspecto de grandes piras humeantes que reflejaban el color naranja de las antorchas.

Shera se recuperó a tiempo de ver cómo el suelo se quebraba bajo ellos. El pánico amenazaba con apoderarse de su ánimo, pero lo tenía aferrado como a un perro rabioso para evitar que tomara el control de sus piernas y se echara a correr sin mirar atrás. Enormes grietas se abrieron bajo sus pies haciendo caer a algunos de los acólitos y sirvientes que no habían huido aún.

«Kares quiere más sangre» —pensó Shera. Empezó a reír a carcajadas en un ataque de locura mientras el caos se desataba a su alrededor. Las grietas se extendieron en todas direcciones, pero los Guardas seguían a lo suyo. El cielo

comenzó a crepitar, a romperse en miles de rayos y relámpagos que no venían acompañados de truenos. Shera miró hacia arriba y creyó ver una sombra gigantesca pasar ante la luz de la luna.

«¡Balgakul!».

Se puso en pie y corrió hacia el punto más lejano del círculo tratando de discernir de nuevo aquella sombra, pero se había perdido en la noche. En cambio, vio cómo las grietas seguían avanzando, algunas de ellas en dirección a Ferris.

La maestra regresó su atención al círculo de Guardas a tiempo de ver cómo el charco de sangre se hundía ante ellos, haciéndose aún más grande y obligando a los brujos a retirarse. La letanía se detuvo, pero Shera estaba segura de que ya habían hecho lo que había de hacerse. El agujero siguió creciendo y abombándose hacia arriba, como si algo enorme lo estuviera empujando desde abajo. Todos los presentes corrieron a ponerse a salvo, lo más lejos posible de aquel lugar. Y lo hicieron justo a tiempo. Del centro del agujero surgió una mano gigantesca. Los gritos de pánico se sucedieron a su alrededor, pero Shera no podía dejar de mirar lo que habían logrado.

Tras la mano, un brazo, un hombro y una cabeza tan grande como todo el anfiteatro natural, del que nada quedaba ya. El resto del cuerpo de un enorme titán surgió de la tierra. Su piel estaba cuarteada y podrida. En su rostro, los ojos estaban fuera de sus cuencas, gangrenados. Todo él se mostraba marchito y decadente, como si fuera un cadáver en descomposición que hubiera sido obligado a ponerse en pie por medio de las más oscuras artes. Cuando hubo terminado de salir de la tierra, Shera tuvo que mirar muy por encima de sí para poder abarcar a toda la criatura. Debía medir veinte pasos de altura.

Se recompuso lo mejor que pudo y gritó:

—¡Galakazar'sa! ¡Bienvenido de nuevo!

El titán bajó la mirada hacia la maestra. Shera tembló, pero logró reponerse a pesar de sentirse insignificante en presencia de aquella gloriosa aberración.

—¡Yo te he invocado!

Como respuesta, el monstruo alzó la cabeza y, abriendo una boca plagada de dientes ennegrecidos y puntiagudos, lanzó un rugido a la noche, tan brutal e inhumano que Shera tuvo que cubrirse los oídos. Después, alzó un gigantesco pie hacia ella con la clara intención de pisarla, aplastarla contra el suelo como ella misma haría con cualquier insecto molesto.

El hedor de aquella carne renacida iba a hacerla vomitar antes de morir. Shera se cubrió la cabeza con las manos de manera instintiva, encogiéndose sobre sí misma en previsión del golpe.

Algo detuvo al gigante en el instante previo a acabar con la vida de Shera de la forma más ridícula que se le podía ocurrir. El rostro de la criatura cambió de expresión, como si de alguna forma encontrara en ella algún tipo de perverso reconocimiento. Apoyó el pie a escaso metro y medio de ella, hundiendo el suelo con su peso y haciéndola caer. Su mirada se desvió de nuevo, como si analizara el entorno

que lo rodeaba, hasta que sus ojos se fijaron en Ferris. Al instante, se dirigía hacia allí a grandes zancadas. Shera tardó varios minutos en recuperarse de la impresión. Estaba sucia, agotada y aterrada, pero al mismo tiempo sentía una excitación que no había experimentado en toda su existencia. ¡Había despertado a los Hijos de Kares! Solo había visto a dos, pero estaba segura de que los demás también habían regresado. Lo sentía en el corazón.

Había tenido éxito, contra todo pronóstico. Ella lo había conseguido. Había ejecutado la palabra de Kares.

En aquel momento de gloria y fervor, su estómago dio un vuelco. Shera Ante'i, que en el futuro sería reconocida como la más grande de los Maestros de la Orden Kariteas, aquella capaz de hablar directamente con Él, vomitó entre sus pies cubiertos de barro y sangre.





«En ocasiones, dar un golpe sobre la mesa es la única forma de hacerse oír».

*El libro de Gan, Citas, varios autores.*

El primer golpe vino de su derecha. Uno de los soldados se lanzó a por él sin previo aviso. Árgoht esquivó y respondió con violencia, aprovechando las llamas que Êralin introducía en sus venas. Dio un paso adelante y empujó a su rival a retroceder con una estocada lateral que le obligó a hacer un quiebro complicado. Con la mano libre, lanzó un puñetazo contra la nariz del soldado. Sintió los huesos rompiéndose bajo sus nudillos. Eufórico como estaba, apenas sintió el crujido de sus propios huesos. Se giró a tiempo de desviar el golpe de un segundo atacante. Kijl se reservaba para el final, para dar el golpe de gracia. Giraba alrededor del combate con intención de situarse ante la puerta. Quería bloquearle la única salida.

El segundo rival le sometió a una lluvia de golpes que apenas tenía ocasión de desviar de mala manera. Era más grande y fuerte que él. Solo un pequeño error le permitió lanzarle una patada que impactó en su rodilla izquierda. Aunque no rompió el hueso, el dolor fue suficiente como para darle un respiro y permitirle volver a levantar su guardia. El tercer soldado se ponía ya en movimiento también. Aquello iba a terminar pronto. Árgoht intentó de nuevo lanzar un hechizo, de nuevo sin éxito. Con Kijl tan cerca, era imposible. Danzó por el salón como pudo, golpeando y esquivando, hasta que un tajo le dio en el brazo izquierdo, provocándole un latigazo de dolor que le recorrió la extremidad y le llegó hasta el cuello. Uno de los hombres se acercó, acero en mano, dispuesto a continuar el baile.

Un alarido resonó en aquel momento, levantando ecos en todo el salón. Parecía un grito de guerra, aunque lanzado por una garganta extrañamente joven. Lavell se

colgó del cuello del soldado que, sorprendido por la espalda, soltó el arma para intentar quitarse aquella molestia de encima. Como si respondieran a una señal premeditada, los demás ganetorei se lanzaron al ataque. Eran veinte contra tres. Solo con sus puños y pies lograron reducir en apenas unos instantes a los dos soldados que se enfrentaban a Árgoht.

Giqax, con su enorme cuerpo, fue el que golpeó más duro, dejando a uno de ellos inconsciente de un certero puñetazo en el mentón.

—Basta —dijo cuando solo quedaba Kijl en pie—. Hermanos, basta.

El prior estaba sudando por todos los poros de su cuerpo. La temperatura en el salón había subido varios grados. Kijl también sudaba. La sonrisa se había borrado por completo de sus labios. Ahora no se enfrentaba a un hombre armado, sino a una veintena de hombres muy enfadados. No había que tener muchas luces para saber que tenía todas las de perder. Dio unos pasos a su derecha.

—Ríndete —le dijo Árgoht, tratando de recuperar el aliento con dificultad. Aún intentaba recuperarse de la impresión. Si los ganetorei no se hubieran unido a la pelea... No quería ni pensarlo.

—Sabes que esto no va a quedar así, brujo.

—Para ti sí. Todo termina aquí. —Árgoht le apuntó con Êralin—. Entrégate y te dejaremos vivir.

Kijl rio de nuevo y sus carcajadas sonaron como la nieve en pleno verano: fuera de lugar. Giqax miró a Árgoht sin saber qué hacer a continuación. Kijl dio dos pasos más hacia su derecha. El sol, entrando por la gran cristalera que ahora quedaba a su espalda, lo convertía en apenas una silueta negra pintada contra la pared.

—Nada termina hasta que Kares así lo dicta.

Sin dar a Árgoht tiempo a para reaccionar, Kijl se dio la vuelta y se lanzó contra la cristalera, destrozando las infinitas facetas multicolores de siglos de antigüedad. Árgoht se abalanzó contra el hueco. Kijl había caído dos pisos más abajo y ya corría por el patio, cojeando del pie derecho, en dirección a la salida. No tenía sentido ir tras él. En unos segundos ya montaba en su caballo y cabalgaba a todo galope en dirección al pueblo.

—No se detendrá allí —dijo Giqax situándose a su lado—. Llegará hasta Ferris. Esto va a traer consecuencias. Muchas consecuencias para nosotros.

—Debéis iros. Ahora.

—No tenemos a dónde ir.

—Eso no importa. Buscad refugio, id a Derties o a cualquier otro sitio. La próxima vez que ese hombre aparezca por aquí, reducirá el edificio a cenizas.

—¿Y qué me decís de vos?

Árgoht miró al ganetorei sin comprender.

—Informaré sobre vos. Os perseguirán hasta el fin del mundo. Debéis iros ya.

Era cierto. Si hasta aquel momento Shera Ante'i había mostrado poco interés en él, tal vez ahora fuera diferente. Algo en su interior le decía que saldrían a cazarlo

desde que tuvieran noticia de aquel episodio.

Asintió con la cabeza.

—Y te llevarás a Lavell contigo.

Prescindir del tratamiento de cortesía les dio aún más intensidad a las palabras de Giga.

—No.

—Nosotros nos vamos a convertir en proscritos. Nos darán caza como a ti. Nuestra salvación es desperdigarnos, pero somos muy conocidos. Acabarán con nosotros. Él merece una oportunidad de cumplir con la Profecía. Te lo ruego. En estos días oscuros que nos ha tocado vivir este niño es un rayo de sol que atraviesa las sombras. Y tú debes erigirte como su defensor. Eres su única oportunidad, la última esperanza de salvación para todos. Debes convertirte en adalid de la luz.

Aquellas palabras provocaron un escalofrío en su interior, sacudiendo todo su ser.

Un recuerdo invadió su mente, una imagen de su cautiverio en Mügero. La Madre se había aparecido ante él y de sus labios inmóviles habían brotado unas palabras: «Árgoht... Adalid...».

Lo recordó como si hubiera ocurrido aquel mismo día y, de pronto, de alguna forma, supo que estaba viviendo una Clave. En aquel instante. En aquel preciso momento. De lo que decidiera a continuación podía depender su Destino y quizás el destino de muchos otros a su alrededor. Nunca antes había sentido el peso de sus decisiones con tanta intensidad como en aquella ocasión. Le pareció que el tiempo se detenía a su alrededor mientras la mirada de Giqax se clavaba en él, ansioso por una respuesta.

«Debes convertirte en adalid de la luz».

«Árgoht... Adalid...».

«¿Es aquel el destino que tienes reservado para mí, Madre? ¿Es aquí donde todo comienza o donde todo termina? ¿Tiene esto algún sentido?». Recordó también la escena vivida en el gehvaal, semanas atrás. La niña junto a la cama en la que Lavell había venido al mundo, como si su presencia allí no tuviera infinidad de interpretaciones y repercusiones. Aquel niño era especial.

La voz de Giqax lo sacó de sus cavilaciones.

—Lavell me ha dicho que vas a Meledel. Encuentra a Hikdas Torlaria. Sabe más que nadie sobre la Profecía. Si alguien te puede ayudar, es ella.

Giqax había visto en él algo que él aún no había encontrado en sí mismo y supo entonces que había tomado una decisión. Árgoht bajó la mirada hacia el niño, situado a su lado con la respiración agitada y los mofletes sucios de hollín, que lo miraba a su vez muy serio, consciente de la relevancia de aquel instante de incertidumbre. Lo tuvo claro por fin.

—Así sea.



«Para todos los presentes en la batalla de Alasân, aquello fue el final de todas las cosas».

*Historia viva de Angôr*, capítulo cuarenta y dos, Markus de Lârgan.

Fertenand Polsh y Herta de Gres no tuvieron tiempo de llorar la muerte de Preas Mor, aunque horas después aún les duraba la conmoción. La rabia por no haber podido saber más antes de que la asesina se suicidara aún reconcomía al soldado. Necesitaba saber quién la había enviado, por qué había hecho algo como aquello. Trató de hacer memoria y no encontró un momento en el que Elha no estuviera presente junto a Preas. Él la había traído consigo desde Angôr, por lo que la Orden Kariteas debía de haberla infiltrado tiempo atrás, lo suficiente como para que se hubiera ganado su confianza y situado suficientemente cerca como para tener una ocasión de hacer lo que hizo. Cuando compartió aquella reflexión con Herta, la mujer miró en todas direcciones.

—¿Y aquí? Si se han introducido en la alcoba de Preas es que pueden estar en cualquier parte.

Fertenand aún no se había detenido a pensar en ello, pero era cierto. Aquello cambiaba las reglas del juego. Ahora cualquiera de sus conocidos, de sus hombres de confianza, podía ser uno de ellos, infiltrado y esperando el momento oportuno para dar el golpe de gracia.

—Han elegido bien el momento —comentó Herta mientras observaban el cuerpo del rey de Angôr—. Perdemos un importante baluarte.

Habían retirado el cadáver y lo habían depositado en una sala de uso exclusivo de la familia Hosvas, sobre una recia mesa de madera, hasta que tuvieran ocasión de

lavar el cuerpo y rendirle el merecido homenaje. La espada Angustias reposaba en su pecho, como si pudiera protegerle de cualquier otro mal.

Como para reforzar las palabras de Herta, la batalla se reanudó una hora más tarde, con la noche ya cerrada sobre ellos. Los hombres de Preas, con los Piqueros resituados al frente, se mostraban confusos y desorientados, como un barco a la deriva que hubiera perdido la referencia del faro. La mala noticia había corrido por el frente como llevada por el viento y la cadena de mando se había resquebrajado, por lo que Herta no conseguía hacer llegar las órdenes al frente con la celeridad suficiente.

Aun así, a pesar de llevar todo el día combatiendo, los defensores del Abrigo mantenían la posición. Las bajas eran ya incontables y las pilas de cadáveres retirados del campo de batalla eran montañas a los pies de las murallas. Era un espectáculo horrible. Pero si las fuerzas de la coalición daban muestras de empezar a fallar, el ejército de la Orden parecía multiplicarse por momentos. Más y más efectivos llegaban al frente, más bestias inhumanas. Pero sus hombres seguían en pie. Si aguantaban un poco más, si lograban llegar con fuerzas hasta el amanecer, la nueva luz se pondría de su parte. Fertenand estaba seguro de ello. En algún momento sus enemigos empezarían a flaquear.

Las bajas en el campo de batalla eran reforzadas con hombres de las murallas y varios batallones habían tenido que salir de la ciudad para cubrir algún sector más debilitado. De esta forma habían conseguido evitar que las bestias llegaran, de momento, a los muros. Les gustaba pensar que los comandantes de aquel ejército oscuro se sentían frustrados con la resistencia que el Abrigo estaba mostrando. O tal vez no. Lo único que podían hacer era seguir aguantando hasta que sus brazos no fueran capaces de sostener más sus armas. Si ellos caían, lo haría todo el reino de Marder, lo que a su vez abriría a la Orden Kariteas las puertas del este del continente. Si ellos caían solo el difuminado Imperio Meledino evitaría que se hicieran con todo Kisea.

El amanecer llegó, después el mediodía, y sus hombres aún aguantaban. El agotamiento se pintaba ya en sus rostros. De las tropas de Preas solo quedaban un centenar de Piqueros. Sin su líder, habían cedido con facilidad. ¿Cuántos de aquellos hombres se habían unido al Abrigo para luchar junto a la Estrella de la Mañana? ¿Qué habría pasado por sus cabezas al ver al único hombre que había vencido a la Orden, su guía y su líder, caer desde la muralla, asesinado por la espalda, a traición?

«Yo me habría largado de aquí a toda prisa» —pensó Fertenand.

El mediodía dio paso al atardecer. El muro seguía aguantando y sus tropas lograban reagruparse de nuevo. Los escudos estaban quebrados; las espadas, melladas y los corazones, rotos; pero la Orden no había conseguido romper sus filas aún. Fertenand se sintió henchido de orgullo y, de pronto, supo que iban a ganar, que la Orden se rompería antes que ellos. El espíritu de Preas estaba a su lado, peleando en el campo de batalla con la valía de cien hombres. No había otra explicación. Su propio agotamiento empezaba a pasarle factura en el ánimo, pero se sacudía de

encima el abatimiento como podía.

—Sí, vamos a ganar esta batalla —dijo, sin darse cuenta de que pensaba en voz alta.

Herta, a su lado, lo miró con una gran sonrisa en sus labios.

—¡Sí!

Pero la sonrisa se borró de sus labios al volver a mirar al campo de batalla. Una sombra había ocultado el sol del ocaso. Fertenand también se había quedado sin habla. Desde la distancia era difícil distinguir los detalles, pero era indudable que algo asomaba por el oeste.

—Por Gan, ¿qué demonios es eso?

Cuatro siluetas gigantescas se recortaban contra el sol, tan grandes que eran inconcebibles. Fertenand tuvo que frotarse los ojos para darse cuenta de que no eran una alucinación, un espejismo de su cerebro cansado.

Un gigante, más alto que el más alto de los árboles. A su lado, lo que parecía ser una serpiente de un tamaño absolutamente imposible, casi tan alta como el titán. En el cielo, una bestia alada se sostenía en el aire, toda púas y protuberancias, visibles incluso desde aquella distancia. Tras ellos, una sombra entre las sombras, como si fuera un torbellino de polvo negro, sostenido en el aire por algún extraño misterio de la existencia.

Fertenand era un hombre piadoso. Su mente no era capaz de concebir la existencia de aquellos monstruos. Sin darse cuenta de lo que hacía comenzó a trazar sobre su pecho la muesca de protección de Gan.

—Estamos perdidos —musitó Herta a su lado, con la boca abierta de la estupefacción.

Y en aquel momento, Fertenand supo que era cierto. Todo había terminado.

De su pecho se desvaneció toda esperanza.



«Hay ocasiones para el tedio y ocasiones para el revuelo».  
*Dicho popular.*

En Ereth todo el mundo dormía plácidamente. Aunque se escuchaban rumores de guerra y en las posadas se comentaban cosas horribles que estaban sucediendo en el este, nadie consideraba que todas aquellas noticias tuvieran que ver con ellos, todos creían que aquella batalla debían librarla otros. Después, regresaban a sus casas junto a sus familias y dormían a pierna suelta.

Pero había unos pocos a los que no les estaba resultando tan fácil conciliar el sueño. En un salón casi a oscuras en plena noche, con una chimenea como única fuente de luz y calor, seis personas se habían desvelado con la última noticia llegada de la guerra de Marder. El abatimiento era tal que ni las copas de vino que había ante ellos, en una pequeña mesa camilla, les levantaban el ánimo. Estaban sentados en sillones, algunos individuales, otros de varias plazas, tratando de analizar el futuro, de encontrar alguna pista que les indicara cómo seguir adelante.

—Debimos hacer caso al hechicero —dijo Atrisha sin dejar de mirar, aunque sin verla, la copa que tenía en la mano.

—No estoy muy segura de eso —contestó Loena, poniéndose en pie para estirar las piernas, demasiado inquieta para permanecer sentada. Kleinan trató de agarrar su mano, pero no pudo. Su ánimo no era mucho mejor.

La nota, abandonada junto a la jarra de vino en la mesita, había traído la peor de las noticias: la batalla de Alasân había terminado de la peor forma posible. El ejército del Abrigo había sido derrotado y la ciudad, destruida. También hablaba de la ira de los dioses, de cuatro figuras de pesadilla que destruían todo a su paso y que, cuando hubieron terminado su tarea, se desperdigaron a los cuatro vientos. En su estela solo

quedaba sangre, muerte y destrucción.

—Si hubiéramos enviado tropas a esa batalla también habrían caído —dijo Kleinan.

—Es posible —habló de nuevo Atrisha—, pero no tendría en el alma la sensación de traición que me atormenta.

—¿Qué podría haber hecho nuestro humilde ejército contra esas criaturas que describe la carta? —ahora fue Theronar el que intervino—. Habríamos enviado a esos hombres a la muerte y ahora Ereth estaría desprotegido.

—Es posible que lo peor esté por llegar —dijo Cheen, por primera vez—. Tal vez haya sido un golpe de suerte el haber tomado esta decisión. Nos haremos fuertes aquí y todo el que quiera conquistarnos tendrá que sudar sangre.

Todos guardaron silencio de nuevo, sabiendo que era lo único que podían hacer. Ahora no había nadie a quien enviar refuerzos, no había cabecillas que recibieran a sus tropas. El este se había convertido en un enorme silencio desde que, había llegado la nota nefasta.

—Desde luego —dijo Cheen poniéndose también en pie—, aquí sentados no vamos a lograr nada. Cerraremos las fronteras, tanto por tierra como por mar. Ereth será un lugar inaccesible a partir de este momento. Cualquiera no erethiano será considerado enemigo en primera instancia. No podemos fiarnos de nadie a partir de ahora. Si tenemos que resistir, lo haremos con todas nuestras fuerzas.

—De acuerdo. —Con un gesto, Atrisha hizo pasar a Shernan Kröll, que esperaba al otro lado de la puerta—. Shernan, a partir de este instante se decreta el estado de emergencia. Cierra las fronteras, arma a todo hombre capaz de portar una espada y refuerza los puestos fronterizos. Nadie está autorizado a entrar o salir del reino y el comercio queda restringido.

—Así se hará, Majestad.

Shernan se dio la vuelta para marcharse y, antes de que llegara a la puerta, Atrisha lo interrumpió.

—Shernan. A todos los efectos considera que estamos en guerra. Actúa en consecuencia.

Shernan tardó unos instantes en asimilar la nueva orden. Por fin, asintió con la cabeza y salió del salón en sombras. Sus firmes pasos resonaron en el pasillo aún un rato después de haberse ido.

Atrisha soltó un sonoro suspiro y dijo, sin darse cuenta de que hablaba en voz alta.

—Que Gan se apiade de nosotros.





## EPÍLOGO



Kendar Olst estaba al límite de sus fuerzas. Su antorcha agonizaba ya en su mano sudorosa y su corazón no conseguía recuperar su ritmo normal. Al borde del agotamiento, se había sentado en la oscuridad, completamente perdido tras correr durante lo que le había parecido una eternidad sin saber hacia dónde iba. Aquellos túneles naturales, nuevos para él, giraban y se contorneaban, por lo que le había sido imposible orientarse o tratar de recordar el camino recorrido. Sentía el cuerpo dolorido por los golpes que se había dado contra los salientes rocosos en su alocada huida. Al menos, había dejado de escuchar los pasos a su espalda. Gracias a que eran menudos y patizambos, él era más ágil y veloz, por lo que había podido dejarlos atrás con facilidad. Pero el precio que había tenido que pagar había sido demasiado alto: estaba perdido en el interior de la montaña, con un único odre de agua y sin comida.

Trató de recuperar la calma e intentar tomar la decisión adecuada respecto al siguiente paso que debía dar. Miró hacia los lados, pero nada de lo que le rodeaba le resultaba familiar. Estaba perdido y viviendo una de las más terribles pesadillas que cualquier minero puede tener: quedarse bajo tierra sin saber por dónde salir. Si tomaba la dirección equivocada podía internarse más y más en la montaña hasta morir de hambre y sed, solo y en la oscuridad.

Sintió cómo las lágrimas intentaban invadir sus ojos y no hizo ademán de evitarlas. De sus compañeros no sabía nada. Había oído gritos durante su carrera, pero no podía saber si provenían de sus amigos o de los pequeños seres que les habían atacado. No era consciente del momento en el que había dejado de tenerlos a su espalda. Sintió la tentación de gritar sus nombres, pero se contuvo. No solo podía alertar de su posición, sino que podía provocar un derrumbe.

Tras un buen rato sin saber qué hacer, atezado por el miedo y la incertidumbre, decidió que allí sentado no lograría nada. Cogió aire profundamente y recuperó parte

de su entereza habitual. Se sintió avergonzado por haber huido, dejando atrás a sus compañeros a pesar de saber que ellos habían hecho igual, por mucho que después se hubieran separado durante la huida. Se puso en pie y trató de distinguir algo, cualquier cosa que le diera una pista sobre qué camino escoger a la exigua luz de la antorcha.

Por fin, se encogió de hombros y concluyó que izquierda o derecha daba igual. Los dos caminos podían ser igual de buenos o igual de malos. Tomó hacia la derecha.

No podía saber cuánto tiempo llevaba caminando casi en la oscuridad, pero estuvo a punto de terminar el agua del odre. La antorcha era apenas un recuerdo y el calor era cada vez más sofocante cuando escuchó de nuevo ruidos frente a él. Tras tanto tiempo en el más completo silencio, incluso aquel sonido, como de cientos de arañas frotándose entre sí, le pareció un milagro. Al menos le daba un camino a seguir. Apretó el paso, esquivando las prominencias rocosas que parecían querer quebrarle la cabeza al menor despiste, hasta que un resplandor iluminó la galería un poco más adelante. Con un suspiro, soltó la antorcha, muerta ya, y se dirigió hacia la luz. Tuvo que frenar en seco para no caerse cuando la piedra se terminó de pronto bajo sus pies. Ante él, muchos metros más abajo, se abría una enorme caverna natural, de techos cubiertos de estalactitas y humedad. En el fondo, un pequeño río subterráneo partía por el centro toda la oquedad. Pero no era el río el que emitía el sonido que había escuchado sino los cientos, miles de criaturas, iguales a las que le habían atacado, que atestaban el suelo, sacudiéndose presa de una extraña agitación. En el centro, sobre un promontorio rocoso, un hombre vestido con una larga túnica negra alzaba hacia el techo lo que parecía ser un cayado de madera mientras gritaba extrañas palabras que el eco de la caverna hacía llegar hasta Kendar.

En respuesta, los seres gritaron extasiados y su excitación se multiplicó.

Kendar sintió sus piernas flaquear y se dejó caer arrastrando la espalda contra la pared de la galería mientras las lágrimas empapaban sus mejillas curtidas. Solo había podido entender una palabra de entre las pronunciadas por el hombre de negro, una palabra que podía destruir todo su mundo, todo aquello por lo que había luchado a lo largo de su vida. Una palabra cuya mera mención le ponía los vellos de punta.

«Guerra».

# AGRADECIMIENTOS

José Gabriel Espinosa y su exquisito ojo para recrear a mi hechicero han conseguido que la portada de *Adalid* sea aún mejor que todas las anteriores. Gracias por tu visión y entusiasmo.

Pues aquí estamos de nuevo, querido lector. Si eres de los fieles, quizás llevas siguiendo mis pasos un buen tiempo. Si eres de los nuevos, bienvenido a Thera. El caso es que aquí estoy de nuevo, tratando de encontrar la manera de agradecer a cuántos han aportado su granito de arena a que esta novela haya llegado a buen fin de la mejor manera posible sin resultar repetitivo o cansino.

Y es que, con cada nuevo libro, cada nuevo proyecto, son más las personas que, de una forma u otra, participan de este camino mío.

Aunque normalmente lo dejo para el final, a modo de colofón, esta vez te voy a mencionar a ti, lector, antes que a todos los demás. En una época en la que las mesas de las librerías están a rebosar de novedades, en la que hay cientos de exquisiteces literarias a las que hincarles el diente, que hayas escogido *Adalid* como compañía de tus ratos de ocio es un orgullo y un honor que nunca podré agradecerte lo suficiente. Gracias.

Mi familia siempre me ha apoyado en esta locura mía de la literatura. Ni, Hermi, mi pareja, ni mis padres, mi hermano o mis hermanas, me han tomado nunca por loco, han llamado a las autoridades ni me han puesto medicación cuando me he dedicado a contarles cosas de mis nuevos proyectos o un nuevo giro para una historia. Y eso es de agradecer. Gracias a todos.

Leandro Pinto ha resultado ser, no solo un buen amigo, sino un lector cero implacable y generoso. Gracias por encontrar un hueco en tu apretada agenda para leer este manuscrito y mejorarlo con tus ideas y comentarios. Algo parecido digo de mi padre, Ángel, quien también tuvo a bien atreverse a ir a Thera cuando este viaje era aún incierto. Él vio cosas que otros pasamos por alto.

Gerardo Medina ha vuelto a poner toda la carne en el asador para que el texto final esté lo más pulido y perfecto posible. Sus conocimientos han hecho crecer tanto a la novela como a su autor. Gracias.

Jorge Liria, editor de Mercurio Editorial, ha conseguido que, cuando me siento ante el ordenador, tenga un objetivo claro más allá del disfrute de escribir. Él me ha

dado la tranquilidad de que las aventuras de Árgoht van a ver la luz hasta el final. Gracias por tu apoyo y confianza.

Son muchos los amigos y amigas que, con cada comentario, cada frase de apoyo o, sencillamente, mostrando su entusiasmo con cada pequeña noticia que he podido ir adelantando sobre este libro, me han ido dando alas para seguir adelante, para volar cada vez más alto y más valiente. Ellos, directa o indirectamente, también han aportado lo suyo. Mencionarlos a todos sería injusto, porque es casi seguro que alguien se me quedaría fuera, así que con este fuerte abrazo metafórico espero abarcarlos a todos. Ustedes saben quiénes son. Gracias a todos.

La siguiente parada es U'rkoan, el punto y final de las aventuras de Árgoht y la búsqueda de su Destino. Espero verles allí pronto.

¡Gracias por estar ahí!

# PERSONAJES PRESENTES EN ADALID

## LA ORDEN KARITEAS

**Shera Ante'i:** maestra Karitei y miembro del Consejo Kariteas.

**Beste:** acólito de la Orden en Arkame.

**Gio Lahnoir:** maestro Karitei y miembro del Consejo Kariteas.

**Otrex Mestar:** maestro Karitei y el miembro más veterano del Consejo Kariteas.

**Almina:** sirvienta personal de Shera Ante'i.

**Hikol Duntas:** gobernador de Ferrakis.

**Kilnárion:** heraldo del consejo Kariteas y asistente personal del Ser Supremo.

**Tredes:** maestro Karitei y miembro del consejo Kariteas.

**La Guarda Arcana:** Órfedes, Jikeon Artaggar, Hirde Gatart, Glimareas Bok, Gaeana de Lortis, Fergo Viatis, Hokijio Gra'Ondor y Lorna Gontaradan.

**Señor Kerwes:** verdugo, torturador y encargado de la creación de los gorgs.

**Kijl:** soldado de la Orden Kariteas.

**Calder Pik:** miembro del Consejo del rey Preas.

**Archibold Mor:** gobernador de la ciudadela de Arthas. Primo del rey Preas.

**Fes Arniö:** funcionario del gobierno de Emh.

**Getsa:** sirvienta personal de Ofestes Feder.

**Artor Mirto:** jefe de la guardia de Talder'an y miembro de los Piqueros de Fairard. Miembro del Consejo de Talder.

**Cledas de Targ:** encargada de las cuentas de la ciudad de Talder'an. Miembro del

Consejo de Talder.

**Kirian:** mayordomo y sirviente personal de los reyes Preas y Ulea.

**Elha:** asistenta personal de Preas Mor.

**Holis:** soldado al frente del Cerco de Mügero.

**Hewes:** Minero, compañero de equipo de Kendar Olst.

**Bauscas:** Minero, compañero de equipo de Kendar Olst.

**Kler:** explorador al servicio de Preas Mor.

**Fertenand Polsh:** caballero representante del reino de Tilkas. Sobrino de Auler Polsh.

**Lorca:** capitán a las órdenes de Fertenand Polsh.

**Ren:** capitán a las órdenes de Fertenand Polsh.

**Hostar Hosvas:** rey de Marder.

**Jhudeeres:** mayordomo de Hostar Hosvas.

**Cerio:** sargento del ejército de Angôr.

## ANGÔR Y EL ABRIGO DE GAN

**Preas Mor:** rey de Angôr. La Estrella de la Mañana.

**Ulea:** reina de Angôr. Esposa de Preas Mor.

**Hamsed:** protector de las tierras del sur.

**Herta de Gres:** autoproclamada Señora de las Tribus del norte. Se convierte en miembro de alto rango del ejército de Angôr.

**Kendar Olst:** minero en la ciudad de Emh.

**Ofestes Feder:** gobernador de Talder'an.

**Tizo:** comandante del ejército de Angôr y miembro del Consejo del rey Preas.

**Pigreas:** antiguo cocinero de la fortaleza D'Gor y ahora miembro del Consejo del rey Preas.

## **DESIERTO DE SAL Y ÄRGUFAL**

**Ärgoht Grandël:** hechicero meledino en busca de la Senda del Destino.

**Lavell:** joven acogido por la Orden Ganetorei.

**Orges:** prior de la Orden Ganetorei y prior del lerteneo de Ärgufal.

**Janias:** bardo trotamundos.

**Grisea:** posadera de Lehar.

**Arthur Clem:** rey de Derties.

**Olidas:** explorador, joven y menudo de manos inquietas, a las órdenes de Gertes.

## **LAHMNA**

**Kleinan de Clem:** rey de Lahmna.

**Loena Taren:** reina de Lahmna.

**Argueldes:** mayordomo de Quindarst.

**Hambrik:** el más anciano de los miembros del Consejo de Quindarst.

**Lurs:** miembro del Consejo de Quindarst.

**Gertes:** capitán del ejército de Quindarst.

**Ertúpides Oleg:** heraldo de Derties, a las órdenes de Arthur Clem.

**Theronar de Clem:** rey de Clemthan, hermano de Kleinan.

**Leicar Taren:** reina de Clemthan, hermana de Loena.

**Herins:** sargento del ejército de la guardia de Quindarst.

## **ERETH**

**Atrisha:** Reina de Ereth. Tiene tres hijos: un varón y dos infantas.

**Cheen:** rey consorte de Ereth.

**Ergist Okor:** gobernador de Bastión Dorado.

**Shernan Kröll:** comandante de los ejércitos de Ereth.

**Branton Olsten:** anciano asesor de los reyes de Ereth.

**Clau'as Regirfeiya:** sirviente personal de los reyes de Ereth.

**Agros Atanteros:** gobernador de las islas Erthas.

#### **GLIMARIS E HIPESEN D'AN:**

**Kertis:** acólito ganetorei en Hipesen D'an.

**Giqax Tor:** Prior de la orden ganetorei en Hipesen D'an.

**Artor de Glim:** rey de Glimaris.



# GLOSARIO

**Kinda:** idioma más extendido en el continente de Kisea.

**Krahedia:** hogar legendario de las zágheras.

**Lerteneo:** edificio religioso.

**Mügero:** la Torre Sombría, hogar de la Orden Kariteas.

**Orden Kariteas:** orden religiosa que adora al dios Kares.

**Piqueros de Fairard:** cuerpo de élite del ejército angorano.

**Po'karatan:** libro sagrado de la Orden Kariteas.

**Sher-Arak:** ritual de salida del gehvaal.

**Talhom:** ser místico casi desconocido que se alimenta de las almas.

**Abrigo de Gan:** coalición de reinos del este, Gert, Lorna y Änteras.

**Apoi:** felino salvaje de gran tamaño endémico de la región selvática del centro-este del continente de Kisea.

**Ärgufal:** lerteneo de la Orden Ganetorei situado en el Desierto de Sal.

**Argumios:** pueblo nativo del Desierto de Sal.

**Arhetas:** novicios de la orden Ganetorei.

**Astrig:** anfibio habitual en zonas pantanosas.

**Corgo:** prenda tradicional de los argumios.

**Êralin:** La Cazadora, espada perteneciente a Árgoht Grandël.

**Éritas:** raíz de la Tirca'ja.

**Estrella de la Mañana:** sobrenombre que el pueblo otorga a Preas Mor.

**Gan:** entidad representativa del Guardián de la Tierra, deificada y adorada en casi toda Thera con diferentes nombres.

**Orden Ganetorei:** orden religiosa que adora al dios Gan.

**Gefjes:** árboles gigantes propios de las Tierras Brumas.

**Gehvaal:** estado mental transitorio mediante el cual un hechicero se pone en contacto con su fuente de poder.

**Gerkatan:** gusano gigante propio de los desiertos.

**Gohelanort, el Ojo de Kares:** objeto místico propiedad de la orden Kariteas que se activa en presencia del poder del Dios Sombrío.

**Gorg:** criatura bestial de aspecto humanoide aunque más grande que estos, con peligrosas prominencias óseas en las articulaciones.

**Gox:** hierba vigorizante que crece de forma natural en la selva de Angôr.

**Guarda Arcana:** grupo de ocho hechiceros al servicio de la Orden Kariteas.

**Hiom:** ciudad legendaria en la que se fundó la Orden Kariteas.

**Hipesen D'an:** lerteneo situado en el reino de Glimaris.

**Jiurus:** habitantes indígenas de la selva de Angôr.

**Kares:** entidad representativa del Guardián de la Sombra, deificada y adorada por algunos grupos, cada vez más escasos de los humanos muertos.

**Ther-Arak:** ritual de entrada en el gehvaal.

**Tirca'ja:** planta comestible muy preciada entre los argumios. **Triforetau**

**Go'laghan:** antiguo libro muy valioso para la Orden Kariteas.

**Turkaisim:** el Templo Negro. Un antiguo edificio que fue símbolo de la Orden Kariteas en el pasado.

**U'rkoan:** la Piedra del Destino: representación del Equilibrio entre los Guardianes.

**Zághera:** mujer guerrera procedente de Krahedia.

# CRONOLOGÍA DE LA SENDA DEL DESTINO

Como en su propio título indica, *Adalid* es la segunda entrega de la trilogía *La senda del destino*. Si has leído la anterior, *La tierra negra*, hasta el final, habrás podido leer la nota cronológica que incorporé en ella. Allí te recuerdo que la historia de Árgoht ya había tenido dos capítulos autoconclusivos titulados *La sombra de Pranthas* y *La maldición de Hilena* a modo de precuela. Siempre he defendido que estos se pueden leer de manera independiente de la trilogía que ahora tienes entre manos, pero es importante que sepas un par de cosas.

Es posible que, una vez terminado *Adalid*, te estés preguntando por qué se habla con tanta familiaridad de los reinos de Ereth y Lahmna, así como de los personajes que los habitan, como Atrisha, Cheen y Shernan Kröll o Loena y Kleinan. Esto es así porque son los compañeros de Árgoht en las mencionadas precuelas. No he querido en esta nueva aventura profundizar en la recreación de estos personajes, aunque espero que, para quienes hayan empezado la lectura en *La tierra negra*, la información dada sobre ellos haya sido suficiente como para entender, apreciar y conocer a cada uno de ellos.

De nuevo, insisto en que no es necesario leer las precuelas para entender los acontecimientos que se desarrollan en la trilogía, pero sí que puede ayudarte a redondear algunos conceptos y personajes que aparecen y seguirán apareciendo también en el último libro, cuyo título (aún provisional) es *U'rkoan. La senda del destino, 3*.

Por supuesto, la decisión es tuya. Hagas lo que hagas, estaré encantado de que nos hagamos mutua compañía en este viaje.



RAYCO CRUZ (La laguna, Tenerife, España en 1979). Desde muy niño se traslada a Las Palmas de Gran Canaria. A pesar de que descubre los libros como afición relativamente tarde, la escritura nace en él de pronto, como una pulsión repentina durante su adolescencia, en la que desarrolló una poesía temprana como mecanismo de expresión que pronto dejó de lado para adentrarse en el relato y la novela corta. De esta época surgen varios relatos y una pequeña novela titulada «*Mea culpa*» que el propio autor afirma nunca publicará. A partir de ese momento la escritura empieza a cobrar cada vez más protagonismo en su vida.

En 2005 desarrolló en solitario el proyecto El cuarto de atrás que consistió en una plataforma multimedia para autores noveles. Constó de una página web (aún activa pero sin actualizar desde 2006) y una revista en formato impreso de la que vieron la luz varios ejemplares hasta que la falta de patrocinio le obligó a cancelar esta faceta del mismo. Sin embargo, el proyecto continuó vivo algún tiempo más en Internet.

Ha visto publicados varios relatos como *La magia del carnaval* (tercer puesto en el I Concurso de Relatos ¡¡Abretelibro!!), *La condena* o *Tiempo muerto*, pero su estreno como autor de novela tuvo lugar en 2009 cuando vio la luz *La sombra de Pranthas* (Mundos Épicos Grupo Editorial), novela de corte fantástico que narra las aventuras del hechicero Árgoht Grandël y que ha tenido una gran acogida por el público asiduo a este complicado género.

En Diciembre de 2010 publicó el relato *El futuro de la humanidad* dentro de la antología *Riqui-Raca 1.0. Cuentos del fútbol canario* (Ed. Mandarin) en la que

compartió cartel con otros grandes autores de la literatura canaria.

En Junio de 2011 salió a la venta su segunda novela, titulada *La maldición de Hilena* (Bilenio Publicaciones), de nuevo con Árgoht Grandël como protagonista.

En Noviembre de 2011 vio la luz su segundo relato publicado con el título de *Hargür pensó* dentro de la antología *Descubriendo nuevos mundos* editada por la Federación Española de Fantasía Épica durante la Imagicon 2011 celebrada en Mislata (Valencia). En este momento este relato se encuentra nominado a los I Premios Scifiworld dentro de la categoría Mejor Relato.

Además entre sus obras están: *El silencio de Sara*, una novela de misterio, la tercera novela de la serie de Árgoht, una obra de fantasía histórica y una antología de cinco relatos titulada *Tú has estado aquí antes*.